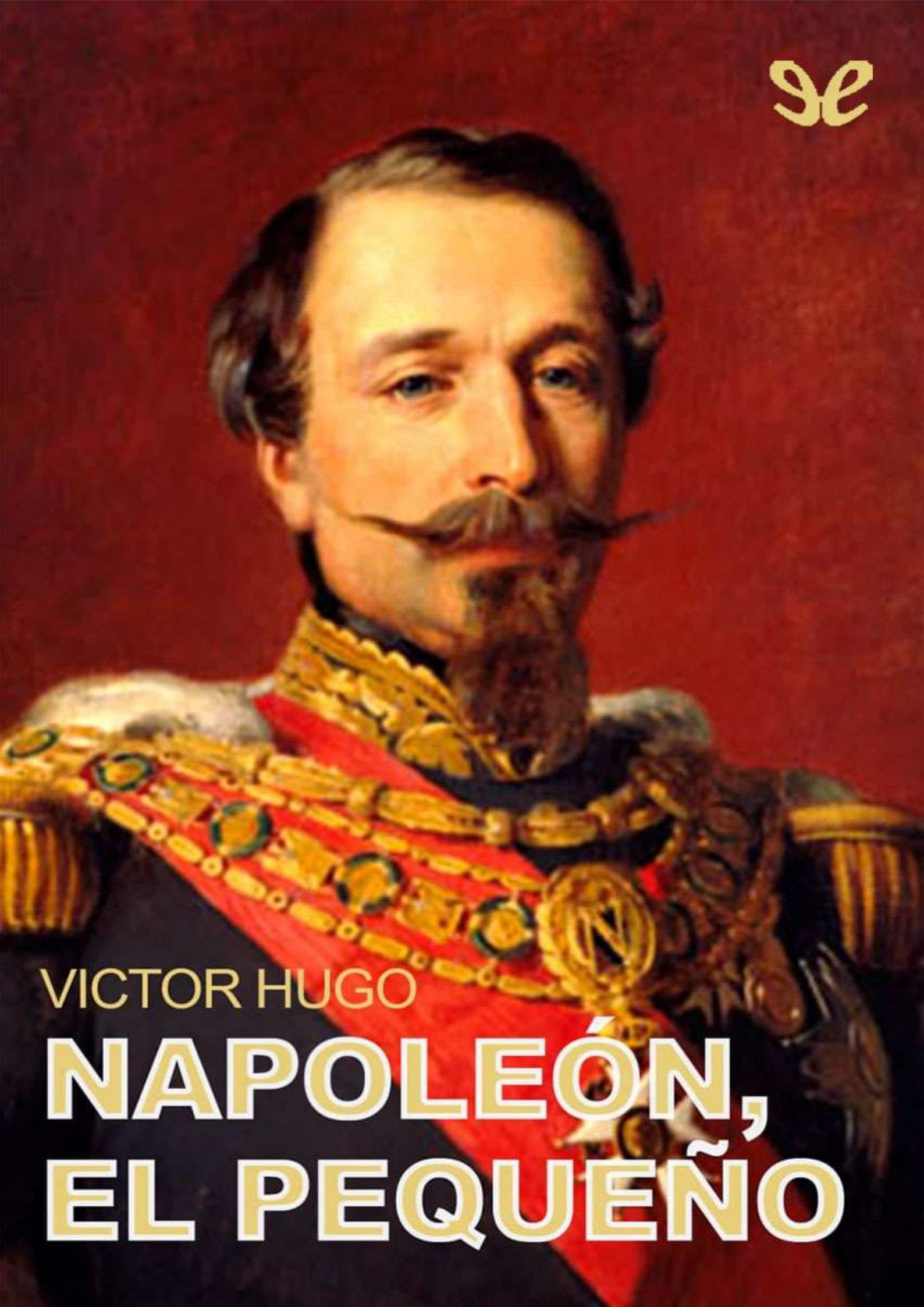


VICTOR HUGO

NAPOLEÓN, EL PEQUEÑO

Refugiado en Bruselas al final de la resistencia armada contra el golpe de Estado de diciembre de 1851, que había puesto en peligro su vida, Victor Hugo compuso en pocas semanas el panfleto político más brillante de toda la historia. “No tengo ninguna intención de hacer un libro”, escribió entonces, “grito”.

Tan brillante como profundo y clarividente, *Napoleón El Pequeño* no impidió que su antihéroe permaneciera en el poder durante dieciocho años, pero sin embargo terminó poniéndolo KO.

Derrotado ante los ojos de la posteridad. Extravagante manifestación del poder de las palabras sobre la historia cuando dan forma y lenguaje a la conciencia, esta lucha homérica permitió al mismo tiempo que su autor, que todavía era sólo el primero de los poetas románticos, se convirtiera en él mismo.

Un verdadero catecismo republicano, adecuado para reanudar el servicio en cualquier lugar y en cualquier momento, pero más esencial que nunca durante un período electoral, *Napoleón El Pequeño* es un *Principito* para el uso del pueblo, todo lo contrario al de Maquiavelo.

Inaudito, aparte de las Obras completas de Victor Hugo, habían pasado más de cuarenta años desde que se reeditó en Francia.

Entonces, ¿es tan peligroso ponerlo al alcance de todos?

Esta edición traducida, fue publicada en 1872, e incluye *Los Castigos*

Los castigos es un libro de combate político escrito contra Napoleón III y el restablecimiento del Imperio. La obra fue publicada por primera vez en 1853 con una edición clandestina y una edición censurada. Ambas ediciones fueron prohibidas en Francia hasta el final del Segundo Imperio.

La edición francesa completa fue publicada en octubre de 1870, justo después de que el escritor regresara del exilio y se proclamara la nueva República.

Esta obra sin igual refleja también las características del compromiso político del siglo XIX, el cual se expresa a través de libros o panfletos-manifiesto y, en suma, a través del poder de las palabras y del Verbo.

Victor Hugo

Napoleón El Pequeño

Incluye *Los Castigos*

ePub r1.0
Titivillus 17.09.2021

Título original: *Napoléon Le Petit*
Título original: *Les Châtiments*
Victor Hugo, 1852
Digitalizador: Google Books

Digital editor: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta
Napoleón El Pequeño
NOTA DEL EDITOR DIGITAL
PRÓLOGO
LIBRO PRIMERO - EL HOMBRE
CAPÍTULO PRIMERO
CAPÍTULO II
CAPÍTULO III
CAPÍTULO IV
CAPÍTULO V
LIBRO SEGUNDO - EL GOBIERNO
CAPÍTULO PRIMERO
CAPÍTULO II
CAPÍTULO III
CAPÍTULO IV
CAPÍTULO V
LIBRO TERCERO - EL CRÍMEN DEL 2 DE DICIEMBRE
CAPÍTULO PRIMERO
CAPÍTULO II
CAPÍTULO III
CAPÍTULO IV
CAPÍTULO V
CAPÍTULO VI
CAPÍTULO VII
LIBRO CUARTO - LOS DEMAS CRÍMENES
CAPÍTULO PRIMERO
CAPÍTULO II
CAPÍTULO III
CAPÍTULO IV
CAPÍTULO V
LIBRO QUINTO - EL PARLAMENTARISMO
CAPÍTULO PRIMERO
CAPÍTULO II
CAPÍTULO III
LIBRO SEXTO - LA ABSOLUCIÓN
CAPÍTULO PRIMERO
CAPÍTULO II
CAPÍTULO III
CAPÍTULO IV
LIBRO SÉPTIMO - LA ABSOLUCIÓN
CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO II
CAPÍTULO III
LIBRO OCTAVO - EL PROGRESO INCLUIDO EN EL GOLPE DE ESTADO
CAPÍTULO PRIMERO
CAPÍTULO II
CAPÍTULO III
LIBRO NONO - CONCLUSIÓN
PRIMERA PARTE - PEQUEÑEZ DEL AMO, ABYECCIÓN DE LA SITUACIÓN
CAPÍTULO PRIMERO
CAPÍTULO II
CAPÍTULO III
SEGUNDA PARTE - FÉ Y LUTO
CAPÍTULO PRIMERO
CAPÍTULO II
CAPÍTULO III
LOS CASTIGOS (CONTINUACIÓN DE NAPOLEÓN EL PEQUEÑO)
PRÓLOGO
NOX
LIBRO PRIMERO - ¡LA SOCIEDAD SE HA SALVADO!
CANTO PRIMERO
CANTO II
CANTO III
CANTO IV
CANTO V
CANTO VI
CANTO VII
CANTO VIII
CANTO IX
CANTO X
CANTO XI
CANTO XII
CANTO XIII
CANTO XIV
CANTO XV
LIBRO SEGUNDO
CANTO I
CANTO II
CANTO III
CANTO IV
CANTO V
CANTO VI
CANTO VII
LIBRO TERCERO - SE HA RESTAURADO LA FAMILIA
CANTO I
CANTO II

CANTO III
CANTO IV
CANTO V
CANTO VI
CANTO VII
CANTO VIII
CANTO IX
CANTO X
CANTO XI
CANTO XII
CANTO XIII
CANTO XIV
CANTO XV
CANTO XVI
LIBRO CUARTO - LA RELIGIÓN ES GLORIFICADA
CANTO I
CANTO II
CANTO III
CANTO IV
CANTO V
CANTO VI
CANTO VII
CANTO VIII
CANTO IX
CANTO X
CANTO XI
CANTO XII
CANTO XIII
LIBRO QUINTO - LA AUTORIDAD ES SAGRADA
CANTO I
CANTO II
CANTO III
CANTO IV
CANTO V
CANTO VI
CANTO VII
CANTO VIII
CANTO IX
CANTO X
CANTO XI
CANTO XII
CANTO XIII
LIBRO SEXTO - LA ESTABILIDAD ESTÁ ASEGURADA
CANTO I
CANTO II

CANTO III
CANTO IV
CANTO V
CANTO VI
CANTO VII
CANTO VIII
CANTO IX
CANTO X
CANTO XI
CANTO XII
CANTO XII
CANTO XIV
CANTO XV
CANTO XVI
LIBRO SÉPTIMO - LOS SALVADORES SE SALVARÁN
CANTO I
CANTO II
CANTO III
CANTO IV
CANTO V
CANTO VI
CANTO VII
CANTO VIII
CANTO IX
CANTO X
CANTO XI
CANTO XII
CANTO XIII
CANTO XIV
LIBRO OCTAVO
CANTO I
CANTO II
JESUCRISTO EN EL VATICANO
LA VOZ DEL DESTERRADO EN GUERNESEY
Sobre el autor
NOTAS LIBRO 2
NOTAS LIBRO 3
NOTAS LIBRO 4
NOTA LIBRO 7
NOTA LIBRO 4 (Los Castigos)
NOTAS LIBRO 6 (Los Castigos)
NOTA LIBRO 7 (Los Castigos)
Notas

NOTA DEL EDITOR DIGITAL

Esta edición traducida, fue publicada en 1872.
Se ha optado por mantener la ortografía y sintaxis gramatical del original.
Y por lo tanto no sigue las directrices de la RAE de 2010.

NAPOLEON

EL PEQUEÑO

LOS CASTIGOS

POR

VÍCTOR HUGO

VERSION ESPAÑOLA

DE F. J. M. N.

BARCELONA

Librería Ibérica de V. Perez, editor

Rambla de Canaletas, número 5

1872

CONSTITUCION
LIBERTAD
¡¡¡ORDEN!!!
LIBERTAD
IGUALDAD
FRATERNIDAD
IMPRENTA
MAGISTRA-
TURA
SOBERANIA
NACIONAL

PRÓLOGO

La Europa entera vive agitada en medio de los sacudimientos y revoluciones políticas y sociales que se van sucediendo de pocos años á esta parte; y todas las naciones fijan la vista en Francia, comprendiendo que de su emperador depende el falso equilibrio en que hoy están todos los pueblos del Occidente.

¿Qué será en efecto la Europa cuando falte Napoleón? ¿Quedaremos sumergidos en el espantoso cataclismo que las almas timoratas predicen cada dia, cada instante? ¿Nacerá al contrario la esplendorosa aurora de la libertad que, segun los grandes pensadores de nuestro siglo, ha de llevar la felicidad a todos los pueblos del mundo civilizado?

¿Cómo se da tanta importancia á un hombre que despues de haberse presentado á su pueblo como el salvador de la libertad, se convirtió luego despues en su mas acérrimo verdugo; y no sólo quiso matarla en su patria, sino que aun hoy dia la oprime en todas las demas naciones? ¿Es acaso el único obstáculo del progreso social y liberal, ó es la palanca que sostiene el viejo mundo en el adelanto de la civilizacion?

Todas esas preguntas se las dirige la generacion actual segun las ideas que cada individuo profesa, y ninguno se atreve á dar una respuesta probable, ya que no categórica, porque, aun dada la lógica de la historia, es imposible revelar con entero acierto el porvenir.

Nosotros creemos que el emperador de los franceses es el único obstáculo de la verdadera libertad en Europa, y que el falso progreso político y social de Francia es lo mismo que si estuviera afianzado por una sólida y resistente cadena de hierro cuyos eslabones fuesen inquebrantables, pero que se apoyára en un barrote de madera carcomida; que al menor tiron que se le dé con acierto, será arrancada de su punto de apoyo derribándose de tal suerte el colosal pero mal fundado edificio que ha levantado Napoleón III.

Sí, el dictador del pueblo francés, el apóstata de la democracia, el enemigo encarnizado de la libertad, el azote de los derechos y soberanía del pueblo, el verdugo de las mas santas instituciones de la humanidad, tiene un pié suspendido en el abismo, se apoya en un barrote carcomido; y ¡ay de él y de su raza si intentan detener por mas tiempo el impetuoso torrente del mundo moderno! Las revoluciones de la humanidad no se destruyen, no se aniquilan por mas obstáculos que el despotismo oponga á su paso; podrá detenerlas mas ó menos tiempo; mas en esta demora no hacen otra cosa, lo mismo que los rios caudalosos, que aumentar de una manera colosal en fuerza é impetuosidad, hasta que por fin rompen el dique que las contenia arrastrándolo y destrozándolo para siempre.

Hoy que todos los hombres sensatos conocen la falsa posicion de los déspotas de Europa, hoy que todos vemos próxima á verificarse la revolucion política y social mas grande y menos sangrienta que vieron los siglos, nos ha parecido conveniente dar á luz una publicacion en la cual su autor analiza como con el escalpelo del

anatómico, el miembro corrompido de la sociedad, que detiene por un momento la salutífera marcha del verdadero progreso social; una publicacion que señala como con el dedo al hombre criminal; perjuro y abominable que soñó la utopia tan estravagante como tiránica á pesar que en parte la vió realizada, de ceñirse la corona imperial de uno de sus antepasados, del hipócrita Carlo Magno.

Napoleón III es el hombre que ha querido en mal hora realizar los planes ambiciosos del conquistador que murió desamparado en un pobre islote en medio de la inmensidad del Océano. Napoleón III quiso imitar el que en cierto modo mereció el apodo de *el Grande*, pretendiendo usurpar el imperio de la Europa, pero solo consiguió cometer torpezas y criminales absurdos, logrando que Victor Hugo en plenas cortes constituyentes de Francia le diese el nombre de Napoleón *el Pequeño*.

Tal nos lo describe á grandes y brillantísimos rasgos el valeroso representante del pueblo francés. Sí, Victor Hugo, el profundo pensador, el primer literato de la Francia, es el que ha tomado á su cargo escribir la historia veridica é imparcial del hombre que intrigó y se envileció para llegar a ser presidente de la república francesa, y que despues no reparó en crímines de lesa nacion y de lesa humanidad para empuñar el cetro de uno de los mas grandes pueblos de la tierra.

Con el libro que hoy ofrecemos al público presentamos uno de los mas importantes períodos de la historia contemporánea, escrito con la imparcialidad y profundo criterio del citado autor, y con una fuerza de datos y observaciones que no admiten réplica ni duda. No son vanas declamaciones lo que emplea Victor Hugo para demostrar los crímines, bajezas y perjuicios de Napoleón, sino que con pruebras irrecusables y con argumentos indiscutibles arranca la máscara hipócrita con que se encubria el tirano, para darlo a conocer al mundo entero, tal como es, tal como no podia menos de ser.

Hoy que en España hemos derrocado una dinastía tan impura como infame, tan criminal como tiránica, podemos conocer un toda su verdad la hediondez que encierra la dinastía francesa, dinastía que a pesar de sus pocos años de existencia, ha causado mas daño á la libertad que las demas dinastías. No es solamente la familia borbónica la que empleó siempre el dolo, la infamia, la intriga, el crímen para conseguir sus fines mas o menos ilícitos; tambien vemos allende el Pirineo un tirano que ciñe la corona imperial, capaz de las mayores vilezas y maldades para conseguir el feliz éxito de los planes liberticidas que en su mente acarició siempre.

¡Loor á Victor Hugo que no ha vacilado en proclamar la verdad; antes al contrario, con toda la impavidez y bravura peculiar de las almas grandes, ha revelado al mundo la escoria que se esconde en el alma del que él llama Napoleón EL PEQUEÑO! Sin vacilacion podemos decir que Victor Hugo era el único hombre digno y capaz de atacar y vencer al tirano que soñára con la dominacion del mundo; y que sin embargo no ha podido ablandar la constancia y firmeza del desterrado de Guernesey.

El Traductor

LIBRO PRIMERO

EL HOMBRE

CAPÍTULO PRIMERO

Nada vale el juramento mas sagrado para el hombre sin conciencia.

El jueves dia 20 de diciembre de 1848 estaba reunida en sesion estraordinaria la Asamblea constituyente francesa, rodeada en aquel entonces de un número imponente de fuerza armada, con el objeto de enterarse de una esposicion del diputado Waldeck de Rousseau, formulada en nombre de la comision encargada de examinar y enumerar los votos del escrutinio para la eleccion de presidente de la República.

En dicha relacion del diputado Waldeck se pronunció una frase que resumia por si sola todo el pensamiento que en ella se esplanaba: «Con tan admirable ejecucion dada á la ley fundamental, la nacion pone el sello de su inviolable soberanía á nuestra Constitucion para que sea santa, para que sea inviolable».

En medio del mas profundo silencio de los novecientos diputados constituyentes reunidos en tropel y casi por completo, Armando Marrast, presidente de la Asamblea nacional constituyente, se levantó y dijo:

«En nombre del pueblo francés, Considerando que el ciudadano Cárlos Luis Napoleón Bonaparte, natural de París, llena las condiciones de elegibilidad prescritas por el artículo 44 de la Constitucion;

»Considerando que en el escrutinio practicado en toda la estension del territorio de la República para la eleccion de presidente, ha reunido mayoría absoluta de votos;

»En virtud de los artículos 47 y 48 de nuestra Constitucion, la Asamblea nacional le proclama presidente de la República desde el dia actual hasta el segundo domingo de mayo de 1852».

A esas palabras se produjo viva agitacion en los bancos y en las tribunas tomadas y llenadas por el pueblo.

El presidente del congreso de diputados constituyentes añadió:

«Invito en los términos que la ley prescribe, al ciudadano presidente de la República á que se sirva subir a la tribuna y prestar el juramento que se debe».

Los diputados que llenaban el corredor de la derecha, subieron á sentarse en sus sitios y dejaron libre el paso.

Eran cerca de las cuatro de la tarde; la noche se aproximaba rápidamente; el inmenso salon del Congreso estaba medio sumergido en las sombras; las arañas colgadas del techo iban bajando hasta el punto conveniente, y los porteros acababan de poner las lámparas encima de la tribuna.

Hizo una señal el presidente del Congreso, y se abrió la puerta de la derecha.

Vióse entonces entrar en el salon y subir aceleradamente a la tribuna á un hombre jóven todavía, vestido de negro, llevando en su frac una placa condecorativa y el hermoso cordon de la Legion de Honor.

Todas las cabezas se volvieron hácia aquel hombre.

La luz de las lámparas hacia resaltar mas las facciones y ángulos huesosos y flacos de aquel rostro demacrado y pálido, en el cual se ostentaban una nariz larga y aguileña, un bigote bastante poblado, algunos mechones de pelo rizado sobre una frente angosta y aplastada y unos ojos pequeños sin brillo ni espresion.

Su actitud era tímida é inquieta; y digámoslo de una vez, en nada se parecia al famoso emperador Napoleón.

Era, ya que es preciso llamarlo con su propio nombre, el ciudadano Cárlos Luis Napoleón Bonaparte.

Durante la especie de rumor que produjo su entrada en el salon del Congreso, permaneció algunos instantes con la mano derecha sobre el pecho, metida en la abertura de su frac abotonado, de pié é inmóvil en la tribuna, cuyo frontispicio llevaba inscritas estas fechas:

«22, 23, 24 de febrero».

En la parte superior de la misma tribuna se leian estas tres palabras:

«Libertad, Igualdad, Fraternidad».

Antes de ser elegido presidente de la República, Carlos Luis Napoleón Bonaparte era representante del pueblo, era diputado republicano.

Hacia varios meses que se sentaba en los bancos del congreso nacional francés, y si bien asistia raras veces á las sesiones enteras, se le habia visto sentado frecuentemente y en el sitio que habia escogido, en los bancos superiores de la izquierda en la quinta grada, ó sea en la zona llamada comunmente la Montaña. Su asiento estaba detrás del de su antiguo preceptor, el diputado constituyente Vieillard.

Sin embargo de que aquel hombre no era desconocido de ninguno de los concurrentes al Congreso, su entrada en él produjo una honda impresion; y era que para todos, lo mismo amigos que adversarios, entraba no un hombre, sino el porvenir, un porvenir desconocido.

En la especie de inmenso y variado murmullo que se levantó á su entrada, y que se formaba de la palabra de todos, corria su nombre envuelto en los mas o menos opuestos y diversas apreciaciones y comentarios.

Sus antagonistas enumeraban y referian sus aventuras; hablaban de su pericia militar, de Estrasburgo y Boloña, del águila domesticada, y del pedazo de carne que se ponia en su sombrerito.

Sus amigos recordaban á voz en cuello su destierro, su proscripcion, su encarcelamiento, un buen libro sobre la artillería, sus escritos á Ham saturados hasta cierto punto del espíritu liberal, democrático y socialista, su sensatez propia de un

hombre de mas edad; y á los que hacian recordar sus locuras, les oponian el recuerdo de sus desgracias.

El general que no habiendo sido nombrado presidente efectivo de la República, venia á deponer el mando en el seno de las cortes constituyentes francesas con este laconismo que tan bien sienta á los repúblicos, sentado en su sitio de costumbre, en frente del banco de los ministros, á la izquierda de la tribuna y al lado de Marie, ministro de Justicia, asistia silencioso y con los brazos cruzados a la instalacion del nuevo presidente efectivo de la República.

Restablecióse por fin el silencio; el presidente del Congreso dió con su plegadera algunos golpes encima de la mesa; se apagaron los últimos rumores, y el presidente dijo:

—Voy á leer la fórmula del juramento.

Aquel momento tuvo algo de religioso. El congreso nacional no era un congreso, era un templo.

Tenia tanta mayor significacion dicho juramento, en cuanto era el único que se hubiese prestado en toda la estension del territorio de la República.

La revolucion de Febrero habia abolido con justicia el juramento político; y la Constitucion, con justicia tambien, no habia conservado otro juramento que el del presidente de la Francia republicana.

Dicho juramento tenia el doble carácter de necesidad y grandeza; era la promesa solemne del poder ejecutivo, del poder subordinado, dada al poder legislativo, al poder supremo de la nacion. Era mas aun; al revés de la ficcion monárquica en la que el pueblo prestaba juramento al hombre investido con el poder, era ese mismo hombre investido con el poder el que prestaba juramento al pueblo.

El presidente, funcionario y servidor juraba, pues, fidelidad al pueblo, que era el soberano. Inclinado ante la majestad nacional representada en la asamblea omnipotente de los diputados del pueblo, recibia de dicha asamblea la Constitucion del Estado y juraba obedecerla.

Los diputados eran inviolables; el presidente de la República no lo era.

Repitámoslo: como ciudadano responsable ante todos los ciudadanos era el único hombre en toda la nacion sujeto a la suerte.

De ahí, pues, se desprende que aquel juramento único y supremo, necesitase una solemnidad que conmovia el corazon.

El que escribe estas líneas era uno de los que tomaban asiento en la Asamblea constituyente el dia en que fué prestado dicho juramento: es uno de los que en presencia del mundo civilizado puesto por testigo, recibió en nombre del pueblo francés aquel juramento que todavía tiene en sus manos.

He aquí ahora dicho juramento.

«Ante Dios y ante el pueblo francés, representado por las Córtes Constituyentes, aquí reunidas, juro ser leal y adicto á la República democrática una é indivisible,

llenar con fidelidad todos los deberes que la Constitucion me impone».

El presidente del congreso leyó de pié esa fórmula majestuosa; y enseguida en medio del silencio y recogimiento de la inmensa concurrencia, el ciudadano Cárlos Luis Napoleón Bonaparte alargó la mano derecha y dijo con entera y sonora voz:

—Lo juro.

El diputado Boulay (de la Meurthe), vicepresidente de la República poco despues, y que conocia á Cárlos Luis Napoleón Bonaparte desde la infancia, esclamó conmovido:

—*¡Es un hombre honrado; cumplirá su juramento!*

El presidente del Congreso, de pié todavía, llamó la atencion para hacerse oir, y no citaremos aquí mas que las palabras que textualmente se imprimieron en el *Monitor* (francés):

«Ponemos por testigos á Dios y á los hombres del juramento que se acaba de prestar. Las Córtes Constituyentes de la Francia toman acta de él y ordenan que se transcriba en el proceso verbal que se insertará en el *Monitor*, se publicará y anunciará en la forma y en los sitios que es de costumbre para los actos legislativos».

Parecia haber terminado todo; sólo se aguardaba á que el ciudadano Cárlos Luis Napoleón Bonaparte, presidente desde aquel momento de la República francesa hasta el segundo domingo de mayo de 1852, bajase de la tribuna.

No bajó, empero, el presidente tan pronto como muchos esperaban; sentia el noble deseo, el irresistible impulso de ligarse mas aun, si era posible, con el pueblo, y añadir algo al juramento que la Constitucion le exigia, para que se comprendiera cuan libre y espontáneo era en él aquel juramento. Pidió la palabra.

—Teneis la palabra, dijo el presidente del Congreso.

Redoblaron el silencio y la atencion.

El ciudadano Luis Napoleón Bonaparte desdobló un papel y leyó un discurso.

En aquel discurso anunciaba á las Córtes Constituyentes que instalaba el ministerio nombrado por él, y añadia:

> «Ciudadanos diputados, como vosotros quiero consolidar las bases de la sociedad, fortalecer las instituciones democráticas, y procurar todos los medios idóneos para aliviar y estirpar los males de este puéblo generoso é inteligente que acaba de darme una prueba tan elocuente de la confianza que en mi tiene puesta[1]».

Cuando acabó de hablar, levantáronse todos los diputados reunidos en el Congreso, y todos a la vez como si clamára una voz monstruosa, gritaron: ¡Viva la República!

Luis Napoleón descendió de la tribuna, y se fué en derechura al general Cavaignac al cual tendió la mano.

El general vacilo algunos momentos en aceptar el apreton de manos; y todos los que acababan de oir las palabras de Luis Bonaparte, pronunciadas con acento de profunda lealtad, censuraron la vacilacion del general.

La Constitucion a la cual prestó juramento Luis Napoleón Bonaparte el dia 20 de diciembre de 1848 «ante Dios y ante los hombres», contenia entre otros los artículos siguientes:

«Artículo 36. Los representantes del pueblo son inviolables.

«Artículo 37. No podrá prenderse á ningun diputado constituyente por materia criminal, escepto en el caso de flagrante delito, ni podrá perseguírsele hasta que las Cortes Constituyentes hayan permitido tal persecucion.

«Articulo 68. Toda medida por medio de la cual el presidente de la República disuelva las Córtes Constituyentes, las prorogue ó ponga obstáculo alguno al ejercicio de su cometido, será considerada como crimen de alta traicion.

«Por ese solo hecho quedará destituido de sus funciones el presidente; y los ciudadanos estarán obligados á negarle obediencia; por lo cual pasará de pleno derecho a las Córtes Constituyentes de la nacion el poder ejecutivo. Los jueces del Tribunal Supremo se reunirán inmediatamente so pena de prevaricacion; convocarán los jurados en el lugar que para ello designen, para proceder al juicio del presidente y de sus cómplices, y nombrarán así mismo los magistrados encargados de llenar las funciones del ministerio público».

Aun no habian pasada tres años desde ese dia memorable, cuando el dia 2 de diciembre de 1851, pudo al amanecer leerse en todas las esquinas de las calles y plazas de París el documento siguiente:

«EN NOMBRE DEL PUEBLO FRANCÉS, EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA,

»DECRETA:

»Artículo 1.º Quedan disueltas las Cortes Constituyentes de la nacion.

»Art. 2.º Queda restablecido el sufragio universal, y abrogada la ley del 31 de mayo.

»Art. 3.° El pueblo francés queda convocado en los comicios.

»Art. 4.º Queda decretado el estado de sitio en toda la estension de la primera division militar.

»Art. 5.º Queda disuelto el Consejo de Estado.

»Art. 6.° El ministro del interior está encargado de la ejecucion del presente decreto.

»Dado en el palacio del Eliseo el dia 2 de diciembre de 1851.

«LUIS NAPOLEÓN BONAPARTE».

Al propio tiempo supo todo París que quince representantes del pueblo, inviolables segun la Constitucion, habian sido presos la noche anterior en sus propios domicilios por orden de Luis Napoleón Bonaparte.

Los que recibieron como representantes del pueblo que los habia elegido, en depósito por el pueblo, el juramento del 20 de diciembre de 1848, dado por Luis Napoleón Bonaparte; y mayormente, los que investidos con la doble confianza de la nacion, le vieron jurar como diputados constituyentes y le vieron violar como legisladores, asumieron al propio tiempo que su cometido, dos respetables deberes.

El primero era de levantarse en masa el dia en que dicho juramento fuese violado; presentar la cara al enemigo sin calcular su fuerza ni número; defender con la vida y escudar con su cuerpo la soberanía del pueblo, y apoderarse para combatir y derribar al usurpador, de todas las armas, desde la ley que se encierra en el código de la nacion, hasta el adoquin que se arranca de las calles.

El segundo deber era el de aceptar, despues de haber aceptado el combate y todos sus trances, la proscripcion con todas sus miserias; el de alzarse eternamente ante el traidor con su juramento en la mano; el de olvidar los sufrimientos ignorados, los dolores privados, las familias dispersas y mutiladas, las fortunas destruidas, ó de no mirar sus facciones desgarradas, su corazon manando sangre, y de olvidarse de sí mismos y no sentir en adelante mas que el dolor de una herida terrible, la herida hecha á la Francia; el de clamar justicia; el de no dejarse nunca rendir ni doblegar; el de ser implacable; el de coger al coronado abominable y perjuro, sino con la mano de la ley, á la menos con las tenazas de la verdad, y de hacer enrojecer en el fuego de la historia todas las letras de su juramento para marcárselas en la frente.

El que escribe estas líneas es uno de los que no retrocedieron un momento el 2 de diciembre ante ningun obstáculo, para cumplir el primero de dichos deberes: publicando este libro cumple el segundo.

Hora es ya que la conciencia humana se dispierte.

Desde el 2 de diciembre de 1851 se erige en teoría una asechanza acertada, un crímen odioso, repugnante, infame, inaudito si se tiene en consideracion el siglo en que ha sido perpetrado, y triunfa, y domina, y se ostenta á la faz del universo, dictando leyes, publicando decretos y tomando bajo su proteccion la sociedad, la religion y la familia, y tendiendo la mano á los monarcas de Europa que la aceptan, en tanto que él les dice: ¡Primo mio! ¡hermano mio!

Y ese crimen nadie lo niega, ni aun aquellos que de él se aprovechan y viven, quienes dicen únicamente que fué «necesario»; ni aun aquel que lo cometió, el cual

dice solamente que con su crímen se erigió en monarca «absoluto».

Y ese crimen encierra todos los demás crímenes; la traicion en la concepcion, el perjurio en la ejecucion, la matanza y el asesinato en la lucha, el despojo, el pillaje y el robo en el triunfo.

Y ese crimen arrastra tras sí, como partes suyas integrantes, la supresion de las leyes, la violacion de las inviolabilidades constitucionales, la secuestracion arbitraria, la confiscacion de bienes, las matanzas nocturnas, los fusilamientos secretos, las comisiones reemplazando á los tribunales ¡diez mil ciudadanos deportados; cuarenta mil ciudadanos proscritos, sesenta mil familias sumergidas en la desesperacion y en la ruina!

Todo eso es notorio y patente como la luz del sol; y sin embargo ¡cuán amargo es decirlo! ¡todos callan respecto á tan horrendo crímen! ¡Miradlo bien! ¡es un crimen espantoso que no tiene ejemplo!… ¡Qué!… lo ven, lo tocan, y pasan de largo para ir á sus tareas como si nada hubiera sucedido: la tienda abre, la Bolsa hace agios, el comercio sentado en un fardo se frota las manos, y casi llegamos al momento en que todo ello será tenido por la cosa mas sencilla y natural del mundo.

El que mide tela para el comprador no oye como el metro que tiene en las manos le habla; no oye que le dice: «Es una medida falsa la que impera». El que pesa un género no oye como la balanza se desgañita diciéndole: «El peso que reina, es un peso falso».

¡Estraño órden es el orden que tiene por base el supremo desórden, la negacion de todo derecho! ¡Ridículo equilibrio social es el equilibrio que está fundado en la iniquidad!

Añadamos ahora, lo cual sin embargo se colige fácilmente, que el autor de dicho crimen es un malhechor de la mas cínica y baja estofa.

Y entiendanlo bien todos los que llevan una toga, ó una faja, ó un uniforme; sepan que si se creen agentes de un poder cualquiera, se engañan; son compañeros de un bandido. Desde el 2 de diciembre no hay en Francia empleados ni dignatarios; no hay mas que cómplices.

Ha llegado el momento de que cada uno se dé cuenta exacta de lo que ha hecho y sigue haciendo. El militar que prende a los que el héroe de Estrasburgo y Boloña llama «insurrectos», prende a los defensores y guardias de la Constitucion.

El juez que condena á los combatientes de París o de las provincias, manda sentar en la banqueta de los criminales á los mantenedores de la ley.

El oficial de marina que guarda en el fondo de la cala á los apenados, retiene á los defensores de la República y del Estado.

El general de Africa que encierra en Lambesa á los deportados encorvados y marchitos á los ardientes rayos del sol meridional, temblorosos á causa de la calentura, y obligados a abrir en la tierra abrasada los surcos que les han de servir de fosa, encierra, tortura y asesina á los hombres del derecho.

Todos en fin, generales, oficiales, soldados y jueces, están en plena prevaricacion. Ante ellos tienen algo mas que inocentes; ¡tienen héroes! algo mas que víctimas; ¡tienen mártires!

Sépanlo, pues, todos, y dense prisa; ó á lo menos, ya que todavía no tienen valor de empuñar la espada, rompan las cadenas, arranquen los cerrojos, vacien los pontones, abran los calabozos. ¡Ea, conciencias, alzaos; despertad, que ya es hora!

Si la ley, el derecho, el deber, la razon, la rectitud, la equidad, la justicia, no bastan, pensad en el porvenir. ¡Si los remordimientos callan, hable la responsabilidad!

Sepan tambien todos los propietarios que estrechan la mano al magistrado; todos los banqueros que festejan al general; todos los aldeanos que saludan al soldado; todos los que no se apartan del palacio en que vive el ministro ó de la casa en que vive el gobernador como de un lazareto; todos los que, sencillos ciudadanos que no ambicionan empleo alguno, van á los bailes y banquetes que da Luis Bonaparte y no ven que en el Eliseo tremola la bandera negra, sepan todos, digo, que tal género de oprobio es contagioso; si se libran de la complicidad material, no se escapan de la complicidad moral. El crímen del 2 de diciembre, los mancha, los deshonra, los infama.

CAPÍTULO II

El gobierno de Luis Bonaparte es un edificio sin fundamentos.
El menor soplo de viento lo derribará.

I

La situacion actual que á muchos les parece tranquila y sosegada, porque no piensan; desengañarse, es muy violenta: bajo el cráter apagado arden y se agitan torrentes de lava. Cuando la moralidad pública se eclipsa, se forma en el órden social una sombra que espanta.

Todas las garantías se desvanecen, todos los puntos de apoyo se hunden.

No hay en Francia ahora un solo tribunal, un solo consejo, un solo juez que pueda hacer justicia y dictar una sentencia sobre lo que se quiera, contra quien se quiera, y en nombre de quien se quiera.

Llévese á la barra del tribunal del crimen un malhechor cualquiera, y el ladron dirá á los jueces: El jefe del Estado robó veinte y cinco millones a la Banca.

El falso testigo dirá á los jueces: El jefe del Estado hizo un juramento «ante Dios y ante los hombres», y ha violado ese juramento.

El culpable de secuestracion arbitraria dirá: El jefe del Estado prendió y encarceló contra todas las leyes á los representantes del pueblo soberano.

El estafador dirá: El jefe del Estado estafó su cargo, estafó el poder, estafó las Tullerías.

El falsario dirá: El jefe del Estado ha falsificado un escrutinio nacional.

El salteador de los bosques dirá: El jefe del Estado cortó y robó la bolsa á los principes de Orleans.

El asesino dirá: El jefe del Estado ha fusilado, ametrallado, cortado y degollado á los inocentes transeuntes de las calles.

Y todos juntos, el ladron, el falso testigo, el arbitrario secuestrador, el estafador, el falsario, el salteador y el asesino, añadirán: —Y vosotros, jueces, fuisteis á saludar á dicho hombre, fuisteis á elogiarle por haber sido perjuro, á cumplimentarle por haber sido falsario, á ensalzarle por haber estafado, á felicitarle por haber robado, y á ¡darle las gracias de los asesinatos que cometiera! ¿Qué quereis, pues, de nosotros?

Ciertamente, tal estado de cosas es gravísimo. Dormirse en tal situacion es la ignominia mas abominable.

Ya es hora, repitámoslo; ya es hora de que acabe ese monstruoso sueño de las conciencias. No es lícito, no es justo ni sensato que despues de un escándalo tan

horrible, se dé á los hombres otro escándalo mas horrible aun, el triunfo del crimen y la indiferencia del mundo civilizado.

Si asi fuese, la historia se alzaria algun dia como una divinidad vengadora; y desde ahora, del mismo modo que los leones heridos se internan en las mas agrestes soledades, el hombre justo, cubriéndose el rostro con las manos ante tal abatimiento universal, se refugiaria en la inmensidad del desprecio.

II

No sucederá empero tal como parece á la mayor parte de los que no meditan; los hombres despertarán de su letargo.

El presente libro no tiene otro objeto que hacer sacudir ese sueño letárgico, Francia no debe adherirse por mas tiempo á semejante gobierno, ni aun con el consentimiento de dicho letargo. En ciertas horas y circunstancias, en ciertos lugares y bajo ciertas sombras, dormir es morir.

Añadamos que en el momento en que estamos, la Francia, cosa estraña al parecer, y sin embargo, nada mas cierto ni positivo; ignora lo que pasó el 2 de diciembre y despues de este dia, o si lo sabe, lo sabe mal, y eso la disculpa.

No obstante, merced á varias publicaciones imparciales, valientes y nobles, comienzan á parecer los hechos tal como fueron. El presente libro está destinado á esclarecer algunos de ellos, y si Dios quiere, á, presentarlos todos en su verdadero aspecto.

Importa mucho saber en lo posible quien es el señor Bonaparte.

A la hora en que nos hallamos, merced a la supresion de la imprenta, merced á la supresion de la palabra, de la libertad y de la verdad, supresion que ha dado el resultado de permitirlo todo al señor Bonaparte, a la vez que tiene por efecto marcar de nulidad todos sus actos sin excepcion, incluso el incalificable escrutinio del 20 de diciembre de 1848; merced, decimos, á la estincion de toda luz y al impedimento de nacer toda planta; ningun hombre, ninguna cosa, ningun hecho, tiene su verdadero aspecto ó lleva su verdadero nombre. El crimen del señor Bonaparte, no es un crímen, se llama necesidad; la vil asechanza del señor Bonaparte, no fue ninguna asechanza, fué la defensa del órden; las depredaciones del señor Bonaparte, no son robos, se llaman medidas de Estado; los asesinatos del señor Bonaparte, no son tales asesinatos, se llaman salud pública; los cómplices del señor Bonaparte, no son malhechores ni cosa parecida, se llaman magistrados, senadores y consejeros de Estado; los adversarios del señor Bonaparte, no son los soldados de la ley, los defensores del derecho, se llaman revoltosos, demagogos, comunistas, los que quieren partir.

A los ojos de la Francia, á los ojos de Europa el 2 de diciembre está todavía disfrazado. Este libro no es otra cosa que una mano salida de las sombras que arranca la careta.

Atencion, pues, mundo civilizado; vamos á patentizar el triunfo del órden; vamos á pintar ese gobierno vigoroso, potente, firme, sólido, que cuenta con una infinidad de hombrecillos que tienen mas ambicion que talento y saber, politicones de pega, mendigos disfrazados elevados por la nulidad: vamos á pintar ese gobierno fuerte, defendido en la Bolsa por el judío Fould, y en la Iglesia por el católico Montalembert querido de las mujeres que quieren ser… solteras y de los hombres que quieren ser gobernadores; apoyado en la coalicion de las prostituciones; que da banquetes y saraos; que hace cardenales; que lleva corbata blanca y clac[2] debajo del brazo, guantes de color de manteca fresca como Morny, calzado nuevo de charol como Maupas; que va muy cepillado como Persigny; rico, elegante, hermoso, dorado, lustroso, brillante, gozoso, ¡nadando en un mar de sangre!

III

Si, los hombres despertarán de su letargo.

Si, algun dia se sacudirá esta soñolencia que para tal pueblo, es la mayor afrenta; y cuando Francia despierte, cuando abra los ojos, cuando distinga bien los objetos, cuando vea lo que tiene en frente y al lado, retrocederá estremecida, aterrada, terrible, ante el monstruoso atentado con que han osado desposarla en medio de las tinieblas y con el cual ha compartido el tálamo.

Entonces sonará la hora suprema en el reloj de la justicia.

Los escépticos sonrien é insisten diciendo:

—No espereis nada. Este régimen decís que es la ignominia de la Francia. ¡Bueno! tal ignominia se cotiza en la Bolsa, y… ¡no espereis nada! Si esperais algo, dareis muestras de ser poetas ó soñadores.

—¿Nosotros soñamos?…

—Sí, y sino, mirad: la tribuna, la prensa, la inteligencia, la palabra, el pensamiento, en fin, todo lo que era libertad ha desaparecido. Ayer todavia se removia, todavía se agitaba; pero hoy ya está petrificado, y punto concluido. Todo el mundo está contento y se acomoda á tal petrificacion; se saca de ella todo el partido que se puede; los negocios siguen como antes, y se vive encima de ella como si tal cosa. La sociedad prosigue su marcha, y muchos hombres honrados y buenos encuentran que las cosas van bien tal como van ahora. ¿A qué viene, pues, querer cambiar esta situacion? ¿por qué quereis que acabe? Ea, no os hagais ilusiones: esto es sólido y estable; es el presente y el porvenir.

¡Magnifica Lógica!

Estamos en Rusia. El rio Neva está helado; y encima del hielo se fabrican casas; y se arrastran pesados carros. El rio no es de agua, es de roca. Los transeuntes van y vienen, cuanto les da la gana, por encima de este mármol que hace poco era agua. Se improvisa una ciudad, se tiran calles, se abren tiendas, se vende, se compra, bebe, come, duerme, y se enciende fuego sobre esta agua. Todo se puede hacer: nada temais, haced lo que os cuadre; reid, bailad, patead; que es mas sólido que la tierra firme. En verdad suena bajo el pié como el granito… ¡Viva el invierno! ¡viva el hielo! ¡hay para una eternidad! Y mirad al cielo: ¿es de dia? ¿es de noche? Una luz pálida y temblorosa se arrastra por la nieve; diríase que el sol muere…

¡No, tú no mueres nunca, libertad! algun dia, quizás mañana, cuando menos lo parezca, a la hora misma en que mas se te olvide, ¡te levantarás radiosa y brillante!

¡Oh deslumbradora luz! ¡de repente se verá tu cara de astro refulgente salir de tierra y alumbrar el horizonte; y á toda esta nieve, á todo este hielo, á toda esta llanura sólida y blanca, á toda esta agua convertida en granito, á todo este infame invierno arrojarás tus dardos de oro, tus ardientes y deslumbradores rayos, la luz, el calor, la vida!

Y entonces, escuchad: ¿no ois un sordo ruido? ¿no oís un crugido formidable y profundo? ¡es el repentino rompimiento de los hielos! ¡es el Neva que se hace pedazos! ¡es el rio que vuelve a tomar su curso! ¡es el agua viva, mugidora y terrible que arranca la costra muerta y asquerosa para romperla en pedazos menudos!

Deciais que todo era sólido como el granito; y mirad, se rompe como ténue cristal.

¡Ha llegado el deshielo!… ¡os repito que es el deshielo! que es la verdad que vuelve á ser lo que era; que es el progreso que vuelve á emprender su carrera titánica; que es la humanidad que se pone otra vez en marcha despues de un descanso, y arranca, arrastra, sacude, mezcla, confunde, aplasta y ahoga en el torbellino de su corriente impetuosa, cual si fueran los miserables muebles de una casucha, no solamente el flamante imperio de Luis Bonaparte, sino tambien todas las construcciones y obras del antiguo y eterno despotismo.

¡Mirad como la rápida corriente lo arrastra todo! todo desaparece para siempre; no volvereis á ver nada de todo ello…

Aquel libro medio sumergido que veis alli cerca, es el viejo código de iniquidad; aquellos caballetes que se hunden mas acá, ¡son el trino! y aquellos otros caballetes que la corriente ha sumergido y arrastrado ¡son los del caldalso!

¿Y qué ha sido menester para ocurrir esa inmensa sumersion, para tener lugar esa suprema victoria de la vida contra la muerte? ¡Oh hermoso sol! ¡una de tus miradas! ¡Radiante libertad! ¡uno solo de los rayos de tu luz!

Napoleon III

CAPÍTULO III

Retrato y biografia del emperador de la Francia.

I

Carlos Luis Napoleón Bonaparte nació en París el 20 de abril de 1808. Es hijo de Hortensia de Beauharnais casada por el Emperador con Luis Napoleón, rey de Holanda.

En 1831, metido Luis Bonaparte en las insurrecciones de Italia en las cuales perdió la vida su hermano mayor, procuró derrocar el papado.

El 30 de octubre de 1835 procuró derribar á Luis Felipe. Abortó su plan en Estrasburgo, y despues de perdonarle el rey, se embarcó para América dejando tras si sentenciar á sus cómplices.

El dia 11 de noviembre del mismo año escribia lo siguiente:

> «El rey *en su clemencia*, mandó que me llevasen á América»; y declaraba estar «hondamente conmovido de *la generosidad* del rey», añadiendo: «Todos sin duda somos culpables ante el gobierno por haber tomado las armas contra él; pero *el mas culpable soy yo*» y acababa con estas palabras: «Yo era *culpable* para con el gobierno; y el gobierno ha sido *muy generoso* conmigo».

Esa carta fué leida en el Tribunal Supremo por el abogado Parquin, quien despues de haberla leido esclamó: «Entre el número de faltas de Luis Napoleón no se debe á lo menos contar la ingratitud».

¡Poco le conocias, Parquin!

Salió de América y fué á parar á Suiza, en cuya capital, Berna, se hizo nombrar capitan de artillería y propietario y vecino de Salenstein de Turgovia, evitando igualmente en medio de las complicaciones diplomáticas causadas por su presencia, declararse francés y confesarse suizo, limitándose para tranquilizar al gobierno francés, á afirmar en una carta fechada en 20 de agosto de 1838 que vivia «casi solo» en la misma casa «donde habia muerto su madre», y que su firme voluntad era la de «pemanecer alli tranquilo».

El dia 6 de agosto de 1840 desembarcó en Boloña, parodiando el desembarco de Cannas[3], llevando un sombrerito y un águila dorada arriba de una bandera y un águila viva en una jaula, muchas proclamas y sesenta criados, cocineros y palafreneros disfrazados de soldados franceses con uniformes comprados en el Temple[4] y botones del regimiento 42º de linea, fabricados en Lóndres. Arroja á

manos llenas dinero a los transeuntes de las calles de Boloña, pone su sombrero a la punta de su espada gritando él mismo ¡*viva el emperador*! tira á un capitan[5] un pistoletazo que rompe tres dientes á un soldado, y se escapa como un gamo.

Prendióle el gobierno francés, y se le encontraron encima cien mil francos en oro y papel moneda[6]; el procurador general Franck Carré le dijo en plena Cámara de los Pares: «Ha hecho V. practicar un ilegitimo reclutamiento y distribuir dinero para comprar la traicion».

Los Pares le condenaron á prision perpétua. Encerrósele en Ham.

Alli pareció replegarse y madurar su reflexion; y escribió y publicó varios libros impregnados, á pesar de su mucha ignorancia de la Francia y del siglo, de democracia y progreso: *Estincion del Pauperismo, Análisis de la cuestion de los azúcares, Las ideas napoleónicas*, en cuya obra hizo «humanitario» al emperador Napoleón I. En un libro titulado *Fragmentos históricos*, decia: «Soy ciudadado antes que ser Bonaparte».

Ya en 1832 se habia declarado en su libro de los *Ensueños politicos* «republicano».

Despues de seis años de cautiverio, en Ham, se escapó de la cárcel disfrazado de albañil y se refugió en Inglaterra.

II

Vino la revolucion de febrero, y Luis Bonaparte aclamó la república; tomó asiento como representante del pueblo en las Cortes Constituyentes; subió a la tribuna el dia 21 de setiembre de 1848, y dijo: «toda mi vida será consagrada á la consolidacion de la República»; publicó un manifiesto que puede resumirse en dos lineas: «libertad, progreso, democracia, amnistía, abolicion de los decretos de proscripcion y destierro»; fué elegido presidente por cinco millones quinienmil votos; juró solemnemente la Constitucion el dia 20 de diciembre de 1848, y el 2 de diciembre del año de 1851 faltó a su juramento de la manera mas escandalosa.

Y recordemos aquí que en el compromiso que, despues de jurar la Constitucion al quedar instituido presidente, quiso contraer ante la nacion, dijo como hemos indicado en el primer capítulo de este libro, que agradecia á su predecesor, interino presidente de la República, y le felicitó como si mas tarde hubiese querido decir como él: No caí del poder, *sino que bajé de él*.

Añadia ademas Luis Bonaparte en dicho discurso:

«La nueva administracion que va a entrar en los negocios, debe agradecer mucho a la precedente, por los esfuerzos que ha hecho para trasmitir intacto el poder, para mantener el orden y la tranquilidad públicos[7]».

«La conducta del honorable general Cavaignac ha sido digna de todo elogio y propia de la lealtad de su carácter y de ese sentimiento del deber que es la primera cualidad del jefe del Estado[8]».

El Congreso aplaudió casi unánime tales palabras; pero lo que mas conmovió al ánimo de todos los circunstantes, y que se grabó profundamente en la memoria de todos, y que tuvo eco en todas las conciencias leales, fué la siguiente declaracion al parecer espontánea, lo repetimos, con la cual comenzó su discurso:

«Los votos de la nacion y el juramento que acabo de prestar prescriben mi conducta fatura. Trazado está mi deber. Cumpliré con él como hombre de honor.

»Veré enemigos de la patria en todos aquellos que por vias ilegales intentasen cambiar lo que la Francia entera ha establecido».

En el intervalo de los años 1848 á 1851 destruyó la república romana, y restauró en 1849 ese mismo papado que en 1831 queria derrocar.

Tambien habia tomado no se sabe que parte en el oscuro negocio llamado loteria de los rieles de oro; en las semanas que precedieron al golpe de Estado, ese turbio negocio se habia hecho algun tanto trasparente, y en él se vió una mano que como una gota de agua á otra gota se parecia á la suya.

El dia 2 de diciembre y en los dias siguientes atentó él el poder ejecutivo, al poder legislativo; prendió á varios diputados; dispersó el Congreso; disolvió el consejo de Estado; espulsó el Supremo Tribunal de justicia; suprimió leyes; robó veinte y cinco millones de francos á la Banca; colmo de oro al ejército; ametralló á París; aterrorizó la Francia; luego proscribió á ochenta y cuatro representantes del pueblo: arrebató á los principes de Orleans los bienes de su padre Luis Felipe á quien debia la vida; decretó el despotismo en cincuenta y ocho articulos bajo el titulo de Constitucion; agarrotó la República; hizo de la espada de la Francia una mordaza para ponerla á la boca de la libertad; como un chalan especuló en los Ferro-carriles; vació los bolsillos del pueblo; redactó el presupuesto al estilo del autócrata ruso; deportó al África y á Cayena diez mil demócratas; desterró á Bélgica, España, Piamonte, Suiza é Inglaterra cuarenta mil republicanos; llenó de luto todas las almas y corazones verdaderamente buenos, é imprimió en todos los rostros el color de la vergüenza.

Luis Bonaparte cree subir al trono, y no vé que sube al patíbulo.

III

Luis Bonaparte es un hombre de talla mediana, frio, pálido, lento, que tiene el aire de no estar bien despierto.

Hemos indicado ya que publicó un tratado bastante apreciable sobre la artillería, y conoce a fondo la maniobra del cañon. Monta bien á caballo.

Su palabra tiene un ligero acento aleman; y lo que hay en él de histrion, lo manifestó claramente en el torneo de Eglington.

Tiene bigote poblado que le cubre los labios, como el duque de Alba, y el ojo apagado como Carlos IX.

Si se le juzga fuera de lo que él llama «sus actos necesarios» o «sus grandes actos», es un hombre vulgar, pueril, ridiculo y vano. Las personas invitadas á las fiestas que da en Saint-Cloud, reciben al mismo tiempo que la invitacion, la orden de traer un traje de dia y otro de noche. Le gustan el boato, la pompa, los bordados y penachos, las lentejuelas y los galoncitos, las palabras rimbombantes, los títulos pomposos y sonoros; en una palabra, su vanagloria ama lo que brilla, todo lo que es pomposo y ruidoso y todas las zarandajas del poder.

En su cualidad de pariente de la batalla de Austerlitz se cala el uniforme de general.

Poco le importa ser despreciado, con tal que por su pompa y majestad se le respete en apariencia.

Ese hombre oscureceria el segundo período de la historia así como empaña el segundo. Europa se reia del otro continente mirando á Haiti cuando vió aparecer á Soulouco.

Existe ahora en Europa en el fondo de todas la inteligencias lo mismo de Francia que del estranjero, una especie de profundo estupor, como si fuera causado por el sentimiento de una afrenta personal.

Antes del 2 de diciembre los jefes del partido de la derecha decian sin ambajes y muy a menudo que Luis Bonaparte *era un idiota*. Pero se engañaban.

Su cerebro es en efecto turbio, tiene vacíos; pero se pueden decifrar en varias de sus regiones una hilacion de pensamientos encadenados de una manera uniforme.

Su cerebro es un libro del cual se han arrancado varias hojas.

Luis Bonaparte tiene una idea fija, y una idea fija, sea cual fuere, no es el idiotismo. Sabe lo que quiere y vá derecho á su objeto. Desprecia la justicia, desprecia la ley, desprecia la razon, desprecia la honradez, desprecia la humanidad; pero va derecho á su objeto.

No, no es un idiota; es un hombre de un siglo diferente del nuestro. Parece absurdo y loco, porque no tiene pareja en nuestros tiempos.

Trasportadle á España en el siglo XVI, y Felipe II le conocerá; á Inglaterra, y Enrique VIII le dirigirá una sonrisa; á Italia, y César Borgia le dará un estrecho abrazo. O sino, limitaos á llevarle fuera de la civilizacion europea; trasportadle á Ganina en 1817, y Ali Tepelini le dará la mano.

En Luis Bonaparte hay algo de la Edad media y del bajo imperio. Lo que él hace habria parecido muy sencillo y natural á Miguel Ducas, á Romano Diógenes, á Nicéforo Botoniato, al eunuco Narsés, al vándalo Stilicon, á Mahomet II, á Alejandro VI, á Ezzelino de Padua. Cada uno de estos se le parece en algo.

Pero el mal está en que olvida ó ignora que en el tiempo en que estamos, sus acciones tendrán que pasar por los grandes efluvios de moralidad humana formados por los tres últimos siglos de ciencia y literatura y por la revolucion francesa, y que en ese medio sus acciones tomarán su verdadero valor, y aparecerán tal como son, horribles, repugnantes.

IV

Sus partidarios, pues tambien los tiene, le comparan con su tio el primer Bonaparte, y dicen: «El uno ha hecho el diez y ocho de brumario; el otro ha hecho el dos de diciembre: son dos ambiciosos».

El primer Bonaparte queria reedificar el imperio de Occidente, avasallar la Europa entera, dominar el continente con su poderio y deslumbrarle con su grandeza, tomar una butaca y dar un taburete á cada uno de los otros reyes, hacer que la historia pregonase algun dia: Nemrot, Ciro, Alejandro, Aníbal, César, Carlo Magno, Napoleón; ambicionaba ser señor del mundo; y lo fué. Por esa razon hizo el diez y ocho de brumario.

Luis Napoleón quiere tener caballos y mujeres, quiere que le llamen Monseñor y darse buena vida. Por esa razon hizo el dos de diciembre.

Efectivamente son dos ambiciosos; la comparacion no puede ser mas exacta.

Añadamos que el Napoleón de ahora quiere como el primero, ser tambien emperador. Pero lo que destruye algo tales comparaciones, es que quizás hay alguna diferencia entre conquistar el imperio y usurparle.

Mas sea como fuere, lo cierto es que nada puede encubrir, ni siquiera el deslumbrador cortinaje de glorias y desgracias en el cual se lee: Arcola, Lodi, las Pirámides, Eilau, Friedlan, Santa Elena; lo cierto es, decimos, que el diez y ocho de brumario es un crimen cuya mancha ensanchó el dos de diciembre sobre la memoria de Napoleón.

Luis Bonaparte se deja conocer como socialista; porque conoce que hay en ello una especie de campo abierto y esplotable por la ambicion.

Ya lo hemos dicho, pasó su tiempo en la prision formándose una reputacion casi completa de demócarta. Un hecho le pinta cuando estando en Ham publicó su libro sobre la *Estincion del Pauperismo*; libro que al parecer tenia por único y esclusivo objeto sondear la llaga de las miserias del pueblo é indicar los medios de curarla; envió la obra á un amigo suyo adjunta con este billete que hemos tenido ocasion de leer: «Lea V. ese trabajo sobre el pauperismo, y diganie si le parece á propósito *para hacerme bien*».

V

El gran talento del señor Luis Bonaparte consiste en el silencio.

Antes del dos de diciembre tenia un consejo de ministros que se imaginaba ser algo, porque era responsable. El presidente presidia, y nunca ó casi nunca tomaba parte en las discusiones.

Mientras que los señores Odilon Barrot, Passy, Tocquevile, Dufaure, ó Faucher, hablaban, *construia* el *presidente Bonaparte con profunda atencion*, nos decia uno de sus ministros, *pajaritos de papel, ó dibujaba mamarrachos en los legajos que habia encima de la mesa*.

Hacer el muerto es todo su arte. Permanece mudo é inmóvil mirando lo que mas lėjos tiene del pensamiento hasta llegar la hora. Entonces vuelve la cabeza y se precipita sobre su presa.

En política aparece bruscamente y de la manera mas inesperada, pistola en mano como el ladron. Hasta entonces todo lo menos posible de movimiento. Un instante tan solo en los tres años que pasaron desde su instalacion de presidente, se le vió mirar cara á cara á Changarnier, quien por su parte meditaba tambien una empresa. *Ihant obscuri* como dice Virgilio.

La Francia miraba con cierta ansiedad y dudosa espectacion á esos dos hombres. ¿Qué hay entre ellos? se decia. ¿Sueña el uno en ser un Cromwell? ¿sueña el otro en ser un Monk? Todo el mundo se preguntaba lo mismo con la mirada ya que no con palabras. En uno y otro se veia la misma actitud de misterio, la misma táctica de inmovilidad. Bonaparte no decia una palabra. Changarnier no hacia ningun gesto; el uno no se movia, el otro no respiraba; los dos parecian jugar á quien representaria mejor una estátua.

Sin embargo, Luis Bonaparte rompe á veces el silencio; pero entonces no habla, miente. Ese hombre miente del mismo modo que los otros hombres respiran.

Cuando anuncia una intencion honrada, estad alerta; cuando afirma, desconfiad; cuando hace un juramento, temblad.

Maquiavelo dejó hijos varios. Luis Bonaparte es uno de ellos.

Anunciarse una enormidad contra la cual clama todo el mundo, negarla con indignacion, jurar por los objetos mas sagrados, declararse hombre honrado, y luego en el momento en que todos se tranquilizan y rien de la enormidad en cuestion, es una infamia ejecutarla. Sin embargo así sucede en su politica.

Asi lo hizo con el golpe de Estado, así lo hizo conolos decretos de proscripcion, así lo hizo con el despojo de los principes de Orleans, y así lo hará con la invasion de la Bélgica, y de la Suiza, y así lo hará con todo lo demás.

Tal es su manera de proceder; pensad y decid lo que querais; de ella se sirve porque la encuentra buena, y eso es lo que le importa. Él rendirá cuentas con la Historia.

VI

Es uno de su círculo intimo; le deja el entrever un proyecto que parece no ser inmoral (no es menester mirar y reparar tanto las cosas,) pero si insensato y peligroso por sí mismo, se le hacen objeciones; las escucha sin replicar; cede á veces por dos ó tres dias, y despues vuelve a su designio, y hace su voluntad.

Tiene Bonaparte en su gabinete del Eliseo una mesa en la cual hay un cajon entreabierto casi siempre. Saca de él un papel, lo lee á un ministro, es un decreto. El ministro se adhiere ó se niega. Si se niega, Luis Bonaparte tira el papel en el cajon donde hay muchos otros papeluchos, ilusiones escritas de un hombre omnipotente; cierra el cajon, toma la llave y se marcha sin decir palabra; el ministro saluda y se retira encantado y satisfecho de la deferencia del emperador.

Al dia siguiente por la mañana aparece en el *Monitor* el tal decreto. A veces con la firma del ministro.

Merced á tal manera de obrar, tiene siempre a su favor la sorpresa de lo inesperado, la cual da inmensa fuerza; y no encontrando siquiera un obstáculo interior en lo que los demás hombres llaman conciencia, lleva á efecto su designio, no importa, como hemos dicho, que sea conculcando cuanto hay de mas sagrado, no importa el modo y la manera; le importa si conseguir su objeto.

Algunas veces retrocede ante el efecto, no moral de sus actos, sino ante el efecto material.

Los decretos de espulsion de los ochenta y cuatro diputados, publicados el dia 6 de enero por el *Monitor*, sublevaron el sentimiento público. Por muy atada que estuviese la Francia, se conoció el estremecimiento que le diera. No estaba muy léjos todavía el dos de diciembre; toda conmocion popular podia ser peligrosa.

Luis Bonaparte así lo comprendió.

El dia diez debia aparecer otro decreto de espulsion comprendiendo ochocientos nombres. Luis Bonaparte mandó que le trajesen las pruebas de imprenta del *Monitor*. La lista cogia catorce columnas del diario oficial. Estrujó las pruebas, las echó al fuego, y el decreto no apareció.

Pero las proscriciones continuaron sin decreto.

Para sus empresas necesita ayudantes y colaboradores, le falta lo que él mismo llama «hombres». Diógenes los buscaba con una linterna, él los busca con un billete de banco en la mano; y los encuentra.

La naturaleza humana produce una especie de personajes, de los cuales él es el centro natural, que se agrupan necesariamente en torno suyo, segun la misteriosa ley de gravitacion, que lo mismo rige al ser moral que al átomo cósmico.

Para emprender el «acto del dos de diciembre» para ejecutarlo y completarlo, le faltaban hombres de esa clase y los tuvo. Hoy dia le rodean; hoy dia le hacen la corte, y mezclan su gloria con la de él.

En ciertas épocas de la historia se ven aparecer pléyadas de grandes hombres; en otras épocas se ven aparecer pléyadas de foragidos.

Sin embargo no confundamos la época, no confundamos el minuto de Luis Bonaparte con el siglo décimo nono; el hongo venenoso se alza al pié de la encina, pero no es la encina.

Luis Bonaparte ha conseguido su objeto. Ahora puede disponer del dinero, del agio, de la banca, de la bolsa, del contador, del arca, y de todos esos hombres que pasan fácilmente de un estremo á otro, cuando no se ha de arrostrar mas que la vergüenza. Ha sabido hacer de Changarnier un tonto que se deja engañar; de Thiers, un anzuelo; de Montalembert, un cómplice; del poder, una madriguera de salteadores, y del presupuesto, una granjería.

En la casa de moneda se graba una medalla llamada medalla del dos de diciembre, en conmemoracion y honor de la manera como cumple sus juramentos. La fragata *Constitucion* ha sido desbautizada y se llama la fragata *Elisea*.

Puede siempre y cuando quiere hacerse consagrar por monseñor Sibour y permutar la yaciga del Elíseo por el tálamo de las Tullerías. Y entre tanto desplega la mayor ostentacion, arenga, triunfa, preside banquetes, da saraos, baila, salta, corre y hace la rueda; se arrellana en una butaca de la ópera, se hace llamar principe presidente, distribuye banderas al ejército y cruces de honor a los comisarios de policía.

Cuando se trató de escoger un símbolo para sus armas se humilló tomando el águila; ¡lástima de gavilan!

CAPÍTULO IV

El gran talento politico de Luis Bonaparte consiste tan sólo en su astucia y en su dinero.

I

Si, Bonaparte ha conseguido su objeto, ha salido muy bien en su empresa. Resulta que no le faltan apoteosis, y que tiene mas panegiristas que los que tuvo Trajano. Una cosa me extraña sin embargo, y es que en todas las cualidades que se le conceden desde el dos de diciembre, en todos los elogios que le tributan, no hay una sola palabra que tenga alguna analogia con las siguientes:

Habilidad, sangre fria, audacia, astucia de zorro, proyecto bien preparado y maduro, instante escogido oportunamente, secreto bien guardado, medidas bien tomadas, ¡llaves falsas bien hechas! todo su talento é inteligencia están ahí. Cuando se han dicho estas palabras todo está dicho, aparte algunas frases sobre la «clemencia»… Pues qué, ¿no se ha elogiado la magnanimidad de Mandrino que á veces no tomaba todo el dinero, y de Juan el *Desollador* que a veces no mataba a todos los viajeros?

El Senado dotando al señor Bonaparte con doce millones de francos, á mas de cuatro millones para conservacion de los sitios imperiales, el Senado, decimos, dotado por el señor Bonaparte con un millon de francos, felicita á dicho señor por haber «salvado la sociedad», tal poco mas o menos como un personaje de comedia felicita á otro por haber «salvado la caja».

En cuanto á mí, estoy buscando todavía en las alabanzas y glorificaciones que del señor Bonaparte hacen sus mas ardientes apologistas, una alabanza que conviniese á Caco y á Mercurio despues de haber dado un buen golpe de mano; y muchas veces me avergüenzo, por la lengua francesa y por el nombre de Napoleón, de los términos en verdad algo libres y muy poco encubiertos y demasiado apropiados á los hechos, en que felicitan el clero y la magistratura á ese hombre, por haber robado el poder con fractura de la Constitucion y haber evadido tenebrosamente su juramento prestado a la presencia del mundo civilizado.

Luego que todas las fracturas y robos de que se compone el éxito de su politica han sido efectuados, ha tomado su verdadero nombre; cada uno ha reconocido que ese hombre era un monseñor. El señor Fortoul[9], digámoslo para gloria suya, fué el primero que lo echó de ver.

II

Cuando se mide al hombre y se le encuentra tan pequeño, y luego se mide el resultado y se le encuentra tan enorme, es imposible que no esperimente el ánimo alguna sorpresa.

Todos se preguntan como lo ha hecho; de qué medios se ha valido. Se examina en sus menores detalles la ventura y el aventurero, y dejando aparte el partido que saca de su nombre y de ciertos hechos esteriores que le han ayudado en su escalada, no se encuentran en el fondo del hombre y de su procedimiento mas que dos cosas, la astucia y el dinero. La astucia: hemos caracterizado ya ese rasgo distintivo de Luis Bonaparte; pero nos parece útil insistir en él. El dia 27 de noviembre de 1848 decia á sus conciudadanos en su manifiesto:

«Me creo en la obligacion de daros á conocer mis sentimientos y principios. *Es menester que no haya el menor punto equívoco entre vosotros y yo. Yo no soy un ambicioso*. Criado en los paises *libres*, y en la escuela de la desgracia, *seré siempre fiel* a los deberes que me impondrán vuestros votos y las decisiones de las Córtes Constituyentes.

»Haré cuestion de mi honor el dejar á mi sucesor, terminados los cuatro años, consolidado el poder, intacta la libertad, y verificado un progreso patente y real».

El 31 de diciembre de 1849, en su primer mensaje a las Cortes Constituyentes, decia:

«Quiero ser digno de la confianza de la Nacion acatando y conservando la Constitucion *que he jurado*».

El 12 de noviembre de 1850, en su segundo mensaje anual á las Córtes, decia:

«Si la Constitucion encierra algunos vicios y peligros, sois libres de hacerlos resaltar á los ojos del país; pero yo, *ligado por mi juramento*, me circunscribiré tan sólo en los estrictos limites que la Constitucion ha trazado».

El 4 de Setiembre del mismo año decia en Caen:

«Cuando la prosperidad parece renacer en todas partes, seria muy culpable el que intentase detener su impulso *con el cambio de lo que existe hoy*».

Como cosa de un año antes, el 22 de Julio de 1849, con motivo de la inauguracion del ferro-carril de S. Quintin, pasó por Ham, donde se dió golpes al pecho ante los recuerdos de Boloña, y pronunció estas solemnes palabras:

«Hoy que elegido por la Francia entera, soy el jefe legitimo de esta gran nacion, no puedo gloriarme de una cautividad que tenia por causa *un ataque contra un gobierno regular*».

»Cuando se ha visto la infinidad de males que las revoluciones mas justas arrastran en pos de sí, apenas se comprende *la audacia de haber querido asumir en si la responsabilidad de un cambio de gobierno*. No me quejo, pues, de haber *expiado aquí* con una prision de seis años mi temeridad contra las leyes de mi patria; y con entera satisfaccion y alegría os propongo que demos en los mismos sitios donde tanto

sufri, un brindis solemne en honor de los hombres que están decididos, no obstante sus convicciones políticas, *á respetar las instituciones de su país*».

Esto diciendo, sin duda recordaba en el fondo de su corazon, como lo probó despues á su manera, este pensamiento que él mismo escribió en su prision de Ham: «Las grandes empresas rara vez se llevan á cabo á la primera tentativa[10]».

III

A mediados de Noviembre de 1851 el diputado F., muy frecuentador del Elíseo, comia con el señor Bonaparte; y en medio de una animada conversacion, preguntó el presidente al diputado:

—¿Y qué se dice en París y en el Congreso?

—¡Oh… principe!…

—¿Qué se dice?

—Se habla siempre…

—¿De qué?

—Del golpe de Estado.

—¿Y el Congreso lo cree?

—Algo, señor.

—¿Y V.?

—Yo no creo nada de ello.

Luis Bonaparte tomó vivamente las dos manos del diputado F., y le dijo enternecido:

—Le agradezco, señor F., la opinion que tiene V. formada de mi; ¡á lo menos V. no me cree un hombre infame!

Eso pasaba quince dias antes del 2 de Diciembre.

En dicha época, y en aquel mismo momento segun confesion del cómplice Maupas «se preparaba para la cuestion de Mazas».

IV

El dinero: esta es la otra fuerza del señor Bonaparte. Hablemos de los hechos probados jurídicamente por los procesos de Estrasburgo y Boloña.

El 30 de Octubre de 1836 el coronel Vaudrey, cómplice de Luis Bonaparte, encarga en Estrasburgo á los sargentos del cuarto regimiento de artilleria que «repartan entre los individuos de cada batería dos monedas de oro».

El 5 de Agosto de 1840, á bordo del paquebot fletado por él, *Ville d'Edimbourg*, Luis Bonaparte llama cerca de si á los sesenta pobres diablos, criados suyos, que

habia engañado haciéndoles creer que iba á Amburgo como por paseo; les arenga desde uno de sus coches enganchados en el puente; les declara su proyecto; les arroja los disfraces de soldado, y entrega a cada uno dinero á razon de cien francos por cabeza, despues de haberles dado un refresco.

Un poco de crapula no echa a perder las grandes empresas.

—«Ví, dijo en la Cámara de los pares el testigo Hobbs[11], camarero del paquebot, vi, dijo, en el camarote mucho dinero. Los pasajeros me parecia que leian impresos… los pasajeros pasaron toda la noche comiendo y bebiendo. Yo no hacia mas que destapar botellas y servir de comer».

Despues de la declaracion del camarero, oigamos la del capitan del buque. El juez de instruccion pregunta al capitan Crow:

—«¿Vió V. si bebian los pasajeros?

—En esceso, responde Crow; nunca he visto semejante cosa[12]. Desembarcó Luis Bonaparte, y encuentra el cuerpo de guardia de los carabineros de Wimereux, y empieza por ofrecer al teniente de carabineros, una pension anual de 1,200 francos. El juez de instruccion pregunta al culpable:

—¿Ofreció V. al jefe del cuerpo de guardias de carabineros de Wimereux una suma de dinero con condicion de que le habia de seguir á V.?

—Se la ofrecí, respondió el principe; mas no quiso aceptarla[13].

Llegaron á Boloña; sus ayudantes de campo (ya los tenia entonces) llevaban colgado del cuello caños de hoja de lata llenos de monedas de oro; otros llevaban talegos de moneda en la mano[14]. Arrojóse dinero á los pescadores y á los aldeanos para que gritasen ¡viva el emperador! —Basta con trescientos vocingleros, habia dicho uno de los conjurados[15]».

Luis Bonaparte se dirije al regimiento 42º de línea, alojado en Boloña. Dice al tirador Jorge Coehly: *yo soy Napoleón*, y te daré grados y condecoraciones. Dice al tirador Antonio Gendre: *yo soy el hijo de Napoleón*, y vamos á la fonda del Norte á encargar una comida para nosotros dos. Dice al tirador Juan Neger: *sereis bien pagados*; dice al tirador José Meny, *vendreis á París y sereis bien pagados*[16].

Al lado de Bonaparte se agitaba un oficial que llevaba en la mano un sombrero lleno de modenas de cinco francos, las cuales distribuia á los curiosos diciéndoles:

—¡Gritad viva el Emperador[17]!

El granadero Geoffroy, en su declaracion caracteriza en los siguientes términos la tentativa hecha en el cuartel por un oficial y un sargento que eran del complot:

El sargento llevaba una botella y el oficial el sable á la mano.

Esas dos líneas describen el 2 de diciembre.

CAPÍTULO V

Napoleón III compra el honor militar como se compra una vara de paño.

I

Prosigamos nuestra tarea a pesar de que quizá molestamos a nuestros lectores, lo cual en verdad sentimos.

«Pocos dias despues, el 17 de Junio, el comandante Mesonan, dice el general Magnan, á quien creia yo ausente, entra en mi gabinete anunciado por mi ayuda de campo.

»—Comandante, le dije, creia que habiais marchado.

»—No, mi general, no he marchado; tengo que entregarle una carta.

»—¡Una carta! ¿de quién?»

»—Lea S. E.

»Le hice sentar; tomé la carta; pero en el momento de abrirla ví que llevaba el sobre Al *señor comandante Mesonan*, y le dije:

»—Pero, querido comandante, esta carta es para V. y no para mí.

»—Lea S. E., mi general. Abro la carta y leo:

»Querido comandante. Conviene de todo punto que se aviste V. en seguida con el general en cuestion; ya sabe V. que es un hombre de ejecucion y seguro en el cual se puede contar. Tambien sabe V. que es un hombre á quien tengo apuntado para que algun dia sea capitan general de Francia. *Le ofrecerá V. 100,000 francos de mi parte*, preguntándole ademas en casa de qué banquero ó de qué notario quiere que le ponga *en depósito la suma de 300,000 francos* para el caso en que perdiese su jefatura.

Dejé de leer vencido por la indignacion; volví la hoja y vi que la carta estaba firmada por Luis Napoleón…

«Volvi esa carta al comandante, diciendo que el plan era ridículo y perdido».

¿Quién habla asi? El general Magnan. ¿En dónde? En plena cámara de los Pares. ¿En presencia de quién? ¿Quién es el hombre sentado en la banqueta, el hombre al que Magnan cubre de «ridiculo», el hombre hacia el cual Magnan vuelve la cara «indignado»? Luis Bonaparte.

II

El dinero, y á mas del dinero la orgía, fué el único medio de accion en sus tres empresas de Estrasburgo, Boloña y París. Dos planes abortados y uno con éxito feliz.

Magnan que en Boloña se negó, no reparó en venderse en París. Si Luis Bonaparte hubiese sido vencido el dia 2 de diciembre, se habrian encontrado en el Eliseo, así como en Boloña se le encontraron los quinientos mil francos de Londres, los veinte y cinco millones de francos de la Banca.

¿Con qué es verdad que en Francia ha habido, cumple hablar con entera imparcialidad de las cosas; con qué es verdad, decimos, que ha habido en Francia, en el país de la espada, en el país de los caballeros, en el pais de los Hoche, de los Drouot y de los Bayardos; un dia en que un hombre, rodeado de cinco ó seis rateros políticos, espertos en las asechanzas y añagazas de golpes de Estado, apoyándose de codos sobre una mesa en un gabinete dorado, teniendo los piés en los morillos de la chimenea, y con el cigarro en la boca ha tarifado el honor militar, lo ha pesado en la balanza como género, como cosa comprable y vendible, ha valuado al general en un millon y al soldado en veinte francos, y ha dicho a la conciencia del ejército francés: eso vale tanto?

¡Y ese hombre es el sobrino del Emperador!

Pero por lo demas, no es orgulloso el tal sobrino; sabe acomodarse á las necesidades de sus aventuras y se doblega facilmente y sin indignarse á las exigencias mas infames del destino. Trasportadle á Lóndres, y si tiene interés en complacer al gobierno inglés, no vacilará un momento en coger con la misma mano que quiere empuñar el cetro de Carlo Magno, la vara de polizonte. ¡Si yo no pudiese ser Napoleón, quisiera ser Vidocq!

III

Al llegar aquí el pensamiento se detiene.

¡Y ved ahi el hombre que gobierna la Francia! ¿Qué digo gobierna? ¡que la posee soberana y despóticamente!

Y cada dia por la mañana con sus decretos, con sus mensajes, con sus alocuciones y con todas las inauditas fatuidades que ostenta en el *Monitor* ese emigrado que no conoce la Francia, hace la ley á la Francia. Y ese pelele dice á la Francia que ¡él la ha salvado! ¿Y de qué la ha salvado, vamos a ver? ¡De si misma!

Antes de que fuese Emperador, la Providencia no hacia mas que torpezas y necedades; Dios le esperaba para que lo pusiera todo en órden; ¡y en fin ha venido! De treinta y seis años hasta entonces habia en Francia toda clase de cosas perniciosas: ha venido él; y ese clamoreo, la tribuna; esa alborotadora, la prensa; esa insolencia, el pensamiento; ese abuso atronador, la libertad, han tomado su verdadera significacion é importancia en el mundo con la venida del señor Bonaparte. Donde habia la tribuna ha puesto el Senado: donde habia la prensa ha puesto la censura; donde el

pensamiento, la inepcia; donde la libertad, el sable; y con el sable, la censura, la inepcia y el Senado, se ha salvado la Francia.

¡Salvada! ¡Bravo! ¡Bravisimo! ¿pero de quién se ha salvado, repito, de quién? de sí misma; porque vamos a ver, decidme con franqueza ¿qué era la Francia? era una pandilla de ladrones y bandidos, de revolucionarios y asesinos, de comunistas y demagogos.

IV

Era preciso atar, aherrojar á esa insensata y criminal nacion; y el señor Bonaparte Luis es quien le ha puesto los grillos y esposas. Ahora estamos en un calabozo en el cual se vive á dieta, á pan y agua, castigados, humillados, agarrotados y bajo buena custodia. Tranquilizaos, el señor Bonaparte, carcelero que reside en el Eliseo, responde á la Europa entera de la Francia; hace de esa cuestion asunto propio y personal, ó mejor dicho la mira como si fuese cosa propia; esa miserable Francia lleva la túnica de fuerza, y ¡vive Dios! si llega á moverse… ¡hum!

¡Ah! ¿qué sueño es este? ¿qué espectro es este? ¿qué fantasma? ¿qué delirio? ¿qué calentura? ¿qué frenesí? Por un lado se ve una nacion, la primera entre todas las naciones, y por otro, un hombre, el último de todos; y veamos lo que este hombre hace á tal nacion. ¡Cómo! ¡la ultraja, la insulta, la desafia, la infama, la burla, la abofetea y la escupe á la cara!

¡Cómo! ¿será verdad lo que dice? ¿dice no hay mas que yo?

¡Cómo! en ese país de Francia donde nadie puede abofetear á un hombre, ¡se puede abofetear a todo el pueblo!

¡Oh! ¡abominable vergüenza! cada vez que Bonaparte escupe ¡deben limpiarse todos los rostros! ¡Y esto podrá durar! ¡y aun me decís que esto durará! ¡No! ¡no! por la sangre que corre en las venas de todos nosotros ¡juro que no durará! ¡porque no puede durar! y si durase ¡ay! seria que en efecto no habria Dios en el cielo ó no habria la Francia en la tierra.

LIBRO SEGUNDO

EL GOBIERNO

CAPÍTULO PRIMERO

La Constitucion

I

Redoble de tambor; imbéciles, escuchad; atencion.

«EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA:

»Considerando que todas las leyes restrictivas de la libertad de imprenta han sido derogadas, que todas las leyes contra los anuncios, y carteles han sido abolidas; que el derecho de reunion está plenamente restablecido; que se han reprimido todas las leyes inconstitucionales y todas las medidas de estado de sitio»; Considerando que habiendo podido decir cada ciudadano todo lo que ha querido por medio de las formas de publicidad, como son periódicos, anuncios, carteles, reuniones electorales; teniendo en consideracion toda clase de compromisos y mayormente el juramento del 20 de Diciembre de 1848, los cuales han sido cumplidos escrupulosamente;

»Considerando que todos los hechos han sido profundizados, propuestas y discutidas todas las cuestiones, debatidas públicamente todas las candidaturas sin que pueda alegarse que se haya ejercido la menor violencia contra el menor ciudadano;

»Considerando, en una palabra, que impera la mas completa libertad;

»El pueblo soberano es interrogado sobre esta pregunta:

»¿Intenta el pueblo francés someterse atado de piés y manos á la discrecion del señor Luis Bonaparte?

»Ha respondido que SÍ con siete millones quinientos mil votos. (*Interrupcion del autor*: —ya volveremos a hablar de estos 7.500.000 votos).

»PROMULGA

LA CONSTITUCION CUYO TENOR ES COMO SIGUE:

»*Articulo primero*. La Constitucion reconoce, confirma y garantiza los grandes principios proclamados en 1789, que son la base del derecho público de los franceses.

«*Articulos segundo y siguientes*. La tribuna y la prensa que detenian la marcha del progreso, serán reemplazadas por la policia, la censura y las discusiones secretas del Senado, del cuerpo legislativo y del Consejo de Estado.

«*Articulo último*. Queda suprimido lo que se llamaba inteligencia humana.

«Dado en el palacio de las Tullerias el dia 14 de enero de 1852.

LUÍS NAPOLEÓN.

«Visto y sellado con el sello imperial.

El guarda-sellos, ministro de justicia.

E. ROUHER».

Esa Constitucion que proclama y afirma solemnemente la Revolucion de 1789 en sus principios y consecuencias, y que abolió solamente la libertad, fué feliz y evidentemente inspirada al señorito Bonaparte por un antiguo cartel de un teatro de provincia que anunciaba una funcion de la manera siguiente:

GRANDE Y SORPRENDENTE FUNCION PARA HOY

ESTRAORDINARIA REPRESENTACION

DE

LA DAMA BLANCA

ÓPERA EN 3 ACTOS

Nota. La música que estorbaba la marcha de la accion del argumento, será sustituida con un diálogo animado y picante.

II

El diálogo animado y picante lo tendrian el consejo de Estado, el cuerpo legislativo y el Senado.

¿Es decir qué habia un Senado? Si señor; no lo dude V. Ese «gran cuerpo», ese «poder moderador», ese «equilibrador supremo», es además el esplendor principal de la Constitución. Ocupémonos de él.

¡Senado! Hay un senado. ¿De qué senado me hablan Vdes? ¿Del senado que deliberaba sobre la salsa con que el Emperador comeria el rodaballo? ¿Del senado de quien decia Napoleón el dia 5 de Abril de 1814: «La menor señal era una órden para el senado, y siempre hacia mas de lo que se deseaba»? ¿Del senado del cual decia Napoleón en 1805: «¡Cobardes! han tenido miedo de disgustarme[18]? ¿Del senado que hacia proferir á Tiberio casi la misma exclamacion: ¡Oh qué infames! ¡son mas

esclavos de lo que se quiere!» ¿Del senado que hacia decir á Cárlos XII: enviad mi bota á Estocolmo?

—¿Para qué señor? le preguntaba el ministro.

—Para presidir al senado.

No, lo no tomamos á risa. Este año son ochenta los senadores, el año que viene serán ciento cincuenta. Tienen para sí solos y en toda libertad para ellos, catorce artículos de la «Constitucion», desde el artículo 19 hasta el artículo 33. Son los «guardas de las libertades públicas;» y Sus funciones son gratuitas segun el artículo 22. De consiguiente cobran el sueldo anual de quince á treinta mil francos. Tienen la especialidad de percibir las pagas y la propiedad de «no oponerse y á la promulgacion de las leyes». Todos ellos son hombres «ilustres[19]». No es, pues, un senado inútil como el del otro Napoleón[20]; este es un senado formal; los generales forman parte de él, los cardenales tambien y el señor Lebeuf tambien. ¡Vaya!

—¿De qué servís en este país? preguntan al Senado.

—Estamos encargados de guardar las libertades públicas.

—¿Qué es lo que haces en esta poblacion? pregunta Perico á Manolo.

—Estoy encargado, responde Manolo, de peinar el caballo de bronce.

III

«Se sabe lo que es el espíritu de corporacion; ese espíritu inducirá al Senado á acrecentar su poder por todos los medios imaginables. Destruirá si puede el cuerpo legislativo, y si se presenta favorable coyuntura, entrará en tratos con los Borbones».

¿Quién dijo eso? el primer consul. ¿Dónde? en las Tullerías en abril de 1804.

«Sin prestigio, sin poder, y violando todos los principios, ha vendido la patria y consumado su ruina. Ha sido el ludibrio de los grandes intrigantes… Que yo sepa, no hay corporacion que deba inscribirse en la historia con mas ignominia que el Senado».

¿Quién dijo eso? el Emperador. ¿Dónde? en Sta. Elena.

Existe, pues, un Senado en la «Constitucion del 14 de enero», pero francamente, es una falta grande. Ahora que la higiene pública ha hecho tantos progresos, estamos acostumbrados á ver la salud pública mejor conservada de lo que él la conserva. Desde el Senado del imperio, creíamos que no se impondria ningun otro senado a la cola de las constituciones.

Tambien existe el consejo de Estado y el cuerpo legislativo.

El consejo de Estado, gozoso, remunerado, mofletudo, gordo, sonrosado, fresco, de ojos brillantes, de orejas encarnadas, de palabras atronadoras, con la espada al flanco, con un voluminoso abdomen, con mil bordados de oro; y el cuerpo legislativo pálido, demacrado, triste y con bordados de plata.

El consejo de Estado va y viene, entra, sale y vuelve, manda, dispone, decide, corta, ordena con ostentacion y vanidad, y ve cara á cara á Luis Napoleón. El cuerpo legislativo anda temblando y de puntillas, revuelve entre sus manos el sombrero, se lleva el dedo á la boca, sonrie humildemente, se sienta en el borde de la silla y no habla mas que cuando le preguntan. Siendo naturalmente obcenas sus palabras, está prohibido terminantemente a los periódicos hacer la menor alusion á ellas. El cuerpo legislativo vota las leyes y el impuesto, segun el artículo 39; y cuando creyendo tener necesidad de un detalle, de una cifra, de una aclaracion ó instruccion, se presenta sombrero en mano, á la puerta de los ministerios para hablar á los ministros, el portero le aguarda en la ante-cámara y le da, prorumpiendo en risa, un papirote á la nariz. Tales son los derechos del poder legislativo.

Confesemos, empero, que tan melancólica situacion comenzaba á arrancar en junio de 1852 algunos suspiros á los individuos elegiacos que forman *parte de la cosa*. La exposicion de la comision del presupuesto estará siempre en la memoria de los hombres como una de las mas desgarradoras obras maestras del género quejumbroso. Traslademos estos suaves acentos:

«Antes, como sabeis, las comunicaciones necesarias en semejante caso se efectuaban directamente entre las comisiones y los ministros. Para obtener los documentos indispensables al examen de los negocios del presupuesto, se dirigian á los ministros los comisionados, é iban en persona, acompañados de los jefes principales de los diferentes ramos del ministerio, á dar esplicaciones verbales suficientes á veces para ahorrar toda discusion ulterior. Las resoluciones que así tomaba la comision de presupuestos eran, despues de haberlas oido, sometidas directamente a la Cámara.

Hoy no podemos relacionarnos con el gobierno mas que por la intermediacion de los consejos de Estado, que siendo confidentes y órgano de su pensamiento, tienen el derecho de trasmitir al Cuerpo legislativo los documentos que a su vez se hace entregar por los ministros.

»En una palabra, tanto por las esposiciones escritas como por las comunicaciones verbales, los comisarios del gobierno reemplazan á los ministros con quienes debieran préviamente entenderse.

»En cuanto a las modificaciones que la comision puede proponer, ya sea á consecuencia de la aceptacion de enmiendas presentadas por los diputados, ya sea á consecuencia de su propio exámen del presupuesto, deben antes de ser vosotros llamados para deliberar acerca de ellas, ser remitidas al consejo de Estado para que él las discuta.

»Alli (es imposible dejar de hacer esta observacion); allí no tienen intérpretes, no tienen defensores oficiales.

»Esa manera de proceder parece derivada de la Constitucion misma; *y si hablamos de ella es únicamente* para mostraros que se ha tenido que ir con *mucha lentitud* en el cumplimiento de la tarea de la comision del presupuesto[21].

No se puede ser mas blando en el reproche; es imposible recibir con mas castidad y gracia lo que el señor Bonaparte en su estilo de autócrata, llama «garantías de tranquilidad[22]», y lo que Molière en su libertad de grande escritor, llamaba «puntapiés[23]»…

IV

Existe, pues, en el establecimiento donde se fabrican las leyes y los presupuestos, un amo de casa que es el consejo de Estado, y un criado que es el cuerpo legislativo.

En los términos que la «Constitucion» prescribe ¿quién nombra al amo de casa? El señor Bonaparte. ¿Quién nombra al criado? La nacion. ¡Está muy bien!

Notemos de paso que á la sombra de estas «sábias instituciones», y merced al golpe de Estado, que, como se sabe, ha establecido el órden, las rentas del Estado, la seguridad y la prosperidad públicas, el presupuesto se salda, segun declaracion del señor Gouin, con el déficit de veinte y tres millones de francos.

En cuanto al movimiento comercial desde el golpe de Estado, en cuanto a la prosperidad de los intereses, en cuanto a la reanimacion de los públicos y privados, basta para apreciarlos dejar las palabras y tomar las cifras.

En punto á cifras aqui va una que es oficial y muy decisiva: los descuentos de la Banca de Francia no produjeron durante el primer semestre de 1852 mas que 589,502 francos con 62 céntimos en la caja central, y los beneficios de las sucursales no se elevaron mas que á 651,108 francos con *7* céntimos. Es la Banca misma quien lo declara en su balanco semestral.

Por lo demás, el señor Bonaparte no se inquieta por los impuestos. Se levanta de buen humor una mañana, bosteza, se frota los ojos, toma una pluma y decreta… ¿Qué diriais? el presupuesto. Achmet III quiso un dia imponer los impuestos a su capricho.

—Invencible señor, le dijo su visir, tus vasallos no pueden admitir los impuestos que pasen de lo que el profeta y la ley prescriben.

El mismo Bonaparte habia escrito estando en Ham:

«Si las sumas colectadas cada año de la generalidad de los habitantes, se empleasen en usos improductivos, como en formar *plazas inútiles, elevar monumentos estériles, sostener en medio de una paz profunda un ejército mas dispendioso que el que venció* en *Austerlitz*, el impuesto en este caso es un peso exorbitante que estenúa y agobia al pais, puesto que toma sin devolver nada[24]».

V

A propósito de la palabra presupuesto nos ocurre una observacion. En 1852 los obispos y los consejeros del tribunal de casacion tenian cincuenta francos diarios; los arzobispos, los consejeros de Estado, los primeros presidentes y los procuradores generales, tenian tambien cada uno sesenta y nueve francos diarios; los senadores, los gobernadores y los generales de division, percibian cada dia ochenta y tres francos cada uno; los presidentes de secciones del consejo de Estado tenian doscientos veinte y dos francos diarios cada uno, y los ministros, doscientos cincuenta y dos; monseñor el principe presidente, incluyendo, como es justo, en su sueldo la suma para las posesiones reales, cobraba diariamente cuarenta y cuatro mil cuatrocientos cuarenta y cuatro francos, cuarenta y cuatro céntimos. La revolucion del 2 de Diciembre se hizo contra los *Veinte y cinco francos*.

Acabamos de ver lo que es la legislatura, lo que es la administracion, lo que es el presupuesto.

¿Y la justicia? ¡lo que antes se llamaba tribunal de casacion, no es ya otra cosa que la escribanía del registro de los consejos de guerra!

Sale un soldado del cuerpo de guardia y escribe al margen del libro de la ley *quiero ó no quiero*. En todas partes se ve mandar el sargento y refrendar el magistrado. ¡Ea, remangaos y recogeos las togas, andad ó sino!…

De ahi provienen esos procesos, esas prisiones, esas sentencias abominables. ¡Qué espectáculo da ese rebaño de jueces de cara mustia, cabeza agachada y dorso encorvado, llevados á golpes de báculo á patrocinar las torpezas é iniquidades!

¿Y qué diremos de la libertad de imprenta? ¿no es verdad que parece ridiculo solamente el pronunciar ese nombre? esa prensa libre, honra y gloria de la inteligencia francesa, luz brillante que irradia sobre todas las cuestiones, centinela perpétuo de la nacion, ¿dónde está? ¿qué ha hecho de ella el señor Luis Bonaparte?

Está donde está la tribuna. En París fueron aniquilados veinte periódicos; en los departamentos, ochenta; cien periódicos suprimidus, esto es, no mirando mas que el lado material de la cuestion, el pan arrebatado á inumerables familias; esto es, y entendedlo bien, propietarios, cien casas confiscadas, cien alquerias tomadas á sus dueños, cien cupones de renta arrancados del gran libro. Identidad profunda de principios: la libertad suprimida es la propiedad destruida.

Meditenlo bien los imbéciles egoistas que aplauden el golpe de Estado.

Para ley de la prensa se ha formulado un decreto contra ella; se ha dado un mandamiento del Mufti que hasta el Sultan acata y observa; se ha dado un firman fechado desde el estribo imperial; se ha establecido el régimen de la advertencia. Pero ya conocemos este régimen; cada dia le vemos practicar. ¡Era menester que nacieran estas gentes para inventar semejante cosa!

Jamás se ha ostentado mas insolente, torpe y grosero el despotismo que en esta especie de censura del dia siguiente, que precede y anuncia la supresion y que da palos á un periódico antes de matarlo. En ese gobierno el necio corrige, y modera lo atroz.

Todo el decreto sobre la prensa puede resumirse en esta línea: te permito que hables cuando yo quiera, pero te exijo que calles lo que me convenga. ¿Quién reina pues? ¿el sibarita Tiberio? ¿el déspota Schahabaham?

VI

Las tres cuartas partes de los periodistas republicanos se ven deportados ó proscritos, el resto, hostigados, batidos por las comisiones mistas, dispersos, errantes, escondidos; acá y acullá en cuatro ó cinco periódicos subsistentes, en cuatro o cinco periódicos independientes, pero acechados, perseguidos y sobre cuyas cabezas pende el palo de Maupas; quince ó veinte escritores valerosos, formales, puros, generosos y honrados que escriben con la cadena al cuello y arrastrando una cadena; el talento entre dos verdugos; la independencia amordazada, la honradez guardada con centinelas de vista, y Veuillot gritando: ¡soy libre!

La prensa tiene el derecho de ser censurada, el derecho de ser advertida, el derecho de que la suspendan, el derecho de que la supriman, y hasta tiene el derecho de que la sentencien ¡sentenciarla! ¿quién? los tribunales. ¿Qué tribunales? Los tribunales correccionales. ¿Qué se ha hecho el escelente jurado selecto?

¡Oh progreso! ¡como te has escedido!

CAPÍTULO II

De que modo acallan la prensa los imbéciles que asi creen gobernar una gran nacion.

I

El jurado viene muy léjos detrás de nosotros; por lo tanto volvemos á los jueces del gobierno.

«La represion es mas rápida y eficaz», como dice maese Rouher. Y ademas, es mucho mejor; apelar las sentencias: policía correccional, sesta cámara; primer negocio llamado Roumage que es un estafador; segundo negocio el llamado Lamennais que es escribano. Eso hace muy buen efecto, y acostumbra á las buenas gentes á decir indistintamente escribano y estafador.

Verdaderamente es una gran ventaja; pero bajo el punto de vista práctico, bajo el punto de la arepresion ¿ya sabe el gobierno lo que hace? ¿está seguro que la sesta cámara será mejor que el tribunal del crímen de París por ejemplo, el cual tenia para presidirle Partarrieu-Lafosses tan abyectos, y para arengarle Suins tan infames y Mongis tan estúpidos?

¿Puede esperar prudentemente que sean aun mas cobardes y despreciables que eso los jueces correccionales? trabajarán mejor tales jueces, por muy bien pagados que estén, que los que componian aquel jurado soldadesco que tenia el ministerio público á lo sargento, y que pronunciaba sentencias y jesticulaba veredictos con la precision de la carga en doce tiempos, y tan bien que el comisario de policía Carlie decia con la mayor buena fé del mundo al célebre abogado señor Desm:

—Ese jurado es la mas necia institucion ¡cuando no le hacen, no sentencia nunca; y cuando le hacen, sentencia siempre!

Deploremos ese ilustre jurado que Carlier *hacia* y que Rouher ha deshecho.

II

Ese gobierno se conoce que es horrible, repugnante. No quiere su retrato ni menos verse en el espejo. Lo mismo que el ave quebrantahuesos se refugia en las tinieblas; si se le viese, moriria. Y el gobierno quiere vivir mucho. No oye hablar de él ni menos como lo censuran. Ha impuesto silencio á la prensa de toda la Francia. Ya hemos visto de que manera.

Pero hacer callar la prensa en Francia no es mas que un resultado á medias; y se la quiere hacer callar en el extranjero. En Bélgica se incoaron dos procesos, proceso del

Boletin francés y el proceso de *la Nacion*. Pero el leal jurado Belga mandó que fuesen absueltos ámbos periódicos. Eso era fastidioso, ¿pero qué se hace ahora? se roban los periódicos belgas como el bandido roba la bolsa. Teneis suscritores en Francia; pues bien, si discutis ó hablais de lo que aquí pasa, no entrareis. Si quereis entrar, sed complacientes.

Se aceptan los periódicos ingleses por miedo. Pero, si discutis las cosas de aquí, … (vamos, está visto, no se quiere que discutan) arrojaremos de Francia á vuestros corresponsales. La prensa inglesa prorumpió en una carcajada.

Mas no es esto todo. Existen fuera de Francia escritores franceses que están proscritos, es decir, que son libres. ¿Si se atreverán á hablar, si se atreverán á escribir esos demagogos? Muy capaces son de hacerlo; pero se lo impediremos. ¿Cómo? No es muy fácil amordazar las gentes cuando están á tan larga distancia; el señor Bonaparte no tiene el brazo tan largo. Probemos, sin embargo, que les instruyan procesos donde quiera que se hallen.

Está bien; los jurados de los países libres comprenderán que tales proscritos representan la justicia, y que el gobierno bonapartista es la iniquidad. Tales jurados harán lo que hiciera el jurado Belga, absolverán. Se suplicará á los gobiernos amigos que espulsen á esos espulsados, que destierren á esos desterrados.

Los proscritos se irán léjos, muy lejos; pero no importa, siempre encontrarán un rincon en la tierra donde puedan hablar.

¿Cómo se les podria impedir?… Rouher se ha concertado con Baroche, y entre los dos han confabulad o una ley sobre los crímenes cometidos por los franceses en el estranjero, en la cual han vaciado los «delitos de imprenta». El consejo de Estado ha dicho que sí y el cuerpo legislativo no ha dicho que no. Ahora ya es cosa resuelta: si hablamos fuera de Francia, se nos juzgará en Francia, y se nos condenará á prision (para el porvenir si acaso), á multas y confiscacion.

¡Bien! ¡muy bien! El presente libro será, pues, juzgado en Francia y el autor debidamente condenado. Así lo espero, y me limito á decir á los individuos titulados magistrados que con toga negra ó encarnada tomen la instruccion de la causa, que en el caso de llevarla á efecto, por admirable y bueno que sea el fallo pronunciado contra mí, no igualará nunca, por máxima que sea la condena, á mi desden por la sentencia, como no sea mi desprecio á los jueces. Esa es mi manera de defenderme.

III

¿Quién se agrupa alrededor del establecimiento?

Lo repetimos; el corazon se subleva tan solo al pensarlo.

¡Gobernantes de hoy! Nosotros los proscritos actuales, nos los representamos cuando hace poco tiempo eran representantes del pueblo é iban y venian en los

corredores del Congreso, con la cabeza levantada, con muestras de independientes y talante y maneras de pertenecerse á sí solos. ¡Soberbio! ¡magnífico! ¡Cuanta altivez se ostentaba entonces! ¡cómo se llevaba la mano al corazon gritando viva la república! y si en la tribuna algun «terrorista», algun «exaltado», algun «demagogo», aludia al golpe de Estado concertado, y al proyectado imperio, de todas partes se gritaba:

—¡Sois un calumniador!

¡Cómo se encogian los hombros al oirse las palabras del Senado!

—El imperio seria hoy, gritaban unos, lodo y sangre: nos calumniais; no permitiremos que se llegue á tanta ignominia.

—Yo no soy ininistro del Presidente, afirmaba otro, mas que para consagrarme á la defensa de la Constitucion y de las leyes.

El otro glorificaba la tribuna como el baluarte de la libertad, como el paladion del país.

El de mas allá recordaba el juramento de Luis Bonaparte, y añadia.

—¿Acaso podeis dudar de su honradez?

Aquellos, eran dos, llegaron hasta á votar y firmar la pérdida «legal» de su derecho el dia 2 de diciembre en la alcaldía del sesto distrito.

Aquel otro envió el dia 4 de diciembre una esquela al que escribe estas líneas para «felicitarle por haber dictado la proclama de la izquierda que pone á Luis Bonaparte *fuera de la ley*».

Y hoy, miradlos; ¡son senadores, consejeros de Estado, ministros, y llevan deslumbrantes bordados dorados, galonados,… infames! Antes de bordaros las mangas, lavaos las manos.

IV

El señor Q. B. va á encontrar al señor Q. B. y le dice:

—¿Comprende V. la sangre fria de ese Bonaparte? ¿no sabe V. que ha osado ofrecerme un empleo de magistrado del Consejo?

—¿Pero ha rehusado V.?

—Por supuesto.

Al dia siguiente le ofrecen á dicho señor un empleo de consejero de Estado con veinte y cinco mil francos… y el magistrado del Consejo indignado se aviene á ser un tierno y sumiso consejero de Estado. El señor Q. B. acepta.

Entonces se vió formar alianza en masa á una clase de hombres imbéciles. Hoy componen la parte sana del cuerpo legislativo. A ellos dirige el «jefe del Estado» las siguientes lindezas y formalidades:

«La primera prueba de la Constitucion, de origen enteramente francés, habrá debido convenceros de que poseemos las condiciones de un gobierno fuerte y libre… El registro es formal; la discusion, libre, y el voto del impuesto, decisivo… Existe en Francia un gobierno animado de la fe y del amor del bien que se apoya en el pueblo, fuente de todo poder; en el ejército, fuente de toda fuerza; en la religion, fuente de toda justicia. Recibid la seguridad de mis sentimientos leales».

Tambien conocemos á los estúpidos que así se dejaban alucinar; á gran número de ellos los hemos visto sentados en los bancos de la mayoría de las Cortes Constituyentes. Sus jefes, hábiles y espertos intrigantes, habian logrado aterrorizarlos, medio seguro de llevarlos á donde quisieran.

No pudiendo tales jefes emplear útilmente los antiguos espantajos, como las palabras *revoltosos, descamisados*, muy gastados ya en verdad, habian resucitado la palabra *demagogos*. Dichos farsantes, muy prácticos en las intrigas y maniobras, esplotaban tambien la palabra *rojos* con buen resultado.

Con esas pocas letras del alfabeto, agrupadas en sílabas y acentuadas convenientemente: —demagogia, —rojos, —que quieren partir, —comunistas, —exaltados, deslumbraban los ojos de los necios. Habian hallado medio de pervertir los cerebros de sus colegas ingénuos para incrustar en ellos, si se nos permite hablar asi, una especie de diccionarios en que cada espresion de que se servian los escritores y oradores de la democracia, se hallase inmediatamente traducida. —*Humanidad* significa *ferocidad; —Bienestar universal* significa *trastorno social; —República* significa terrorismo; —*Socialismo* significa *robo; —Fraternidad* significa *asesinato; —Evangelio* significa *Muerte á los ricos*. De manera que cuando un orador de la izquierda decia por ejemplo: *Queremos la supresion de la guerra y la abolicion de la pena de muerte*; oian distintamente una multitud de pobres hombres de la derecha: *Queremos llevarlo todo á sangre y fuego*; y enfurecidos todos, amenazaban con el puño cerrado al orador.

Cuando se terminaba alguno de esos discursos en los cuales no se habia hablado mas que de libertad, paz universal, bienestar por medio del trabajo, de concordia y de progreso, se veia á los diputados que hemos indicado de la derecha, levantarse pálidos y atribulados; no estaban muy seguros de no haber sido degollados y se iban corriendo á buscar el sombrero para cerciorarse de que tenian cabeza todavía.

Esos pobres seres pusilánimes no regatearon su adhesion al 2 de diciembre. Para ellos fue especialmente inventada la siguiente locucion:

—¡Luis Napoleón salvó la sociedad!

V

Los eternos gobernadores, los eternos alcaldes, los eternos regidores, los eternos concejales y municipales, los eternos aduladores del sol naciente ó de la lámpara encendida, que se arriman al dia siguiente del resultado al vencedor, al triunfador, al señor, á Su Majestad Napoleón el Grande, á Su Majestad Luis XVIII, á Su Majestad Alejandro I, á Su Majestad Cárlos X, á Su Majestad Luis Felipe, al ciudadano Lamartine, al ciudadano Cavainac, á monseñor el principe presidente, se ostentan arrodillados, joviales, risueños, trayéndole en hermosas bandejas las llaves de la ciudad y en sus frentes las llaves de sus conciencias.

Pero los imbéciles, es ya muy sabido, los imbéciles han formado parte siempre de todas las instituciones, y casi casi ellos mismos son una institucion; en cuanto a los gobernadores y concejales; en cuanto á esos adoradores de todos los dias siguientes, insolentes de felicidad y satisfaccion, se ha visto lo mismo en todas épocas.

Hagamos justicia al 2 de diciembre; no solamente tiene esa clase de partidarios, sino tambien adherentes y criaturas que no son mas que de él; ha producido notabilidades enteramente desconocidas.

Las naciones no conocen nunca todas sus riquezas en cuestion de bellacos. Se necesita esta clase de trastornos, ese género de desórdenes para darlos á conocer. Y entonces los pueblos se quedan asombrados de ver lo que sale del polvo de la nada. Es un espectáculo distro de contemplarse.

Uno que iba calzado, vestido y muerto de hambre de una manera capaz de promover la algazara de todos los mamarrachos de Europa que corren tras los entes ridículos, sale embajador. Otro que tenia por todo porvenir un calabozo ó una jaula de Tolón ó de la Roquette, amanece general y gran águila de la Legion de Honor.

Todo aventurero se pone un traje oficial, se acomoda su buen saco de billetes de banco, toma una hoja de papel blanco y escribe en ella: Fin de mis aventuras. —¿Sabes? ¿un tal?— Sí. ¿Está en las galeras? —No, es un ministro.

CAPÍTULO III

Mens agitat molem[25].

I

Toda la caterva de villanos que hemos indicado, giran alrededor del hombre púnico, del hombre fatal, que ataca la civilizacion para llegar al poder, que busca fuera del verdadero pueblo no sé que clase de popularidad feroz, que esplota el lado salvaje todavía de los aldeanos y del soldado, que procura lograr su objeto por medio de los egoismos groseros que escita, por medio de las pasiones brutales, de los deseos avivados, de los apetitos estimulados; del hombre que se asemeja al príncipe Marat, si bien lo que en Marat era grande, es pequeño en Luis Bonaparte; del hombre que fusila, deporta, destierra, espulsa, proscribe, despoja; de ese hombre de semblante agobiado, de mirada vidriosa, apagada, que anda con aire distraido por en medio de cosas horribles que le hacen parecer una especie de sonámbulo siniestro.

Se ha dicho de Luis Bonaparte, sea en mala parte ó en buena, pues esos seres estraños tienen estraños aduladores, que es un dictador, un déspota, nada mas.

Tal es tambien nuestro parecer; pero es ademas otra cosa Bonaparte Luis.

El dictador era un magistrado. Tito Livio[26] y Ciceron[27] le llaman pretor máximo; Séneca[28] le llama Señor del pueblo; lo que él decretaba era tenido por un decreto del cielo; Tito Livio[29] dice de él: *pro númine observatum*[30].

En aquellos tiempos de incompleta civilizacion, y no habiéndolo previsto todo la rigidez de las leyes antiguas, la mision del dictador era de atender a la *salud pública*; era el producto de este principio: *salus populi suprema lex esto*[31]. Hacia llevar delante de él veinte y cuatro hachas como signos de su derecho de vida y muerte. Se salia de la ley, pero no podia atacar a la ley nunca bajo ningun pretexto.

La dictadura era en aquel entónces como un velo tras el cual se conservaba integra la ley. La ley era antes que el dictador y despues que el dictador; pues le cogia á su salida. El dictador era nombrado por muy poco tiempo, por seis meses, *semestris dictatura*, dice Tito Livio[32].

Comunmente, como si aquel enorme poder, aun libremente consentido por el pueblo, pesase como un atroz remordimiento, dimitia el dictador antes de terminar el plazo de su gobierno. Cincinato lo dejó al cabo de ocho dias.

Estaba absolutamente prohibido al dictador disponer de los fondos del erario público sin autorizacion del Senado, como tambien salir de Italia. No podia montar á caballo sin permiso del pueblo. Podia ser plebeyo; Marcio Rútilo, y Públio Filo eran del pueblo y fueron dictadores.

Los dictadores se nombraban para objetos muy diversos: para establecer las fiestas de ciertos dias religiosos; para clavar un clavo sagrado en la pared del templo de Júpiter; una vez fue nombrado para que nombrase el Senado.

La república de Roma tuvo ochenta y ocho dictadores. Esa institucion intermitente duró ciento cincuenta y tres años, desde el año 552 de la fundacion de Roma hasta el año 711. Comenzó en Servilio Gémino y llegó hasta César, pasando por Sila. En César espiró.

La dictadura fué creada para que Cincinato la repudiara y para que César se desposára con ella. César fué cinco veces dictador en cinco años desde 706 á 711. Esa magistratura era peligrosa; acabó por devorar la libertad.

II

—¿Es un dictador el señor Bonaparte?

—No tenemos inconveniente en responder que sí.

¿*Pretor máximo* significa general en jefe? las banderas le saludan. ¿*Magister populi*, como dice Séneca, significa señor del pueblo? Preguntadlo á los cañones asestados a las plazas públicas. ¿*Pro numine observatum* significa venerado como un dios? Preguntadlo al señor Troplong, quien nombró un Senado, instituyó dias festivos, y atendió á la «salud pública de la sociedad», clavó el clavo sagrado en la pared del Panteon francés, y colgó de ese clavo el golpe de Estado.

Hay la sola diferencia de que el moderno dictador hace y deshace la ley á su capricho, monta á caballo sin permiso de nadie, y en cuanto á los seis meses, toma un poquito mas de tiempo: es muy justo. Julio César tomó cinco años, el señor Bonaparte diez; la proporcion es exacta.

Del dictador pasemos al déspota. Es la otra calificacion aceptada casi podemos decir por Bonaparte Luis. Usemos algun tanto el lenguaje del bajo imperio, que no sentará mal á nuestro asunto.

El déspota seguia en poderio al basileo; tenia entre otros atributos el de general de infanteria y caballería *magister utriusque exercitûs*. El emperador Alejo, apellidado el Angel, fué quien estableció la dignidad de déspotas. El déspota era menos que el emperador y mas que el sebastocrátor ó augusto, y mas que César.

Ya se ve que ahora esto es así hasta cierto punto; pues Bonaparte Luis merece el titulo de déspota, admitiendo lo que es muy fácil, que Magnan es césar, y Maupas, augusto.

Déspota y dictador, admitido. Todo su gran esplendor, todo su triunfante poderio, no impiden que en París tengan lugar algunos incidentes como este, que los honrados papanatas rodacalles y testigos siempre del hecho os contarán embobados cuantas veces querais:

Van dos hombres por la calle, hablan de negocios, es decir, de su negocio. Uno de ellos habla de no sé qué bribon del cual cree tener motivos de queja.

—Es un miserable, dice enojado, es un estafador, es un bribon…

—Caballero, le dice interrumpiéndole un agente de policía que ha oido esas últimas palabras, *usted habla del Presidente; y por eso tendrá V. que venir conmigo á la cárcel*.

III

Pero bien, ¿es ó no es emperador el señor Bonaparte?

¡Vaya una pregunta! Bonaparte Luis es señor, es cadi, es mufti, bey, dey, sultan, gran khan, gran lama, gran mogol, gran dragon, primo del sol, mandarin de los creyentes, schah, czar, sofi y califa. París no es ya París, es Bagdad con un Giafar que se llama Persigny y una Esqueherazada que cada mañana corre riesgo de ser degollada y que se llama *el Constitucional*.

Bonaparte tiene el poder que quiere sobre los bienes, sobre las familias, sobre los ciudadanos.

Si los franceses quieren saber la profundidad del «gobierno» en el cual han caido, no tienen mas que dirigirse á si propios algunas preguntas.

Vamos á ver, tú, juez, Bonaparte te arranca la toga y te lleva á la cárcel. ¿Y qué? Tú, senado, tú, consejo de Estado, y tú, cuerpo legislativo, Bonaparte empuña una pala y con ella os amontona en un rincon. ¿Y qué? Tú, propietario, Bonaparte te confisca la quinta de recreo y la casa en que vives con todos los patios, cuadras, jardines, y dependencias. ¿Y qué? Tú, padre, Bonaparte te roba la hija; tú, hermano, te roba la hermana; tú, artesano, te roba la mujer á viva fuerza, por órden de la autoridad. ¿Y qué? Tú, transeunte, tu cara le desagrada y te salta la tapa de los sesos de un pistoletazo y se vuelve á su palacio. ¿Y qué?

¿De todos esos actos criminales que le resultará? Nada.

«Monseñor el príncipe presidente dió ayer su paseo de costumbre por los Campos Eliseos, en una calesa á lo Daumont, tirada por cuatro caballos, acompañado de un solo ayudanto de campo».

Hé ahí lo que dirán los periódicos.

Ha borrado de las esquinas y paredes las palabras *Libertad, Igualdad, Fraternidad*; y ha hecho muy bien.

IV

¡Oh, franceses! ya no sois libres; la mordaza y las cadenas asoman por todas partes: ni iguales; el hombre de guerra lo es todo, vosotros nada: ni hermanos; la guerra civil fermenta bajo esta lúgubre paz de estado de sitio.

¿Emperador? ¿por qué no? Hay un Maury que se llama Sibour; hay un Fontanes, un Faciuntasinos, si os parece mejor, que se llama Fortoul; hay un Laplace que corresponde al nombre de Leverrier, pero que no ha hecho *el mecanismo celeste*. Fácilmente encontrará algunos Esmenards ó Luce de Lacinvals. Su Pio VII está en Roma bajo la sotana de Pio IX. Su uniforme verde, se le vió en Estrasburgo; su águila, se vió en Boloña; la levita gris ¿no la llevaba en Ham? casaca ó levita, lo mismo dá. Madama de Stael, sale de casa de él. Ha escrito *Lelia*. El le sonrie en tanto que la destierra. ¿Decis que le falta una archiduquesa? esperad un poco, no le faltará una. *Tu, felix Austria, nube*[33]. Su Murat se llama Saint Arnaud, su Talleyrand se llama Morny, su duque de Enghien se llama el derecho.

Vamos, decid, ¿qué mas le falta? nada ó muy poco, apenas le falta un Austerlitz ó un Marengo.

Tomad como querais lo que os digo, él es ya emperador *in mente*; una mañana cualquiera amanecerá el nuevo sol; solo es menester llenar una formalidad muy insignificante, hacer consagrar y coronar en Nuestra Señora su falso juramento. ¡Oh! y entonces que hermoso espectáculo tendremos, ¡un espectáculo imperial! Preparaos a todos los caprichos; preparaos a todas las sorpresas, á todas las cosas estupendas, á todo lo maravilloso y original, á todos los enlaces y combinaciones de palabras inauditas, á todas las cacofonias mas impávidas; preparaos á decir el principe de Troplong, el duque de Maupas, el duque de Mimerel, el marqués de Lebeuf, el baron de Baroche.

¡Alinear, cortesanos! ¡abajo el sombrero, senadores! ¡se abre la caballeriza y sale monseñor el caballo que es consul! mandad que doren la cebada para Su Alteza Incitatus.

Todos abrirán un palmo de boca. ¡Oh! el hiato del público será prodigioso. Todas las enormidades pasarán reemplazando á los antiguos trasgos y duendes.

Para nosotros, que hablamos, desde ahora existe el imperio, y sin aguardar el sainete del senado consulto, y la comedia del plebiscito, mandamos a toda Europa una esquela para participarle la siguiente noticia:

«La traicion del 2 de diciembre ha dado á luz el imperio.
La madre y el hijo se encuentran mal».

V

Olvidemos el 2 de diciembre y veamos lo que es dicho hombre como capacidad política. ¿Quereis juzgarle desde el tiempo que reina? Mirad por una parte su poder y

por otra sus actos. ¿Qué puede? todo ¿Qué ha hecho? nada.

Con tan absoluto poder un hombre de genio habria cambiado en menos de un año la faz de la Francia, y quizás de la Europa. No habria podido ciertamente borrar el crimen de su punto de partida, pero lo habria encubierto en su parte mas odiosa. A fuerza de mejoras materiales habria tal vez podido disfrazar á los ojos de la nacion su bajeza moral. Y hasta diremos que para un dictador de genio no habria sido difícil cosa el establecer dichas mejoras; puesto que cierto número de problemas sociales elaborados en aquellos últimos años por varios talentos ilustres, parecian maduros y podian recibir en inmediato y considerable provecho del pueblo y con gran contento del pueblo, soluciones actuales y relativas.

Luis Bonaparte, empero, ni siquiera ha pensado un momento en tal medio de engrandecerse; no ha vislumbrado siquiera uno de dichos problemas; y ni aun ha recordado en el Elíseo algun trozo de sus meditaciones socialistas de Ham. Ha añadido varios crímenes á su primer crímen, y en eso ha sido consecuente. Esceptuando tales crimenes, no ha hecho nada. Omnipotencia completa, iniciativa nula. Ha tomado la Francia y no sabe que hacer de ella. En verdad está uno tentado de compadecer á semejante eunuco luchando con la omnipotencia.

Cierto que nuestro dictador se mueve, hagámosle justicia; no está un momento parado; siente á su alrededor la soledad y las tinieblas, soledad y tinieblas que le espantan; los que por la noche tienen miedo, cantan; él se agita y corre.

Causa mucho desórden, todo lo toca, corre en pos de todos los proyectos; pero no pudiendo crear, decreta; procura desquitarse de su nulidad; es el movimiento continuo; pero ¡ay! todo ese movimiento se efectua en el vacío.

Conversion de rentas: ¿dónde está hasta la actualidad el beneficio? en la economía de diez y ocho millones. Es verdad, se verifica ésa economía; pero los rentistas la pierdan y el presidente y el senado, á mas de sus dos dotaciones, la embolsan: beneficio pues para la Francia: cero. Crédito de la hacienda: los capitales no llegan nunca. Ferro-carriles: se decretan, y luego se impiden.

Sucede con todas esas cosas lo que con las sociedades obreras.

Luis Bonaparte firma… pero no paga.

VI

En cuanto al presupuesto, en cuanto al presupuesto aprobado y firmado por los ciegos que componen el consejo de Estado, y votado por los mudos que se llaman del cuerpo legislativo, se abre un abismo debajo de él.

No habia nada posible ni eficaz sin una considerable economía sobre el ejército; doscientos mil soldados enviados á sus hogares habrian ahorrado doscientos millones. Pero probad de tocar al ejército: el soldado que seria puesto en libertad, aplaudiria,

¿mas qué diria el oficial? y en verdad no es el soldado sino el oficial el que recibe los halagos de Bonaparte. Y ademas, es menester custodiar á París y Lion y todas las grandes ciudades, y mas adelante, cuando Luis Bonaparte sea emperador, será preciso hacer un poco la guerra á… cualquier pueblo. ¡Ahí está el abismo, el abismo sin fondo!

Si de las cuestiones de hacienda, pasamos a las instituciones políticas, ¡Dios! ahí hemos de ver como se hinchan y envanecen los neobonapartistas; ahí están sus creaciones. ¡Qué creaciones, poder divino! Una constitucion al estilo de Ravrio, que acabamos de contemplar adornada de palmas y cuellos de cisne, llevada al Eliseo en viejos asientos en los coches del guardian de los muebles; un senado conservador recosido y dorado de nuevo; el consejo de Estado de 1806, remendado y enriquecido con algunos galones nuevos; el antiguo cuerpo legislativo, reclavado, ajustado y repintado con Lainé de menos y Morny de mas.

¡Por libertad de imprenta ha establecido Bonaparte un gabinete *de la opinion pública*; por libertad individual, el ministerio de policía!

Y todas esas «instituciones» que hemos examinado detenidamente, no son mas que el antiguo mueble del salon del Imperio.

Sacudidlo todo, desempolvadlo, quitadle las telarañas y salpicadlo con manchas de sangre francesa, y tendreis el establecimiento de 1852.

Y semejante remendon gobierna la Francia. Tales son sus creaciones. ¿Mas dónde está el sentido comun? ¿dónde está la razon? ¿dónde está la verdad? Ni un lado sano del espíritu contemporáneo que no sea despreciado, ni una sola conquista del siglo actual que no sea hollada y escarnecida y destruida y hecha pedazos. En cambio todas las estravagancias se han hecho posibles.

Lo que vemos desde el 2 de diciembre es el galope, a través del absurdo, de una inteligencia mediana desenfrenada.

VII

Tales hombres, empero, el malhechor y sus cómplices, tienen un poder inmenso, incomparable, absoluto, ilimitado, y suficiente, lo repetimos, capaz de cambiar la faz de Europa. Pero se sirven de semejante poder para gozar. Divertirse y enriquecerse es todo su «socialismo». Han asaltado el presupuesto, y mirad los cofres abiertos ante ellos, llenan los bolsillos hasta reventar. Todas las pagas han sido duplicadas, triplicadas: antes hemos indicado las cifras.

Tres ministros, un Turgot, (hay un Turgot en ese asunto), Persigny y Maupas, tienen cada uno un millon de francos para fondos secretos; el senado, otro millon; el consejo de Estado, medio millon; los oficiales del 2 de diciembre tienen una condecoracion de Napoleón, es decir, millones; los soldados del 2 de diciembre

tienen medallas, es decir, millones; Murat quiere millones y los tendrá; se casa un ministro, pronto, ahí va medio millon; el señor Bonaparte, *quia nominor leo*[34] tiene doce millones mas cuatro millones, total diez y seis millones. ¡Millones y mas millones! El régimen actual se llama Millon.

El señor Bonaparte tiene trescientos caballos de lujo; los frutos y legumbres de los bienes nacionales, y parques y jardines que antes eran del patrimonio real. Revienta de sacio; no hace mucho decia: *Todos mis coches* como Carlos Quinto decia: Todas mis Españas; y como Pedro el Grande decia: Todas mis Rusias.

Las bodas de Camacho se verifican constantemente en el Eliseo; los asadores giran noche y dia sobre fuegos de alegria. Se consume allí, (¡tales notas se publican: son las notas importantes del nuevo imperio!) seiscientas cincuenta libras de carne al dia. Muy pronto tendrá el Eliseo ciento cuarenta y nueve cocinas como el castillo de Schenbrunn.

VIII

Mas ¿qué se hace en el Elíseo? Hombre, se come, se bebe, se rie y se dan banquetes. Es decir, banquetes se dan tambien en casa de todos los ministros, y en la Escuela militar, y en las Casas Consistoriales, y en las Tullerías; y no siendo suficiente todo eso, se da una fiesta monstrua el dia 10 de mayo, y otra fiesta mucho mas monstruosa aun, el dia 15 de agosto. ¡Todos en fin nadan en la abundancia y en la crapula, y en la embriaguez!

Entre tanto el hombre del pueblo, el pobre obrero que carece de trabajo, el proletario, va sucio y haraposo, con los pies descalzos sin tener en el verano pan que llevar á su boca y en el invierno, leña con que calentar sus miembros ateridos, entumecidos por el frio; entre tanto el proletario tiene una madre que agoniza en un jergon infecto, corrompido; tiene una hermana que se ha de prostituir en las calles oscuras para no morirse de hambre; tiene hijos que tiemblan de hambre, de calentura y de frio en los chiribitiles del arrabal de San Marcelo, en las bohardillas de Ronen, en las cuevas de Lille; y ¿quién piensa en el proletario desgraciado? ¿qué se hace de él? ¿qué se hace por él?… ¡Muere, perro!

CAPÍTULO IV

Los dos aspectos de Bonaparte Luis.

I

Lo mas chistoso es que quieren que se les respete esos mandarines; un general es venerable, un ministro es sagrado.

La condesa de Andl, jóven establecida en Bruselas, que se hallaba en París en 1852, se encontró un dia en un salon del arrabal de Saint Honoré. En el momento que vió entrar al señor de P., la señora de Andl quiso salir, y pasó por delante de él. Viola él que, pensando probablemente en otra cosa, se encogia de hombros. El señor de P., que notó el movimiento de hombros se dió por ofendido, y á la mañana siguiente la señora de Andl recibe un «aviso» de que en adelante so pena de ser espulsada del territorio francés, como si fuera un diputado, se abstuviese de toda muestra de aprobacion ó desaprobacion euando viese algun ministro.

En ese gobierno soldadesco y en esa constitucion de santo y seña y contraseña todo va á lo militar.

El pueblo francés va á la formacion para saber cuando ha de levantarse y acostarse, como ha de vestirse y con que traje ó adorno puede ir a la audiencia del tribunal ó a la tertulia del señor gobernador; con la prohibicion siempre de escribir versos medianos, con prohibicion de llevar barba. La chorrera y la corbata blanca son leyes de Estado.

Regla, disciplina, obediencia pasiva, los ojos al suelo, silencio en todas las clases: tal es el yugo al cual está sometida en la actualidad la nacion de la iniciativa y de la libertad, la gran Francia revolucionaria.

El reformador no se detendrá hasta que la Francia sea lo bastante un cuartel para que digan los generales: Está bien, y hasta que sea lo bastante un seminario para que los obispos digan: ¡Basta ya!

II

¿Os gustan los soldados? pues en todas partes los encontrareis. El consejo municipal de Tolosa hace dimision, y el gobernador Chapuis Montlaville reemplaza al alcalde primero con un coronel, al primer concejal con otro coronel y al segundo concejal con otro idem[35].

Los militares levantan el gallo, y triunfan, y mandan.

«Los soldados, dice Mably, creyendo sustituir a los ciudadanos que habian sido antes cónsules, dictadores, censores y tribunos, asociaron al gobierno de los emperadores una especie de democracia militar».

¿Llevais un chacó en la cabeza? pues ya podeis hacer cuanto os dé la gana.

Un jóven sale de un baile, se dirige a su casa pasando por la calle de Richelieu y por delante la Biblioteca; el centinela le apunta el fusil y lo tumba. Al dia siguiente dicen los periódicos: «El jóven fulano de tal se ha encontrado esta noche muerto de un tiro de fusil», y pare usted de contar.

Timour Beig concedió a sus compañeros de armas y á sus descendientes hasta la séptima generacion, el derecho de impunidad sobre cualquier crimen que hiciesen, con tal que el delincuente no hubiese cometido nueve veces el mismo crimen.

El centinela de la calle de Richelieu tiene que matar otros ocho ciudadanos para ser llevado ante el consejo de guerra. Es muy bueno ser soldado, pero el ser ciudadano no vale nada.

Al propio tiempo ha sido deshonrado ese infeliz ejército. El 3 de diciembre fueron condecorados los comisarios que prendieran á sus representantes y generales. Verdad es que el ejército recibió también dos luises por hombre. ¡Oh vergüenza de las vergüenzas! ¡el dinero de los soldados es la condecoracion de los espías!

III

Jesuitismo y militarismo: tal es en dos palabras todo ese régimen. Todo el espediente político de Luis Bonaparte se compone de dos hipocresias, hipocresia soldadesca para con el ejército, hipocresía católica para con el clero.

Cuando Bonaparte no es Fracasse, es Basilio; á menudo es ambas cosas a la vez. De esta suerte consigue al mismo tiempo entusiasmar á Montalembert que no cree en Francia y á Saint Arnaud que no cree en Dios.

¿Huele á incienso el dictador? ¿huele á tabaco? Husmead. Huele á incienso y á tabaco. ¡Oh Francia, qué gobierno! ¡por bajo de la sotana le salen las espuelas! El golpe de Estado va á misa, sacude el hisopo sobre los paisanos, lee el breviario, reza el rosario, enseña el catecismo, recauda limosnas y celebra la Pascua.

El golpe de Estado afirma, lo que es dudoso, que hemos vuelto á la época del 1793; lo que es muy cierto es que nos conduce al tiempo de las cruzadas. César se hace cruzar por el papa, *Dios lo quiere*. El Elíseo tiene la fe y tambien la sed del templario.

Gozar y vivir bien, repitámoslo, y comerse el presupuesto; no creer en nada; esplotarlo todo; comprometer á la vez dos cosas santas, el honor militar y la fe religiosa; manchar el altar con sangre humana y la bandera con el hisopo; hacer ridículo al soldado y algo salvaje al sacerdote; mezclar en esa grande pillería política,

que él llama su poder, la Iglesia y la nacion, las conciencias católicas y las conciencias patrióticas: he aquí cual es el proceder de Bonaparte el Pequeño.

Todos sus actos desde los mas enormes hasta los mas pueriles, desde lo que es horrible y repugnante, hasta lo que es ridículo y grotesco, llevan impreso el sello de este doble juego, de ese comer á dos carrillos.

IV

Las solemnidades nacionales le fastidian: pues bien, hay que arreglarlo de otro modo. Los dias 24 de febrero y 4 de mayo traen recuerdos importunos ó peligrosos que se repiten tenazmente en dias señalados, aplazados: hay que arreglarlo de una u otra manera. Un aniversario es molesto… Pues suprimamos los aniversarios; no dejemos mas que una fiesta nacional, la nuestra…

¡Magnífico, soberbio! Pero con una sola fiesta ¿cómo satisfacer á los dos partidos? ¿cómo contentar a los curas, como contentar a los soldados? El partido soldadesco es volteriano. Cuando Canrobert sonria complacido, Riancey hará mil muecas de mal humor. ¿Cómo hacerlo?

Nada de apurarse; la cosa es muy fácil: los grandes escamoteadores no se atascan por tan poco…

El *Monitor* declara el dia menos pensado que de allí en adelante no habrá mas que una fiesta nacional; el 15 de agosto. Sobre el particular, comentario semi-oficial; se ponen a hablar las dos caretas del dictador.

—¡El 15 de agosto, dice su boca Ratapoil, es el dia de san Napoleón!

—¡El dia 15 de agosto, dice su boca de Tartufo[36], es la fiesta de la Vírgen!

Por un lado el 2 de diciembre se cuadra, hincha las mejillas, ahueca la voz, tira de su descomunal sable y grita:

—¡Voto á Luzbel! ¡vive Cristo! ¡canalla! ¡celebremos S. Napoleón!

Los del otro bando bajan entre tanto los ojos, hacen la señal de la cruz, y murmuran:

—Carísimos hermanos, adoremos el Sagrado Corazon de María.

Y el gobierno actual con la mano chorreando sangre va á mojar los dedos en el agua bendita.

CAPÍTULO V

El socialismo de Bonaparte consiste en humillar y ahogar la enseñanza y aumentar cada dia los impuestos.

I

Algunos sin duda nos dirán: ¿pero no exagerais? ¿no sois injusto? concededle algo. ¿No ha hecho hasta cierto punto algo de «socialista»?

Y pondrán sobre el tapete el crédito de la hacienda, los Ferro-carriles, la baja de la renta, etc…

Ya hemos apreciado en su justo valor tales medidas; pero admitiendo que en ello exista «socialismo», seríamos muy necios en atribuir su mérito á Bonaparte. No es él quien hace el socialismo; es el tiempo.

Un hombre nada contra una corriente rápida; lucha con inauditos esfuerzos azotando las olas con el puño, con la frente, con el hombro y con la rodilla. Vosotros que le veis, decis: subirá.

Un instante despues volveis á mirarlo y le veis que ha bajado mucho, ha bajado mucho mas del límite que habia tomado por punto de partida. Sin saberlo, ni siquiera sospecharlo, á cada esfuerzo ha ido perdiendo terreno. Se imagina que sube y baja siempre: cree avanzar y retrocede.

El crédito de la hacienda, como decís; la baja de la renta, como decís… El señor Bonaparte ha dado varios decretos de esos que vosotros quereis llamar socialistas, y aun dará algunos otros. Si Changarnier en vez de Napoleón III hubiese dado tales decretos, habria triunfado. Si Enrique V viniese mañana, los daria como el emperador de Austria los da á la Galitzia y el emperador Nicolás á la Lituania.

Pero en resúmen, ¿qué nos prueba todo eso? que la corriente que se llama Revolucion es mas fuerte que el nadador que se llama Despotismo.

Y el socialismo del señor Bonaparte ¿qué es en si? ¿es verdadero socialismo? Niego. Será ódio de los propietarios, pero no socialismo. Ved como el ministerio socialista por escelencia, el ministerio de la agricultura y del comercio, ha sido abolido por Bonaparte. ¿Qué ha dado en compensacion? el ministerio de policía. El otro ministerio socialista es el ministerio de instruccion pública; pero corre mucho peligro; el dia menos pensado será suprimido.

El punto de partida del socialismo es la educacion, es la enseñanza gratuita y obligatoria, es la luz: tomar los niños y hacerlos hombres; tomar los hombres y hacerlos ciudadanos, ciudadanos inteligentes, honrados, útiles, dichosos. Ante todo el progreso intelectual, ante todo el progreso moral; despues vendrá el progreso

material; los dos primeros progresos arrastran en sí mismos y de una manera inevitable el último.

¿Y qué hace el señor Bonaparte?

Persigue y ahoga en todas partes la enseñanza. Existe en el seno de nuestra Francia un pária desgraciado: este pária es el maestro de niños.

¿Habeis reflexionado alguna vez lo que es un maestro de niños, esa magistratura en que antiguamente se refugiaban los tiranos como los criminales en un templo ú otro lugar de asilo? ¿habeis pensado alguna vez en lo que es el hombre que enseña á los niños?

Entrais en casa de un constructor de carruajes, le veis fabricar lanzas y ruedas de carro y decis: es un hombre útil. Entrais en casa de un tejedor, le veis fabricar tela y decís: es un hombre precioso. Entrais en casa de un herrero y le veis fabricar martillos, azadones, picos, palas, aros de carro, y decís: es un hombre necesario, y saludais con cariño á tales hombres, á esos buenos trabajadores.

Entrais en casa del maestro de niños, y saludais con mas humildad. ¿Sabeis lo que hace? Fabrica almas.

Es el constructor de carros, el tejedor y el herrero de la grande obra en que Dios trabaja, del porvenir.

Ahora bien, en la actualidad, merced al partido clerical dominante, y á que por lo tanto no es menester que el profesor de instruccion primaria trabaje en dicho porvenir, y á que conviene que el porvenir sea formado de tinieblas y embrutecimiento y no de luz é inteligencia, ¿quereis saber de que manera se hace funcionar á ese humilde y gran magistrado, al maestro de niños? El maestro de niños ayuda á decir misa, canta en el coro, toca á vísperas y á maitines, acomoda las sillas, muda las flores del altar de la Virgen, limpia los candeleros de todos los altares, quita el polvo del tabernáculo, plega las capas y casullas, tiene en cuenta y en órden las telas de la sacristía, pone aceite en las lámparas, ablanda la almohada del confesionario, barre toda la iglesia y el presbiterio; y el tiempo que le queda puede emplearlo, con condicion de no pronunciar ninguna de estas tres palabras del demonio Patria, República, Libertad, en hacer repetir, si le parece bien, el abecedario a los chicuelos.

El señor Bonaparte ataca a la vez por arriba y por abajo la enseñanza: por abajo para dar gusto á los curas; por arriba para dar gusto á los obispos. Al mismo tiempo que procura cerrar la escuela de la aldea, mutila el Colegio de Francia; de un puntapié vuelca las cátedras de Quinet y Michelet.

Hoy aparece un decreto contra la enseñanza, mañana otro declarando sospechosas las letras griegas y latinas, y prohibiendo en lo posible a las inteligencias el estudio de los antiguos poetas é historiadores de Atenas y Roma, que aspiraban en Esquiles y Tácito un vago olor de demagogia.

De una plumada separa á los médicos, por ejemplo, de la enseñanza literaria, lo que hace esclamar al doctor Serres: *Ya estamos dispensados por decreto de saber leer*

y escribir[2A].

II

Nuevos impuestos, impuestos sobre el lujo, impuestos sobre el vestuario; *nemo audeat comedere proeter duo fercula cum potagio*[37], impuesto sobre los vivos, impuesto sobre los muertos, impuesto sobre las herencias, impuesto sobre los coches, impuesto sobre el papel… ¡Bravo! vocinglera el partido de la sotana, ¡menos libros! impuesto sobre los perros, los collares lo pagarán; impuesto sobre los senadores, las armas lo pagarán. Tales son las cosas que me hacen hoy popular, dice Bonaparte frotándose las manos.

Y ¡el emperador es socialista!, vociferan los adictos en todos los arrabales; el emperador es católico, murmura la clerigalla en las sacristías. ¡Cuán feliz seria si entre estos últimos pudiese pasar por un Constantino y entre los primeros por un Babeuf!

Y se repiten las palabras de órden, se declara la adhesion, el entusiasmo va creciendo minuto por minuto, la escuela militar dibuja sus iniciales con bayonetas y cañones de pistola, el abad Gaume y el cardenal Gousset aplauden, se corona su busto en el mercado, Nanterre le dedica rosales: el órden social está decididamente salvado; la propiedad, la familia y la religion respiran, y la policia le erige una estátua[2B].

—¿De bronce? —¡Fuera!; eso seria bueno para su tio.

¡De mármol! Tu es Pietris et super hanc pietram ædificabo effigiem meam[38].

III

¿Y lo que se ataca, lo que se persigue, lo que persiguen todos los de su camarilla, lo que hostigan con encarnizamiento, lo que quieren aplastar, quemar, suprimir, destruir, aniquilar, es ese hombre oscuro y pobre que se llama profesor de instruccion primaria? ¿es ese trozo de papel impreso que se llama periódico? ¿es el conjunto de cuadernos que se llama libro? ¿es la máquina de hierro y madera que se llama prensa? … No, eres tú, pensamiento; eres tú, razon humana; eres tú, siglo décimo nono; eres tú, Providencia; eres tú ¡Dios mio!

Y nosotros que les combatimos somos los «eternos enemigos del órden»; somos todavía, pues aun no creen que se haya gastado demasiado la tal palabra, los horribles demagogos.

En el lenguaje del duque de Alba, creer en la santidad de la conciencia humana, resistir á la Inquisicion, arrostrar la hoguera por fe, desenvainar la espada por la

patria, defender su culto, su ciudad, su hogar, su casa, su familia, su Dios, se llamaba cada una de estas cosas *miseria*.

En el lenguaje de Bonaparte Luis, pelear por la libertad, por la justicia, por el derecho; combatir por la causa del progreso, de la civilizacion, de la Francia, de la humanidad; querer la abolicion de la guerra y de la pena de muerte; tomar por lo serio la fraternidad de los hombres todos; creer en el juramento prestado; armarse para la constitucion del pais; defender las leyes, se llama cada una de esas cosas *demagogia*.

Es *demagogo* en el siglo décimo nono, el que era *miserable* en el siglo décimo sesto.

Si admitimos que el diccionario de la Academia no existe ya, que es de noche en mitad del dia, que un gato no se llama gato y que Baroche no es un bribon, que la justicia es una quimera, que la historia es un sueño, que el príncipe de Orange es un miserable, y que el duque de Alba es un justo, que Luis Bonaparte es idéntico á Napoleón el Grande, que los que han violado la Constitucion, son los salvadores, y que los que la han defendido son unos bandidos; en una palabra, si admitimos que la honradez humana ha muerto, no tengo nada que replicar; entonces habré de admirar dicho gobierno; diré que marcha muy bien, que es modelo en su género: comprime, reprime, oprime, encarcela, destierra, ametralla, extermina y hasta «¡concede gracia!» Manifiesta su autoridad á cañonazos, y á sablazos su clemencia.

Charlad cuanto os dé la gana, repiten algunos decididos é incorregibles del expartido del orden; indignaos, reid, zaherid, menospreciad; lo mismo se nos da. ¡Viva la estabilidad! todo ese conjunto constituye al fin y al cabo un gobierno sólido.

¡Sólido! hemos esplicado ya en que consiste tan decantada solidez.

¡Sólido! admiro semejante solidez. Si lloviesen en Francia periódicos durante dos dias solamente, al amanecer del tercero no se sabria ya por donde ha pasado el señor Luis Bonaparte.

No importa, ese hombre pesa sobre la época toda, desfigura el siglo décimo nono, y tal vez habrá en este siglo dos o tres años en los cuales, no sé por que huella infame, se conocerá que ha pasado Napoleón el Pequeño.

Y ese hombre, verdad muy amarga por cierto, es en la actualidad la cuestion de todos los hombres.

En ciertas épocas de la historia, el género humano todo de los distintos puntos de la tierra, fija los ojos en un lugar misterioso de donde parece que va á salir el destino universal.

Dos momentos hubo en que todo el mundo miraba el Vaticano: Gregorio VII, Leon X ocupaban entonces la silla pontificia; otros en que se contemplaba con ansiedad el Louvre: Felipe Augusto, Luis IX, Francisco I, Enrique IV estaban en él; otros en que se tenia la vista fija en el Escorial y en el convento de Yuste: Cárlos Quinto meditaba alli; otros en que se observaba el palacio de Windsor: Isabel la Grande reinaba en él; otros, Versalles: Luis XIV, rodeado de astros brillaba en él; otros el palacio de Kremlin: allí se entreveia á Pedro el Grande; otros el de Postdam:

Federico II se encerraba en él con Voltaire… ¡En la actualidad, humilla tu cerviz, historia, el universo dirige las miradas al Eliseo!

Esa especie de puerta bastarda, custodiada por dos garitas de terliz, situada al estremo del arrabal de Saint Honoré, es lo que hoy contempla con una especie de ansiedad profunda la mirada del mundo civilizado…

¡Ah! ¡qué sitio es este de donde no ha salido una idea que no fuese un lazo, una accion que no fuese un crímen!

¡Qué sitio es este en donde habitan todos los cinismos con todas las hipocresías!

¡Qué sitio es este donde los obispos se rozan con Juana Poisson en la escalera, y como cien años atrás la saludan inclinados hasta el suelo; donde Samuel Bernard rie en un rincon en compañía de Lanbardemont; donde Escobar entra dando el brazo á Guzman de Alfarache, (*el Bueno*;) donde segun horribles rumores, en lo mas espeso y retirado del jardin se despacha á bayonetazos (así se dice) hombres que no se quiere sentenciar ante un tribunal; donde se oye á un hombre decir á una mujer que intercede llorando: «Yo os paso vuestros amores, señora, pasadme pues á mí los odios»!

¡Qué sitio es este donde la orgia de 1852 importuna y deshonra el luto de 1815; donde el *Cesarote* se pasea con los brazos cruzados ó á la espalda bajo los mismos árboles, por las mismas avenidas en las cuales se mueve todavía la sombra indignada del verdadero César!

Ese sitio es la mancha de París; ese sitio es la infamia del siglo; esa puerta de la cual salen todos los ruidos alegres, todos los cantos, músicas, risas, y sonido de vasos; esa puerta saludada de dia por los batallones que pasan delante de ella, y por la noche iluminada y abierta de par en par con una confianza insolente, es una especie de injuria pública siempre inferida y nunca satisfecha.

Allí está el centro de la vergüenza del mundo.

IV

¡Oh! ¿en qué piensa la Francia?

Es indispensable despertar á esa nacion, tomarle el brazo y sacudirselo con fuerza hasta que despierte; es indispensable hablarle, recorrer los campos, entrar en las ciudades, y en los cuarteles, hablar al soldado que no sabe lo que hace, hablar al agricultor que tiene una estampa del emperador en su choza y que vota todo lo que quieren á causa de esto; es indispensable y urgente destruirle el radioso fantasma que tiene á su vista.

Toda la situacion actual no es mas que un inmenso *quid pro quo*. Menester es pues aclarar ese *quid pro quo*, examinarlo hasta el fondo, desengañar al pueblo y mayormente al pueblo de los campos, removerlo, agitarlo, impresionarlo, enumerarle

las casas vacías, las huesas abiertas, hacerle tocar con el dedo el honor de semejante régimen.

El pueblo es bueno y honrado, y comprenderá. ¡Si, aldeano, son dos: el Grande y el Pequeño, el ilustre y el infame, Napoleón y Naboleon!

Resumamos ese gobierno.

¿Quién está en el Eliseo y en las Tullerías? el crímen. ¿Quién reside en el Luxemburgo? la bajeza. ¿Quien se ostenta en el palacio Borbon? la imbecilidad. ¿Quién está en el palacio de Orsay? la corrupcion: ¿Quién reside en el palacio de Justicia? la prevaricacion.

¿Y quién está en las cárceles, en los presidios, en los calabozos, en las casamatas, en los pontones, en Lambesa, en Cayena, en el destierro? la ley, el honor, la inteligencia, la libertad, el derecho.

Vosotros, proscritos, ¿de qué os quejais? os ha tocado la mejor parte.

LIBRO TERCERO

EL CRÍMEN DEL 2 DE DICIEMBRE[3A]

CAPÍTULO PRIMERO

El golpe de Estado á pique de frustrarse.

I

Pero semejante gobierno, ese gobierno horrible, hipócrita y estúpido; ese gobierno que nos hace vacilar entre prorumpir en carcajadas ó en sollozos; esa constitucion horca donde están ahorcadas todas nuestras libertades; ese grande sufragio universal y ese pequeño sufragio universal, el primero para nombrar al presidente, el segundo para nombrar á los legisladores y para decir al grande: *Monseñor, recibid estos millones*, y el grande para decir al pequeño: *Recibe la seguridad de mis sentimientos*; ese senado; ese consejo de Estado; ¿de dónde han salido? ¡Dios eterno! ¿habríamos llegado a tal punto, que fuese menester recordarlo?

¿De dónde ha salido ese gobierno?… ¡mirad! todavía humea, todavía corre… ¡ha salido de un mar de sangre!

Pero los muertos han ido lejos, muy léjos; los muertos muertos son.

¡Ah! cosa horrible es el pensarlo y mas aun, decirlo: ¿no se piensa ya en los que fueron víctimas?

¿Acaso porque se come y se bebe, porque las carretelas corren, porque el terraplenador tiene trabajo en el bosque de Boloña, porque el albañil gana ocho reales diarios en el Louvre, porque el banquero ha obtenido pingües ganancias en las rentas sobre el Estado pagaderas en metálico en Viena, ó en las obligaciones de Hope y compañía, porque se han restablecido los títulos de nobleza, esto es, porque se puede decir el señor conde ó la señora duquesa, porque se hacen procesiones en las fiestas del *Corpus*, porque se rie y se hace chacota, porque las paredes y esquinas de París están cubiertas de anuncios de bailes y espectáculos, acaso, decimos, se ha olvidado que debajo de todo eso hay montones de cadáveres de los mártires bárbaramente asesinados?

¿Acaso porque se ha ido al baile de la Escuela militar, porque se ha vuelto á casa con los ojos deslumbrados, la cabeza fatigada, el vestido rasgado, el ramo de flores marchito y se ha echado en la cama rendido de cansancio para dormirse soñando en algun guapo oficial, podria haberse olvidado que alli bajo la yerba, en un foso oscuro, en una grande escavacion, en la sombra inexorable de la muerte, está amontonada en confuso tropel una muchedumbre inmóvil, helada y terrible, una muchedumbre de seres humanos, desfigurados ya, devorados por los gusanos, consumidos por la desagregacion, que comienzan á confundirse con la tierra, que existian rebosando salud hace poco, que trabajaban, iban y venian animándolo todo y gozando del derecho de vida que se les ha arrancado miserablemente?

¡Ah! ¡si no os acordais de todo eso, preciso será que lo hagamos presente a los que lo olvidan! ¡despertad, los que dormis! ¡los que han muerto asesinados criminal y cínicamente van a desfilar ante vosotros!

II

¡¡¡DIA CUATRO DE DICIEMBRE!!!

¡Dia de horrible recuerdo!

La resistencia contra el golpe de Estado tomó proporciones inesperadas.

El combate se habia empeñado de una manera amenazadora, esto es, ya no era un combate, era una batalla que se trababa en todas partes. En el Eliseo y los ministerios no se veian mas que rostros pálidos, consternados: habíanse provocado las barricadas, y las barricadas se alzaban imponentes, aterradoras.

Todo el centro de París estaba cubierto de reductos improvisados; los barrios estaban cuajuados de barricadas formando un inmenso trapecio comprendido entre el Mercado y la calle de Rambuteau por una parte y los bulevares por otra, y limitado al Este por la calle del Templo y al Oeste, por la de Montmartre.

Esa vasta red de calles, cortada en todos sentidos por reductos y trincheras, iba tomando á cada momento un aspecto mas terrible, pues se iba constituyendo en una especie de fortaleza.

Los combatientes de las barricadas habian puesto guardias hasta en los malecones.

Fuera del trapecio que acabamos de indicar, las barricadas llegaban hasta el arrabal de San Martin y á los alrededores del canal.

El barrio de las Escuelas á donde habia mandado el comité de resistencia al representante de Flotte, estaba mas sublevado aun que el dia anterior, todo aquel distrito estaba rebosando de entusiasmo; en todas partes se oia el redoble del tambor y especialmente en Batignolles.

Madier de Montjau agitaba á Belleville; y en la Chapelle-Saint-Denis se construian; enormes barricadas.

En las calles donde habia comerciantes, los amos y propietarios entregaban fusiles al pueblo; las mujeres hacian hilas y vendas.

—¡La cosa marcha! ¡París está tomado! nos decia B*** entrando radiante de alegria en el salon donde estábamos reunidos los del comité de resistencia[3B].

A cada momento recibiamos noticias de los diferentes puntos sublevados; pues habiamos podido ponernos en comunicacion con todos los barrios.

Los miembros del comité deliberaban y espedían órdenes é instrucciones para todos los combatientes sublevados.

La victoria nos parecia á todos segura; momentos hubo en que el entusiasmo y la alegria hacia abrazar con viva espansion á los que aun estaban entre la vida y la muerte.

—Ahora, decia en el colmo del entusiasmo y fé Julio Fabre, que mande Bonaparte un regimiento, ó que lance contra nosotros una legion, y nada nos importa; de todos modos está igualmente perdido.

—Mañana se ostentará la República en las Casas consistoriales, decia con no menos ardor Michel (de Bourges).

En una palabra, todo fermentaba, todo hervia; en los barrios mas pacificos, se rasgaban los edictos, se reian de los bandos y órdenes del dictador.

En la calle de Beaubourg mientras los hombres construian barricadas, gritaban las mujeres asomadas á las ventanas:

—¡Ánimo, valor, que venceremos!

III

La agitacion habia penetrado hasta en el arrabal de Saint Germain.

En el palacio de la calle de Jerusalen, centro de esa gran telaraña que la policia tiende sobre París, todo temblaba, todos los polizontes eran presa de la mas viva ansiedad; todos vislumbraban á la República victoriosa. En los patios, en las oficinas, en los corredores, entre empleados y agentes de policía se empezaba a hablar con ternura de Caussidiere.

Si podemos dar crédito á lo que ha traspirado de semejante caverna, el jefe Maupas tan ardiente y animoso el dia antes, y tan odiosamente impelido hacia adelante, comenzaba a desmayar y retroceder. Parecia que prestaba atento oido á esa especie de marea creciente que formaba el ruido de la insurreccion y que le aterrorizaba; porque mal de su grado conocia que iba venciendo la santa, la legitima insurreccion del derecho. Vacilaba, y balbuciente, pronunciaba órdenes para sus dependientes, si bien todas espiraban en sus labios antes de haberlas dado.

—*Ese hominicaco tiene ya diarrea*… decia el antiguo jefe de policía Carlier, separándose de él.

En tan crítica situacion Maupas aterrado se dirigia á Morny. El telégrafo eléctrico estaba en continuo diálogo de la inspeccion de policía al ministerio del interior, y del ministerio del interior a la inspeccion de policía.

Todas las noticias alarmantes, todos los signos de pánico y terror, caian como plomo en el alma del inspector y del ministro.

Morny menos espantado, y hombre animoso cuando menos, recibia todas esas terribles sacudidas en su gabinete.

Dícese que á la primera que recibió, dijo:

—Maupas está enfermo.

Y al hacerle esta pregunta Maupas:

—¿Qué hará?

Habia contestado por telégrafo:

—¡Acostaos!

A la segunda pregunta del mismo estilo le respondió tambien:

—¡Acostaos!

Y á la tercera, faltándole la paciencia, le contestó airado:

—¡Acostaos, car…!

El celo de los polizontes iba entibiándose y haciéndoles volver la casaca.

Un hombre intrépido, enviado por el comité de resistencia para sublevar el arrabal de San Marcelo, fue detenido en la calle de Fossés-Saint-Victor, con los bolsillos llenos de proclamas y decretos de la izquierda. Lleváronle en direccion a la prefectura de policía; solo esperaba al llegar alli ser fusilado. Cuando la escolta que le llevaba pasaba por delante de la Morgue, malecon de Saint Michel, se oyeron algunos disparos de fusil. El polizonte que dirigia la escolta, dijo á los soldados:

—Volved á vuestro puesto; yo me encargo del prisionero:

Una vez alejados los soldados, corta las cuerdas que sujetaban las manos del prisionero y le dice:

—Váyase V.; le salvo la vida; no olvide que yo le he puesto en libertad. Mireme V. bien para reconocerme.

Los principales cómplices militares estaban reunidos en consejo, y agitaban la cuestion de si seria conveniente que Luis Bonaparte dejase el arrabal de Saint Honoré inmediatamente y se trasladase ó á los Inválidos ó al palacio del Luxemburgo, puntos ambos estratégicos y mas susceptibles de defensa de un golpe atrevido que el Louvre. Unos opinaban por los Inválidos, otros por el Luxemburgo. Y sobre esta cuestion estalló un altercado entre dos generales.

En aquel mismo momento el antiguo rey de Westfalia, Jerónimo Bonaparte, viendo el golpe de Estado que estaba vacilando y temiendo las consecuencias que podia acarrear, escribió a su sobrino la siguiente y significativa carta:

> «Amado sobrino. Se ha derramado ya sangre francesa; haz por medio de un franco llamamiento al pueblo que no se derrame con efusion. Tus sentimientos han sido mal comprendidos. La segunda proclama en la cual hablas del plebiscito es mal recibida por el pueblo, que no la considera como el restablecimiento del derecho y del sufragio.
>
> »La libertad carece de garantia cuando las Cortes no contribuyen á la constitucion de la República. El ejército tiene mucha altaneria.
>
> »Ha llegado el momento de completar la victoria material con una victoria moral, y lo que un gobierno no puede hacer cuando se ve batido, debe hacerlo cuando se mira victorioso.

»Despues de haber destruido los antiguos partidos, procura operar la restauracion del pueblo; proclama que el sufragio universal, sincero y practicado en armonia con la mas lata libertad, nombrará el presidente de las Cortes constituyentes para salvar y restaurar la República.

»En nombre de la memoria de mi hermano, y participando de su horror á la guerra civil, te escribo estas líneas. Cree á mi larga esperiencia, y considera que Francia, la Europa entera, y la posteridad, serán llamadas á juzgar de tu conducta.

»Tu tio que te ama entrañablemente.

»JERÓNIMO BONAPARTE».

IV

En la plaza de la Magdalena se encontraron los diputados Fabvier y Crestin y se dirigieron uno á otro. El general Fabvier hacia notar al otro cuatro piezas de artilleria montadas que volvian grupas, dejaban el bulevar y tomaban al galope la direccion del Elíseo.

—¡Como! ¿estará ya en el caso de tomar la defensiva el Eliseo? dijo el general.

Y Crestin señalándole á la otra parte de la plaza de la Revolucion la fachada del palacio del Congreso de diputados, le respondió:

—General, mañana estaremos allí.

Desde lo alto de algunas mansardas que tienen vista sobre el patio de las caballerizas del Elíseo, se veian desde la mañana tres coches de viaje cargados y á punto de partir en un ángulo de dicho patio; los postillones estaban montados, los cocheros en el pescante.

El impulso en efecto estaba dado; el arranque de ódio y cólera se hacia cada vez mas imponente; el golpe de Estado parecia perdido; una sacudida mas, y Luis Bonaparte se iba á pique. Que el dia hubiese acabado como empezó, y todo estaba terminado. El golpe de Estado tocaba á la desesperacion. Habia llegado la hora de las resoluciones supremas.

V

¿Qué haria el dictador para que pudiese vencer? Érale menester que diese un gran golpe inesperado, un golpe horrible. No parecia tener otro recurso que morir… Ó huir vergonzosamente.

Luis Bonaparte no habia dejado el palacio del Elíseo. Estaba en un gabinete de las habitaciones bajas, contiguo al espléndido salon dorado, donde, niño todavía, asistiera en 1815 á la segunda abdicacion de Napoleón I.

Allí estaba, repetimos, solo, habiendo dado la órden de no dejar penetrar á nadie hasta él.

De vez en cuando se entreabria la puerta para dar paso a la cabeza entrecana del general Roguet, su ayudante de campo. Solo al general Roguet le era permitido abrir aquella puerta y entrar.

El general trasmitia las noticias cada vez mas alarmantes, terminando casi siempre con estas palabras:

—¡La cosa no marcha!

Otras veces decia mas compungido:

—¡La cosa va mal!

Cuando habia acabado, Luis Bonaparte apoyado el codo en la mesa que tenia delante, sentado y con los piés encima de los morillos de la chimenea en la cual habia un gran fuego encendido, volvia á medias la cabeza sobre el respaldo de su butaca, y con la inflexion de voz mas flemática y sin emocion aparente, respondia invariablemente con estas cuatro palabras:

—Que ejecuten mis órdenes.

La última vez que el general Roguet entró de dicha manera á darle malas noticias, era la una de la tarde. «El mismo contó despues todos esos pormenores en honor de la impasibilidad de su amo».

—Señor, le dijo, las barricadas están muy animadas, se multiplican á cada momento y en todos los bulevares se grita: ¡Abajo el dictador!

No se atrevió a decir ¡Abajo Soulonque!

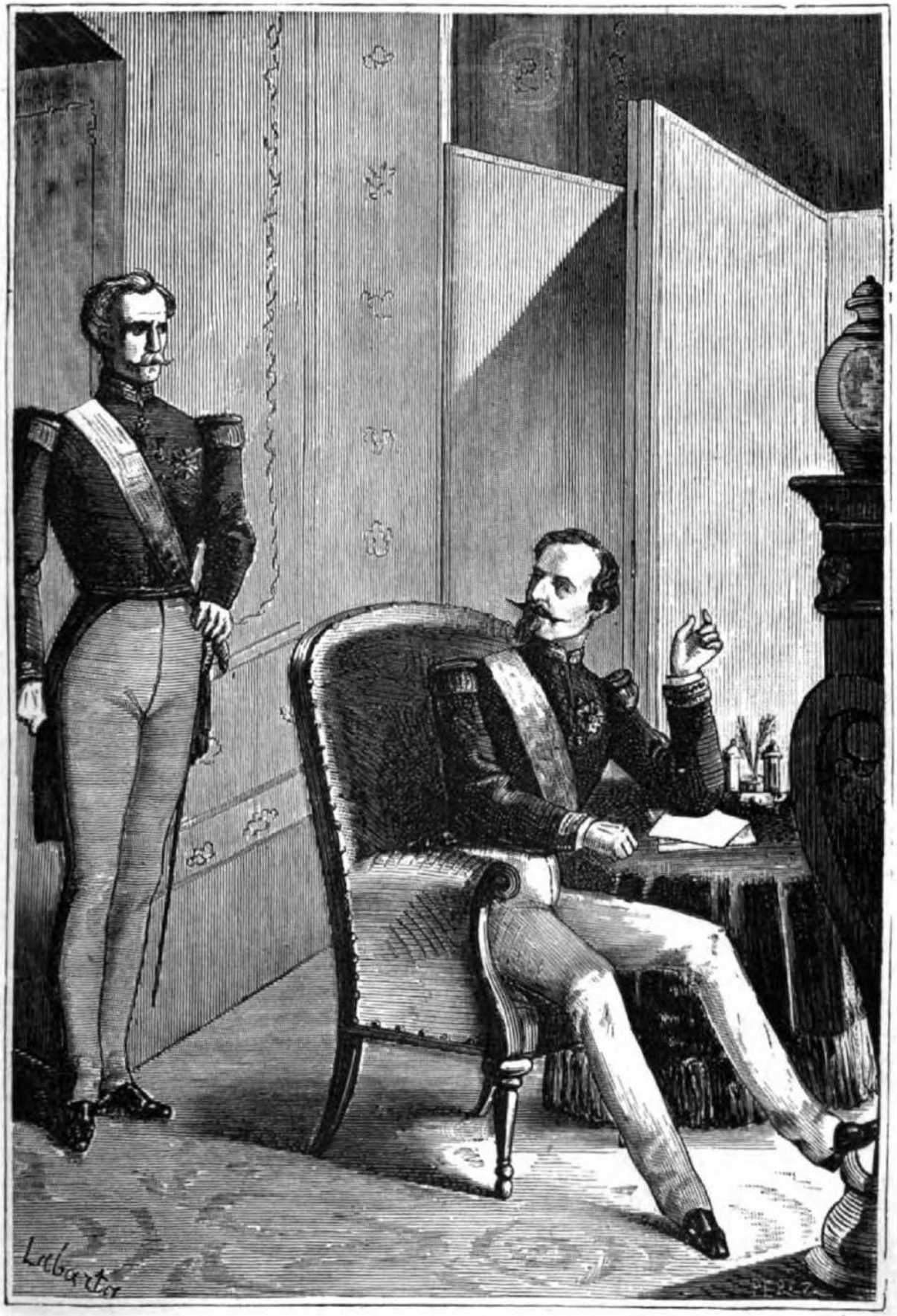
Y además le informó de que en todas partes prorumpian en silvidos cuando pasaban tropas; que delante la galería de Jouffroy un ayudante mayor habia sido perseguido por la muchedumbre y que en el ángulo del café del Cardenal habia sido derribado del caballo un capitan de Estado Mayor.

Luis Bonaparte se levantó á medias de su butaca, y dijo con calma al general mirándole fijamente:

—¡Bueno! que digan á Saint Arnaud que ejecute mis órdenes.

¿Qué órdenes eran esas?

Vamos á verlo.



–¡Bien! Dígase á Saint Arnaud que ejecute mis órdenes.

VI

Al llegar aqui nos recogemos, y el narrador toma la pluma con una especie de vacilacion y angustia.

Vamos a abordar de frente la abominable peripecia de la lúgubre jornada del 4 de diciembre de 1851; vamos a abordar de frente el hecho monstruoso de que nació chorreando sangre el éxito del golpe de Estado.

Vamos á revelar la mas siniestra premeditacion de Luis Bonaparte.

Vamos á revelar, decir, detallar y relatar lo que todos los historiógrafos del 2 de diciembre han ocultado, lo que el general Magnan omitió cuidadosamente en su informacion, lo que en París mismo, allí donde tuvieron lugar tan horribles acontecimientos, apenas se osa murmurar al oido.

Vamos á entrar en la parte mas horrible de nuestro relato.

El 2 de diciembre es un crimen encubierto por la noche, un ataud mudo y cerrado de cuyas hendeduras manan arroyos de sangre.

Vamos á entreabrir ese ataud.

CAPÍTULO II

Heroismo del pueblo de París el dia 4 de Diciembre de 1851.

I

Desde la mañana de dicho dia, porque aqui, insistamos en lo mismo, hubo premeditacion, lo cual nadie puede dudar; desde la mañana, decimos, se habian fijado a todas las esquinas edictos estraordinarios; tales edictos los hemos transcrito, todos los recordarán. Desde sesenta años acá en que el cañon de las revoluciones retumba en ciertos dias en París, no se habia visto nada semejante á los tales edictos.

En ellos se manifestaba a los ciudadanos que todos los grupos de cualquier naturaleza y condicion que fuesen, serian dispersados por la fuerza *sin intimacion*.

En París, ciudad central de la civilizacion, se creyó dificilmente en que un hombre tal pudiese llegar hasta el estremo de cometer semejante crímen, y no se habia mirado en dichos edictos mas que un procedimiento de intimidacion, repugnante, salvaje, pero casi ridiculo.

Todos, empero, se engañaban. Aquellos edictos contenian en gérmen el plan mismo de Luis Bonaparte. Eran órdenes formales.

II

Ahora digamos una palabra sobre lo que va a ser el teatro del acto inaudito, premeditado y perpetrado por el hombre del 2 de diciembre.

Desde la Magdalena al arrabal de la Poissonniere, el bulevar estaba despejado; desde el teatro del Gimnasio hasta el teatro de la puerta de San Martin estaba cuajado de barricadas, así como las calles de Bondy, Meslay, Luna, y todas las que confinan ó desembocan en las puertas de San Dionisio y de San Martin.

A la otra parte de la puerta de San Martin, el bulevar volvia a estar despejado ó libre hasta la Bastilla, escepto una barricada que habian construido á medias á lo alto del Chateau-d’Eau.

Entre las puertas de San Dionisio y San Martin cortaban la calzada de distancia en distancia ocho reductos. Un cuadro formado por cuatro barricadas encerraba la puerta de San Dionisio. La barricada de entre esas cuatro, que miraba á la Magdalena y que debia ser la primera en recibir el ataque de las tropas, estaba construida en el puesto culminante del bulevar, apoyando su izquierda en el ángulo de la calle de la Luna y su derecha en la calle de Mazagran.

Cuatro ómnibus, cinco coches de trasportar muebles, el escritorio y casilla del inspector de los coches, arrancados de su puesto, las columnas vespasianas demolidas, los bancos del bulevar, las losas de la escala de la calle de la Luna, la balustrada de hierro de la acera, arrancada por entero y de un solo esfuerzo por la formidable mano de la muchedumbre, componian el amontonamiento que apenas bastaba para obstruir el bulevar muy ancho en aquel paraje. No habia losas á causa de estar el piso empedrado con casquijo.

La barricada no llegaba así y todo, de parte á parte del bulevar y dejaba un gran espacio libre en la parte de la calle de Mazagran.

Allí habia una casa en construccion.

III

Viendo aquel vacío un joven de buen porte, subió á los andamios, y solo y sin apresurarse ni quitarse el cigarro de la boca, fué cortando todas las cuerdas. De todas las ventanas próximas le aplaudian con mucha algazara. De pronto caen los andamios con estruendo y en una sola pieza; y aquel armatoste completó la barricada.

Mientras se acababa ese reducto, unos veinte hombres entraron en el Gimnasio por la puerta de los actores, saliendo luego despues con fusiles y un tambor, hallados en el almacen del vestuario, los que formaban parte de lo que en el lenguaje de los teatros se llama «los accesorios».

Uno de ellos cogió el tambor y se puso a tocar llamada.

Los otros construyeron con columnas derribadas, coches volcados de lado, persianas y postigos arrancados de sus goznes y trastos viejos de teatro, construyeron, decimos, en lo alto del apostadero de Bonne Nouvelle una pequeña barricada como puesto avanzado, ó mejor, como atalaya desde donde pudiese observarse lo que pasaba en los bulevares de la Poissonniere y Montmatre y en la calle de Hauteville.

Las tropas habian evacuado aquella mañana el cuerpo de guardia, y los sublevados tomaron la bandera de aquel cuerpo de guardia, y la enarbolaron en la barricada. Esa fué la bandera que los periódicos del golpe de Estado declararon «bandera roja».

IV

Una quincena de hombres se instalaron en aquel puesto avanzado. Tenian fusiles, pero pocos ó ningun cartucho.

Detrás de ellos se alzaba la barricada grande que cubria la puerta de San Dionisio y que estaba ocupada por un centenar de combatientes, entre los cuales figuraban dos

mujeres y un anciano de cabello cano, apoyándose con la mano izquierda en un baston y empuñando con la diestra un fusil.

Una de las dos mujeres llevaba un sable en bandolera, y al contribuir a arrancar la balustrada de hierro, se habia cortado tres dedos de la mano en un ángulo de un balustre de hierro. Enseñaba la mano herida a la muchedumbre gritando:

—¡Viva la República!

La otra mujer subió á lo alto de la barricada, y arrimada al asta de la bandera y escoltada por dos hombres armados con fusiles y presentando las armas, leia en alta voz el llamamiento a las armas dado por los diputados de la izquierda. El pueblo aplaudia frenético de entusiasmo.

Todo eso pasaba entre las doce y una del dia.

V

Inmensa muchedumbre pululaba á esta parte de las barricadas y cubria las aceras de los dos lados del bulevar silenciosa á veces; y otra gritando:

—¡Abajo Soulouque! ¡abajo el traidor!

Lúgubres convois atravesaban á intérvalos esa muchedumbre: eran filas de cerradas camillas llevadas en hombros de enfermeros ó soldados. A la cabeza iban hombres con largos bastones de los cuales colgaban cartelones azules en los cuales se habia escrito en gruesos caracteres: *Servicio de los hospitales militares*. En las cortinas de las camillas se leia: *Heridos. Ambulante*.

El tiempo estaba sombrío y lluvioso.

En aquel momento habia un inmenso gentío en la Bolsa, se acababa de fijar en todas las paredes de aquellos alrededores, infinidad de despachos telegráficos, anunciando la adhesion de los departamentos (provincias) al golpe de Estado.

Todos los agentes de cambio reian ó se encogian de hombros al leer aquellos anuncios, mientras que tranquilamente jugaban al alza…

De pronto aparece allí un especulador muy conocido, acérrimo partidario del golpe de Estado de dos dias á aquella parte, aparece, decimos, pálido, consternado y jadeante como uno que huye despavorido y dijo:

—¡En los bulevares ametrallan á los sublevados y á toda la gente que pasa!

Y decia verdad, verdad increible.

Hé aquí lo que ocurria.

CAPÍTULO III

De donde nació el golpe de Estado del 2 de Diciembre en Francia.

I

Poco despues de una hora, y un cuarto de hora despues de haber dado Luis Bonaparte la órden consabida al general Roguet, los bulevares en toda su estension desde la Magdalena, se habian cubierto súbitamente de artillería, caballería é infantería.

La division del general Carrelet, casi entera, y compuesta de las cinco brigadas de Cotte, Bourgon, Canrobert, Dulac y Reybell, y presentando un efectivo de diez y seis mil cuatrocientos diez hombres, habia tomado posicion, escalonándose, desde la calle de la Paz hasta el arrabal de la Poissonniere.

Cada brigada tenia su bateria correspondiente. Solamente en el bulevar de la Poissonniere, se contaban once cañones con sus artilleros necesarios.

Dos de dichos cañones estaban asestados en sentido diametralmente opuestos uno á la entrada de la calle de Montmartre y el otro en la boca del arrabal de Montmartre, sin que nadie pudiese atinar con que objeto, puesto que dicha calle y el arrabal no ofrecian en ningun modo la apariencia de una barricada.

II

Los curiosos agrupados en las aceras y en las ventanas miraban con estupor aquel aparato de cureñas, cañones, sables y bayonetas.

«Las tropas reian y charlaban», dice un testigo ocular.

Otro dice: «Las tropas tenian un aspecto muy estraño».

Los soldados en su mayor parte se apoyaban en sus fusiles, puestas las culatas al suelo, y parecian medio vacilantes de cansancio ó de otra cosa.

Uno de esos antiguos oficiales que tienen el hábito de ver en el fondo de los ojos del soldado, el general L***, dijo al pasar por delante del café Frascati.

—«Están borrachos».

Los síntomas iban siendo cada vez mas alarmantes.

En el momento en que la muchedumbre gritaba á la tropa: ¡Viva la República! ¡Abajo Luis Bonaparte! se oyó decir á un oficial á media voz:

—¡Esto va a convertirse en una carniceria!

Un batallon de cazadores desemboca por la calle de Richelieu. Al llegar delante del café del Cardenal es acogido por un grito unánime de:

—¡Viva la República!

Un escritor que estaba allí, redactor de un periódico conservador, añade:

—¡Abajo Soulouque!

El oficial de Estado Mayor que conducia el destacamento, le asesta un sablazo que, esquivado por el escritor, corta en dos pedazos uno de los arbolillos del bulevar.

Cuando el primer regimiento de lanceros, mandado por el coronel Rochefort, llegaba á lo alto de la calle de Taitbout, un grupo numeroso atestaba el asfalto del bulevar. Eran habitantes de aquel barrio, comerciantes, artistas, periodistas y varias mujeres llevando de la mano algunos niños.

Al pasar el regimiento, hombres y mujeres clamaron a la vez:

—¡Viva la Constitucion! ¡viva la ley! ¡viva la República!

El coronel Rochefort, el mismo que en 31 de octubre de 1851 presidiera en la escuela militar el banquete dado por el lº de lanceros al 7º, y el mismo que en dicho banquete pronunciára este brindis:

«Al principe Napoleón, al jefe del Estado, que es la personificacion del órden cuyos defensores somos todos nosotros. Ese coronel, decimos, al grito enteramente legal pronunciado por la muchedumbre, lanza su caballo por en medio del grupo a través de los asientos de la acera; los lanceros se precipitan tras él y hombres, mujeres y niños, fueron batidos á sablazos».

«Gran número de ellos, dice un apologista del golpe de Estado, quedó en el sitio[39]». Y luego añade el mismo: «Solo fué cuestion de un momento».

III

Hácia las dos de la tarde asestaron dos obuses a la estremidad del bulevar de la Poissonniere, á ciento cincuenta pasos de la barricada atalaya del reducto de Bonne Nouvelle.

Al poner dichas piezas en batería, los soldados del tren, poco acostumbrados sin embargo á ejecutar falsas maniobras, rompieron la lanza de un carro de municiones de cañon.

—¡*Ya veis como están borrachos*! dijo un hombre del pueblo.

A las dos y media, pues se debe seguir minuto por minuto y paso por paso ese drama horroroso, se rompió el fuego ante la barricada, pero de una manera leve y como por distraccion. Parecia que los jefes militares tenian la cabeza muy distante de aquellas operaciones de combate. Efectivamente, vamos á ver en lo que pensaban.

Entretanto los artilleros pegaban fuego á una pieza de artillería.

El proyectil del primer cañonazo estaria mal apuntado, y pasando por sobre las barricadas fué á matar a un pobre muchacho que estaba ocupado en llenar de agua un pilon.

Las tiendas y casi todas las ventanas y balcones se cerraron al momento. Sin embargo, una ventana permaneció abierta en el piso superior de una casa que forma ángulo con la calle del Sentier.

Los curiosos continuaban afluyendo mayormente en la acera meridional. Era muchedumbre y nada mas, hombres, mujeres, niños y ancianos, á los cuales la barricada poco atacada, poco defendida, les hacia el efecto de un combate de broma.

Dicha barricada era un espectáculo, en tanto que se esparaba la ocasion de que fuese un pretexto.

IV

Haria poco mas o menos un cuarto de hora que la tropa y los de la barricada se tiroteaban sin que por una ú otra parte hubiese ningun herido, cuando de repente y como por conmocion eléctrica, se practicó una evolucion terrible á la par que estraordinaria, primero por la infantería y luego por la caballería. La tropa cambió repentinamente de frente.

Los historiógrafos del golpe de Estado cuentan que se habia hecho un disparo dirigido a la tropa, desde la ventana abierta del piso superior de la calle del Sentier.

Otros dicen que salió de la casa que forma esquina con la calle de Nuestra Señora del Recobro y la de la Poissonniere.

Segun otros el tiro fué un pistoletazo salido desde el tejado de la elevada casa que forma la esquina de la calle de Mazagran.

De todos modos, es dudosa la verdad de ese disparo; pero lo que es indudable, y no admite contestacion, es que por haberse soltado ese problemático pistoletazo ó tiro de fusil que no fué quizás otra cosa que el estampido de una ventana cerrada con estrépito, un dentista que habitaba en la casa vecina fué fusilado en el acto.

V

En resúmen, ¿se oyó un disparo de pistola ó de fusil? ¿es verdad eso? ¿es falso? una infinidad de testigos niegan el hecho.

Si el tiro fué disparado, queda aun para esclarecer una cosa, ¿fué ese tiro una causa? ¿fué una señal?

Sea lo que fuere, de repente, como acabamos de decir, hicieron frente la caballeria, infantería y artillería á la muchedumbre apinada en las aceras, y sin que

nadie pudiese adivinar porqué, bruscamente, sin motivo, «sin intimacion», como lo declaraban los infames edictos de aquella mañana, comenzó desde el Gimnasio hasta los Baños chinos, esto es, en todo lo largo del bulevar mas rico, mas vivo y alegre de París, una espantosa matanza, matanza que aun hoy nos horripila el recordarla.

El ejército se cebó en fusilar á boca de jarro al pueblo inerme.

Aquel momento fué siniestro… indescriptible: los gritos, los brazos alzados al cielo, la sorpresa, el espanto, la muchedumbre huyendo despavorida en todas direcciones, una lluvia de balas cayendo en el pueblo, y remontando desde la acera á los tejados, la calzada sembrada de cadáveres en un minuto, jóvenes cayendo muertos con el cigarro en la boca, mujeres vestidas de terciopelo cayendo redondas á las balas de los fusiles biscainos, dos libreros arcabuceados en el umbral de sus puertas sin haber sabido lo que se les queria, fusilazos tirados á los tragaluces de los subterráneos y matar á quienquiera que estuviera allí, el bazar acribillado de balas rasas y granadas, el palacio de Sallandrouze bombardeado, la Maison d'Or ametrallada, la casa de Tortoni tomada por asalto, centenares de cadáveres tendidos en el bulevar, un arroyo de sangre corriendo por la calle de Richelieu.

* * *

Séale una vez mas permitido al narrador interrumpirse.

CAPÍTULO IV

La matanza del 4 de Diciembre certificada por varios testigos.

I

En presencia de los hechos incalificables que acabamos de indicar, yo que escribo estas líneas, declaro que me constituyo en escribano y tomo acta del crimen; apelo la causa. Ahí se limita toda mi funcion en este asunto.

Ahora bien, en nombre de la justicia del siglo décimo nono cito á Luis Bonaparte, cito á Saint Arnaud, Maupas, Morny, Magnan, Carrelet, Conrobert, Reybell, sus cómplices; cito tambien á los demás cuyos nombres encontraremos mas adelante; cito á los verdugos, á los asesinos, á los testigos, á las víctimas, los cañones calientes, los sables humeantes de sangre, la embriaguez de los soldados, el luto de las familias, á los moribundos, á los muertos, el horror, la sangre y las lágrimas, ante el tribunal del mundo civilizado.

El narrador por si solo, quien quier que fuere, no seria creido. Demos pues la palabra á los hechos vivos, á los hechos sangrientos.

Oigamos á los testigos.

No espresaremos los nombres de los testigos, no queremos que Luis Bonaparte cebe su venganza en hombres dignos, pero de todos modos conocerá el lector el acento sincero y penetrante de la realidad.

II

Un testigo dice:

«Apenas habia dado tres pasos en la acera, cuando la tropa que desfilaba, se paró de repente, dió media vuelta volviendo la cara al mediodia, asestó las armas é hizo fuego sobre la muchedumbre despavorida: todo fué obra de un instante.

»El fuego continuó sin interrupcion por espacio de veinte minutos, dominado de vez en cuando por algunos cañonazos.

»A la primera descarga me arrojé al suelo, y avancé arrastrándome como un réptil sobre la acera hasta la primera puerta entreabierta que pude encontrar.

»Era la puerta de una tienda donde se espendian vinos, situada en el número 180, al lado del bazar de la Industria. Fui el último de entrar. Las descargas iban continuando de la misma manera.

»Nos reunimos en dicha tienda como unas cincuenta personas, entre las cuales se contaban cinco ó seis mujeres y dos o tres niños.

»Tres desgraciados pudieron entrar a pesar de estar gravemente heridos, dos de los cuales murieron al cuarto de hora en medio de horribles sufrimientos. El tercero vivia aun cuando a las cuatro sali de aquella tienda; pero no obstante, segun posteriormente supe, no sobrevivió á sus heridas.

»Para dar una idea del público sobre el cual hizo fuego la tropa, nada me parece mejor que citar algunos ejemplos de las personas reunidas en aquella tienda:

»Algunas mujeres, dos de las cuales habian salido á comprar en el barrio las provisiones para la comida; un muchacho pasante de notario que iba por algunas comisiones de su amo; dos o tres bolsistas; dos ó tres propietarios y algunos obreros, ninguno de los cuales iba de blusa.

»Uno de los desgraciados que se refugiaron en dicha tienda me produjo viva impresion: era un hombre de unos treinta años, rubio, vestido con paletó gris; se dirigia con su mujer a comer con su familia en el arrabal de Montmartre, cuando fue detenido en el bulevar por pasar la columna de tropa. En el primer momento y desde la primera descarga, él y su mujer cayeron; él pudo levantarse enseguida y fué arrastrado por el empuje de la multitud hacia la tienda del mercader de vinos, mas ya no llevaba su mujer del brazo; y fué tal su desesperacion, que es imposible describirla.

»A todo trance y á pesar de nuestras observaciones, queria que le abriesen la puerta y correr en busca de su mujer en medio de la metralla que barria la calle. Mucho nos costó poderle detener por espacio de una hora.

»Al dia siguiente supe que su mujer habia caido á las descargas de la tropa, y que el infeliz marido habia reconocido el cadáver de su esposa en el barrio Bergère.

»Quince dias despues supe que ese amante cuanto infeliz marido que habia amenazado á Luis Bonaparte con la pena del talion, habia sido preso y trasportado á Brest con destino á Cayena.

»Casi todos los ciudadanos reunidos en la tienda del mercader de vinos eran de opinion monárquicos, y entre ellos no encontré mas que á un antiguo compositor de la *Reforma*, llamado Meunier, y uno de sus amigos, que se confesasen republicanos.

»Como llevo dicho, á las cuatro salia yo de aquella tienda».

III

Un testigo de los que creen haber oido el tiro disparado en la calle de Mazagran, añade:

«Dicho tiro fué para la tropa la señal de disparar contra todas las casas y sus ventanas ó balcones; fusileria que a lo menos duró treinta minutos. Y era simultáneo

en toda la extension que coge desde la puerta de S. Dionisio hasta el café del Gran Balcon. Muy pronto vino á mezclarse el cañoneo en la nutrida fusileria».

Otro testigo dice:

«…A las tres y cuarto tuvo lugar una extraña evolucion entre la tropa; los soldados que hacian frente a la puerta de S. Dionisio, operaron instantáneamente un cambio de frente, apoyándose en las casas desde el Gimnasio y la casa del Pont de Fer hasta el palacio de Saint-Phar; y al momento brotó un fuego nutrido contra las personas que se encontraban en la acera opuesta, desde la calle de S. Dionisio hasta la calle de Richelieu. Algunos minutos bastaron para cubrir las aceras de cadáveres. Las casas quedaron acribilladas de balas, y semejante frenesí ó hidrofóbia de la tropa conservó su terrible paroxismo por espacio de tres cuartos de hora».

Otro testigo dice:

«…Los primeros cañonazos apuntados á la barricada de Bonne Nouvelle habian servido de señal al resto de la tropa que casi al mismo tiempo hizo fuego contra todos los que estaban al alcance de su fusil».

Otro testigo dice:

«…Las palabras no pueden dar idea de semejante acto de barbarie. Es preciso haberlo presenciado para atreverse á repetirlo y atestiguar la verdad de un hecho tan incalificable.

»Las descargas de miles de fusiles fueron inapreciables[40]. La tropa tiró á boca de jarro a todas las personas indefensas que se ofrecian al alcance de su arma, y esto sin ninguna necesidad. Se habia querido producir una fuerte impresion. Hélo aquí todo».

Otro testigo dice:

«Cuando la agitacion era muy grande en el bulevar, la linea de tropa seguida de la artillería y caballería acababa de llegar. De pronto se vió un tiro de fusil salido del medio de la tropa, y era fácil ver que habia sido tirado al aire por la columna de humo que se elevaba perpendicularmente. Entonces se dió la señal de tirar sin intimacion y cargar á la bayoneta contra el pueblo.

»Eso es muy significativo, y prueba que la tropa queria tener un motivo real ó aparente para empezar la matanza que tuvo lugar».

Otro testigo refiere:

«… El cañon cargado de metralla destroza cuanto se encuentra delante de las casas, desde el almacen del *Profeta* hasta la calle de Montmartre. Del bulevar de Bonne Nouvelle tiraron seguramente balas rasas á la casa Villecoq, pues una de ellas dió contra la esquina de la calle de Aubusson, y la bala despues de haber penetrado la pared, produjo muchos destrozos en el interior».

Otro testigo, uno de los que niegan el disparo, dice:

«Se ha querido atenuar la infamia de esta fusileria y de tantos asesinatos, pretendiendo que de las ventanas de algunas casas se habia hecho fuego á la tropa. Pero ademas de que el relato oficial del general Magnan parece desmentir ese rumor, afirmo que las descargas fueron instantáneas desde la puerta de S. Dionisio hasta la

puerta de Montmartre, y que no se disparó antes de la descarga general un solo tiro aislado, tanto desde las ventanas como por la tropa, desde el arrabal de san Dionisio hasta el bulevar de los italianos».

Otro testigo que tampoco oyó el disparo, refiere:

«Las tropas desfilaban por delante de la gradería de Tortoni, donde yo estaba haria cosa de unos veinte minutos, cuando ántes de que llegase á nosotros el ruido de algun disparo aislado, hicieron evolucion tomando la caballería el galope y la infanteria el paso de ataque.

»De repente vimos venir de la parte del bulevar de la Poissonniere una capa de fuego que se estiende y avanza rápidamente.

»Empezó la fusileria; y puedo asegurar que no le habia precedido ninguna esplosion, que ningun tiro de fusil habia salido de las casas desde el café Frascati hasta el sitio donde yo estaba.

»Finalmente, vimos los cañones de los fusiles de los soldados que estaban delante de nosotros encararse y amenazarnos. Nos refugiamos en la calle Taitbout en una puerta cochera. En el mismo momento oimos silbar las balas por encima y alrededor de nosotros.

»Una mujer cayó muerta á diez pasos de distancia en el momento en que yo me metia asustado por la puerta cochera. Puedo jurar que alli ni cerca de allí no habia barricadas ni sublevados; sólo habia *cazadores y caza* que huia aterrada, nada mas».

IV

Esa imágen de *cazadores y de caza* es la que primero se ofrece á la mente de los que vieron tal espantoso suceso.

En las palabras de otro testigo encontramos la misma imágen.

«…Veiase, dice, á los gendarmes inmóviles en la bocacalle, y sé que lo mismo pasaba en las cercanias, empuñando sus fusiles y guardando la actitud del cazador que espera que la caza se levante, esto es, con el fusil al brazo para estar mas prontos á apuntar y hacer fuego.

»Ademas, para prodigar los primeros cuidados á los heridos que caian en la calle de Montmartre cerca de las puertas, se veia de distancia en distancia abrirse algunas de estas, salir un brazo y retirar con precipitacion el cadáver ó el moribundo que las balas le disputaban todavía».

Otro testigo nos describe tambien la misma imágen:

«Los soldados emboscados en las esquinas de las calles esperaban al paso á los ciudadanos, como *los cazadores acechan la caza*, y á medida que les veian entrar en la calle, les tiraban *como se tira al blanco*.

Numerosos ciudadanos fueron asesinados de dicha manera en la calle del Sentier, de Rougemont y en la calle del Arrabal de la Poissonniere.

»Váyanse Vds., decian los oficiales á los indefensos ciudadanos que les pedian proteccion. A dichas palabras se alejaban presurosos y confiados; pero no eran mas que la consigna que significaba: mueran; y en efecto, apenas habian dado algunos pasos, cuando caian en redondo».

«En el momento en que el fuego empezaba en los bulevares, dice otro testigo, un librero vecino de la casa ó fábrica de alfombras, se apresuraba á cerrar la puerta, cuando algunos que huian y quisieron entrar en su casa parecieron sospechosos á la tropa ó gendarmeria móvil, (no sé cual) de haber hecho fuego contra ellas. La tropa penetra en la casa del librero. Este quiere hacer observaciones, pero lo arrastran a la calle y delante de su puerta sin que su mujer y su hija tuvieran mas tiempo que el de interponerse entre él y los soldados, cayó muerto. A la mujer le atravesó el muslo una bala, y la hija se salvó merced á la ballena de su corsé. La mujer me dijeron que se habia vuelto loca á los pocos dias de tamaña desgracia».

Otro testigo dice:

«…Los soldados penetraron en las dos librerías que hay entre la casa del *Profeta* y la del señor Sallandrouze; los asesinatos cometidos son verídicos y probados. Degollaron á los dos amos de las librerías en la acera; y los otros prisioneros fueron asesinados dentro de los almacenes».

V

Terminemos tan horrible narracion con estos tres estractos que no es posible transcribir sin estremecerse:

«En el primer cuarto de hora de tan horroroso espectáculo, dice un testigo, el fuego, en un momento que era poco nutrido, hace creer á algunos ciudadanos que solamente estaban heridos, que podrian levantarse y escapar. Entre los que estaban tendidos delante de la casa del *Profeta*, se levantaron dos. Uno tomó la fuga por la calle del Sentier de la que le separaban algunos metros, lo cual consiguió en medio de las balas que se le llevaron el sombrero. El segundo no pudo hacer mas que arrodillarse y suplicar juntando las manos á los soldados que no le mataran; pero al instante mismo cayó acribillado de balas. El dia siguiente podia notarse al lado de la gradería del *Profeta* un paraje ancho apenas de algunos piés, en el cual habia dado mas de un centenar de balas».

Otro testigo dice:

«En la entrada de la calle de Montmartre desde la esquina hasta la fuente, ó sea, en el espacio de unos sesenta pasos habia sesenta cadáveres, entre los cuales se contaban ancianos, mujeres, damas de alta clase, niños y jovencitas. Todos esos

infelices habian caido víctimas de las primeras descargas de la tropa y gendarmería situada en frente en la otra acera de los bulevares.

»Todos ellos huian a las primeras detonaciones, daban todavia algunos pasos; pero al fin caian para no levantarse más.

»Un jóven se habia refugiado en el umbral de una puerta cochera, y escondiéndose tras una jamba de la puerta, se creia al abrigo del la fusileria que venia de la parte de los bulevares; pero allí *sirvió de blanco* á los soldados. Despues de diez minutos de tiros mal apuntados, le pasó de parte á parte una bala, a pesar de todos sus esfuerzos paencogerse y achicarse, y levantándose convulsivamente cayó tambien para no volver á levantarse».

Otro dice:

»Los cristales y las ventanas de la casa del Pont de Fer fueron hechos pedazos. Un hombre que se encontraba en el patio de la casa, se habia vuelto loco á causa del terror. Los subterráneos estaban llenos de mujeres que inútilmente se habian escondido alli; pues los soldados hacian fuego a las tiendas y por los tragaluces, á los subterráneos.

»Desde Tortoni hasta el Gimnasio se verificaba la misma escena.

»Tan espantoso drama duró mas de una hora».

Limitemos aqui tales estractos. Cerremos esta lúgubre apelacion. Bastante hay para las pruebas del crímen.

CAPÍTULO V

La tropa se embriaga con la matanza, acabando por sentir un frenético deseo de matar.

I

La execracion de los hechos que hemos referido es patente. Mas de cien testimonios tenemos a la vista que repiten casi en los mismos términos los mismos hechos.

Ahora bien, es cierto, está probado y fuera de cuestion y dudas, es visible y patente como la luz del sol que el juéves 4 de Diciembre de 1851 el pueblo indefenso de París, el pueblo que no habia tomado parte en el combate, fué ametrallado sin intimacion y asesinado en gran parte por el sólo y mero fin de intimidarle; tambien es visible y patente que no puede darse otro sentido á estas palabras misteriosas del infame Bonaparte:

—Que se ejecuten mis órdenes.

Tal ejecucion duró hasta el anochecer. Por espacio de una hora larga tuvo lugar en el bulevar una especie de orgía sangrienta de mosquetería y artillería.

II

Los cañonazos y las descargas se cruzaban al azar, y en ciertos momentos los soldados se mataban unos a otros. La bateria del sexto regimiento de artilleria que formaba parte de la brigada de Canrobert, fué desmontada; y los caballos encabritándose en medio de una lluvia de balas, rompieron los avantrenes, las ruedas y las lanzas de tiro, y en menos de un minuto no quedó de toda la batería mas que una sola pieza que pudiese funcionar.

Un escuadron entero del lº de lanceros tuvo que refugiarse en un sotechado de la calle de Saint-Fiacre.

Al dia siguiente se contaron hasta setenta agujeros de bala en las banderolas de los lanceros de dicho escuadron.

Los soldados eran presa de una furia horrible. En el ángulo de la calle de Rougemont, un general agitaba en medio de la humareda los brazos como para detenerles; un cirujano mayor del regimiento 27º estuvo á pique de perecer entre los soldados que intentaba calmar. Un sargento dijo á su oficial que le detenia el brazo:

—Mi capitan, V. es un traidor.

Finalmente, los soldados no tenian conciencia de si propios y estaban como locos del crimen que se les hacia cometer.

Llega un momento en que la abominacion misma de lo que hacemos nos hace redoblar el furor ciego que se apodera de nosotros.

La sangre produce un horrible frenesí.

La matanza produce una espantosa embriaguez, un ardiente deseo de matar.

Parecia que una mano desatentada fulminaba la muerte desde el seno de una nube funesta. Los soldados no eran otra cosa que proyectiles.

III

Dos piezas de artillería habian sido asestadas en la calzada del bulevar á una sola fachada de una casa, la de Sallandrouze, y tiraban á la fachada con fiera saña, con certera puntería, á pocos pasos de distancia, á boca de jarro.

Dicha casa, antiguo palacio fabricado de sillería, y notable por su graderia casi monumental, hendida por los cañonazos como por cuñas de hierro, se abria, se agrietaba, se resquebrajaba de arriba á bajo, y sin embargo los artilleros y soldados redoblaban los disparos contra ella. A cada disparo se oia un nuevo crujido.

De repente un oficial de artilleria llega al galope gritando á los enfurecidos soldados:

—¡Deteneos, deteneos!

La casa se inclinaha hácia delante; un cañonazo mas, y el edificio se venia encima de los cañones y de los artilleros y soldados.

Unos y otros estaban tan obcecados en su sed de disparar, que no sabiendo lo que hacian, fueron en buen númaro aplastados por los cañones que retrocedian.

Las balas llovian á la vez de la puerta de S. Dionisio, del bulevar de la Poissonniere y del bulevar de Montmartre; y los artilleros que las oian silbar en todas direcciones y casi rozándoles, se escondian debajo de sus caballos; los artilleros del tren se refugiaban bajo las cajas y detrás de los furgones; varios soldados tiraban su quepis y huian despavoridos hacia la calle de Nuestra Señora del Recobro; otros soldados de á caballo estaban tan ofuscados que descargaban al aire ó al azar sus carabinas, y otros echaban pié á tierra y convertian su caballo en trinchera.

Tres ó cuatro caballos corrian desenfrenados en diferentes direcciones y en su ceguera, atropellaban á cuantos se hallaban á su paso.

IV

Horribles apuestas se cruzaban entre tanto con motivo y en medio de aquella matanza. Los tiradores de Vincennes se habian parapetado en una de las barricadas del bulevar que habian tomado á la bayoneta, y desde allí se ejercitaban en tirar al blanco, descargando sobre los que, a pesar de la mucha distancia, pasaban por delante de ella.

En las casas vecinas se oian diálogos tan repugnantes é infames como este:

—Apuesto á que tumbo á este.

—Apuesto á que no.

—Pues yo á que sí.

Y el tiro salia en direccion a la víctima, que quizás no pensaba mas que en llegar luego a su casa.

Cuando caia muerto ó herido el desgraciado objeto de la apuesta, se adivinaba por una ruidosa risotada en que prorumpian los verdugos.

Al pasar alguna mujer, gritaban con algazara los oficiales:

—Tirad á la mujer; tirad a todas las que pasen.

Esa era la principal consigna. En el bulevar de Montmartre donde se hacia mucho uso de la bayoneta, un capitan jóven, de Estado Mayor, decia con ironia y gracejo:

—¡Ea, valientes, pinchar á las mujeres!

Una pobre mujer que creyera poder atravesar la calle de Saint Fiacre llevando un pan bajo el brazo, fué tumbada por un tirador.

En la calle de Juan Jacobo Rousseau, no se empleaba tanto rigor. Una mujer dió vivas á la República, y los soldados se contentaron con aporrearla. Pero volvamos al bulevar.

V

Un transeunte que era bedel de la Universidad, recibió una bala en la frente y cayó de bruces clamando:

—¡Por piedad, favor; no me mateis por piedad!

Pero a pesar de sus desgarradoras súplicas, otras trece balas cayeron sobre él. Sin embargo, sobrevivió; por una de aquellas casualidades inauditas, ninguna de dichas heridas era mortal. La bala de la frente habia perforado y rodeado la piel del cráneo sin romperlo.

Un anciano de ochenta años, que habian encontrado acurrucado en un rincon de no se sabe donde, fué llevado ante la gradería ó escalinata del Profeta, y le fusilaron en el acto.

—*No se hará ninguna joroba en la frente*, dijo un soldado al verle caer.

El anciano habia caido sobre un monton de cadáveres.

Dos jóvenes de Issy que se habian casado hacia un mes con dos hermanas, atravesaban el bulevar saliendo del despacho de sus negocios, cuando vieron que les apuntaban varios fusiles. Se postraron de rodillas y dijeron:

—Piedad; si vamos juntos es porque nos hemos casado con dos hermanas…

No pudieron terminar, pues al momento cayeron acribillados de balas.

Un cafetero ambulante, llamado Robert, habitante en el arrabal de la Poissonniere, número 97, huia hacia la calle de Montmartre con su fuente al hombro, cuando le dispararon varios fusiles, dejándole muerto en el acto[3C].

Un niño de trece años, aprendiz de guarnicionero, pasaba por el bulevar delante del café Vachette; y de pronto vió que los soldados le apuntaban. Lanza gritos desesperados; llevaba a la mano unas riendas de caballo y las agitaba diciendo:

—Voy á un encargo de mi amo.

Pero sin demora, le atravesaron el pecho tres balas.

En toda la estension del bulevar se oian en confusion los lamentos y alaridos de los que caian muertos ó heridos y á quienes los soldados se complacian en dar bayonetazos, dejándolos entre las angustias de la muerte, pues ni siquiera pensaban en rematarlos.

VII

Algunos ladrones empleaban el tiempo y aprovechaban la ocasion robando á cuantos podian. Un cajero de una compañía, cuya residencia estaba en la calle de la Banca, salió de la oficina á las dos; fuese á la calle de la Bergere á cobrar en efectivo el importe de una letra, y volvia con el dinero, cuando lo mataron en el bulevar. En el momento de levantar su cadáver, ya no tenia encima la sortija, ni el reloj, ni la suma de dinero que llevaba á la caja.

So pretexto de que se habia disparado contra la tropa, entró esta en diez ó doce casas, y pasó á la bayoneta a todos los que en ellas hallaron.

En todas las casas del bulevar hay conductos por donde salen las aguas sucias al esterior, yendo a desembocar en el arroyo. A los soldados, sin darse cuenta de ello, les infundian desconfianza ú odio todas las casas que estaban cerradas de arriba abajo, mudas, silenciosas y que como casi todas las del bulevar, parecian inhabitadas á causa del silencio. Llamaban á la puerta, esta se abria, y entraban. Al cabo de un momento se veia saltar por la boca de los conductos de desagüe un chorro encarnado y humeante. Era sangre.

Un capitan con los ojos que le saltaban del cráneo, gritaba á los soldados:

—¡No dar cuartel á nadie!

Un comandante vociferaba a los de su batallon:

—¡Entrad en las casas, y matad á todo bicho viviente!

Por todas partes se oia gritar á los sargentos:

—*¡Cargad contra los beduinos; firme contra los beduinos!*

«En tiempo del tio, refiere un testigo, los soldados llamaban pequines á los paisanos. Actualmente somos beduinos».

Cuando los soldados mataban a los paisanos era al grito de —*¡Ánimo! ¡á los beduinos!*

VII

En el círculo de Frascati donde estaban reunidos varios que concurrian á él frecuentemente y entre los cuales se hallaba un general retirado, se escuchaba riendo el estruendo de la fusileria y cañoneo; pues ninguno podia creer, ni se le ocurrió tan solo, que se tirase con bala. Reian, decimos, y de vez en cuando repetian:

—¡Es pólvora en salva! ¡Qué comediante es ese Bonaparte!

Y se figuraban hallarse en el Circo.

De repente los soldados penetran en la estancia, furiosos y amenazando fusilar á todos los que estaban alli solazándose.

Nadie sospechaba el peligro que corria. Todos seguian riendo. Un testigo nos dice:

«Creiamos que aquel acto formaba parte de la bufonada».

Sin embargo los soldados seguian amenazando, y al fin comprendieron los pacíficos ciudadanos la verdad de su crítica situacion.

—*¡Matémoslo todo!* decian los soldados.

Un teniente que conoció a su antiguo general, les impidió pasar á vias de hecho.

—Con todo, un sargento, ávido sin duda de sangre y carnicería, dijo fuera de si:

—*¡Car…! señor teniente; deje V. que pongamos paz aquí; eso no es cuenta de V., sino nuestra.*

VIII

Sí, los soldados mataban por matar.

—Un testigo dice:

«En los patios de las casas se mataron hasta los caballos, los perros y cuanto tenia vida».

En la casa que con la de Frascati forma ángulo de la calle de Richelieu se queria ciega y bárbaramente arcabucear á varias mujeres y algunos niños. Estaban ya agrupados en frente de un peloton, cuando se presentó un coronel, y pudo evitar la matanza aquella, mandando encerrará esos pobres seres que temblaban como las

hojas de un árbol, en el pasaje de los Panoramas, cuyas rejas mandó cerrar, por parecerle el único medio de poderlos salvar.

Un escritor distinguido, M. Lireux, que habia podido escapar á los primeros disparos, fué paseado por espacio de dos horas de cuerpo de guardia en cuerpo de guardia para ser fusilado. Milagro fué que á pesar de todo saliera ileso.

El célebre artista Sax que por casualidad se encontraba en el almacen de música de Brandus, iba á ser fusilado en el sitio mismo, cuando un general le conoció.

En todas las demás partes se mataba al azar, sin distincion.

El primero que murió en aquella horrible matanza, (la historia tambien registra el nombre del primero que fue asesinado en la famosa noche de San Bartolomé en Francia) se llamaba Teodoro Debaecque, y vivia en la casa que forma ángulo en la calle del Sentier, por la cual empezó la carnicería.

CAPÍTULO VI

Destrozos causados en las personas y las propiedades.

I

Cuando terminó la matanza, esto es a la noche avanzada, (se habia empezado casi á medio dia) no se levantaron los cadáveres, los cuales eran tantos, que solamente delante de una tienda, la de Barbedienne, habia treinta y tres. Cada cuadrado de tierra abierto en el asfalto al pié de los árboles del bulevar formaba un abrevadero de sangre.

«Los muertos, dice un testigo ocular, estaban reunidos en montones, unos encima de otros, ancianos y niños, blusas y paletós, amalgamados en indescriptible confusion; cabezas, piernas, brazos, todo estaba allí entremezclado».

Otro testigo ocular describe de la manera siguiente un grupo de tres cadáveres:

«Dos de ellos estaban tendidos boca arriba, otro que habria tropezado en sus piernas cayó entre ambos».

Los cadáveres aislados eran muy raros, y se les observaba con mayor atencion que á los demás.

Un joven de buen porte estaba sentado de espaldas á una pared, con las piernas abiertas y los brazos medio cruzados, llevando un junco de Verdier en la diestra, y pareciendo que miraba distraidamente á los que pasaban; era un cadáver.

No muy léjos de allí, las balas habian tendido ante la puerta de una tienda á un muchacho vestido con pantalon de pana y llevando a la mano pruebas de imprenta. El aire agitaba aquellas hojas ensangrentadas que la mano crispada del cadáver sujetaba fuertemente.

Un pobre anciano de cabello cano habia quedado muerto en medio de la calzada, llevando el paraguas bajo el brazo, el cual habia caido á su lado mismo. Casi tocaba con el codo á un joven que llevaba un brillante calzado de charol y guantes color de paja, quien yacía con los quevedos puestos todavía.

A poca distancia se veia tendida con la cabeza en la acera y los piés en el arroyo, una mujer del pueblo que habia querido huir con su hijo que llevaba en brazos. Madre é hijo eran cadáveres; pero la madre no habia dejado al fruto de sus entrañas; lo tenia abrazado estrechamente.

II

Sin duda me direis, señor Bonaparte, que tantas desgracias las sentis mucho; pero que el mal era inevitable, necesario, preciso, en atencion a las circunstancias escepcionales; que en presencia de la sociedad era indispensable tomar una determinacion, y que habiais echado mano de esta… necesidad; que en cuanto al golpe de Estado, vos teniais deudas, vuestros ministros tenian deudas, vuestros criados tenian deudas, que vos erais responsable de todo, y que no se es principe ¡ya se ve que no! para ahorrarse de comer de vez en cuando algunos milloncejos de mas; que conviene divertirse un poco y gozar de la vida; que debe culparse á las Cortes que no supieron comprender una cosa tan fácil y os querian condenar á una cosa tan pobre y ruin como dos millones de sueldo al año, y lo que aun es mas, obligaros á dejar el poder al cabo de cuatro años, y á practicar las leyes de la Constitucion; que al fin y al cabo es cosa muy triste salir del Eliseo para entrar en Clichy; que en vano habiais recurrido á los insignificantes espedientes previstos por el artículo 403; que se acercaba el dia de los escándalos; que la prensa demagógica charlaba; que el negocio de los rieles de oro iba a ser descubierto; que debeis respeto y decoro al nombre de Napoleón que llevais, y que ¡claro está! no teniendo otro medio, antes que ser uno de los vulgares estafadores que el código castiga, preferisteis ser uno de los grandes verdugos de la humanidad, uno de los grandes asesinos de la Historia.

Por lo tanto, la sangre que se derramó en París en vuestro execrando golpe de Estado, en vez de mancharos os ha lavado… Es cierto; habeis hecho muy bien, señor Bonaparte,… ¡Cómo! ¿no os aplauden todos?

Continuemos.

III

Cuando todo quedó terminado; París fué á ver el horroroso espectáculo de Luis Bonaparte; la muchedumbre afluyó en aquellos lugares terribles, y nadie la inquieto. Ese era el objeto del dictador. Luis Bonaparte no habia hecho lo que hizo para ocultarlo.

El lado sud del bulevar estaba cubierto de papeles de los cartuchos rasgados; la acera del norte desaparecia bajo el yeso y los estucos, arrancados por las halas, de las fachadas de las casas, y toda la acera estaba blanca como si hubiera nevado.

Los charcos de sangre presentaban el aspecto de grandes manchas negruzcas en aquella nevada de destrozos.

Cuando el pié no tropezaba con algun cadáver, tropezaba con cristales, estucos ó piedras.

Algunas casas estaban tan acribilladas de metralla y balas rasas, que parecian próximas á derrumbarse; entre otras la de Sallandrouze de la cual hemos hablado, y el almacen de géneros de luto que está en el ángulo del bulevar de Montmartre.

«La casa de Villecoq, dice un testigo ocular, está hoy todavía apoyada con gruesas vigas, y la fachada tiene que reconstruirse en gran parte. La casa en la cual hay una rica tienda de tapicerías está calada en varios puntos».

Otro testigo dice:

«Todas las casas que se encuentran entre el Círculo de los Estranjeros y la calle de la Poissonniere estaban literalmente acribilladas de balas, mayormente por la parte del bulevar. Uno de los grandes espejos del almacen de la Petite Jeannette, tenia él sólo mas de doscientos balazos».

«No habia ventana que no hubiese recibido un tiro á lo menos».

«La atmósfera estaba saturada de salitre».

IV

Treinta y siete cadáveres se veian amontonados en la Cité Bergere, á los cuales podian los transuentes contar a través del enverjado.

Una mujer que se habia detenido en el ángulo de la calle de Richelieu estaba mirando, como otros curiosos, cuando de repente observa que tenia los piés mojados.

—¡Calle! dijo; habrá llovido, pues tengo los piés en el agua.

—No, señora, le dijo un transeunte, no los tiene V. en el agua.

Y en efecto, los tenia en un charco de sangre.

En la calle de la Grande Bateliere se veian en un rincon tres cadáveres completamente desnudos.

Durante la matanza, habian sido tomadas por la brigada de Bourgon las barricadas del bulevar. Los cadáveres de los defensores de las barricadas de la puerta de San Dionisio, de la cual hemos hablado al comenzar esta relacion, fueron amontonados delante de la puerta de la casa de Jouvin. «Pero, dice un testigo ocular, no era nada todo aquel monton de cadáveres en comparacion con los grupos de muertos que cubrian el bulevar».

A dos pasos de distancia del teatro de Variedades, la muchedumbre se apiñaba para mirar una gorra llena de sesos y sangre, prendida en una rama de árbol.

Un testigo ocular dice:

«Algo mas lėjos del teatro de Variedades, encontré un cadáver tendido boca abajo. Quise volverlo ayudado de otras personas; pero los soldados nos hicieron despejar.

»Un poco mas abajo habia dos muertos, un hombre y una mujer; mas allá un obrero…» (abreviamos) «De la calle de Montmartre á la calle del Sentier, *se caminaba literalmente en la sangre*, la cual cubria la acera en ciertos parajes en un grueso de algunas líneas, y sin hiperbole, sin exageracion ninguna, era menester mucha precaucion para no andar por ella. Alli conté treinta y tres cadáveres.

»Semejante espectáculo era superior á mis fuerzas, y por lo tanto rodaron por mis mejillas lágrimas amargas.

»Pedi que me dejasen atravesar la calzada para volverme á casa, y me *concedieron* lo que pedia».

Otro testigo dice:

«El aspecto del bulevar era horrible. *Propiamente hablando, andabamos por la sangre*. Contamos diez y ocho cadáveres en el espacio de veinte á veinte y cinco pasos».

Otro testigo, mercader de la calle del Sentier, dice:

«Recorrí el trayecto del bulevar del Temple hasta mi casa, y entré en ella con una pulgada de sangre en el pnntalon».

Refiere el diputado Versigny:

»Veiamos á lo léjos, hasta muy cerca de la puerta de San Dionisio, los inmensos fuegos de los vivacs de las tropas. Además de alguna que otra lamparilla, era la única luz que permitia entrever aquella horrible carnicería.

»El combate de aquel dia no era nada en comparacion de tantos muertos y de tan fúnebre silencio.

»R. y yo estábamos anonadados.

»Un caballero que acertaba á pasar, se me acercó al oir una de mis esclamaciones; me tomó la mano con emocion, y con la voz embargada me dijo:

—Usted es republicano; yo era lo que se llamaba un amigo y partidario del órden, un reaccionario; pero seria preciso haber sido dejado de la mano de Dios para no execrar esta horrorosa orgia. ¡La Francia entera se ha deshonrado!

»Y se alejó sollozando».

Otro testigo que nos dá permiso de indicarlo por su nombre, un legitimista, el respetable señor de Cherville, declara:

«…Por la noche quise empezar de nuevo esas tristes investigaciones. Encontré en la calle de Lepelletier á los señores Bouillon y Gervais (de Caen); dimos algunos pasos reunidos, y de pronto resbalé corriendo riesgo de caerme, pero me retuve asiéndome del señor Bouillon. Miré á mis piés por ver en lo que habia resbalado, y observé que habia andado por un estenso charco de sangre.

»Entonces el señor Bouillon me refirió que por la mañana mientras estaba asomado a la ventana habia visto al farmacéutico, cuya tienda me señalaba con la mano, ocupado en cerrar la puerta, al tiempo que una mujer cayó cerca de su casa. El farmacéutico se apresuró á levantarla y llevarla á su tienda; pero al instante un soldado le apuntó el fusil á diez pasos de distancia, y le dejó cadáver la bala que le dió en la cabeza. Visto lo cual por el señor Bouillon, lleno de indignación y olvidándose de su propio peligro, dijo en un arranque del alma á los transeuntes que habia por alli:

—Todos vosotros testificareis lo que acaba de pasar».

V

Allá á las once de la noche, cuando todos los vivacs estuvieron alumbrados por todas partes, el señor Bonaparte permitió que París se divertiese, que asistiese al espectáculo que habia preparado.

Y hubo en el bulevar como una especie de fiesta nocturna.

Los soldados reian y cantaban echando al fuego los restos de las barricadas.

Luego tuvieron lugar, lo mismo que en Estrasburgo y Boloña, las distribuciones de dinero.

Oigamos lo que refiere un testigo ocular.

«Vi, dice, en la puerta de San Dionisio á un oficial de Estado mayor entregar doscientos francos al jefe de un destacamento de veinte hombres, diciéndole:

—El principe me ha encargado entregarle á V. este dinero, para que lo distribuya entre los bravos soldados que V. manda. Y no limitará ahí las muestras de su satisfaccion».

Cada soldado recibió diez francos.

En la noche de Austerlitz, decia el emperador:

—Soldados, estoy contento de vosotros.

Otro testigo añade:

«Los soldados, con el cigarro en la boca, se reian y burlaban de los transeuntes y hacian sonar el dinero que llevaban en el bolsillo».

Otro dice:

«Los oficiales rompian los rollos de monedas de oro *como quien rompe barras de chocolate*».

Los centinelas solo permitian pasar á las mujeres, y si un hombre se presentaba le gritaban:

—¡Largo de ahí!

En los vivacs habia infinidad de mesas a las cuales estaban sentados soldados y oficiales, bebiendo y moviendo algazara. La llama de los braseros se reflejaba en todos aquellos rostros gozosos. Los tapones y las cápsulas metálicas de las botellas de champañe nadaban en charcos rojos de sangre.

De uno a otro vivac se llamaban á grandes voces y con frases obscenas, y los instrumentos de aquella horrible matanza se saludaban unos a otros diciendo:

—¡Vivan los gendarmes!

—¡Vivan los lanceros!

Y todos añadian como por estribillo:

—¡Viva Luis Napoleón!

Se oia el choque de los vasos y el ruido de las botellas que se rompian.

Entre tanto recorrian acá y acullá varias mujeres, en medio de los cadáveres y mirando una tras otra todas aquellas caras pálidas y ensangrentadas, buscando una á su hijo, la otra á su padre, la otra á su marido ó a su hermano…

CAPÍTULO VII

Los cementerios se llenan de cadáveres, y con tan poco respeto se les trala, que no se evita el que los curiosos tengan que hollarlos.

I

Salgamos pronto de tan horrorosos pormenores.

Al dia siguiente, 5 de diciembre, se vió en el cementerio de Montmartre una cosa espantosa.

Un vasto espacio vacante hasta entonces, fué «utilizado» para la inhumacion provisional de algunos muertos en dicha catástrofe.

Estaban enterrados de manera que solo tenian la cabeza fuera de la tierra para que se les pudiera reconocer.

La mayor parte tenian fuera los pies y la cabeza, y solamente les cubria la tierra á unos el tronco, y á otros, únicamente el pecho.

La muchedumbre impelida por la curiosidad ó por el afan de encontrar á una infeliz persona de la familia o participe de los afectos de los curiosos, recorria el cementerio apiñada, empujándoos y haciéndoos divagar por entre los sepulcros. De vez en cuando se sentia hundirse la tierra bajo los piés de algun curioso: era que pasaba por encima de un cadáver. Volvíase entonces y veia por una parte salir de tierra botas, zapatos, ó botitos de mujer; y por la otra veia salir la cabeza que con su presion al muerto, la hacia remover y levantar un poco.

Un testigo ilustre, el famoso estatuario David, proscrito hoy y errante fuera de su patria querida, la Francia, dice:

«Vi en el cementerio de Montmartre unos cuarenta cadáveres vestidos aun con sus propios vestidos, que los habian colocado uno al lado de otro; algunas paladas de tierra les cubrian hasta el cuello, habiéndoles dejado descubierta la cabeza para que los deudos ó amigos pudiesen reconocerlos.

»La tierra que les cubria era tan escasa que á muchos se les veian los piés descubiertos todavía, y el público pasaba por encima de los muertos, lo cual era á mi paracer horrible espectáculo.

»En medio de aquellas víctimas aun despues de la muerte, se veian nobles cabezas de jóvenes que llevaban el sello del valor y la dignidad.

»Veiase tambien la criada de un panadero, á la cual habian muerto yendo á llevar pan á los parroquianos de su amo, y á su lado una hermosa jóven florista del bulevar.

»Los que buscaban alguna persona desaparecida de la familia en aquel sangriento dia de confusion, se veian obligados á pasar por encima, á pisar á los cadáveres, para poder mirar de cerca sus caras.

»Oi decir á un hombre del pueblo en un arranque de horror é indignacion:

—»Se pasa por encima de los muertos como por encima de un trampolin».

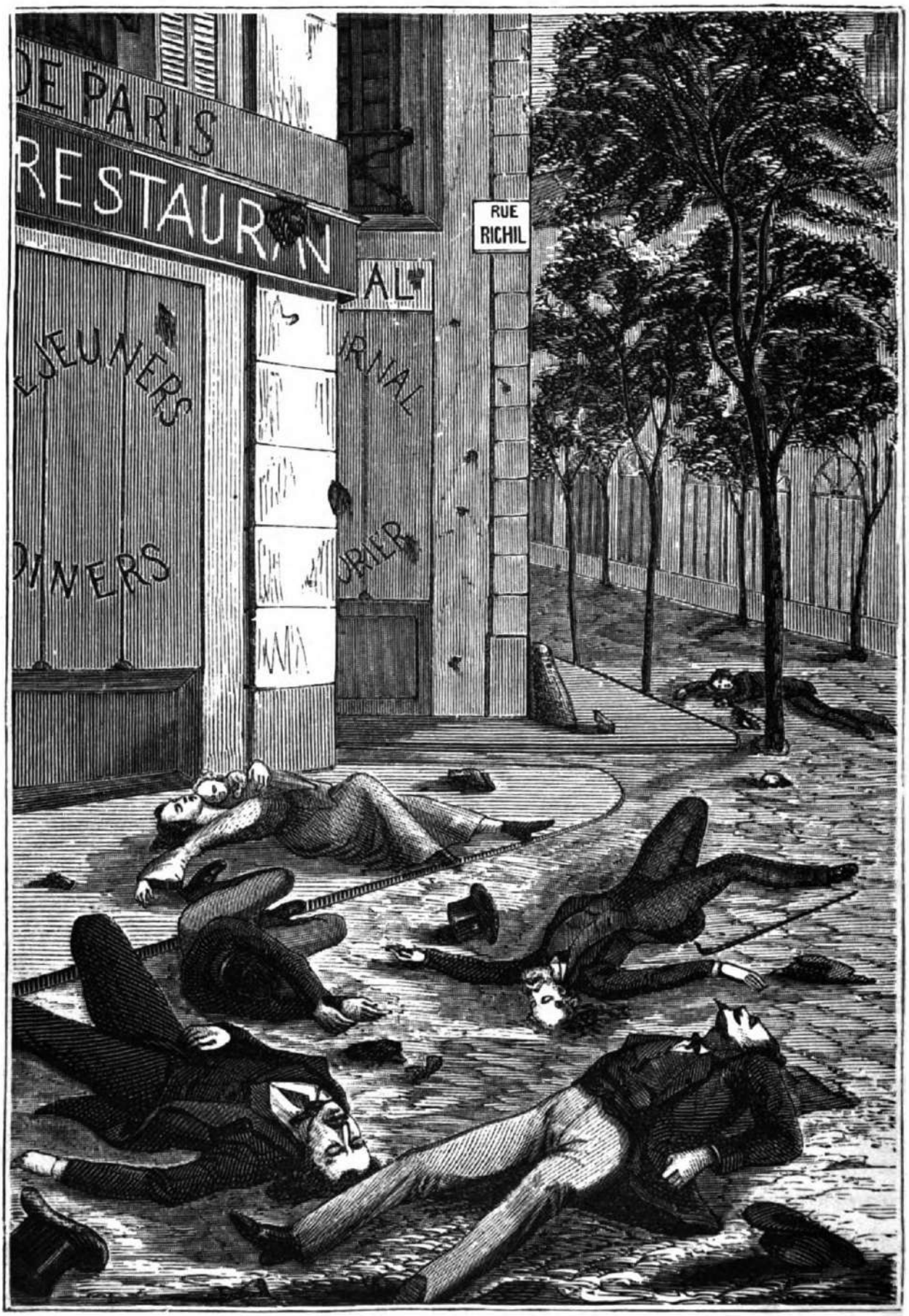
II

La muchedumbre fué recorriendo los diversos puntos donde se habian depositado cadáveres, y mayormente la Cité Bergere. Mas como quiera que en el mismo dia 5, la gente cruzase importunando a los actores del 2 de diciembre, y que fuese necesario alejar á los curiosos de los puntos en que habia muertos, se leian en un cartelon grande clavado a la entrada de la Cité Bergere, y en gruesos caractéres de mayúscula las siguientes palabras:

¡AQUI NO HAY CADÁVERES!

Los tres cadáveres que se veian desnudos en un ángulo de la calle de Grange Bateliere no fueron retirados hasta el dia 5 por la noche.

Como se ve, insistimos en ello, en el primer momento y para el provecho que de él queria sacar, Luis Bonaparte con su golpe de Estado no pretendió en modo alguno ocultar su crímen; el rubor vinole mas tarde. El primer dia hizo muy al contrario ostentacion espléndida de él. La atrocidad no bastaba; menester era el cinismo. Matar y mutilar no era mas que el medio; aterrorizar era el fin que se propuso.



Aspecto de Paris el 5 de Diciembre de 1851.

III

Ahora bien, ¿consiguió dicho fin?

Si.

Inmediatamente, desde la tarde del 4 de diciembre, el fervor público decayó; el estupor heló á los parisienses todos. La indignacion que alzaba la voz ante el golpe de Estado, calló súbitamente ante la matanza.

Todo lo ocurrido aquella tarde no se parecia á nada de la historia. Presintióse que teníamos que habérnoslas con un algo desconocido.

Craso mató a los gladiadores; Herodes degolló á los niños; Cárlos IX de Francia esterminó á los hugonotes; Pedro de Rusia, á los strelitz; Mehemet-Ali, á los mamelucos; Mahmoud, á los genízaros…

Luis Bonaparte acababa de inventar otra clase de matanza, la matanza de los transeuntes.

Y dicha matanza terminó la lucha.

Hay ocasiones en que lo que debiera exasperar á los pueblos los consterna.

El pueblo de París comprendió que tenia la rodilla de un bandido en el pecho. No luchó mas, no pugnó por derribarlo.

IV

Aquella misma noche Mathieu (de la Drome) entró en la sala donde estaba reunido el comité de resistencia, y nos dijo:

—Ya no estamos en París; ya no estamos bajo el gobierno de la República; estamos en Nápoles bajo el dominio del rey Bomba.

Desde aquel momento, y á pesar de los esfuerzos del comité, de los diputados y de los valerosos ausiliares, ya no hubo mas que en algunos puntos solamente, como por ejemplo en la barricada del Petit Carreau, donde cayera tan heróicamente Dionisio Dussoubs, hermano del diputado; ya no hubo, decimos, mas que una débil resistencia que mas que combate parecia las últimas convulsiones de la desesperacion.

Todo habia terminado despues de la matanza, todo.

Al dia siguiente las tropas *victoriosas* hicieron pomposo alarde en los bulevares; y viose á un general mostrando al pueblo el sable desenvainado diciendo:

—*¡Esta, esta es la República buena!*

V

La *medida* del 2 de diciembre contenia como necesidad suprema una degollacion infame, el asesinato de los transeuntes. Para ponerla por obra se necesitaba ser traidor; para hacerla salir en bien se necesitaba ser asesino.

Por medio de dicho procedimiento el golpe de Estado conquistó la Francia y venció á París. Sí, á París. Es preciso repetirselo uno á si propio para creerlo. En París tuvo lugar lo que acabamos de referir.

¡Eterno Dios! los basquiros entraron en París lanza en ristre y cantando su himno salvaje, Moscou habia sido abrasado; los prusianos entraron en París, se habia tomado á Berlin; los austríacos entraron en París, se habia bombardeado á Viena; los ingleses entraron en París, el campamento de Boloña habia amenazado á Londres. A nuestras barreras llegaron todos esos hombres de varias naciones á tambor batiente, al toque de los clarines, á banderas desplegadas, con los sables desenvainados, arrastrando los cañones, con las mechas encendidas, ávidos de venganza, enemigos, vencedores, rencorosos, invocando con furor en presencia de las cúpulas de París los nombres de sus capitales Londres, Berlin, Viena, Moscou.

Pues bien; apenas pusieron el pié en el umbral de esta ciudad, apenas la herradura de sus caballos resonó en los empedrados de nuestras calles, cuando austríacos, ingleses, prusianos y rusos, todos al penetrar en París, vislumbracon en sus muros, en sus paredes, en sus edificios, en este pueblo, un algo de predestinacion, un algo de augusto y venerable; todos sintieron el santo horror de la ciudad sagrada; todos comprendieron que tenian ante si no la ciudad de un pueblo, sino la ciudad del género humano; todos bajaron la espada levantada.

Si, asesinar á los parisienses indefensos; tratar á París como ciudad tomada por asalto; llevar á saco un barrio de París; violar la segunda ciudad eterna; asesinar la civilizacion en su santuario; ametrallar á los ancianos, niños y mujeres en este vasto recinto, foco del mundo; lo que Wellington habia impedido á sus montañeses medio desnudos; lo que Schwartzenberg habia prohibido á sus croacios; lo que Blucher no habia permitido á su Landwehr; lo que Platow no habia osado mandar hacer á sus cosacos, tú, miserable Bonaparte, lo mandaste hacer á los soldados franceses. ¡Vergüenza y oprobio para ti, no para el pueblo francés que protesta contra tu crímen execrando!

LIBRO CUARTO

LOS DEMÁS CRÍMENES

CAPÍTULO PRIMERO

Preguntas siniestras.

I

¿Cuál es el total de muertos?

Sintiendo venir la historia y figurándose que los Cárlos IX pueden atenuar las matanzas de San Bartolomé, Luis Bonaparte publicó como documento *justificativo* un estado, llamado *oficial*, de las *personas muertas* en el 2 de diciembre[4A].

En dicho *catálogo alfabético* se hacen las menciones siguientes:

Adde, librero, que vivia en el bulevar de la Poissonniere, n.º 17; muerto en su casa.

Boursier, niño de siete años y medio; muerto en la calle de la Tiquetonne.

Belval; ebanista, habitante de la calle de la Luna, número 10; muerto en su casa.

Coquard, propietario de Vire (Calvados); muerto en el bulevar de Montmartre.

Debaque, negociante, domiciliado en la calle del Sentier, número 45; muerto en su casa.

De Convercelle, florista, domiciliado en la calle de San Dionisio, número 257; muerto en su casa.

Labilte, joyero, residente en el bulevar de San Martin, número 63; muerto en su casa.

Monpelas, perfumista, habitante en la calle de San Martin; n.º 181; muerto en su casa.

Señorita Grellier, ama de gobierno, domiciliada en el arrabal de San Martin, n.º 209; muerta en el bulevar de Montmartre.

Señora Guillard, empleada en vender en una tienda de géneros, domiciliada en el arrabal de San Dionisio, número 77; muerta en el bulevar de San Dionisio.

Señora Garnier, ama de llaves, domiciliada en el bulevar de la Bonne Nouvelle, número 6; muerta en el bulevar de San Dionisio.

Señora Ledaust, camarista, domiciliada en el pasaje del Cairo, número 76, muerta en la Morga[42].

Francisca Noel, chalequera, habitante en la calle de Fossés-Montmartre, número 20; muerta en la Caridad.

El conde de Poninski, propietario, residente en la calle de la Paz, número 32; muerto en el bulevar de Montmartre.

Señora Radoisson, modista costurera; muerta en la Casa Nacional de la Salud.

Señora Vidal, domiciliada en la calle del Temple, número 97; muerta en el Hotel-Dieu.

Señora Seguin, bordadora, habitante en la calle de San Martin, número 240; muerta en el hospicio de Beaujon.

Señorita Seniac, empleada en una tienda, domiciliada en la calle del Temple, número 196; muerta en el hospicio de Beaujon.

Thirion de Montauban, propietario, habitante en la calle de Lancry; muerto á la puerta de su casa. Etc. etc.

Abreviemos. Luis Bonaparte confiesa en dicho documento NOVENTA Y UN asesinatos.

Considerado tal documento en lo que vale, ¿qué total debe inferirse que resultó del golpe de Estado? ¿Cuál es la cifra real de las víctimas? ¿De cuántos cadáveres está ensangrentado el golpe de Estado del 2 de diciembre?

¿Quién puede decirlo? ¿quién lo sabe? ¿quién lo podrá saber algun dia?

Como antes hemos visto, un testigo asegura:

«Alli conté treinta y tres cadáveres».

Otro hablando de otro punto del bulevar dice:

«Contamos diez y ocho cadáveres en un espacio de veinte á veinte y cinco pasos».

Otro situado en otra parte, refiere:

«Alli habia en el espacio de unos sesenta pasos sesenta cadáveres».

El escritor de quien hemos hablado, amenazado de muerte por espacio de tantas horas nos dijo á nosotros en una entrevista que tuvimos:

«Vi con mis propios ojos mas de ochocientos muertos en solo la estension del bulevar…».

Pero investigad, calculad los cráneos destrozados, y los pechos atravesados por la metralla que se necesitan para cubrir de sangre (entendiéndose al pié de la letra) medio cuarto de legua de los bulevares.

Haced como las madres, las esposas, las hermanas, y las hijas; tomad una antorcha, é id examinando el suelo, la acera, el arroyo, las paredes; reunid los cadáveres, interrogad á los espectros y contad si podeis.

¡El número de las víctimas! ¡quién lo sabe! todo se reduce á conjeturas.

Pero esa cuestion queda reservada para la historia; y nosotros tomamos el solemne compromiso de examinarla á fondo cuando nos lo permita el ánimo. Y esa cuestion creemos que quedará resuelta.

II

El primer dia Luis Bonaparte hizo ostentacion de su matanza. Ya hemos indicado el porqué; porque le era de mucha utilidad. Mas despues de haber sacado todo el partido posible de su hazaña, es decir, todo el partido que se propusiera, quiso ocultar el crimen.

Dióse la orden de callar á las gacetas del Elíseo; la de omitir á Magnan, y la de ignorar á los historiógrafos.

Los muertos fueron enterrados despues de media noche, sin luces, sin cortejo fúnebre, sin cantos, sin sacerdotes, furtivamente, y mas aun, con prohibicion a las familias desgraciadas de llorar muy alto.

Y no solamente hubo la matanza del bulevar; hubo otras además; hubo fusilamientos sumarios; hubo ejecuciones de muerte inéditas.

Uno de los testigos á quien hemos interrogado varias veces, preguntó á un comandante de un batallon de la gendarmeria móvil, la cual se distinguió en sus asesinatos:

—Vamos á ver; con franqueza, ¿á qué cifra ascienden los muertos? ¿á cuatrocientos? la verdad.

El comandante se encogió de hombros y sonrió como si dijera *no adivinas ni con* mucho.

El otro le dijo comprendiendo el ademan:

—¿A seiscientos?

El comandante movió la cabeza en el mismo sentido.

—¿A ochocientos? dijo el otro, viendo que aun debia aumentar el número que habia dado últimamente.

—Ponga V. mil doscientos, dijo el comandante; y aun se quedará V. corto.

III

Hasta la actualidad nadie sabe exactamente lo que fué el 2 de diciembre, lo que hizo, á lo que se atrevió, lo que mató, sepultó y enterró.

Desde la mañana misma del crímen fueron selladas las imprentas, suprimida la palabra por órden de Luis Bonaparte, el hombre del silencio y de la noche.

Los dias 2, 3, 4, 5 y los siguientes hasta hoy, la verdad ha sido cogida por el cuello y estrangulada en el momento de querer hablar. Ni siquiera ha podido lanzar un grito.

Luis Bonaparte ha condensado la obscuridad sobre su infame asechanza, y en parte ha conseguido su intento.

Sean cuales fueren los esfuerzos de la historia, el 2 de diciembre estará quizás mucho tiempo sumergido en una especie de siniestro crepúsculo.

Dicho crimen se compuso de sombra y audacia; por una parte se ostenta cínicamente á la luz del sol, y por otra se oculta en los replieyues de una densa nube. Desvergüenza insolente y repugnante es la que oculta no se sabe cuantas monstruosidades bajo una capa siniestra y horrible.

Pero no basta lo que entrevemos. En cierto modo el 2 de diciembre no es otra cosa que tinieblas; pero en medio de esas tinieblas se vislumbran sepulcros y espectros.

Bajo el grande atentado se distingue confusamente una infinidad de atentados mas o menos espantosos. Así lo quiere la Providencia: á las traiciones les subsiguen necesidades inevitables.

¡Oh Luis Bonaparte, te haces perjuro, violas tu juramento, infringes el derecho y la justicia, y crees detenerte ahí! ¡imbécil! ¡cuánto te engañas!… ya puedes procurarte una cuerda, porque te verás obligado á ahorcar; toma un puñal, porque tendrás que dar de puñaladas; toma la clava porque tendrás necesidad de derribar y asesinar; rodéate de noche y de sombras, porque tendrás que estar oculto para perpetrar otros crímenes.

La pendiente de los crímenes es resbaladiza; el uno llama al otro. El horror tiene su lógica. No es fácil detenerse en medio de ella, ni menos zanjarla ó cortarla.

Se da el primer paso; cuesta mas o menos; pero despues de él debe darse otro, y luego otro y enseguida otro y otros sin parar. La ley es como el velo del templo; cuando se rasga, es de arriba á bajo.

Repitámoslo, en lo que se llama «el acto del 2 de diciembre» se encuentra el crimen en todos los puntos de profundidad. El perjurio en la superficie, el asesinato en el fondo. Asesinatos parciales, matanzas en masa, metrallazos en pleno dia, fusilamientos nocturnos; por todos los poros del golpe de Estado se exhala un vapor de sangre.

IV

Buscad en la fosa comun de los cementerios, buscad bajo el pavimento de las calles, bajo las escarpas del Campo de Marte, bajo los árboles de los jardines públicos; buscad en el lecho del Sena.

Pocas revelaciones. Es muy sencillo: Bonaparte tuvo el arte monstruoso de adherirse una infinidad de miserables en la nacion oficial por medio de una espantosa complicidad universal cuyo sentido é importancia ignoro. Los papeles timbrados de los magistrados, los escritorios de los notarios, las cartucheras de los soldados y las preces de los sacerdotes, son sus cómplices.

Echó en torno suyo las redes de su crimen, y en ellas prendió á los gobernadores, alcaldes, jueces, oficiales y soldados.

La complicidad desciende del general al cabo segundo, y del cabo segundo sube hasta el presidente.

El polizonte inspector de una villa se encuentra comprometido de la misma manera que el ministro.

El gendarme cuya pistola ha sido disparada á la oreja de algun infeliz y cuyo uniforme se ha salpicado de los sesos de la víctima, se considera tan culpable como el coronel.

De arriba dieron hombres atroces órdenes que ejecutaron los hombres feroces de abajo.

La ferocidad guarda el secreto de la atrocidad. De ahí ese horroroso silencio.

Entre dicha ferocidad y atrocidad hubo emulacion y empeño; lo que escapaba á la una era tomado por la otra.

El porvenir no querrá creer en tales prodigios de encarnizamiento.

V

Pasaba un obrero por el Pont du Change, y algunos gendarmes de la fuerza móvil lo detienen; le huelen las manos, y dice uno de ellos:

—Sus manos huelen á pólvora.

Y fusilaron al obrero; cuatro balas le pasaron de parte á parte.

—Echadlo al agua, grita un sargento.

Los gendarmes lo toman unos por los piés y otros por la cabeza y lo arrojan al rio desde lo alto del puente.

El infeliz fusilado y echado al agua se va rio abajo á flor de agua.

Sin embargo, no habia muerto; el frio glacial del rio le reanima; hallábase fuera de estado de hacer movimiento alguno, pues la sangre le brotaba por cuatro agujeros; pero su blusa le retuvo dejándole enganchado bajo el arco de un puente.

Alli le encontraron varios empleados ó faquines del puerto, lo sacaron del agua, y lo llevaron al hospital, donde al fin curó. Una vez curado sale del hospital.

Pero al dia despues de dicha salida lo prenden y lo llevan ante un consejo de guerra.

La muerte lo habia rehusado, pero las garras de Luis Bonaparte lo asieron. Aquel hombre está hoy encerrado en Lambesa.

VI

La historia no puede relatar todavia lo que el Campo de Marte particularmente viera, las espantosas escenas nocturnas que lo han horrorizado y deshonrado.

Merced á Luis Bonaparte, ese augusto campo de la federacion podrá llamarse en adelante Haceldama.

Uno de los infelices soldados que el motor del 2 de diciembre ha convertido en verdugo, refiere con horror y á la sordina que en una sola noche el número de fusilados no bajó de ochocientos.

Luis Bonaparte cavó apresuradamente una fosa y en ella pretendió sepultar su crimen.

Algunas paladas de tierra, y otros tantos hisopazos de un cura, y pare V. de contar… ¿Qué importa que ahora baile y salte por encima el carnaval del imperio?

¿Pero es eso todo? ¿acaso ha terminado todo ahí? ¿acaso permite ó acepta Dios tales enterramientos? No lo creais.

Algun dia se abrirá bruscamente, bajo los piés de Bonaparte entre el piso de mármol del Elíseo ó de las Tullerías, aquella fosa de la cual se verá salir unos en pos de otros una infinidad de cadáveres ostentando cada uno su herida; el joven que tiene atravesado el corazon, el anciano moviendo temblorosamente su cabeza partida por una bala, la madre sajada á sablazos con su hijo asesinado por los verdugos en su propio seno; todos se alzarán lívidos, terribles, fijando implacablemente los ojos sangrientos en su asesino.

Mientras llega ese dia, y desde ahora, la historia empieza tu proceso, Luis Bonaparte. La historia rechaza tu catálogo oficial de muertos, lo mismo que tus otros «documentos *justificativos*». La historia dice que mienten y que mientes tú tambien.

Has puesto á los ojos de Francia una venda y una mordaza á su boca. ¿Por qué?

¿Hicistelo acaso para llevar a cabo acciones leales? No, para perpetrar crimenes. Quien huye de la luz quiere cometer maldades.

De noche fusilaste en el Campo de Marte, en la Inspeccion de policia, en el Palacio de Justicia, en las plazas, en las calles, en los malecones, en todas partes.

Tú dices que no.

Yo digo que sí.

En ti puede caber el derecho de las suposiciones, el derecho de sospechar, el derecho de acusar.

Y cuando niegas, se tiene el derecho de creer; tu negacion está sujeta á la afirmacion.

Tu 2 de diciembre está señalado como con el dedo por la conciencia pública. Nadie piensa en dicho dia sin estremecerse intimamente. ¿Qué has hecho envuelto en las sombras?

Tus dias son horrorosos, tus noches sospechosas.

¡Ah, eres el hombre de las sombras mas siniestras!

Volvamos a la matanza del bulevar, volvamos á tus palabras de:

—¡Que se ejecuten mis órdenes!

Volvamos al memorable dia 4 de diciembre de 1851.

CAPÍTULO II

Mas crímenes

I

Luis Bonaparte debió compararse la tarde de dicho dia con Cárlos X que no habia querido incendiar á París, y con Luis Felipe que no quiso verter la sangre del pueblo, y al mismo tiempo debió hacerse la justicia de considerarse como un gran político.

Algunos dias despues, el general Th., adicto en épocas anteriores á uno de los hijos de Luis Felipe, entró en el Elíseo. Apenas Luis Bonaparte le viera venir á lo léjos, cuando haciendo en su mente la comparacion que acabamos de indicar, dijo reciamente y con voz de triunfo al general Th.:

—¿Qué tal?

Mientras hacia esa pregunta vagaba por sus labios la mas infame sonrisa.

El señor Luis Bonaparte es verdaderamente el hombre capaz de decir á un ministro suyo de época anterior, y de quien lo hemos copiado:

—*Si yo hubiese sido Cárlos X, y en las jornadas de julio hubiese cogido á Laffite, Benjamin Constant y Lafayette, les hubiera mandado fusilar como perros.*

II

El dia 4 de diciembre Luis Bonaparte habria sido arrancado del Elíseo aquella misma tarde, y habria triunfado la ley, si él hubiera sido un hombre de los que vacilan ante una matanza.

Pero felizmente para él no le inquietaban tales delicadezas y escrúpulos.

¿Qué significaba para él algunos cadáveres mas o menos? La cuestion era impresionar de una manera terrible, matar á quienquier que fuera; no vacilo en decir á sus paniaguados:

—Ea, corred, matad al azar, dad sablazos, fusilad, ametrallad, herid, romped, aterrorizadme esa odiosa ciudad de París.

El golpe de Estado vacilaba, la terrible matanza lo reanimó.

Luis Bonaparte estuvo á pique de perderse con su felonía, y se salvó con su ferocidad.

Si no hubiese sido mas que un Faliero, no habria habido remedio para él; pero por fortuna suya era un César Borgia.

Arrojóse á nadar con su crímen en un piélago de sangre. Otro menos culpable se habria ahogado inevitablemente; él atravesó incólume el piélago. Esto es lo que se llama éxito feliz.

Hoy se encuentra ya en la opuesta orilla, procurando secarse y enjugarse, chorreando sangre que se le figura ser la púrpura, por lo cual reclama el imperio creyéndose merecedor de tanto esplendor y gloria.

III

Mirad, mirad al malhechor, si no os repugna fijar en él la vista.

¿Y habrá quien no te aplauda, santa verdad, cuando a los ojos de toda Europa, á los ojos del mundo, en presencia del pueblo, á la faz de Dios, invocando el honor, el juramento, la fé, la religion, la santidad de la vida humana, el derecho, la generosidad de todas las almas, á las mujeres, las hermanas, las madres, la civilizacion, la libertad, la república, la Francia; ante sus servidores, su Senado y su consejo de Estado, sus generales, sus sacerdotes y agentes de policia; tú que representas el pueblo, porque el pueblo es la realidad; tú que representas la inteligencia, porque la inteligencia es la luz; tú que representas la humanidad, porque la humanidad es la razon; en nombre del pueblo encadenado, en nombre de la inteligencia proscrita, en nombre de la humanidad violada, ante esa multitud de esclavos que no pueden ó no osan decir una palabra, abofeteas á ese bandido del órden?…

¡Ah! busque quien quiera palabras mas moderadas. Yo soy duro y recio, es verdad; no tengo piedad para con ese despiadado, y me glorio de ello.

Prosigamos.

IV

Añadid á lo que acabamos de narrar los demás crímenes sobre los cuales tendremos varias ocasiones de hablar, y cuyos detalles, si Dios nos da vida, historiaremos minuciosamente algun dia.

Añadid, pues, á las prisiones en masa con feroces circunstancias, las cárceles henchidas[4B], la secuestracion de bienes[4C] de los proscritos en diez departamentos y mayormente en la Nievre, en el Allier y en los Bajos Alpes; añadid la confiscacion de los bienes de Orleans con el trozo dado al clero: Schinderhannes hacia siempre la parte del cura.

Añadid las comisiones mistas y la comision llamada de clemencia[4D]; los consejos de guerra confabulados con los jueces de instruccion y multiplicando las abominaciones, los destierros á granel (permitase la frase), la espulsion de una parte

de Francia fuera de Francia: solamente en un solo departamento, el Herault, hubo tres mil doscientos desterrados ó deportados.

Si, añadid á los crímenes que hemos indicado, la espantosa proscricion que ordenó Luis Bonaparte y que no puede compararse con las más trágicas desolaciones de la historia. Si, Luis Bonaparte prende, encierra, proscribe al que por conciencia, opinion ú honrada desidencia contra el gobierno, dice una sola palabra ó no la dice, aun antes del 2 de diciembre; y asi arranca al labrador de su campo, al obrero de su taller, al propietario de su casa, al médico de sus enfermos, al notario de sus estudios, al consejero general de sus administrados, al juez de su tribunal, al marido de su mujer, al hermano de su hermano, al padre de sus hijos, al hijo de sus padres; y mancha con una cruz siniestra todas las cabezas desde la mas elevada á la mas humilde. Nadie se le escapa.

V

Cierta mañana entró en mi cuarto en Bruselas un hombre cubierto de andrajos con la barba crecida, descuidada.

—Acabo de llegar ahora, me dijo; he andado todo el camino á pié, y hace dos dias que no he comido nada.

Diéronle de comer, y comió como hambriento que estaba.

—¿De dónde bueno, compatriota? le pregunté.

—De Limoges.

—¿Por qué habeis venido á Bruselas?

—No lo sé; me han arrojado de mi patria.

—¿Pues quién sois para que os destierren?

—¡Yo, señor!… soy un zapatero… es decir, almadreñero; respondió aquel hombre no comprendiendo en su inocencia mi pregunta.

Añadid ahora el Africa; añadid la Guyana; añadid las atrocidades de Bertrand, las atrocidades de Canrobert, las atrocidades de Espinasse, las atrocidades de Martinprey; los cargamentos de mujeres espedidos por el general Guyon; al diputado Miot llevado de casamata en casamata; las cavernas en que se hallan amontonados ciento cincuenta seres humanos en cada una, bajo el sol de los tropicos, con la confusion, la suciedad, la infectante miseria, y en donde todos aquellos inocentes, todos aquellos patriotas, todas aquellas honradas personas mueren lentamente, lejos de su patria, en medio de la calentura, de la miseria y del horror, retorciéndose las manos con amargura y desesperacion.

Añadid todos aquellos desgraciados espuestos a la voluntad de los gendarmes, atados dos á dos, almacenados en los pontones ó en el fondo de las bodegas del

Maguellan, del *Canadá* ó del *Duguesclin*, arrojados á Lambesa ó á Cayena con los penados, sin saber lo que se quiere de ellos, sin poder adivinar lo que habrán hecho.

El uno llamado Alfonso Lambert de l'Indre, arrancado de su lecho moribundo; el otro Patureau Francæur, viñador, deportado porque en su aldea le habian querido nombrar «presidente de la República»; el otro Valette, carpintero de Chateauroux, deportado por haberse negado seis meses antes del 2 de diciembre á levantar la guillotona el dia de una ejecucion capital.

Añadid la caza hecha á los hombres en las aldeas; la batida de Viroy en las montañas del Sure; la batida de Pellion en los bosques de Clamecy con mil quinientos hombres; el «orden» restablecido en Crest; dos mil insurrectos, trescientos muertos; las columnas móviles por todas partes; cualquiera que se levante en defensa de la ley, fusilado ó muerto á sablazos.

Un hombre, Carlos Sauvan, grita en Marsella:

—¡Viva la República!

Y un granadero del regimiento 54 le hace fuego, la bala le entra por los riñones y le sale por el vientre.

Otro, llamado Vicente, natural de Bourges, es concejal del ayuntamiento de su poblacion, y como magistrado protesta contra el golpe de Estado; se le persigue en su pueblo; se escapa, van á su alcance; un soldado de á caballo le corta dos dedos de la mano de un sablazo; otro le parte la cabeza, cae; lo trasportan á Ivry antes de curarle las heridas… Es un anciano de setenta y seis años.

VI

Añadid á todo lo dicho un hecho como el siguiente:

En el Cher prenden al diputado Vignier. ¿Por qué le prenden? Porque es diputado, porque es inviolable, porque el sufragio del pueblo lo ha hecho sagrado.

Y Vignier se vé encerrado en una cárcel.

Cierto dia le permiten salir *una hora* para arreglar ciertos asuntos que imperiosamente reclaman su presencia.

Antes de salir se apoderan de Vignier dos individuos de la gendarmeria, llamado el uno Pedro Gueret, y el otro Dubernelle, cabo 2º. Este le junta ambas manos de manera que las palmas se toquen, y le ata fuertemente los puños con una cadena. Colgaba el estremo de esta cadena y el cabo Dubernelle hace pasar a la fuerza y á todo trance el estremo de la cadena por entre las manos de Vignier á riesgo de romperle con la presion las muñecas. Las manos del preso se hinchan y amoratan.

—Me estás dando el tormento, le dice tranquilamente Vignier.

—Ocultad las manos, le contesta el gendarme recalcando las palabras; porque tal vez os daria eso mucha vergüenza.

—¡Miserable! replica inmediatamente Vignier; el que de nosotros dos se infama porque yo lleve esta cadena, eres tú.

Vignier atraviesa de aquel modo las calles de Bourges cuyo pueblo habita hace mas de treinta años, en medio de los dos gendarmes, levantando las manos, enseñando las cadenas.

El diputado Vignier tenia entonces setenta años.

VII

Añadid sobre todo los fusilamientos sumarios ejecutados en veinte departamentos.

«Todo lo que resiste, escribe el señor Saint Arnaud, ministro de la guerra, debe ser fusilado en nombre de la sociedad en legitima defensa[4E]».

«Seis dias me han bastado para sofocar la insurreccion» escribe el general Levaillant, dirigiendo el estado de sitio en Var.

«Buenas presas acabo de hacer», dice desde San Estéban el general Viroy; «he fusilado sin demora á ocho sugetos; persigo á los jefes en los bosques».

El general Bourjoly manda á los jefes de las columnas móviles: «Que se fusile al momento a todos los individuos aprehendidos con las armas en la mano».

En Folcalquier es mas chistoso todavía. La proclama de estado de sitio dice: «La ciudad de Folcalquier queda desde ahora en estado de sitio. Los ciudadanos que no *hayan tomado parte* en los acontecimientos del dia y *tengan armas en su poder*, están obligados á presentarlas so pena de ser fusilados».

La columna móvil de Pezenas llega á Servain. Un hombre procura escaparse de una casa cercada, y lo mata á tiros la tropa.

En Entrains se hacen ochenta prisioneros; uno de ellos se escapa á nado; se le hace fuego; una bala le pasa, y el fugitivo se sumerge en el agua. Los setenta y nueve restantes son fusilados en el acto. Así no escaparán.

VIII

A tantas cosas execrables añadid estas otras tan infames:

En Briond (Alto Loira) meten los militares en una cárcel á un hombre y una mujer por haber cultivado el campo de un proscrito.

En Lorion (La Drome) Astier, guarda rural, es condenado á veinte años de presidio por haber dado asilo á varios fugitivos.

Añadid tambien lo que la pluma se resiste á escribir, la pena de muerte restablecida, la guillotina política alzada de nuevo, las sentencias horribles, los

ciudadanos condenados á morir en el cadalso por los jueces ginízaros de los consejos de guerra, en Clamecy, los ciudadanos Milletot, Jouannin, Guillemot, Sabatier y Four.

En Lion, Courty, Romegal, Bressieux, Fauritz, Julien, Roustain y Garan, teniente alcalde de Cliouscat.

En Montpellier, diez y siete por la cuestion de Bedarrieux, ó sean, Mercadier, Delpech, Denis, Andrés Barthez, Triadon, Pedro Carriere, Galzi, Calas (a. *El Vaquero*) Gardy, Jaime Pajés, Miguel Hércule, Mar, Vene, Frié, Malaterre, Beaumont, Pradal, los seis últimos por fortuna, en contumacia; y en la ciudad misma de Montpellier otros cuatro, Choumac, Vidal, Cadelard y Pajés.

¿Cuál es el crimen de esos hombres?

Su crimen es el de cualquier otro que fuera buen ciudadano, es el que cometió el que escribe estas líneas, es la obediencia al artículo 110 de la Constitucion, es la resistencia armada al atentado de Luis Bonaparte; y el consejo de guerra «ordena» que la ejecucion tendrá lugar en la *forma ordinaria* en una de las plazas públicas de Beziers, para los cuatro últimos; y para los otros diez y siete, «en una de las plazas públicas de Bedarrieux».

Asi lo anunciaba el *Monitor*; verdad es que el *Monitor* anunciaba al mismo tiempo que el servicio del último baile dado en las Tullerias habia sido prestado por trescientos criados de mesa vestidos con la mas rigurosa etiqueta, tal como lo prescribia el ceremonial de la antigua casa imperial.

A menos que un grito universal de horror no detenga á tiempo á ese hombre, todas las cabezas sentenciadas por su bárbara ley caerán sin remision.

CAPÍTULO III

Ferocidad y descaro de Luis Bonaparte.

I

A la hora en que escribimos estas líneas, he aqui lo que acaba de pasar en Belley:

Un hombre de Bugez, cerca de Belley, un obrero llamado Charlet habia sostenido ardorosamente el dia 10 de diciembre de 1848 la candidatura de Luis Bonaparte. Habia distribuido papeletas, apoyado, propagado, pregonado, por decirlo así, dicha candidatura. La eleccion de Luis Bonaparte fué para él un triunfo.

Confiaba en las promesas del principe; tomaba por lo serio los escritos socialistas del hombre de Ham y sus programas «humanitarios» y republicanos.

En el 10 de diciembre de 1848 muchos fueron los engañados de esa clase; pero hoy son los que están mas indignados.

Cuando Luis Bonaparte estuvo en el poder, cuando se le vió poner manos a la obra, las esperanzas quedaron frustradas.

Charlet, entusiasta, patriota é inteligente, fué uno de aquellos cuya probidad republicana se sublevó, y á medida que Luis Bonaparte iba sumergiéndose gradualmente en la reaccion, Charlet iba perdiendo el entusiasmo y la simpatia que por Napoleón Luis sintiera. De dicha suerte pasó de la adhesion mas fiel y confiada á la oposicion mas leal y viva.

Tal es tambien la historia de muchos otros hombres de noble y generoso corazon.

II

El dia 2 de diciembre de 1851 Charlet no vaciló un instante. En presencia de todos los atentados juntos del acto infame de Luis Bonaparte, sintió Charlet clamar en su interior la voz de la ley y del derecho; y se dijo en su alma que su deber era ser tanto mas severo, cuanto que su confianza habia sido burlada de la manera mas ignominiosa. Comprendió claramente que no le quedaba mas que un deber, como á todo ciudadano honrado, un deber estricto que se confundia con el derecho, esto es, defender la República, defender la Constitucion, y resistir por todos los medios posibles al hombre que la izquirda de la cámara de diputados, y mas aun su propio crímen, habian puesto fuera de la ley.

Los refugiados en Suiza pasaron armados la frontera, atravesaron el Ródano cerca de Anglefort y entraron en el departamento del Ain.

Charlet se unió con ellos.

En Seyssel encontró aquella poca tropa á los carabineros. Los carabineros, cómplices voluntarios ó estraviados del golpe de Estado, quisieron oponerse á su paso. Trabóse un reñido combate, en el cual quedó muerto un carabinero. Charlet fué hecho prisionero.

El golpe de Estado llevó á Charlet ante un consejo de guerra. Acusáronle de la muerte del carabinero, quien en último resultado no era mas que un muerto en legitimo combate, y por lo tanto nada tenia que ver Charlet con la responsabilidad de dicha muerte. El carabinero cayó atravesado de una bala, y Charlet no tenia otra arma que una lima aguzada.

Charlet no quiso reconocer como tribunal el grupo de hombres que pretendia juzgarle.

—Ustedes no son jueces, les dijo; ¿dónde está la ley? la ley está de mi parte.

Y se negó á responder a las preguntas que se le dirigian.

Interrogado tocante á la muerte del carabinero no quiso contestar, a pesar de que con una sola palabra habria podido destruir todos los cargos que se le acumulaban; pero rebajarse á dar una esplicacion, hubiera sido aceptar en cierto modo como legitimo semejante tribunal. No quiso darla; guardó silencio.

Aquellos hombres le condenaron á muerte «conforme la forma ordinaria de las ejecuciones criminales».

Una vez dictada la sentencia, pareció como que la dejasen olvidada; pasaban dias, semanas y meses, y la ejecucion no tenia lugar. Todos decian á Charlet en su prision:

—Se ha salvado V.

III

El dia 29 de junio al rayar el alba, la ciudad de Belley vió una cosa horrible, lúgubre. Se habia alzado el cadalso durante la noche y se ostentaba en medio de la plaza pública.

Los habitantes de Belley se dirigian unos á otros pálidos y consternados preguntándose:

—¿Ha visto V. lo que hay en la plaza?

—Si.

—¿Para quién es?

Era para Charlet.

La sentencia de muerte habia sido remitida á Luis Bonaparte, y este la habia dejado dormir mucho tiempo en el Eliseo; tenia que atender a otros asuntos; estaba muy ocupado…

Al cabo de siete meses, cuando nadie se acordaba probablemente de dicha sentencia, ni de Charlet, ni del carabinero muerto, ni de nada de dicho negocio, Luis Bonaparte que sin duda tendria necesidad de meter algo entre la fiesta del 10 de mayo y la del 15 de agosto, firmó una mañana la orden de ejecutar la sentencia.

El 29 de junio, pues, Charlet fué sacado de la prision. Dijéronle que iba a morir; pero permaneció tranquilo y sereno.

Un hombre que tiene la justicia de su parte no teme morir; porque siente en él dos seres distintos, uno que es el cuerpo y al cual pueden matar, y otro que es la justicia á la cual no se puede maniatar y cuya cabeza no cae rodando al golpe de la cuchilla.

Querian que Charlet subiese en una carreta.

—No, dijo a los gendarmes que le escoltaban; iré á pié; puedo andar, y no tengo miedo.

La muchedumbre que se apiñaba á su paso era numerosísima. Todos los vecinos de su pueblo le conocian y estimaban; sus amigos buscaban su mirada. Charlet con los brazos atados a la espalda saludaba con la cabeza á derecha é izquierda.

—Adios, Jaime; adios, Pedro, decia sonriendo á sus amigos.

—Adios, Charlet, respondian estos no pudiendo reprimir su llanto.

La gendarmeria y la tropa de linea rodeaba el cadalso. Charlet subió las gradas del patibulo con paso grave y seguro…

Cuando la muchedumbre le vió de pié en el patíbulo, sintió un general é instantáneo estremecimiento.

Las mujeres lanzaron un grito desgarrador.

Los hombres crisparon involuntariamente los puños.

Mientras le arreglaban el cabello para ejecutar la sentencia, miró la cuchilla y dijo:

—Cuando pienso que he sido bonapartista…

Enseguida levantando los ojos al cielo, esclamó:

—¡Viva la República!

Un momento despues caia rodando su cabeza.

Fué aquel dia un dia de luto para los habitantes de Belley y de los demás pueblos del Ain.

—¿Cómo ha muerto? preguntaban todos afligidos.

—¡Cómo un héroe!

—¡Loado sea Dios!

¿De tal manera se mata á los hombres dignos y honrados?

La mente sucumbe y se abisma en el horror en presencia de un hecho tan monstruoso.

Ese crímen añadido á los otros crímenes los colma y sella con una especie de sello siniestro.

Es mas que el colmo y el sello, es el coronamiento.

IV

Se concibe que Luis Bonaparte debe de estar contento.

Hacer fusilar de noche, en la oscuridad y soledad, en el Campo de Marte, bajo los arcos de los puentes, detrás de una pared desierta á quienquier que sea, no importa á quien, al azar, en confusion, á personas desconocidas, á las sombras que se ven mover, sin saber siquiera el número; hacer matar anónimos por mano de otros anónimos, y que todo eso se pierda en las tinieblas, en la nada, en el olvido, es en suma poco satisfactorio para el amor propio; parece como que uno se oculta y efectivamente quiere permanecer oculto; es una cosa mediocre. Las personas escrupulosas tienen motivo de deeirte:

—Bien se vé que tienes miedo, Luis Napoleón; no te atreverias á hacer lo mismo en público; retrocedes ante tus propios actos.

Y hasta cierto punto parecen tener razon. Fusilar de noche a las personas, es una violacion de todas las leyes divinas y humanas, pero no es sin embargo cosa muy insolente. No se siente uno con la gloria del triunfo. Aun es posible cosa mejor.

En pleno dia, en la plaza pública, erigir el cadalso legal, el aparato regular de la vindicta pública social, entregar inocentes á la cuchilla del verdugo, hacerles perecer de una manera tan ignominiosa… ¡Ah! es cosa muy diferente, muy diferente, señor Bonaparte.

Cometer un asesinato en mitad del dia, en el centro de una ciudad valido de una máquina llamada tribunal ó consejo de guerra, valido de otra máquina fabricada á sangre fria por un carpintero, ajustada, encajada, pulida y engrasada cuanto es menester; decir:

—Esto será para tal hora.

Traer dos cestos y añadir:

—Esta será para la cabeza, y la otra para el tronco.

V

Esperar la hora convenida y llevar la víctima atada con cuerdas, asistida por un sacerdote, perpetrar un asesinato con entera calma, encargar á un notario que levante proceso verbal de semejante crímen, rodear el asesinato de gendarmes que empuñan la espada desenvainada de suerte que el pueblo se horripile y no sepa ya lo que ve, dude si aquellos hombres uniformados son una brigada de gendarmeria ó una partida de salteadores, y se pregunte mirando al hombre que arregla la cuchilla si es el verdugo ó si mejor es un asesino…

Hé aquí lo que es atrevido y grande; hé aqui al mismo tiempo una parodia del hecho legal tan descarada como tentadora y que merece la pena de ser ejecutada: hé

aquí tambien el tremendo y horrible bofeton dado á la cara de la Justicia. Está bien, señor Bonaparte, está muy bien: no te falta nada para ser lo que eres.

Hacer eso despues de siete meses de la lucha, con calma é inútiltilmente, como un olvido que se tuvo y se quiere reparar, como un deber que hay que cumplir, es horrible… es el colmo del crimen descarado… se aparenta un aire de estar en su derecho que desconcierta las conciencias y hace estremecer a las personas honradas.

VI

Paralelo terrible que esplica toda la situacion: Tenemos dos hombres, un obrero y un principe. El principe comete un crimen y entra en las Tullerías. El obrero cumple con su deber y sube al patíbulo.

¿Y quién es el que erige el patíbulo para el obrero?

El principe.

Si, ese hombre que á ser vencido en diciembre de 1851, sólo se habria librado de la pena de muerte por la omnipotencia del progreso y por estension, en estremo generosa sin duda, del principio de la inviolabilidad de la vida humana; ese hombre, ese Luis Bonaparte, ese principe que resucita la política de los Poulmanns y de los Soufflards, es quien vuelve á levantar el patibulo; ¡y no tiembla! ¡y no pierde el color del rostro! y no presiente que las gradas del patibulo son una escala fatal, que nadie es dueño de erigirla, pero que una vez erigida, nadie es dueño de derribarla, y que el que la levanta para otro suele encontrarla mas tarde para si propio. Ella, si, ella le reconoce y le dice:

—¡Tú me has puesto aqui, ven, te esperaba!

No, ese hombre no raciocina; tiene necesidades, tiene caprichos; menester es que los satisfaga. Son deseos de dictador. La omnipotencia seria sosa y empalagosa si no se la sazonase de esta manera. Ea, cortad la cabeza de Charlet y de otros muchos.

VII

El señor Bonaparte es principe presidente de la República francesa; el señor Bonaparte tiene diez y seis millones de francos al año, cuarenta y cuatro mil francos al dia, veinte y cuatro cocineros para su servicio personal, y otros tantos ayudantes de campo; tiene el derecho esclusivo de cazar en los estanques de Saclay y de San Quintin, en los bosques de Laigne, d’Ourscamp y Charlemont, en los montes de Champagne y de Barbeau; tiene la Tullerias, el Luvre, el Eliseo, Rambouillet, Saint-Cloud, Versalles, Compiegne; tiene su palco imperial en todos los teatros, fiesta y gala y música todos los dias, la sonrisa del señor Sibour y el brazo de la señora

marquesa de Douglas para entrar en el baile; pero todo eso no le basta; le falta ademas esa guillotina, le faltan algunos de esos cestos encarnados en medio de las cestas de vino de Champañe.

¡Oh ignominia! ocultémonos el rostro con ambas manos. Ese hombre que empuña la repugnante segur del derecho y de la justicia, tenia todavía el mandil puesto, las manos en las entrañas palpitantes de la Constitucion, y los piés en la sangre de todas las leyes degolladas, cuando vosotros, magistrados, hombres del derecho, hombres de la ley…

Pero detengámonos, ya os encontraré mas tarde vestidos con vuestras togas negras y con las togas encarnadas, con vuestras togas de color de tinta y con vuestras togas de color de sangre. Tambien encontraré y volveré a castigarlos a pesar de haberlos castigado ya, á los otros, á vuestros jefes, á esos juristas sostenedores de la asechanza, á esos seres prostituidos, á ese Baroche, á ese Suin, á ese Boyer, á ese Mongis, á ese Rouher, á ese Troplong, desertor de las leyes, á todos esos nombres que no espresan otra cosa que la cantidad de desprecio posible en el hombre.

VIII

Si el señor Bonaparte no ha aserrado á sus víctimas entre dos planchas, como Cristierno II; si no ha sepultado á las personas en vida, como Luis *el Moro*; si no ha hecho fabricar las paredes de su palacio con hombres vivos y con piedras, tal como Timour Beig que, segun dice la leyenda, nació con los puños cerrados y llenos de sangre; si no ha abierto el vientre á las mujeres en cinta, como César duque de Valentinois; si no ha martirizado con la estrapada a las mujeres suspendidas por las tetas *testibusque viros* (y en presencia de varones), como Fernando de Toledo; si no ha enrodado vivo, quemado vivo, asado vivo, desollado vivo, crucificado, empalado, descuartizado, no le acrimineis, porque no es por culpa suya, sino del siglo actual que se lo ha impedido tenazmente. El por su parte ha hecho todo lo que humanamente ó inhumanamente le era posible.

Considerando que estamos en pleno siglo décimo nono, siglo de dulzura, siglo de decadencia, como dicen los absolutistas y los papistas, Luis Bonaparte ha igualado en ferocidad á sus contemporáneos Haynan, Radetzky, Filangieri, Schwartzenberg y Fernando de Nápoles, y aun tal vez los ha superado. Mérito raro y del cual debemos hacernos cargo como una dificultad junto a las otras; la escena pasaba en Francia.

Hagámosle justicia; en el tiempo en que estamos Luis Sforza, el Valentinois, el duque de Alba, Timour y Cristierno II, no habrian hecho mas que Luis Bonaparte. Este en la época de aquellos habria hecho todo lo que ellos hicieron; en la nuestra en el momento de construir y alzar las horcas, los potros, los caballetes, las garruchas de estrapada, las torres vivas y las hogueras, se habrian detenido aquellos como él á

pesar suyo y sin saberlo, ante la resistencia secreta é invencible de la corriente moral, ante la fuerza invisible del progreso, ante la formidable y misteriosa negativa de un siglo que desde el sud al septentrion, desde el oriente al occidente se alza en torno de los tiranos para decirles:

—¡No! no quiero que perpetreis semejantes atentados.

CAPÍTULO IV

Lo que habria sido 1832.

I

Sin ese abominable 2 de diciembre, «necesario» segun dicen los cómplices, y á mas de ellos los engañados, ¿qué habria sucedido en Francia?

Voy a decirlo.

Retrocedamos algunos pasos y recordemos sumariamente la situacion tal como era antes del golpe de Estado.

El partido del pasado, bajo el lema del *Orden*, resistia á la República, ó en otros términos, resistia al porvenir.

Haya ó no haya oposicion, haya ó no haya consentimiento, la República, dejando aparte toda ilusion, es el porvenir próximo ó lejano, pero inevitable de las naciones.

¿Cómo se establecerá la República?

La República puede establecerse de dos maneras; por medio de la lucha ó por medio del progreso.

Los demócratas la quieren por medio del progreso; sus adversarios, los hombres del pasado, parece que la quieren por medio de la lucha.

Como acabamos de indicar, los hombres del pasado resisten, se oponen á la República; se obstinan y dan hachazos al árbol de las ideas, figurándose que así detendrán la savia que sube á nutrirlo. Y de esa suerte prodigan su fuerza, su puerilidad y su cólera.

II

No echemos en cara á nuestros antiguos adversarios que con nosotros fueron derribados en el mismo dia que nosotros, y por su parte de una manera muy honrosa en general; no les echemos en cara, digo, ninguna palabra amarga; limitémonos á manifestar que en semejante lucha entró la mayoria de nuestra asamblea legislativa, desde los primeros dias de su instalacion, desde el mes de mayo de 1849.

La política de resistencia es una política funesta. La lucha del hombre contra Dios es necesariamente vana; y si como resultado es nula, no lo es por cierto en catástrofes, en lo cual es muy fecunda.

Lo que ha de ser será; preciso es que lo que ha de correr corra, que lo que ha de caer caiga, que lo que ha de nacer nazca, que lo que ha de crecer crezca; pero poned

obstáculos a esas leyes naturales y sobrevendrá el desórden, empezará la confusion.

¡Cosa mas particular! á ese trastorno, á esa confusion, á ese desórden se le habia llamado el órden.

Atad una arteria y teneis una enfermedad, cerrad el paso á un rio y teneis una inundacion, poned obstáculos a la carrera del porvenir y teneis las revoluciones.

Obstináos en conservar en medio de vosotros, como si latiese al calor de la vida, el pasado que ha muerto hace mucho, y producireis no se que especie de epidemia moral; la corrupcion se esparcirá por los aires, en todas partes se respirará una atmósfera deletérea, y clases enteras de la sociedad, los funcionarios por ejemplo, irán entrando en putrefaccion.

Guardad los cadáveres en vuestras casas y surgirá una horrible peste.

III

Dicha política obceca fatalmente a los que la practican.

Esos hombres que se tienen por hombres de Estado, llegan á tal punto de obcecacion que no comprenden lo que por sí mismos han producido, lo que con sus propias manos, con mucho trabajo y con el sudor de su rostro han originado, es decir, los terribles acontecimientos de que se lamentan, como tampoco comprenden que las espantosas catástrofes que tienen lugar á sus propios ojos han sido precipitadas por sí mismos.

¿Qué diríamos de un campesino que construyese una barrera de una á otra orilla del arroyo que pasa por delante de su cabaña, y que cuando el arroyo convertido en impetuoso torrente derribase las paredes y arrastrase por fin la cabaña, esclamase afligido?:

—¡Malhaya este arroyo!

Los hombres del pasado, esos grandes constructores de diques á través de las caudalosas corrientes, pasan el tiempo esclamando:

—¡Malhaya el pueblo!

Quitad á Polignac y las órdenes de julio, es decir, la barrera, y Cárlos X hubiera muerto en las Tullerías.

Reformad en 1848 la ley electoral, esto es, quitad tambien la barrera, y Luis Felipe habria muerto en el trono.

¿Quiere esto decir que no habria venido la República?

No quiere decir eso.

La República, aunque hayamos de repetirnos, es el porvenir. Asi pues, habria venido de paso en paso, de progreso en progreso, de conquista en conquista, como un rio que mansamente corre y no como un diluvio que todo lo invade. Habria venido a su hora, cuando todo hubiese estado dispuesto á recibirla; habria venido, no por cierto

con mas vida, porque desde ahora es indestructible, sino mas tranquila, sin reaccion posible, sin principes que la acechasen, sin golpe de Estado tras ella.

IV

La política de resistencia contra el curso de la humanidad da por resultado crear, insistamos en este punto, clataclismos artificiales.

Asi vimos que habia conseguido esa política hacer del año 1852 una especie de eventualidad temible, y esto por la misma causa, es decir, por medio de la barrera.

Ved ahi aquel ferro-carril, el tren va a pasar de aquí á una hora; echad una viga á través de los rails, y cuando el tren llegue se aplastará, tendreis un nuevo Fampoux; quitad la viga antes de llegar el tren, y este pasará sin ni siquiera sospechar que alli le amenazaba una catástrofe.

Dicha viga es la ley del 31 de mayo.

Los jefes de la mayoría de la asamblea legislativa de Francia la habian echado a través de 1852 y clamaban:

—Aquí se estrellará la sociedad.

La izquierda les decia:

—¡Quitad la viga!

Quitad la viga, si, dejad el paso libre al sufragio universal.

Tal es la historia en resúmen de la ley del 31 de mayo.

Esas son cosas que un niño comprenderia, y que los «hombres de Estado» no comprenden.

V

Ahora contestemos a la pregunta que nos dirigiamos hace poco.

Sin el 2 de diciembre, ¿qué habria pasado en 1852?

Suprimid la ley del 31 de mayo; quitad la barrera puesta al pueblo; quitadle á Bonaparte la palanca, el arma, el pretexto; dejad tranquilo el sufragio universal; quitad la viga de los rails, y ¿sabeis lo que habria ocurrido en 1852?

Nada.

Nuevas elecciones.

Una especie de dias festivos en los cuales habria ido á votar el pueblo, que hoy es trabajador, mañana elector, el otro trabajador y siempre soberano.

Algunos replican:

—¡Si, elecciones! ¡buenas elecciones! fácilmente se dice. ¿Y la «cámara roja» que habria salido de esas elecciones?

¿No se habia quizás anunciado que la cámara Constituyente de 1848 seria una «cámara roja»?

«Cámaras rojas, espantaniños rojos, todas esas predicciones se aprovechan para lograr infames fines».

Los que pasean á lo alto de un palo esas fantasmagorias en presencia de las masas aterrorizadas saben lo que se hacen, y por detrás se rien de los pingajos que hacen flotar.

Bajo el vestido largo y de color de escarlata del fantasma al cual se habia dado ese nombre, 1852 veia pasar las botas militares del golpe de Estado.

CAPÍTULO V

El jacobinismo.

I

A pesar de todo, despues del 2 de diciembre, cuando se acababa de perpetrar el crimen mayor, era indispensable dar un desquite á la opinion pública.

El golpe de Estado se puso á gritar:

—Jacobinismo, ¡revoltosos!

Remedando así á cierto asesino que gritaba:

—¡Ladrones, ladrones!

Añadamos que se habia prometido un Jacobinismo, y que el señor Bonaparte no podia so pena de cometer alguna imprudencia, faltar á la fé de todas sus promesas.

¿Cuál era el espectro rojo sino el Jacobinismo? Era menester dar alguna realidad á semejante espantajo, al fantasma que mas terror infundia; no se puede prorumpir en risa á las barbas del pueblo diciéndole á la par:

—¡No habia nada! ¡mentecatos, os he infundido miedo de vosotros mismos!

Indudable es, pues, que hubo Jacobinismo. Las promesas del anuncio se cumplieron.

Las imaginaciones de la camarilla y sus paniaguados pusiéronse en prensa, y sacaron los espantosos hechos del Coco, y mas de un niño habria podido conocer al leer el periódico, el ogro del buen Perrault disfrazado de socialista.

No es posible decir los espantajos que se hicieron resucitar, lo cual, habiendo sido suprimida la libertad de imprenta era muy fácil; puesto que siempre lo es mentir cuando de antemano se ha arrancado la lengua al mentis que podria darse.

Se gritaba en todos sentidos y en todos los tonos:

—¡Alerta, propietarios; alerta, pueblo! á no ser nosotros, estabais perdidos irremisiblemente. Si os hemos fusilado y ametrallado, era por bien de todos vosotros. Mirad, los Lollards estaban á vuestras puertas; los anabaptistas escalaban vuestros muros; los husitas llamaban a vuestras persianas; los descamisados subian la escalera de vuestra casa; los hambrientos codiciaban vuestro dinero. ¡Alerta! ¿No se atrevieron esos miserables á violar alguna de vuestras mujeres?

Cedamos la palabra á uno de los redactores principales de *la Patrie*, llamado Froissar[43]:

> «No osaré escribir ni relatar las cosas horribles é indecentes que hacian á las damas; pero entre otros desórdenes y hechos infames, mataron á un

caballero, le pasaron un asador de parte á parte y lo hicieron girar y lo asaron al fuego en presencia de la dama y hijos.

»Despues de haber forzado y violado á la dama diez ó doce de ellos, quisieron que á la fuerza la dama y los chicuelos comiesen carne del caballero, y despues los mataron é hicieron morir de mala muerte.

»Esa maligna gente robaba y lo incendiaba todo, y mataba, forzaba y violaba todas las damas y doncellas sin piedad ni compasion, tal como si fueran unos perros rabiosos.

»De semejante manera habitaban tan malvadas gentes entre París y Noyon, y entre París y Soissons, y Ham en Vermandois, por toda la tierra de Coucy. Allí estaban los grandes violadores y malhechores; y despojaron solamente entre el condado de Valois, el obispado de Laon, de Soissons y de Noyon, mas de cien castillos y buenas casas de caballeros y escuderos; y mataban y robaban todo cuanto encontraban. Pero *Dios* por su gracia puso tal remedio á dicho mal, que debemos darle muchas gracias[4F]».

Reemplazóse únicamente a Dios con monseñor el principe presidente; mas esto era lo menos importante.

II

Despues del tiempo que ha trascurrido, no sabemos á que atenernos con respecto á dicho «Jacobinismo»; los hechos han acabado por mostrarse á la luz de la verdad.

¿Dónde? ¿cómo?

Ante los tribunales del señor Bonaparte.

Y ha resultado que los «subgobernadores» cuyas mujeres habian sido violadas, no habian sido nunca casados; que los curas que habian sido asados vivos y de quienes se habian comido los jacobinos el corazon, escribieron que gozaban de «cabal y perfecta salud;» que los gendarmes en torno de cuyos cadáveres habian bailado los jacobinos, se presentaron á declarar ante los consejos de guerra; que las cajas públicas robadas, se han encontrado intactas entre las manos del señor Bonaparte que las «salvó;» que el famoso déficit de los cinco millones de francos de Clamecy, quedó reducido á doscientos francos gastados en bonos de pan.

Una publicacion oficial habia dicho el 8 de diciembre:

«El cura, el alcalde, el corregidor de Joigny y varios gendarmes, han sido cobardemente asesinados».

Alguien respondió con una carta que se hizo pública:

«En Joigny no se ha derramado ni una gota de sangre, ni se ha amenazado tan solo la vida del menor individuo».

¿Quién escribió esa carta?

El alcalde mismo de Joigny, cobardemente asesinado.

El señor Enrique de Lacretelle, al cual una partida armada habia robado dos mil francos en un castillo de Carmatin, está todavía sorprendido no del robo, sino de la mentira.

El señor de Lamartine, á quien otra partida armada habia querido saquear y probablemente ahorcar, y cuyo castillo de Saint-Pont habia sido incendiado, y «que habia escrito para pedir socorro al gobierno», supo tan estupenda noticia por medio de los periódicos.

III

He aquí ahora el siguiente documento que fué presentado ante el consejo de guerra de la Nievre, presidido por el excoronel Martinprey.

ÓRDEN DEL COMITÉ.

«La probidad es una virtud de los republicanos.

«Todo ladron será fusilado.

«Todo detentor de armas, que en el término de doce horas no las presente á la alcaldia, ó que no las entregue á los puntos destinados, será preso y detenido hasta nueva órden.

«Todo ciudadano embriagado, será desarmado y encarcelado.

«Clamecy, 7 de diciembre de 1851.

«¡Viva la República social!

«El Comité Revolucionario social».

IV

Lo que se acaba de leer es la proclama de los jacobinos. ¡Pena de muerte al ladron! Tal es grito de esos ladrones y bandidos.

Uno de esos jacobinos, llamado Gustavo Verdun Lagarde, natural del Lot y Garona, murió en Bruselas desterrado el dia primero de mayo de 1852, legando cien mil francos á su ciudad natal para fundar en ella una escuela de agricultura.

Ese «repartidor» repartió en efecto.

No hubo, pues, y así lo confiesan en la intimidad y con una cara de pascuas los honrados cómplices y encubridores del golpe de Estado, no hubo, decimos, nada de «Jacobinismo»; es cierto; pero el juego está hecho.

En los departamentos de Francia hubo tan solo lo que hubo en París, la resistencia legal, la resistencia prescrita por el artículo 110 de la Constitucion, y sobre la Constitucion, por el derecho natural; hubo *legitima defensa*, (esta vez está en su lugar la espresion) contra los «salvadores»; la lucha a mano armada del derecho y de la ley contra la infame insurreccion del poder.

La República sorprendida por la asechanza, se peleó con el golpe de Estado. No hubo mas.

Veinte y siete departamentos fueron los que se sublevaron.

El Ain, el Aude, el Cher, las Bocas del Ródano, la Costa de Oro, el Alto Garona, el Lot y Garona, el Loiret, la Marne, la Meurthe, el Norte, el Bajo Rhin, el Ródano, el Sena y Marne, cumplieron dignamente con su deber; los Bajos Alpes, el Aveyron, la Drome, el Gard, el Gers, el Herault, el Jura, la Nievre, el Puy de Dôme, Saona y Loira, el Var y Vauduse, se portaron con toda intrepidez y bizarría. Sucumbieron como París.

El golpe de Estado fué en estos departamentos tan feroz como en la capital.

Acabamos de dar un vistazo sumario á tales crímenes.

V

A dicha resistencia, legítima, constitucional, virtuosa; á esa resistencia en la cual el heroismo estuvo de parte de los ciudadanos y la atrocidad de parte del poder; á esa resistencia llama «Jacobinismo» el golpe de Estado.

Repitámoslo, un poco de espectro rojo era útil.

Ese Jacobinismo era ostentado con dos fines, servia de dos maneras á la política del Elíseo, ofrecia una doble ventaja; por un lado hacer votar SI con respecto al «plebiscito», hacer votar bajo el sable y en presencia del espectro, comprimir las inteligencias, amedrentar á lor crédulos, el terror para estos, el miedo para aquellas, como lo esplicaremos luego; todo el buen éxito y todo el secreto de la votacion del 20 de diciembre se encierra ahí; y por otro lado dar pretexto para las procriciones.

1852 no encerraba, pues, ningun peligro real.

La ley del 31 de mayo, muerta moralmente, pereció antes del 2 de diciembre. Una nueva asamblea, un nuevo Presidente, la Constitucion pura y sencillamente puesta en práctica; nuevas elecciones y nada mas.

Quitad á Luis Bonaparte y vereis el 1852.

Pero para eso era menester que Bonaparte se fuese; ahi estaba el obstáculo. De ahí provino la catástrofe.

El hombre fatal, pues, de la Francia y de la Europa moderna, cogió cierta mañana á la Constitucion, á la República, á la ley, á la Francia por el pescuezo, y dió al porvenir una puñalada á traicion, por detrás. Conculcó el derecho, la opinion, la justicia, la razon, la libertad; prendió a los hombres inviolables; secuestró á las personas inocentes; desterró á varios hombres ilustres; aprehendió al pueblo en la persona de sus representantes; ametralló los bulevares de París; hizo chapotear su caballería por los charcos de sangre de mujeres y ancianos; fusiló sin intimacion, sin formacion de causa; lleno las cárceles de Mazas, de la Conserjería, de San Pelagio, de Vincennes, los fuertes, las prisiones celulares, las casamatas, los calabozos, de personas inocentes, y de cadáveres los cementerios.

Y como si tantas atrocidades no fueran bastantes, metió en San Lázaro á la mujer que llevaba pan á su marido oculto; mandó á presidio por veinte años al hombre que hubiese dado asilo á los fugitivos; rasgó todos los códigos y leyes; hizo pudrir á los miles de deportados encerrados en la cala de los pontones; envió á Lambesa y Cayena ciento cincuenta niños de doce á quince años, y siendo mas grotesco que Falstaff se hizo mas terrible que Ricardo III; y ¿todo por qué?

Porque habia, segun dijo, un «complot fraguado contra él y su poder», porque el año que acababa se confabulaba traidoramente con el año que iba a comenzar para derribarlo del pedestal de su omnipotencia; porque el artículo 45 de la Constitucion se concertaba pérfidamente con el calendario para echarlo fuera; porque el segundo domingo de mayo queria «deponerle;» porque su juramento tenia la audacia de tramar su caida; porque su palabra de honor conspiraba contra él.

Dícese que el dia siguiente del triunfo esclamo:

—El segundo domingo de mayo ha muerto.

¡No, lo que ha muerto es la probidad; lo que ha muerto es el honor, lo que ha muerto es el nombre del emperador!

VI

¡Con cuánta desesperacion debe estremecerse el gran hombre que yace en la capilla de San Gerónimo! Si, hasta su tumba llega el clamor de la impopularidad que sube alrededor de la gran figura; ¡y ese fatal sobrino es el que ha puesto la escala!…

Mirad como se borran los grandes recuerdos en tanto que por todas partes brillan con indelebles caracteres los recuerdos infames.

Ya nadie osa hablar de Iena, Marengo, Wagram.

¿De qué se habla, pues?

Del duque de Enghien, de Jaffa, del 18 de brumario.

Se olvida al héroe para no ver mas que al déspota.

La caricatura empieza a tomar el perfil del César.

Y ademas, ¿qué personas le rodean?…

Hay hombres que confunden al tio con el sobrino, á la gloria del Eliseo con la vergüenza y oprobio de la Francia.

El parodista toma un aire de jefe de administracion…

¡Ah! á tan inmenso esplendor no le faltaba nada menos que esa inmensa mancha.

¡Luis Bonaparte es peor que Hudson Lowe! Si, Hudson Lowe no era mas que un carcelero, Hudson Lowe no era mas que un verdugo. El hombre que asesinó verdaderamente á Napoleón es su sobrino Luis Bonaparte. ¡Hudson Lowe no le mató mas que la vida; Luis Bonaparte le mató la gloria!

¡Ah, desgraciado! todo lo prende, lo echa a perder todo, lo mancha todo, lo deshonra todo; no puede tocar nada sin empañarlo con el vaho de sus crímenes.

VII

Para su asechanza escoge el mismo mes, el mismo dia de Austerlitz, Vuelve de Satory como se vuelve de Aboukir. Hace salir del 2 de diciembre no sé que clase de ave nocturna y la coloca en la bandera de Francia diciendo:

—Soldados, mirad el águila.

Toma el sombrero de Napoleón y la pluma de Murat.

Tiene su etiqueta imperial, sus chambelanes, sus ayudantes de campo, sus cortesanos. En tiempo del emperador estos eran reyes, en su reinado son lacayos.

Tiene su política propia, su 13 de vendimiario propio, su 12 de brumario propio. Y se compara. En el Eliseo ha desaparecido Napoleón el grande y ahora se dice:

—*El tio Napoleón.*

El hombre del destino ha pasado ya. El completo no es el primero, es el que ahora nos rige. Es evidente que el primero solo vino para hacer la cama del segundo.

Luis Bonaparte, rodeado de criados y de muchachas, acomoda para las necesidades de su mesa y de su alcoba la coronacion, lo sagrado, la Legion de Honor, el campo de Boloña, la columna de Vandome, Lodi, Arcola, San Juan de Acre, Eylau, Frietdland, Champaubert…

¡Oh franceses! contemplad el cerdo manchado de lodo que se oculta bajo la piel del leon.

LIBRO QUINTO

EL PARLAMENTARISMO

CAPÍTULO PRIMERO

La tribuna francesa en su nacimiento.

I

Un dia, hará cosa de ochenta años, el pueblo francés dominado por una familia desde ochocientos años, oprimido por los barones hasta Luis XI y desde Luis XI por los parlamentos, esto es, para emplear la sincera espresion de un gran señor del siglo décimo octavo: «Comido primero por los lobos y despues por los piojos», encerrado en provincias, en castellanías, en dominios señoriales y en senescalías; esplotado, estrujado, oprimido, cortado, pelado, repelado, raido, roido, y vilipendiado á mas no poder; cargado con sempiternas multas por el capricho de los señores; gobernado, llevado, arrastrado, vuelto, revuelto y torturado; azotado y marcado con un hierro candente por un juramento; enviado á presidio por matar un conejo en las posesiones del rey; ahorcado por cuestion de dos reales ó por menos; proporcionando y aprestando los millones para Versalles, y su esqueleto para Montfaucon; cargado de prohibiciones, órdenes, patentes, cartas reales, edictos mercantiles y rurales, leyes, códigos, usajes; agobiado bajo el peso de gabelas, censos, manos muertas, sisas é impuestos, cánones, diezmos, peajes, servicios, bancarotas; apaleado con el palo llamado cetro; sudando, jadeando, gimiendo, andando siempre, coronado de espinas, arrodillado, tratado mas como bestia de carga que como individuo de una gran nacion; un dia, decimos, el pueblo francés se alzó de repente, quiso ser hombre, y se le antojó pedir cuentas á la monarquía, pedir cuentas á la Providencia, y liquidar sobre los ocho siglos de miseria y opresion, esclavitud y barbarie: tuvo sin duda un arranque maravilloso.

II

Escogióse un vasto salon al cual rodearon de gradas, despues se tomaron varias tablas y con ellas se construyó en medio del salon una especie de estrado.

Una vez hecho el estrado, lo que se llamaba entonces la nacion, es decir, el clero de sotanas encarnadas y moradas, la nobleza adornada de plumajes blancos y la espada al flanco, y el tercer estado vestido de negro, vino á sentarse en aquellas gradas.

Apenas estaban sentados cuando se vió subir al estrado y alzarse sobre él una figura estraordinaria.

—¿Qué monstruo es ese? dijeron unos.

—¿Quién es ese gigante? dijeron otros.

Era una persona singular, inesperada, desconocida, salida bruscamente de la sombra, que daba miedo a la par que fascinaba; una enfermedad repugnante habia dado hasta cierto punto á su rostro la forma de tigre; todas las fealdades parecian haber sido depositadas por todos los vicios bajo aquella máscara; iba como los del tercer estado vestido de negro, es decir, de luto. Sus ojos amarillos deslumbraban a toda la asamblea; parecia amenazar y acriminar; todos le examinaban con una especie de curiosidad mezclada de cierto terror. Hizo ademan de hablar y al momento reinó el silencio mas profundo.

III

Entonces se oyó salir de aquel rostro disforme la palabra mas elocuente y sublime.

Era la voz del mundo nuevo que hablaba por boca del mundo antiguo; era el 1789 que se alzaba de pié y acusaba denunciando á Dios y á los hombres todas las fechas fatales de la monarquía; era el espectáculo augusto del pasado, del pasado cargado de cadenas, marcado del hombro, viejo esclavo, perpétuo presidario, del pasado infeliz que llamaba con voz recia al porvenir, al porvenir libertador. Hé ahí lo que era aquel desconocido, hé ahí lo que hacia en aquella tribuna.

Al estruendo de su palabra se estremeció todo lo que debía perecer, al estruendo de su palabra que a veces competia con el fragor del trueno, preocupaciones, ficciones, abusos, supersticiones, errores, intolerancia, fanatismo, ignorancia, fiscalías infames, penalidades bárbaras, autoridades caducas, magistraturas carcomidas, códigos decrépitos, leyes corrompidas, y en fin, todo lo que debia desaparecer de la faz de la tierra, sintió una profunda convulsion y un temblor que parecia que lo iba á derrocar, y desde entonces comenzó á derribarse el secular edificio de todos aquellos absurdos.

Dicha aparicion formidable dejó grahado un nombre en la memoria de los hombres; deberia llamarse la Revolucion: se le llama Mirabeau.

Desde el dia en que ese hombre puso el pié en dicho estrado, dicho estrado se transfiguró, y se alzaron los cimientos de la tribuna francesa.

IV

¡La tribuna francesa! Seria menester un libro voluminoso para decir lo que esa palabra encierra.

La tribuna francesa es desde ochenta años á esta parte la boca abierta del ingenio humano.

Sí, del ingenio humano diciéndolo todo, mezclándolo todo, fecundizándolo todo, el bien lo mismo que el mal, lo verdadero lo mismo que lo malo, lo justo lo mismo que lo injusto, lo alto lo mismo que lo bajo, lo horrible lo mismo que lo hermoso, el ensueño lo mismo que la realidad, la pasion lo mismo que la razon, el amor lo mismo que el ódio, la materia lo mismo que el ideal, y en suma, creando las tinieblas para sacar de ellas la luz del dia, formando con ese trabajo sublime y eterno el cáos para sacar de él la vida, haciendo la Revolucion para obtener con ella la República.

¿Cómo referir lo que ha pasado en esta tribuna, lo que ha visto, lo que ha hecho, las tempestades que la han combatido, los acontecimientos que ha originado, los hombres que la han hecho temblar y estremecer con sus clamores, los hombres que la han hecho sagrada con sus palabras sublimes?

Primero Mirabeau, y despues de Mirabeau, Vergniaud, Camilo Desmoulins, Saint Just, jóven severo, Danton, tribuno enorme, Robespierre encarnacion de la virtud inmensa y terrible.

Allí es donde se han oido estas interrupciones tan feroces.

—¡Cómo! esclama un orador de la Convencion; ¿sois vos el que hoy pretende cortarme la palabra?

—Si, le responde uno; y mañana el cuello.

Y apóstrofes tan soberbios como este:

—Como ministro de justicia, dijo el general Foy á un guardasellos inicuo, os condeno á mirar al salir de este recinto la estátua de L'Hopital.

V

Todo ha sido litigado alli, todo, como hemos dicho, las malas causas lo mismo que las buenas; pero tan solo las buenas han salido definitivamente victoriosas. Allí en presencia de las oposiciones, negaciones y obstáculos, los que quieren el porvenir así como los que quieren el pasado han esgrimido sus armas y se han acalorado; allí hemos visto la verdad espresarse con violencia y á la mentira con furor y enojo; de alli han salido todos los estremos.

En aquella tribuna ha tenido su orador la gillotina, Marat; tambien ha tenido el suyo la Inquisicion, Montalembert. Terrorismo en nombre de la salud pública, terrorismo en nombre de Roma; fiel en ambas bocas, angustioso para el auditorio; cuando el primero hablaba, creian los oyentes que se deslizaba un cuchillo; cuando hablaba el segundo, creian oir chisporrotear la hoguera.

Alli han combatido todos los partidos; con encarnizamiento todos, con gloria algunos.

Alli ha violado el poder real el derecho popular en la persona de Manuel á quien la historia ha hecho augusto en virtud de esta violacion; alli han aparecido, despreciando el pasado al cual servian, dos ancianos melancólicos, Royer Collard, la probidad altanera, y Chateaubriand, el génio amargo; alli Tiers, la astucia, ha luchado contra Guizot, la fuerza; allí se han rebatido, apostrofado, combatido los oradores agitando la espada de la evidencia.

Alli por espacio de mas de un cuarto de siglo se han estado insultando, silvando, apostrofando, alzándose, retorciéndose todos los odios, todos los furores, todas las supersticiones, todos los egoismos, todas las imposturas, dirigiéndose siempre las mismas calumnias, mostrándose siempre el puño apretado, escupiendo á Cristo con las mismas salivas, y han amontonado una especie de nube tempestuosa á tu rostro sereno é inmutable, santa y hermosa verdad.

CAPÍTULO II

¿Qué era la tribuna francesa antes de la traicion infame de Luis Bonaparte?

I

Todo en la tribuna francesa habia sido hasta hoy vivo, ardiente, fecundo, tumultuoso, grande. Y despues de haberlo defendido todo, discutido, escudriñado, examinado, profundizado, dicho, contradicho, ¿qué resultaba de semejante choque? la chispa de fuego siempre. ¿Qué resultaba de la nube? la luz de la verdad siempre.

Lo mas que podia hacer la tempestad, era agitar el rayo y convertirlo en relámpago.

Allí, en aquella tribuna se ha propuesto, analizado, discutido y aclarado y casi siempre resuelto toda clase de cuestiones; cuestiones de hacienda, cuestiones de crédito, cuestiones de trabajo, cuestiones de circulacion, cuestiones de salario, cuestiones de Estado, cuestiones de territorio, cuestiones de paz, cuestiones de guerra.

Alli se pronunciaron por vez primera aquellas palabras que significaban toda una sociedad nueva: LOS DERECHOS DEL HOMBRE.

Alli se *oyó* resonar el yunque por espacio de cincuenta años en el cual herreros sobrehumanos forjaban ideas puras; las ideas, que son las glavas del pueblo, las lanzas de la justicia, los armamentos del derecho.

Alli, penetrados súbitamente de simpáticos efluvios, como ascuas que se encienden al soplo de los vientos, se trasformaban enseguida y se encontraban naturalmente convertidos en grandes oradores todos aquellos que tenian un fuego en su mente, los elocuentes abogados, tales como Ledru Rollin y Berryer; los grandes historiadores, tales como Guizot; los grandes poetas, tales como Lamartine.

II

La tribuna francesa era un lugar de fuerza y virtud. Vió é inspiró, puesto que fácilmente se considera que tales emanaciones salian de ella, todos los sacrificios y abnegaciones, todas las energias y bizarrias.

Por nuestra parte honramos á todos los genios aunque tomen asiento en los bancos opuestos.

Cierto dia se vió envuelta en las sombras la tribuna francesa; parecia que á sus piés se abria un abismo sin fondo; oiase en medio de aquellas tinieblas una especie de mujido como el del mar alborotado, y de repente apareció en medio de aquella noche

lúgubre, de aquel pedestal de mármol al cual se habia encaramado la mano fuerte de Danton, una pica llevando en la cima una cabeza cortada. Boissy d'Anglas saludó.

Aquel dia fué un dia amenazador. Pero el pueblo no derriba las tribunas. Las tribunas son suyas, y bien lo sabe. Alzad una tribuna en medio del mundo y al poco tiempo se alzará la República en todos los ángulos de la tierra. La República lanza sus rayos para alumbrar al pueblo, y éste no lo ignora.

La tribuna hace á veces sonrojar é irritar poderosamente a las masas populares, las azota con su palabra, y ellas la defienden como en el 15 de mayo, y luego se retiran majestuosamente como el Océano, y la dejan en pié como el faro de su luz.

Derribar las tribunas cuando se es el pueblo, es una necedad; solo es útil y bueno para los tiranos.

El pueblo se sublevaba, se irritaba, se indignaba; algun error generoso se habia apoderado de él, alguna ilusion lo tenia fascinado; se engañaba sobre un hecho, sobre un acto, sobre una medida, sobre una ley; se encolerizaba, salia de la calma soberbia que constituye su mayor é inmensa fuerza; se agolpaba á las plazas públicas con rugidos semejantes al oleaje formidable; y se comenzaba una sublevacion, una insurreccion, la guerra civil, la revolucion quizás.

Pero la tribuna estaba ahi. Alzábase en el seno de ella una voz querida que decia al pueblo:

—¡Detente, mira, escucha, calcula!

Si forte virum quem conspexere silent[44]; eso era verdad en Roma lo mismo que lo era en París; el pueblo se detenia, callaba.

¡Oh tribuna! ¡pedestal de los varones esforzados, tabernáculo de donde salian la elocuencia y con ella la ley, la autoridad, el patriotismo, la abnegacion y las grandes ideas, frenos del pueblo, bozales de los leones, yo te saludo, yo te venero!

En sesenta años han tomado la palabra en aquel lugar que es el mas sonoro del mundo, los ingenios mas sobresalientes, toda clase de inteligencias, toda clase de almas grandes.

Desde la primera Asamblea Constituyente hasta la última, desde la primera Asamblea Legislativa hasta la última, a través de la Convencion, de los Consejos y de las Cámaras, contad si es posible los grandes hombres que en ella han figurado. Es una enumeracion de Homero. Examinad la série, y ¡cuántas figuras encontrareis desde Danton hasta Thiers que se contrastan evidentemente! ¡cuántas que se parecen desde Barrere hasta Baroche, desde Lafayette hasta Cavaignac!

A los nombres que hemos ya mencionado, esto es, Mirabeau, Vergniaud, Danton, Saint Just, Robespierre, Camilo Desmoulins, Manuel, Foy, Royer, Collard, Chateaubriand, Thiers, Guizot, Ledru-Rollin, Berryer, Lamartine, añadid estos otros diversos, enemigos á veces, sabios, artistas, hombres de Estado, militares, jurisconsultos, demócratas, monárquicos, liberales, socialistas, republicanos, famosos todos, ilustres algunos, coronado cada uno con la aureola que le es propia: Barnave, Cazalés, Maury, Mounier, Thouret, Chapalier, Petion, Buzot, Brissot, Sieyes,

Condorcet, Cherier, Carnot, Lanjuinais, Pontecoulant, Cambaceres, Talleyrand, Fontanes, Benjamin Constant, Casimiro Perrier, Chauvelin, Voyer d'Argenson, Laffitte, Dupont (de l'Eure), Camilo Jordan, Lainé, Fitz James, Bonald, Villele, Martignac, Cuvier, Villemain, los dos Lameth, los dos David, el pintor del 93, el escultor del 48, Lamarque, Maugint, Odilon Barrot, Arago, Garnier Pagés, Luis Blanc, Marcos Dufraisse, Lamennais, Emilio de Girardin, Lamoricieres Dufaure, Cremieux, Miguel (de Bourges), Julio Favre…

¡Cuántos talentos! ¡cuántas y cuan diversas aptitudes! ¡cuántos servicios prestados a la patria! ¡cuántas luchas de las verdades contra los errores! ¡cuánta agudeza de ingenio, cuántos trabajos en provecho del progreso! ¡cuanta sabiduría, filosofia, pasion, conviccion, esperiencia, simpatía y elocuencia! ¡cuánto calor esparcido y fecundizado! ¡cuán inmensos raudales de luz!

Y no se crea que los hemos nombrado a todos. Para servirnos de una expresion que se toma algunas veces del autor de ese libro, diremos que «hemos pasado en silencio los mejores».

Ni siquiera hemos mencionado á la valerosa legion de jóvenes oradores que en estos últimos años descollaba en la izquierda de la Cámara, Arnauld (de l'Ariege), Bancel, Chauffour, Pascal Duprat, Esquirós, de Flotte, Farcounet, Victor Hennequin, Madier de Monjau, Morellet, Noel, Parfait, Pelletier, Sain, Versigni.

Insistamos en ello, partiendo desde Mirabeau ha existido en el mundo, en la civilizacion, en la sociabilidad humana, un punto culminante, un lugar central, un foco, una cumbre. Esta cumbre ha sido la tribuna francesa, admirable punto de indicacion para las generaciones actuales, deslumbradora cima para los tiempos pacíficos, faro resplandeciente en la oscuridad de las catástrofes.

Todos los pueblos de la tierra, desde los últimos confines del mundo inteligente, fijaban la vista en esa faz radiante del espíritu humano, y cuando les envolvia alguna noche repentina, sentian venir desde allí una voz poderosa que les hablaba en medio de las tinieblas, *admonet et magna testatur voce per umbras*. Voz que de pronto, cuando habia llegado la hora, como el canto del gallo anunciando el alba, como el graznido del águila llamando al sol, resonaba como el clarin de guerra ó como la trompeta del juicio final y hacia poner de pié á todas las naciones heróicas que parecian haber muerto, precisándolas á que se mostrasen terribles y agitando las túnicas de su mortaja, buscando las espadas en sus sepulcros. Asi les sucedia á Polonia, Hungría é Italia.

Y entonces á la voz de Francia se entreabria el esplendoroso cielo del porvenir, y doblaban la cerviz en las tinieblas de abajo los antiguos despotismos obcecados y llenos de terror y espanto, y se veia á la Libertad, al Arcángel de los Pueblos, apoyando sus piés en el espacio, blandiendo la espada de fuego, mecerse sobre la humanidad con la frente adornada de estrellas y sus inmensas alas abiertas en la inmensidad etérea.

La tribuna francesa era el terror de todas las tiranías y de todos los fanatismos, á la par que era la esperanza de todos los oprimidos debajo del cielo. Cualquiera que subiese en aquel baluarte de la libertad sentia en sí y distintamente los latidos del gran corazon de la humanidad; alli con tal que fuese un hombre de buena voluntad, su alma se engrandecia y traspasaba resplandeciente los límites de aquel recinto; un algo de universal se apoderaba de él y henchia su espíritu como las brisas hinchan la vela; mientras se hallaba en aquellas cuatro tablas se sentia mas potente y de mejor condicion, se sentia en aquel momento sagrado vivir de la vida colectiva de las naciones, y le ocurrian palabras buenas para todos los hombres; contemplaba fuera de la Asamblea agrupada á sus piés y á menudo tumultuosa, al pueblo atento y grave prestando oido é imponiéndose silencio, y mas allá del pueblo, al género humano pensativo sentado á la redonda y escuchándole.

Tal era aquella gran tribuna desde donde un hombre hablaba al mundo entero.

De aquella tribuna, siempre vibrante, partian perpétuamente una especie de ondas sonoras, de inmensas oscilaciones de sentimientos é ideas que de circulo en círculo, de zona en zona, llegaban á los confines de la tierra y removian las olas inteligentes que llamamos almas humanas.

Muchas veces se ignoraba porque aquella ó la otra ley, porque aquella ó la otra construccion ó institucion cambiaban en algun punto muy léjos de las fronteras, mas allá de los mares, el papado allende los Alpes, el trono del czar de Rusia á la estremidad de la Europa, la esclavitud en América, la pena de muerte en todas partes. Era porque la tribuna de Francia se habia estremecido. En ciertas ocasiones un estremecimiento de dicha tribuna era mas terrible que un terremoto.

La tribuna francesa hablaba, y todo lo que piensa aquí en la tierra, se ponia meditabundo; las palabras pronunciadas se internaban en la oscuridad a través del espacio, al azar, á donde quiera que fuese; (no es mas que viento, no es mas que ruido, decian las almas estériles que solo viven de ironía) y al dia siguiente, ó tres meses despues, ó pasado un año, caia alguna cosa sobre la faz del globo ó surgia repentinamente una importante cuestion de la humanidad.

¿Cuál era la causa?

La causa era aquel ruido que se habia desvanecido, aquel viento que habia pasado; porque aquel ruido, porque aquel viento, era el Verbo.

¡Fuerza sagrada y omnipotente!… Del Verbo de Dios salió la creacion del universo; del Verbo del hombre saldrá la sociedad de los pueblos.

El hombre que subia a la tribuna de Francia, no era un hombre ya, era el misterioso obrero que se ve por la tarde al anochecer caminando á grandes pasos por entre los surcos y lanzando en el espacio con imperioso ademan los gérmenes, las semillas, las mieses del porvenir, la riqueza del verano próximo, el pan de la vida espiritual, la vida del alma.

Iba y venia, volvia y tornaba, su mano se abria y vaciaba para llenarse y vaciarse otra y otras veces; la sombría llanura cambiaba de aspecto y se entreabria la profunda

naturaleza; comenzaba su trabajo el abismo insondable de la creacion; descendian los rocios suspendidos en el espacio; la hebra del débil trigo se agitaba pensando en la espiga que le sucederia; el sol escondido hasta entonces allende el horizonte, ama lo que aquel hombre hace, y sabe que no serán inútiles sus rayos de calor y luz. ¡Obra santa y maravillosa! deja que te admire y te contemple.

Si, el orador es el sembrador. Toma de su corazon los instintos, pasiones, sufrimientos, creencias, ensueños é ideas, y los arroja á manos llenas en medio de los hombres. Cada cerebro es para él un surco.

Una palabra caida desde lo alto de la tribuna se arraiga siempre en alguna parte y mas o menos pronto produce fruto. Algunos ilusos dicen en son de burla:

—Todo ello no es nada, es solo un hombre que habla.

Y se encojen de hombros con la misma satisfaccion que tendrian si hubiesen dicho una verdad profunda.

¡Espíritus ciegos! ¿no veis vosotros en el tribuno el porvenir que germina, el mundo que se abre cual capullo de misteriosa flor?

CAPÍTULO III

¿Qué ha derrocado Luis Bonaparte?

I

Dos son los grandes problemas que ha de resolver la humanidad: la desaparicion de la guerra y la continuacion de la conquista.

Ambas necesidades de la civilizacion creciente parecian excluirse. ¿Cómo satisfacer á la una sin perjudicar á la otra?

¿Quién podria resolver a la vez ambos problemas? ¿quién los resolvia?

La tribuna.

Porque la tribuna es la paz, porque la tribuna es la conquista.

¿Quién pretende las conquistas por medio de la espada?

Nadie; pues los pueblos son pátrias.

¿Quién quiere las conquistas por medio de las ideas?

Todos los hombres; pues los pueblos son la humanidad.

Ahora bien, dos tribunas elocuentes dominaban á las naciones; la tribuna inglesa tratando negocios mercantiles, y la tribuna francesa creando las ideas.

II

La tribuna francesa habia ido elaborando desde 1789 todos los principios que constituyen lo absoluto político, y desde 1848 habia comenzado a elaborar los principios todos que entraña lo absoluto social.

Una vez salido un principio de la oscuridad y espuesto a la luz del sol, la tribuna francesa lo lanzaba al mundo armado de todas armas y le decia:

—¡Anda, anda adelante!

Y el principio conquistador entraba en campaña, encontraba en la frontera á los carabineros, pero pasaba á pesar de los perros del guarda; encontraba los centinelas en las puertas de las ciudades, pero entraba á pesar de las consignas; tomaba el tren de los Ferro-carriles, entraba en los buques, recorria los continentes, atravesaba los mares, salia al encuentro de los caminantes, se sentaba al hogar de las familias, se deslizaba entre el amigo y el amigo, entre el hermano y el hermano, entre el hombre y la mujer, entre el señor y el esclavo, entre el pueblo y el rey, y á los que le preguntaban:

—¿Quién eres?

—Soy la verdad, respondia.

Y á los que le preguntaban:

—¿De dónde sales?

—Vengo de Francia, respondia.

Entonces el que le preguntára, le tendia la mano; y dicha conquista era mejor que una provincia conquistada, era una inteligencia anexionada.

Y de allí en adelante se establecia entre París, metrópoli, y aquel hombre aislado en su soledad, y aquella ciudad perdida en el fondo de los bosques ó de las estepas, y aquel pueblo encorvado bajo el yugo, una corriente de ideas y de amor.

Bajo la influencia de tales corrientes iban debilitándose ciertas nacionalidades, y otras se fortificaban y realzaban. El salvaje se sentia menos salvaje, el turco menos turco, el ruso menos ruso, el húngaro mas húngaro, el italiano mas italiano.

El espíritu francés se asimilaba asi lentamente y por grados las naciones por medio del progreso universal.

III

Merced á la admirable lengua francesa compuesta por la Providencia con maravilloso equilibrio de bastantes consonantes para que los pueblos del Norte pudiesen pronunciarla, y de bastantes vocales para que los pueblos del Mediodia pudiesen pronunciarla tambien; merced á esa lengua que es una potencia de la civilizacion y de la humanidad, conquistaba paulatinamente y por solo su irradiacion, conquistaba, decimos, esa sublime tribuna central de París los diversos pueblos haciéndoles formar parte de Francia.

La frontera material de Francia era lo que era; pero no habia tratados de 1815 para la frontera moral. La frontera moral avanzaba sin cesar é iba dilatándose dia por dia, y tal vez antes de un cuarto de siglo se habria dicho: «el mundo francés», como en otros tiempos se decia: «el mundo romano».

He ahí lo que era, he ahí lo que hacia para la Francia esa tribuna, prodigioso púlpito de ideas, colosal máquina de la civilizacion que elevaba perpétuamente el nivel de las inteligencias en el universo mundo, y derramaba sobre toda la humanidad raudales enormes de luz.

Esa tribuna, esa es la que el señor Bonaparte ha suprimido.

IV

Si, el señor Luis Bonaparte ha derribado esa sublime tribuna, esa potencia creada por nuestros grandes acontecimientos revolucionarios, la ha despedazado,

pulverizado, aplastado, desgarrado con la punta de las bayonetas, y la ha hecho pisotear por sus caballos.

Su tio habia emitido el siguiente aforismo:

«El trono es una tabla cubierta de terciopelo».

Luis Bonaparte ha emitido el suyo que es el siguiente:

«La tribuna es una tabla cubierta de una tela en la cual se lee *Libertad, Igualdad, Fraternidad*».

Y ha echado la tabla, y la tela, y la Libertad, y la Igualdad, y la Fraternidad, al fuego de un vivac.

Y todo se ha reducido á una carcajada de los soldados, y un poco mas de humo.

¿Pero es verdad eso? ¿Es posible? ¿Eso ha pasado asi? ¿Se ha podido ver cosa semejante?

¡Oh Dios! sí; y hasta diremos que fué la cosa mas sencilla. Para cortar la cabeza de Ciceron y clavar sus dos manos en la rostra, basta un Bruto que tenga una cuchilla y otro Bruto que tenga clavos y martillo.

Para la Francia encerraba tres cosas la tribuna: un medio de iniciacion esterior, un procedimiento de gobierno interior y una gloria.

Luis Bonaparte suprimió la iniciacion.

Francia enseñaba a los pueblos y los conquistaba con el amor; pero ¿de qué servia eso?

Suprimió dicha forma de gobierno, porque la suya le pareció mejor.

Con su hálito emponzoñado sopló la gloria, y la gloria se apagó. Hay ciertos hálitos, hay ciertos soplos que tienen esa propiedad.

V

Por lo demás, atentar a la tribuna es un crimen ingénito en la familia.

El primer Bonaparte habia ya cometido ese crímen, pero á lo menos lo que habia traido á Francia para reemplazar á dicha gloria era tambien la gloria bajo otro aspecto; mas no era la ignominia.

Luis Bonaparte no se contentó con derrocar la tribuna, sino que quiso ridiculizarla. Es una hazaña como otra cualquiera. Es la cosa mas natural, cuando no se saben decir dos palabras seguidas, cuando se es tartamudo de palabra y de inteligencia, reirse un poco á espensas del gran Mirabeau.

El general Ratapoil decia al generel Foy:

—Cállate, charlatan.

¿Qué es la tribuna? esclama el señor Bonaparte Luis.

Es el «parlamentarismo».

¿Qué dices de parlamentarismo? Me gusta eso de parlamentarismo. Ese parlamentarismo es una joya.

Ved ahí porque medio tan sencillo se enriquece el diccionario de la lengua. ¡Ese acadénico de golpes de Estado inventa palabras!

Hombre, sí; pero en suma, no se puede ser bárbaro sin soltar de vez en cuando algun barbarismo. Eso tambien es sembrar. Luis Bonaparte es tambien un sembrador; su simiente germina en el cerebro de los necios.

El tio tenia los «ideólogos»; el sobrino tiene los «parlamentaristas».

Parlamentarismo, señores mios; parlamentarismo, herinosas señoras. Esa palabra responde á todo.

Algunos de vosotros se atreven á aventurar esta tímida observacion:

—Es tal vez repugnante que se hayan arruinado tantas familias, deportado á tantos hombres, proscrito á tantos ciudadanos, llenado tantas parihuelas, cavado tantas fosas, derramado tanta sangre…

—¡Pardiez! ¡cómo se entiende! replica una voz ahuecada y un si es ó no es de acento holandes; ¿acaso sentis haber obtenido el parlamentarismo?

Deducid de eso.

Parlamentarismo es un hallazgo.

Regalo mi voto al señor Luis Bonaparte para el primer puesto vacante del Instituto.

Pues ¿qué os estraña? ¿no se debe fomentar y alentar la neologia?

Ese hombre sale del osario, ese hombre sale de entre una horrible matanza, ese hombre tiene las manos humeantes de sangre cual si fuera un cortador, se rasca la oreja, se sonrie é inventa vocablos como Julia de Angennes.

Luis Bonaparte mezcla de esa suerte el olor del palacio de Rambouillet con el de Montfaucon. ¡Rarísimo caso!

¿No es verdad, señor de Montalembert, que los dos votaremos por él?

VI

El parlamentarismo, pues, es decir, la garantía de los ciudadanos, la libertad de discusion, la libertad de imprenta, la libertad individual, el registro de los impuestos, la claridad en las entradas y en los gastos, la cerradura de seguridad del erario público, el derecho de saber lo que se hace tu dinero, la sólidez del crédito, la libertad de conciencia, la libertad de cultos, el punto de apoyo de la propiedad, el recurso contra las confiscaciones y despojos, la seguridad individual, el contrapeso de la arbitrariedad, la dignidad de la nacion, el esplendor de Francia, las buenas costumbres de los pueblos libres, la iniciativa pública, el movimiento y en fin todo lo que es la vida, no existe ya. Todo ha sido borrado, aniquilado, destruido, desvanecido.

Todo ese rescate no le ha costado á Francia mas que la fríolera de veinte y cinco millones de francos repartidos entre doce ó quince «salvadores» y cuarenta mil francos de aguardiente por cada brigada.

No podemos quejarnos, porque en verdad: la cosa no es cara. Los señores del golpe de Estado han trabajado á precio muy bajo.

Hoy es un hecho consumado, perfecto y completo. La yerba brota en el palacio de Borbon. Empieza á crecer un bosque virgen entre el puente de la Concordia y la plaza de Borgoña. Se distingue en medio de la maleza la garita del centinela. El cuerpo legislativo derrama su urna de agua en los cañaverales y corre el agua con blando murmullo al pié de esa garita.

Hoy está terminada y completada la obra colosal. ¡Dios poderoso, qué resultados nos presenta á la vista!

¿Sabeis vosotros, franceses, que los señores Fulano, Zutano, Mengano, etc. han ganado casas en la ciudad y casas de campo en solo el Ferro-carril de circunvalacion?

Haced negocios, franceses, regalaos, llenad el estómago, puesto que no se trata ya de ser miembros de un gran pueblo, de un pueblo poderoso, de una nacion libre, de ser un foco de luz esplendiente; Francia ya no necesita ver claro. Ved ahí un resultado feliz.

VII

Francia vota á Luis Napoleón, tiene á Luis Napoleón, engorda á Luis Napoleón, contempla á Luis Napoleón, admira á Luis Napoleón, y se queda embobada, hecha una estúpida. Hemos alcanzado al fin la cumbre de la civilizacion.

Hoy ya tenemos mas alboroto, mas zipizape, mas batahola, mas parleria, parlamento y parlamentarismo.

El cuerpo legislativo, el senado, el consejo de Estado son bocas cerradas, selladas y cosidas.

No hay ya temor de que por la mañana al despetar podamos leer un hermoso discurso.

Se acabó todo lo que pensaba, todo lo que meditaba, todo lo que creaba, todo lo que hablaba y escribia, todo lo que brillaba, todo lo que resplandecia en medio de ese pueblo grande.

Sí, gloriaos, franceses, erguid la cabeza, franceses, porque si vosotros no sois nada, ese hombre en cambio lo es todo. Tiene en su mano encerrada vuestra inteligencia lo mismo que un niño tiene en ella un pajarito.

El dia que se le antoje aplastará de un puñetazo el génio de Francia; mas esto, no obstante, será ahorrarse un alboroto.

Y entre tanto, repitámoslo en coro, tendremos mas parlamentarismo, ¡y mas tribuna tambien! ¡quién lo duda!

En vez de las elocuentes voces que dialogaban para enseñanza del mundo entero, que eran una la idea, otra el hecho, otra el derecho, otra la justicia, otra la gloria, otra la fé, otra la esperanza, otra la ciencia, otra el genio, y que instruian, encantaban, tranquilizaban, consolaban, alentaban, fecundizaban; en vez, decimos, de todas esas voces sublimes y elocuentes ¿qué es lo que se oye en medio de la noche horrorosa que cubre a Francia? El ruido de una espuela que suena y de un sable que se arrastra por el suelo.

¡Aleluya! esclama el señor Sibour.

¡Hosanna! responde el señor Parisis.

¡Oprobio y baldon! repiten los ecos.

LIBRO SEXTO

LA ABSOLUCIÓN

CAPÍTULO PRIMERO

Forma de la absolucion, Los 7.500,000 votos.

I

—¿En que pensais? ¿estais soñando? nos dicen algunos; todos esos hechos que calificais de crímenes son desde ahora hechos consumados, y por consiguiente respetables.

Sí, todo eso contra lo cual clamais es aceptado, todo eso es adoptado, todo eso es legitimado, todo eso está encubierto, todo eso está absuelto.

¡Aceptado, adoptado, legitimado, encubierto, absuelto!

—¿Por quién, ó por qué?

—¿A qué viene preguntarlo, si lo sabeis lo mismo que todos?

—No lo sé.

—Pues bien, por una votacion.

—¿Qué votacion?

—La votacion de siete millones quinientos mil votos.

—¡Ah! es verdad; teneis mucha razon. Se ha verificado un plebiscito y una votacion y han hablado 7.500,000 votos ó sea bocas que han dicho SÍ.

Hablemos de todo eso.

II

Un bandido para una diligencia en un recodo de un bosque.

Es el jefe de una cuadrilla que le obedece á ciegas.

Los viajeros son mas numerosos; pero están separados, divididos en varios compartimientos, la mitad casi dormidos, puesto que se les ha sorprendido en medio de la noche y han sido cogidos sin armas y sin estar prevenidos.

El bandido les manda bajar de la diligencia, les amenaza pistola en mano, para que no profieran ni un grito, para que no digan palabra, y les obliga á tenderse boca abajo en tierra.

Algunos se resisten, y de un tiro les hace saltar la tapa de los sesos.

Los otros obedecen y se tienden al suelo mudos, inmóviles, aterrorizados, confundidos con los muertos y semejantes á los muertos.

El bandido mientras sus cómplices tienen sujetos á los pobres viajeros que se sienten el pié en los riñones y el cañon de la pistola en la sien; el bandido, decimos,

entre tanto les registra los bolsillos, les fuerza las maletas y les roba lo mas preciso que tienen.

Los bosillos vacios, y las maletas robadas oyen que el golpe de Estado una vez terminado, les dice:

—«Ahora para ponerme en regla con la justicia, he escrito en un papel, que vosotros reconoceis que todo cuanto os he tomado me pertenecia y que vosotros me lo concedeis con entera libertad. Quiero que este sea vuestro dictámen. Van á daros al momento una pluma á cada uno y sin decir palabra, sin hacer un gesto, sin dejar la actitud en que estais…».

(Con el cuerpo en tierra y la cara en el lodo…)

«Estendereis el brazo derecho, y todos firmareis este papel. Si algunos se mueven ó hablan tengo aquí la boca de mis pistolas que les contestarán. Por lo demás, sois libres».

Los viajeros alargan el brazo y firman todos.

Terminada la operacion, dice el bandido irguiendo la cabeza:

—¡Tengo siete millones quinientos mil votos!

III

El señor Luis Bonaparte es el presidente de dicha diligencia.

Recordemos algunos principios.

Para que sea válido un escrutinio político es preciso que tenga tres condiciones absolutas:

Primera: que el voto sea libre.

Segunda: que el voto sea instruido.

Tercera: que la cifra sea sincera.

Si le falta alguna de estas tres condiciones el escrutinio es nulo.

¿Y qué será si le faltan las tres á la vez?

Apliquemos dichas reglas.

Primera: *que el voto sea libre*.

Acabamos de decir cual fué la libertad de la votacion del 20 de diciembre; hemos espresado esta libertad con una imagen de evidencia palmaria. Podriamos dispensarnos de añadir cualquiera otra palabra.

Recojase en su interior cada uno de los que votaron y pregúntese bajo que violencia moral y material depositó su papeleta en la urna.

Podríamos citar tal punto del Yona donde de quinientos jefes de familia fueron presos cuatrocientos treinta; los demás votaron SÍ.

Podriamos citar tal punto del Loiret donde de seiscientos treinta y nueve jefes de familia, fueron presos ó espulsados cuatrocientos noventa y siete; los ciento cuarenta

y dos «libres» votaron que Sİ.

Y lo que decimos del Loiret y del Yona podríamos decirlo de todos los departamentos.

IV

Desde el dia dos de diciembre cada ciudad, cada villa tiene su enjambre de espias; cada pueblo, cada aldea, cada cabaña tiene su delator.

Votar NO era la cárcel, era el destierro, era Lambesa.

«En las aldeas de tal departamento se traian á la puerta de las alcaldías, nos decia un testigo ocular, asnos cargados de papeletas que llevaban SÍ. Los alcaldes custodiados por los guardas rurales, las repartian á los aldeanos. Era preciso votar; no se podia emplear siquiera el retraimiento».

En Savigny, cerca de San Mauro, declaraban dos gendarmes entusiastas la mañana del dia de votacion, que el que votaria NO no dormiria en su cama.

La gendarmería llevó á la cárcel de Valenciennes al señor Parent, hijo, suplente del juez de paz del canton de Bouchain por haber aconsejado que votasen NO á los habitantes de Avesne le Sec.

El sobrino del diputado Aubry, (du Nord) vió distribuir por los agentes del gobernador papeletas que decian Sí, en la plaza mayor de Lille; bajó á esta plaza al dia siguiente y distribuyó papeletas que llevan NO. Prendiéronle al punto, y lo metieron en la ciudadela.

En cuanto a la votacion del ejército, una parte votó en su propia causa. El resto siguió como era de esperar, el ejemplo de sus compañeros.

V

Por lo tocante á la libertad y validez de esa votacion de los soldados, oigamos hablar al ejército mismo.

He aqui lo que escribió un soldado del sexto regimiento de línea, mandado por el coronel Garderens de Boisse:

«Respecto a la tropa» la votacion fué una especie de revista. Los subtenientes, los cabos, tambores y soldados, colocados todos por órden de lista, eran llamados por el capitan de la compañia en presencia del coronel, del teniente coronel, del comandante y de los oficiales del batallon, y á medida que era llamado cada uno respondia:

—«*Presente.*

»Su nombre era inscrito por el sargento mayor. El coronel decia frotándose las manos:

—»A fé mia, señores, que esto va lo mismo que un coche de muelles.

»Cuando un cabo de la compañia á la cual pertenezco se acercó á la mesa á que estaba el sargento mayor, y pidió á este que le diese una pluma para escribir por sí mismo el nombre en el registro que decia NO, y que estaba todo en blanco, le dijo el coronel çon cierto aire de bondad:

—»¡Cómo! ¿Usted que está señalado para ser sargento y que van á ascenderle á la primera vacante, desobedece formalmente á su coronel en presencia misma de su compañia? Y pase que esta negacion que hace V. en este momento fuese tan solo un acto de insubordinacion. ¿Pero no sabe Usted, desgraciado, que con ese voto reclama V. la destruccion del ejército, el incendio de la casa de su padre, el desquiciamento de la sociedad entera? ¿Como osa Usted tender la mano á la crapula? ¿A mí que quería ascenderle, me viene Usted hoy á confesar todo eso?

»El pobre hombre, como se comprenderá, se dejó inscribir lo mismo que los demás».

VI

Multiplicad ese coronel por seis cientos mil, y tendreis la presion de los funcionarios de toda especie, militares, políticos, civiles, administrativos, eclesiásticos, judiciales, aduaneros, municipales, escolares, comerciales, consulares, en toda Francia, sobre el soldado, el propietario y el aldeano. Añadid, como hemos indicado mas arriba, el falso jacobinismo comunista y el verdadero terrorismo bonapartista, el gobierno pesando por la fantasmagoria sobre los débiles y por la dictadura sobre los recalcitrantes, y agitando dos espantajos á la vez.

Seria menester un volumen especial para referir, esponer y profundizar los innumerables pormenores de esa inmensa estorsion de firmas que se llama votacion del 20 de Diciembre.

La votacion del 20 de Diciembre ha derribado el honor, la iniciativa, la inteligencia y la vida moral de la nacion.

Francia fué á dicha votacion, como van las reses al matadero.

VII

Pasemos adelante.

Segundo *que el voto sea instruido*.

Nos esplicaremos.

He aquí un principio elemental: donde quiera que no haya libertad de imprenta no puede haber voto. La libertad de imprenta es la condicion *sine qua non* del sufragio

universal. Nulidad radical de todo escrutinio practicado en ausencia de la libertad de imprenta.

La libertad de imprenta tiene como corolarios necesarios la libertad de reunion, la libertad de anuncios, la libertad de publicacion y todas las libertades que engendra el derecho, preexistente á todo, de enterarse, de instruirse antes de votar.

Votar es gobernar, votar es juzgar.

¿Puede alguno figurarse un piloto ignorante del gobernalle?

¿Puede alguno figurarse un juez sordo y ciego?

Libertad, pues, libertad de instruirse por todos los medios, por la investigacion, por la prensa, por la palabra, por la discusion.

Tal es la garantia espresa y la condicion de ser del sufragio universal.

Para que una cosa tenga toda la validez, es preciso que se practique con conciencia.

Donde no hay luz, no se puede ver lo que se hace.

Fuera de estos axiomas, todo es nulo por sí mismo.

Ahora bien, vamos a ver si el señor Bonaparte en su escrutinio del 20 de diciembre obedeció á tales axiomas.

¿Llenó las condiciones de la prensa libre, de las reuniones libres, de la tribuna libre, de los anuncios libres, de la publicacion libre, de la investigacion libre?

Una inmensa carcajada salida del mismo Eliseo se encarga de respondernos.

VIII

¿Con qué es verdad que vosotros mismos os veis obligados á confesarlo? ¿Con qué es verdad que habeis hecho practicar el «sufragio universal» de esa manera?

¡Cómo! dice el pueblo, yo no sé nada de lo que ha pasado. Se ha matado, degollado, ametrallado, asesinado, ¡y yo lo ignoro!

Se ha secuestrado, torturado, espulsado, desterrado, deportado, y yo apenas lo vislumbro.

El alcalde y el párroco de mi pueblo me dicen que aquella gente que llevan atada con cuerdas es gente que ha condenado el tribunal de justicia.

Yo soy un aldeano que cultiva un rincon de tierra en el fondo de una provincia; suprimes el periódico, sofocas las revelaciones, impides que la verdad llegue hasta mi y luego ¡me haces votar!

¡Cómo! ¡en medio de la noche mas profunda! ¡cómo! ¡á tientas! ¡cómo! ¡sales bruscamente de la sombra y sable en mano me dices VOTA, y á eso le llamas un escrutinio!

Si por cierto, un escrutinio «libre y espontáneo» dicen las hojas impresas del golpe de Estado.

Todos los rodages han trabajado en esa titulada votacion.

Un alcalde de aldea especie de Escobar rústico y salvaje decia en campo raso á sus aldeanos:

Si votais SÍ, es para la república; si votais NO, es contra la república.

Los aldeanos votaron SÍ.

IX

Además, examinemos otra cara de esa torpeza que llaman «el plebiscito del 20 de diciembre».

¿Cómo se planteó la cuestion?

¿Hubo eleccion posible?

¿Se abrió, y esto era lo menos que debia haber hecho un hombre de Estado en un escrutinio tan estraño como el que lo ponia todo en cuestion; se abrió, decimos, la puerta á cada partido por la cual pudiesen entrar sus principios?

¿Se permitió á los legitimistas que volviesen el rostro á su monarca desterrado y á la gloria antigua de las flores de lis?

¿Se permitió a los orleanistas que volviesen el rostro á esa familia proscrita á la cual honran los generosos y brillantes servicios de dos soldados, el señor de Joinville, el señor de Aumale, y á la cual ilustra una alma tan grande como la de la señora duquesa de Orleans?

¿Se ofreció al pueblo, á él, que no es un partido, sino que es el pueblo, es decir, el soberano; se le ofreció, decimos, esa República verdadera ante la cual se desvanece toda monarquía como la noche ante la luz del sol; esa República que es el porvenir evidente é ineludible del mundo civilizado; la República sin dictadura; la República de concordia, ciencia y libertad; la República del sufragio universal, de la paz universal y del bienestar universal; la República iniciadora de los pueblos y libertadora de las nacionalidades; esa República que al fin y al cabo y por mas que se haga «tendrá» como ha dicho en otra parte[45] el autor de este libro, «Francia mañana y Europa pasado mañana»?

¿Se ofreció nada de eso?

No.

He aquí como presentó la cuestion el señor Bonaparte: Hubo en ese escrutinio dos candidatos: primer candidato, el señor Bonaparte; segundo candidato, el abismo. Francia tuvo en que escoger.

Admirad la astucia del hombre y admirad tambien algo, si os parece bien, su humildad.

El señor Bonaparte se dió por antagonista en dicha ocasion ¿á quien diriais? ¿Al señor de Chambord? No. ¿Al señor de Joinville? No ¿La República? Menos.

El señor Bonaparte lo mismo que esas lindas criollas que hacen resallar su hermosura por medio de alguna horrible mujer de Hotentocia, se dió por contrario en dicha eleccion un fantasma, una vision, un socialismo de Luremberg, con colmillos y uñas afiladas y con un ascua encendida en cada ojo, el coco del Petit Poucet el vampiro de la puerta de san Martin, la hidra de Terameno la gigantesca serpiente marítima del *Constitucional* que los accionistas tuvieron la galanteria de prestarle, el dragon del Apocalipsis, la Tarasca, la Graouilli, un endriago, un grifo, un espectro, un espantajo.

Ayudado de un Rugiero cualquiera, el señor Bonaparte hizo sobre este monstruo de carton un efecto de fuego de bengala rojo, y dijo al elector aterrorizado:

—No hay nada posible mas que esto ó yo; elige.

—Y luego como queriendo penetrar mayor espanto en el votante añadió:

—Elige entre la hermosa y la fiera; la fiera es el comunismo, la hermosa es mi dictadura. ¡Elige! Yo ó el Espantaniños.

El propietario asustado y por consiguiente niño, el aldeano ignorante y por consiguiente niño, prefirieron Bonaparte á Espantaniños. Ahí está el triunfo.

Digamos sin embargo que de diez millones de electores, parece que quinientos mil hubieran preferido á Espantaniños.

Pero de todos modos, el señor Bonaparte solo obtuvo siete millones quinientos mil votos.

X

Ahora bien, á una especie de votacion verificada de una manera tan libre como sabemos, de una manera tan esclarecida y discutida como sabemos, fue lo que el señor Bonaparte tuvo la bondad de llamar sufragio universal. ¿Y qué votó ese sufragio?

La dictadura, la autocracia, la esclavitud, la República podestado, la Francia pachálica, las cadenas en todas las manos, la mordaza en todas las bocas, el silencio, la abyeccion, el miedo, el espionaje.

Con dicho sufragio universal se dió a un hombre, al infame Luis Bonaparte, la omnipotencia y la omniciencia.

Se hizo de un hombre tal el supremo constituyente, el único legislador, el alfa del derecho, el ómega del poder.

Se decretó que era un Minos, que era un Numa, un Solon, un Licurgo.

¡Encarnóse en él el pueblo, la nacion, el Estado, la ley!

¿Y por cuanto tiempo?

Por diez años.

¡Cómo! ¿yo ciudadano, tuve que votar no solamente mi desapropiacion, mi abdicacion y mi infortunio, sino tambien la abdicacion por diez años de generaciones nuevas el sufragio universal, sobre las cuales no tenia ningun derecho, sobre las cuales, tú, usurpador, me obligas á usurpar lo que por si solo, digámoslo de paso, bastaria para demostrar la nulidad de ese monstruoso escrutinio, si en él no estuviesen ya amontonadas, agrupadas, incluidas, amalgamadas todas las nulidades posibles?

¡Cómo! ¿eso me obligaste á practicar? Me hiciste votar que todo estaba concluido, que no habia ya nada, que el pueblo es un negro.

¡Cómo! ¿y aun osas decir:

—En atencion á que tú eres soberano vas á nombrarte un señor. En atencion á que eres Francia vas á convertirte en nuevo Haiti?

¡Abominable sarcasmo!

He ahí la votacion del 20 de diciembre, esa sancion como dice el señor de Morny, esa «absolucion» como dice el señor Bonaparte.

XI

No cabe duda que dentro poco, dentro un año quizá, ó dentro un mes ó tal vez dentro una semana, cuando se haya desvanecido todo lo que ahora vemos, nos causará alguna vergüenza, aunque no sea mas que por un minuto, el haber honrado con la discusion esa infame ficcion de sufragio universal que llaman los gobernantes el escrutinio de los siete millones y quinientos mil votos.

Ahí está, sin embargo, la única base, el único punto de apoyo, el único muro del prodigioso poder del señor Bonaparte.

Dicha votacion es la escusa tan solo de los cobardes; dicha votacion es la éjida de las conciencias deshonradas. Generales, magistrados, obispos, todos los crímenes, todas las prevaricaciones, todas las complicidades se refugian con su ignominia en esa execrable votacion.

—Francia habló, dicen ellos; *vox populi, vox Dei*, el sufragio universal votó; todo está cubierto con ese escrutinio.

¿Eso fué votacion, eso fué escrutinio? Escupamos en ello y pasemos de largo.

XII

Tercero: *que la cifra sea sincera*.

Me admira esa cifra de siete millones y quinientos mil votos. Sin duda debió de hacer buen efecto a través de la neblina del lº de enero en letras de oro de tres piés de alto en la fachada de nuestra Señora.

Me admira esta cifra y ¿sabeis por qué? ¿Porque la encuentro humilde?, ¡7.500,000! ¿Por qué 7,500,000? Es muy poco. Nadie escaseaba la medida al señor Bonaparte, nadie intentó escaseársela.

Despues de lo que habia hecho el 2 de Diciembre, tenia derecho á una cosa algo mejor; y además ¿quién le hubiera regateado?

¿Quién le impedia poner ocho millones, diez millones en cifra redonda?

De mí os diré que me engañé con mis esperanzas; pues contaba con la unanimidad de la nacion.

Señor golpe de Estado, es V. muy modesto.

¡Pero qué! se ha hecho todo lo que acabamos de recordar ó referir; se prestó un juramento al cual se faltó miserablemente; el que era guardian de la Constitucion, la ha destruido; el que era servidor de una República, la ha vendido; el que era el agente de unas cortes soberanas, las dispersó con violencia; el que daba la consigna militar, la convirtió en puñal para matar el honor militar; y se ha servido de la bandera de Francia para enjugarse el lodo y la vergüenza; y maniató á los generales de África; é hizo viajar á los representantes del pueblo en coches celulares, y llenó los presidios de Mazas, Vincennes, el monte Valerio y san Pelagio de hombres inviolabies. Ametralló á boca de jarro y en la barricada del derecho al legislador revestido de la banda sagrada y venerable de la ley, y dió á tal coronel, que podríamos nombrar, cien mil francos por hollar sus deberes, y á cada soldado diez francos diarios; gastó en cuatro dias cuarenta mil francos de aguardiente por brigada; cubrió con el oro de la Banca la alfombra del Eliseo, y dijo a sus amigos:

—¡Tomad! ¡tomad cuanto querais!

Y mató al señor Adde en su casa, y al señor Belval en su casa, y al señor Debaecque en su casa, y al señor Labilte en su casa, y al señor Couvercelle en su casa, y al señor Monpelas en su casa, y al señor Thirion de Montaubau en su casa, y mató en los Bulevares y otras partes, fusiló no se sabe donde ni á quien, cometió infinidad de asesinatos de los cuales tiene la modestia de confesar solamente ciento noventa y uno. ¡Cómo! Cambió los cuadrados huecos de los árboles del bulevar en otras tantas pilas de sangre, derramó la sangre del niño y la sangre de la madre, mezclando con una y otra el vino de Champañe de los soldados y gendarmes; ¡cómo! decimos, hizo todo eso, se tomó tanto trabajo, y cuando se pregunta a la nacion si está contenta, tan solo responden que SI siete millones y quinientos mil voces. Es una injusticia; mejor pago merecia.

Consagraos, pues, á la «salvacion de una sociedad». ¡Oh ingratitud de los pueblos!

Tres millones de bocas se han abierto es verdad para responder NO.

¿Quién era el que decia que los salvajes del mar del Sud llamaban á los franceses los *sí-sí*?

XIII

Hablemos formalmente, pues la ironia aflige en materias tan trágicas.

Hombres del golpe de Estado, nadie cree en vuestros siete millones y quinientos mil votos.

Ea; tened un rasgo de franqueza, confesad que todos sois muy zorros y sabeis hacer fullerias. Asi pues, la verdad, yo creo que en vuestro balance del 2 de Diciembre contais muchos votos… y pocos cadáveres.

¡Siete millones quinientos mil! ¿Qué cifra es esa? ¿De dónde sale? ¿Qué quereis que hagamos de ella?

¿Qué importa que sean siete millones, ú ocho millones, ó diez millones? Todo os lo concedemos, pero todo lo dudamos.

Teneis los siete millones y despues los quinientos mil, es decir la suma redonda y el pico; nada le falta. Así lo afirmas, señor Bonaparte, asi lo juras… mas ¿quién lo prueba?

¿Quién contó? Baroche.

¿Quién hizo el escrutinio? Rouher.

¿Quién registró? Pietri.

¿Quién sumó? Maupas.

¿Quién comprobó? Troplong.

¿Quién proclamó? Bonaparte.

Es decir, la bajeza conto; la necedad hizo el escrutinio; la truaneria registró; la falsedad sumó; la venalidad comprobó, y la mentira, proclamó.

¡Magnífico, soberbio!

Y asi el señor Bonaparte entra en el Capitolio; manda al señor Sibour que de las gracias á Júpiter; hace vestir una librea azul galonada de oro al senado, azul y galonada de plata al cuerpo legislativo, verde y galonada de oro á su cochero; lleva la mano á su corazon; declara que él es el producto del «sufragio universal», y que su «legitimidad» ha salido de la urna del escrutinio.

Dicha urna, señor mio, seria un cubilete de prestidigitador.

CAPÍTULO II

Partidarios del golpe de Estado del 2 de Diciembre y de su principal fautor.

I

Debemos declarar en alta voz clara y esplícitamente que en 20 de Diciembre de 1851, diez y ocho dias despues del primer acto del golpe de Estado, el señor Bonaparte metió la mano en la conciencia de cada uno y le robó su voto.

Hay pillos que tienen mucha destreza en robar un pañuelo de la faltriquera; Napoleón III la tuvo para robar el imperio.

Todos los dias vemos que por robos como el primero, un polizonte coge por el pescuezo á un hombre, y lo lleva a la sombra.

Entendámonos sin embargo.

¿Significa lo que hemos dicho que nosotros pretendemos afirmar que realmente nadie votó por el señor Bonaparte, que nadie dijo voluntariamente sí, que nadie aceptó libre y concientemente á dicho hombre?

Léjos de nosotros tal pretension.

El señor Bonaparte tuvo en favor suyo toda la caterva de empleados, el millon y doscientos mil parásitos del presupuesto y sus entrantes y salientes; los corrompidos, los comprometidos y los hábiles; y como es lógico y consecuente, los estúpidos que son una familia que siempre es numerosa.

II

El señor Bonaparte tuvo en favor suyo á los Exmos. Sres. cardernales, arzobispos y obispos; los Sres. canónigos, curas párrocos, vicarios, arcedianos, diáconos y subdiáconos; los Sres. prebendados, los frabriqueros, los sacristanes, bedeles, porteros de parroquia, y los hombres «religiosos» como se les llama.

Si, no tenemos inconveniente en confesar que Luis Napoleón tuvo de su parte a todos los obispos que se suscriben á Veuillot y Montalembert, y todos aquellos hombres religiosos, raza preciosa, antigua, acrecida, reclutada, corregida y aumentada considerablemente desde los terrores propietarios de 1848, los cuales ruegan á Dios en los siguientes ó parecidos términos:

—¡Dios mio, haced que suban las acciones de Lion! ¡Dulcísimo Jesús, hacedme ganar el veinticinco por ciento en los bonos napolitanos de Rothschild! ¡Santos apóstoles, vendedme el vino! ¡Bienaventurados mártires, doblad mis alquileres!

¡Santa Maria Madre de Dios, Virgen inmaculada, estrella del mar, huerto cerrado, hortus conclusus, dignaos dirigir una mirada favorable á mi pobre casa de comercio situada al estremo de la calle de Tira y mas Tira y de la calle de Venza quien Pueda! ¡Torre de marfil, turris ebúrnea, haced que el almacen de enfrente vaya mal!

Votaron real é incontestablemente por Bonaparte tres categorías.

1ª categoría, el empleado y sus satélites.

2ª a categoría, el nécio que abunda mucho.

3ª categoría, el volteriano propietario industrial católico, apostólico y romano.

III

Digámoslo de una vez, la inteligencia humana, y el intelecto del propietario en particular, tienen singulares enigmas. Lo sabemos y no tenemos deseo alguno de ocultarlo: desde el tendero hasta el banquero, desde el pobre mercader hasta el bolsista, existe en Francia gran número de comerciantes é industriales, es decir, gran número de esos hombres que saben lo que vale una confianza, bien fundada, lo que vale un depósito fielmente guardado, lo que vale una llave depositada en manos seguras, los cuales votaron despues del 2 de Diciembre á favor de Luis Bonaparte.

No obstante, si una vez consumada la votacion hubieseis interpelado á uno de esos hombres de negocios, á cualquiera, el primero que se os ofreciere, habriais podido entablar con él el diálogo siguiente:

—¿V. ha nombrado á Luis Bonaparte presidente de la República?

—Si.

—¿Le habria tomado V. por mozo de caja?

—Ciertamente que no.

Ved, pues, lo que fué aquel escrutinio (repitámoslo, insistamos en ello, no nos cansemos. *Clamo cien veces la misma cosa*, dice Isaias, *para que las entiendan una vez*,) ved, pues, lo que fué aquel escrutinio, aquel plebiscito, aquella votacion, aquel decreto soberano del sufragio universal á la sombra del cual se abrigan y del cual se forman un título de autoridad y un diploma de gobierno esos hombres que tienen hoy sometida la Francia, que la gobiernan, la dominan, la administran, la juzgan, la rigen con las manos metidas en el oro hasta los codos, y los piés en la sangre hasta las rodillas.

IV

Ahora y para acabar, hagamos una concesion al señor Bonaparte. Dejémonos de informalidades. Hablemos como los hombres graves.

El escrutinio del 20 de Diciembre fué libre, discutido é instruido; todos los periódicos imprimieron lo que vino en mientes. ¿Quién dice lo contrario? algunos calumniadores.

Abriéronse las reuniones electorales, las paredes de la ciudad desaparecieron bajo los carteles y anuncios; los transeuntes barrian con los piés en los bulevares, plazas y calles, una nevada de papeletas blancas, azules, encarnadas, amarillas; habló quién quiso, escribió el que le dió la gana; la cifra es sincera, pues no es Baroche el que contó sino Bareme.

Luis Blanc, Guinard, Felix Pyat, Raspail, Caussidiere, Thoré, Ledru Rollin, Estéban Arago, Albert, Barbés, Blanqui y Gent, fueron los escrutadores, y ellos mismos proclamaron los siete millones quinientos mil votos.

¡Está bien! concedemos todo eso. Pero ¿qué deduce de todo ello el golpe de Estado?

¡Lo que deduce!… se frota las manos y no pide nada mas, esto le basta; deduce que está bien, que todo está cubierto, que todo está terminado, que no hay nada mas que decir, que se le ha dado la absolucion, que…

Alto ahí.

La votacion libre, la cifra sincera, no es mas que la cara material de la cuestion; queda por lo tanto el lado moral.

—¡Cómo! ¿hay un lado moral? dirá tal vez Bonaparte.

—Si, principe, hay el lado moral que cabalmente es el lado verdadero, el lado principal y mas importante de la cuestion del 2 de Diciembre.

Pasemos á examinarlo.

CAPÍTULO III

¿Tiene el autócrata francés lo que se llama conciencia humana?

I

Antes de entrar en materia es menester, señor Bonaparte, que sepas un poco lo que es la conciencia humana.

Hay ciertas cosas en este mundo, ten muy presente esta novedad, que se llaman el bien y el mal.

Menester es que te revelen lo que es el bien y lo que es el mal: mentir no es bien, engañar traidoramente es mal, asesinar es peor.

Esto por mas que te parezca útil, está prohibido.

—¿Por quién? me dirás acaso.

Ya te lo explicaré mas tarde; ahora prosigamos.

El hombre, atiende tambien esta particularidad, es un ser pensador libre en este mundo y responsable en el otro.

Y ¡cosa extraña, que por cierto te sorprenderá! no ha sido únicamente creado para gozar, para satisfacer todos sus caprichos, para moverse al antojo de sus apetitos, para aplastar lo que tiene delante cuando camina, tanto si es una hebra de yerba como una palabra jurada, para devorar lo que se le presente cuando tiene ganas de comer. La vida no es su presa.

Pero poniendo un ejemplo mas palpable voy á demostrarte mi pensamiento. Para pasar de cero al año á un millon y doscientos mil francos, no está permitido hacer un juramento que no se tiene intencion de cumplir; y para pasar de mil doscientos mil francos á doce millones, tampoco está permitido destruir y pulverizar la Constitucion y las leyes de su pais, como tampoco echarse por asechanza encima de unas córtes soberanas, ametrallar á París, deportar á diez mil personas y proscribir á cuarenta mil.

II

Me parece, Luis Bonaparte, que algo entenderás de lo que llevo dicho; pero no obstante continuaré haciéndote penetrar en ese misterio singular.

Muy agradable es por cierto hacer calzar medias de seda á sus lacayos; pero para llegar á ese enorme resultado no está permitido suprimir la gloria y el pensamiento de un pueblo, derribar la tribuna central del mundo civilizado, poner trabas al progreso

del humano linaje y hacer correr torrentes de sangre por las calles de la capital de Francia.

Todo eso está prohibido.

—¿Por quién? me repetirás tal vez, puesto que estás acostumbrado á no ver á nadie que se le prohiba nada.

Paciencia; pronto lo sabrás.

—¡Cómo! dices con rebeldía, y lo comprendo muy bien; cuando se tiene por un lado su interés, su ambicion, su fortuna, su placer, la conservacion de un hermoso palacio en el arrabal de Saint Honoré, y por otro lado las jeremiadas y griterias de las mujeres á las cuales se les toman los hijos, de las familias á las cuales se arrebatan los padres, de los hijos á los cuales se quita el pan, del pueblo á quien se le confisca la libertad, de la sociedad á la cual se arranca el punto de apoyo que son las leyes; ¡pues qué! cuando existen por una parte esas griterías y por otra el interés, ¿no será permitido despreciar ese alboroto, dejar vociferar á todas esas gentes, destruir los obstáculos y dirigirse naturalmente allí donde uno ve su fortuna, su placer y el hermoso palacio del arrabal de Saint Honoré? ¡Eso es grande, eso es insensato!

Eso está prohibido, señor Bonaparte, digo yo.

III

—¡Cómo! ¿tendria que preocuparse uno de lo que tres o cuatro años atrás no se sabe cuando ni donde un dia de Diciembre que hacia mucho frio, que llovia, que habia necesidad de dejar un cuarto de la fonda para alojarse mejor?; tendria que preocuparse, digo, de haber pronunciado no se sabe sobre que, en un salon mal alumbrado en presencia de ochocientos ó nuevecientos imbéciles que creyeron una palabra de honor, estas seis letras: ¿LO JURO? ¡Pues qué! cuando se medita un «gran acto» ¿debiera pasarse el tiempo en interrogarse sobre lo que podrá resultar del partido que se toma; atormentarse la imaginacion por lo que se consumirá en las casamatas, por lo que pueda pudrirse en los pontones, por lo que muera cansado y asfixiado en Cayena, por lo que sea muerto á bayonetazos, por lo que sea aplastado por los adoquines, por lo que sea tan imbécil que se deje fusilar, por los que se arruinen, por los que sean desterrados? y porque todos esos hombres arruinados, desterrados, fusilados, asesinados ó que pudran en las calas, ó que mueran de fatiga en Africa hayan sido personas honradas que hayan cumplido con su deber, ¿habria de detenerme ante semejante bagatela? ¡Cómo! se tienen necesidades, se carece de dinero, se es principe, la casualidad os pone el poder en las manos, se acostumbra uno á mandar, autoriza loterías, hace esponer rieles de oro en el pasage de Jouffroy, todo el mundo abre sus faltriqueras y toma lo que puede, da una parte á sus amigos, á sus compañeros adictos y fieles á los cuales está agradecido, y cuando llega un momento

en que la indiscrecion pública se mete en el negocio, en que esa infame libertad de prensa quiere penetrar el misterio y en que la justicia se imagina que el asunto le compete, ¿tendria que salirse del Eliseo, dejar el poder y encaminarse estúpidamente á sentarse entre dos gendarmes en el banco que está ante el tribunal de la sexla cámara? No seamos bobos. ¿No es mucho mejor y mas sencillo sentarse en el trono imperial? ¿No es mucho mas sencillo destruir la libertad de imprenta? ¿No es mucho mas sencillo aniquilar la justicia? ¿No es mucho mas fácil y espedito someter los jueces á su dominio? Por otra parte, ellos lo quieren, ellos lo piden y están dispuestos á complacer la voluntad del presidente.

¿Y esto no estaria permitido? ¿Esto seria prohibido?

—Si, monseñor, eso está prohibido.

—¿Quién se opone á ello? ¿Quién es el que no lo permite? ¿Quién es el que prohibe?

IV

Señor Bonaparte, tú eres el amo, tienes ocho millones de votos para tus crímenes y doce millones de francos para tus placeres y orgias, tienes un senado y al señor Sibour en él, tienes ejércitos, cañones y fortalezas, Troplongs haciendo genuflexiones y Baroches que te hablan á gatas, eres déspota, eres omnipotente; pero alguno, perdido en la oscuridad, un transeunte, un desconocido, se levanta en presencia tuya y te dice:

—No harás eso.

Ese alguno, esa boca que habla en la sombra, á la cual no se ve pero se oye, ese transeunte, ese desconocido, ese insolente, es la conciencia humana.

He ahí ahora lo que es la conciencia humana. Es ese alguno, repito, que nadie ve y que es mas fuerte que un ejército, mas numeroso que siete millones y quinientos mil votos, mas alto que un senado, mas religioso que un arzobispo, mas jurisconsulto que Troplong, mas pronto en declarar cualquier clase de justicia que el señor Baroche, y que sin respeto grita sin cesar á Vuestra Majestad.

V

Profundicemos algo mas esas para ti novedades.

Sabe pues, señor Bonaparte, este axioma: lo que distingue al hombre del bruto es la nocion del bien y del mal, del bien y del mal de que te hablaba hace poco.

Ahí está el abismo.

El animal es un ser completo. Lo que constituye la grandeza del hombre es el ser incompleto; es el sentir por infinitos puntos fuera de lo finito, es el percibir algo mas allá de su existencia. Ese algo de mas allá es el misterio, es, para valerme de esas pobres espresiones humanas que son siempre sucesivas y que nunca espresan mas que una cara de las cosas, el mundo moral. El hombre se mece en ese mundo moral mucho mas que en el mundo material. Vive mas en lo que siente que en lo que ve. Por mas que la creacion le rodee, por mas que la necesidad le asalte, por mas que el placer le tiente, por mas que el animal que está en él le mortifique, una especie de aspiracion perpétua á otra region le impele irresistiblemente fuera de la creacion, fuera de la necesidad, fuera del placer, fuera del animal.

El hombre vislumbra siempre, en todas partes, á cada paso, á cada minuto, el mundo superior, y su alma se llena con dicha vision, y por él regula sus acciones. No se siente acabado en esta vida de aquí bajo. Lleva en sí, por así decirlo, un ejemplar misterioso del mundo anterior y ulterior, del mundo perfecto con el cual compara sin cesar y como á pesar suyo, el mundo imperfecto, y lo compara tambien consigo mismo y con sus enfermedades, y sus apetitos, y sus pasiones y acciones.

Cuando presiente el hombre que se acerca á dicho modelo, á dicho ideal, está contento; y cuando conoce que se aparta de él está triste. Comprende profundamente que no hay nada inútil ó amisible en este mundo, nada que no emane de alguna cosa ó que no tienda á alguna cosa. Lo justo, lo injusto, lo bueno, lo malo, las buenas obras, las malas acciones, caen en el abismo, pero no se pierden, se dirigen á lo infinito para cargo ó beneficio de los que las practican. Despues de la muerte se encuentran y se añaden al total. Perderse, desvanecerse, aniquilarse, dejar de ser, no es mas posible para el átomo moral que para el átomo material.

De ahi, pues, ese gran sentimiento doble en el hombre: el de la libertad y el de su responsabilidad. Le es dado ser bueno ó ser malo. Esa será cuenta suya y que algun dia tendrá que saldar. Puede ser culpable, y cosa sorprendente y en la cual insisto, eso demuestra su grandeza.

VI

Nada semejante sucede con el bruto. Para él no hay mas que el instinto: beber cuando tiene sed, comer cuando tiene ganas de comer, procrear cuando llega su estacion, dormir cuando el sol se pone, despertarse cuando se levanta ó hacer lo contrario si es animal nocturno.

El animal no tiene mas que una especie de yo oscuro al cual no ilumina ningun fulgor moral. Toda su ley, repito, es el instinto.

El instinto es la especie de rail sobre el cual fatal naturaleza arrastra al bruto.

Para este no hay libertad alguna; luego no le cabe responsabilidad; luego no le pertenece otra vida que la terrenal.

El bruto no hace bien ni hace mal; ignora. El tigre es un ser inocente.

¿Serias tú acaso inocente como el tigre?

Hay ciertas ocasiones en que ocurre la tentacion de creer que no teniendo mas aviso interior que él, no tienes mas responsabilidad de la que él tiene.

En verdad, hay horas en que te compadezco; pues ¡quién sabe! acaso no era mas que una malhadada fuerza ciega…

Señor Bonaparte, no tienes la nocion del bien y del mal. Eres quizás el único hombre de entre toda la humanidad que carezca de esa nocion. Eso te hace poner al frente del género humano. Sí, eres temible. Eso es lo que constituye, segun dicen, todo tu genio; lo concedo y conozco que de todos modos eso es lo que en la actualidad constituye todo tu poderio.

Pero ¿sabes lo que surge de ese género de poderío? el hecho si; pero no el derecho.

El crimen quiere engañar á la Historia tocante á su verdadero nombre, para lo cual le dice:

—Yo soy el buen éxito.

—Eres el crímen, replica la Historia.

Estás coronado y disfrazado.

—¡Abajo la máscara! grita la Historia: ¡abajo la corona!

CAPÍTULO IV

Concepto que forman del principe Napoleón sus propios partidarios.

I

Si, Luis Bonaparte, pierdes el trabajo y la molestia que te tomas; pierdes tus llamamientos al pueblo, tus plebiscitos, tus escrutinios, tus papeletas, tus sumas, tus comisiones ejecutivas proclamando el total, tus banderolas encarnadas ó verdes con esta cifra de papel dorado:

¡¡7.500,000 VOTOS!!

No sacarás nada de tanta ostentacion y aparato. Hay casos en que no se hace creer lo que uno quiere, por poderoso que sea, á la conciencia universal. El género humano considerado en globo es un sugeto honrado.

Y hasta aquellos que mas te cercan, te juzgan en su interior; porque todos, por malvados que seamos, tenemos conciencia. No hay nadie en tu servidumbre, tanto galoneada como bordada, tanto si es tu servidor en la caballeriza como si lo es en el senado, que no diga por lo bajo lo que yo soy osado decir en alta voz. Lo que yo proclamo, ellos lo balbucean entre dientes; he ahí toda la diferencia.

Eres omniponte, y se inclinan todos ante ti; nada mas. Te saludan pero con el color de la vergüenza en la cara, ó sino, en la conciencia.

Sienten su envilecimiento; pero conocen y se confiesan tu infamia.

¡Calle! puesto que estás resuelto á dar caza a los que llamas «revoltosos de Diciembre», puesto que contra ellos sueltas las jaurias, puesto que has instituido á un Maupas, y fundado un ministerio de policía especialmente para el objeto, voy a denunciarte un rebelde muy poderoso, un refractario pertinaz, un insurrecto implacable, la conciencia de cada uno.

II

Tú das dinero, pero es la mano quien lo recibe y no la conciencia.

¡La conciencia! inscríbele el nombre en tus listas de destierro; porque es una opositora terca, obstinada, pertinaz, inflexible, que a todas partes lleva el desórden.

Arrojadme de Francia la conciencia; ¡ea! ¡al instante!

Entonces y solo entonces podrás estar tranquilo.

¿Quieres saber como te trata ahora, aun entre tus amigos?

¿Quieres saber en que términos votaba por ti el dia 20 de Diciembre un respetable caballero de San Luis, octogenario y acérrimo enemigo de los «demagogos», pero partidario tuyo?

—Es un miserable, decia; pero es un *miserable necesario*.

No, ¡no hay miserables necesarios! No, ¡nunca es útil el crímen! No, ¡el crimen no es nunca bueno!

La sociedad salvada por la traicion ¡qué blasfemia! solo deben decir tales cosas los arzobispos.

No hay nada bueno que pueda tener por base el mal. Dios es justo y no ha impuesto á la humanidad la necesidad de miserables.

En el mundo no hay nada necesario mas que la verdad y justicia.

Si aquel anciano hubiese mirado menos la vida y mas el sepulcro, habria visto todo eso.

Semejante palabra sorprende en boca de un anciano, porque hay una luz divina que brilla para los hombres próximos al sepulcro y les muestra la verdad.

III

El derecho y el crimen jamas se encuentran reunidos. El dia en que se reuniesen, las palabras de la lengua humana cambiarian de sentido, se desvaneceria toda certidumbre y sobrevendria el cáos social.

Cuando por casualidad se ha visto alguna vez semejante fenómeno en la historia, sucediendo que por un instante tiene el crimen fuerza de ley, hay algo que se estremece en los cimientos mismos de la humanidad. *Jusque datum sceleri*, esclama Luciano, y ese verso atraviesa la historia como un grito de horror.

Así pues, segun confesion de tus electores eres un miserable. Quito la palabra «necesario». Toma tu partido en vista de la situacion.

—¡Bien! ¿y qué? tal vez dirás.

—¿Qué? que ahí está precisamente la cuestion; crees que te has hecho absolver con el sufragio universal, y es todo lo contrario.

—¡Imposible!

—¡Cómo imposible!

—¡Si, imposible!

—Pues ahora vamos á verlo.

IV

Supongamos, señor Luis Bonaparte, que eres capitan de artillería en Berna y tienes necesariamente alguna tintura de álgebra y geometría. Pues bien, aquí te presento tres axiomas de los cuales tendrás probablemente alguna idea.

—2 y 2 son 4.

—Entre dos puntos dados la línea recta es el camino mas corto.

—La parte es menor que el todo.

Ahora bien, proponte hacer declarar á siete millones y quinientos mil hombres que 2 y 2 son 5, que la línea recta es el camino mas largo, que el todo es menor que la parte; hazlo declarar á ocho millones, á diez millones, á cien mil millones de hombres, y no habrás adelantado nada.

Hay tambien, y esto te sorprenderá sin duda, axiomas de probidad, de honradez y de justicia, lo mismo que axiomas de geometria; y la verdad moral no está mas que la verdad algebraica á la merced de una votacion.

La nocion del bien y del mal es insoluble por el sufragio universal. No puede un escrutinio, sea cual fuere y como fuere, hacer que lo falso sea verdadero y que lo justo sea injusto.

No se pone á votacion la conciencia humana.

¿Comprendes ahora?

Mira aquella lámpara, aquella diminuta luz oscura y olvidada en un rincon, perdida en la sombra; mírala y admírala. Apenas es visible; arde solitariamente… Pues bien, haz que soplen sobre ella siete millones y quinientas mil bocas a la vez, y no conseguirás apagarla; ni siquiera oscilará. Haz soplar el huracan, y la llama seguirá subiendo recta y pura hacia el cielo.

Aquella lámpara es la conciencia.

Aquella llama es la que alumbra en la noche del destierro el papel en que escribo en este momento.

V

Ahora bien, sean cuales fueren tus cifras inventadas ó no, exactas ó no, verdaderas ó falsas, poco importa: los que viven teniendo siempre por norte la justicia dicen y seguirán diciendo que el crimen es el crímen, que el perjurio es el perjurio, que la traicion es la traicion, que el homicidio es el homicidio, que la sangre es la sangre, que el lodo es el lodo, que un malvado es un malvado y que alguno que pretende copiar en pequeño á Napoleón, copia en grande á Lacenaire. Dicen y lo repetirán siempre:

—A pesar de tus cifras, en atencion á que siete millones y quinientos mil votos no son nada para la conciencia del hombre honrado; en atencion á que diez millones, cien millones, la unanimidad misma del género humano en una votacion en masa, no

tienen importancia delante de ese átomo, delante de esa particula de Dios, el alma del justo; en atencion á que el sufragio universal que tiene toda la soberanía en las cuestiones políticas no tiene jurisdiccion en las cuestiones morales, Luis Bonaparte, no estás absuelto.

Prescindo por el momento, como decia poco ha, de tu proceder en el escrutinio, de las vendas á los ojos, de las mordazas á las bocas, de los cañones en las plazas públicas, de los sables desenvainados, de los espías pululando por todas partes, del silencio y terror conduciendo el votante á la urna como el malhechor al suplicio; prescindo de todo esto, digo, y supongo, repito, que el sufragio universal fué verdadero, libre, puro, real; que el sufragio universal fué como debe ser, soberano de sí mismo; supongo los periódicos en manos de todos, los hombres y los hechos discutidos y profundizados, los anuncios y carteles cubriendo las paredes de las calles, por todas partes la palabra, por todas partes la luz.

¿Qué tenemos con ese sufragio universal aplicado á semejante cuestion?

Someted á su decision la paz y la guerra, el efectivo del ejército, el crédito, el presupuesto, el servicio público, la pena de muerte, la inamovilidad judicial, la indisolubilidad del matrimonio, el divorcio, el estado civil y político de la mujer, la enseñanza gratuita, la constitucion del municipio, los derechos del trabajo, el salario del clero, el libre cambio, los Ferro-carriles, la circulacion, la colonizacion, la fiscalia y todos los problemas cuya solucion no entrañe su abdicacion, porque el sufragio universal lo puede todo menos abdicar; sometedle todos estos problemas, y los resolverá con el error posible sin duda, pero con toda la suma de certidumbre que encierra la soberanía humana, los resolverá magistralmente.

Pero en cambio hacedle que decida en la cuestion de saber si Pedro ó Juan ha hecho bien o mal en robar una manzana de un huerto. Ahí se detiene; ahí aborta.

¿Por qué? ¿acaso porque es mas baja esa cuestion?

No, porque es mas alta.

VI

Todo lo que constituye la organizacion propia de las sociedades, considerándolas como territorio lo mismo que como municipio, como estado lo mismo que como nacion, toda materia política, financiera y social depende del sufragio universal y le obedece; el menor átomo de la menor cuestion moral lo desafia.

El bajel está á merced del Océano; la estrella, no.

Se ha dicho del señor Leverrier y de ti, señor Bonaparte, que erais los dos únicos hombres que creyesen en su estrella.

Tú crees en efecto en tu estrella, y la buscas sobre tu cabeza. Pues bien, esa estrella que buscas fuera de ti, los demas hombres la tienen en sí mismos: irradia bajo

la bóveda de sus cráneos y los ilumina y guia, les muestra los verdaderos contornos de la vida, les muestra en la oscuridad del destino humano el bien y el mal, lo justo y lo injusto, lo real y lo falso, la ignominia y el honor, la rectitud y la felonía, la virtud y el crimen.

Esa estrella sin la cual el alma humana es una noche tenebrosa, es la verdadera moral.

Como te faltaba esa luz te engañaste. Tu escrutinio del 20 de diciembre no es para el hombre pensador mas que una especie de monstruosa candidez.

Aplicaste lo que has dado en llamar el «sufragio universal» á una cuestion que no atañia al sufragio universal.

No eres un hombre político, no eres el diplomático del siglo XIX; eres solamente un malhechor. Lo que hay que hacer de tí no interesa al sufragio universal.

Si, candidez, insisto en lo mismo.

El salteador de los Abruzos con las manos apenas lavadas y teniendo todavia manchadas de sangre las uñas, va á pedir la absolucion al sacerdote. Tú la pediste á la votacion. Solo faltó que te olvidaste la cuestion de confesarte.

Pero tú al decir á la votacion:

—¡Absuélveme! Le apuntaste una pistola en la sien.

¡Oh! ¡infeliz desesperado! «¡Absolverte!», como dices, es superior al poder popular, es superior al poder humano.

VII

Atiende:

Neron que habia inventado la sociedad del diez de Diciembre, y que como tú, la empleaba en aplaudirle las comedias, y como tú tambien, las tragedias; Neron, despues de haber cosido á puñaladas el vientre de su madre, habria podido tambien convocar su sufragio universal propio, el cual se parecia al tuyo tambien en que no estaba tampoco molestado por la licencia de la imprenta; Neron, pontífice y emperador, rodeado de jueces y sacerdotes prosternados á su presencia, habria podido, poniendo una de sus ensangrentadas manos sobre el cadáver palpitante aun de la emperatriz y levantando la otra al cielo, tomar por testigo al Olimpo todo de que no habia derramado él la sangre de su madre, y abjurar al sufragio universal que declarase á la faz de los dioses y de los hombres que él, Neron, no habia asesinado á aquella mujer. Su sufragio universal que habria funcionado como el tuyo, en medio de la misma luz y de la misma libertad, habria podido afirmar con siete millones y quinientos mil votos que el divino César Neron, pontífice y emperador, no habia hecho mal alguno á aquella mujer muerta; atiende bien, señor Bonaparte, Neron no habria sido «absuelto;» porque habria bastado que una voz, una sola voz en la tierra,

la mas humilde y la mas oscura, se hubiese elevado en medio de aquella noche profunda del imperio romano y hubiese clamado en las tinieblas:

—¡Neron es un parricida!

Para que el eco, el eco eterno de la conciencia humana repitiese sin cesar de pueblo en pueblo, de siglo en siglo con tono de horror y espanto:

—Neron mató a su madre.

Ahora bien, esa voz que protesta en la sombra, es la mia.

Hoy clamo, y no dudes que la conciencia universal de la humanidad repite mi clamor:

—¡Luis Bonaparte asesinó la Francia! ¡Luis Bonaparte mató á su madre!

LIBRO SÉPTIMO

LA ABSOLUCIÓN

SEGUNDA FORMA DE LA ABSOLUCIÓN:
EL JURAMENTO

CAPÍTULO PRIMERO

El juramento. —A juramento, juramento y medio

I

¿Qué es Luis Bonaparte?

Es el perjurio vivo, la restriccion mental encarnada, la personificacion de la traicion, la felonía en carne y hueso, el falso juramento calándose un sombrero de general y haciéndose llamar monseñor.

¡Bien! ¿pero qué es lo que ese hombre asechanza pide á la Francia?

Un juramento.

¡Un juramento!

Sin duda alguna.

Verdad es que despues del 20 de diciembre de 1848, y la jornada del 2 de diciembre de 1851; despues de verse á los inviolables representantes del pueblo presos, encarcelados y desterrados; despues de haber confiscado la República; despues del golpe de Estado, era de esperar de parte de ese malhechor una carcajada cínica y descarada con respecto al juramento, y que ese Sbrigani dijese al pueblo francés:

—¡Calle! ¡es verdad! ¡pues no se me ha olvidado que empeñé mi palabra de honor! ¡Es chistoso, voto á Judas! Pero ¡vaya! no hablemos mas de esas tonterías.

Mas no, Bonaparte quiere un juramento.

II

Así pues, alcaldes, gendarmes, jueces, espías, gobernadores, generales, jefes de policía, guardas rurales, comisarios, magistrados, empleados, senadores, consejeros de Estado, legisladores, dependientes, rebaño, dicho está; él lo quiere, es decir, se le ha antojado ese capricho, y hay que satisfacerlo; vamos, pronto, apresuraos, desfilad vosotros por delante de un escribano, vosotros por delante de un pretor, vosotros á la vista del brigadier, vosotros por delante del ministro, vosotros, senadores en las Tullerías por el salon de los generales, vosotros, espías, por la Inspeccion de policia, vosotros, primeros presidentes y procuradores generales, por su antecámara.

Corred todos, en carroza, á pié, á caballo, con túnica, con banda, de etiqueta, de uniforme, ceremoniosos, dorados, planchados, bordados, emplumados, espada al flanco, birrete calado, con el alzacuello flamante, el cinturon quebrando la cintura;

acercaos, pasad los unos por delante de un busto de yeso, los otros por delante del hombre mismo.

Bien, ahora estais ya pasando, no falta nadie; miradle cara a cara; recogeos; buscad en vuestra conciencia, en vuestra lealtad, en vuestro pudor, en vuestra religion; descalzaos el guante, tended la mano y jurad que sereis fieles á un perjuro, jurad que acatareis la traicion.

¿Está hecho ya?

Si.

¡Qué infame farsa!

—Luis Bonaparte toma pues por lo serio ese juramento.

—Por supuesto. Cree en mi palabra, en la tuya, en la vuestra, en la nuestra, en la de aquellos; cree en la palabra de todos, menos en la suya.

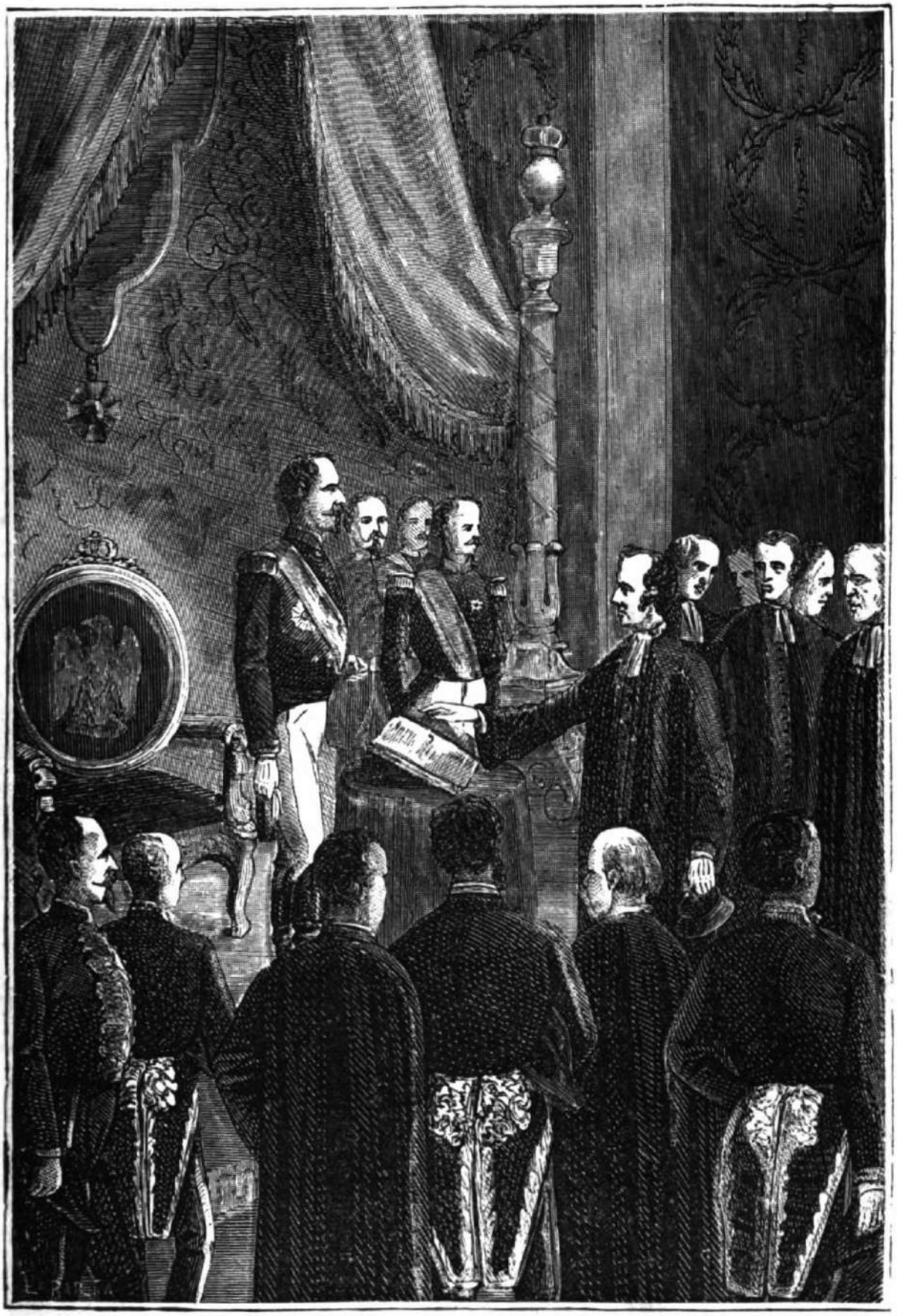
Exige que en torno suyo juren todos, y manda que sean leales.

A Mesalina le gusta rodearse de doncellitas…

¡Magnífico, maravilloso!

Quiere que se tenga honor: ténlo entendido, señor Saint Arnaud, y tú ténlo por dicho, señor Maupas.

Pero penetremos mas en la cuestion.



Juramento de fidelidad prestado a Napoleón III

III

Hay diferencia entre un juramento y otro juramento.

El juramento que libre, solemne y espontáneamente, á la faz de Dios y de los hombres, despues de haber recibido un cometido de confianza de seis millones de ciudadanos, se presta en plena asamblea nacional, á la constitucion del país, á la ley, al derecho, á la nacion, al pueblo, á Francia, no es nada, no compromete á nada; se puede infringir, destrozarlo, reirse y burlarse de él y darle una mañana cualquiera un puntapié.

Pero el juramento que se presta bajo el sable, bajo el cañon, bajo el ojo de la policía, para conservar el empleo que os hace vivir, para conservar el grado que es vuestra propiedad; el juramento que para conservar su pan y el de sus hijos se presta á un hombre falso, á un rebelde, á un violador de las leyes, al asesino de la República, á un relapso de todas las justicias, al hombre que ha quebrantado el juramento mas solemne, entonces el juramento que se da es sagrado.

No hay que reirse.

El juramento prestado al dos de Diciembre, nieto del diez y ocho de brumario, es un juramento sacrosanto.

Pero lo que mas me admira de ese juramento es la inepcia.

¡Recibir como moneda corriente y valores efectivos todos esos *juro* de la plebe oficial; no pensar siquiera en que se han desvanecido todos los escrúpulos y que no puede haber entre aquellas palabras una sola de buena ley! Se es príncipe y se es traidor. ¡Dar el ejemplo desde la cumbre del Estado, é imaginarse que nadie lo seguirá! ¡Sembrar plomo y figurarse recoger oro! ¡Ni siquiera advertir que todas las conciencias se modelan en semejante caso con la conciencia de arriba, y que el falso juramento del principe convierte en moneda falsa todos los juramentos!

Además, ¿á quién se pide un juramento?

¿A ese gobernador?

Ha hecho traicion al Estado.

¿A ese general?

Ha hecho traicion á su bandera.

¿A ese magistrado?

Ha hecho traicion á la ley.

¿A todos esos empleados?

Han hecho traicion á la República.

IV

Cosa curiosa y que da en que pensar a la filosofia, de ese monton de traidores es de donde sale aquel monton de juramentos.

Ahora bien, insistamos en esa belleza del 2 de diciembre; el señor Bonaparte cree en los juramentos de todo bicho viviente; cree en todos los juramentos que se le prestan.

Cuando el señor Rouher se descalza el guante y dice *lo juro*; cuando el señor Suin se quita el guante y dice *lo juro*; cuando el señor Troplong lleva la mano á su pecho en el punto donde está el tercer boton de los senadores y el corazon en los otros hombres, y dice *lo juro*, al señor Bonaparte le asoman las lágrimas á los ojos y suma conmovido todas esas lealtades y contempla á esos seres con enternecimiento. ¡Cree, confia!

¡Oh abismo de candidez!

En verdad la inocencia de los pícaros deslumbra varias veces al hombre honrado.

Sin embargo, una cosa sorprende y enfada un poco al observador benévolo, y es la manera arbitraria y desproporcionada con que se pagan los juramentos, es la desigualdad de precio que el señor Bonaparte fija á esas mercancias.

Pongamos un ejemplo.

El señor Vidocq si fuese todavía jefe del ramo de seguridad pública, tendria seis mil francos de salario al año, y el señor Baroche tiene ochenta mil.

De lo cual se desprende que el juramento al señor Vidocq no le reportaria mas que unos diez y seis francos sesenta y seis céntimos al dia, en tanto que al señor Baroche el juramento le vale cada dia doscientos veinte y dos francos, veinte y dos céntimos.

V

Evidentemente hay una injusticia grande en tal diferencia.

¿Porqué esta diferencia? ¿un juramento no es un juramento?

Un juramento se compone de un guante descalzado y de seis letras pronunciadas.

¿Qué tiene mas el juramento del señor Baroche que el juramento del señor Vidocq?

Me direis que eso consiste en la diversidad de funciones, en que el señor Baroche preside el consejo de Estado, y que el señor Vidocq no seria mas que jefe del ramo de seguridad pública.

Pero yo os respondo que eso son casualidades, que probablemente el señor Baroche sobresaldria en dirigir el servicio de seguridad pública y que el señor Vidocq podria ser muy bien presidente del consejo de Estado.

No se me da pues una razon convincente.

¿O es que hay tal vez diversas cualidades de juramento? ¿ó sucede lo mismo que con las misas? ¿Hay tambien en los juramentos misas de cuarenta reales y misas de

cuatro reales, las cuales como decia aquel cura no sirven para nada? ¿Hay juramento compradero para todas las fortunas? ¿Hay en ese género juramento, clase superfina, clase extrafina, clase fina y clase semifina? ¿Están los unos mejor fabricados que los otros? ¿Son los unos mas sólidos que los otros, ó tienen mezclada menos estopa ó menos algodon, ó son de color mas permanente? ¿Hay juramentos nuevecitos que no han servido aun, juramentos gastados y pelados de las rodillas, juramentos zurcidos, juramentos remendados, juramentos haraposos? ¿Hay en una palabra, género en que escoger? que nos lo digan; bien vale la pena de decirlo, pues nosotros somos los que pagamos.

Hecha esa observacion en interés de los contribuyentes, pido perdon al señor Vidocq de haberme servido de su nombre. Reconozco que no tenia ningun derecho á ello, y además, puede que el señor Vidocq se hubiese negado al juramento.

CAPÍTULO II

Juramento de los sabios y literatos.

I

Precioso pormenor: El señor Bonaparte queria que Arago jurase.

Sépase, pues, que la astronomía debe prestar juramento. En un Estado bien organizado como Francia ó China todo es empleo, hasta la ciencia. El mandarin del Instituto depende del mandarin de la policía.

El anteojo paraláctico debe, pues, ligio vasallaje al señor Bonaparte.

Un astrónomo es una especie de polizonte del cielo.

El observatorio es una garita como cualquier otra.

Es preciso vigilar al bondadoso Dios que está allá arriba y que a veces parece no someterse completamente á la constitucion del 14 de Enero.

El cielo está lleno de alusiones desagradables y es menester guardarlo bien.

El descubrimiento de una nueva mancha en el sol, constituye evidentemte un caso de censura.

La prediccion de una marea alta puede ser sediciosa.

El anuncio de un eclipse de luna puede ser una traicion.

En el Eliseo somos algo luna.

La astronomia libre es casi tan peligrosa como la prensa libre.

¿Quién sabe lo que pasa en esas conversaciones nocturnas entre Arago y Júpiter?

Si Arago fuese Leverrier, no habria ningun temor; pero un miembro del gobierno provisional, ¡cuidadito, señor de Maupas! es preciso que la oficina de las longitudes jure que no conspirará con los astros y especialmente con los fautores de golpes de Estado que se llaman cometas.

Y ademas, como hemos dicho, cuando se es Bonaparte se es fatalista.

El gran Napoleón tenia una estrella; bien puede tener una nebulosa Napoleón el Pequeño.

Los astrónomos son sin duda algo astrólogos… Prestad, pues, juramento, señores…

Por supuesto que Arago se negó á jurar.

II

Una de las virtudes del juramento á Luis Bonaparte, es que segun se rechace ó se acepte, dicho juramento os vuelve ó bien os quita el talento, el mérito, la aptitud.

Sois por ejemplo profesor de latin y griego; prestad juramento, ó sino os arrojarán de vuestra cátedra, por no saber ya ni el latin ni el griego.

Sois profesor de retórica; prestad pues juramento, ó de lo contrario ¡temblad! porque os serán prohibidos el sueño de Atalia y la narracion de Terameno; ireis errante a su alrededor el resto de vuestros dias, sin poder nunca penetrar en ellos.

Sois profesor de filosofia; debeis prestar juramento á Bonaparte, ó sino sereis incapaz de comprender los misterios de la conciencia humana y de esplicarlos á los jóvenes.

Sois profesor de medicina; teneis que prestar el juramento, sin el cual, no sabriais tomar el pulso al calenturiento.

Mas si los buenos profesores se van no habrá buenos discípulos; y particularmente en medicina es muy grave la cuestion ¿qué será de los enfermos?

¿Quién, los enfermos? bien estamos para tratar de los enfermos. Lo importante, lo necesario es que la medicina preste juramento al señor Bonaparte.

Ademas, ó los siete millones y quinientos mil votos carecen de sentido comun ó es evidente que vale mas tener el muslo cortado por un asno juramentado que por el refractario Dupuytren.

¡Ah! ganas tendriamos de reir si todo eso no hiciese llorar á nuestro corazon.

III

Sois un joven y raro y generoso ingenio como Deschanel, una robusta y sólida inteligencia como Despois, un juicio sério y enérgico como Jacques, un eminente escritor, un historiador popular como Michelet; pues bien, prestad juramento ó morid de hambre.

Sin embargo, se niegan. El silencio y la sombra de que Bonaparte se rodea estóicamente saben lo restante.

Tal juramento negó toda moral, apuró toda vergüenza, arrostró todo pudor.

Ninguna razon existe para que no se vean cosas inarditas; todos las ven.

En una ciudad, en Evreux[7A], por ejemplo, los jueces que prestaron juramento juzgan á los jueces que se negaron á jurar. La ignominia sentada en el tribunal hace sentar el honor en el banco de los acusados; la conciencia vendida censura la conciencia honrada; la mujer pública escupe al rostro de la virgen inocente.

Con ese juramento se va de sorpresa en sorpresa. Nicolet no es mas que un bergante al lado del señor Bonaparte.

Cuando el señor Bonaparte acabó el desfile de todos sus criados, de todos sus cómplices y víctimas, y embolsado el juramento de cada uno, volvió el rostro

aparentando hombría de bien, á los valientes jefes del ejército de Africa y á corta diferencia les dijo lo siguiente:

—A propósito, ya sabeis que os hice prender de noche en vuestras camas por los agentes que están á mis órdenes; mis espías entraron espada en mano en vuestra casa; les he concedido condecoracianes por este hecho de armas; os hice amenazar con la mordaza si proferiais un grito; os hice prender por mis alguaciles; os hice meter en Mazas en la sala de los ladrones y en Ham en mi sala propia, todavía teneis en las muñecas las señales de la cuerda con que os até; salud, señores, Dios os guarde y juradme fidelidad.

Pero Changarnier le miró fijamente y le respondió con dignidad:

—No, porque eres un traidor.

Bedeau le respondió:

—No, pues eres un falsario.

Lamoriciere le respondió:

—No, perjuro.

Leflò le respondió:

—No, bandido.

Charras no le respondió, pero le dió una bofetada.

Y en la actualidad el rostro de Bonaparte está encendido no de vergüenza, sino del bofeton.

IV

Otra variedad del juramento: en las casamatas, en las bastillas, en los pontones y en los presidios de Africa hay millares y millares de prisioneros.

¿Quiénes son esos prisioneros?

Ya lo hemos dicho, republicanos, patriotas, soldados de la ley, inocentes, mártires.

Lo que sufren han osado decirlo ya voces generosas, se trasluce; nosotros mismos en el libro especial sobre el dos de Diciembre acabaremos de rasgar ese velo.

Ahora bien, se quiere saber lo que sucede.

Muchas veces al cabo de infinitos sufrimientos, agotadas las fuerzas, sucumbiendo á tantas miserias, sin calzado, sin vestidos, sin camisa, sin pan, ardiendo en calentura, roidos por asquerosos insectos, pobres obreros arrancados de sus talleres, pobres aldeanos arrancados de su arado, llorando á una esposa, á una madre, á unos hijos, á una familia viuda, huérfana, sin pan que llevar á su boca y sin asilo tal vez, anonadados, enfermos, moribundos, desesperados, algunos de estos infelices pierden la energía y consienten en «pedir perdon».

Entonces se les trae a firmar una carta escrita ya y dirigida á «Monseñor el Principe Presidente».

Publicamos esta carta tal como la confiesa el señor Quintin Bauchart.

> «El abajo firmado declara, bajo palabra de honor, que acepta con agradecimiento la gracia que el principe Napoleón se digna conferirle, y se compromete á no formar nunca mas parte de las sociedades secretas, á respetar las leyes y á ser fiel al gobierno que el país se ha dado con la votacion de los dias 20 y 21 de Diciembre de 1851».

Conviene no engañarse con respecto al sentido de un hecho tan grave.

Aqui no se trata de clemencia otorgada, sino de clemencia implorada.

La fórmula de pedirnos vuestro perdon significa concedednos el nuestro.

El asesino echado sobre la víctima y con el puñal en alto le grita:

—Te he cogido, derribado, tendido, despojado, robado, herido y ahora estás á mis piés; la sangre te sale por veinte heridas; dime que TE ARREPIENTES y no acabaré de matarte.

Ese arrepentimiento de los inocentes exigido por el criminal no es otra cosa que la forma que toman en el esterior sus remordimientos interiores.

De dicha suerte se imagina el criminal tranquilizarse de su propio crimen.

V

Por mas que recurra á varios espedientes para aturdirse, por mas que haga sonar perpetuamente á sus oidos los siete millones y quinientos mil cascabeles de su «plebiscito», el hombre del golpe de Estado piensa algunas veces; vislumbra vagamente un mañana, y lucha contra el porvenir inevitable.

Necesita una purificacion legal, un descargo, un desembargo, un finiquito. Y los pide a los vencidos, y en caso necesasio les sujeta al tormento para obtenerlos.

Luis Bonaparte presiente que en el fondo de la conciencia de cada prisionero, de cada deportado, de cada proscrito existe un tribunal, y que ese tribunal instruye su proceso, y tiembla; porque el verdugo tiene siempre algun miedo a la victima; y bajo la fórmula de una gracia concedida por él á la victima hace firmar por este juez su sentencia de absolucion.

De esa suerte espera tranquilizar á Francia que tambien es una conciencia viva y un tribunal atento, y que al llegar el dia de la sentencia le concederá el perdon al verle perdonado por sus víctimas.

Se engaña; abrirá otro boquete en la pared, porque por este lado no podrá escaparse.

CAPÍTULO III

El dia 5 de Abril de 1852.

I

El dia 5 de Abril de 1852 vióse en las Tullerías el siguiente espectáculo:

A las ocho de la noche llenóse la antecámara del aposento del señor Bonaparte, de hombres vestidos con túnicas encarnadas, graves, majestuosos, hablando en voz baja, llevando a la mano bitretes de terciopelo negro con galones de oro, y la mayor parte de ellos cubiertos de canas.

Eran los presidentes y consejeros del tribunal de casacion, los primeros presidentes de los tribunales de apelacion y procuradores generales; todos los individuos en fin de la elevada magistratura de Francia.

Aquellos hombres permanecieron en dicha autecámara. Un ayudante de campo les habia introducido y dejado alli. Pasó un cuarto de hora, luego media hora, luego una hora. Iban y venian de arriba á bajo hablando entre sí, consultando los relojes, esperando un campanillazo.

Al cabo de una hora notaron que ni siquiera tenian butacas para sentarse. Uno de ellos, el señor Troplong, se dirigió á otra antecámara donde estaban los criados, á los cuales se quejó. Trajéronle una silla.

Por fin, se abrieron las dos hojas de una puerta, y todos entraron á tropel en un gran salon. Alli estaba un hombre vestido de etiqueta y a arrimado de pié á una chimenea.

¿A qué iban aquellos hombres vestidos con túvicas encarnadas á casa de un hombre vestido de gala?

Iban á prestarle juramento. Era el señor Bonaparte, quien les hizo un signo de cabeza y se inclinaron hasta el suelo como es de rigor.

II

Delante del señor Bonaparte, á algunos pasos de distancia, estaba su canciller el señor Abattucci, antiguo diputado liberal y ministro de justicia del golpe de Estado.

Empezóse la funcion. El señor Abattucci hizo un discurso y el señor Bonaparte un speech.

El príncipe pronunció mirando la alfombra algunas palabras desdeñosas y frias, habló de su «legitimidad», y despues juraron los magistrados. Cada uno iba por turno

levantando la mano.

Mientras juraban los magistrados, el señor Bonaparte medio vuelto de espalda hablaba con los ayudantes de campo agrupados á su detrás.

Al terminar la ceremonia volvió enteramente la espalda y los magistrados se fueron moviendo la cabeza, corridos y humillados, no de haber cometido una bajeza, sino de no haber tenido sillas en la antecámara.

Cuando salian se oyó el siguiente diálogo:

—Ved ahí, decia uno de ellos, un juramento que hemos tenido que prestar.

—Y que tenemos que cumplir, repuso un segundo.

—Como al amo de la casa, añadió un tercero.

Todo eso es abyecto: pasemos adelante.

Entre los primeros presidentes que juraban fidelidad á Luis Bonaparte habia cierto número de antiguos pares de Francia que como pares habian condenado á Luis Bonaparte á prision perpetua.

¿Pero á qué viene mirar tan atrás? pasemos adelante pues.

He aqui algo mejor: entre dichos magistrados habia siete hombres llamados así: Hardouin, Moreau, Pataille, Cauchi, Delapalme, Grandet, Quemault. Estos siete hombres componian antes del 2 de Diciembre el supremo tribunal de justicia, el primero Hardouin era presidente; los dos últimos, suplentes; los otros cuatro, jueces. Esos hombres habian recibido y aceptado de la Constitucion de 1848 un mandato concebido en los siguientes términos:

«Articulo 68. Toda medida por medio de la cual el presidente de la República disuelva la Asamblea nacional, ó la prorogue ó ponga obstáculo al ejercicio de su cometido, es un crímen de alta traicion».

«Los jueces del supremo tribunal se reunirán inmediatamente, so pena de prevaricacion; convocarán el jurado en el sitio que designen paraproceder á juzgar al presidente y sus cómplices, y nombrarán ellos mismos á los magistrados que se hayan de encargar del cumplimiento de las funciones del ministerio público».

III

El 2 de Diciembre en presencia del atentado flagrante, habian comenzado el proceso y nombrado á un procurador general, el señor Renouard, el cual habia aceptado, para seguir contra Luis Bonaparte la causa por el hecho del crimen de alta traicion. Juntemos ese nombre Renouard con los otros siete.

El dia 5 de Abril estaban los ocho en la antecámara de Luis Bonaparte. Acabamos de ver lo que hicieron allí.

Nos es imposible pasar adelante sin hacer algunas tristes reflexiones.

Hay ideas tristes en las cuales se debe tener la fuerza de insistir; hay cloacas de ignominia las cuales se debe tener valor de sondear.

Mirad aquel hombre que ha nacido por casualidad, por desgracia, en un chiribitil, en una pocilga, en un antro, no se sabe donde, no se sabe de quien. Ha salido del polvo para caer en el lodo. No ha tenido padre y madre mas que lo necesariamente para haber nacido. Mas desde su nacimiento todo se ha separado de él; ha subido como ha podido.

Dicho hombre ha ido creciendo con los pies descalzos, con la cabeza descubierta, cubierto de arambeles, sin saber para que podria servir su vida.

No sabe leer, ni siquiera que haya leyes sobre su cabeza; apenas sabe que haya un cielo.

No tiene hogar, ni techo, ni familia, ni patria, ni creencia, ni un libro. Es una alma ciega. Su inteligencia no se ha abierto nunca, pues la inteligencia no se abre mas que á la luz, como las flores no se abren mas que á la luz del dia, y el infeliz se halla rodeado de oscura noche.

Sin embargo él ha de comer. La sociedad ha hecho de él un bruto, el hambre lo hace una fiera. Espera los viajeros en un recodo de un bosque y les arrebata el dinero. Lo ponen preso, lo juzgan y le envian á presidio.

Así lo manda la ley.

IV

Ahora mirad á esotro hombre: no es ningun casaca roja, es la toga encarnada.

Este cree en Dios, lee á Nicolás, es jansenista y devoto, va á confesar, toma el pan de la Sagrada Eucaristía, es bien nacido como dicen, y no le falta nada, nunca le ha faltado nada; su familia le prodigó en la infancia los cuidados y las lecciones, los consejos, las letras griegas y latinas y los preceptores.

Es una persona grave y escrupulosa, lo cual le ha valido que le hicieran magistrado.

Viendo á ese hombre pasar el dia y la noche en la meditacion de todos los grandes textos sagrados y profanos, en el estudio del derecho, en la práctica de la religion, en la contemplacion de lojusto y de lo injusto, la sociedad ha puesto bajo su custodia lo que tenia de mas augusto y venerable, el libro de la ley. Le ha hecho juez y castigador de la traicion diciéndole:

—Puede llegar un dia, puede sonar una hora en que el jefe de la fuerza material conculque la ley y el derecho: entonces tú, hombre de la justicia, te levantarás y darás un latigazo al rostro del hombre del poder.

Para eso y en la espectativa de ese dia peligroso y supremo la sociedad colma de beneficios al magistrado, y lo viste de púrpura y armino.

Llega efectivamente el dia tan temido, la hora única, severa, solemne, la hora suprema del deber; el hombre de la toga encarnada comienza á balbucear las palabras de la ley, y de pronto se apercibe que no es la justicia que prevalece, sino la traicion que le atrae; y entonces él, aquel hombre que ha empleado su vida entera en imbuirse de la pura y santa luz del derecho; aquel hombre que no es nada, sino es él despreciador del feliz éxito injusto; aquel hombre letrado; aquel hombre escrupuloso; aquel hombre religioso; aquel juez á quien se ha confiado la custodia de la ley y en cierto modo la de la conciencia universal, se vuelve hacia el perjuro triunfante y con el mismo tono, con la voz que á ser vencido el traidor habria dicho criminal «Yo te condeno á presidio», dice: «Monseñor, os juro fidelidad».

Tomad una balanza, colocad en un plato á ese juez y en el otro aquel presidario, y decidme de que lado se inclina la balanza.

Tales son las cosas que en Francia se vieron con ocasion del juramento del señor Luis Bonaparte. Se juró aqui, allá, acullá, y en todas partes, en París, en provincias, al norte, al sud, al oriente y al poniente…

V

La escena pasó en Francia durante un mes entero; hay un cuadro de manos estendidas y brazos levantados; coro final: juramos, etc.

Los ministros juraron en manos del presidente; los gobernadores, en manos del ministro; la caterva, en manos de los gobernadores.

¿Qué quiere hacer con tantos juramentos Luis Bonaparte? ¿forma de ellos una coleccion? ¿Dónde los mete?

Se notó que solamente se negaron al juramento funcionarios mal retribuidos, tales por ejemplo como los consejeros generales.

En realidad se prestó el juramento al presupuesto.

El 29 de marzo se oyó á tal senador reclamar en alta voz contra el olvido de su nombre que en algun modo era un pudor de la casualidad.

El señor Sibour, arzobispo de París, juró como senador. El señor Franck Carré, procurador general de la cámara de los pares en el negocio de Boloña, juró como primer presidente del Tribunal de apelacion de Rouen. El señor Dupin, como miembro de su consejo municipal, y presidente de la asamblea nacional, en 2 de Diciembre juró…

¡Dios mio, Dios mio! hay para volverse loco de vergüenza.

Y sin embargo, ¡es una cosa tan santa el juramento, tan sagrada!

El hombre que hace un juramento no es hombre ya, es un altar al cual desciende Dios.

VI

El hombre, esa enfermedad, esa sombra, ese átomo, ese grano de arena, esa gota de agua, esa lágrima desprendida de los ojos del destino; el hombre tan pequeño, tan débil, tan inseguro, tan ignorante; el hombre que sale de la confusion para caer en la duda, que ayer sabia poco y mañana no sabe nada, que ve el camino justo para poner el pié delante de sí y lo demás son tinieblas para él, que tiembla si mira adelante, que se aflige si mira atrás; el hombre envuelto en tales inmensidades y tales oscuridades como el tiempo, el espacio, el ser, y perdido en ellas; que lleva en si propio otro abismo que es el cielo; el hombre que en ciertas ocasiones se inclina con una especie de horror sagrado ante las fuerzas todas de la naturaleza, al mugido del mar, al susurro de los árboles, ante la sombra de las montañas, bajo la luz de las estreltas; el hombre que no puede levantar la cabeza durante la noche sin sentirse humillado por lo infinito; el hombre que no conoce nada, que no ve nada, que no oye nada, que puede ser arrastrado mañana, hoy, ahora mismo, por el torrente que pasa, por el viento que sopla, por el guijarro que cae, por la hora que da; el hombre ese ser tembloroso, vacilante, miserable, juguete del azar, ludibrio del minuto que se va, en un dia dado se levanta de repente ante el enigma que se llama vida humana y siente que hay en él un algo mas grande que el abismo, el honor; mas fuerte que la fatalidad, la virtud; mas profundo que lo desconocido, la fé; y solo, débil y desnudo dice á ese formidable misterio que le sujeta y circunda:

—Haz de mí lo que quieras, pero yo haré esto y no haré aquello. Y altivo, sereno, tranquilo, creando con una palabra un punto fijo en esa sombría instabilidad que llena el horizonte, como el buque echa el áncora en el Océano, lanza el su juramento en el porvenir.

¡Oh juramento, confianza admirable del justo en sí mismo! ¡Sublime permiso de afirmar que Dios concediera al hombre! Se acabó; ya no existes. ¡Otro esplendor del alma que se va desvaneciendo!

LIBRO OCTAVO

EL PROGRESO INCLUIDO EN EL GOLPE DE ESTADO

CAPÍTULO PRIMERO

El dos de diciembre debe indignar, pero no afligir

I

Los acontecimientos del 2 de diciembre llenan de estupor á muchos de nuestros hombres sinceros, amigos demócratas. Desconcertaron á estos, desanimaron á aquellos, consternaron á todos. Algunos podria nombraros que clamaban afligidos: *Finis Poloniæ*.

En cuanto á mi, ya que en ciertos momentos se ha decir Yo, y hablar ante la historia como un testigo, yo digo y proclamo que vi el acontecimiento sin sorpresa, sin turbacion. Diré mas, hay instantes que en presencia de los hechos del Dos de Diciembre estoy satisfecho.

Cuando logrando hacer abstraccion del presente, cuando consiguiendo apartar un momento los ojos de tantos y tales crímenes, de tanta sangre vertida, de tantas víctimas, de tantos proscritos, de los pontones donde agonizan mil y mil infelices, de los horribles calabozos de Lambesa y Cayena donde se muere muy aprisa, del destierro donde se muere lentamente, del escrutinio, del juramento, de la inmensa mancha de oprobio y vergüenza echada á Francia y que va dilatándose mas y mas cada dia; cuando olvidando por algunos minutos tan dolorosos pensamientos, obsesion habitual de mi ánimo, consigo encerrarme en la severa frialdad del hombre político, no considerando los hechos consumados sino las consecuencias de tales hechos; entonces en medio de los muchos y desastrosos resultados indudables, y presentándose á mi consideracion progresos reales, considerables, enormes, soy de los que se indignan vivamente contra el Dos de Diciembre, pero no soy de los que por él se afligen.

Fijando la vista en ciertos puntos del porvenir, me digo: «El acto es infame, pero el hecho es bueno».

II

Se ha querido esplicar la inesplicable victoria del golpe de Estado de cien maneras diferentes.

Unos dicen: «Establecióse el equilibrio entre las diversas resistencias posibles y por lo tanto se neutralizaron mutuamente».

Otros: «El pueblo tuvo miedo de la clase media; la clase media tuvo miedo del pueblo».

Otros: «Los arrabales vacilaron ante la restauracion de la mayoría temiendo, sin fundado motivo no obstante, que su victoria llevase al poder una mayoría de diputados tan impopular; los tenderos retrocedieron ante la república roja».

Otros: «El pueblo no comprendió; las clases medias tergiversaron».

Algunos dijeron: «¿Qué vamos a conseguir con penetrar en el palacio legistativo?».

Otros profirieron: «¿Qué haremos yendo á ver el palacio de Justicia?».

Finalmente, cada cual hacia diferentes observaciones y apreciaciones. Además, la ruda represion de junio de 1848, la insurreccion sofocada á cañonazos, las corridas, las prisiones, las casamatas, las deportaciones, eran recuerdos terribles que se prestaban á infinitas interpretaciones.

—Sin embargo, decian unos, ¡si se hubiese podido tocar llamada!…, ¡si hubiese salido á la calle una sola legion! ¡si el señor Sibour hubiese sido el señor Affre y se hubiese arrojado ante las balas de los pretorianos! ¡si la alta cámara de los pares no se hubiese dejado prender por cuatro soldados! ¡si los jueces se hubiesen portado como los diputados, y se hubiese visto á las togas encarnadas defendiendo las barricadas así como se vió á las bandas! ¡si se hubiese frustrado un solo arresto! ¡si hubiese vacilado un solo regimiento! ¡si no hubiese tenido lugar la matanza del bulevar ó se hubiese vuelto contra Luis Bonaparte, etc., etc.!

Todo ello es verdad, y sin embargo lo que fué habia de ser.

III

Repitámoslo, tras aquella monstruosa victoria y á su sombra se llevó a cabo un inmenso y definitivo progreso.

El Dos de Diciembre salió en bien, porque bajo mas de un punto de vista, repito, era bueno quizás que tuviese buen resultado.

Todas las esplicaciones serán tan exactas como se quiera; pero todas son inútiles. Una mano invisible tomó parte en aquel negocio. Luis Bonaparte cometió el crimen; la Providencia cumplió sus fines.

Necesario era en efecto que el *órden* llegase al fin, al objeto de su lógica. Necesario era que se supiese, que se supiese para siempre, que en boca de los hombres del pasado la palabra *órden* significa falso juramento, perjurio, pillaje del erario público, guerra civil, consejos de guerra, confiscacion, secuestracion, deportacion, transportacion, proscricion, fusilamientos, policia, censura, deshonra del ejército, negacion del pueblo, mengua de la Francia, Senado mudo, tribuna derribada, prensa suprimida, guillotina política, ahorcamiento de la libertad, degollacion del

derecho, estrangulacion de la justicia, violacion de las leyes, soberanía del sable, asesinato, matanza, traicion, asechanza, ignominia.

El espectáculo que presenciamos aquellos dias memorables es un espectáculo provechoso.

Lo que vemos en Francia desde el 2 de Diciembre, es la orgia del orden.

Sí, la Providencia influyó en dicho acontecimiento.

Tened presente todos que desde cincuenta años la República y el imperio llenaban todas las imaginaciones, la una con sus fulgores de terror, el otro con sus fulgores de gloria. De la República no se veía mas que el 1793, es decir, las formidables necesidades revolucionarias, la fragua; del imperio no se veia otra cosa que Austerlitz. De ahi, pues, la preocupacion contra la República y la simpatia y prestigio en favor del imperio.

IV

Pero ¿cuál es el porvenir de Francia? ¿el imperio? No, la República.

Se habia de derrocar una situacion semejante, suprimir el prestigio en favor de lo que no puede revivir, y suprimir la preocupacion contra lo que ha de ser: la Providencia lo hizo. Ella destruyó esos dos mirajes. Vino Febrero y quitó el terror de la República; vino Luis Bonaparte y quita el prestigio al imperio.

Desde ahora la Fraternidad se sobrepone á 1793, esto es, al Terror; Napoleón el Pequeño se sobrepone a Napoleón el Grande.

Las dos cosas imponentes una de las cuales amedrentaba y la otra deslumbraba, retroceden por combinacion de un solo plan. Ya no se ve al 93 mas que bajo el aspecto de su justificacion, y á Napoleón mas que a través de su caricatura. El nécio temor de la guillotina va disipándose á medida que la vana popularidad imperial se desvanece. Merced á 1848, la República no espanta ya; merced á Luis Bonaparte, el imperio ya no fascina.

El porvenir se ha hecho mas posible. Tales son los designios de Dios.

Además, no basta ya la palabra República, es menester la cosa República.

¡Pues bien! tendremos la cosa y la palabra. Desarrollemos nuestro pensamiento.

V

Esperando las simplificaciones maravillosas bien que ulteriores que nos traerá tarde o temprano la union de la Europa toda, y la federacion democrática del continente, ¿cuál será en Francia la forma del edificio social del cual entrevé desde ahora el pensador a través de las dictaduras los vagos y luminosos contornos?

He aquí cual será esa forma:

El municipio soberano regido por un alcalde electo; el sufragio universal por todas partes subordinado solamente en lo concerniente á los actos generales, a la unidad nacional: he ahí por lo tocante á la administracion.

Los sindicados y los prohombres para arreglar las desavenencias privadas de las asociaciones é industrias; el jurado, magistrado de hecho, ilustrando al juez, magistrado de derecho; el juez electo: he ahí en cuanto a la justicia.

El sacerdote fuera de todo menos de la Iglesia, viviendo con la vista fija en el libro ó en el cielo, ajeno al presupuesto, ignorado del Estado, conocido solamente de sus creyentes, no teniendo ninguna autoridad, pero si toda libertad: he ahí en lo referente a la religion.

La guerra limitada a la defensa del territorio; la nacion guardia nacional, dividida en tres rangos y pudiendo alzarse como un solo hombre: he ahí en lo concerniente al poderío.

Siempre la ley, siempre el derecho, por todas partes el voto; por ninguna el sable.

Ahora bien, ¿cuáles eran los obstáculos que se oponian á la magnifica realizacion del ideal democrático?

Eran cuatro obstáculos materiales.

1.º El ejército permanente.

2.º La administracion centralizada.

3.º El clero funcionario.

4.º La magistratura inamovible.

VI

La nacion ignoraba lo que son, lo que eran dichos cuatro obstáculos, lo mismo cuando imperaba la República de Febrero que cuando regia la Constitucion de 1848, el mal que producian, el bien que privaban de hacer, que clase de pasado pretendian eternizar, que escelente órden social demoraban: el publicista lo entrevia; la filosofia lo ignoraba; pero la nacion, decimos, lo ignoraba.

Esas cuatro instituciones enormes, antiguas, sólidas, apuntaladas unas en otras, mezcladas en su base y en su cúspide, creciendo como un frondoso bosque de grandes y añosos árboles que con sus raices ataban nuestros piés y con las ramas oprimian nuestras cabezas, ahogaban, aplastaban por do quiera los gérmenes diseminados de la Francia regenerada.

Donde quiera que hubiese la vida, el movimiento, la asociacion, la libertad local, la espontaneidad comun, habia á la par el despotismo administrativo; donde quiera que hubiese la vigilancia inteligente, armada en caso necesario, del patriota y del ciudadano, habia á la par la obediencia pasiva del soldado; donde quiera que la viva

fe cristiana hubiese querido brotar, habia el sacerdote católico que la apagaba; allí donde hubiera imperado la justicia, habia el juez inamovible que faltaba á su antojo.

Y sin embargo, estaba el porvenir á los pies de generaciones que sufria, que no podian salir de tierra y esperaban.

¿Sabia todo eso el pueblo? ¿lo sospechaba al menos? ¿ó lo barruntaba cuando no?

No.

Mucho distaba de que lo conociera. A los ojos del mayor número y de las clases medias en particular, aquellos cuatro obstáculos eran cuatro apoyos, cuatro puntales que sostenian la sociedad. Magistratura, ejército, administracion, clero, eran las cuatro virtudes cardinales del órden, las cuatro fuerzas sociales, las cuatro columnas sagradas del antiguo templo de la gloria de Francia.

¿Quién seria osado atacar ninguna de dichas columnas?

CAPÍTULO II

La centralizacion administrativa, el ejército permanente, la magistratura inamovible y el clero asalariado.

I

No vacilo en decir que en el estado de obcecacion de los mejores entendimientos, con la marcha metódica del progreso normal, con nuestras asambleas de las cuales no creo que se me tome por el detractor, pero que cuando son honradas y tímidas a la vez, lo que sucede con frecuencia, no se dejan espontáneamente gobernar mas que por el término medio ó por la medianía mejor dicho; con las comisiones de iniciativa, las demoras y los escrutinios, si el 2 de diciembre no hubiese ostentado una demostracion tan fulminante de lo que era; si la Providencia no se hubiese dignado intervenir, Francia habria quedado indefinidamente condenada á la magistratura inamovible, á la centralizacion administrativa, al ejército permanente y al clero funcionario.

II

No soy yo ciertamente el que pretende discutir y menguar el poderío de la tribuna y el de la prensa combinados, esto es, el de las dos grandes fuerzas de la civilizacion; pero considerad sin embargo cuantos esfuerzos de todo género, en todo sentido y en todas formas habrian tenido que hacer la prensa y la tribuna, el libro y la palabra hablada, para conseguir solamente hacer vacilar la preocupacion universal favorable á esas cuatro instituciones fatales. ¡Cuánto trabajo habria costado derribarlas!

Para hacer brillar la evidencia a todos los ojos; para vencer los obstáculos interesados, apasionados ó ignorantes; para ilustrar á fondo la opinion pública, las conciencias, los poderes oficiales; para introducir esa cuádruple reforma primero en las ideas y despues en las leyes, contad los discursos, los escritos, los artículos de periódicos, los proyectos de ley, los contra proyectos, las enmiendas, las subenmiendas, las proposiciones, las contra proposiciones, los hechos, los incidentes, las polémicas, las discusiones, las afirmaciones, los mentís, las borrascas, los pasos avanzados, los pasos retrocedidos, los dias, las semanas, los meses, los años, el cuarto de siglo, el medio siglo, que habrian sido menester.

III

Supongamos en los bancos de la asamblea mas intrépida de hombres pensadores un entendimiento brillante y elocuente, uno de esos hombres que cuando suben á la tribuna, les parece que están sobre la tripode del oráculo, se engrandecen bruscamente en ella y se convierten en colosos levantando la cabeza por encima de todas las apariencias tenaces que desfiguran las realidades, y ven distintamente el porvenir a través del denso y macizo muro del presente. Ese hombre, ese orador, ese hombre que vé lo futuro pretende advertir á su país; ese profeta quiere ilustrar á los hombres de Estado; sabe donde están los escollos; sabe que la sociedad se desquiciará precisamente por los cuatro falsos puntos de apoyo, la centralizacion administrativa, el ejército permanente, el juez inamovible, el sacerdote asalariado. Lo sabe y quiere que todos lo sepan; sube á la tribuna y dice:

—Señores, debo mostraros cuatro grandes peligros públicos. Vuestro órden político lleva en sí mismo la causa que lo matará. Es preciso, indispensable trasformar de arriba á bajo la administracion, el clero y la magistratura; suprimir aqui, descartar allá, recomponerlo todo o perecer por la fuerza de esas cuatro instituciones que vosotros considerais elementos de duracion y que solo sou elementos de disolucion.

Se oyen murmullos.

El orador esclama:

—¿Sabeis lo que puede ser vuestra administracion centralizada en manos de un poder ejecutivo perjuro? Una inmensa traicion ejecutada á la vez á la faz de la Francia toda por los funcionarios sin escepcion alguna.

Estallan nuevos murmullos mas violentos y ruidosos.

De la mesa de presidencia grita una voz:

—¡Órden!

El orador continua:

—¿Sabeis, señores, lo que puede llegar á ser algun dia el ejército permanente? Un instrumento del crimen. La obediencia pasiva es la bayoneta eternamente apuntada al corazon de la ley.

Si, aquí mismo, en Francia que es la iniciadora del miundo, en este pais de la tribuna y la prensa, en esta patria del pensamiento humano, puede sonar la hora en que impere el sable; en que vosotros, inviolables legisladores, seais cogidos por el cuello como malhechores por algunos soldados; en que nuestros gloriosos regimientos se trasformen para provecho de un hombre y oprobio y vergüenza de una nacion en hordas doradas y en bandas pretorianas; en que la espada de Francia sea una cosa como el puñal que hiere por detrás, como el puñal de un esbirro; en que la sangre de la primera ciudad del mundo asesinada salpique la charretera de oro de vuestros generales.

El rumor se convierte en tumulto.

De todas partes gritan:

¡Órden! ¡órden! ¡órden!

Interpelan al orador.

—Su señoria ha insultado la administracion y ahora ultraja al ejército.

El presidente llama al orador al órden. El orador continua:

—Y si llegase algun dia en que un hombre teniendo a su disposicion los quinientos mil funcionarios que constituyen la administracion, y los cuatrocientos mil que componen el ejército, intentase desgarrar la Constitucion, violar todas las leyes que vosotros habeis proclamado, infringir todos los juramentos que ha dado á la nacion, hollar todos los derechos, cometer todos los crímenes, ¿sabeis lo que haria, señores diputados, la magistratura inamovible, tutora del derecho, custodia de las leyes? ¿sabeis lo que haria, digo? No haria nada. Callaria…

Los clamores impiden que el orador acabe la frase. El tumulto se convierte en tempestad.

—¡Este hombre no respeta nada!

—¡Despues de la administracion y el ejército arrastra por el lodo la magistratura!

—¡La censura, la censura!

El orador es censurado con inscripcion para un proceso verbal.

El presidente le declara que si prosigue, se consultará al Congreso y se le retirará la palabra.

El orador continua:

¡Y vuestro clero asalariado! ¡y vuestros obispos empleados del Estado! El dia en que un pretendiente cualquiera haya empleado para todos sus atentados la administracion, la magistratura y el ejército, el dia en que todas esas instituciones disgustasen, repugnasen por la sangre vertida por el traidor y para el traidor, ¿sabeis lo que vuestros obispos colocados entre el hombre criminal que baya perpetrado mil maldades y el Dios que manda fulminar el anatema contra el criminal, harán en cumplimiento de su deber? ¿sabeis lo que harán? Hincarán la rodilla no ante Dios, sino ante el hombre.

¿Quién es capaz de figurarse los gritos, clamores, imprecaciones y murmullos que acogerian tales palabras? ¿Quién es capaz de figurarse el escándalo, los apóstrofes, las amenazas, la Asamblea entera levantándose en masa, la tribuna tomada por asalto y apenas defendida por los guardas?

El orador ha profanado todas las arcas santas, acabando por atacar al santo de los santos, al clero.

Ademas ¿qué supone con ello el osado orador? ¡qué cúmulo de hipótesis imposibles é infames!

¿Quién no oye vociferar á Baroche y tronar á Dupin?

El orador seria llamado al órden, censurado, multado, escluido de la cámara por tres dias como Pedro Leroux y Emilio de Girardin, y ¡quien sabe! tal vez espulsado como Manuel.

Y al dia siguiente diria indignado el propietario ó el hombre de la clase media:

—¡Muy bien! ¡mayor castigo merecia!

Y por todas partes los periódicos amenazarian con el puño y los dientes apretados al CALUMNIADOR.

Y en su propio partido, los que se sentasen en su mismo banco en el Congreso, sus mejores amigos, lo abandonarian y dirian:

—Suya es la culpa ¡quién le mandaba ir tan léjos! ha supuesto quimeras y absurdos…

Y despues de este generoso y heróico esfuerzo se encontraria el audaz orador que las cuatro instituciones atacadas serian cosas mas venerables é impecables que nunca, y que la cuestion en vez de avanzar habria retrocedido.

CAPÍTULO III

Como destruye la Providencia los cuatro obstáculos del progreso social y político.

I

La Providencia obra de muy diversa manera que los pobres mortales. La Providencia cuando resuelve que haya un cambio radical en la humanidad pone espléndidamente la cosa, a la vista de todos y dice:

—Mirad.

Y todos ven la cosa en su realidad.

Un dia cualquiera se presenta un hombre, —¿qué hombre? no importa, el primero que se presente, el último, un hombre sin pasado, sin porvenir, sin genio, sin gloria sin prestigio, aventurero ó principe; lo mismo da.

Ese hombre tiene las manos llenas de oro, de billetes de banco, de acciones de Ferro-carriles, cubierto de placas, condecoraciones, prebendas.

Ese hombre se inclina á sus funcionarios y les dice:

—Empleados mios, haced una traicion.

Y los funcionarios hacen la traicion.

¿Todos sin escepcion?

Si, todos.

Dirigese luego á los generales y del mismo modo les dice:

—Generales, herid, matad, asesinad.

Y los generales se convierten en asesinos.

II

Vuelve Luis Bonaparte el rostro á los jueces inamovibles y les dice:

—Magistrados, conculco la Constitucion, la destrozo, hago un perjurio inaudito, disuelvo la Asamblea soberana, prendo á los representantes inviolables, robo las cajas públicas, secuestro, confisco, deporto al que me desagrada, destierro á mi antojo, ametrallo sin intimacion, fusilo sin formacion de causa, perpetro todo lo que se ha dado en llamar crímen, violo todo lo que se ha convenido en llamar derecho: mirad las leyes, están bajo mis plantas.

—Fingiremos no ver nada, dicen los magistrados, diremos…

—¡Callad, insolentes! replica el hombre providencial; hacer la vista gorda, como decís, es ultrajarme. Pretendo que secundeis mis proyectos.

—¡Bien, señor!

—Señores jueces, hoy quiero que me feliciteis á pesar de que me llaman la fuerza y el crimen; y mañana los que hayan resistido, es decir, los que sean el honor, el derecho, la ley, serán juzgados por vosotros, y vosotros los condenareis tambien.

Los jueces inamovibles bajan la cabeza, hincan la rodilla, besan las botas de su señor y marchan presurosos á instruir el *proceso de los perturbadores del órden*.

Y á mas de todo eso, le prestan juramento de fidelidad.

III

De pronto se apercibe el crimen personificado, que se agita en un rincon el clero dotado, dorado, mitrado, llevando la capa de oro y el báculo de oro y plata, y le dice:

—¡Hola! ¿estás ahi? acércate, obispo, ven acá, arzobispo. A ver si entre el uno y el otro me bendecís todo eso.

Y el arzobispo con toda pompa y ceremonia entona el *Magnificat*.

¡Ah, que enseñanza tan elocuente! *Erudimini* diria Bossuet.

Los ministros de Napoleón Luis se figuraron que disolvian la Asamblea Constituyente, y disolvieron la administracion.

Los soldados tiraron sobre el ejército y lo mataron.

Los jueces creyeron que juzgaban y sentenciaban inocentes, y juzgaron y sentenciaron á muerte la magistratura inamovible.

Los curas se imaginaron cantar un hosanna á Luis Bonaparte, y cantaron un de profundis al clero.

Cuando Dios quiere destruir una cosa, hace que esta lo verifique. Todas las instituciones malas de este mundo acaban por suicidarse.

Cuando han pesado mucho tiempo sobre los hombres, la Providencia, como el Sultan á sus vizirs, les envia la cuerda ó cordon por un mudo; y por sí mismos se ahorcan.

Luis Bonaparte es el mudo de la Providencia.

LIBRO NONO

CONCLUSIÓN

PRIMERA PARTE

PEQUEÑEZ DEL AMO, ABYECCIÓN DE LA SITUACIÓN

CAPÍTULO PRIMERO

Napoleón el Pequeño comparado con los grandes criminales y verdugos de la humanidad.

I

Tranquilizaos, amigos de la humanidad, la historia dará cuenta de Napoleón el *Pequeño*.

Mas si al señor Bonaparte le halaga la idea de que la historia dará cuenta de él; si por casualidad tiene y en verdad podria creerse asi, forjada una ilusion acerca de su valor como malvado político, desengáñese, aparte de su mente la tal ilusion.

No vaya á imaginarse que porqué ha amontonado horrores sobre horrores se elevará algun dia a la altura de los grandes malvados de la historia.

Quizá hemos procedido con ligereza poniéndole en parangon en algunas páginas saltadas de esta historia con tales monstruos.

Aunque haya cometido crimenes enormes, la historia le tendrá por un ente mezquino; nunca pasará de ser el estrangulador nocturno de la libertad; nunca pasará de ser el hombre que embriagó á sus soldados no de gloria, como el primer Napoleón, sino de vino; nunca pasará de ser el pigmeo tirano de un gran pueblo. La indole del individuo se niega completamente y de arriba á bajo a la grandeza; aunque se quiera á la grandeza de la infamia.

Como dictador, Bonaparte es un bufon, un payaso; como emperador, un saltimbanqui, un figurante de teatro.

II

Todo su destino en la historia consistirá en hacer que cuantos lean la suya se encojan de hombros con desprecio. Pero ¿será por eso menos censurado, corregido con menos dureza? No, el desden no quita nada a la cólera. Será una figura horrible, pero ridícula y nada mas. La historia rie con sarcasmo ó fulmina rayos como un Dios irritado.

Los que mas indignacion sienten por él, no pretenderán colocarlo en otro lugar. Los grandes pensadores se complacen en castigar á los grandes déspotas y hasta á veces los engrandecen algo mas de lo que realmente son para hacerlos dignos de su furia: pero ¿que pueden hacer los historiadores de ese señor?

El historiador no podrá presentarlo a la posteridad mas qué cogiéndolo de la oreja como si fuera un pilluelo.

Una vez despojado nuestro héroe del buen éxito; una vez derribado del pedestal; una vez le encubra el polvo; una vez arrancados de encima de él el oropel, el similor y el marcial sable; una vez desnudo y tembloroso su raquítico y pobre esqueleto, ¿quién puede imaginarse nada mas ruin, mezquino, miserable y lastimoso?

III

La historia tiene sus tigres.

Los historiadores, guardas inmortales de animales feroces, presentan á las naciones ese espectáculo imperial.

Tácito solo, ese gran cazador de los tiempos antiguos, cogió y encerró en las jaulas del hierro de su estilo[46] diez ó doce tigres de esta clase. Contempladlos, son espantosos y soberbios; sus manchas realzan mas su hermosura. Este es Nemrod, el cazador de hombres; aquel es Busiris, el tirano de Egipto; el otro es Falaris, que mandaba asar los hombres vivos dentro de un toro de bronce para que el toro mugiese; el otro es Asuero, que arrancó la piel de la cabeza á los siete hermanos Macabeos y los arrojó en un horno encendido; el otro es Neron, el incendiario de Roma, que cubria de cera y betun á los cristianos y los encendia para servirle como de antorchas; el otro es Tiberio, el hombre de Caprea; el otro es Domiciano; el otro Caracalla; el otro Heliogábalo; el otro es Comódo que tiene á mas de sus infamias el horrible mérito de ser hijo de Marco Aurelio.

En esta jaula vereis varios czares; en la otra varios sultanes; en la de mas allá varios papas y entre ellos mirad bien al tigre Borgia.

Aqui teneis á Felipe, llamado el Bueno, así como las furias se llamaban Euménides; allá teneis á Ricardo III, siniestro y deforme; acullá á Enrique VIII con su dilatada faz y abultado abdomen, quien de cinco mujeres que tuvo mató á tres y abrió el vientre á otra; mas allá vereis á Cristierno II, el Neron del Norte; mas lėjos á Felipe II, el demonio del Mediodia.

Todos esos tigres son espantosos, escuchad sus rugidos; contempladlos el uno en pos del otro; el historiador os los presenta, el historiador los arrastra furiosos y terribles á la delantera de la jaula, os abren la boca, os enseñan los dientes y os muestran las garras; de cada uno de ellos podeis decir: «Este es un tigre real».

Efectivamente, han sido cazados todos en los tronos. La historia los pasea á través de los siglos, impidiendo que mueran. Son sus tigres; por eso los cuida mucho. Pero no mezcla con ellos los chacales.

Pone y encierra aparte las fieras inmundas.

El señor Luis Bonaparte será encerrado como Claudio, como Fernando VII de España, como Fernando II de Nápoles, en la jaula de las hienas.

IV

Su carácter participa del bandido y del miserable descarado.

No se puede ver en él por mas esfuerzos que se hagan, mas que un pobre principe de industria que en Inglaterra tenia que valerse de varios espedientes para vivir. Su actual prosperidad, su triunfo, su imperio y su hinchazon, no importan nada. Su manto de púrpura arrastra sobre botas destalonadas. Es Napoleón el Pequeño ni mas ni menos. El título de este libro es muy propio y acertado.

La bajeza de sus vicios, perjudica la grandeza de sus crímenes. ¿Qué quereis que os diga? para mí tengo que es muy inferior a Pedro el Cruel que mataba, pero no robaba; á Enrique III que asesinaba, pero no estafaba; á Timour que aplastaba a los niños bajo los piés de sus caballos á corta diferencia como Bonaparte exterminó las mujeres y niños en el Bulevar, pero no mentia. Oigamos al historiador árabe:

«Timour Bey, sahelkeram» (señor del mundo y del siglo, señor de las conjunciones planetarias,) nació en Kesch en 1336; degolló á cien mil cautivos y teniendo sitiada á Siwas, los habitantes de ésta le mandaron mil niños para enternecerle, llevando cada uno en la cabeza un Alcoran y clamando: ¡Alá! ¡Alá!

«Mandó quitar con todo respeto los libros sagrados que los niños traian, y mandó aplastar á éstos á los piés de sus caballos. Empleó setenta mil cabezas humanas con cimiento, piedra y ladrillo en la fabricacion de torres en Hérat, Sebzvar, Tebrit, Alepo y Bagdad. Detestaba la mentira, y cuando habia dado su palabra, podia uno fiar á ciegas en su promesa».

El señor Bonaparte no es de esa talla, no tiene la dignidad que los mayores déspotas de Oriente y de Occidente mezclaron con su ferocidad. Le falta la magnitud cesárea.

Para mostrar buen talante y digno continente entre todos esos verdugos ilustres, no es menester hacer vacilar el ánimo entre un general de division y un tocador de bombo de los Campos Elíseos; no es menester haber sido polizonte en Londres; no es menester haber arrostrado con los ojos fijos al suelo y en pleno tribunal de los pares, los altaneros desprecios del señor Magnan; no es menester ser llamado *pick-pocket* por los periódicos ingleses; no es menester que Clichy le haya amenazado; en una palabra, no es menester que en su pecho aliente un alma de bellaco.

Señor Luis Napoleón, eres un ambicioso, aspiras á muy alto; pero es preciso decirte la verdad.

Ahora bien; ¿qué quieres que te digamos sino lo que has sido y serás? En vano has querido, derribando la tribuna de Francia, realizar á tu modo los deseos de Calígula que decia: «Quisiera que el humano linaje no tuviese mas que una sola cabeza para poderlo decapitar de un solo golpe». En vano has hecho desterrar infinitos miles de republicanos, como Felipe III espulsaba los moros y como Torquemada arrojaba á los judíos; en vano tienes mazmorras como tenia Pedro el Cruel, pontones como tenia Hariadan, dragonadas como el padre Letellier, y

calabozos donde el que entraba moria sin salir vivo, como Ezelino III; en vano te has hecho perjuro como Luis Sforce; en vano has muerto y asesinado en masa como Cárlos IX; en vano has hecho todo lo que llevo dicho; en vano haces llegar a la mente esos nombres propios cuando se piensa en tu nombre, porque no eres mas que un grotesco malvado. No es monstruo todo aquel que quiere serlo.

V

De toda aglomeracion de hombres, de toda ciudad, de toda nacion surge fatalmente una fuerza colectiva.

Poned esa fuerza colectiva al servicio de la Libertad, hacedla regir por el sufragio universal y la ciudad, será comun, la nacion será república.

Dicha fuerza colectiva no es inteligente por naturaleza. Puesto que procede de todos, no es de ninguno, flota, por decirlo así, fuera del pueblo.

Hasta el dia en que segun la verdadera forma social que es *lo menos gobierno posible*, dicha fuerza podrá reducirse á no ser mas que una policía de la calle y del camino, que cuide de empedrar las calles, encender los reverberos y vigilar á los malhechores; hasta aquel dia, digo, estando dicha fuerza colectiva á merced de muchos azares y ambiciones, necesita ser guardada y defendida por celosas, previsoras y bien fundadas instituciones.

La tradicion puede sojuzgarla, la astucia puede sorprenderla.

Un hombre puede echársele encima, cogerla, enfrenarla, domarla y hacerla obrar contra los ciudadanos.

VI

El tirano es aquel hombre que habiendo salido de la tradicion como Nicolas de Rusia, ó de la astucia como Luis Bonaparte, se apodera en provecho propio, y dispone á su antojo de la fuerza colectiva de un pueblo.

Si ese hombre es de nacimiento como el de Nicolas, es el enemigo social; si ha hecho lo que Luis Bonaparte, es el ladron público.

El primero no tiene nada que ver con los artículos de los códigos ante la justicia legal y regular. Tiene en pos de sí espiándole y acechándole con el odio en el corazon y la venganza en la mano, en su palacio, á Orloff, y en su pueblo, á Mouravieff. Puede asesinarle cualquiera de su ejrécito ó envenenarle cualquiera de su familia: corre el albur de las conspiraciones de cuartel, de las revueltas de regimientos, de sociedades militares secretas, de los complots domésticos, de las enfermedades bruscas y oscuras, de los golpes terribles, de las grandes catástrofes.

El segundo debe solamente ir á Poissy.

El primero tiene las condiciones indispensables para morir llevando la púrpura y para acabar real y pomposamente como acaban las monarquías y las tragedias.

El segundo debe vivir; vivir entre cuatro paredes detrás de la reja que lo deje ver al pueblo, barriendo patios, haciendo cepillos de crin ó babuchas de orillo, vaciando cubas con un gorro verde á la cabeza y suecos á los piés con paja dentro de los suecos.

VII

¡Oh jefes de los viejos partidos, sectarios del absolutismo! en Francia habeis votado en masa en el escrutinio de los siete millones quinientos mil votos, fuera de Francia habeis aplaudido tomando á ese Cartouche por el héroe del órden. Convengo en que es bastante feroz para ello; pero mirad bien su talla. No seais ingratos á vuestros verdaderos colosos.

Destituisteis con violencia y rapidez á vuestros Haynan y Radetzky. Meditad sobre todo esta relacion que naturalmente se ofrece al ánimo. ¿Qué es este Mandrino de Lilliput al lado de Nicolás czar y césar, emperador y papa, poder biblico y knouto, que sentencia y condena, que manda el ejercicio á ochocientos mil soldados y á doscientos mil sacerdctes, que tienen en su mano derecha las llaves del paraiso y en su mano izquierda las llaves de la Siberia y posee como propiedad suya sesenta millones de hombres, las almas como si fuese Dios, los cuerpos como si fuese la tumba?

CAPÍTULO II

Inmoralidad de Luis Bonaparte y sus infames satélites.

I

Si dentro poco no tuviese lugar un desenlace brusco, imponente y solemne; si la situacion actual de la nacion francesa se prolongase y tuviese larga duracion, el mal grave, el mal espantoso seria el mal moral.

Los bulevares de París, las calles de París, los campos y las ciudades de veinte departamentos de Francia fueron sembrados de cadáveres el 2 de Diciembre. Vióse ante los umbrales de las casas padres y madres degollados, niños tajados á sablazos, mujeres despeinadas arrastrándose por la sangre y mutiladas por la metralla; vióse en las casas asesinar a los que suplicaban perdon, fusilados á tropel los unos en los subterráneos, despachados los otros á bayonetazos en sus propias camas, derribados los otros por una bala sobre las baldosas del hogar.

En la actualidad se ven impresas todavía con sangre toda especie de manos, aquí en una pared, allá en una puerta, acullá en una alcoba: despues de la victoria de Luis Bonaparte, París patinó tres dias seguidos sobre un lodazal de color de sangre; un gorro lleno de sesos humanos colgaba de una rama de un árbol en el bulevar de los Italianos.

Con mis propios ojos vi en la noche del 4 cerca la barricada de Mauconseil, entre otras víctimas, un anciano de cano cabello tendido en mitad del arroyo con el pecho atravesado por una bala y con una clavicula rota: el arroyo de la calle que corria por debajo de él arrastraba su sangre; vi y toqué con mis propias manos, ayudando á desnudarle, á un pobre niño de siete años muerto, segun me dijeron, en la calle de Tiquetonne; estaba pálido y su cabeza iba de una parte á otra mientras se le quitaban los vestidos; sus ojos medio cerrados estaban fijos y uno acercaba involuntariamente el oido á su boca entreabierta pareciéndole que le oia murmurar débilmente: «¡Madre, imadre mia!»

II

Sin embargo, hay algo mas agudo y triste que ese niño asesinado, mas lamentable que el anciano ametrallado, mas horrible que la gorra llena de sesos humanos, mas espantoso que las aceras manchadas con la carnicería, mas irreparable que todos los hombres y mujeres, que todos los padres y madres degollados y asesinados, el honor de un gran pueblo que se desvanece.

Y en efecto las pirámides de muertos que se veian en los cementerios despues de haber descargado en ellos los carros que venian del campo de Marte, las inmensas fosas abiertas que por la madrugada se llenaban de cuerpos humanos apresurándose á causa de los crecientes albores del crepúsculo, es horrible, pero lo que es aun mas horrible es el pensar que a la hora en que estamos los pueblos dudan, y que para ellos ha desaparecido para la Francia ese esplendor moral.

III

Lo que es mas doloroso y aflictivo que los cráneos partidos por el sable, que los pechos hendidos por las balas, mas desastroso que las casas robadas, que el asesinato llenando las calles, que la sangre vertida á torrentes, es el pensar que ahora dicen todos los pueblos de la tierra:

—¿Os acordais de la nacion de las naciones, del pueblo del 14 de Julio, del pueblo del 10 de Agosto, del pueblo de 1830, del pueblo de 1848, de la raza de gigantes que aplastaba las bastillas, de la raza de hombres cuyo rostro era una luz de la patria del género humano que producia á los héroes y pensadores, héroes tambien que hacian todas las revoluciones y producian los mejores frutos del entendimiento humano, de Francia en fin cuyo solo nombre decia Libertad, de la especie de alma del mundo que iradiaba en toda Europa, de la luz que alumbraba al mundo?… pues bien, alguno la ha hollado y extinguido. Se acabó, ya no existe Francia.

Mirad donde querais y en todo hallareis tinieblas. El mundo anda á tientas. ¿Qué se han hecho aquellos tiempos mezclados de tempestades, pero espléndidos, en los cuales todo era vida, todo era libertad, todo era gloria? ¿Aquellos tiempos en que el pueblo francés, despierto y vigilante á la cabeza de todos é interrogando hasta las tinieblas, con la frente bañada por la aurora del porvenir levantada ya por él, decia á los otros pueblos dormidos todavia, anonadados y sacudiendo apenas las cadenas en medio de su soñolencia: «Tranquilizaos, yo trabajo para todos, preparo el terreno para todos, soy el operario de la providencia»?

¡Oh amargo dolor! ¡Mirad el entorpecimiento allí donde habia el poderío! ¡Mirad la vergüenza donde habia la magestuosa altivez! ¡Mirad a este pueblo soberbio que levantaba la cabeza, cómo la baja ahora!

¡Ay! Luis Bonaparte ha hecho mas que matar a las personas; ha empequeñecido las almas; ha menguado el corazon de los ciudadanos. Menester es pertenecer a la raza de los indomables é invencibles perseverar ahora en el áspero sendero del retraimiento y del deber.

IV

No sé que gangrena de prosperidad material amenaza a la honradez pública con hacerla entrar en putrefaccion.

¡Qué dicha es el ser desterrado, derribado, arruinado! ¿No es verdad, bravos obreros? ¿No es verdad, dignos aldeanos arrojados de Francia, careciendo de asilo, careciendo de calzado?

¡Qué felicidad la de comer el negro y duro pan del destierro; dormir en un jergon puesto al suelo; tener los codos raidos; hallaros fuera de todo eso y poder responder a lo que os preguntan si sois francés: «Soy proscrito»!

¡Qué miseria mas repugnante que la alegria de los intereses y codicias saciándose en el dornajo del 2 de Diciembre!

¡Dios de Dios!… pero vivamos, triunfemos, hagamos negocios, embrollemos en las acciones de las minas de zinc ó en las de los Ferro-carriles, ganemos dinero; eso es lo que importa; es innoble si, pero es escelente; un escrúpulo menos y un doblon mas; vendamos toda el alma en esa almoneda.

Todo el mundo corre y corretea, halagando á los ministros y poderes, haciendo antecámara, apurando todo el cáliz de la ignominia y vergüenza, para obtener una concesion de un Ferro-carril en Francia ó de terrenos en África, y cuando nó, se pide á lo menos un empleo.

V

Una infinidad de intrépidas abnegaciones circundan el Eliseo y se agrupan alrededor del hombre, del hombre fatal.

Junot, cerca del primer Napoleón Bonaparte, arrostraba los enojos de los que salpicaban con los obuses; los que pululan cerca del actual, arrostran la saña de los que salpican de lodo.

¿Qué les importa compartir su ignominia, con tal que compartan sus pingües tesoros?

Parece como que juegan á quien hará tráfico de sí propio de la manera mas cínica. Y entre esos seres se encuentran jóvenes que tienen el ojo puro y limpido de toda apariencia de la edad generosa, se cuentan ancianos que no tienen mas que un temor, el de que el empleo solicitado no les venga á tiempo y no consigan deshonrarse antes de morir.

El uno se venderia por un empleo de gobernador, el otro por una prebenda, el otro por un consulado, el de allá quiere un estanco, el de mas allá una embajada.

Todos quieren dinero.

Unos menos, otros mas, porque es un título ó pension en lo que se piensa, no en un ministerio ó servicio.

Todos alargan la mano.

Todos se ofrecen.

Uno de estos dias se establecerá probablemente un comprador de conciencias por dinero.

¡Pues qué! ¡aun estamos con eso! ¡cómo! los que sostuvieron y defendieron el golpe de Estado; los que tuvieron miedo á los espantaniños rojos y á las faramallas del jacobinismo de 1852; los mismos que juzgaron bueno dicho crímen, porque, segun ellos, sacó de peligro su renta, su libro mayor, su caja, su cartera; esos mismos, no comprenden que el interés material sobrenadando solo, no seria al fin y al cabo mas que un triste advenedizo en medio de un inmenso naufragio moral, y que es una situacion horrible y monstruosa aquella en que se haya de decir:

—SE HA SALVADO TODO MENOS EL HONOR.

Las palabras independencia, emancipacion, progreso, orgullo popular, altivez nacional, grandeza francesa, no se pueden pronunciar ahora en Francia.

¡Silencio, chiton! esas palabras producen demasiado ruido, caminemos de puntillas y hablemos a la sordina. Estamos en la alcoba de un enfermo.

¿Pero quién es este hombre?

—Es el jefe, es el amo.

—¿Quién le obedece?

—Todo el mundo.

—¿Pues entonces todo el mundo le respeta?

—No, señor, todo el mundo le desprecia.

—¡Oh situacion!

VI

¿Y dónde está el honor militar? No hablemos mas, si quereis, de lo que hizo el ejército en Diciembre; pero sí, de lo que sufre en este momento, de lo que está á su cabeza, de lo que está sobre su cabeza. ¿No lo adivinais? ¿No lo adivina él?

¡Oh ejército de la República! ejército que tenias por caudillos generales pagados á cuatro francos por dia; ejército que tenias por jefes á Carnot, la austeridad en persona; á Marceau, el desinterés y abnegacion; á Hoche, el honor; á Kleber, el desprendimiento; á Joubert, la probidad; á Desaix, la virtud; á Bonaparte, el génio; ¡oh ejército francés, pobre y desgraciado ejército, heróico y descarriado á causa de los hombres del 2 de diciembre! ¿Qué harán de tí? ¿Adonde te llevarán? ¿En qué te ocuparán? ¿Qué parodias estamos destinados á ver y oir?

¡Ay! ¿quienes son esos hombres que mandan nuestros regimientos y gobiernan?

Ya se sabe quien es el primer jefe.

Este que era ministro iba á ser «cogido», el 3 de diciembre y por lo mismo hizo el 2.

Aquel otro es el que «pidió prestados» veinte y cinco millones de francos a la Banca.

El de mas allá es el hombre de los rieles de oro.

A ese de mas acá es a quien decia antes de que fuese ministro un amigo que le trataba con mucha franqueza:

—*¡Caracoles! con tus acciones ú obligaciones del negocio en cuestion, nos estafas lindamente, lo cual no me gusta mucho. Pero si ha de haber alguna ganga, déjame á lo menos participar de ella.*

Aquel otro que lleva charreteras, acaba de ser convicto de casi estelionato.

El otro que lleva tambien charreteras, recibió en la mañana del 2 de Diciembre cien mil francos «para las eventualidades que pudiesen sobrevenir». No era mas que coronel, si hubiese sido general, habria recibido cantidad mayor.

Aquel, que es general, siendo guardia de corps de Luis XVIII y estando de faccion detrás del sillon del rey durante la misa, arrancó del trono una bellota de oro macizo y se la metió en la faltriquera. Por esta causa le arrojaron del honorifico cuerpo de guardias del rey.

Ciertamente se les podria elevar tambien á esos hombres una *columna ex aero capto*, con dinero tomado.

Aquel otro, que es general de division, «estravió» cincuenta y dos mil francos, con conocimiento del coronel Charras, en la construccion de las aldeas de S. Andrés y S. Hipólito, cerca de Mascara.

Aquel, que es general en jefe, tenia por sobrenombre en Gante, donde se le conoce, *el general Quinientos Francos*.

Aquel otro, que es ministro de la guerra, debió tan solo al general Rulhieres el que no le mandasen comparecer ante un consejo de guerra.

Tales son los hombres.

¡Pero lo mismo da! ¡adelante! ¡redoblad, tambores; tocad, clarines; flotad, banderas!

¡Soldados, desde lo alto de esas pirámides os contemplan cuarenta ladrones!

CAPÍTULO III

Luis Bonaparte desmoraliza al pueblo francés.

I

Profundicemos tan dolorosa cuestion y examinémosla por todas sus fases.

Solamente el espectáculo de una fortuna inmensa tal como la del señor Bonaparte, colocado en la cumbre del Estado, bastaria para corromper y desmoralizar el pueblo mas virtuoso de la tierra.

Existe siempre a causa y por culpa de las instituciones sociales que ante todo debieran ilustrar y civilizar; existe siempre, digo, en una poblacion numerosa como la poblacion de Francia, una clase que ignora, que sufre, que ambiciona, que desea, que lucha, que fluctua entre el instinto animal que impulsa á tomar y la ley moral que invita al trabajo.

II

En la condicion dolorosa y humillada en que se encuentra todavía dicha clase para mantenerse en la rectitud y en el bien, necesita de todas las limpidas y santas luces que brotan del divino Evangelio, necesita que el espíritu de Jesus por un lado y el espíritu de la Revolucion francesa por otro, le dirijan las mismas palabras varoniles y le muestren sin cesar, como las únicas luces dignas de los ojos del hombre, las elevadas y misteriosas leyes del destino humano, tales como la abnegacion, el sacrificio, el desprendimiento, el trabajo que produce el bienestar interior, la felicidad inefable del alma.

A veces hasta sucumbe esta desdichada clase tan digna de simpatía y fraternidad, sucumbe, decimos, a pesar de la enseñanza perpetua, divina y humana al mismo tiempo.

Porque el sufrimiento y la tentacion son mas fuertes que la virtud.

¿Pero comprendeis los infames consejos que el éxito de Luis Bonaparte le da á cada momento?

III

Un hombre pobre, andrajoso, sin recursos ni trabajo, se encuentra en la sombra, en un rincon de la calle, sentado en el umbral de una casa oscura, meditando y rechazando a la vez una mala accion que le asalta el pensamiento.

Momentos hay en que vacila, otros en que se levanta resuelto y decidido. Tiene hambre y deseos de robar; para robar necesita una llave falsa, escalar una pared.

Una vez conseguido la llave falsa y escalar la pared, se hallará en presencia del arca de oro. Si alguno despierta, si le hacen resistencia, será preciso morir ó matar; el cabello se le eriza al pensarlo; sus ojos pierden la luz que la razon inflamaba; su conciencia que es la voz de Dios se subleva, y le dice:

—¡Detente! ¡haces mal! ¡eso es un crimen horrible! ¡y no solo cometerás uno, sino muchos a la vez! ¡detente!

En aquel momento acierta á pasar el jefe del Estado. Aquel hombre ve al señor Bonaparte en traje de general, con el cordon rojo, acompañado de lacayos vestidos de librea galonada de oro, galopando hácia su palacio en un coche de cuatro caballos.

El desgraciado que vacilára ante el horror del crimen que agitaba su mente, se deslumbra, se ofusca, mira con avidez tan espléndida vision, y la serenidad y calma del señor Luis Bonaparte, con sus charreteras de oro, y el cordon rojo, y la librea, y el palacio, y el coche tirado por cuatro caballos, le dicen:

—Procura salir en bien, y lo demas nada te importe. ¡Sal en bien!

Y ya no piensa mas que en dicha aparicion; la sigue, y corre al Eliseo á donde ve precipitarse una muchedumbre dorada en seguimiento del principe. Toda clase de coches pasan por la hermosa puerta del palacio, y en cada uno de ellos ve hombres felices y rebosando alegría. Aquel es un embajador.

Y el embajador dice al infeliz:

—¡Sal en bien!

El otro es un obispo.

Y el obispo dice al infeliz:

—¡Sal en bien!

Aquel de mas allá es un juez.

El juez le mira y le dice sonriendo:

—¡Sal en bien como yo!

IV

Así pues, de hoy en adelante, escapar á los gendarmes y polizontes será toda la ley moral.

No es ningun atentado robar, estafar, asesinar, dar de puñaladas, con tal que no se cometa la necedad de dejarse coger.

Todo hombre que medita un crímen tiene que violar una constitucion, tiene que infringir un juramento, tiene que destruir un obstáculo.

En una palabra, debe tomar bien sus medidas.

Es decir, debe ser hábil y salir bien del negocio.

No hay otras acciones culpables que los golpes dados en vago.

Meteis la mano en la faltriquera de un transeunte al anochecer ó á las altas horas de la noche en un lugar desierto. El transeunte os coge, le dejais lo que le habiais pillado, os sujeta y os lleva al cuerpo de policía mas cercano…

Sois culpable. ¡A presidio, pues, por no haber jugado limpio!

Pero no dejais la presa; teneis un puñal y lo clavais en el corazon del hombre que os resistiera; cae muerto á vuestros piés.

¡Bien está! dejadle alli tendido; cogedle el dinero é idos.

¡Bravo! eso se llama trabajar bien. Habeis tapado la boca á la víctima; nadie os acusará, porque es el único testigo que podia hablar.

Nadie os echará nada en cara; nadie tendrá nada que decir de vos.

Si solamente hubieseis robado al transeunte, habriais hecho mal.

Pero lo habeis asesinado… ¡habeis hecho muy bien!

¡Salid en bien; todo está ahí!

¡Ah! pero eso horroriza.

V

El dia en que la conciencia humana se desconcertase; el dia en que el éxito feliz tuviese razon ante ella, todo estaria terminado.

El último fulgor moral se remontaria al cielo.

Seria de noche en el alma del hombre.

No tendríamos que hacer otra cosa que devorarnos unos á otros como las fieras del desierto.

Mas á la degradacion moral se une la degradacion política.

El señor Bonaparte trata á las personas de Francia como si fueran de un país conquistado. Borra las inscripciones republicanas; corta los árboles de la libertad, y los convierte en haces de leña.

En la plaza de Borgoña habia una estatua de la República, y manda el señor Luis Bonaparte que sea demolida, y el pico y la pala hacen su trabajo.

En la casa de Moneda habia un busto de la República coronado de espigas. Luis Bonaparte lo manda derribar, poniendo en cambio su busto de perfil, el busto del infame.

Manda coronar y arengar á su busto en los mercados como el alcalde de Gessler hacia saludar su gorra.

Los obreros de los arrabales tenian la costumbre de cantar en coro cuando por la noche volvían la noche volvian á sus hogares, y lo peor es que modulaban cantos republicanos tales como la Marsellesa, el Canto de Partida. Pero Bonaparte Luis manda de repente que callen cuando salgan de los talleres.

No cantará, pues, en adelante el obrero que así desahogaba su fatigado pecho.

Pero puede en cambio cantar toda clase de canciones de obscenidad y borrachera, porque para ellas hay amplia amnistía.

Tal es el triunfo, que nadie se molesta.

VI

Aun ayer algunos se ocultaban; se fusilaba de noche, era una accion horrorosa; pero á lo menos se veia que el pudor no habia muerto, que todavía quedaba un resto de respeto hacia el pueblo; parecia como que se suponia que lo consideraban aun bastante vivo y fuerte para rebelarse, si hubiera visto tales escándalos.

Pero hoy no se oculta nada ya, ni se teme nada; se lleva a la guilotina en pleno dia.

¿A quién se lleva a la guillotina?

¡A quien! á los hombres de la ley.

¡Y la justicia está allí!

¡A quien! á los hombres del pueblo.

¡Y el pueblo está allí viéndolo, mirándolo!

Mas no es esto todo.

VII

Hay en Europa un hombre que inspira horror á toda Europa. Ese hombre ha pasado á saco la Lombardía; ha levantado patibulos en Hungria, ha mandado azotar una mujer bajo la horca en que colgaban estrangulados sus hijos y su marido. Todavía recordamos todos la carta terrible en que aquella mujer refiere el hecho y dice: *Mi corazon se hizo de piedra*.

El año próximo pasado tuvo antojo ese hombre de visitar como curioso la Gran Bretaña, y estando en Londres le dió la humorada de entrar en una cervecería.

La cervecería se llamaba de Barclay y Perkins.

En ella fué conocido, y una voz esclamó:

—¡Es Haynau!

—¡Es Haynau! repitieron los obreros en coro.

Aquel grito fué espantoso; la muchedumbre se arrojó sobre el miserable; le arrancó á puñetazos sus infames canas; le escupió al rostro, y le arrojó de alli.

Ahora bien, aquel viejo bandido adornado con las charreteras de general, aquel Haynau, aquel hombre que aun hoy tiene impresa en el rostro el inmenso bofeton del pueblo inglés, «ha sido invitado, segun se anuncia, á visitar la Francia por monseñor el príncipe presidente».

Es muy justo: Londres le infirió un insulto solemne, París le debe una ovacion.

Es muy justo, decimos; es una reparacion.

Bien está; nosotros asistiremos á la ceremonia.

Haynau recibió mil maldiciones é injurias en la cervecería de Perkins: ahora irá á recoger flores en la cerveceria de S. Antonio. El arrabal de S. Antonio recibirá la orden de ser prudente. El arrabal de S. Antonio verá, mudo, inmóvil, impasible, pasar triunfantes y hablando como dos amigos, por sus antiguas calles revolucionarias, al uno con el uniforme francés, al otro con el uniforme austríaco, á Luis Bonaparte, el asesino de los Bulevares, dando el brazo á Haynau, el azotador de mujeres…

¡Adelante, continua, afrenta sobre afrenta, desfigura á esa Francia tendida por el suelo, haz que sea desconocida! ¡Aplasta la faz del pueblo á taconazos!

VIII

¡Oh! inspiradme, buscadme, dadme, inventadme un medio cualquiera que sea, escepto el puñal, que no merece tanto…

¡Un Bruto para ese hombre! ¡No! ¡Ni siquiera es digno de las manos de Louvel!

¡Encontradme un medio cualquiera de derribar a ese hombre y libertar á mi patria! ¡De derribar á ese hombre! ¡A ese hombre de la astucia, á ese hombre de la mentira, á ese hombre del éxito feliz, á ese hombre de la ignominia y desgracia!

Un medio cualquiera, la pluma, la espada, el adoquin, la rebelion sea del pueblo, sea del soldado, sí, un medio cualquiera con tal que sea leal y empleado á la luz del dia; y yo lo emplearé, y lo emplearemos todos los proscritos, si con él podemos restablecer la libertad, libertar la República, realizar nuestra patria del oprobio en que yace; y hacer entrar en el polvo, en el olvido, en su cloaca, á ese rufian imperial, á ese principe corta bolsillos, á ese gitano de los reyes, á ese traidor, á ese amo, á ese escudero de Franconi, á ese gobernante satisfecho y alegre, inquebrantable, coronado y radiante con su crímen, feliz, que va y viene y se pasea tranquilamente a través de París estremecido, y que lo tiene todo á su disposicion, todo enteramente, la bolsa, la tienda, el almacen, la magistratura, todas las influencias, todas las cauciones, todas las invocaciones, desde el nombre de Dios del soldado, hasta el *Te-Deum* del sacerdote.

Efectivamente, cuando se fija largo tiempo la mirada en ciertas caras de dicho espectáculo, hay momentos en que se apodera de las almas mas firmes una especie de vértigo horrible.

IX

¿Pero al menos ese Bonaparte se hará justicia, tendrá una luz, una idea, una sospecha, una percepcion cualquiera de su infamia? Realmente es cosa que debemos dudar.

Si, á veces por las soberbias palabras que le escapan, al verle dirigir increibles apóstrofes a la posteridad, á la posteridad que se estremecerá de horror y cólera al contemplarle, al oirle hablar con entereza y sangre fria de su «legitimidad» y de su «mision», estariamos casi tentados de creer que ha llegado a tenerse á sí mismo en gran consideracion y que se le ha vuelto el juicio hasta el punto de no conocer lo que es y lo que hace.

Cree en la adhesion de los proletarios, cree en la buena voluntad de los reyes, cree en la fiesta de las águilas, cree en las arengas del consejo de Estado, cree en las bendiciones de los obispos, cree en el juramento que se hizo jurar; en una palabra, ¡cree en los siete millones quinientos mil votos!

A estas horas habla, creyéndose con el carácter de Augusto, de amnistiar á los proscritos…

¡La usurpacion amnistiando el derecho! ¡la traicion amnistiando el honor! ¡la cobardía amnistiando el valor y prez! ¡el crímen amnistiando la virtud!

Con su buen éxito Luis Bonaparte se ha embrutecido hasta el punto de encontrar todo eso enteramente sencillo.

¡Estraño efecto de la embriaguez! ¡ilusion de óptica! se le antoja dorado, espléndido y radiante lo del 14 de Enero, esto es, la Constitucion salpicada de cieno, manchada de sangre, orlada de cadenas, arrastrada en medio de la rechifla de Europa por la policia, el senado, el cuerpo legislativo y el consejo de Estado, vestidos de nuevo.

Toma por carro triunfal y quiere hacer pasar bajo el arco de la Estrella ese zarzo sobre el cual de pié, repugnante y con el látigo en la mano, pasea al ensangrentado cadáver de la República.

PRIMERA PARTE

FÉ Y LUTO

CAPÍTULO PRIMERO

El abismo abierto por 1848.

I

La Providencia conduce á la madurez por el solo hecho de la vida universal, los hombres, las cosas y los acontecimientos.

Basta para que un mundo antiguo se desmorone, que la civilizacion remontándose majestuosamente a su solsticio, irradie sobre las antiguas instituciones, sobre las preocupaciones antiguas, sobre las leyes caducas, sobre las costumbres inadmisibles.

Semejante irradiacion abraza y devora el pasado.

La civilizacion alumbra, este es el hecho visible; y al mismo tiempo consume, este es el hecho misterioso. A su influencia se verifica lentamente y sin rudo sacudimiento, que lo que ha de declinar decline, que lo que debe envejecer envejezca; las arrugas surcan las cosas condenadas, las castas, los códigos, las instituciones, las religiones.

Y ese trabajo de decrepitud se verifica en cierto modo por sí mismo. ¡Decrepitud fecunda bajo la cual germina una vida nueva!

La ruina se prepara paulatinamente, profundas grietas y hendeduras que no se ven, se ramifican en la sombra y reducen á polvo en el interior esa formacion secular que ostenta todavía una masa enorme por la parte de fuera; pero hé aqui que de repente y cuando menos se esperaba, aquel antiguo conjunto de hechos carcomidos de que se componen las sociedades caducas, se hace disforme; el edificio se desune, rompe su trabazon y se desploma. Entonces nada queda en pié. Surge uno de esos gigantes propios para las revoluciones, levanta la mano y todo queda terminado.

II

Existe una hora en la historia en la que un empuje de Danton derrocaria toda la Europa.

1848 fué una de esas horas.

La vieja Europa feudal, papal y monárquica, rebozada tan fatalmente por la Francia en 1815, se estremeció hasta en sus cimientos.

Pero faltaba un Danton.

El derrumbamiento no tuvo lugar.

Mucho se ha dicho en la fraseologia trivial que en semejantes casos se emplea, que 1848 habia abierto un abismo.

Pero nada es menos cierto.

El cadáver del pasado yacia en Europa, y aun yace en ella en la actualidad.

1848 abrió una fosa para sepultar aquel cadáver.

Y dicha fosa es la que algunos, que todo lo abultan, tomaron por un abismo.

En 1848 todo lo que se adheria al pasado, todo lo que vivia del cadáver, vió de cerca aquella fosa.

No solamente los reyes desde sus tronos, los cardenales desde sus palacios, los jueces á la sombra de la guillotina y los capitanes desde sus caballos de guerra, se espantaron y estremecieron, sino tambien todos aquellos que tenian algun interés en lo que iba a desaparecer; sino tambien todos aquellos que fomentaban en provecho suyo una ficcion social, y la tenian arrendada y alquilada como un abuso; sino tambien todos aquellos que eran guardianes de una mentira, porteros de una preocupacion ó arrendatarios de una supersticion; sino tambien todos aquellos que esplotaban, prestaban con usura, estrujaban y mentian; sino tambien todos aquellos que vendian con pesas falsas, desde los que alteran una balanza hasta los que falsifican la Biblia, desde el mal mercader hasta el mal sacerdote, desde los que manipulan las cifras hasta los que convierten en moneda los milagros, desde el banquero judio que se creia algo católico, hasta el obispo que se hizo un poco judío. Todos los hombres del pasado, en fin, inclinaron mútuamente la cabeza y temblaron.

Aquella fosa que estaba abierta y en la que habian corrido riesgo de caer todas las ficciones que eran el tesoro de aquellos hombres, y que desde tantos siglos pesan sobre la humanidad, resolvieron llenarla hasta la haz de la tierra.

Resolvieron emparedarla, llenarla de cal y canto, y alzar sobre dicho amontonamiento, un patibulo y colgar en tal patibulo triste y silenciosa á la gran culpable, la Verdad.

Resolvieron acabar de una vez con el espíritu de libertad y emancipacion, y anonadar y comprimir la fuerza ascendente de la humanidad.

III

La empresa era ruda, árdua y espinosa. Lo que era dicha empresa hémoslo indicado ya mas de una vez en este libro y en otros puntos.

Deshacer el trabajo de veinte generaciones; matar en el siglo décimonono, cogiéndolos por el pescuezo, los tres siglos décimo sexto, décimo séptimo y décimo octavo, es decir, á Lutero, Descartes y Voltaire, el exámen religioso, el exámen filosófico y el exámen universal; aniquilar en toda la Europa la inmensa vejetacion del libre pensamiento, fornido roble en algunas partes, hebra sutil en otras; hermanar el Knouto y el hisopo; dilatar la España en el Mediodia y la Rusia en el Norte; resucitar en lo posible la Inquisicion y ahogar en lo posible la inteligencia humana; embrutecer la juventud, ó en otros términos, entontecer y menguar el porvenir; hacer asistir el mundo al auto de fé de las ideas; derribar las tribunas; suprimir el periódico,

el anuncio, el libro, la palabra, el grito, el murmullo, el soplo; establecer en todas partes el silencio; perseguir el pensamiento en la caja de la imprenta, en el componedor, en el carácter de plomo, en el cliché, en la litografia, en la imágen, en el teatro, en el escenario, en la boca del actor, en el cuaderno del maestro de escuela, en el pobre que gana el sustento vendiendo papeles por las calles; dar á cada uno por fé, por ley, por objeto y por Dios, el interés material; decir á los pueblos: —Comed, pero no penseis; quitar el cerebro al hombre de su cabeza y metérselo en el estómago; ahogar la iniciativa del individuo, la vida local, el impulso nacional, todos los instintos profundos que impulsan al hombre hacia el derecho; arrancar de las naciones esa palabra que se llama Patria; destruir la nacionalidad en todos los pueblos repartidos y desmembrados; pulverizar las constituciones en los Estados constitucionales, la república en Francia, la libertad en todas sus partes.

En una palabra, cegar ese anchuroso abismo que se llama el progreso.

IV

Tal fué el plan vasto, enorme, europeo, que nadie concibiera, porque ninguno de aquellos hombres tenia genio para ello, pero que todos siguieron.

En cuanto al plan en sí mismo, en cuanto á esa inmensa idea de compresion universal ¿de dónde emanaba?

¿Quién es capaz de decirlo?

Viósela en el aire, apareció en el horizonte del pasado. Alumbró ciertos entendimientos. Enseñó ciertos caminos. Fué como una especie de fulgor salido de la tumba de Maquiavelo.

En ciertos momentos de la historia humana, en los planes que se traman, en las cosas que se hacen, pareceria que todos los antiguos demonios de la humanidad, como Luis XI, Felipe II, Catalina de Médicis, el duque de Alba, Torquemada y otros, andan por allí escondidos en algun rincon, sentados á una mesa y celebrando consejo.

Todos escudriñan con una mirada, todos buscan, y en vez de los colosos no salen mas que miserables abortos.

Donde se suponia un duque de Alba, se encuentra un Schwartzenberg; donde se suponia un Torquemada, se encuentra un Veuillot.

El antiguo despotismo europeo sigue su marcha con esos pigmeos al frente y parece que no lleva trazas de parar. Se parece al emperador Pedro de Rusia yendo de viaje.

—*Se reanuda con lo que se encuentra, decia; cuando no tuvimos mas caballos tártaros tomamos borricos.*

Para conseguir dicho objeto, es decir, la compresion de todo y de todos, era menester elegir una senda oscura, tortuosa, áspera y diticil; pero al fin se eligió. Algunos de los que entraron en ella sabian lo que hacian.

V

Los partidos viven de palabras; aquellos hombres, aquellos jefes de partido que 1848 espantó y reunió en estrecha alianza, tenian, segun hemos dicho mas arriba, sus palabras sacramentales, sus palabras de consigna: religion, familia, propiedad. Esplotaban con esa astucia vulgar, que basta cuando se habla al que tiene miedo, ciertas fases oscuras de lo que se llamaba socialismo. Tratábase de «salvar la religion, la propiedad y la familia».

—¡Salvad la enseña! decian á las turbas espantadas.

Y estas se precipitaron anhelantes a la defensa de aquella enseña. Coaligáronse, hicieron frente, bloquearon. Tuvieron infinitos soldados en torno suyo.

Aquella multitud de soldados se componia de elementos diversos. El propietario formó parte de ella porque los alquileres habian bajado; el aldeano, porque habia pagado los cuarenta y cinco céntimos; alguno que no creia en Dios, creyó necesario salvar la religion, porque se habia visto obligado á vender sus caballos.

Sacaron de esa inmensa muchedumbre, toda la fuerza que contenia, y se sirvieron de ella.

Y comprimieron con todos los medios imaginables, con la ley, con la arbitrariedad, con las asambleas, con la tribuna, con el jurado, con la magistratura, con la policía, en Lombardia con el sable, en Napoles con las mazmorras y los calabozos, en Hungria con los patibulos.

Para enfrenar las inteligencias; para recargar de cadenas las almas, esclavas que se habian escapado; para impedir que desapareciese el pasado; para impedir que el porvenir naciera; para sostener a los reyes, á los magnates, á los privilegiados, á los dichosos, todo fué bueno, todo fué justo, todo fué legitimo.

Fabricaron para el caso necesario de la lucha y difundieron por todo el mundo, una moral y una asechanza contra la libertad, que pusieron en accion Fernando en Palermo, Antonelli en Roma, Schwartzenberg en Milan y Pesth, y mas tarde en París los hombres de Diciembre, los lobos de Estado.

CAPÍTULO II

El foco desde donde la luz se difunde.

I

Habia un pueblo entre los pueblos que era una especie de hermano mayor en la gran familia de los oprimidos, y era como una especie de profeta en la tribu humana.

Ese pueblo tenia la iniciativa de todo movimiento humano.

Se levantaba á veces y decia:

—Venid.

Todos le seguian.

Como complemento de la fraternidad de los hombres que está inscrita en el Evangelio, enseñaba la fraternidad de las naciones. Hablaba por boca de sus escritores, de sus poetas, de sus filósofos, de sus oradores, como por una sola boca; y sus palabras recorrian hasta los últimos confines de la tierra, poniéndose como otras tantas lenguas de fuego en la frente de todos los pueblos.

Presidia la Cena de las inteligencias. Multiplicaba el pan de la vida á los que iban errantes por el desierto.

Cierto dia se vio rodeado de una formidable tempestad; precipitose hácia el abismo y dijo á los pueblos:

—¿Por qué temeis?

El oleaje de las revoluciones levantado por él, se calmó bajo sus piés, y en vez de tragarlo lo colmó de gloria.

Las naciones enfermas, pacientes ó debilitadas, se estrechaban en torno suyo. Esta cojeaba; la cadena de la Inquisicion remachada á su pié por espacio de tres siglos, la habian estropeado; pero él le decia:

—¡Anda!

Y la nacion andaba.

Aquella otra era ciega; el viejo papismo romano le habia llenado las pupilas de densas y oscuras tinieblas. Él le decia:

—¡Mira!

Y la nacion ciega abria los ojos y veia.

—Arrojad vuestras muletas, esto es, vuestras preocupaciones, les decia; arrojad vuestras vendas, esto es, vuestras supersticiones; estos firmes, derechos; levantad la cabeza, mirad el cielo, contemplad á Dios. El porvenir es vuestro. ¡Oh pueblos! teneis una lepra que es la ignorancia; teneis una peste que es el fanatismo; no hay uno solo de vosotros que no lleve en sí una de esas horribles enfermedades que se llama un déspota; id, corred, destrozad los lazos del mal; yo os liberto, yo oscuro.

Por toda la tierra se levantaba un clamor de agradecimiento de los pueblos á quienes esa voz hacia robustos y sanos.

Un dia se acercó á Polonia muerta; levantó el indice, y le dijo:

—¡Levántate!

Polonia se levantó a pesar de que habia muerto.

II

Los hombres del pasado temian y odiaban á ese pueblo, porque les anunciaba la próxima caida que acabaria con sus rancias instituciones.

A fuerza de astucia, de paciencia torcida y de audacia, acabaron por apoderarse de él y consiguieron agarrotarle.

De tres años á esta parte el mundo contempla un inmenso suplicio, un espectáculo tremendo.

De tres años á esta parte los hombres del pasado, los escribas, los fariseos, los publicanos, los principes de los sacerdotes, crucifican en presencia del género humano al Cristo de los pueblos, al pueblo francés.

Unos le han echado á cuestas la cruz; otros han traido los clavos; otros, el martillo. Falloux le ha puesto en las sienes la corona de espinas. Montalembert le ha llevado a la boca la esponja empapada en hiel y vinagre. Luis Bonaparte es el soldado miserable que le ha dado la lanzada al costado haciendo proferir el grito supremo:

—*¡Eli, Eli! ¡Lamma Sabactani*[47]*!*.

Ahora todo está acabado. El pueblo francés ha muerto. La tumba solemne va á abrirse.

Por tres dias estará cerrada.

Tengamos fé.

No dejemos abatirnos. Desesperar es desertar.

Miremos al porvenir.

El porvenir, (no sabemos las borrascas que nos separan todavía del puerto, pero todos vemos el puerto luminoso y esplendente). El porvenir, repitámoslo, es la República para todos.

Añadamos ahora. El porvenir es la paz con todos.

III

No incurramos en la vulgar aberracion de maldecir y deshonrar el siglo en que vivimos.

Erasmo llamó al siglo décimo sexto «*fex temporum*», escoria de los tiempos.

Bossuet calificó del modo siguiente al siglo décimo séptimo: «Siglo malo y pequeño».

Rousseau zahirió el siglo décimo octavo en los términos siguientes. «Esa grande podredumbre en que vivimos».

La posteridad ha dicho á esos varones ilustres que se han engañado.

Ha dicho á Erasmo: El siglo décimo sexto fué grande.

Ha dicho á Bossuet: El siglo décimo séptimo fué grande.

Ha dicho á Rousseau: El siglo décimo octavo fué grande.

Ademas, aun cuando la infamia de dichos siglos hubiese sido real y verdadera, aquellos hombres pensadores habrian incurrido en un error. El pensador debe aceptar con sencillez y calma el medio en que la Providencia tiene á bien colocarle.

El esplendor de la inteligencia humana, la elevacion y grandeza del genio, no se ostenta menos con el contraste que con la armonia con el tiempo en que brota.

El hombre estóico y profundo no se halla amenguado por la abyeccion esterior.

Virgilio, Petrarca, Racine, son grandes bajo su púrpura; Job no es menos grande en su estercolero.

IV

Pero nosotros, hombres del siglo décimo nono, podemos decirlo: El siglo décimo nono no es un estercolero.

Sean cuales fueren los oprobios del instante actual; sean cuales fueren los golpes que nos da el vaiven de los acontecimientos sociales, politicos y religiosos; sea cual fuere la aparente desercion ó el momentáneo letargo de los ánimos, ninguno de nosotros, demócratas, renegará de esta magnífica época en que estamos, de esa edad viril de la humanidad.

Proclamémoslo muy alto y a despecho de nuestra caida y de nuestra derrota:

ESTE SIGLO ES EL MAS GRANDE DE TODOS LOS SIGLOS.

¿Y sabeis por qué?

Porque es el mas blando.

Este siglo, nacido directa é inmediatamente de la Revolucion francesa y de su primogénito, liberta al esclavo de América, emancipa al paria del Asia, apaga la hoguera en que se sacrificaba la viuda indiana sobre el cadáver de su esposo, dispersa y estingue en Europa los últimos tizones de la pira inquisitorial, civiliza la Turquía, hace penetrar el Evangelio hasta en el mismo Koran, dignisica a la mujer, subordina el derecho del mas fuerte al derecho del mas justo, suprime los piratas, disminuye las penalidades, salubrifica las mazmorras, arroja el hierro candente al albañal, condena la pena de muerte, quita la bala de la pierna del presidario, procura abolir los suplicios, degrada y afrenta á la guerra, embota á los duques de Alba y á los Cárlos IX, arranca las garras á los tiranos.

Este siglo proclama la soberanía del ciudadano y la inviolabilidad de la vida; corona al pueblo y consagra al hombre.

En el arte el siglo actual cuenta todos los genios; escritores, oradores, poetas, historiadores, publicistas, filósofos, pintores, estatuarios, músicos; la majestad, la gracia, el poder, la audacia del genio, la fuerza, el brillo y esplendor, la profundidad, el colorido, la forma, el estilo; se empapa á la vez en la realidad y en el ideal, y lleva á la mano los dos rayos, lo verdadero y lo bello.

En la ciencia ve patentizados todos los prodigios; hace del algodon una pólvora fulminante, del vapor un caballo, de la pila de Volta un obrero, del fluido eléctrico un mensajero, del sol un pintor; se rocía con el agua submarina esperando calentarse en el fuego central; abre hácia los dos infinitos sus dos poderosas ventanas, el telescopio para lo infinitamente grande, y el microscopio para lo infinitamente pequeño, y encuentra en el primer abismo astros y en el segundo abismo insectos que le prueban que hay un Dios. Suprime la duracion, suprime las distancias, suprime el padecimiento; escribe una carta de París á Londres y la contesta en diez minutos; corta el muslo á un hombre, y el hombre canta y sonrie.

Solo le falta realizar, y está próximo el dia que lo consiga, un progreso que no es nada en comparacion de los otros prodigios que ha obrado: solo le falta hallar el medio de dirigir en una masa de aire una bola de aire mas ligero; tiene ya la bola de aire, la tiene encerrada, pero le falta hallar la fuerza impulsiva, le falta sólo hacer el vacío, por ejemplo, delante, del globo, inflamar el aire delante del aereostato, como hace el cohete delante de sí; solo le falta resolver de un modo cualquiera ese problema, y lo resolverá, no hay que dudarlo.

V

¿Y sabeis lo que sucederá entonces, una vez resuelto ese gran problema?

Al mismo instante se desvanecerán las fronteras, se borrarán las barreras, todo lo que es muralla de la China en torno del pensamiento, en torno del comercio, en torno de la industria, en torno de las nacionalidades, en torno del progreso, se derrumbará como el castillo de naipes al soplo del vendabal.

Y a despecho de las censuras, y á pesar de los indices romanos, lloverán libros y periódicos en todas partes; Voltaire, Diderot, Rousseau, caerán en forma de granizo sobre Roma, sobre Nápoles, sobre Viena, sobre San Petersburgo; el Verbo humano será el maná, y el siervo lo recogerá en el surco; los fanatismos morirán y la opresion será imposible; el hombre se arrastraba por el suelo y ahora volará; la civilizacion se convertirá en manada de aves que remontándose en gracioso torbellino se abatirá gozosa sobre todos los puntos del globo a la vez.

Mirad, mirad como pasa, mirad como vuela.

Asestad vuestros cañones, viejos despotismos, y ella os despreciará de igual modo; vosotros no sois mas que la bala, ella es el relámpago.

Ya no existen los ódios, ya no existen los intereses que mútuamente se devoraban, ya no hay guerras; una especie de vida nueva constituida de luz, de paz, y de concordia, reina y apacigua el orbe. La fraternidad de los pueblos se mece atravesando los espacios y se comunica en el eterno manto de zafiro, los hombres se internan y confunden en los cielos.

Pero mientras aguardamos ese progreso definitivo, veamos el punto á que habia llevado la civilizacion el siglo actual.

CAPÍTULO III

La sociedad antes de la gran revolucion.

I

Habia en otro tiempo una sociedad que andaba á paso lento, *doblada* la cerviz é inclinada la frente; en que el conde de Gouvon se hacia servir a la mesa por Juan Jacobo; en que el caballero de Rohan daba palos á Voltaire; en que se ponia á la picota á Daniel de Foe; en que una ciudad como Dijon era separada de una villa como París por un testamento futuro, por ladrones que se ocultaban a todos los recodos de los bosques y por diez dias de diligencia; en que un libro era una especie de infamia y suciedad que el verdugo quemaba en las gradas del palacio de justicia; en que la supersticion y la ferocidad se daban la mano; en que el papa decia al emperador: *Jungamus dexteras, gladium gladio copulemus*[48]; en que se encontraba á cada paso cruces de las cuales colgaban amuletos, y horcas de las cuales colgaban hombres; en que habia hereges, judíos y leprosos; en que las casas tenian almenas y troneras; en que se cerraban las calles con una cadena, los rios con una cadena y hasta los campos con una cadena, como en la batalla de Tolosa, las ciudades con murallas, los reinos con prohibiciones y penalidades; en que escepto la autoridad y la fuerza que estaban estrechamente unidas, estaba todo tapiado, cortado, repartido, dividido, destrozado, aborrecido y aborreciendo, disperso y muerto; en que los hombres eran polvo y el poder, enorme peñasco.

II

Hoy existe un mundo donde todo vive, donde todo está reunido, combinado, mezclado, armonizado; un mundo donde imperan el pensamiento, el comercio y la industria, donde la política, mas exacta y fija cada vez, tiende á confundirse con la ciencia; un mundo donde los últimos patibulos y los postreros cañones se apresuran á cortar sus últimas cabezas y vomitar sus últimas balas; un mundo donde la luz crece á cada instante; un mundo donde ha desaparecido la distancia, donde Constantinopla está mas cerca de París que no estaba Lion cien años atrás, donde América y Europa palpitan al mismo latido del corazon; un mundo donde todo es paz, fraternidad y amor; un mundo del cual la Francia es el cerebro, cuyas arterias son los Ferro-carriles y cuyas fibras son los alambres eléctricos.

¿No conoceis ahora que con solo esponer una tal situacion, se esplica todo, se demuestra todo, se resuelve todo?

¿Ignorais acaso que el mundo antiguo tenia fatalmente, una alma vieja, la tiranía, y que en el mundo nuevo va a descender del cielo necesaria é irremisiblemente una alma jóven, divina, la libertad?

III

Tal era la obra que habia hecho entre los hombres y que proseguia esplendidamente el siglo décimo nono, ese siglo de esterilidad, ese siglo de corrupcion, ese siglo de decadencia, ese siglo de abatimiento, como dicen los pedantes, los enfáticos retóricos, los imbéciles y toda la inmunda caterva de santurrones, bribones y tramposos que mancha con su labia de hiel la gloria y esplendor de la luz, que declara que Pascal es un loco, Voltaire un fátuo y Rousseau un bruto, y cuyo triunfo seria el poder poner al género humano una cabeza de asno por montera.

¿Quereis hablarme del Bajo imperio? ¿hablais con formalidad?

¿Tenia acaso el Bajo imperio en pos de sí á Juan Huss, Lutero, Cervantes, Shakspeare, Pascal, Moliere, Voltaire, Montesquieu, Rousseau y Mirabeau?

¿Tenia acaso el Bajo imperio en pos de sí la toma de la Bastilla, la federacion, á Danton y Robespierre, y la convencion?

¿Tenia acaso á la América el Bajo imperio?

¿Tenia acaso el Bajo imperio el sufragio universal?

¿Tenia acaso el Bajo imperio las dos grandes ideas de patria y humanidad, patria, la idea que engrandece el corazon; humanidad, idea que ensancha el alma?

¿Sabeis que en el Bajo imperio Constantinopla caia en ruinas y habia acabado por no tener mas que treinta mil habitantes?

¿Está en el mismo caso París? ¡Porque le habeis visto salir en bien de un golpe de mano pretoriano os declarais Bajo imperio! Eso está pronto dicho y miserablemente pensado.

Pero reflexionad si podeis.

¿Tenia el Bajo imperio la brújula, la pila eléctrica, la imprenta, el periódico, la locomotora, el telégrafo eléctrico, a las que remontan al hombre y que el Bajo imperio no tenia?

Donde el Bajo imperio se arrastraba se cierne el siglo décimo nono.

¿Es imposible que os ocurran semejantes ideas? ¿Donde veis á la emperatriz Zoa, á Romano Argiro, á Nicéforo Logoteto, á Miguel Calafate? ¡Ea! apartad de vuestra mente una idea semejante. ¿Os imaginais tal vez que la Providencia se repite estúpidamente? ¿Creeis tal vez que Dios es como un hombre machaca?

IV

¡Tengamos fé, constancia y firmeza! La ironia de sí mismo es el principio de la bajeza.

Teniendo firmeza se llega á ser bueno, teniendo firmeza se llega á ser grande.

Si, la emancipacion de las inteligencias, y de consiguiente, la emancipacion de los pueblos, era la sublime tarea que el siglo décimo nono llevaba a cabo en colaboracion con la Francia; pues, el doble trabajo providencial del tiempo y de los hombres, de la madurez y de la accion, se confundia en la obra comun, y la grande época tenia por foco la gran nacion.

¡Oh patria! á estas horas en que te miras ensangrentada, sin ánimo, con la cabeza inclinada, los ojos cerrados, la boca abierta sin poder hablar, los cardenales del látigo á la espalda, los clavos del zapato del verdugo impresos en tu cuerpo, desnudo y manchado de cieno, semejante á una cosa muerta, objeto de desprecio, objeto de burla, ludibrio de la infamia… ¡ay de mí! á estas horas, patria mia, es cuando el corazon del proscrito rebosa de amor y respeto tan solo al pronunciar tu nombre.

¡Patria mia infeliz! te han quitado todo el movimiento. Los hombres de despotismos y opresiones se rien y saborean la ilusion orgullosa de que nunca mas habrán de temerte. ¡Rápidas y efimeras complacencias! Los pueblos rodeados de tinieblas olvidan el pasado y no ven mas que el presente y te desprecian. Perdónales, porque no saben lo que hacen.

¡Despreciarte!… ¡Dios eterno! ¡despreciar á la Francia!

¿Y quién son ellos para tanto? ¿qué lengua hablan? ¿qué libros tienen á la mano? ¿qué nombres saben de memoria? ¿cual es el anuncio fijado en la fachada de sus teatros? ¿Qué forma tienen sus artes, sus leyes, sus costumbres, sus trajes, sus placeres, sus modas? ¿Cuál es para ellos, así como para nosotros, la fecha solemne y memorable?

El 1789. Si arrancan la Francia de su alma ¿qué les queda?

¡Oh pueblos! aunque hubiese caido y caido para siempre, ¿se desprecia quizá á la Grecia? ¿se desprecia quizá á la Italia? ¿se desprecia quizá á la Francia? Mirad su seno; es vuestra nodriza, es vuestra madre.

Si duerme ó está aletargada, ¡silencio y quitaos el sombrero! Si ha muerto, ¡doblad la rodilla y humillad la frente!

V

Los desterrados se ven dispersos; el destino tiene soplos que dispersan á los hombres como un puñado de ceniza. Unos viven en Bélgica, en el Piamonte, en la Suiza, donde no tienen libertad; otros viven en Londres donde carecen de hogar, donde no tienen techo bajo que guarecerse.

Miradlos: aquel es un pobre aldeano arrancado á su aldea natal; el otro es un soldado que no tiene mas bienes que el pedazo de su espada que le rompieron en sus

propias manos; el otro es un obrero que ignora la lengua del pais, carece de vestido y de zapatos y no sabe si mañana podrá comer; el otro ha tenido que dejar á sus hijos y á su esposa, grupo muy amado, objeto de su laborioso afan, gozo de su vida; el de mas allá tiene una madre anciana que le llora amargamente, porque era su amparo en la tierra despues de Dios; el de aquí tiene un padre anciano que morirá sin verle; el de allá amaba, ha dejado tras si un ser adorado que le olvidará; todos levantan la cabeza, todos se tienden y aprietan mútuamente la mano sonriendo. No hay pueblo que á su paso no se pare con respeto á contemplar con profundo enternecimiento y como uno de los mas hermosos espectáculos que la suerte puede dar á los hombres, á todas aquellas conciencias tranquilas y serenas, á todos aquellos corazones desgarrados.

Los proscritos sufren, callan; el ciudadano ha inmolado en ellos al hombre. Miran cara á cara la adversidad, y ni siquiera esclaman bajo el despiadado azote de la desgracia: *Civis Romanus sum*[49].

VI

Pero por la noche, en las horas de insomnio, cuando en la ciudad estranjera se reviste de tristeza todo, porque lo que parece frio durante el dia se vuelve fúnebre al declinar del crepúsculo; pero por la noche, digo, cuando no se duerme, las almas mas fuertes, indiferentes y estóicas se entregan al luto y abatimiento. ¿Dónde estarán mis hijos? se preguntan con el mayor desconsuelo ¿quién les dará pan? ¿quién les imprimirá el ósculo paternal? ¿dónde está mi mujer? ¿dónde está mi madre? ¿dónde está mi hermano? ¿dónde están todos? ¿qué se han hecho aquellas canciones que al anochecer oia en mi lengua natal? ¿qué se han hecho los bosques, el árbol, el sendero, el techo cuajado de nidos, el campanario rodeado de sepulcros donde yacen personas amadas? ¿dónde está la calle, el arrabal, el reverbero encendido delante de mi casa? ¿qué se han hecho mis amigos, el taller, el oficio, el trabajo cuotidiano?

¡Y mis muebles vendidos en almoneda! ¡los postores alborotando é invadiendo mi santuario doméstico! ¡oh! ¡adios para siempre, testigos de mi felicidad!

Destruido, muerto, arrojado á los cuatro vientos, ese ser moral que se llama el hogar de la familia y que no solamente se compone de conversaciones, tiernas caricias y abrazos, sino que tambien se compone de horas, de hábitos, de la visita de los amigos, de la sonrisa de este, del apreton de manos del otro, de la vista que se descubria desde tal ó cual ventana, del sitio que estaba tal mueble, de la butaca en que se sentaba el abuelo, de la alfombra en que jugaron los primogénitos.

¡Cuán triste es el ver arrebatados esos objetos en que estaba impresa nuestra vida! ¡el ver desvanecida la forma visible de los recuerdos!

VII

Existen en las horas de dolor momentos de desolacion y tristeza que vencen al corazon mas fuerte y animoso. El orador de Roma tendió sin inmutarse la cabeza á la cuchilla del centurion Lenas, pero lloró al pensar en su casa demolida por Clodio.

Los proscritos callan, y si se quejan, se quejan en silencio ó entre sí. Como todos se conocen y son doblemente hermanos siendo una misma su patria, uno mismo su destierro, se comunican sus miserias.

El que tiene dinero lo comparte entre los que no lo tienen; el que tiene firmeza la infunde a los que no tienen. Y todos se refieren los recuerdos, las aspiraciones, las esperanzas. Vuelven los brazos tendidos en la sombra hácia lo que han dejado tras de sí y esclaman:

—¡Qué á lo menos sean felices los que ya no piensan en nosotros!

Todos sufren y hay momentos en que el sufrimiento les irrita, momentos en que vuelven a su memoria los nombres de todos sus verdugos. Cada uno tiene que maldecir alguna cosa, el ponton, la mazmorra, Mazas, la casamata, el delator que hizo traicion, el espía que acechó, el gendarme que prendió, Lambesa donde no hay un amigo, Cayena donde no hay un hermano…

Pero hay una cosa que todos bendicen y esa eres tú, ¡mi querida patria, mi adorada Francia!

¡Oh! una queja, una palabra contra ti seria proferir una blasfemia. No, no, nunca se tiene mas arraigado en el corazon el amor á la patria que cuando se sufre el destierro.

Todos, pues, cumplirán, con su deber: y con entereza, con la tranquilidad en el rostro, y con inquebrantable perseverancia esclamarán como yo:

—¡Bendita sea la Francia!

No verte será su tristeza, no olvidarte será su alegría.

Mas ¡ay! ¡que luto! ¡qué desconsuelo! en vano hace ocho meses que nos decimos que esto dura demasiado; en vano miramos á nuestro alrededor y vemos la veleta de San Miguel en vez del Panteon, y vemos Santa Gudula en vez de Nuestra Señora… ¡no lo queremos creer!

VIII

Ademas nada es mas cierto; no lo podemos negar; es preciso reconocerlo, es preciso confesarlo. Aunque debiésemos morir de vergüenza y desesperacion, debemos decir que aquello es el siglo décimo nono, es Francia.

¡Cómo! ¿es Bonaparte quién ha causado tanta ruina?

¡Cómo! ¡en el centro del pueblo mas grande de la tierra! ¡cómo en mitad del siglo mas grande de la historia se ha alzado de pié y triunfado ese innoble personaje!

¡Dios poderoso! ¡hacer de la Francia su presa! lo que no hubiera osado el leon lo ha hecho ese mono; lo que el águila habria temido sujetar con sus garras lo ha cogido

con su pata esa miserable cotorra.

¡Cómo! ¡Luis XI habria fracasado en la empresa! ¡cómo! ¡Richelieu habria perecido en la demanda! ¡cómo! ¡Napoleón habria sido insuficiente, y ese pelele lo ha conseguido!… Sin embargo, de la noche á la mañana se ha ostentado posible semejante absurdo.

Todo lo que era axioma se ha convertido en quimera; todo lo que era mentira se ha vuelto un hecho palpitante de vida.

IX

¿Cómo ha sido posible que el mas solemne concurso de los hombres, el mas esplendente y magnífico movimiento de ideas, el mas formidable encadenamiento de sucesos, lo que ningun Titan habria derrocado, lo que ningun Hércules habria vencido, el torrente de la humanidad en su impetuosa carrera, el piélago francés siguiendo adelante, la civilizacion, el progreso, la inteligencia, la revolucion, la libertad; todo eso lo haya detenido pura y sencillamente? ¡él, ese figuron, ese maniquí, ese pigmeo, ese aborto de Tiberio, ese nada!

Dios caminaba é iba delante de él. Luis Bonaparte con el penacho en la cabeza se opuso al paso de Dios y le dijo:

—No quiero que sigas adelante.

Y Dios se paró.

X

¿Y aun os figurais que eso subsistirá? ¿y aun creeis que existe ese plebiscito, que existe esa constitucion de no sé qué dia de Enero, que existe ese senado, que existen ese consejo de Estado y ese cuerpo legislativo?

¿Y aun se os ocurre pensar que hay un lacayo que se llama Rouher, un criado que se llama Troplong, un eunuco que se llama Baroche, y un sultan, un pachá, un señor que se llama Luis Bonaparte? ¿no veis que todo ello es una quimera?

¿No veis que el 2 de Diciembre no es mas que una inmensa ilusion, una pausa, un alto, una especie de telon de maniobras tras el cual Dios, ese maquinista prodigioso, prepara y construye el último acto, el acto supremo y triunfal —de la revolucion francesa? Vosotros mirais estúpidamente el telon contemplando las cosas dibujadas en aquel grosero cañamazo, la nariz de este, las charreteras de aquel, el tremendo sable del otro, á esos mercaderes de agua de colonia galonados y dorados que llamais generales, á esos juguetes de niños que llamais magistrados, á esos benditos que llamais senadores, esa mezcla, en fin, de caricaturas, fantasmas y espectros que tomais por realidades.

¿Pero no ois un ruido sordo algo mas allá en la oscuridad? ¿no ois á alguno que va y viene? ¿no veis como tiembla aquel telon al soplo del que trabaja tras él?

LOS CASTIGOS

(CONTINUACIÓN DE NAPOLEÓN EL PEQUEÑO)

PRÓLOGO

En Bruselas se ha publicado una edicion truncada de este libro, precedida de las líneas siguientes:

«El falso juramento es un crímen.

»La asechanza es un crímen.

»La secuestracion arbitraria es un crímen.

»El soborno de los funcionarios públicos es un crímen.

»El soborno de los jueces es un crímen.

»El robo es un crímen.

»El asesinato es un crímen.

»Será uno de los asombros mas dolorosos del porvenir que en nobles países que en medio de la postracion de la Europa, habian mantenido su Constitucion y parecian ser los últimos y sagrados asilos de la probidad y libertad; será, decimos, el asombro del porvenir que en tales países se hayan dictado leyes para proteger lo que todas las leyes humanas, en armonía con todas las leyes divinas, han llamado en todos tiempos el crímen.

»La honradez universal protesta contra esas leyes protectoras del mal.

»Sin embargo, no desesperen los patriotas que defienden la libertad, no desesperen los pueblos generosos á los cuales quisiera la fuerza imponer la inmoralidad; y por otra parte, no se apresuran los culpables, todopoderosos en apariencia, á triunfar, al ver las páginas truncadas de este libro.

»Por mas que hagan los que reinan en su patria por medio de la violencia y fuera de ella por medio de la amenaza; por mas que bagan los que se creen señores de los pueblos y que no son mas que los tiranos de las conciencias, el hombre que lucha por la justicia y la verdad ballará siempre el medio de cumplir enteramente su deber.

»La omnipotencia del mal no ha triunfado jamás mas que con esfuerzos inútiles. El pensamiento huye siempre de aquel que intenta sofocarlo. Se hace imperceptible á la compresion y se refugia de una forma en otra.

»La antorcha resplandece, si se la apaga, si se la sumerge en las tinieblas, la antorcha se convierte en una voz, y no es posible poner la palabra entre las sombras de la noche; si se pone una mordaza á la boca que habla, la palabra se convierte en luz y á la luz no se la puede amordazar.

»Nada domeña á la conciencia del hombre, porque la conciencia del hombre es el pensamiento de Dios.

«VICTOR HUGO».

Las pocas líneas que se acaban de leer, prefacio de un libro mutilado, encerraban el compromiso de publicar el libro completo.

Ese compromiso lo satisfacemos hoy con la publicacion del presente libro.

V. H.

NOX

I

Ha llegado la fecha elegida en el fondo de tu pensamiento, principe; es preciso acabar de una vez; la noche está helada. Ven, levántate. Husmeando á los ladrones el dogo Libertad, gruñe y enseña los dientes; y aunque está encadenado por Carlier, lanza agudos ladridos. No aguardes mas, es la hora de hacer presa.

Mira, diciembre condensa la niebla mas negra; como un baron salteador de caminos que salta de su guarida, sorprendes, asaltas bruscamente al enemigo sobre el cual te ciernes.

¡Arriba! allí están los regimientos en los cuarteles con la mochila á la espalda embrutecidos de furor y… de vino, no esperando mas que á un bandido para proclamarle emperador.

Empuña en tu mano la lámpara y ven con pasos tortuosos; no te olvides el puñal, el instante no puede ser mejor. La República confiada en tu juramento y no viéndote brillar los ojos en la sombra duerme tranquila teniendo por almohada tu promesa.

¡Ea, soldados de á caballo, soldados de infanteria, salid! ¡afuera las hordas! ¡sus á los representantes del pueblo!

¡Soldados, atad con cuerdas á vuestros generales arrojados entre asquerosos presidarios; empujad con la culata en sus riñones a la Asamblea hácia Mazas; arrojad de aquí la alta cámara á sablazos!

¡Vosotros, próceres de Francia, convertios en bandidos de la Calabria!

Vosotros, hombres de la clase media, vil rebaño, sucio y asqueroso lodo, mirad como sale al igual de una espada candente que agita un horrible demonio, el golpe de Estado encendido de la fragua.

Los tribunos luchan por el derecho; estrangularlos, pues, que son unos tunantes.

Y vosotros salteadores, bandidos, traidores, prostituidos, herid, matad á Baudin, matad á Dussoubs, matad siempre.

¿Qué hace este pueblo fuera de sus casas? largo de ahí. Soldados, ametralladme al momento á toda esta canalla. ¡Fuego, fuego!

¡Enseguida irás á votar, pueblo rey!

Destruidme á sablazos el derecho, destruid á sablazos el honor, destruid asi mismo á la ley.

¡Corra á torrentes la sangre por las calles!

¡Llénense de vino las cubas y de muertos las huesas!

¿Quién quiere aguardiente? En este tiempo lluvioso es preciso beber.

Soldados, fusiladme á este anciano, matadme á este niño.

¿Quién es esta mujer?

Es su madre.

—Matadla tambien.

¡Tiemble todo ese pueblo infame, tiña de sangre sus tacones el piso de la calle!

Se atreve a moverse ó respirar este odioso París ¡hum! ¡cuidado! Hágase cuenta del desprecio, odio y furor de venganza que nosotros, la fuerza, sentimos por él porque es la inteligencia.

El estranjero respetó á París; bueno, yo quiero hacer una cosa nueva, arrastrarlo por el lodo atándolo á la cola de mis caballos.

Muera, pues, hiéranle, rómpanle, mátenle. ¡Hola! mis cañones, vomitad balas contra la faz de ese miserable.

II

Se acabó; por todas partes reinan el horror y el silencio. ¡Viva Poulmann César emperador!

Enciéndense con las barricadas fogatas de gozo; la puerta de San Dionisio ve tremolar al viento bajo sus elevados arcos las llamas de los braseros.

Se acabó, descansad. Se oye el ruido del sable dentro de la vaina, y el del oro en los bolsillos; de la banca á los *vivachs* se vacían las alforjas y los bolsos.

Los que mataban mejor y no vacilaban, tendrán ademas la ganga de una cruz de honor, ¡de honor!

Los vencedores vocingleran y bailan sobre los escombros, mientras que en los sombrios rincones yacen á centenares los hombres asesinados.

El soldado, alegre, feroz, ébrio, cómplice oscuro, va dando traspiés, mientras que con la misma mano con que se apoya en la pared, remata algun cráneo inocente.

Se bebe, se rie, se canta, se hacen francachelas; se traen vencidos hombres, mujeres y niños, á los cuales se fusila.

Los generales dorados y emplumajados se pasean triunfantes á galope sin hacer caso de los muertos que debieran aterrar su conciencia.

¡Bravo! César ha tomado el oficio de salteador; corramos, pues, á felicitarle ahora en el Elíseo por la sangre que hay en las casas, por los arroyos de sangre que corren en las calles, en todas partes.

Para pasar tan horribles lagunas los jueces remangan apresuradamente sus togas, y la Iglesia, gozosa y triunfante, se lleva de ella un cuajaron humeante para servir de escribanía á Veuillot.

Si, vosotros sois, magistrados, aquellos que ayer un simple cabo de tropa, riéndose de vuestras férulas, os arrojó de vuestras sillas curules. Ahora que volviendo á cobrar ánimos, estais bien seguros de que ha vencido Mandrino, de que no estareis obligados á ser integros y rectos; ahora que Mandrino dotará pródigamente vuestra adhesion, que es él quien pagará en adelante, que se ha apoderado del presupuesto, que no arriesgais nada, que ha estrangulado la ley que bien muerta está, y que hallareis este cadáver á su puerta, corred, apresuraos á aclamarle y cantarle el hosanna. Olvidad el bofeton que ayer os dió, y puesto que ha hecho asesinar ancianos, madres y niñas, puesto que ha hecho asesinar á diestro y siniestro, prosternaos delante del asesino omnipotente, y lamedle los piés para limpiarlo de la sangre.

III

Ese hombre se ha dicho:

«—El Señor de los ejércitos, el emperador soberano ante el cual la fama meciéndose en rauda carrera a través del espacio, hace resonar la trompa inmortal, Napoleón, reinó quince años en medio de las tempestades del Sud al Aquilon. Todos los reyes le adoraban; él caminaba sobre sus cabezas y ellos besando su calcañar; tomó abarcándolo todo en su vasta esperanza, Madrid, Berlin, Moscou. Mas haré yo, voy á clavar mis uñas en el cuello de la Francia. La Francia libre y altanera y cantando la paz y concordia, se encamina á su objeto sagrado: yo voy a echarle por detrás un lazo corredizo, y al instante la estrangularé; los dos, mi tio y yo, compartiremos la historia.

»No cabe duda que yo soy el mas inteligente.

»Él tendrá la fanfarronada de la gloria; yo tendré el bolso de oro.

»Me sirvo de su nombre que es para mí tan espléndido como vano sonido, con que los hombres me distinguen desde la cuna.

»El enano se encarama al gigante; yo le dejaré su página, pero tomaré el dorso para mí.

»Me encaramo, pues, sobre él, y *yo* seré el señor.

»Tengo por suerte y por ley que sobrenadarle en la historia, ó tal vez sumergirle bajo mis piés.

»Yo que soy el buho cogeré esa águila en mis garras, yo que soy tan bajo y él tan alto, le he puesto bajo mi dominio. Elijo su gran aniversario; este es el dia que yo necesito.

»Este dia seré como el hombre que con su manto se encubre hasta los ojos; nadie sospechará que me proponga cubrir de ignominia y oprobio un dia tan glorioso para

la historia. Asi podré coger mas fácilmente á mi enemigo entre mis manos asesinas, puesto que la Francia estará en este dia mas adormecida sobre su lecho de laureles».

Entonces vino cansado de las orgias escandalosas, con la vista vidriosa y apagada, livido y con las facciones demudadas; y ese ladron nocturno encendió su linterna en los rayos del sol de Austerlitz.

IV

¡Victoria! ya era tiempo, ó principe, que aparecieses; las muchachas de la Ópera carecian de principes rusos. Las revoluciones traen el cansancio; á los Juanillos de ayer, los Pamelaos de hoy; en D. Juan que se espanta, nace un nuevo Harpagon.

Un pobre filon de oro salia de la bolsa casi vacía.

El dinero escaseaba mas cada dia en los garitos.

Los periódicos establecian el vacío alrededor de los confesionarios.

El Sagrado Corazon muriendo de muerte natural, enflaquecia y languidecia.

Los pretestos creciendo en tropel, obcecaban al portero de Magnan.

Reianse de los sermones del P. Ravignan.

A las puertas de las damiselas piafaban mas caballos de pura raza.

La hidra de la anarquia se aparecia á las hermosas bajo la forma triste y repugnante de un caballo de fiacre llevándolas al baile por seis reales.

Finalmente, la desolacion se cernia sobre Babilonia.

Pero saliste tú, brazo potente; te levantaste cual columna firme y poderosa, y todo renació, todo alcanzó nueva vida, todo se salvó.

Desde entonces las figurantes de teatro tienen por amantes á varios milors; todos están contentos, militarones, los que saben vivir y la gente de iglesia. Todos cantan, lo mismo el señor arzobispo que Javotte.

¡Ea! ¡congratulémonos, triunfemos, compartamos! Los viejos partidos peinados con alas de pichones van á inscribir su nombre en la habitacion del conserje de Mandrino á quien todos adoran.

Falstaff calienta un ponche, Tartufo enciende un cirio.

Todos gozosos y alegres al son de tambores, se dirigen presurosos al Elíseo, Parieu, Montalembert, Sibour, R…, esa meretriz, T…, esa criada, griegos, judíos; todos los que han puesto su conciencia en venta; todos los que roban y mienten *cum privilegio*, el amigo del Hisopo, lo propio que el amante del ágio; todos los que son despreciables y desean ser infames; todos los que juzgándose en el fondo de su alma, se consideran bastante presidiarios para ser senadores.

Mirmydon admira la grandeza del César. Él reune el corro y atruena en el centro de la fiesta.

Ahora bien, señores, ¿se ha hecho un poco bien la cosa? ¿Qué piensa de ella Papavoine? ¿Qué dice Loyola?

Ahora haremos votar á esos bribones, y escribiremos en todas partes el número total con letras de oro.

¡Bravisimo! tocad el órgano, soplad el pitano y vociferad con vuestros *Salvum fac*, monseñores. Delante de las iglesias, abrigo profundo del Dios vivo, se alzarán antenas con oriflamas. ¡Victoria! ¡venid á ver los cadáveres, señoras!

V

¿Dónde están? En los andenes, en los patios, en los puentes, en las cloacas de las cuales Maupas hace levantar los tapones, en la fosa comun horrorosamente engrandecida, en las aceras, en los umbrales de las puertas, en las calles, amontonados en confusion, en todas partes, en los furgones que los dragones escoltan al anochecer, horrible cortejo que viene del campo de Marte y del cual habla París temblando y en voz baja.

¡Oh viejo Monte de los Mártires, conserva tu nombre! Los muertos á sablazos, á hachazos, á cañonazos, en el campo que la tumba encubre con su misterio, estaban enterrados con la cabeza fuera de tierra. Ese hombre los habia colocado él mismo así, sin tener miedo de todas aquellas frentes heladas. Estaban allí ensangrentados, frios, con la boca entreabierta y mirando al cielo, pálidos en medio de la verde yerba, horribles en medio de su tranquilidad, destrozados, mutilados, el rostro azotado por los escaramujos que se agitan al soplo del viento del crepúsculo; todos, el hombre del arrabal que nunca retrocede, el rico de blanca y aristocrática mano, y el pobre de brazo fornido y robusto, la madre que parecia enseñar á su hijo muerto; cabellos blancos, cabezas rubias, en medio de los esqueletos, la hermosa jóven con los labios amoratados, alineados uno al lado de otro, á la sombra y al pié de los tejos, lívidos, estupefactos, inmóviles, pensativos, espectros del mismo crimen y de los mismos desastres, mirando con la vista fija y hueca á los cielos. Desde la aurora se iba á buscar en medio de aquel césped al ausente que no habia vuelto á sú casa.

El pueblo contemplaba aquellas caras horripiladas y horripilantes. La oscura noche que acorta las veladas de diciembre, les cubria á lo menos con su púdico y oscuro velo.

Por la noche el antiguo guardian de los sepulcros que habia quedado solo, apresuraba el paso entre las piedras sepulcrales estremeciéndose al entrever todos aquellos rostros lividos y demudados; y en tanto que se lloraba en las casas enlutadas, el áspero cierzo soplaba sobre aquellas caras que carecian de mortaja; la frialdad de la noche llenaba el cercado de fúnebres tapias… ¡Oh muertos! ¿qué le deciais a Dios en medio de aquellas tinieblas?

Se habria dicho al ver aquellos muertos misteriosos con el cuello fuera de tierra y la mirada fija en el firmamento, que en el cementerio en que el ciprés se estremecia al oir la trompeta del juicio final, despertaban bruscamente todos aquellos asesinados que veian, oh Bonaparte, llevar al umbral del firmamento y ante Dios tu alma falsa y horrible y que salian de la huesa para certificar contra ti.

¡Montmartre, cercado fatal, cuando se acerca la oscuridad de la noche aun hoy dia el transeunte evita pasar cerca de tus tapias!

VI

Un mes despues, iba ese hombre á la iglesia de Nuestra Señora.

Entró, altiva la frente; la mirra y el cinamomo ardian; los campanarios vibraban al sonido de las campanas; el arzobispo estaba allí radiante de gloria, á pesar habia recortado su capa pontifical de una fúnebre mortaja; en una cruz erigida en el fondo del santuario habian clavado á Jesus para que no pudiese escapar, porque el infame queria que Dios presidiese su atentado.

Como el lobo que se lame despues que acaba de devorar al inocente rebaño, se dijo retozándose el bigote:

—¡Yo he salvado el órden! ¡recibidme, ángeles, en vuestra legion! ¡yo he salvado la religion y la familia!

Y en su mirada feroz en la cual se contempla Satan, se vió brillar una lágrima…

¡Oh columnas del templo, abismos que S. Juan vió entreabiertos en Patmos, cielos que visteis á Neron, sol que contemplaste á Sejan, vientos que en otro tiempo impeliste á Tiberio hácia Caprea y empujasteis sobre las olas su dorada galera, oh céfiros de la aurora y del septentrion, decidme si el asesino sobrepuja al histrion miserable!

VII

Tú que bates con tu flujo constante el peñasco en que he plegado mis alas, vencido pero no abatido, abismo que el viento te agita, que el esquife te cruza ¿por qué me hablas en medio de las tinieblas? ¿qué me quieres, mar sombrío?

¡Nada puedes! Roe los diques que te contienen, esparce la onda que prodigas, déjame sufrir y pensar; todas las aguas de tu abismo pasarian sobre este crimen sin lavarlo.

Te comprendo, quieres distraerme; cariñoso me dices:

—Cálmate, hermano mio; cálmate, pensador tempestuoso.

Pero yo tambien te diré:

—Calma, profundo mar, tus olas poderosas que mugen amargas siempre, pero nunca cenagosas.

Tú crees en tu poder supremo, tú que eres admirado, querido y te pareces al destino, tú á quien los cielos han cubierto con un manto de azur, tú eres quien con tus olas sagradas lavas la estrella de la mañana.

Tú eres quien me dice:

—Ven, contempla, olvida; tú me enseñas el mástil que se doblega, los peñascos cubiertos de moho, las puntas en que se estrellan las olas, la espuma lejana cuyos escombros se abaten entre peñas sombrías como una bandada de aves blancas, la pescadora de piés descalzos que canta, el cerúleo zafiro por donde se desliza la nave velera, el marino, rudo operariu, las elevadas ondas agitadas por la borrasca, tú me muestras la inmensa gracia mezclada con el inmenso horror.

Tú me dices:

—Dame tu alma, oh proscrito, apaga tu llama en mi seno; caminante, arroja á las olas tu baston, vuelve á mi tu ingrata mirada.

Tú me dices:

—Yo adormecia á Sócrates.

Tú me repites:

—Yo calmaba á Caton.

¡No, respeta el árido pensamiento, el alma del justo corrida y humillada, el espíritu que piensa en los infames atentados! Habla con los antiguos peñascos de tus infinitas proezas, y déjame tranquilo en medio de las tempestades que se agitan en mi corazon.

Por otra parte, mar sombrío, ¡yo te aborrezco!

¿No eres tú, mar proceloso, el servidor que arrastras sobre tu agua intranquila, por entre los vientos y escollos, hacia las profundas cavernas de Cayena esos negros pontones que pasan sobre tus ondas como inmensos ataudes?

¿No eres tú tambien el que arrastras hacia el sepulcro abriendo sus puertas, á todos nuestros mártires de frente serena, á la cala donde ni siquiera hay paja para acostarse, donde los cañones llenos de metralla asestan su boca de bronce amenazadora é insolente?

¡Y cuando lloran! cuando los tormentos doblegan á esas naturalezas indomables, ¿no eres tú, execrado abismo, el que contribuye a su suplicio y que con tu complice rumor sofocas sus clamores desesperados?

VIII

Ved ahí lo que se ha visto; la historia lo refiere; y cuando ha terminado, llora sonrojada de vergüenza…

Cuando despierte la gran nacion de su letargo, cuando llegue el momento de la expiacion, no salgas de la sombra, ¡espada de los dias sangrientos! No, no, no es verdad que en mas de una alma oscura se muestre tu necesidad para castigar á ese traidor, á ese hombre de la noche.

Recuerdos en que el alma se detiene, grave y pensativa; gendarmes de sable desnudo conduciendo la carreta; redobles de tambores; pueblo "gritando": *Bribones*; muchedumbre que llenas las azoteas, las puertas y ventanas, malecones y puentes, playas de los tiempos pasados, silenciosas plazas públicas en las que se vislumbran triángulos oblicuos… ¡oh, no volvais á mi mente, lúgubres visiones!

¡Oh cielos! nosotros avanzábamos en paz y paso a paso, cada uno de nosotros hacia el trabajo correspondiente en el siglo en que estamos.

El poeta cantaba la obra inmensa de los hombres; la tribuna hablaba con su voz elocuente; destruíanse patíbulos, tronos, argollas y paveses; cada dia amenguaban el odio y sufrimiento; el género humano seguia en las sacrosantas sendas del progreso; la Francia marchaba á la cabeza y con la llama del genio en su frente. Pero vinieron aquellos hombres. Él, la afrenta personificada, él, ¡el bandido que lavan con los santos óleos! han venido importando el luto y la matanza, el asesinato, las mortajas, el hierro, la sangre y el fuego… ¡Dios eterno! esa es la simiente que han echado en el surco del porvenir.

¿Y ahora aun te estremeces al oir las palabras horribles:

¡VENGANZA!

¡REPRESALIAS!?

Y yo en tanto me miro pobre proscrito, que ensangriento mis piés en los abrojos de los caminos, triste, pensativo, con la cabeza entre ambas manos, que siento á cada instante sumergir el pensamiento en los días que vendrán.

¡Oh revolucion! hermosa de castos ojos, de accion eficaz, á quien nunca ve nadie, ante tu altivo rostro en que brilla el corage, la humanidad gritándote y llamándote: HIJA MIA, y cubriendo con su cuerpo hasta los mismos malvados que se arrastran á tus piés retorciéndose los brazos… ¡ah! tú respetarás este amargo dolor, y te detendrás, inmaculada vírgen, en presencia de tu madre.

¡Oh trabajador robusto!, obrero medio desnudo, segador enviado por Dios mismo y venido para guadañar en un dia diez siglos de miseria, impávido, inexorable, verdadero, sincero y formidable, igual en estatura al coloso romano; tú que venciste la Europa y sojusgazte á los reyes, destrozando á los unos contra los otros, nacido para terminar los tiempos de donde los nuestros emanaron; tú que con el terror salvaste la libertad; tú que llevas el nombre sombrío de Necesidad;… En la historia en que brillas como en una fragua, permaneces solo siempre, Titan del Noventa y Tres; nada vendrá en pos de ti que sea tan grande como tú.

Ademas, nacido de un régimen en que dominaba el espanto, pesaba tu educacion sobre tu cabeza emancipada, y a pesar tuyo, hijo de la monarquia, imbuido de malas doctrinas y ejemplos, derramaste como ella la sangre, no sabias mas que lo que te habian enseñado, esto es, el mal, la pena, la ley de muerte mezclada con la ley de odio, echando abajo á los tiranos, parlamentos, reyes, Capetos y te levantabas contra ellos y como ellos descargabas la mano.

Nosotros, merced á tu genio, gigante que ganaste nuestra causa, hijo de la libertad, sabemos otra cosa.

Lo que la Francia quiere para siempre en adelante es el amor dominando en todos los confines y cumbres de la tierra, la ley santa de Jesucristo, la fraternidad pura.

Esa sublime palabra está escrita en toda la naturaleza: ¡Amaos, amaos como hermanos!

Seamos hermanos, tengamos la idea fija, que es el ángel de divinos rayos.

La idea á quien todo cede y que siempre ilumina, prueba su santidad aun en medio de su cólera. Siempre deja en pié los principios.

¡Ser vencedores, es muy poco! ¡permanecer grandes, es todo!

Cuando tengamos á ese traidor abyecto, tembloroso, pálido y demudado, afirmemos el progreso en el castigo mismo. La vergüenza y no la muerte.

Pueblos, cubramos de olvido la espantosa carrera de los reyes abolida para siempre, suplicios, guillotinas, calabozos, tormentos, horcas. Apresuremos la hora prometida a las generaciones futuras en que tranquila y sonriendo a los buenos y hasta á los ingratos, la concordia estrechando á los hombres en sus brazos, inclinará hácia todos nosotros su cabeza venerable.

¡Oh! ¡no pueda decir ese miserable que el mundo ha retrocedido en el curso sublime de su progreso, que Jesús y Voltaire han hablado en vano, que no es verdad que a pesar de tantos esfuerzos y trabajo haya, en fin, consagrado nuestra época á la vida humana!

¿Depende acaso de un momento de indignacion la pérdida del tesoro acumulado por los siglos?

Se puede ser severo a la par que económico de sangre.

¡Oh! ¡no se diga que a causa de ese hombre la guillotina y el repugnante cesto que Febrero indignado tomó entre sus manos y arrojó á la cloaca, se ha vuelto á levantar mas repugnante y con los verdugos mas horribles que han vuelto a tomar el hacha entre sus brazos enrojecidos, y alzando su poste en las tumbas cerradas han reaparecido mas siniestros, bajo el cielo estrellado!

IX

¡Oh tú, á quien Juvenal queria henchida de lava ardiente, tú cuyo fulgor brilla en los ojos del Dante, musa Indignacion, ven, erijamos ahora sobre ese imperio feliz y radiante y sobre esa victoria escapada del trueno, bastantes picotas para formar una epopea!

Jersey, Noviembre, 1852.

LIBRO PRIMERO

¡LA SOCIEDAD SE HA SALVADO!

CANTO PRIMERO

El porvenir avanza.

Francia, a la hora en que te prosternas con el pie de un tirano sobre tu frente, saldrá la voz de las cavernas y se estremecerán los encadenados.

El desterrado, de pié en la orilla de mar contemplando la estrella y las olas como las que se oyen en medio de un sueño, hablará en la sombra en alta voz, y sus palabras amenazadoras, sus palabras en que brilla el relámpago, serán como manos que pasan durante la noche empuñando enormes espadas.

Harán retemblar los mármoles y los montes que la noche oscurece, y las cabelleras de los árboles murmurarán bajo un cielo limpido y puro.

Serán el bronce que suena, el grito que arroja á los cuervos, el soplo ignorado que hace estremecer las hebras vegetales de los sepulcros.

Ellas gritarán:

—¡Vergüenza á los infames, á los opresores, á los asesinos!

Y llamarán á las almas como se llama á los guerreros.

Se cernerán como borrasca sombría sobre las razas que se trasforman, y si los que viven se adormecen, los que han muerto despertarán.

Jersey, Agosto, 1853.

CANTO II

Tolon.

I

En aquel tiempo cierta ciudad habia caido en poder de los ingleses, señores de los vastos mares, la cual provista de cañones y rodeada de terror, desaparecia entre los fulgores del horizonte.

Era una ciudad que el trueno hacia retemblar a la hora en que declina la noche, á la hora en que avanza el dia, que la oscura Albion arrebatára con sus garras y que la República reconquistó con su poder y autoridad.

En la rada pululaban asesinas fragatas; colgaban los pabellones agujereados por las balas. Sobre la frente tempestuosa de las negras baterías se alzaban densas humaredas hacia los aires.

Oíanse rugir las bocas de los fuertes, esplotar las cargas de pólvora, los brulotes echaban llamas sobre las ondas brillantes. Como un astro que se disuelve en rayos, estallaba la bomba en medio de la noche.

¡Historia sombria! ¡qué tiempos y qué ilustre página! Todo se mezclaba y confundia, el mástil cortado con el muro destruido, los obuses, el silvido de los contramaestres y capataces, y el ruido y la sombra y el horror.

¡Oh Francia! Tú llenabas entonces toda la tierra con el choque prodigioso de tus rebeliones. Los reyes lanzaban contra tí el tigre y la pantera, y tú desencadenabas los

leones.

Entonces la República tenia catorce ejércitos; luchábase en los montes y en los Océanos; las trompetas de la fama daban al viento la prez de cien victorias. Entonces se veian surgir gigantes.

Entonces aparecian radiosas auroras, desconocidos que repentinamente deslumbraban los ojos, levantándose y haciendo publicar á la fama sus nombres hasta aquel punto misteriosos.

Hacian ofrenda sublime de su vida y su juventud y esclamaban:

—¡Libertad! ¡Guerra á los tiranos! ¡Muramos! ¡Guerra!

Y la gloria abria sus vastas alas y se cernia sobre aquellas frentes llenas de vida, juventud y entusiasmo.

II

Hoy es la ciudad donde se encierra todo oprobio. Allí está cualquiera que, abyecto, horrible y malhechor, arrastró su honor por el fango ó anego su alma en la sangre;

Alli está el monedero falso cogido con la mano en la frágua, el hombre del falso juramento y el hombre del peso falso, el bandido que se embosca y salta sobre los caminantes durante la noche y en medio de los bosques desiertos.

Allí está cuando ha sonado la hora, la hora necesaria, siempre, por mas que intente huir, por mas que haya dicho el malvado pirata, el ladron, el falsario, el parricida, el bandido.

Tanto si sale de un palacio como de una taberna, viene y encuentra una mano fria como un cerrojo, que le mete una levita encarnada y una argolla al cuello.

Luce la aurora, sombría para ellos y roja para nosotros. ¡Ea! ¡de pié! Ellos van hacia el sombrío Océano y parece que con ellos despierta su cadena y les dice:

—Aquí estoy yo; vámonos.

Se ponen en marcha, presentando sus clavijas al martillo, remachadas sus cadenas, mezclando sus pasos ruidosos, arrastrando su púrpura infame en andrajos horribles, humildes, asquerosos y repugnantes.

Con los pies descalzos, el gorro calado hasta los ojos, fatigados desde el alba, la mirada apagada y los miembros entorpecidos, trabajan ahuecando peñascos, arrastrando piedras sin tregua ni descanso, ayer, hoy, mañana, siempre.

Lluvia ó sol, invierno ó verano, tanto si junio echa llamas como si enero llora, van á su trabajo, se cumple su destino, con el recuerdo de sus crímenes por todo placer y una mala tabla por cama.

Por la noche como si formaran un rebaño, los cuenta un vil capataz, suben dos á dos la escalera del ponton, quebrantados, rendidos, con el corazon inclinado bajo la vergüenza y la cerviz inclinada bajo el palo.

El pensamiento incapaz habita todavia en sus cabezas. Muertos vivientes condenados á improbos trabajos, marcados en la frente, se arrastran recibiendo como brutos infinitos latigazos, y la afrenta como hombres.

III

Ciudad, que la infamia y la gloria han sembrado, donde el yerro cortador mutila los cabellos del presidario ¡oh Tolon! por tí comienzan los tios y acaban los sobrinos.

Vete, maldito, esa bala que en los tiempos estóicos el gran soldado sobre quien se asienta tu oprobio, metia con sus heróicas manos en los cañones, tú la arrastrarás algun dia suje ta á tu pié.

Escrito al llegar á Bruselas el 12 de Diciembre de 1851.

CANTO III

Los amigos del malvado.

Acercaos y vereis un sin fin de devotos que entre dientes murmuran o ahullan un *Benedicat vos*. ¡Eso es viejo, negro, horrible! ¡Azotadores del siglo que á garrotazos quieren hacernos entrar en el cielo! De la inmortalidad del alma, de Jesus y de otros dogmas de la religion hacen ellos querellas de palabras, como en la antigua Bizancio en tiempo de los Juanes y de los Eudoxos.

Desconfiemos de esos hombres que son unos miserables ortodoxos. Habrian hecho lanzar gritos á Juvenal; la viuda de ojos grises se abate sobre sus periódicos como se abaten sobre el lodazal el cuervo marino y la grulla.

Citan con énfasis á Poquelin, Pascal, Rousseau, Bocacio, Voltaire, Diderot, el águila de vuelo desigual ante el filósofo y el teólogo ortodoxos.

Siendo cosa molesta el espíritu, esos santos varones lo destierran; ponen á Escobar al frente de sus filas y lo reparten a los peleles contentos como una pascua, haciéndoles pagar cuatro francos cada mes.

Con el antiguo jabon de los astutos y sutiles jesuitas intentan lavar nuestra época incrédula y pensadora queriendo que las cenizas de la hoguera les sirvan de legia.

Su gaceta en que chispean por todas partes las palabras mas venenosas, es la única que el portero del cielo tiene orden de recibir.

Miradlos en medio de su omnipotencia; mientras que sus falanjes predican aquí bajo el diezmo y prohiben la prebenda, hacen en casa de Jeovah su mayo y mejor aun su agosto.

El ángel de la espada de fuego les abre de par en par las puertas bienhechoras espantosas y encendidas.

Cada mañana a la hora en que el ave despierta, á la hora en que el alba alzándose al borde del horizonte se sonroja mirando lo que hacen los hombres y en que las lágrimas de vergüenza se deslizan de sus párpados, ellos alegres se encaraman hácia arriba y llegan hasta las puertas donde habita S. Pedro; llaman y arrojan á ese portero su periódico impudente. Escriben á Dios cual si fuese su intendente, criticando, murmurando, zahiriendo y pidiendo cuenta de las revoluciones, de los vientos, de la ola que sube y se estrella, del astro de límpida mirada que ellos quisieran ver ciego, de lo que hace girar nuestra tierra y adelantar nuestro espiritu; y con el timbre que adorna la Eucaristia sellan su carta inmunda con una hostia.

Nunca un marqués viendo tropezar su carroza ha tratado con mas soberbia á su cochero; hasta tal punto que no sabiendo el pobre y anciano Dios, por quien retumba el trueno, gobernar el mundo al gusto de ellos, tembloroso y buscando un rincon oscuro de su resplandeciente cielo, no sabe donde meterse, cuando ellos están descontentos.

Ellos han suprimido Roma; del mismo modo habian destruido Esparta.
Esos tunantes son los que mas contentos están del señor Bonaparte Luis.

Bruselas, Enero de 1853.

CANTO IV

A los muertos del 4 de Diciembre.

Gozad del reposo que os concede el Señor. Antes erais tal vez corazones conturbados que algun afan perseguia; el error os atormentaba ó el ódio ó la envidia; vuestras bocas de las cuales brotaba el aliento de vida, estaban llenas de agitacion y ruido.

Rostros parecidos confusamente uno a otro, ibais y veniais á tropel en medio de las calles sin pararos, sin deteneros un momento, inquietos como el agua que brota de las fuentes, caminando todos al azar, sufriendo las mismas penas, confundiendo los mismos pasos.

Tal vez consumian vuestra cabeza abrasada proyectos y esperanzas, como derrocar el hombre del Elíseo, el hombre del Vaticano, difundir el libre exámen y la libertad de conciencia sobre la tierra, porque en este siglo ardiente cada alma es un cráter y cada pueblo un volcan.

Amabais, teniais el corazon sujeto con cadenas, y por la noche os sentabais recelando varios temores, llenos de punzantes inquietudes y afanes; así como el Océano siente remover sus ondas levantábanse dentro de vosotros mil y mil olas eminentes y profundas bajo el manto azul de los cielos.

Todos, cualesquiera que fueseis, inteligencia activa, ardiente y emprendedora, espíritu superior, ora brillase en vuestros ojos la juventud, ora os encorvase y abatiese el peso de los años, que el destino fuese para vosotros luto, enigma ó fiesta, teniais en vuestros corazones inmenso amor que es como decir inmensa borrasca, y el dolor que es como decir el combate.

Merced al 4 de diciembre, hoy yaceis sin pensamiento tendidos en la helada fosa bajo densas y fúnebres mortajas.

Oh muertos, la yerba va creciendo paulatinamente sobre vuestras catacumbas. ¡Dormid en paz en vuestros sepulcros, guardad silencio en vuestras tumbas!

El imperio es la paz.

Jersey, Diciembre de 1852.

CANTO V

Aquella noche. Hallábase en el Eliseo; rodeabanle tres amigos.

Veiase brillar fuera la colosal cruzada.

Mirando llegar la hora y andar la aguja del reloj, estaba alli mudo, pensativo, meditando como atacaria el nombre de Bonaparte con hazañas de Cartouche.

Alli esperaba ver llegar la hora de su feroz é infame asechanza.

Tenia un pié distraido, el otro se ocupaba en atizar el fuego encendido en la chimenea.

De pronto y como si hubiese acabado de combinar sus maquiavélicos proyectos, se dijo con la satisfaccion del tigreacabando de devorar su presa:

—«Esta noche van á surgir mis proyectos invisibles. Las noches de San Bartolomé son posibles todavía; todo consiste en saber aprovechar el momento.

»París duerme tranquilo como en tiempo de Carlos de Valois; y mientras duerme, vosotros, amigos mios, metereis todas las leyes en un saco y enseguida ireis á echarlo al Sena».

Rufianes, hijos bastardos de la fortuna obscena, nacidos de la vergonzosa union de la intriga y de la suerte, solamente al pensar en vosotros, los versos de mi mente salen indignados, y mi corazon borrascoso muje airado en mi pecho, como el añoso roble agitado en el bosque frondoso por desatado vendabal.

Cuando de la casa de Bancal salian los tres, Morny, Maupas, el petardista, y Saint Arnaud, el chacal, las campanas de París viendo pasar semejante grupo oblicuo y taciturno, se esforzaban al tocar la hora nocturna, en imitar el redoble de arrebato.

Los empedrados de Julio gritaban: ¡Asesinos, asesinos!

Todos los espectros sangrientos de las antiguas matanzas se alzaban de sus sepulcros y unos á otros se mostraban con el dedo aquellos personajes.

La Marsellesa, arcángel de los cantos patrióticos, murmuraba en los cielos:

—¡Al arma, ciudadanos!

París dormia, y bien pronto en las plazas, calles y malecones, los soldados, dócil populacho, genizaros mandados por Reybell y Sauboul, pagados como en Bizancio, ébrios como en Estambul, los de Dulac y los de Korte y Espinasse, con la cartuchera repleta y la vista amenazadora, llegaron regimiento tras regimiento y se esparcieron por todos los ámbitos de la ciudad.

Pasaban lentamente a lo largo de las casas sin hacer el menor ruido, tal como se ve á los tigres andar por los juncales, que se arrastran alargando sus garras.

Y la noche era triste y silenciosa, y París dormitaba como el águila adormecida prendida en las redes de fúnebre acero.

Los jefes esperaban la hora del alba, y entre tanto fumaban cigarros.

¡Oh cosacos, ladrones, bandidos, salteadores, asesinos! ¡oh generales criminales! … ¡presidio, yo te los entrego! ¡por crímenes mas leves los jueces de otro tiempo han quemado á la Voisin y han enrodado vivo á Desrues!

Alumbrando aquel bando infame en las esquinas de las calles y el cobarde armamento de esos audaces borrachos, apareció la luz del dia.

La noche, complice de los bandidos, tomó la fuga, y plegando deprisa las velas se llevó entre los pliegues de su negro manto las estrellas del firmamento, los mil soles oscilantes en la oscuridad, como los doblones que se lleva al marcharse una mujer acostumbrada á los besos del crimen y que vuelve á vestirse despues de haberse prostituido.

Bruselas, Enero de 1852.

CANTO VI

El Tedeum del primero de Enero de 1852.

Oye, sacerdote; tu misa, como eco de los fuegos de peloton es la cosa mas impía.

Mira que tras de ti, apoyando su mano en la barba, está acurrucada la Muerte burlándose de tu oficio.

Sacerdote, en los cielos de donde venimos, se ve temblar á los ángeles y á las virgenes, cuando el obispo toma la mecha de los cañones para encender los cirios del altar.

Quieres formar parte del senado; verte en posicion elevada y tu fortuna acrecida; bien está; pero para bendecir al hombre, espera á lo menos que hayan lavado el piso de la calle.

¡Gloria á Gessler, pueblos! ¡muera Guillermo Tell!

Sale del órgano un estertor parecido al de la agonía… Arzobispo, para fabricar tu altar se han empleado las tablas del patíbulo.

Cuando dices:

—«*Te Deum*, os alabamos, señor Dios fuerte, Sabaoth de los ejércitos…»

Se mezcla con el incienso un vapor que sale de las tumbas mal cerradas.

Por la noche se ha matado; de dia se ha asesinado al padre, al hijo, á la madre.

¡Crimen y luto!

Ya no es el águila, sino el buitre el que vuela en Nuestra Señora.

Vaya, prodigale al bandido mil adoraciones… ¡Mártires, ya lo oís!

¡Oh sacerdote! Dios te mira y desde allá arriba maldice tus bendiciones.

Los proscritos han marchado encerrados en la cala de fúnebre ponton para Argel y Cayena. En París han visto á Bonaparte, y ahora van á ver la hiena en África.

Obreros, aldeanos arrancados del cultivo de vuestros campos, el sombrio destierro os va a destruir… Pero bien, mira á tu derecha, monseñor Sibour, y mira tambien á tu izquierda.

Verás que tienes por diácono al P. Traicion y por subdiacono al P. Robo.

Vende á tu Dios, vende tu alma… pero calate bien la mitra, ponte la capa y canta, viejo é infame sacerdote.

El asesinato entona á la par que tú el oficio divino, estas sacrilegas palabras:

—¡Fuego al que se mueva!

Satanás lleva las vinajeras, pero no es vino lo que en ellas te da; la bebida que escancia en tu copon es roja como la sangre.

Bruselas, 3 Enero 1852.

CANTO VII

Ad majorem Dei gloriam.

«Nuestro siglo es verdaderamente y en estremo delicado. ¿Pues acaso se imagina que las cenizas de la hoguera están totalmente apagadas? ¿Se figura que no ha quedado el menor tizon para encender cuando convenga una sola antorcha?…

»Insensatos los que llamándonos jesuitas creen cubrirnos de oprobio. Esos jesuitas les reservan la censura, les guardan una mordaza, les prometen encender la hoguera… Y algun dia, no cabe duda, serán los señores de sus señores.

(El P. Roothaan, *general de los jesuitas*, en la conferencia de Chieri).

Ellos han dicho con todo descaro:

—Seremos los vencedores y los amos. Soldados por la táctica y sacerdotes por la túnica, destruiremos el progreso, las leyes y virtudes, los derechos y talentos; y edificaremos un fuerte con todos esos escombros; y para fortalecernos en él como dogos sombríos, daremos rienda suelta á las preocupaciones vocingleras.

Sí, el patíbulo es bueno; la guerra es necesaria; aceptad, pues, la ignorancia, la barbarie, la estupidez y la miseria.

El infierno aguarda el orgullo del tribuno triunfante.

El hombre se convierte en ángel cuando se arrastra por la ignorancia.

Nuestro gobierno formado de fuerza y de astucia pondrá una mordaza al padre, embotará las potencias del hijo, embrutecerá la inteligencia de todos.

Nuestra palabra, hostil al siglo que trascurre, caerá cual la repercusion de un martillo sobre la muchedumbre aturdida y horripilada. Entibiará los corazones indecisos y helará en su embrion á todo gérmen útil ó saludable que haya en ellos, para fundirlos en cambio como la nieve en el suelo y para que quien los busque no los encuentre.

Solamente un frio glacial se habrá apoderado de todas las almas; nosotros habremos apagado solamente todas las llamas; y si alguno algun dia es osado gritar á los franceses de entonces:

—¡Salvad la libertad por la cual vuestros padres derramaron su sangre!

Tales franceses, decimos, salidos de nuestros pesebres, se reirán estúpidamente de la libertad muerta y de sus padres sepultados.

Como sacerdotes inscribiremos en nuestra bandera y con caractéres brillantes las palabras:

¡ORDEN, RELIGION, PROPIEDAD, FAMILIA!

Y si algun bandido, corsario, judío ó pagano viene a secundarnos con el perjurio en los labios, el sable en los dientes, la antorcha en la mano, sangriento y feroz, robando y matando, le diremos:

—¡Haces bien, haces bien!

Siendo vencedores y fortificados en sitios inexpugnables, viviremos formidables, arrogantes, venerados, atendidos.

¿Qué nos importan en el fondo Cristo, Mahoma ó Mithra?

Reinar es nuestro objeto, nuestro medio es proscribir.

Y si alguna vez se oyen aquí bajo nuestras carcajadas, el recondito lugar del corazon humano temblará despavorido.

Ataremos las almas en el fondo de lóbrega mazmorra.

Naciones, el ideal del pueblo que gobernamos es el fraile de España ó el fellah del Nilo.

¡Abajo la inteligencia! ¡abajo el derecho! ¡Viva la espada!

¿Qué es el pensamiento sino un animal feroz acometido de ciego furor?

Pongamos á Juan Jacobo Rousseau entre presidarios, y á Voltaire en la jaula de fieras.

Si la inteligencia intenta combatirnos, sabremos ahogarla como la hemos ahogado siempre.

Hablaremos en voz baja al oido de las mujeres.

Seremos dueños de los pontones, del Africa, de Spielberg.

Las antiguas hogueras se han apagado; pero nosotros las atizaremos y volverán á encenderse, y si no podemos arrojar á ellas al hombre, arrojaremos sus libros; si no podemos á Juan Huss quemaremos á Guttemberg.

En cuanto a la razon que pretende juzgar á Roma, antorcha que Dios alumbra bajo el cráneo del hombre, con la cual se iluminaba Sócrates y se guiaba Jesus, nosotros, semejantes al ladron que se desliza ó encarama empezando al entrar por apagar la lámpara, nosotros tambien con paso furtivo soplaremos sobre la llama que podria descubrirnos.

Entonces reinará en el alma humana una oscuridad profunda. El verdadero poder se fundará sobre la nada de los corazones y haremos sin ruido ni estorbo todo lo que nos acomode. Ni una mosca se oirá; ni el menor movimiento se hará en la sombra, siendo nuestra ciudadela como una torre mas negra que la noche.

En fin, nosotros reinaremos. La turba obedece á nuestra indicacion. Seremos omnipotentes; regiremos el mundo; lo poseeremos todo, fuerza, gloria y felicidad; y no teniendo fé, ni ley, ni Dios, nada temeremos…

—«Aun cuando habitaseis la montaña de las águilas, de állí os arrancaré yo, dice el Señor».

Jersey, Noviembre de 1852.

CANTO VIII

A un martir

—En los Anales de la Propagacion de la Fé se lee lo siguiente:

«Una carta de Hong Kong, China, en fecha del 24 de Julio de 1852 nos anuncia que Bonnard, misionero del Tong King, fué decapitado por la fé el dia lº de mayo del próximo pasado».

«Ese nuevo mártir habia nacido en la diócesis de Lion y pertenecia á la sociedad de Misiones estranjeras. Partió para el Tong King en 1849».

I

¡Oh santo sacerdote! ¡alma generosa! me postro de rodillas ante tí.

Jóven, todavía habia dias entre nosotros… No ha podido contar el número que le tocaba. Se hallaba en la edad en que la felicidad nos sonrie, y ha contemplado la cruz de Jesucristo radiante en medio de la oscuridad y ha dicho:

—«El Dios del progreso y del amor es Jesus. Quien ve tu frente, Señor, cree ver la antorcha de la luz.

»Cristo sonrie al que le rechaza.

»Puesto que murió por nosotros, yo quiero morir por él. Con voz dulce me llama á su sepulcro, cuya losa me sirve de apoyo y sosten.

»Su doctrina es el cielo entreabierto. De su mano lleva a la humanidad, así como el padre lleva a su hijo. Por él vivimos y somos. En la cabecera de los carceleros que duermen en sus moradas, arrebata las llaves de todas las cárceles para dar libertad a todos los hombres.

»Y léjos de nosotros hay otra humanidad que no le conoce, y en medio de la iniquidad se arrastra encadenada y sufre y sucumbe.

»Para encontrar á Dios hacen esfuerzos tenebrosos, agitándose en vano, pues son como muertos que tientan las paredes del sepulcro.

»Siguen errantes por la tierra sin ley, sin objeto ni guia. Son malos porque son ignorantes; no les ha tocado ninguna parte en el botin de la gran conquista.

»Allá iré yo: para salvarlos, dejaré el lugar santo é iré, hermanos mios, á llevaros á mi Dios, iré á llevaros mi cabeza».

Como sacerdote se ha acordado tranquilo en nuestros dias turbulentos de las palabras dichas á los apóstoles:

—Id; arrostrad las hogueras y los escollos.

Recordando al mismo tiempo la despedida de Cristo en el instante supremo:

—¡Oh mortales, amaos unos a otros! Amándoos cicatrizareis mis heridas.

El se ha dicho que era bueno iluminar en medio de sus tinieblas á aquellos pueblos estraviados y alejados del progreso que brilla y cuya alma está cubierta de túpidos velos.

Enseguida se ha puesto en marcha en medio de las tormentas y de las olas agitadas, hacia los crueles tormentos y los sangrientos despojos con los ojos fijos al cielo.

II

Aquellos hácia quienes iba el apóstol, lo han asesinado.

III

¡Oh! mientras que allá entre aquellos bárbaros se ostenta el patibulo mostrando tus miembros descuartizados que el verdugo ordenando sus cuchillas y sus hierros frota su uña en el poste, que tu sangre ha manchado; ¡oh cielos! mientras que los perros van á beber aquella sangre é insectos horribles en ruidoso y revoltoso enjambre entran en tu boca amoratada como en el panal de miel y zumban dentro las órbitas de tus ojos;

Mientras que desordenado el cabello, sin voz y sin párpados, está alli tu cabeza macilenta clavada en un poste, entregada á las viles afrentas, destrozada á pedradas, aquí, mártir santo de Dios, se vende á tu Señor.

Ese Dios que solamente es tuyo, oh mártir, intentan arrebatártelo.

Ese Dios por quien tú mueres, aquí lo entregan á Mandrino hombres que como tú se revisten con la estola, para ser cardenales o para ser sena lores; sacerdotes para tener palacios, carrozas y jardines que en verano retraten el hermoso azur de los cielos, para platear su mitra y dorar sus báculos, para beber vino bueno sentados cerca de un fuego bien encendido.

Estos sacerdotes infames venden tu Dios al malvado cuyas manos están tintas con la sangre del asesinato, al ladron cargado de oro que paga y sonrie… ¡Dios poderoso! ¡Vuélvete á nosotros, mártir infeliz, mira como venden á Jesucristo, mira como venden a Dios!

Por algunas talegas entrega su sordidez al bandido, el Evangelio, la ley, el altar espantado, y la justicia de ojos cándidos y severos, y la estrella del corazon humano, la Verdad.

Los buenos arrojados en vida en oscura mazmorra ó muertos en los rios; el hombre justo proscrito por Sila Cartouche; el inocente asesinado; el luto sagrado de las viudas; las lágrimas del desdichado huérfano… todo eso lo venden los que se titulan ministros de tu Dios.

Todo, la fé, el juramento que Dios tiene bajo su custodia, el santo templo en que tú muriendo dices:

—*Introibo*, entraré.

Todo lo entregan, pudor, virtud…

¡Oh martir! mira, abre otra vez los ojos que avivan la luz de la antorcha.

Venden el arca santa y augusta donde la hostia resplandece. Venden á Cristo, te digo, así como sus miembros atados. Venden el sudor que corre por su frente y los clavos de sus manos y los clavos de sus piés.

Venden al bandido que les atrae á su morada el Gran Crucifijo inclinado hacia los hombres; venden su palabra, venden su martirio, y como si eso no fuera bastante, venden tambien el martirio que tú has padecido.

¡Tanto por los azotes que recibió á la puerta! ¡tanto por el *Amen*! ¡tanto por el *Aleluya*! ¡tanto por la piedra en que vino á chocar su cabeza muerta! ¡tanto por el paño ensangrentado que enjugó su rostro!

Venden sus rodillas destrozadas y chorreando sangre, su caña verde, la ancha herida de su costado, sus ojos bañados de lo infinito, sus lágrimas, su agonía y su boca entreabierta y el grito que profirió:

—LAMMA SABACTANI.

Venden su sepulcro, venden las tinieblas, venden á los serafines cantando en el vasto umbral de los cielos y á la madre, de pié, bajo el leño de fúnebres brazos, que mirando afligida á su hijo no apartaba los ojos de su rostro demudado.

Si, esos obispos; sí, esos mercaderes; sí, esos sacerdotes venden al histrion del crimen, ahito y coronado, á ese Neron repleto que sonrie en medio de los traidores, teniendo un pié en Thraseas y un codo en Phriné, al ladron que mató las leyes á palos, al pirata emperador Napoleón tercero, ebrio dos veces, mas inmundo aun que feroz, cerdo en la cloaca y lobo en la carnicería.

Venden, digo, oh martir, al Dios pálido y pensativo que de pié sobre la tierra y bajo el firmamento triste y sonriéndonos á todos en nuestra noche fatal, se desangra eternamente en el Gólgota tenebroso.

Jersey, Diciembre de 1852.

CANTO IX

El arte y el pueblo.

I

El arte es la gloria y la alegría; en medio de la tempestad alumbra con sus fulgores la noche y el cielo azul.

El arte es el esplendor universal que brilla en la frente del pueblo como el astro en la frente de Dios.

II

El arte es un canto magnífico que deleita el corazon amante de la paz; es el canto que la ciudad dice á los bosques, que el hombre dice á la mujer, que todas las voces del alma cantan en coro a la vez.

III

El arte es el pensamiento humano que rompe gradualmente todas las cadenas.

¡El arte es el blando conquistador!

¡Suyos son el Tiber y el Rhin!

Pueblo esclavo, el arte te hace libre; pueblo libre, el arte te hace grande.

IV

¡Oh Francia! nacion invencible, canta tu apacible cancion; canta y mira á los cielos; tu voz jovial y alegre es la esperanza del mundo ¡oh gran pueblo fraternal!

V

Canta, pueblo mio, al nacer la aurora; canta tambien cuando la noche tiende su manto sobre la tierra.

El trabajo es la alegría, ríete del viejo siglo que pasa; canta en voz baja el amor y en voz alta la libertad.

VI

Canta la santa Italia, canta la Polonia sepultada, canta á Nápoles chorreando sangre pura y generosa, canta la Hungría agonizante… ¡Oh tiranos! el pueblo canta del mismo modo que el leon ruge.

París, 6 de Noviembre de 1851.

CANTO X

El festin.

Cortesanos, sentados a la mesa de espléndida orgia, con la boca dilatada por la risa y la sed, celebrad al César bondadoso, magnánimo y purisimo, y bebed, apóstatas de todo lo que es venerable, el chipre á copas llenas y la vergüenza á vasos repletos…

Comed, bebed; yo prefiero ¡oh verdad! tu negro y duro pan.

Bolsista que trasquilas al pueblo, usurero que le estrangulas, alegres comilones, rechonchos, bellacos y ricos, amigos de Fould el judio y de Maupas el petardista, dejad que el pobre vierta sus lágrimas bajo vuestra puerta cochera; engordaos, regocijaos y daos buena vida…

Comed, bebed, yo prefiero, ¡oh probidad! tu duro y negro pan.

El oprobio es una lepra y el crimen un empeine.

Soldados, que volveis del bulevar de Montmartre, el vino mezclado con la sangre ha salpicado vuestro uniforme; cantad tambien. La mesa ocupa toda la escuela militar; el festin os lláma, se brinda, se bebe y se va rodando por el suelo…

Comed, bebed; yo prefiero, ¡oh gloria! tu pan bazo.

¡Oh pueblo de los arrabales! yo te he contemplado en medio de tu sublimidad, y hoy te veo esclavo, seducido por el crimen con mas dinero en el bolsillo, que altivez en el corazon. Se va con la cadena al cuello á reir y á beber en la barrera, y ¡viva el emperador y viva el salario!…

Comed, bebed; yo prefiero, ¡oh libertad! tu negro pan.

Jersey, Diciembre de 1852.

CANTO XI

Serán castigados.

I

Bien sé yo que inventarán un sin número de mentiras para evadirse de las manos de la severa verdad; que negarán y dirán:

—No soy yo, es él.

¿Mas no es verdad, Dante, Eschyle y vosotros, profetas, que nunca han escapado de vuestras manos? ¿qué nunca, una vez los hayais cogido, se han librado de vuestros furores el malhechor y el infame? Yo he cerrado sobre ellos mis versos, mi libro espiatorio; yo he echado cerrojos a la historia; la historia es en la actualidad un calabozo bien cerrado.

II

El poeta no es el genio que sueña y ora; lleva encima la enorme llave de la consergería. Se miran los bolsillos del principe, como el pillete, y á la espalda de los emperadores. Macbeth es un estafador, César un borracho.

Vosotros, versos mios, guardais en vuestro seno á esos infames presidarios.

Las Caliopes estrelladas tienen el registro de los presos de la cárcel.

III

¡Oh pueblos dolorosos! es necesario que alguno tome vuestra venganza.

Los frios retóricos me han dicho:

—El poeta es el ángel. Se cierne ignorando quien es Fould, Magnan, Morny, Maupas. Contempla con delicia la noche serena…

No, mientras seais cómplices de los crímenes horribles que yo sigo paso a paso, mientras cubrais con vuestro manto á esos bandidos y malvados, cielos azules, soles, astros de la noche, no os dirigiré mis apasionadas miradas, no os cantaré versos.

Morny.

IV

Mientras el hombre de la asechanza imponga silencio a todos los labios; mientras la libertad vaya rodando por el suelo como una mujer muerta á quien se acaba de ahogar; mientras en los pontones se oigan los estertores de los que agonizan, yo tendré lámparas sepulcrales para todas esas frentes abyectas que un malvado hace humillar. Yo gritare:

—Levántate, pueblo. Cielos, desencadenad vuestros rayos; haced oir la voz del ronco trueno y la Francia verá en medio de su noche fecunda brillar mi antorcha funeral.

V

Esos viles é infames bellacos que hacen de Francia otra China oirán el chasquido de mi látigo descargar á su espalda.

Ellos cantan el *Te Deum*.

Yo esclamaré: ¡*Memento*!

Yo azotaré las personas, los hechos, los nombres, los títulos. Porta-sables, porta-mitras, os tengo encerrados en mis versos cual si fuese en hermético estuche. Vereisme castigar sobrepellices, charreteras, breviarios, y á Cesar correr bajo mis estribos arremangándose el manto.

VI

Y los campos, praderas, lagos, flores, horizontes y llanuras, las nubes semejantes á copos de lana, el agua que agita las algas y las ovas, y el enorme Océano, hidra de verdes escamas, los bosques cubiertos de infinitos murmullos, el faro sobre las olas y la estrella sobre los montes, me conocerán al punto y dirán en voz baja:

—Es un espíritu vengador que pasa persiguiendo y castigando á los demonios.

Jersey, Noviembre de 1852.

CANTO XII

Mapa de Europa.

En todas las provincias, en todas partes, se ve brillar el sable.

El altar miente.

Se oye á los que se titulan principes, jurar con todo descaro y serenidad sin bajar los ojos, sin sonrojarse, y estremeciéndose el trueno adormecido en el seno de las nubes á causa de los falsos juramentos que hacen.

¡Tanto ofenden a las almas!

¡Tan monstruosos, infames y horribles son tales juramentos!

Los soldados han cruzado á latigazos el rostro de débiles mujeres.

¿Dónde está la libertad? ¿dónde la virtud?

Han desaparecido.

¿Oh naciones, dónde están vuestras almas mas hermosas?

En el destierro, ahogándose en medio de los horrores de los pontones.

Las balas pueden muy poco contra tales rebeldes.

Haynau, pon en los cañones cabezas de niños en vez de balas[50].

Pueblo ruso, temblando y silencioso, caminas hecho siervo en San Petersburgo, ó forzado en las minas letales. El polo es para tu señor un vasto y negro calabozo.

Rusia y Siberia, ¡oh czar, tirano, vampiro! son las dos mitades de tu fúnebre imperio. La una es la Opresion, la otra la Desesperacion.

Los suplicios de Ancona ocultan las paredes.

El papa Mastai ó Pio IX fusila sus ovejas.

Echa á un lado la hostia sagrada y manda hacer fuego.

Simoncelli es el primero en caer muerto.

Todos los demás, tribunos, soldados, sacerdotes, le siguen sin vacilar; mueren y van á dar cuenta á Dios de la maldad de su Vicario.

Padre Santo, deja caer sobre tus manos las mangas…

Padre Santo, en tus sandalias blancas se ven manchas de sangre.

Borgia te sonrie, Borgia que fué el papa envenenador.

¿Cuántos han muerto? ¿cuántos morirán? Nadie lo sabe.

Señor, el que guia vuestro rebaño por entre los valles de ese mundo no es el pastor, sino el lobo carnicero.

¡Italia, Alemania, Sicilia, Hungría!…

Europa, llorosa madre, enflaquecida por la miseria, han muerto tus mejores hijas. El honor severo se ha alejado de tu seno.

En el mediodía está el patibulo, en el norte el osario.

La luna se levanta cada noche cual si fuera una fúnebre y vasta mortaja. El sol se oculta cada dia tras un horizonte de sangre y desolacion.

Sobre los franceses vencidos pesa un santo Oficio. Un malvado los asesina y dice:

—¡Los vencidos!

París tiene que lavar de rodillas la sangre que le inundó. La Francia atada de piés y manos asiste á la hecatombe.

Despertados por el llanto y los clamores desde su tumba, dice Laubardemont:

—¡Así va bien!

Dice Torquemada:

—¡Adelante!

Vosotros, Batthyani, Sandor, Poerio, víctimas de la tiranía, en vano combatisteis por el pueblo y sus derechos.

Baudin sucumbe agitando su banda hecha girones.

Llorad en los bosques, llorad en las montañas; que donde Dios plantó Edenes, los reyes ponen presidios. Venecia es un conjunto de forzados y presidiarios, y Nápoles es un sepulcro.

La horca se ostenta en Arad, el patíbulo en Palermo. ¡La soga para los héroes que alzaban firme el brazo enarbolando la bandera libre y altiva ante los reyes temblorosos, mientras que se va á consagrar al emperador Schinderhannes!

Mártires, la lluvia cae á torrentes sobre vuestras cabezas, y el pico de los cuervos arranca vuestros ojos ensangrentados.

¡Porvenir, porvenir… todo se desmorona!

Los reyes huyen despavoridos; el mar se agita; las olas se encrespan…

Pueblos, el bélico clarin resuena en los cuatro ángulos del espacio.

¡Qué espantosa y aterradora fuga!

Los ejércitos se van en medio de la tempestad reducidos á cenizas ardientes.

El espanto se cierne por doquiera.

¡Adelante! dice el Eterno.

Jersey, Noviembre de 1852.

CANTO XIII

Cancion.

I

¿La hembra donde está? Murió.
¿Y el macho? Se lo llevó
Un gato y hoy lo devora.
Al blando nido que está
Sin amparo, ¿quién irá?
Nadie… ¡pobre ave canora!

II

Ausente del pastor burlado,
Muerto el perro, han devorado
Los lobos, quedando ahitos,
Al rebaño tembloroso.
¿Quién le guardará afanoso?
Nadie. ¡Pobres corderitos!

III

Llevado á presidio el padre
Y al hospital ¡ay! la madre,
Todo en casa abandonado.
¿Quién mecerá aquella cuna?
¿No hay otra mujer?… Ninguna.
¡Pobres niños, cielo airado!

Jersey, Febrero de 1853.

CANTO XIV

Lágrimas de risa y lágrimas de llanto.

Es de noche; la noche es negra, oscura y profunda. La sombra inmensa estiende sus alas por el ancho espacio.

Guardad en vuestros alegres palacios los cañones; en vuestros lechos el terciopelo, los tapices, el lino. Para calentaros bien los piés mandad que os traigan pieles de martas y cibelinas.

Ocultaos bajo la blanca nube de hermosas muselinas, detrás de vuestras cortinas que ocultan con sus pliegues todas las voluptuosidades y todos los olvidos.

A los ecos de una música amorosa y lejana, mientras que algunos ancianos temblando osan apenas alumbrar el techo de púrpuras y lámparas, tú, duque de Saint'Arnaud, tú, conde de Maupas, vosotros, senadores gobernadores, generales, jueces, principes; tú, César á quien las provincias adoran de rodillas; tú que soñaste el imperio y realizaste tu sueño, dormid señores…

—Ya es de dia.

—¡Ea! de pié forzados.

Jersey, Octubre de 1852.

CANTO XV

Confrontaciones.

Alzaos, cadáveres, hablad, ¿quienes son vuestros asesinos? ¿qué manos han clavado en vuestro pecho el acerado puñal?…

Dime tú que veo en aquel rincon, dime cual es tu nombre.

—Religion.

—¿Tu asesino?

—El sacerdote.

—¿Vosotros qué nombre llevais?

—Probidad, Pudor, Razon, Virtud.

—¿Y quién os asesinó?

—La Iglesia.

—¿Tú quién eres?

—Soy la Fé pública.

—¿Quién te ha dado de puñaladas?

—El Juramento.

—Tú que duermes bañada en tu propia sangre ¿quién eres?

—Mi nombre era Justicia.

—¿Y quién fué tu verdugo?

—El juez.

Y tú gigante sin espada en la vaina, á cuya inflamada aureola apaga el fango en que te han echado, ¿quién eres?

—Yo me llamo Austerlitz.

—¿Quién te mató?

—El ejército.

Bruselas, 5 de Enero de 1852.

LIBRO SEGUNDO

CANTO I

Idilios.

EL SENADO.

Vibrad trombones y vihuelas.
Las aves forman armónico concento en sus nidos.
La alegría es la cosa mas natural del mundo.
¡Que baile, pues, una polca Magnan, y Saint Arnaud una pastorela!

LAS BODEGAS DE LILLE.

¡Miserere!
¡Miserere!

EL CONSEJO DE ESTADO.

¡Lamparillas en los ojaranzos! ¡lamparillas en los zarzales!
Y mezclad sables y mantillas…
Cantad en coro, bellísimos varones.
Bailad á la redonda, hermosas mujeres.

LAS TROJES DE ROUEN.

¡Miserere!
¡Miserere!

EL CUERPO LEGISLATIVO.

Gocemos, gocemos, amor nos reclama.

Coja cada uno la miel del panal que le toque, y asi seremos mejores; la abeja de los labios de la flor; el sabio, de los labios de la hermosa.

BRUSELAS, LONDRES, BELLE ISLE, JERSEY.

¡Miserere!
¡Miserere!

LAS CASAS CONSISTORIALES.

El imperio va tomando hondas raices. Riamos, juguemos, cenemos, comamos. Disparen petardos los Campos Elíseos.

Al tio le eran menester cañones.

Al sobrino le son menester cohetes.

LOS PONTONES.

¡Miserere!
¡Miserere!

EL EJÉRCITO.

Fuera escrúpulos, fuera temores. De rodillas cuando viene el bedel.

Obedezca el tambor al órgano. Nuestro ardor sale del bodegon, y nuestra gloria está en el patibulo.

LAMBESA.

¡Miserere!
¡Miserere!

LA MAGISTRATURA.

Comamos, bebamos, todo nos lo aconseja.

Feliz el amigo de la uva madura que siempre encuentra riendo debajo de su emparrado un racimo que cuelga, y una botella en su bodega.

CAYENA.

¡Miserere!
¡Miserere!

LOS OBISPOS.

Júpiter lo manda; debemos reverenciar el buen éxito sentado en el trono.

¡Brindemos!

Ahuyente de su alma las penas y disgustos el sacerdote de frente severa, y llene hasta el borde de vino el vaso cien veces.

EL CEMENTERIO DE MONTMARTRE.

¡Miserere!
¡Miserere!

Jersey, Abril de 1853.

CANTO II

Al pueblo.

I

Por todas partes, sollozos, llanto, lágrimas, gritos fúnebres.
¿Por qué duermes en las tinieblas?
No quiero que te dejes morir.
¿Por qué duermes en las tinieblas?
No es el instante de dormir.
La pálida libertad yace ensangrentada al umbral de tu puerta; y bien sabes que si mueres tú, quedará, ella muerta tambien.
Mira el chacal al umbral de tu puerta, mira los ratones y comadrejas.
¿Por qué te has dejado atar todo el cuerpo?
¡Aquellos te muerden en tu sepulcro sin que puedas defenderte!
En todos los pueblos se prepara el fúnebre cortejo…
¡Lázaro, Lázaro, Lázaro, levántate!

II

París ensangrentado sueña al pálido fulgor de la luna en la fosa comun.
¡Gloria al general Trestaillon!
¡No mas imprenta, no mas tribuna!
¡El ochenta y nueve lleva una mordaza!
La Revolucion, terrible para quien la toque, yace en tierra.
Un Cartouche puede lo que nunca pudieron los Titanes.
Escobar rie hoy con su risa infernal.
Van á llevar contra tí, República gigante, todos los sables del pais de los lilliputienses.
El juez, mercader vestido de toga, vende la ley.
¡Lázaro, Lázaro, Lázaro, levántate!

III

La tiranía, vieja loba gozosa y salvaje, se ceba en Milan, en Viena castigada, en Roma estrangulada y bendita, en Pest torturado sin descanso. Sonrie contemplando su

pesebre adornado de amuletos. Camina sobre cadáveres desde el Vistula hasta el Tanaro. Tiene en su palacio infinitos cachorros…

¿Quién la alimenta, quién lleva comida á la loba?

El obispo, el verdugo que se alimenta á sus espensas.

Es el rey…

¡Lázaro, Lázaro, Lázaro, levántate!

IV

Jesús hablando á sus apóstoles dijo:

—Amaos los unos á los otros.

Y luego hará dos mil años que nos llama á nosotros y á los nuestros abriéndonos sus brazos ensangrentados.

Roma manda y gobierna en nombre del profeta de la paz y del amor…

La tiara del Vaticano está formada de tres anillos sacrosantos. El primero es una corona, el segundo es el lazo corredizo de las horcas de Verona, y el tercero es una argolla…

Mastai se pone esa tiara sin espanto, sin temor…

¡Lázaro, Lázaro, Lázaro, levántate!

V

Fabrican nuevas cárceles ¡oh profundo durmiente! oye el murmullo de los rios tintos en sangre; oye el llanto de las pobres viudas ¡oh durmiente de sueño pesado!

Adios, mártires, el viento sopla, los pontones flotan, las madres de frente abatida sollozan sin cesar, sus hijos son la presa de los vencedores. Entre tanto ellas gimen acompañándoles por el camino. Las lágrimas que de sus ojos saltan á raudales filtran el odio en nuestros corazones.

Los judíos, gente avara y sin fe, triunfan…

¡Lázaro, Lázaro, Lázaro, levántate!

VI

Mas parece que por fin despiertas ¿y produces tú el zumbido de numeroso enjambre que llega hasta mi oido? La abeja se estremece en su panal; oigo á lo lejos tocar á rebato. Los césares olvidando que hay gemonías se adormecen al concento y armonía desde el Báltico hasta el monte Etna.

Los pueblos se hallan sumergidos en profundas tinieblas; dormid reyes. El clarin dice á los tiranos:

—¡Victoria!
Y el órgano repite sin cesar:
¡Hosanna, Hosanna!
¿Quién responde á aquella música militar?
El campanario…
¡Lázaro, Lázaro, Lázaro, levántate!

CANTO III

Recuerdo de la noche de 4 de Diciembre

Aquel niño habia recibido dos balas en la cabeza. La casa era limpia pero humilde, apacible, honrada. Veiase en un retrato un ramo bendito á guisa de adorno. Una pobre y anciana abuela estaba al lado de la cama llorando á lágrima viva.

Le desnudamos en silencio: silencio de la muerte:

Sus labios amoratados se entreabrian; la muerte empañaba sus ojos horrorizados. Sus brazos colgando parecian pedirnos apoyo.

En su faltriquera hallamos un trompo de boj.

Podian introducirse los dedos en sus heridas. ¿Habeis visto sangrar la zarzamora entre los zarzales?

Su cráneo estaba hendido cual leño que parte el leñador. La abuela miraba desnudar al niño y decia:

—¡Cuan pálido está! acercad la lámpara… ¡Dios mio, su cabello se ha pegado á sus sienes!

Y cuando hubimos terminado lo tomó en sus rodillas. La noche era lúgubre; oíanse en la calle disparos de fusil y de cañon, disparos con que se mataba á otros niños.

– Hemos de enterrar á este niño, dijeron los nuestros.

Y tomaron una blanca sábana del armario.

La abuela entretanto acercaba el niño al fuego, como para calentar sus miembros ateridos. ¡Ah, lo que la muerte toca con sus frias manos no se calienta en los hogares de la tierra!

Inclinóse la infeliz anciana; le sacó las medias, y en sus manos caducas estrechó los pies del cadáver.

—¿No es una cosa que hiela la sangre, Señor? esclamó; ¡todavía no contaba ocho años! Sus profesores estaban contentísimos de él. ¡Señor, cuando yo habia menester que me hicieran una carta, él me la escribia! ¿Se han propuesto matar a los niños ahora? ¡Ay Dios mio! estamos entre bandidos. Decidme: ¿hay justicia en la tierra ni en el cielo que puede perdonar eso? ¡Esta mañana jugaba alli, delante de la ventana, y pensar que me han asesinado á este pobrecito de mi corazon! Pasaba por la calle y han descargado sobre él. Señor, era bueno y amable como un Jesús. Yo soy ya vieja, y es muy sencillo que yo me vaya; nada le hubiera costado al señor Bonaparte matarme á mí en vez de mi nieto…

Los sollozos interrumpieron sus sentidas palabras.

En seguida añadió, mientras lloraban todos los que estaban cerca de la abuela:

—¿Qué va a ser de mi ahora, sola en el mundo? Eşplicádmelo vosotros. ¡Ay de mi! era el único que su madre me habia dejado. ¿Por qué lo han muerto? Quiero que

me lo espliquen. El niño no ha gritado ¡Viva la República!

Todos nosotros callábamos tristes, graves, en pié, con la cabeza descubierta, temblando ante ese luto que no tiene consuelo…

¡Pobre abuela! tú no comprendes lo que es la política. El señor Napoleón, este es su nombre auténtico es pobre y hasta principe; le gustan los palacios; le conviene tener caballos, criados, lacayos, oro para el juego, la mesa, la orgia, la alcoba y la caza; por tales razones salva la Familia, la Iglesia y la Sociedad. Quiere tener Saint Cloud lleno de rosas durante el verano, que es cuando irán á venerarle y adorarle allí los gobernadores y los alcaldes. Por las mismas razones quiere que las ancianas abuelas cosan con sus pobres dedos ennegrecidos y temblorosos por el tiempo, la mortaja de los niños de siete años.

Jersey, 2 de Diciembre de 1852.

CANTO IV

Quién me dirá lo que es Bonaparte.

¡Oh sol, rostro divino, flores silvestres de la torrentera, grutas donde los ecos resuenan, perfumes que os exbalais de las yerbas olorosas, espinosos escaramujos del monte!

Montañas sagradas, que a las nubes envidiais, blancas como el frontis de un templo, viejos peñascos, roble vencedor del tiempo, ante los cuales mi alma cuando os contempla, se deleita y extasia gratamente.

Bosque virgen, manantial puro y cristalino, lago limpido que te bañas de zafir, agua casta en que el cielo se ostenta, conciencia de la naturaleza, decid: ¿qué pensais de este bandido?

Jersey, 2 de Diciembre de 1852.

CANTO V

¿Qué es preferible?

Ya que el justo está en el abismo, ya que se da el cetro al crimen, ya que han sido hollados todos los derechos, ya que los mas valerosos permanecen en silencio, ya que se anuncia en todos los ángulos y paredes la deshonra y el oprobio de mi pais;

¡Oh, República de nuestros padres, gran Panteon atestado de ingenios, cúpula de oro que te ciernes en el espacio, templo de las sombras inmortales, ya que con escalas se acercan á fijar en tus muros el imperio!

Ya que todas las almas se encuentran aniquiladas, ya que todos se arrastran; ya que se olvida lo verdadero, lo puro, lo noble, lo grande, lo bello, los ojos indignados de la historia, el honor, la ley, el derecho, la gloria y á los que yacen en los sepulcros;

Yo te amo, destierro mio; yo te adoro, amargura de mi alma; tristeza, sé tú mi diadema; yo te idolatro, altiva pobreza; amo mi puerta espuesta a los furores de los cuatro vientos, amo el luto, estátua severa que viene á sentarse á mi lado.

Amo la desgracia que me oprime, y la sombra en que encuentro á todas vosotras, á vosotras á quien mi corazon sonríe, Dignidad, Fé, Virtud, y á ti, noble y digna espatriada, Libertad, y á ti, gran proscrito, el Desprendimiento ó Sacrificio.

Amo esta isla solitaria, Jersey á quien la libre Inglaterra ampara bajo su antiguo pabellon, la ola ennegrecida y de vez en cuando encrespada, el navío, carro errante que cruza el abismo, dejando tras si un surco misterioso.

Amo tus gaviotas, abismo insondable que sacudes tu manto de perlas sobre sus alas de leonados colores, que se sumergen en tu anchuroso seno, saliendo de tus entreabiertas gargantas como sale el alma de los dolores.

Amo la peña solitaria desde donde oigo la queja eterna que sin cesar, como el remordimiento que renace siempre en medio de la conciencia, pronuncian las madres sobre sus hijos muertos, así como tus ondas sobre los escollos.

Jersey, Diciembre de 1852.

CANTO VI

El otro presidente.

I

Ahi teneis, viejos partidos, á vuestro hombre consular de dias apacibles y serenos cuando nada pretende asaltaros; pero dragon feroz, leon irritado, hidra enfurecida, en los dias de peligro.

Para ponerlo á su frente en nuestros tiempos que la tormenta agita, derribando el cedro y tronchando los alces, escogieron al mas cobarde, y no teniendo un Thersite, eligieron á Dupin.

II

Mientras que tu brazo poderoso trabaja con afan, ellos te venden, pueblo querido, obrero soberano. Esos hombres oponian el presidente Bobeche al presidente Mandrino.

Su voz áspera sonaba hosca y cascada; sus *quolibets* mordian al orador inspirado; habian puesto ¡insensatos! el alma mas baja en la cumbre mas alta.

De tal manera, que un dia motivó un desenlace inmundo. Los soldados sable en mano y dejando su oscuro cuartel, entraron en el augusto templo donde nacia la aurora que iluminaba al mundo entero.

Delante del altar de las leyes que hoy derriban y queman, el Honor y el Deber llamaban á ese hombre y le decian:
—De pié; levántate rayo en mano en tu silla curul.
¡Y se sumergió en la cloaca!

III

¡Quede para siempre en ella! ¡permanezca dormido allí! Bórrese para siempre ese recuerdo vil; ¡disuélvase como el humo! ¡hágase deforme como las sombras de la noche, y semejante al caos!

Que aunque en ella lo busquen, apenas se le distinga; y que en esta cloaca inmunda, horrible, silenciosa y abierta, todo lo que se arrastra y envilezca perezca confundido con él.

Y que la historia algun dia no de cuenta de ellos, diciendo únicamente al verlos tendidos en el lodo:

—No se sabe lo que es. Es alguna infame vergüenza, cuyo nombre se ha perdido.

IV

¡Ah! si tales almas fuesen admitidas en los infiernos, si en su orgullo amargo y altivo no las rechazasen, poetas, que armados de invencibles espadas guardais aquel umbral tenebroso,

¿No es verdad que en aquel antro donde habita la justicia, cuyo radiante frontispicio la esperanza evita y ahuyenta, decideme, tú, Dante, tú, el lúgubre cenobita de Pathmos, tú, Milton,

Tú, anciano Esquilo, amigo de las quejumbrosas Electras, debe ser un grande placer para vosotros, vengadores de las virtudes, hacer abofetear á los máscaras por los espectros y á Dupin por Bruto?

Bruselas, Diciembre de 1851.

CANTO VII

A la obediencia pasiva.

I

¡Soldados del año dos! ¡guerras, epopeas! empuñando juntos las armas contra el tirano; prusianos, austríacos, contra todas las Sodomas y todos los Tiros, contra el czar del Norte, contra ese cazador de hombres seguido de todos sus perros.

Contra toda la Europa con sus capitanes, con sus aventureros, cubriendo dilatadas llanuras, con sus caballeros, toda entera alzada como una hidra irritada, cantaban, iban y venian sin temor en el alma, sin calzado en los piés.

Al levante, al poniente, á todas partes, al norte, al sud, al polo, con fusiles viejos echados á la espalda, pasando torrentes, subiendo y bajando montes, sin reposo, sin dormir, descosidos, destrozados, sin víveres; iban orgullosos, joviales, y soplando mil trompets á guisa de demonios.

La libertad sublime llenaba sus pensamientos.

Flotas tomadas al asalto, fronteras destruidas á su paso soberano, ¡oh Francia! cada dia habia un nuevo prodigio, choques, encuentros, combates; y Foubert sobre el Adige, y Marceau sobre el Rhin.

Unos le batian la vanguardia, otros le atacaban el centro, y á pesar de la lluvia y de la nieve y agua hasta las rodillas se iba adelante.

Y este le ofrecia la paz, aquel le abria las puertas; y los tronos cayendo y rodando como hojas secas se dispersaban al viento.

¡Oh, cuán grandes erais en medio de tantas contrariedades, soldados de Napoleón! Con los ojos brillando de valor, con el cabello descompuesto y agitándose en medio del revuelto torbellino, se alzaban poderosos, ardientes, levantando la cerviz y como los leones que aspiran la tempestad cuando sopla el Aquilon.

Ebrios en medio de los trasportes de sus épicas luchas, saboreaban todos los frutos heróicos, chocando hierro contra hierro, volando entre las balas la alada Marsellesa y entre el ruido de los tambores, de los obuses, de las bombas, de las músicas y de tu risa, Kleber.

La Revolucion les gritaba:

—Voluntarios, morid por libertar a todos los pueblos que son vuestros hermanos.

Y ellos respondian contentos y alegres:
—Sí, moriremos.
—Id, mis soldados veteranos, id mis, imberbes generales.
Y se veia caminar á esos descamisados soberbios en el mundo asombrado.

La tristeza y el miedo les eran desconocidos.
Sin duda habrian escalado las nubes, si hubiesen visto aquellos valientes al dirigir los ojos al curso olímpico que detrás de ellos estaba la gran República señalándoles el cielo con el dedo.

II

Cuando nuestro ánimo se eleva hacia aquellos veteranos, vemos su frente y resplandecer su acero fértil en grandes empresas y trabajos. Eran los antiguos. Pero el tiempo los hace olvidar. Francia, en tu historia tienen demasiado lugar; Francia, ¡gloria á los nuevos soldados!

Si, gloria á los de ayer, que con el sable desenvainado se lanzan cien mil y veinte contra uno sin temor, y luego se van por la ciudad á tambor batiente ametrallando… El fuego brilla, el obus retumba, ¡Victoria! en la encrucijada de Tiquetonne han muerto con arrojo á un niño de siete años.
Estos son héroes que no tienen miedo a las mujeres; tiran sin demudarse ¡gloria á sus armas poderosas! á los transeuntes que pasan temblando y despavoridos.
Se ven cuando la tropa se pasea por París en los arreos de los caballos, trozos de sesos humanos mezclados con cabellos de algun anciano.

Dan el asalto… á las leyes; se lanzan… contra su patria. Caballería, infanteria, artilleria, batallon, escuadron, saciados, pagados, repletos, joviales, ciegos de coraje tocan á la carga con Maupas por portabandera y Veuillot por clarin.

Todo, el hierro y el plomo faltan á nuestros brazos esforzados… El pueblo no tiene fusiles, el pueblo no tiene cartuchos; ¡ánimo valientes! es la ocasion. Son algunos tribunos… la ley casi está sola, detrás de vuestros cañones cargados hasta la boca arriesgaos con osadía.

Soldados de diciembre, soldados de la emboscada contra vuestro país, vergüenza de vuestras cabalgatas sobre París consternado, vuestros padres, como he dicho, brillaban como el faro luminoso, y arrostraban con el canto en los labios y la serenidad en el alma la Muerte que los contemplaba atónita.

Vuestros padres combatian contra los ejércitos mas poderosos, al rubio prusiano, al ruso de inflamados rayos, al moreno catalan; y ¡vosotros!… vosotros matais agentes de la Bolsa y de negocios.

Vuestros padres, aquellos gigantes, habian tomado a Zaragoza.

Vosotros tomasteis á Tortoni.

¿Qué dices de ellos, historia? los antiguos corrian en medio de las batallas sobre cañones vomitando metralla. Estos van sin temor hollando ensangrentados ancianos y mujeres moribundas en derechura al crímen.

Son dos modos diferentes de no retroceder.

III

Aquel hombre manda llamar, á la hora en que París duerme todavia, en medio de las sombras de la noche, generales franceses llevando la triple estrella en la charretera de oro.

Les dice:

—«Escuchad, que solamente para vosotros arranco el velo que me encubre. Hasta ahora habeis creido que yo era Bonaparte; mi nombre es Asechanza.

»Mañana es el gran dia, el dia de las exequias, el dia del dolor.

»Ireis y os deslizareis por las paredes, sin ruido, como los ladrones; tomad esta palanca que yo uso en mi servicio y la llevo siempre escondida debajo y con un peso hareis saltar la cerradura de la puerta de la ley.

»Despues ¡hurra! sable al aire y policía en campaña, y sin dar cuartel a nadie, ni á vuestros jefes africanos, ni á la persona mas honrada, ni á ninguno de los que estén en pié,

»Ni á los representantes del pueblo, ni al pueblo, ni á París aterrorizado,… ¡fuego a todos los rebeldes!

»Yo os pagaré despues bien…»

Tales generales consienten.

Vidocq habria rehusado.

IV

¡Ahora viva la liberalidad del pretor! ¡Brindad, soldados! ¿Desde cuando se ha de tener miedo de reir, brindar y beber?

Fiesta y zambra en los cuarteles, fiesta en el campo.

La orgia ha enrojecido su bigote; los rollos de oro hinchan su saco. Por capitan tienen un Camacho y por vivac tienen Cucaña.

Despues del desatino la francachela. ¡A la mesa, señores! Ayer fué dia de matar, hoy es dia de jolgorio. Napoleón, tu espada sirve de asador al señor Gloton.

Para ellos el asesinato es la victoria; sus ojos soñolientos por la embriaguez toman por gloria la deshonra y á los franceses sus hermanos por enemigos que se han de esterminar.

¡Oh Francia! el dia anterior te sacrificaron y hoy ostentan los trofeos de su victoria… Llevan en una mano una botella, y en la otra una cabeza lívida y ensangrentada.

Bailan á la redonda como asquerosos brujos en el prado ó la hondonada… Troplong les lleva guapas muchachas, y Sibour les escancia vino.

Y sus banquetes sin tregua ni fin van acompañados de ruidosas y armónicas orquestas… ¡Pobres soldados! nosotros habíamos pensado daros mejor destino, mas digno de vuestro valor.

Nosotros habíamos pensado abandonaros al fiero aquilon, la nieve al pié de los pinos sombrios, la brecha en que esplota la bomba, las noches sin fuego, los dias sin pan.

Habíamos pensado para vosotros las marchas forzadas, el hambre, el frio, los golpes rudos de la inclemencia, los viejos y gastados capotes y la victoria de uno contra diez.

Habíamos pensado, esclavos soldados, para vosotros y vuestros generales la santa miseria de los valerosos, la veneranda tumba de los héroes.

Porque la Europa suspira cargada de hierros; porque en los corazones fermenta un deseo grande, porque ha llegado la hora en que Dios va a decirnos:

—¡Cadenas, rompeos! ¡Pueblos, alzaos!

La historia abre una nueva página; el pensador amargo y sereno oye rodar tras el horizonte siniestro los carros de metal.

Profundo ruido turba la tierra; el acero se remueve dentro de su vaina; ese viento que sopla, ¡oh guerra! sale de la ardiente nariz de tu corcel.

Nosotros pensando en el porvenir os empujamos, soldados, hácia el objeto feliz á que Dios nos llama, soldados que formais la cabeza de la columna humana, la vanguardia de las naciones.

Nosotros os destinábamos, aguerridas tropas, fraternales conquistadores, á la gran guerra de las patrias, á la inmensa caida de los tiranos de la tierra.

Reservábamos vuestro noble valor, vuestros altivos tambores, vuestras filas invencibles, soldados franceses, para la augusta guerra, de donde saldrá algun dia la augusta paz.

En nuestros sueños visionarios os veíamos, guerreros, avanzar gozosos a pesar del returbar del trueno, corriendo ensangrentados á la conquista de inmarcesibles laureles.

Os veíamos desaparecer por entre torbellinos de denso y oscuro polvo, y luego salir radiantes en medio de raudales de luz.

Y pasar cual sagrada legion que los pueblos se apresuraban á bendecir bajo la elevada puerta cerúlea del deslumbrador porvenir.

V

Luego los soldados franceses habrán visto, dias infames, en pos de Brụne y Desaix, valerosos y magnánimos héroes que todos admiramos, en pos de Turena, Santraille y Lahire, darles banderas Poulailler y decirles:

—¡Soldados, estoy contento de vosotros!

¡Oh banderas de otros tiempos memorables!, tan hermosas en las historias, banderas que simbolizabais todas nuestras glorias, toda nuestra alta prez, temidas del fugitivo, atravesadas, rotas, acribilladas sin miedo ni reproche, vosotras que entre vuestros girones llevais mezclada la sangre de los Hoche con la de los Bayardos,

¡Oh antiguas banderas! salid de los sepulcros, alzaos de los abismos en que os han precipitado, salid á tropel convirtiendo vuestros andrajos en otras tantas alas sublimes; resplandecientes banderas, salid cual enjambre siniestro que se remonta en el horizonte, venid, volad, ocultad indignadas toda la vergüenza de las banderas actuales.

¡Arrebatad á nuestros soldados sus viles y miserables estandartes!

Vosotras que arrojabais á los reyes, que asaltabais y tomabais las ciudades, vosotras en quien confiaba el alma, vosotras que salvabais montes, golfos y rios y abismos, banderas sobre las cuales morian vuestros héroes, arrojad de aquí esas águilas nuevas que son banderas sobre las cuales no se muere sino que se bebe hasta la embriaguez.

Enseñad á vuestros pobres soldados la diferencia; mostradles lo que deben ser las banderas de Francia, mostradles vuestros pliegues sagrados que flotaban sobre el Rhin, el Mosa y Sambra, y haced, ilustres banderas, que en presencia del Dos de Diciembre se estremezca de cólera Austerlitz.

VI

¡Ay! ¡todo se acabó! solo queda cieno y lodo, miseria y desolacion, tinieblas y caos. Encima del abismo se hundió nuestra gloria, brillan con siniestro esplendor nombres malditos, Maupas, Morny, Magnan, Saint-Arnaud, Bonaparte…

Doblemos la cerviz, humillemos la frente; Gomorra ha triunfado de Esparta. ¡Cinco hombres!… ¡cinco bandidos!

Todas las naciones son una en pos de otra la conquista de ambiciosos ó de infames. Inglaterra, pais de la antigua espontaneidad y franqueza, es conquistada por los antiguos Neustrios; Roma por Alarico; Bizancio por Mahoma; la Sicilia por tres caballeros, y la Francia por cinco galeotes.

Bien está, reinad; llenad de disgusto el pensamiento y el corazon humano, de incienso los arcos de la catedral de Nuestra Señora, de baile y zambra el Elíseo, de cadáveres Montmartre; reinad, encadenad á ese pueblo que á vuestros ojos es soez populacho; encadenad á París, y atad la Francia toda a la cureña de vuestros humeantes cañones.

VII

Cuando arrojó á vuestros pechos su medalla, sus cintas y su cruz despues de aquella gran batalla digna de los salvajes estranguladores, ¿no conocisteis, soldados, cuya mejilla atezára el Africa, que os salpicaba el cieno?

¡Ah! cada vez que pienso en vosotros, siento humedecerse mis párpados. Lloro por vosotros, soldados; lloro por vuestra aurora y lo que prometió; lloro porque la gloria está ahora empañada, porque entre vosotros hay mas de un alma abatida que piensa y tiembla conmovida.

¡Oh soldados! nosotros queríamos vuestro primitivo esplendor; hijos de la República y de la choza que el honor alentaba, para servir á ese bandido que se sacia en su sangre, para vender á la una y deshonrar la otra, ¿qué os han hecho?

¿En pos de quién vais, legiones engañadas? El hombre á quien habeis vendido y prostituido vuestra espada, ese criminal flagrante, ese aventurero vil en quien os parece que habeis de tener confianza, será en la historia Napoleón *el Pequeño* ó Cartouche *el Grande*.

Ejército, de este modo tu sable ha herido por detrás el Juramento, el Deber, la Lealtad guerrera, el Derecho hollado y conculcado, la Revolucion impresa en este gran siglo, el Progreso, el Porvenir, la República santa, la santa Libertad,

Para que ese enano omnipotente que preside la orgía inmunda y triunfal, que encubre la matanza y cuya boca exhala el horrible hipo de sangre, pueda sujetar mas y mas á tu patria, á la cual martirizas, para que pueda sentarse sobre el monton de cadáveres.

VIII

¡Dios mio! ya que tal ha hecho este ejército; ya que como una puerta cerrada y atrancada, es sordo a la voz del honor; ya que todos estos soldados se encaraman y arrastran sin esperanza, y ya que han apagado en sangre el fuego que alentaba á la Francia, vuestra antorcha, Señor;

Ya que la conciencia cubierta de luto carece de todo refugio; ya que el sacerdote sentado en la cátedra, y el juez revestido de armiño adoran el éxito feliz como el único verdadero, como el único legitimo, y dicen que es mejor salir bien por medio del crimen que sucumbir con la virtud;

Ya que las almas son semejantes á cobardes mujeres; ya que han muerto los que derrocaban las bastillas, y los que no han muerto están deshonrados; ya que la abyeccion de miserables consejos saliendo de todos los corazones hace las bocas semejantes á desbordados y asquerosos albañales;

Ya que el honor mengua a medida que César progresa; ya que en este París ¡oh vergüenza! no se oye mas que el gemido de débiles mujeres; ya que no se tiene valor para acometer las grandes empresas; ya que los antiguos arrabales, temblando como míseros cobardes, aparentan dormir;

¡Dios poderoso, Dios mio! prestadme fuerzas, y yo que no soy nada, entraré en casa de ese vil Corso, en casa de ese inhumano, agitando mi verso, sombrío y lleno del estro divinal de vuestra mente, entraré, Señor, alli con la justicia en el alma y el látigo en la mano.

Y remangando mis brazos cual sacerdote sacrificador, solo, terrible, agitando el vasto sudario de los muertos, lleno de santo furor, semejante á los terribles vengadores ante quienes se huye con horror, aplastaré bajo mi planta la caverna y la fiera, el imperio y el emperador.

Jersey, Enero de 1853.

LIBRO TERCERO

SE HA RESTAURADO LA FAMILIA

CANTO I

Apoteosis.

¡Meditemos, meditemos! Conviene que el alma se detenga ante tales espectáculos.

Era uno una especie de cotorra que tenia por percha un gran nombre; era un pobre diablo de principe que iba vestido de negro, á quien mil ochocientos quince habia quitado los víveres; no tenia dos reales en el bolsillo; pidió prestadas cinco pesetas.

Ahora observemos la escala gradual que ha subido esta cotorra ó principe, como mejor os parezca:

De la moneda de cinco pesetas, se elevó por fortuna suya, al billete de banco firmado por Garat… ¡bravo, eso va bien! Despues del billete de banco, dió un salto y llegó hasta el millon… ¡rápido y dichoso saltimbanco!

El millon zampado le dió tentacion de morder al billon… En una palabra, pasó del ochavo á los rieles de oro.

Luego tuvo carrozas, palacios, bailes, festines, opulencia, se sentó á la mesa del poder y se come la Francia.

De este modo es como llega un borracho á hombre de Estado.

—¿Qué ha hecho?

—Nadie lo ignora.

—¿Un delito?

—¡Un delito! más, mucho más que eso; un atentado mas grave que todos los crímenes, un gran acto como él le llama, una horrible matanza, como dice la Verdad, un admirable crimen, al cual presta juramento de fidelidad el Tribunal supremo de justicia…

El abismo vuelve á cerrarse lanzando un áspero bufido.

La Revolucion ha desaparecido bajo la tierra, dejando tras si un rastro de azufre.

Romieu muestra el escotillon y dice:

—¡Mirad el abismo!

¡Viva Mascaron!

Redoble de tambores.

Entre tanto los obreros viven bajo la vigilancia del palo y metidos en los arrabales, cual si fueran negros encerrados en sus jaulas; París ve llover en las plazas y calles innumerables ucasos[51]; el Sena se hiela lo mismo que el Neva.

En cuanto al señor, triunfa, se pasea, va de gobernador en gobernador, vuela de alcalde en alcalde, adornado del DOS DE DICIEMBRE y del DIEZ Y OCHO DE BRUMARIO, bombardeado de ramos de flores, sentado en magníficos coches y carretelas, feo,

gozoso, saludado por cuadrillas de esbirros y polizontes disfrazados de gente honrada.

Vuelve despues al Louvre entrando en él como emperador, donde parodiando a Napoleón lee la historia; estudia el honor y la virtud en Alejandro VI; se instala en el palacio del espectro de Médicis; deja por un momento su púrpura ó su casaca, y se pasea alrededor del estanque, llevando un pantalon cosaco y riendo y distribuyendo a los peces migas del pan que no tienen los proscritos.

Los cuarteles le adoran, los campanarios le bendicen; la Europa le contempla sometida á sus piés y tiembla á las gradas de su trono.

Reina por la mitra y por las charreteras.

Su trono tiene tres gradas: la primera es el perjurio, la segunda el asesinato, y la tercera el robo y dilapidacion.

Mármoles pentélicos, mármoles de Paros y Carrara; antiguos héroes de las antiguas repúblicas, y vosotros, todos los dictadores del imperio romano, ha llegado el momento de admirar al destino. ¡Mirad al nuevo dios que sube hasta la cumbre del templo!

¡Mira, pueblo; y tú, fria y severa historia, contempla!

En tanto que nosotros, mártires del derecho, espiamos con los Pericles y los Escipiones, en los frisos donde están las Victorias desaladas, en medio de los Césares tirados por panteras, vestidos de púrpura y ceñidos de soberanos laureles, entre las águilas de oro y las lobas de bronce, como un astro que aparece rodeado de satélites, resplandece á la altura de los emperadores á quienes se elevaron columnas, entre Augusto de mirada serena y tranquila y Trajano de frente pura, inmóvil y eterno en el espacio por encima de vosotros, panteones, mas alto que vosotros, propileos, Roberto Macaire con las botas destalonadas.

Jersey, Diciembre de 1852.

CANTO II

El hombre ha reído.

«El escritor Victor Hugo acaba de publicar en Bruselas un libro titulado *Napoleón el Pequeño* y que encierra las calumnias mas odiosas contra el príncipe presidente.

»Diz que uno de los dias de la semana próxima pasada un alto empleado trajo á Saint Cloud un ejemplar de ese libelo. Apenas le vió Luis Napoleón, lo tomó, lo examinó un instante con la sonrisa del desprecio en los labios, y luego dirigiéndose á los que le rodeaban, dijo mostrándoles el libro: Señores, aquí tenemos *Napoleón el Pequeño* escrito por Victor Hugo el Grande».

(Eso decia uno de los periódicos del Eliseo).

¡Ah! bien sabia que acabarias por ladrar, miserable. Aun estabas enjugándote el sudor del crimen execrando que acababas de cometer, cuando en medio de tu triunfo abyecto, tan rápido como lúgubre, te cogí entre mis manos. Yo te he puesto el estigma en la frente cual cartel de infamia y ahora la muchedumbre corre presurosa á escarnecerte.

Mientras que el castigo te sujeta al poste; mientras que la argolla te obliga á levantar la barba; mientras arrancando los botones de tu vestido la historia a mi lado te desnuda y te presenta tal cual eres, dices:

—¡No siento nada que me remuerda!

Y te burlas de nosotros… ¡pillastron!

Tu risa viene á cebarse alegremente en mi nombre…

Pero yo tengo el hierro candente… y mira como tu carne humea…

CANTO III

Fábula ó historia.

Cuentan que un dia cierto mono flaco y sintiendo un real apetito se vistió con una piel de tigre.

Pero si el tigre habia sido malo, él fué atroz. Se habia arrogado el derecho de ser feroz y terrible.

Púsose á rechinar los dientes gritando:

—Yo soy el vencedor de los juncales, el rey sombrío de la noche.

Y emboscose, cual salteador osado, entre la maleza; y alli acumuló todos los horrores, el asesinato, las rapiñas; degolló á los pasajeros; devastó los campos; hizo todo lo que hiciera la piel con que se encubrió. Vivia en una caverna rodeado de carnicería.

Todos al ver la piel creian en la fiera; porque gritaba y lanzaba rugidos aterradores.

—Mirad, decia; mi caverna está llena de osamentas. Todo tiembla y retrocede ante mí, todo emigra, todo se estremece de espanto; admiradme, soy un verdadero tigre real.

Las fieras lo admiraban y huian de él á paso acelerado.

Pero vino un valiente domador; lo cogió entre sus manos; desgarró su piel cual si fuese una tela delgada; desnudó al tremendo vencedor, y dándole un puntapié le dijo:

—¡Anda allá! ¡no eres mas que un mono ruin!

Jersey, Setiembre de 1852.

CANTO IV

La libertad no se pierde nunca.

¡De este modo van á reinar los mas abyectos, los mas viles, los mas miserables! ¿No era bastante que principes verdaderos que con su cetro de oro insultaran al cielo mismo, fuesen reyes y malvados por la gracia de Dios?

¡Cómo! un mendigo que provisto de un titulo en toda forma tiene por todo esplendor su enorme bastardía; un hijo del azar, desecho de los patibulos, cuyo nombre fué un robo y cuyo nacimiento una falsedad; un aventurero lleno de astucia y arrogancia; tal intruso en fin entrará en la casa de Braganza, en la casa de Austria ó en la casa de Este, merced á la ficcion legal *is pater est*[52], y gritará:

—Yo soy Borbon; yo soy Bonaparte.

Pondrá sus manos encima del mapa y dirá con todo cinismo:

—¡Yo soy! ¡yo soy el inclito vencedor!

Sin que las gentes valerosas, las almas de buen temple entreguen á Curcio ese monarca de cera.

¡Y que cuando yo le diga *traidor* el eco responda *señor*!

¡Cómo! ese real pordiosero, ese tunante coronado, que con una bala de cuatro sujeta al pié, debiera pudrir en el fondo de la cala de un ponton, esa alteza de plata ruolz, ese principe de crisocalco[53] se hace dar horrible y ensangrentado, á los ojos de la Europa entera los títulos de emperador y majestad; se acaricia, retuerce y atusa su bigote, sin que su cara desaparezca á fuerza de bofetones, sin que de un puntapié lo arranquen de Saint Cloud, y lo echen al arroyo aunque debiese ensuciar la cloaca.

—¡Paz! dicen cien y cien bienaventurados; se acabó; la cosa es hecha. El tres por ciento es Dios, Mandrino es su profeta. Él reina. Nosotros lo hemos votado… *Vox populi*.

Si, os comprendo; el oprobio es un hecho consumado.

Pero ¿quién votó?

¿Quién guardaba el urna?

¿Quién vió algo claro en ese escrutinio nocturno?

Y ¿dónde estaba la ley en ese descarado juego de manos?

¿Dónde estaba la nacion; dónde la libertad?…

¡¡¡Han votado!!!

Rebaño que el miedo lleva á pastar entre el sacristan y el guarda rural, vosotros que llenos de terror veis que se dispone á comeros y comerse vuestras casas, vuestros bosques, vuestros prados y vergeles, vuestros haces de alfalfa, vuestras manzanas silvestres, abriendo horriblemente sus mandíbulas una bidra espantosa;

Pobre gente que creeis en vuestros bienes, y teneis vuestro Dios y vuestra religion en vuestras propiedades; almas que la plata conmueve y el oro hace devotas; alcaldes belitres que arrastrais vuestros aldeanos á la urna para dar el voto que vosotros quereis o que os han impuesto; fabriqueros de mirada vidriosa; curas rechonchos que cantais ante vuestros facistoles: *Dæmonem laudamus*[54]; necios que os irritais como el bárbaro inquisidor; mercaderes cuya balanza incorrecta cae mal; viejos y encorvados bellados, buhos ú hombres de Estado que declarais ante el fraude y el atentado, funesta la tribuna, fatal la prensa; fatuos que horripilados del talento ajeno, de esa peste, gritais, bien que estais al abrigo del contagio:

—No se puede sufrir semejante calamidad.

Volterianos, vosotros que sabeis vivir, amantes del placer, ferviente legion, santos varones que mezclais en confusion á Dios, la orgía y la mesa, y tomais sin distincion la defensa del cielo y el talle de la mas infame prostituta; buenas espaldas que os doblais adorando el palo; bienaventurados contempladores de las horcas de Austria; agentes y gentes de la Bolsa que haceis trampas y os las hacen; inválidos, leones trasformados en gatos; necios para quienes ese hombre ruin es el salvador; todos vosotros, en fin, que contemplais con la boca entreabierta, corderos de Panurgo, que imitais todo lo que veis hacer, que contemplais, digo, los milagros que hace el taumaturgo Cartouche; ensuciadores de papel timbrado; plantadores de coles, ¿os imaginais tal vez que vosotros componeis la Francia, que sois el pueblo, y que habeis tenido el derecho de darnos un amo, de imponernos un señor, manada de brutos?

Semejante derecho, tenedlo bien entendido, perros del pastor Maupas, ni Francia, ni el pueblo mismo lo tienen.

La altiva Verdad no queda nunca reducida á cenizas.

La libertad no es un andrajo que se venda arrojado en un monton de trastos viejos ó colgado de un gancho en casa del ropavejero.

Cuando un pueblo se deja prender en las redes de que le tienden, el Sagrado Derecho, siempre fiel á sí mismo, encuentra una fortaleza en cada ciudadano.

Arrostrando las furias de un cobarde conquistador se hace ilustre el hombre mas infimo del pueblo, se hace mas grande que el conquistador.

Ahora bien, buscad y hallad vuestra felicidad, estúpidas criaturas, en vivir en medio del fango y de la podredumbre, adorad el estercolero bajo ese dosel de brocado.

El hombre honrado retrocede ó se aparta a un lado al ver pasar tanta miseria.

En la infamia de otro el hombre honrado no ve el motivo para infamarse.

El honor no abdica nunca.

Nadie tiene el derecho de arrebatarme la libertad que es mi bien, que es mi cielo, que es mi felicidad, que es mi amor.

Todo el universo ciego carece de derecho a la luz.

Aunque fuesen cien mil millones los esclavos, yo soy libre. Así habla Caton.

No se ha caido en el Sena ó en el Tiber inientras uno solo quede en pié.

La antigua sangre de nuestros mayores que se indigna é inflama, la virtud, la dignidad, la justicia, la historia, toda una nacion con todo su esplendor, vive en la última frente que no quiere doblegarse.

Para sostener el templo basta una sólida columna.

Un francés, es la Francia; un romano contiene Roma.

El que destruye un pueblo queda vencido y humillado á los pies de un hombre.

Jersey, Noviembre de 1852.

CANTO V

Querellas del serrallo.

¡Oh cielos! despues de tu brillantez y esplendor que se ostentaban hace poco; oh santa libertad, despues de todas esas grandes guerras, de aquel inaudito torbellino; despues de aquel Marengo que brilla en el mapa y que haria sonreir al primer Bonaparte, y deslumbra á Tácito;

Despues de aquellos mesidores, de aquellos praderales, de aquellos frimarios[55], y tantas preocupaciones, monstruos, hidras, endriagos y quimeras destruidos para siempre; despues del cetro reducido á cenizas y de la Bastilla pulverizada, aniquilada, y el trono entregado á las llamas; despues de tales y tan terribles rayos fulminados contra aquellas casi inexpugnables fortalezas;

Despues de todos aquellos gigantes, despues de todos aquellos colosos, encarnizándose á pesar de Dios como hidrofóbicos perros cuando Dios decia:

—¡¡Vete!!

Despues de tu Océano, República francesa, en donde nuestros padres vieron pasar el noventa y tres cual otro Leviatan;

Despues de Danton, Saint Just y Mirabeau, esos hombres, esos colosos, hoy esta Francia en que vivimos contempla el embrion, el infinitamente pequeño, monstruoso y feroz, y en la gota de agua, lás guerras del volvocio contra el vibrion[56].

¡Vergüenza y oprobio, Francia! Hoy es para tí la cuestion de mas importancia el saber si se prefiere allá arriba en el palacio al pérfido Maupas ó al insolente Morny. Los dos han salvado el órden, la paz y la familia. ¿Quién se llevará el premio? El uno tiene a su favor las mozas, el otro los lacayos.

Bruselas, Enero de 1852.

CANTO VI

Oriental.

Cuando Abd-el-Kaber vió entrar
En su manida al rastrero
Que la historia ha de llamar
Vil Napoleón tercero;

Cuando vió con tanto arreo
Y los ojos medio abiertos
Al hombre del Eliséo
El hombre de los desiertos,

Nacido bajo la palma
Do ruge el leon feroz,
El hadji de fiera calma,
El emir fiero y atroz,

El personaje sombrio,
Espectro de albo alquicel,
Que saltaba fiero, impio,
En la matanza y cruel

Su tienda al punto abria
Para á campo raso orar,
Tranquilo, mientras salia
Entre sangre de nadar,

De hacer beber á su espada;
Y pensador misterioso
Ante una cabeza hollada
Contemplaba el cielo hermoso;

Al ver el mirar traidor
De aquella cara servil,
Él, soldado del señor,
Dijo: «¿Quién será este vil?»

Ante aquel largo bigote
Dudó; mas otro entendido
Dijo: «Mira, emir, al trote
Pasar á César bandido.

Sin que el pecho te taladre
Escucha el llanto inaudito
Y las quejas de la madre…
¡De las hembras es maldito!

Las hace viudas, las mata
Como a su Francia mató,
Su sangre hoy bebe, le es grata».
Y el hadji le saludó.

Pero en el fondo desprecia
Al que así vive del robo;
Que el tigre de garra recia
Mira con desden el lobo.

Jersey, Noviembre de 1852.

CANTO VII

Un buen propietario en su casa.

«Mas ¡cuán feliz soy de haber nacido en China! Poseo una casa para albergarme, tengo con que comer y beber, tengo todas las comodidades de la existencia, tengo vestidos, sombreros y una infinidad de adornos. En verdad la mayor felicidad es patrimonio mio».

TIEN-KI-CHI, *literato chino*.

Es muy cierto, señores de la clase media, sacerdotes del Dios Fanio, mas amigos de Criseo que de Caton de Utica, que preferís ante todo la renta y el cupon, que bogais en la Bolsa llevando en la mano un harpon, que os llamais ademas gente honrada sin considerar que teneis ancha la manga, que aceptais á Falaris por amor á su caja, y al toro de bronce á causa del becerro de oro.

¡Han votado!

Y mañana volverán á votar.

Si algun libro escrito va á parar estraviado á sus manos, cada uno de estos votantes hará con los piés apoyados en los morillos de la chimenea y fumándose un cigarro el siguiente raciocinio:

—¡Me choca infinito este libro! ¿con qué derecho es generoso, firme y altivo cuando yo soy un cobarde? Atacando al señor Bonaparte me disgusta, me enoja. Lo mismo que él, pienso y conozco que es un miserable; pero ¿porqué lo dice? Está bien, somos de la misma opinion. Bonaparte no tiene fe ni ley; es un perjuro, un malvado, un falsario, es muy cierto; su política es una flota armada en corso; ha desterrado hasta á jueces suplentes; ha robado los cuartos á los principes de Orleans; es el tacaño mas bellaco que alienta sobre la tierra; pero ya que yo he votado por él, se debiera callar. Escribir contra él es en el fondo censurarme; es lo mismo que decirme:

—He aquí como deben portarse los hombres firmes y enérgicos. Es una manera de hacernos ver a todos los que permanecemos neutrales que somos unos modregos.

Si estamos conformes; tenemos una cuerda atada al brazo, ¿pero qué quereis? la Bolsa iba mal; temíase á la República roja y hasta un poco á la de color de rosa. Era indispensable decidirse á hacer algo. Hallamos á ese bribon y lo hicimos emperador; lo cual nos pareció muy sencillo, y así debe parecer á todo hombre amante de su comodidad.

Queríase evitar el terror, el espectro del señor Romieu, el jacobinismo ó la jaquería, y se echó mano de una treta semejante. Ahora bien, cuando se dice mal de ese gobierno, las cosquillas que me hacen son poco agradables. Que zurren con razon

á este hombre es muy posible; pero es insinuarme á mí, propietario pacífico, que hice emperador y cónsul á este malvado, que dije Si, por miedo y VIVA por cálculo…

¡Pardiez! esto no me gusta que nadie me lo diga. Habiéndome tocado á mi ser tan cobarde y pusiláaime, no me gusta que nadie muestre hoy intrepidez; que el valor de otros es la afrenta para mí.

Pensadores, cuando marcais la frente del hombre púnico que arrancó la túnica sangrienta de la ley, cuando vengais al pueblo cogido por la garganta, cuando vengais el juramento y el derecho, os hallais, tenedlo bien entendido, entre el malvado que reina y el necio que vota; y vuestra pluma ardiente, anárquica, impía, demagógica, enemiga, atenta por un lado á ese crimen, y por otro á esa cobardía.

CANTO VIII

Esplendores.

I

Ahora que esto es hecho, alineémonos cada uno en su lugar en medio del envilecimiento: sigamos con semblante sereno y altanero, que la vergüenza es hoy la mejor lejía.

Contribuya todo á componer esa córte, todo escepto el honor, todo menos las virtudes.

Dad vida, animad, enviadnos vuestros fetos y vuestros enanos monstruosos, bocales de anatomía; danos tu cocodrilo y tu momia, viejo Egipto; dadnos vuestros borrachos, bodegones; danos tu Falstaff, Shakspeare; bosques sombríos, vuestros lobos; danos, querido Rabelais, tu cancerbero feroz; danos tu diablo, Hoffmam; danos tu ángel, Veuillot; tráenos á tu Geronte dentro del saco, Scapin; Beaumarchais, préstanos á Bridoisin; Balzac, danos á Vautrin; Dumas, tu Carchonte; Voltaire, tu Felon á quien el dinero hace hablar y callar; Mabillé, las beldades de tu jardin de invierno; Lesage, cédenos tu Gil Blas; Gulliver, danos tu Lilliput en el cual las moscas son águilas; Scarron, danos á Bruscambille, y tu Callot, á Scaramouche.

Mas nos falta un beato en esa tripode pagana… ¡Ah! Molière, danos á Montalembert. Ahora está bien.

La ignorancia se junta con el horror, lo malo con lo peor. Tácito, ya tenemos con que hacer um imperio; Juvenal, ya tenemos con que hacer un senado.

II

¡Oh Ducos el Gascon! ¡oh Rouher el Auvernés! y vosotros, judíos, Fould Shylock, Sibour Iscariote, y tú, Parieu, tú, Bertrand, horror del patriota, Bauchard, verdugo insipido y proscriptor quejicoso, Baroche, cuyo nombre no es mas que un vomitivo, ¡oh lacayos solemnes! ¡oh trapaceros majestuosos que doblais á cada paso y de la manera mas vil vuestra abyecta cerviz! ruines, altaneros, codiciosos, raptores, estranguladores del pueblo, de sus derechos y de su libertad, convenid todos conmigo en que Dios en su sabiduria hizo á ese hombre espresamente para reinar en Francia ó bien en Haiti.

Y vosotros, nacidos para engrosar su partido, filósofos molestados por cierto escozor que sufris en la espalda, y vosotros, miserables regalones, recien salidos de presidio, saludad tambien al ser único y providencial, á ese gobernante caido por un escotillon del cielo, á ese César Bigotazos custodiado por cien garitas, que sabe

apreciar las personas y los méritos, y que, principe admirable y gran hombre en realidad, nombra senador á Poissy y subgobernador á Clichy.

III

Y además se añade al hecho la siguiente teoria:

—«¡Abajo las palabras! ¡abajo ley, libertad, patria, derecho! Cuánto mas uno se rebaje tanto mas prosperará.

»Echemos al fuego la tribuna, la prensa y todas esas zarandajas que solo sirven para hacer mal.

»Desde el ochenta y nueve las naciones parecen sumidas en pesada embriaguez.

»Los que hacen discursos y los que componen libros pierden el tiempo, el dinero… lo pierden todo. El poeta es un loco pernicioso á la sociedad.

»El progreso miente, el cielo es vacío, el arte hueco y el mundo ha muerto.

»¿Pero y el pueblo? ¿Quién es el pueblo? Un asno que, creyéndose corcel, pretende encabritarse.

La fuerza es el derecho; el derecho es la fuerza.

»Doblemos las rodillas, inclinémonos ante el poder.

»¡Gloria al sable! ¡abajo los Washington! ¡vivan los Atila!».

Y hay personas de talento que se esfuerzan en sostener tan estupendas teorías.

Si, vengan aquí todos los que en su corazon no tienen mas que hielo, todos los que en su mente no brilla la llama del genio, todos los que cojean del honor y los que bizcan del alma; sí, para ellos se ha levantado el sol de su lúgubre horizonte, para ellos ha nacido ya el Mesías.

Ya se ha dicho, se ha decretado, se ha hecho, se ha cañoneado: la Francia está ametrallada, estafada y salvada.

El horrible buho que á la verdad debe llamarse Traicion, pone con toda comodidad los huevos en su nido.

IV

Y en todas partes prevalece la nada; para desgarrar nuestra historia, nuestras leyes y derechos; para devorar el porvenir de nuestros hijos y los huesos de nuestros padres, salen de sus guaridas inmundas las fieras de la noche; sofistas y soldadones estrechan mas y mas las redes; los Radetzky husmeando la horca de las víctimas, los Giulay de pelo atigrado, los Buol de cara verde, los Aynau, los Bomba, giran rechinando los colmillos ó abriendo su boca voraz alrededor del humano linaje que, pálido y agarrotado, lucha por lajusticia y por la verdad. Y desde París á Pesth, desde

el Tiber hasta los montes Carpatos se arrastran en nuestros ensangrentados despojos estos insectos sucios y asquerosos.

V

Del enorme diccionario en que Beauzée y Batteux han vertido los tesoros de su talento gotoso y de su estudio reumático, importa, gracias a los vencedores, rehacer cada una de las letras.

Alma humana, ellos han encontrado medio de poner a tus antiguas fealdades y bajezas un cúmulo de palabras nuevas que en realidad de verdad no son otras que sus nombres.

La hipocresía á los ojos bajos y devotos tiene por nombre Menjaud que vende á Jesús en su capilla.

La vergüenza ha sido desbautizada; ahora se llama Sibour. La traicion se llama Maupas; el asesinato forma parte del Senado, llevando el nombre de Magnan; á la cobardía le llaman Hardouin; Riancey es la mentira; llega de Roma y tienen encerrada la verdad en su pozo; la estupidez lleva por nombre Montlaville Chapuis.

La prostitucion ingénua es una princesa; la ferocidad es Carrelet; la bajeza firma Rouher, y Delangle da fe de ella.

¡Oh musa! estando estos nombres incritos así ¿quieres calificar de venal, atroz, abyecta y falsa la justicia?

Empieza en Partarieu y acaba en Lafosse.

Llamo á Saint-Arnaud y el asesinato me dice:

—Yo soy.

Y para que el luto y el espanto sea completo para los que son pacatos y aun para los que no lo son, el antiguo calendario reemplaza el dia de San Bartolomé por el de San Bonaparte.

En cuanto al pueblo admira y vota. Casi está uno tentado de dudarlo así como tambien que París escucha con todo respeto al señor Sibour y sus sermones, al señor Troplong y á sus pesadas arengas. Ambos Napoleónes se reunen en juegos de letras; y Berger enlaza con iniciales el bulevar de Montmartre entre Arcola y Lodi.

Espartaco agoniza en hedionda y lóbrega mazmorra; proscriben á Temistocles, destierran á Arístides; arrojan á Daniel á la cueva de los leones; pues ahora abramos el vientre á los repletos talegos de oro.

Jersey, Noviembre de 1852.

CANTO IX

Regalada vida.

I

¡Bien, muy bien! perillanes, intrigantes, falsos, imbéciles, poderes, sentaos aceleradarnente á la mesa en torno de los regalos y placeres; corred, haced puesto a todos.

Bebed, señores, comed, que la vida es rápida y efimera. Todo ese pueblo conquistado, todo ese pueblo estúpido, todo ese pueblo es vuestro; está á vuestra merced y disposicion.

¡Vended el Estado! ¡cortad los bosques! ¡cortad los bolsillos! ¡vaciad todos los receptáculos y agotad las fuentes! Ha llegado la hora oportuna.

¡Tomad hasta el último céntimo! ¡tomad alegres y risueños á los trabajadores del campo, á los trabajadores de las ciudades! ¡tomad, reid, vivid!

¡Viva el jolgorio! ¡á vivir! ¡vengan francachelas!

No importa que la familia del pobre espire estenuada sobre un monton de paja, sin puerta ni ventana. No importa que el padre vaya temblando á pedir una limosna á las altas horas de la noche. No importa que la madre, careciendo de pan, vaya recorriendo las calles mas oscuras en busca de un óbolo miserable. No importa que el pobre niño se esté muriendo de hambre.

II

¡Millones, millones, castillos, lista civil!

Cierto dia bajé yo a las cavernas de Lille. Alli vi aquel tenebroso infierno donde yacen en menudas celdas y bajo tierra fantasmas pálidos, sombrios, humillados, encorvados; la tortura retuerce sus miembros con mano férrea.

Bajo aquellas bóvedas se sufre; el aire parece un tósigo; el ciego caminando á tientas, va á dar de beber al pobre tisico; el agua corre por el suelo; el vivo que entra alli, casi niño á los veinte años y viejo á los treinta, siente penetrar en su alma el frio glacial de la muerte, siente infiltrarse en sus huesos el letal veneno que le rodea.

Nunca se enciende allí fuego; la lluvia inunda la lumbrera; el ojo en aquellos subterráneos donde la desgracia se cierne sobre vosotros, infelices trabajadores, cerca

del torno que gira y del hilo que se devana se ven correr las larvas en medio de la pálida luz que salta de sucios y húmedos tragaluces.

¡Miseria! ¡el hombre piensa mirando a su mujer!

El padre, sintiendo a su alrededor apagarse la virtud á causa de la angustia infame, ve a su hija entrar siniestra por la desvencijada puerta, y no se atreve, teniendo la mirada fija en el pan que le trae, á preguntarle:

—¿De dónde vienes?

Alli duerme la desesperacion cubierta de asquerosos andrajos; alli el abril de la vida, hermoso, sonrosado y espléndido en los demás lugares, se parece al crudo invierno.

La virgen, bella como una flor en medio de la luz del dia, es alli mas lívida que una violeta…

Allí se arrastran entre el horror la flaqueza del esqueleto y la desnudez del gusano.

Allí se estremecen y mueven mas abajo de las cloacas de la calle, familias desaparecidas de la vida y de la luz, grupos estenuados.

Allí cuando yo entré, feroz y semejante á las medusas, una niña pequeña de rostro pálido y raquítico me dijo:

—Tengo diez y ocho años.

Allí la madre infeliz, por no tener siquiera paja donde acostar á sus hijos, los mete en un hueco que con sus manos cava temblorosa como el ave. ¡Ay! aquellos pobres inocentes de mirada dulce y tierna encuentran al venir á este mundo un sepulcro en vez de una cuna.

Cavernas de Lille, bajo vuestras losas de piedra domina sin cesar la muerte.

Alli he visto yo con mis propios ojos lágrimas incesantes. Allí he oido ¡oh Dante Alighieri! el estertor de la agonia de un pobre padre gastado por las penalidades, á la niña de mirada vaga y apagada sin mas vestido que su propia cabellera y al niño espectro en el seno de la madre estátua.

De tales dolores y amarguras dimanan, principes, vuestras riquezas; ¡tal desnudez provée á vuestra abundancia, vencedores y conquistadores! Vuestro presupuesto chorrea y rezuma á gruesas gotas de las paredes de aquellas concavidades, de las piedras de aquellas bóvedas, del corazon de aquellos moribundos.

Bajo ese rodaje horrible que se llama tiranía; bajo ese tornillo que aprieta el fisco cual horroroso genio, desde el amanecer hasta la noche, sin tregua ni descanso, de dia y de noche, en el siglo en que estamos, sale el oro de la presion asi como de las uvas que el hombre aplasta sale el vino de vuestras botellas.

De tal indigencia, de tales agonías, de aquella sombra donde jamás vibrará la esperanza en aquellas almas ya marchitas; de aquellos negros tabucos llenos de amargas angustias; de aquel monton sombrío formado de padres y madres que se retuercen los brazos.

Si, de aquel cúmulo de indigencias terribles brotan los pesados millones resplandecientes y horrorosos, sembrando el oro por el camino y arrastrándose hacia los palacios y las apoteosis; brotan monstruosos, risueños y joviales y coronados de rosas y tintos en sangre humana.

III

¡Oh paraiso! ¡Oh esplendores! escanciad vino para que beban los señores. La orquesta rie; la fiesta cubre de tapices los balcones y las ventanas; la mesa brilla y resplandece; la sombra está alli bajo sus piés; las puertas están cerradas; la prostitucion de virgenes hambrientas llora en medio de la noche fatal.

Vosotros, todos los que compartís tan asquerosas y aterradoras delicias, soldados pagados, tribunos vendidos, magistrados cómplices, obispos sin pudor ni vergüenza, la miseria yace gimiendo bajo del Louvre en que estais. Todas vuestras voluptuosidades nacen del hambre, de la calentura y de la muerte de vuestras victimas.

En Saint Cloud, deshojando margaritas y jazmines, cuando se abate sobre las flores el enjambre de las favoritas con los brazos desnudos y el seno descubierto, ó en el festin que alumbran arañas de mil luces, cada una de ellas se come con sus hermosos dientes blancos y sonriendo, un hijo vivo, la vida de una madre honrada.

Mas ¿eso qué importa? reid. ¿Durarán siempre las mismas quejas? ¿Se puede ser emperador, prelado, principe y princesa sin divertirse mucho?

Ese pueblo que llora triste y que se ve consumido por el hambre debe de estar satisfecho, puesto que os oye reir, puesto que os ve danzar en espléndidos salones.

¡Qué importa! ¡ea, llenad vuestros cofres, llenad vuestros bolsillos! Cantad y vaso en mano brindad y bebed, Troplong, Sibour, Baroche. Ese cuadro nos faltaba.

Comed hasta mas no poder, en tanto que el pueblo sigue sumido en la mayor miseria, y haced encima de la inmensa pobreza un inmenso banquete que neutralice el efecto de los que mueren de hambre.

IV

Mira, pueblo, esos infames huellan tu frente, tu frente ayer tan altiva encima de formidable barricada, levantándola en infinitos asaltos, lavada con sangre.

Bajo la rueda arrastrada del coche brillante que resplandece y maravilla, tu frente sirve de piso, pueblo infeliz.

Para el César tu dinero, pueblo; para ti el hambre. ¿No eres acaso el perro vil á quien pegan y que corre detrás de su señor?

Para él la púrpura, para ti el trabajo y los harapos.

Pueblo, para él la belleza de tus mujeres, de tus hijas; para tí su deshonra.

V

¡Ah! alguno hablará tarde o temprano. La musa es la historia. Alguno elevará la voz en medio de la noche tenebrosa… ¡reid, sí, reid verdugos bufones!…

Alguno te vengará, pobre Francia abatida, madre mia; y se verá salir del seno de los cielos la palabra que da la muerte á los malvados.

Esos mendigos que son mil veces peores que los de las razas antiguas, roen al pobre pueblo con sus dientes voraces, sin compasion, sin piedad…

Viles, que no teniendo corazon, pero teniendo en cambio dos caras, esclamais con la sonrisa del sarcasmo:

¡Ba! el poeta se mece en las nubes… ¡y qué! tambien se mece en ellas el rayo.

Jersey, Enero de 1853.

CANTO X

El emperador se divierte.

CANCION.

Para el tenaz desterrado
Muy lejana está la Francia,
Y el que sigue en su constancia
Pronto se ve sepultado.
Mas el principe agraciado
Corre en busca de placeres;
Caza en el teatro mujeres,
Gamos del monte en la loma…
Inciensos te quema Roma,
Reyes dicen:
«Mi primo eres».

Tocad á fiesta ó doblad,
Bronces de Nuestra Señora.
A muerte, y mañana a la hora
De hoy á rebato tocad.

Quien mas sufre es el mas digno,
Y el honrado va al destierro
O cargado de vil hierro
En libio clima maligno
Muere, y en tanto el indigno
Príncipe en bosques y en lagos
Y en los valles mil estragos
Hace con férvido ardor,
O en los brazos del amor,
O de gula en los halagos.

Tocad á fiesta ó doblad,
Bronces de Nuestra Señora,
A muerte, y mañana a la hora
De hoy á rebato tocad.

Los buenos hacen el faro
Arrastrando la cadena
Por el agua ó por la arena;

Mientras que distinguen claro
De entre el séquito preclaro
De las bocinas el son,
Que acosan sin compasion
Al venado que huye herido
Por las jaurías rendido…
¡Fiesta, zambra, diversion!

Tocad á fiesta ó doblad,
Bronces de Nuestra Señora,
A muerte, y mañana a la hora
De hoy á rebato tocad.

El padre en Cayena llora;
Los hijos de hambre se mueren;
Las hijas al hambre prefieren
Del vicio copa embaidora;
Mientras la hiena traidora
Vino escancia al feroz lobo,
Y el de la mitra y del robo
Brinda de oro en su copon
Con el de la traicion,
Mas infame y menos bobo.

Tocad á fiesta ó doblad,
Bronces de Nuestra Señora,
A muerte, y mañana a la hora
De hoy á rebato tocad.

Ruedan en el Bulevar
De Montmartre mil y mil
Cadáveres que el fusil
Y la bayoneta al par
Destruyeron sin cesar…
Empanadas del Hamburgo
Le ofrecen al vil Licurgo
En las mesas de la orgía,
Y cien bellas á porfia…
¡Viva el héroe de Estrasburgo!

Tocad á fiesta ó doblad,
Bronces de Nuestra Señora,
A muerte, y mañana á la hora
De hoy á rebato tocad.

Cautivos, entre el furor
Morid de la calentura,
Porque hasta la sepultura
Durará vuestro dolor.
En tanto el emperador
Come y bebe con esceso,
Y á cada bocado un beso
Da en la boca á una mujer,
A otras abraza al beber,
Y á otras no para con eso.

Tocad á fiesta ó doblad,
Bronces de Nuestra Señora,
A muerte, y mañana a la hora
De hoy á rebato tocad.

En Guyana que mazmorra
Menos es que horno encendido,
Agoniza, desvalido,
El honrado entre modorra.
Se oye en tanto de Gomorra
La lasciva zambra impia,
Los escesos de la orgía…
¡Duerme en la cama, traidor,
Del ilustre Emperador
Hasta que llegue aquel dia!…

Tocad á fiesta ó doblad,
Bronces de Nuestra Señora,
A muerte, y mañana a la hora
De hoy á rebato tocad.

¡Oh dolor! este bandido
Quiere nuestro porvenir
Asesinar, destruir;
Y hoy el plazo se ha cumplido
De ver al César unido
Con su esposa, con la Francia,
A la cual con arrogancia
Y confiando en sus soldados,
Ante los pueblos hollados
Tortura desde su estancia…

Tocad á fiesta ó doblad,
Bronces de Nuestra Señora,
A muerte, y mañana a la hora
De hoy á rebato tocad.

Jersey, Diciembre de 1853.

CANTO XI

¿Qué mudanza es esta?

Senderos de yerba y flores bordados, valles, laderas, bosques frondosos, ¿por qué tal luto y silencio?

—El que venia á visitarnos no viene ya.

—¿Por qué en tu ventana no hay nadie, y por qué en tu jardin no hay flores, casa solitaria? ¿dónde está tu amo?

—No lo sé, está fuera.

—Perro, vigila la casa.

—¿Para qué? La casa está ahora vacía.

—¿A quién lloras, pobre niño?

—A mi padre.

—Mujer, ¿á quién lloras?

—Al ausente.

—¿Dónde está?

—En un calabozo, en el destierro.

—Olas que gemis al estrellaros contra el escollo, ¿de dónde venis?

—De un presidio horroroso.

—¿Y qué traeis?

—Una mortaja.

Julio de 1853.

CANTO XII

Ténlo entendido, Bonaparte Luis.

Oye, Roberto, un consejo. Ten un aire menos cándido; muestra que eres hombre de provecho. El momento no puede ser mas oportuno. Hay que coger la ocasion de los cabellos, cuando se presenta. Esta California es riquísima en mineral, nadie lo duda.

Sin embargo, cuando un gobernador, un alcalde, un obispo adorando al hijo de tu madre, cuando un Suin ó un Parieu pagados con tu favor, te hablen con todo valor y descaro, llamándote salvador, y te prometan el porvenir, y Fould y Magne te lo aseguren, y te comparen con César y Carlomagno, entonces, querido, debes acoger todas las magníficas proposiciones que te hacen con un aire de buena fé que dé que reir á las gentes mas sencillas.

Tienes la mirada devota de un juez de provincia.

Con tus tonterias afliges, querido principe, á tu tio Napoleón y á mí que soy tu padrino. ¡Es, no seamos Jocrisse, habiendo sido Mandrino!

Se roba un pueblo, se pilla un trono y un escotillon; pero el buen gusto quiere que seria bajo su sayo y se guiñe el ojo á los mas perversos y astutos.

¡Engañarse uno á sí mismo! ¡pardiez! no puede ser.

Llenemos los vasos, llenemos el bolsillo y riamos, burlemos á los que burlarnos intentan.

La Francia se arrastra y se ofrece a mi mano. Seamos un hombre sabio y prudente, á quien Júpiter ofrece un cofre de oro. Despachémonos, á prisa, pillemos el cofre, reinemos enseguida…

Mas ¡cómo! el papa nos bendice; el czar, el duque, el rey y el sultan son mis primos. Luego me es fácil fundar un imperio. ¡Es tan tentador el ser jefe y tronco de una, raza!…

¡Imbécil! ¿te has figurado tal vez que esto durará? ¿has tomado por palacio de granito lo que no es mas que una decoracion de teatro?

¡París domeñado por ti! ¿En qué Apocalipsis has leido que el gigante se eclipsase ante el enano?

¿Crees acaso que todos mirarán con placer ó indiferencia cuando menos, y con ojos impudentes tu fortuna cínica aplastar con sus dientes á la Revolucion que nuestros padres hicieron? ¿Crees que es lo mismo que romper una almendra ó una nuez?

Aparta de tu mente ilusion tan lisonjera y encantadora.

Puedes creer en que Rosa Tamisier hace sudar sangre á una cruz de palo; puedes creer en el alma de Baroche entreabriendo su corola; puedes creer en la honradez de

Deutz; puedes creer en tu palabra; no hay inconveniente; pero no creas en el éxito que esperas obtener; porque el éxito feliz que vislumbras miente.

Rosa Tramisier, Deutz, Baroche y tu juramento, son oro; lo concedo; pero tu cetro es de barro; y Dios que te ha puesto en el apogeo, esclama dirigiéndose á tí:

—Mira que eso es frágil.

Jersey, Mayo de 1853.

CANTO XIII

Los tiempos anormales de la historia.

La historia tiene por ignominia tiempos como los nuestros; y pensad que la mesa está puesta en ellos para vosotros; pensad que en ella, está el mantel donde, joviales, comeis y bebeis, en tanto que fuera de alli desnudos y cargados de cadenas agonizan tranquilos, serenos, con la frente severa, Sócrates en el Agora, Jesucristo en el Calvario, Colon en su calabozo, Juan Huss en su hoguera, y que la humanidad llora sin atreverse á pasar junto a las horcas donde han muerto tantos justos y sabios. Allí es donde se ve pasar como pasan las edades, entre el vino y los licores, los dulces, las viandas, las antorchas y sobre almohadones de púrpura, olvidando los sepulcros, abriendo y cerrando sus mandíbulas feroces, ébrios, felices, horribles, con la cabeza llena de gloria, á todo el espantoso rebaño de sátrapas dorados; allí se oye reir y cantar, rodeados de mujeres que coronan de flores sus torpezas y toman mil actitudes en su lascivia, dejando al pueblo y los perros roer los huesos; se ve a todos los hombres asquerosos, á todos los hombres marrajos, á los principes del azar mas cenagosos que las calles, á los cortesanos tragantones, á las altezas de voluminoso abdomen, á toda la abyeccion y á toda la glotonería, desde Cambaceres hasta Trimalcion.

Jersey, Febrero de 1853.

CANTO XIV

A propósito de la ley Faider.

Lo que se llama Carta ó Constitucion es un antro que un pueblo revolucionario cava en el granito pareciéndole abrigo seguro y fiel.

El pueblo encierra, gozoso, en tal ciudadela, sus conquistas, sus derechos obtenidos á costa de tantos sacrificios, sus progresos, su honor.

Para conservar tales tesoros instala en la altiva y soberbia guarida la fiera Libertad sacudiendo su melena.

Una vez terminada su obra, se apacigua y vuelve al trabajo; vuelve á su campo orgulloso con sus nuevos derechos, y tranquilo se duerme sin inquietarse por las fechas célebres, sin pensar en los bandidos que se agitan en medio de las tinieblas.

Pero una mañana el pueblo al despertar va á ver su Constitucion en el templo de su poder y en el antro augusto do encerrára él su conquista, encuentra en vez del leon que él habia puesto para guardarla, un miserable perrito.

Jersey, Diciembre de 1852.

CANTO XV

La orilla del mar.

HARMODIO.

La noche se acerca. Vénus brilla.

LA ESPADA.

Harmodio ya es hora.

EL MOJON DEL CAMINO.

El tirano pasará pronto.

HARMODIO.

Tengo frio; me quedo.

UNA TUMBA.

Si, quédate.

HARMODIO.

¿Quién eres tú?

LA TUMBA.

Yo soy el sepulcro. —Ejecuta tu intento ó muere.

UN BUQUE EN EL HORIZONTE.

Yo tambien soy el sepulcro; me llevo los proscritos.

LA ESPADA.

Aguardemos al tirano.

HARMODIO.

Tengo frio. Hace un viento glacial.

EL VIENTO.

Mi ruido, cuando paso, es una voz que avisa. Yo siembro en el espacio los gritos de los desterrados sumidos en espantosa miseria, que, sin pan, sin abrigo, sin amigos ni parientes, mueren mirando en direccion a la Grecia.

UNA VOZ EN EL AIRE.

Levántate, levántate, vengadora Nemesis.

LA ESPADA.

Esta es la hora; aprovechemos las sombras que invaden el espacio.

LA TIERRA.

Estoy llena de cadáveres.

EL MAR.

Estoy enrojecido de sangre. Los rios me han traido cadáveres sin fin.

LA TIERRA.

Los muertos vierten su sangre, mientras que en la sombra son adorados; á cada paso que dan bajo el claro firmamento, les siento agitarse en mi confusamente.

UN PRESIDARIO.

Yo soy presidario; ved aquí la cadena que llevo por no haber querido ¡ay de mí! arrojar de mi casa á un pobre proscrito que huia y que era noble y puro ciudadano.

LA ESPADA.

No hieras en el corazon, porque no encontrarias nada.

LA LEY.

Yo era la ley, ahora soy un espectro. Él me ha dado muerte.

LA JUSTICIA.

Yo era una sacerdotisa y él me ha convertido en prostituta.

LAS AVES.

Ha retirado él el aire de los cielos, y huimos á otra parte.

LA LIBERTAD.

Yo me voy con ellas. —¡Oh tierra sin luz! ¡oh Grecia! ¡adios, adios!

UN LADRON.

Nosotros queremos á ese tirano; porque este señor á quien respeta el juez, y el sacerdote admira, y á quien se acoge en todas partes con fervorosas aclamaciones, se parece mas á nosotros que á vosotros, hombres honrados.

EL JURAMENTO.

¡Dioses poderosos! ¡cerrad para siempre los labios de todos los mortales! La confianza ha muerto en el fondo de todos los corazones. ¡Tú, hombre, mientes! ¡Tú, sol, mientes! ¡Vosotros, cielos, tambien mentis! Soplad, vientos de la noche, llevaos el honor y la virtud, que ya no son sino quimeras ilusorias.

LA PATRIA.

¡Hijo mio, estoy cargada de hierro! ¡Hijo mio, tu madre tiende los brazos hácia ti desde el fondo de su mazmorra!

HARMODIO.

¡Y qué! Herirle durante la noche, al volver a su casa, ante ese cielo sombrio, ante esos mares sin limite ¡darle de puñaladas ante el espacio oscuro y silencioso, en presencia de la noche y de la inmensidad!

LA CONCIENCIA.

Puedes matar á ese hombre con toda tranquilidad.

Jersey, Octubre de 1852.

CANTO XVI

No.

Dejemos la espada á Roma y el puñal á Esparta. No hagamos coger, en nuestra prisa de castigar, al bandido Bonaparte por la sombra de Brnto. Guardemos el miserable para su porvenir siniestro.

Yo os aseguro que quedareis satisfechos, desterrados que llevais el pesado fardo de la proscripcion, cautivos, proscritos, mártires que amontona y desafia, todos vosotros, en fin, todos los que gemis, quedareis satisfechos, sereis vengados.

El crimen no perdona jamás al criminal; pero creedme, guardad la venganza en vuestro pecho; esperad, tened fé en las órdenes que Dios en su justicia y paciencia da al Tiempo, tardio verdugo.

Dejemos vivir al traidor sumido en su imponderable ignominia. Su sangre humillaria hasta el puñal mas vil. Dejemos llegar el Tiempo, el desconocido formidable que tiene oculto bajo su manto el castigo destinado á ese infame.

Sea coronado, porque es el peor, sea el amo de mentes envilecidas y embrutecidos corazones, traspase el senado el imperio á su raza, si encuentra una mujer con la cual tenga hijos.

Que reine por la misa y la pertesana; háganle emperador de su flagrante delito; que la Iglesia, arrastrándose, cual vil cortesana, se deslice en su caverna y se acueste en su misma cama.

Que Troplong le quiera, que Sibour le venere, que les dé á besar su pié ensangrentado todavía. ¡Qué viva este César! Louvel ó Lacenaire se verian obligados á rebajarse para matarlo.

No mateis, pues, á ese hombre, severos pensadores, reflexivos misteriosos, solitarios y fuertes que mientras brilla la fiesta y chocan los vasos, caminais con los puños crispados en la sombra ó en medio de cadáveres.

Con la ayuda de lo alto siempre triunfamos; el ejemplo de la indiferencia vale mas que un arranque de furor. No, no le mateis. Las picotas infames tienen á veces necesidad de que las honre un emperador.

Jersey, Octubre de 1852.

Montalembert.

LIBRO CUARTO

LA RELIGIÓN
ES GLORIFICADA

CANTO I

Sacer esto.

No, Libertad, no, pueblo, no conviene que muera. Seria en verdad muy sencillo que despues de haber destruido las leyes, y sonado la hora en que el santo pudor ha tramontado á los cielos; que despues de haber ganado su apuesta sangrienta, y vencido por medio del soborno, de la espada y del fuego; que despues de su asechanza, sus asesinatos, su perjurio, su falso juramento, bofeton dado a la cara de Dios; que despues de haber arrastrado la Francia herida en el corazon y atada de piés y manos á su inmundo carro, ese infame quedase castigado con una estocada al cuello, como Pompeyo ó al costado, como César.

No, él es el asesino que anda errante en las llanuras, y mata, asesina, acribilla sin remordimientos, roba todo lo que hay en las casas, llena los sepulcros y se va seguido de la mirada fija de los cadáveres. A causa de ese hombre, efímero emperador, el hijo no tiene ya padre, apoyo ni esperanza; la viuda llora y solloza de rodillas, y la madre no es mas que un espectro sentado y envuelto en su negro sudario. Para tejer sus ropas reales se pone en las navetas el hilo mojado en la sangre que se derramó: el bulevar de Montmartre ha proporcionado el color para teñir su manto de púrpura.

Mártires, héroes de ayer y presidarios de hoy, os arroja á Cayena, al Africa, á las sentinas; y la cuchilla chorreante de las cruentas guillotinas deja caer sobre él gota á gota la sangre de los hombres del derecho, de los amantes de la justicia.

Cuando la Traicion, su inicuo cómplice, llama á su puerta, hace él señal de ir abrir. ¡Es el fratricida, es el parricida! Ved ahí, pueblos, porque no debe morir ahora. Guardémosle vivo. ¡Oh castigo soberbio! Si algun dia pasara por un camino desnudo, encorvado, temblando, como tiembla la yerba al soplo del viento, bajo el peso de la execracion de todo el género humano, oprimido por su pasado lleno de crímenes, como por una argolla herizada de clavos, buscando los lugares profundos, los bosques, los abismos, pálido, horrible, azorado, reconocido por los lobos; ó se agitase en alguna mazmorra vil sin oir mas que el ruido de su cadena, solo, siempre solo, hablando en vano á las sordas paredes, mirando en torno suyo el ódio y el silencio, hombres en ninguna parte y fantasmas amenazadores do quiera que volviese la vista; envejeciendo despreciado por la muerte como indigno, tembloroso en medio de su oscuridad y abandono… Pueblos, apartaos de ese hombre, lleva en la frente un signo impreso: dejad pasar á Cain; su castigo pertenece a Dios.

Jersey, Octubre de 1852.

CANTO II

Lo que se decia el poeta en 1848.

No debes buscar el poder, sino que has de procurar trabajar en otra parte; debes, como perteneciente a otra esfera, retroceder modestamente en el caso de que se te ofrezca la ocasion.

Dulce y severo amante del pensamiento que aflige, comprendido ó desdeñado de los hombres, debes consagrarte á ser su pastor para guardarlos y su sacerdote para bendecirlos.

Cuando los ciudadanos irritados por la miseria o el sufrimiento, se maten unos á otros olvidándose que son hijos de la misma Francia y del mismo París; cuando siniestra y de repente aparezca una formidable barricada á la esquina de cada calle, vomitando por todas partes la muerte, tú debes correr á ellas solo y desarmado; debes en dicha guerra impía, abominable é infame, presentar el pecho y ostentar tu *alma*, hablar, suplicar, salvar á los débiles y á los fuertes, sonreir á la metralla y llorar por los muertos: y despues debes volver tranquilo á tu asiento aislado, y desde allí defender en el seno de la ardiente asamblea no solo á los que se quiera proscribir, sino que tambien a los que se pretenda juzgar; debes derribar el patibulo, servir y proteger al orden y á la paz, atacados por un partido temerario; debes proteger á nuestros soldados fáciles de engañar, y á tu hermano, el pobre hombre del pueblo, arrojado en miserables chozas.

Y mayormente debes proteger las leyes y la triste y altiva Libertad, consolar en esos dias de funesta ansiedad el arte que llora estremecido. Por lo demás, debes aguardar el momento decisivo y supremo.

TU PAPEL CONSISTE EN ADVERTIR Y QUEDAR PENSATIVO.

París, Julio de 1848.

CANTO III

Las comisiones mixtas.

Están sentados en la sombra y dicen:

—Nosotros juzgamos.

Y pueblan de inocentes las cárceles, las mazmorras y los odiosos pontones que flotan en medio del dia tan sombríos como si fuese en la noche, mientras que el reflejo de los mares se agita sobre su flanco negro, como pez de doradas escamas.

Por haber albergado proscritos en su choza, este anciano va á presidio; y se oyen estos gritos: ¡A Cayena, al Ródano, al Africa, todo aquel que combata la estafa de nuestro escrutinio, que despues de haber revuelto, traidor, la ley del destino, arrebató los derechos populares!

Han herido al amigo de las leyes, han hollado la mujer que llevaba *pan* á su marido, al hijo que defendia á su padre. Han espatriado el derecho, han desterrado el honor. Tal justicia sale de tales jueces como la vibora sale de los sepulcros.

Bruselas, Julio de 1852.

CANTO IV

A los periodistas de ropa corta.

I

Porque jerigonzando vísperas y maitines y pregonando vuestras vigilias y ayunos, esplotando á Dios que piensa en el seno del firmamento, habeis abierto en medio del divino Evangelio, una tienda de venta con todo descaro; porque hariais tomar á Jesús el cetro de caña, cinicos chalanes, salidos de no sé donde; porque vais vendiendo por diez cuartos la Virgen con milagro, y sin milagro por un cuarto; porque contais formidables patrañas que hacen temblar las vetustas columnas de los templos santos; porque vuestro estilo deslumbra los anteojos de las dueñas y de los fabriqueros; porque llevais la sotana bajo vuestro redingote; porque trascendeis á mugre y no á clavel; porque cerrais con bigotes un periódico pensado por Escobar y escrito por Patouillet; porque al barrer las puertas los conserjes echan á la calle ese folleto despreciado; porque mezclais con la cera de los cirios vuestro asqueroso sebo cubierto de cardenillo; porque formais una familia aparte en medio de la sociedad; porque en fin, sepulcros blanqueados de fuera y horribles de dentro, gritais *mea culpa*, con cieno en el corazon, lágrimas en los ojos y el pífano en los labios para atraer a los necios que dan de hocicos en todas las artesas de la mentira inmoral, habeis unido el caballete de Bobeche al ara santa del altar, creeis que teneis el derecho, mientras tomais el agua bendita con la garra de vuestra abultada personalidad, de decir:

—Yo soy santo, ángel, virgen y jesuita, insulto a los transeuntes y no me bato.

II

Patanes, vuestras plumas en el fondo de vuestros tabucos garabatean, van y vienen, corren, beben tinta y vierten hiel y baba ponzonosa, desgarran y escupen y sus salpicaduras hacen manchas hasta en el cielo.

Vuestro inmundo periódico es un cúmulo de máscaras disfrazados de predicadores solapados que pasan por sabios entre el jabardillo de vuestros zafios creyentes que por complaceros hablan la jerigonza de sus *oremus*.

Vosotros insultais al genio, al escritor que consagra sus vigilias al estudio de la verdadera ciencia, á los pensadores que meditan sobre las cuestiones mas trascendentales; y cuando alguno de ellos viene á vuestra manida para cortaros las orejas, nunca encuentra vuestras orejas.

Despues de haber escupido la afrenta, la calumnia ó la mentira huis, correis precipitados, salis de la vista del que va á vuestros alcances…

Cada uno tiene sus instintos y así es que el buho se mece y sumerge en los agujeros, el águila en el espacio, al aire libre.

¿Dónde os escondeis vosotros? ¿en qué repugnante guarida?

¡Dios eterno! Las tinieblas donde se albergan todos los crímenes y maldades es su recinto sombrío y feroz donde la víbora viene á darles su ponzoña deslizándose como el puñal del asesino.

Allí podeis arrastraros, dragones que os revolveis por todos los fangos, por las infamias á que vuestros gustos é instintos os inducen.

El destino que puso en vuestras almas el gérmen de todas las bajezas, debe hacer pasar en vuestros antros todas las corrupciones y torpezas.

Titiriteros de sacristía, profanadores del ara santa del altar; ved ahí cuales son los papeles que os toca desempeñar.

Y cuando un hombre cortés y caballeroso dispensa el honor de decir á esos bribones:

—Señores mios, espero una satisfaccion, entendámonos luego y de una manera clara y notoria.

Esclaman esos aduladores de la clerigalla:

—¡Un duelo! ¡nosotros! ¡santo Dios! ¡nosotros cristianos! ¡nunca!

Y mientras dicen esto esos libertinos, esos hombres de la crapula, se santiguan y encomiendan á todos los santos y santas del calendario.

III

¡Cobardes insectos! su terror se disfraza con el manto del escrúpulo religioso; tales envenenadores temen ser asesinos.

Pero oid, ahí está la tranca recien cortada que solo espera doblarse en la espalda de alguno; ella os hará besar el santo suelo, porque habeis de saber, infames bellacos, que no se evita asi como así la espada sin topar con un palo.

Vosotros conquistásteis el Sena, el Rhin y el Tajo; el espíritu humano sufrió vuestra férula rendido y postrado. Llevais ventajas á los publicanos judíos; pero, malditos, tened presente que si los Tartufos (gazmoños) no mueren, los Judas se ahorcan.

Yago es un pobreton al lado de vuestro Basilio. La Biblia en vuestras cavernas se pudre roida de gusanos.

El dia en que la mentira tenga necesidad de algun asilo; ya sabemos que vuestros pechos están abiertos para admitirla.

Vosotros insultais al justo sumergido en un mar de amarguras.

Y no obstante, todos los vicios, quitándose el vestido, la capa ó el manteo, van á disfrazarse en vuestro recinto donde encuentran todos los trajes que se desean, y el que entra Lacenaire, sale Contrafatto; el que entra infame, sale infame é hipócrita.

Las almas son para vosotros bolsas y bancas.

Cualquiera que os acoja en su seno, bien pronto se arrepiente, porque solo encuentra el pago de la vibora de la fábula.

Pero cuando se os arroja, á los ojos de vuestros saltimbancos, parodiais á los mártires.

La Iglesia del Dios misericordioso es para vosotros una taberna.

Ofreceis la alianza a todos los mortales y se encontraria la sangre en el fondo de la palangana cada vez que os lavais las manos.

Seriais verdugos si no fueseis tan miserables; porque para vosotros la cuchilla es santa, el suplicio es hermoso.

¡Oh monstruos! en vuestros himnos siniestros cantais la hoguera, única antorcha que alumbra vuestra mente raquítica.

IV

Desde mas de diez y ocho siglos, Jesús, el Apóstol blando y amable, quiere salir de la tumba que lentamente va entreabriéndose; pero vosotros, lacayos del sacerdote Caifás, haceis inauditos esfuerzos para hacerle caer otra vez la losa contra la frente.

¡Camanduleros! vuestro lomo reclama la correa de los estribos.

El destino que a veces se complace en ser justo, arroja con ignominia de Francia á Loyola por medio del látigo de un papa y de Baviera por medio de la tranca de Lola.

Id, continuad, dad vueltas al manubrio de vuestras impuras imprentas; rascad, viles botarates, ignorantuelos depravados, con vuestras negras uñas vuestra cabeza; y ¡calumniad, ladrad, morded, mentid, vivid!

Dios predestina á los dientes de los cervatillos la fresca y suave yerba; el mar a los embates de los vientos; las torres á los cañonazos; á los rayos del sol, los soberbios y maravillosos Partenones; y vuestros rostros á las sangrientas bofetadas.

¡Fuera de aquí, pues! ¡sus! buscad los escondrijos, los rincones, las cavernas; ocultaos, pérfidos espendedores de un falso antidoto, devotos cernícalos vendedores de infames cuentos y faramallas, castos como el eunuco, ángeles como Satanás.

¡Oh santos del cielo! ¿Existen á los ojos del Dios que rige el universo charlatanes mas asquerosos y de ánimo mas cobarde que los que sin temor cuelgan su bandera de los clavos cruentos de Jesucristo?

Setiembre de 1850.

CANTO V

Alguno.

Ha existido un hombre que se llamaba Varron, otro Paulo Emilio, otro Ciceron; tales hombres fueron grandes, poderosos, populares; habian desempeñado cargos importantes, fueron generales, magistrados, oradores; tales hombres hablaban con firmeza en presencia de los senadores.

Vieron aquellos ilustres personajes pasar en medio del polvo y del ruido de los ejércitos las águilas inflamadas y henchiendo de valor sus pechos esforzados; la muchedumbre les seguia tributándoles espontáneos aplausos y ovaciones.

Murieron y los vivos han alzado á esos romanos sepulcros de mármol y sepulcros en la historia.

Sus bustos graves hoy como la gloria que conquistaron, en los palacios abren sus ojos vagos y piensan en torno de nosotros, testigos misteriosos, lo que no impide que nosotros, oh hombres de las edades pasadas, cuando hablamos de ellos digamos alguna vez:

—Varron estuvo torpe tal dia; Paulo Emilio hizo esto mal; Ciceron cometió un error gravísimo.

Y cuando tratamos así tan ilustres personajes, ¿pretendes tú, bribon, galopo entre los zafios, que hable de ti que causas el desden, sin que diga en alta voz:

—Este hombre es un villano?

¿Quieres que nos pongamos guantes y con todo acicalamiento para tratar de ti, á quien Esparta, lo mismo que Atenas, habrian arrojado de su seno porque eres indigno?

Muchos te han conocido cuando recorrias los garitos, casas del juego y del vicio, las madrigueras, los bodegones, cuando por la noche se distinguia unas veces entre las tinieblas, otras ante la puerta entreabierta y poco segura de un antro de donde salia una rojiza claridad á tu jefe vacilante y cubierto con un abollado sombrero de fieltro.

Te has hecho bordar de oro por el rey de los gitanos.

Tu vida es una farsa que se quiere elevar enfáticamente en poema.

¿Y qué me importa á mi, pensador, juez, obrero, que Diciembre, estrangulando entre sus manos á Febrero, te instale en un palacio, á ti que manchabas el chiribitil donde vivias? Id á los bodegones de Vanvre y Montrouge; corred á los desvanes, á los subterráneos, á los zaquizamies, y los ecos os repetirán en todas partes lo que os digo:

—Ese bergante era ladron antes de ser ministro.

¡Ah! ¡conque tú quieres que se te perdone, imbécil fatal!

¡Es decir que quieres permanecer contento, satisfecho, risueño! Tranquilizate; yo no haré mas que ir por las ciudades gritando:

—¡Ciudadanos! ¿veis ese jesuita de ojos amarillos? Antes era Bruto; aborrecia los tronos; pero hoy le gustan; todos los papeles le están bien; todos los representa á las mil maravillas; lo que quiere él es el buen resultado.

¡Abajo, pues, los Borbones!

Pero ¡Viva el emperador!

¡Abajo la tribuna y la Carta!

Detesta á Chambord; pero sirve á Bonaparte.

Le han hecho senador, lo cual le hace exaltado. Si las cosas estuviesen en su lugar, ese traidor que, segun nos dice al declamar su papel, no gustan á su corazon las flores de lis, le gustarian seguramente a su espalda.

Londres, Agosto de 1852.

CANTO VI

Escrito el 17 de Julio de 1851 al bajar de la tribuna[C4A].

Los hombres que han de convertirse en polvo, esa muchedumbre abyecta y grosera, es cieno y lodo antes de ser polvo.

Si, no cabe dudar que sus nombres pasarán y morirán para la historia.

Su vista inspira hoy al hombre honrado una repugnancia varonil.

Envidiosos y consumiéndose entre rabias pueriles, tanto mas furiosos cuanto mas estériles se consideran, se arrastran mordiendo el calcañar del que intrépido va delante de ellos.

Se humillan, no pudiendo su pequeñez alzarse al nivel del rubor. Corren para ver quien primero alcanzará la presa que tiene delante de sí. Ladran y alborotan á la vez, lanzados en medio del senado, como las jaurías en medio del bosque, confundidos y mezclados, comerciante, magistrado, soldado, sacerdote, para aterrar con su ruido al impávido leon.

Desde el primero al último, como una manada de perros sumisos á su amo, están dispuestos a todo lo que se quiera; hoy para Bonaparte, mañana para Changarnier.

Con su baba manchan el honor, el derecho, la República, la Carta popular, la obra evangélica y el progreso, única esperanza firme de los pueblos desolados.

Pero estos hombres son mas odiosos aun que los perros…

Mas ¡qué importa! ¡Seguid! Cuando el austero pensador que léjos de las multitudes pensaba ayer todavía en el fondo de las soledades, viene en medio de vosotros apareciendo repentinamente con toda tranquilidad, á deciros la verdad, á defender a los vencidos, á tranquilizar la patria, estallad, escandalizad, proferid gritos, injurias, agravios, cebaos en su nombre cual si fuese un botin que haceis robar á vuestras tropas; mas tened entendido que con tal estruendo no conseguireis de él mas que una altiva sonrisa de desden, y ni siquiera una mirada mas. Porque semejante alma que en su serenidad desprecia vuestra estimacion, estima vuestro odio.

París. 1851.

CANTO VII

Periodistas de nuevo cuño.

Ese zoilo santurron nació en una fragua infernal.

El demonio (Dios le permitió este dia que crease) compuso ese miserable beato de un poco de Ravaillac y otro poco de Nonotte.

Cuando era joven que no tenia donde caerse muerto, contemplaba á los subdiaconos cubiertos con un sombrero de fieltro en forma de lamparilla; Vidocq le encontró cierto dia orando en una iglesia, y habiéndole visto mirar atravesado, le llamó para darle el empleo de espía.

Entonces aquel descamisado pensó en su boardilla; y viéndose sin valor, sin estilo, sin talento, se imaginó publicar un periódico vocinglero al servicio de Jesucristo.

Provisto de un hisopo entró en la liza contra los jacobinos, el mundo y el pecado.

A pesar de ser un polizonte, se permitió el lujo de ser jesuita y santo por añadidura.

Vendiendo por mil francos mensuales la sagrada Eucaristia, se hizo mas vil que los ladrones y asesinos; pero así se hizo tambien rico.

Llevaba un traje de sacristan con ribetes de alguacil.

En tanto prosperaba. Y entonces insultaba, sermoneaba, pavoneándose; si no hubiese sido un santo podria haber sido un zapador.

Como si no tuviese otra cosa con que lavarse, piafaba por en medio del lodo y viendo que los otros huian por temor de que les salpicase decia muy orondo:

—¡Cómo huyen! ¡me tienen miedo!

Miradle bien; aquí le teneis. Su frenético periódico agrada á los devotos, sin embargo de que parece escrito por salteadores. En la trastienda de su despacho fabrica llaves falsas para entrar en el cielo.

Inserta los anuncios de los milagros del dia; redacta todos los absurdos en forma ile artículos de fe, y como insolente fariseo que es, brinda con los ricos y dice al pobre:

—Amigo mio, en mi casa no hay mas que miseria; ven y podremos partirnos lo que tenia para mi ayuno.

A puerta cerrada tiene francachelas y gaudeamus; pero en público predica la abstinencia; en la iglesia entona con voz seráfica el *Aleluya*, y en los banquetes canta las mayores obscenidades. Dice un *pater noster* y luego corre á acariciar la barba de una meretriz…

¡Cuántos santos he visto de esta clase!

Los que os arrojaban salmos despues de beber, vendian con aire contrito sus piadosas fruslerías y pasaban, á medida que cambiaban de auditorio, de los versos de Piron á los cuartetos de Pibrac.

Y á mas de eso ultrajaban las glorias, las virtudes, el ingénio, encantando con tales horrores á varios necios exaltados y supersticiosos.

Finalmente, vive con toda tranquilidad en medio de las ignominias el simple jesuita y triple bellaco.

París, Setiembre de 1850.

CANTO VIII

Otra vez.

A pesar mio vuelvo, con resignacion de mi pluma, á ese hombre que fué tan miserable y de quien Mateo Molé habla á Boissy d'Anglas en medio de los muertos que se indignan.

¡Oh ley santa! ¡oh justicia! en quien tu poder se apoyaba, custodia de todo derecho y de todo órden humano; ese hombre que por espacio de veinte años te tendia la mano para cobrar la paga.

Cuando te vió ensangrentada y presa del infame, levantando tus brazos al cielo y arrastrada á puntapiés por los soldados, volvió la cabeza y dijo:
—¿Quién es esta mujer? No la conozco.

Los antiguos partidos habian puesto en candelero á ese justo. Tenian necesidad de un hombre y tomaron un maniquí. Se necesitaba un Caton para ocupar aquel puesto augusto y lo hicieron ocupar por Pasquin.

Cuando no se cree en nada se está dispuesto a hacerlo todo. Habria recibido á Cromwell ó á Monk en Temple Bar, ¡suprema abyeccion! riendo con Voltaire y votando por Escobar.

No sabiendo mas que lamer á diestro y morder á siniestro, ayudando sin saberlo, al crímen, ese vil hombre veleta entreabria la puerta á la orgia de los esbirros que fueron a su casa cierto dia.

Si se hubiese querido para salvar del diluvio su sueldo, su empleo, su tesoro, y su pingajo de armiño y su gorro de juez de triple galon dorado, habria sido cómplice, habria desempeñado su papel.

Pero los jefes borraron su nombre de la lista; no se dignaron hacer un traidor de este cobarde; pues pensaron:
—¿De qué nos serviria?

En ese reinado en que se vende el lodo á piés cúbicos ¿ha desaparecido á lo menos alguna vez ese hombre, ese esplotador rústico de los reyes, ese cortesano del Danubio, ese repugnante adulador regañon?

Despues de haber contribuido al asesinato de la ley, se ofrecia a los bandidos; y para que dejase de importunarlos tuvieron que decirle á la vista de todo París:

—¿No ves, vieja prostituta, que tus cabellos son ya canos?

Hoy dia, despreciado hasta de esa misma trinca de tunos, se ve unida la vergüenza á su nombre infamante, y el último giron del pudor público, unirse al último juramento que hizo.

Si por casualidad un trapero durante la noche en los callejones mas escondidos, buscando con el gancho entre la basura en que duerme mas de un secreto, encontrase esa alma al pie de la acera, no querria meterla en el saco; la despreciaria.

Jersey, Diciembre de 1852.

CANTO IX

Muertos son.

Los que viven son los que luchan; son los que tienen un designio firme y constante que llena su alma é inunda su frente; son los que, salvando el áspera cima de un elevado destino, marchan pensativos y encariñados con un fin sublime; son los que tienen sin cesar a sus ojos, de dia y de noche, ó algun santo labor que les alienta ó un amor grande que les inspira. Es el profeta santo prosternado ante el arca de la Alianza, es el trabajador, el pastor, el obrero, el patriarca; son los que tienen buen corazon; son los que no permanecen en la ociosidad.

Tales son, Señor, los que viven. Los otros… ¡oh! á los otros los compadezco porque la nada de su continuo fastidio les desespera, porque el mas pesado fardo es la existencia sin vida.

Inútiles y dispersos arrastran aqui bajo el sombrío anonadamiento de ser y no pensar.

Ellos Haman *vulgo, plebe* á la muchedumbre, al pueblo. Ellos son los que murmuran, ensalzan, silban, aplauden, aniquilan, bostezan, dicen sí ó dicen no, no tienen figura ni nombre; rebaño que va, viene y gira, juzga, absuelve, delibera, destruye, tan amigo de Marat como de Tiberio; muchedumbre triste, jovial, de vestidos dorados y brazos desnudos, confundida y compelida hacia ignorados abismos.

Ellos son los transeuntes ociosos y vagos, sin objeto, sin intencion ni edad; la escoria del género humano que se desvanece como el humo; los que no se conocen, los que no se cuentan, los que pierden las palabras, las voluntades, los pasos.

La sombra se dilata y retrocede en torno de ellos. No tienen en mitad del dia mas que un lejano crepúsculo que apenas les alumbra, pues lanzando gritos al azar van errantes cerca del abismo siniestro de la noche.

¡Cómo! ¡dejar de amar, seguir una carrera tenebrosa sin un pensamiento para el porvenir, sin un recuerdo de luto para el pasado! ¡Cómo! ¡marchar adelante sin saber á donde se va, reirse de Júpiter sin creer en Jehová; mirar sin respeto los astros, las flores, la mujer! ¡Querer siempre el cuerpo y no buscar nunca el alma! ¡Hacer vanos esfuerzos para obtener vanos resultados! ¡No esperar nada de lo alto! ¡Olvidar á los muertos!

¡Oh, no! yo no soy de esos; grandes, prósperos, altaneros, poderosos escondidos en inmundas bacanales, huyo de ellos, temo sus senderos detestables; prefiriera mil veces ser, hormigas de las ciudades, turba, muchedumbre, hombres falsos, corazones muertos, razas decaidas, un árbol de los bosques que un alma de las vuestras.

París, Diciembre de 1848.

CANTO X

Alba

I

Un inmenso estremecimiento conmueve la sombría llanura. Es la hora en que Pitágoras, Hesiodo y Epicuro pensaban; es la hora en que cansados de haber contemplado durante toda la noche el manto azul del universo en que brillan los astros, se dormian llenos de horror santo, los pastores de Caldea.

Allá bajo el despeñadero de agua brilla cual manto de plata de infinitos y desiguales repliegues, como un manto de raso iluminado por mil bujías; sobre el horizonte lúgubre aparece la mañana, cara de rosas que rie con dientes de perlas; el buey despierta y muge; los mirlos y las alondras y los grajos querellosos, cantan el himno matutino, y en los bosques se oye un confuso despertar de voces; los corderos, saliendo del aprisco, hacen saltar á través de las chamarascas sus vellocinos alumbrados por los primeros rayos del sol; y la joven medio dormida y entreabriendo sus ojos de azabache, fresca, sonrosada y con los brazos desnudos fuera del peinador, busca con su pié menudo su pantuflo chinesco.

II

¡Gloria á Dios! siempre renace despues de la callada noche que agita en los montes el escaramujo y la retama, la naturaleza soberbia y tranquila.

El alba despierta el nido a la hora acostumbrada; la choza levanta su columna de humo denso; y el rayo de luz, cual flecha de oro, atraviesa el áspero bosque; y primero que parar el sol se harian sensibles al honor y apasionadas para el bien las almas traidoras de Baroche y de Troplong.

Jersey, Abril de 1853.

CANTO XI

Aberracion del pueblo.

Vizconde de Foucault, cuando á puñaladas asesinaste al elocuente Manuel, el pueblo, lo mismo que hierve el Océano cuando el Etna muge en sus entrañas, se conmovió estremecido.

Vióse caer en el ocaso el pálido fulgor de 1830.

La antigua monarquía fiera, altiva y recalcitrante, vacilo en su trono y en aquel tenebroso instante se sintió comenzar el vasto desmoronamiento; y aquellos reyes que fueron castigados por haber osado tocar á un hombre, eran grandes, y al fin y al cabo tomaban parte en nuestra historia.

Ellos tenian tras si épocas ilustres, Enrique IV y Coutrás, Damiette y San Luis.

Hoy en París un principe de bandoleros, mas falso que Ali Pachá, mas cruel que Rosas, mete en la cárcel la ley; encierra la gloria en Mazas; arroja el honor, el derecho; castiga la probidad, á los oradores, generales, representantes del pueblo, los génios y á los mejores servidores del siglo y del Estado; y ¡no es esto todo! el pueblo despues de semejante atentado, abofeteado mil y mil veces en su faz venerable, va al Elíseo á ver resplandecer las arañas de infinitas luces; ya no siente nada en la mejilla, y contempla tranquilo á César. El que es el soberano sigue como esclavo atado al carro triunfal. Mira bailar en el Louvre á esos amos haciendo frente con los inmundos traidores, el fraude vestido de etiqueta, el asesinato haciendo ostentacion de su lujo, y al voluminoso Berger al lado del abultado Murat.

—¡Vivamos! dicen esos obcecados: ¡adios, grandeza, gloria, esperanza! como si en este mundo un pueblo apellidado Francia, cuando deja de ser libre, siguiese viviendo todavía.

Se bebe, se come, se duerme, se compra y se vende, y se vota riéndose de los dobles fondos de las urnas; y durante ese tiempo, ese vil taciturno, ese chacal de sangre fria, ese corso holandés, ostenta con frente de bronce su crimen sobre el tapiz, su banda malvada manchada de oro y de vino; se pone de codos sobre el mantel del gran banquete y meditando, pirata negrero, su asechanza francesa, su asechanza romana, masca su mondadientes manchado de sangre humana.

Bruselas, Mayo de 1852.

CANTO XII

A cuatro prisioneros[57].
(Despues de su sentencia).

Hijos mios, regocijaos; el honor está donde vosotros estais.

Y vosotros, mis dos amigos, altivos poetas, la gloria ciñe vuestras sienes que la afrenta queria humillar; ofreced á los jueces viles, grupo abyecto y estúpido, el uno su intrépida dulzura y el otro su sonrisa indignada y desdeñosa.

En aquella sala donde Dios contempla irritado la fealdad de las almas, ante aquellos frios jurados elegidos para ser infames, crei ver ¡Justicia, Justicia santa y severa! en aquellos doce hombres mudos, aterrados bajo el peso de su propia vergüenza, doce sepulcros ordenados en derredor tuyo.

Ellos os han condenado ¡que el porvenir les condene! á ti por haber dicho en alta voz que Francia era el refugio de los vencidos y proscritos.

—Yo te apruebo tambien, hijo mio, por haber insultado la guillotina ante el hacha del verdugo obstinado, y por haber vengado al Crucifijo.

Los tiempos actuales son muy duros, es verdad; el mártir tiene que consolaros…

Pero yo admiro, oh Verdad, mas que tu aureola, mas que la aureola ardiente de los santos en oracion, mas que los tronos de oro ante los cuales nada brilla, las sombras que forman en tu faz los barrotes de una cárcel.

Por mas que haga el malvado, inducido por su negra bajeza, el ultraje injusto y vil allá arriba se convierte en gloria. Cuando Jesus empezaba su inmensa pasion la saliva que un verdugo le echó en la pálida frente, hizo al instante en los cielos una hermosa constelacion.

Conserjeria, Noviembre de 1851.

CANTO XIII

Se hospeda de noche.

Aventurero conducido por ciego destino, si quieres pasar la noche hasta mañana por la mañana, entra en la hospedería Louvre con tu rocin imperio.

Moliére te mira y hace señas á Shakspeare. El primero te toma por Scapin y el otro por Ricardo III.

Entra jurando y hazte cruces. La antigua hostería está iluminada.

La muestra por el tiempo manchada y ennegrecida, sobre el antiguo curso del Sena, á dos pasos de distancia del Puente Nuevo, chilla y rechina en el enmohecido balcon de Cárlos nono; en ella se pueden leer todavía estas pocas letras:

—San… ta…

Texto oscuro y truncado, resto de las palabras ¡Sangre! ¡Matanza!

Un siniestro hormiguero invade esta sombría mansion. Entre los cantos de embriaguez y de obscenidad, se rie, se bebe y se come; el vino y los licores circulan á vasos llenos. De las vigas cuelga toda una carnicería.

Estos seres triunfantes han dado un buen golpe de mano. El uno grita:

—¡Esterminémoslo todo!

El otro esclama:

—¡Embolsémoslo todo!

El otro agita una antorcha de brillo deslumbrador. En varios puntos se ven huellas de mano ensangrentada.

Los manjares humean; las ascuas brillan en los hornillos encendidos. Vénse correr atareados, ir y venir con manchas en las mangas, con manchas en las manos, á los marmitones Rianceys, á los catacaldos Nisards; y detrás de la mesa en que están sentados Fortoul, Persil, Pietri, Carlier, Chapuys capitulares ó capataces, añadiendo su firma al asesinato Ducos y Magne, Forsey, de quien en Bondy se cambia la ortografia, a Rouher y Radetzki, Haynau al lado de Drouyn, y al cerdo Senado husmeando con el hocico en la basura.

Esos mendigos han cometido mas crímenes que un obispo no bendeciria.

Explora, analiza, diseca en su alma donde se ha apagado el gérmen de Dios, y no encontrarás nada.

¡Fuera, pues, miserable que llevas el sombrero casi como Napoleón, y las botas como Macario!

El general Bertran te precede. ¡Tempestad de Bravos! ¡gritos de alegría mezclados con ladridos de gozo!

Los espectros que yacen desmelenados en la sombra te miran entrar reabriendo sus ojos de vista apagada. En torno tuyo se remueve el enjambre de Maritornes

mezclando á un poco de jerga muchas palabras de presidario; la marquesa del Rábano, la duquesa del Alcahuete, huries de corazon de barro y mirada de carbúnculo.

Señor ¿eres la regencia? en tal caso se pondrá el polvo á los bucles. ¿Eres el directorio? Dílo, porque entonces nos vestiremos de madrás.

Haz, guapo estranjero, todo lo que quieras. Tu nombre es Millon; entra, pues.

Alrededor de esas beldades, palomas de la orgía, con alas ó sin alas, triscad, señores Suin, Mouges, Turgot y Aguesseau, y tú Saint Arnaud, que vuelas distinto de las aves, revolotea tambien en torno de ellas.

El trabucaire Reybell toma á Fould por un cura del cual Sibour es el vicario.

Mira, bandido, todo está dispuesto para la fiesta que tú has mandado hacerte.

La inmensa chimenea resplandece en el centro.

Tú águila, que es una lechuza, es el mejor blason de tu escudo; el buey Pueblo asado por entero delante del hogar; la grasera canta al recibir la sangre; y a un lado están sentados platicando y sonriendo, Magnan que le dió muerte y Troplong que lo ha mandado asar. Se oye el chirrido de la carne y el chisporroteo del fuego; y en su delantal de cuero el carnicero Carrelet, gozoso y cansado, afila su cuchilla.

La marmita Presupuesto pende de las llares.

Ven, pues, tú á quien aman los judíos y á quien ilumina la Iglesia, esperanza de los hijos de Ignacio y de los hijos de Abrahan, que te vas hácia Tulon y vienes de Ham, ven, ha llegado la hora de aprovecharte del festin. Toma delante de ese fuego ese cómodo sillon, porque tú eres el verdadero amo. Todo aquí te venera y te proclama rey; ven, siéntate y regocijate, caliéntate, sécate y procura ser buen principe, bandolero, hijo de la cárcel; quítate tu grandeza, despójate de tu aureola; lo que se llama así en esa guarida de traidores á la fe jurada es el lodo y la sangre pegados á tus tacones, es el barro enmoheciendo tu sórdida espuela.

Los héroes y los pensadores llevan formando espléndido grupo la inmortalidad irradiando en su frente; pero tú arrastras tu gloria y la huellas con los piés.

Entra, pues, y quítate la fama que tienes con un tira-botas.

¿Ves? los grandes enanos y las celebridades ignoradas te rodean y te cantan mil himnos, microscópico Atila, ese buey asado es para ti; ahí está tu negro Maupas, y Baroche ladrando en su perrera al lado del hogar, viene á lamerte los piés sin dejar de dar vueltas al asador.

Entre tanto que en la hostería beben, brindan y hacen descomunal estruendo, fuera por un camino que se pierde en medio de la noche, espoleando su pesado caballo que paso a paso se aproxima, pensativo, silencioso, con órdenes severas en el bolsillo, bajo ese cielo negro que ha de volver á ser cielo azul, avanza el Porvenir, llega el gendarme de Dios.

Jersey, Noviembre de 1852.

VICTOR
HUGO

LIBRO QUINTO

LA AUTORIDAD ES SAGRADA

CANTO I

La consagracion.

En horrible cementerio,
París tiembla ¡oh dolor, oh miseria!
Y en horrible cementerio
El nenúfar á la par.

Castaing alza la losa,
París tiembla ¡oh dolor, oh miseria!
Castaing alza la losa
En tierra de Clamar[73].

Y grita y vocifera.
París tiembla ¡oh dolor, oh miseria!
Y grita y vocifera:
«¡Yo César quiero ser!»

Cartouche en su sudario,
París tiembla ¡oh dolor, oh miseria!
Cartouche en su sudario
Grita á mas no poder:

«Quiero ir por bajo tierra»,
París tiembla ¡oh dolor, oh miseria!
«Quiero ir por bajo tierra
A ser emperador».

Mingrat se sube al pulpito
París tiembla ¡oh dolor, oh miseria!
Mingrat se sube al pulpito.
Y dice, vil traidor:

«Yo quiero entre las sombras,
París tiembla ¡oh dolor, oh miseria!
Yo quiero entre las sombras
Y con mi yatagan.

Que me apellide hermano,
París tiembla ¡oh dolor, oh miseria!
Que me apellide hermano
El césar Nicolás».

Poulmann en el osario
París tiembla ¡oh dolor, oh miseria!
Poulmann en el osario
Despierta con furor.

Dice á Mandrin: —«Compadre»,
París tiembla ¡oh dolor, oh miseria!
Dice á Mandrin: —«Compadre,
Ser quiero emperador».

Lacenaire dice: «quiero»;
París tiembla ¡oh dolor, oh miseria!
Lacenaire dice: «quiero,
Ser sátrapa y ser rey».

Y Soufflard vocifera,
París tiembla ¡oh dolor, oh miseria!
Y Soufflard vocifera
Mugiendo como un buey:

«En vez de esta casucha»,
París tiembla ¡oh dolor, oh miseria!
«En vez de esta casucha
El Louvre quiero yo».

Asi en medio del polvo,
París tiembla ¡oh dolor, oh miseria!
Así en medio del polvo
Gritan cual locos de atar.

«¡Pardiez!» dice Macaire,
París tiembla ¡oh dolor, oh miseria!
«¡Pardiez! dice Macaire
¿A qué tanto gritar?»

¿Por qué tanto coraje?
París tiembla ¡oh dolor, oh miseria!
¿Por qué tanto coraje?
¿No sois ya reyes, pues?

Mirad al padre santo,
París tiembla ¡oh dolor, oh miseria!
Mirad al padre santo
Encima del pavés.

Hoy nos consagra juntos,
¡Oh dolor, oh miseria! París tiembla
Hoy nos consagra juntos
En Napoleón tres.

Jersey, Julio 1853.

CANTO II

El demonio ganó a Dios.

CANCION

Cierto dia mano á mano
Jugaba á cartas con Dios
El demonio, del humano
Linaje odiado. Los dos
Apostaban á igual parte
A Mastai y á Bonaparte.

Era el uno un pobre cura,
Era el otro un principito
Polizón de raza pura.
La apuesta importaba un pito;
Y el Señor fué tan bolonio
Que ambos le ganó el demonio.

—«Toma, le dijo Dios padre,
De ellos no sabrás que hacer».
Y aquel replicó: —«Compadre,
Te engañas mucho á mi ver;
Del uno haré un César-rey
Del otro un Papa de ley».

Jersey, Julio de 1853.

CANTO III

El manto imperial.

Vosotras para quien el trabajo es gozo y alegría; vosotras que no haceis otra presa que los perfumes, alientos aromáticos del cielo, vosotras que huis cuando se acerca diciembre; vosotras que robais á las flores el ámbar para dar miel á los hombres;

Hermosas y hechiceras que libais el rocío en copas de aroma; vosotras que semejantes a la joven desposada visitais los lirios del delicioso vergel; hermanas de las encarnadas corolas; hijas de la luz; abejas laboriosas, volad, huid de ese manto.

Abalanzaos sobre el que lo lleva, cual impávidos guerreros. Obreras generosas, arremolinaos en torno suyo, presentándole el deber y la virtud, en alas de oro y dardos de llama; arremolinaos en torno de ese infame, y decidle:

—¿Por quién nos tomas? Maldito, mil y mil veces maldito; nosotras somos las abejas. Nuestra colmena adorna la fachada de las chozas sombreadas por espesos parrales; volamos en alegre torbellino; y nos posamos en la boca de las rosas ó en los labios de Platon.

»Lo que sale del fango al fango vuelve. Vete á encontrar á Tiberio en su caverna y á Cárlos IX en su balcon. Ve, en tu púrpura se han de meter no las abejas del Hymete, sino el negro enjambre de Montfaucon».

Y acribilladle todas juntas; avergonzad con vuestro generoso valor al pueblo que tiembla; sacad los ojos al inmundo embustero; encarnizaos en él con toda saña y furor. ¡Sea arrojado de la patria por las moscas, ya que los hombres le tienen miedo!

Jersey, Junio de 1853.

CANTO IV

Todo se va.

LA RAZON.

Yo me escapo.

EL DERECHO.

Adios, yo me voy.

EL HONOR.

Yo me espatrío.

ALCESTES.

Me marcho al país de los hurones y estos me darán asilo.

LA CANCION.

Yo emigro porque en esta tierra no puedo chistar palabra sin que me sacudan de lo lindo, no puedo decir un estribillo sin que me cojan por el pescuezo los horribles, lividos y tunantes polizontes del gobierno.

UNA PLUMA.

Ya nadie escribe; los tinteros se han secado. Cualquiera diria que nos han traido á un país mogol, ruso ó persa; y puesto que no tenemos nada que hacer, vámonos, hermanas mias, dejemos al hombre y volvámonos á las ocas de donde hemos salido.

LA COMPASION.

Parto. Sangrientos vencedores, os dejo entregados á vuestros goces y placeres y enderezomi vuelo hácia Cayena donde oigo varios clamores.

LA MARSELLESA.

Abro mis alas y voy a reunirme con mis amados proscritos.

LA POESIA.

¡Oh! parto contigo, Compasion, porque aquí estoy tan abatida como tú.

EL ÁGUILA.

¿Qué avechucho es ese que poneis en vuestras banderas, pobres franceses? ¿De qué antro, caverna ó cloaca ha salido esta miserable bestia? Es un águila al estilo de las de Cartouche y de Loyola. Tiene sangre en el pico, franceses… ¡Ah! ¡y es la vuestra! Me vuelvo á los montes. Con este no quiero nada; si hubiese sido como el otro seria cuestion muy distinta. Los reyes pueden decir á ese desleal: «Gracias».

Pero yo no conozco á ese Bonaparte de ahora. Senadores, turba de cortesanos, me vuelvo á las soledades; vivid entre las orgias y las torpezas; envileceos revolviéndoos por todos los fangos á la vista del cielo esplendoroso que os espera para castigaros.

EL RAYO.

Me remonto como el águila á las nubes do estalla el fragor del trueno. La hora no puede tardar. Voy á que me den órdenes.

UNA LIMA.

Ya que aquí solo se permite morder á las viboras y otras alimañas, marcho; voy á cortar hierros y cadenas en los pontones.

LOS PERROS.

Los polizontes y comisarios de policía nos reemplazan ahora: ¿qué hacemos pues aqui? Marchemos.

LA CONCORDIA.

Yo me alejo; porque tan solo el odio se agita en los corazones hoy siniestros.

EL PENSAMIENTO.

No puedo librarme de los bribones sin que vaya a caer en manos de los hipócritas. Parece que todo muere y que unas tijeras enormes van hasta los cielos á cortar las alas del ave. Toda luz, todo fulgor se apaga en presencia de ese hombre infame, de ese hombre funesto. Adios, Francia, llorosa te dejo, llorando me voy.

EL DESPRECIO.

Yo me quedo.

Jersey, Noviembre de 1852.

CANTO V

¡Ay de ellos cuando el leon despierte!

¡Oh bandera de Wagram! ¡oh patria de Voltaire! poder, libertad, antiguo honor militar, principios, derechos, pensamiento, todos en este momento formais de tanta gloria un envilecido caos. Toda la confianza está en esta pequeñez.

Dicen los miserables conociéndose que son de raquítica especie:

—¡Ba! si apenas pesamos nada; reinemos, reinemos.

¡Qué nobleza de corazon! ¿acaso olvidan esos ruines y viles enanos vencedores, salidos del fondo de una caverna, que cuando se gobierna un pueblo ilustre, un pueblo en quien resuena y tiene eco el honor, se es tanto mas pesado cuanto mas pequeño se es? ¿acaso quieren canıbiar, y eso es lo que quisiéramos saber, ese pais de luz y libertad en un pais de esclavitud y oprobio? es duro de pensar, es un pesar profundo que los instintos mas altivos y venerables maltratan en los corazones sin saber lo que hacen.

¡Ah! esos hombres malditos, esos hombres miserables provocarán algun dia una rebelion á fuerza de humillar la cabeza del leon. El animal se ha tendido al suelo rendido de fatiga; ahora dormita en el fondo oscuro donde lo han dejado abandonado; pero no os fieis, señores villanos, de que la bestia feroz no se mueva; es verdad que la pata enorme y monstruosa duerme; pero estoy persuadido de que hacen muy mal en escitarle hasta tal punto, porque ¡ay de ellos en el momento en que saque sus garras!

Jersey, Junio de 1853.

CANTO VI

Las puertas hoy cerradas se abrirán.

Se es un Tiberio, un Judas, un Dracon; se tiene un Lambesa en cambio de un Montfaucon que no se tiene ya. Se forja para el pueblo una cadena de hierro; se encarcela, se destierra, se proscribe al pensador independiente, firme y enérgico. Todo sucumbe; todo se ve comprimido, esfuerzos, generosidad, esperanzas, penas, la libertad, el derecho, el porvenir y el progreso con los medios de que se valia Sejan, con los medios de que se valió Luis onceno, con leyes de acero y jueces de bronce. Luego, (¡bien, bien está!) se duerme tranquilamente y el señor, alegre y gozoso, dice:

—El hombre no tiene alma y el cielo ojos no tiene.

¡Oh ilusion de los tiranos! ¡fatal obcecacion! la hora trascurre; el tiempo avanza; la semilla germina y crece en la tierra, y el agua corre por debajo el puente…

Dia llegará en que esas leyes de silencio y de muerte, se rompan de repente, como al impulso de fuerza prodigiosa, se abren con estruendo las mal cerradas puertas, llenándose la ciudad de antorchas in flamadas.

Jersey, Agosto de 1853.

CANTO VII

Las grandes corporaciones del Estado.

Esos hombres pasarán como el réptil sobre la arena.
¿Qué harás, amigo pueblo, de su sangre miserable?
La repugnancia suele casi siempre despertar la clemencia.
Retengamos la cólera aglomerada en nuestro pecho, cólera ardiente, vehemente, eléctrica.
Si quieres creerme, pueblo, el dia del castigo no tomes mas que un garrote y con él á palos destruye á esos miserables que no son dignos de otras armas que las que el perro obedece.

Burlesco cortejo de Soulouque segundo, duques del Buen Turron, marqueses del Cogucho, mantenedores del robo y del ladron; vosotros cuya poesia, sublime ó mordaz, no sabe que hacer; mendigos demasiado grotescos para Dante; demasiado infames y sangrientos para Scarron.

Ruines juglares, negros por vuestra alma y por vuestra esclavitud; os imaginais un dia siguiente demasiado rudo; estais temblando como rapazuelos; creeis que desde el destierro en que estamos queremos algo del pellejo que hace que los que os ven os tomen por hombres; ¡tranquilizaos, negros blancos!
Confieso con toda franqueza que Cambises habria tenido la crueldad de un corazon de roca de hacer sentar á Troplong en da piel de Baroche, al cabo de algun plazo no muy largo, y habria esclamado con furor:
—¡Aun es peor estotro! ¡que lo ahorquen!
Y confieso tambien que habria hecho sentar á Delangle en el pellejo de Troplong.

Cambises era estúpido y digno de ser augusto; como si bastase que un ser fuese justo, sin vicios, ambicion, ni orgullo, para no ser traidor á la ley ni tránsfuga, á quien debiera hacerse una silla de baqueta con el pellejo de un titulo ó con el pellejo de un juez.

Tú, pueblo, aquel dia dirás:
—Todos estos hombres se parecen, veámosles las manos.
Y todos temblarán como tiemblan los lobos prendidos en la trampa.
¡Bueno! los unos tienen sangre; estos los alistarás en los registros de las cárceles:
—¡A cadena! les dirás.
Pero á los que no tienen mas que cieno y lodo, les dirás solamente:
—¡Fuera de aqui, criados!

La ley agonizaba gritando en vano:

—¡Socorro, favor!

Vosotros os habeis repartido los vestidos de la muerta que César os ha comprado. De todos nuestros derechos abandonados habeis puesto una venta.

Y todas sus traiciones han encontrado por servidoras fieles todas vuestras cobardías.

Id, huid, vivid, con tal que tú, mal sacerdete, y tú, mal juez, seais vistos cuando entrais para desaparecer en los antros, arrastrándoos de rodillas, y con tal que bajo el manto de los cielos que Dios tachona de oro, no quede nada, nada bajo el espléndido zafiro donde se levanta la aurora, que sea semejante á vosotros.

¡Vivid, si podeis! el oprobio es vuestro asilo.

Tú, cardenal Basilio, y tú, senador Crispin, tendreis para siempre con que comer y beber en vuestras lejanas fugas, si es que el desprecio se beba como el agua de las fuentes, si es que la vergüenza y el oprobio sean panes que vosotros podais mascar.

Entonces, amigo pueblo, cogeremos á esos bribones por el pescuezo, y tú los arrojarás á fuera á palos que les doblen la espalda; y en el Luxemburgo, ¡oh Licurgo! ¡oh Caton! blancos bajo las ramas de los árboles, nos aprobareis con vuestras cabezas de mármol.

Ciudadanos, el abismo de la nada abre su boca para devorar a todos esos lacayos; mas ¿qué importa, ciudadanos, si la abyeccion les cubre con su manto de plomo?

¿Qué importa que por la noche un transeunte solitario viendo salir de bajo tierra un limpia-cloacas esclame:

—¡Calle! ¡Es Troplong!?

¿Qué importa que Rouher se cuadre en el Puente Nuevo?, que Baroche y Delangle, quitándose las togas se pongan mandiles y al verse olvidados aunque infames, despues de haber manchado vuestras almas se ofrezcan por tres cuartos á limpiaros las botas.

Jersey, Junio de 1853.

CANTO VIII

Remordimiento.

El progreso tranquilo, fuerte y siempre inocente no sabe lo que es verter sangre.

Reina, por mas que se haga, como un conquistador desarmado; al ver el hacha ó la espada vuelve la cara con horror, porque el dedo eterno ha escrito en el cielo azul que la tierra es del hombre, y el hombre es de Dios; porque la fuerza invencible es aquella mas oculta é impalpable…

¡Pueblo, nunca sangre! Virtuosa ó culpable, la sangre que se derrama sube de las manos á la frente.

¡Cuando en la memoria se agita una afrenta indeleble, ya no hay esperanza!

Una sola gota de aquella sangre fatal acaba por impregnar toda el alma consumiéndola a medida que el tiempo trascurre.

No hay en la historia una mancha de sangre que deje de ir ensanchándose en los crueles verdugos.

Tengámoslo muy presente, la vergüenza es la tumba mas fatal. El mismo hombre, en quien al fin recae su propio crimen, sale ensangrentado del sepulcro y manchado con el lodo del desprecio.

El calabozo del desden se cierra tras los malvados bribones, acabando todo para ellos.

La tumba oscura vuelve a abrirse, poco importa que la hayan hecho profunda y cubierto de paredes; poco importa que una enorme losa de mármol la cubra, que cuando habreis acabado vereis el fantasma pensador levantar con su frente la pesada mole de piedra y enderezarse lentamente.

Poned en dicha tumba toda una fortaleza, todo un monte de granito, mudo é impenetrable; el fantasma es mas fuerte que pesado el granito. Derriba ese monte como una hoja seca.

Vedle alli, miradle, ahora sale; ¡es preciso que salga! ¡es preciso que vaya y venga arrastrando su mortaja! y así que estais solos cada uno de vosotros le veis surgir á vuestra presencia implacable y fiero, diciéndoos:

—¡Soy yo!

Todo viento que sopla os le trae a la presencia; por la noche le ois llamar á vuestra puerta.

Aborrezco a los esterminadores tanto si les asiste el derecho como si no les asiste; pero mas que aborrecerlos, los compadezco.

Se les ve a través de la severa historia donde solo tiene morada la verdad, por haberse librado de sus rivales momentáneos, de enemigos inocentes ó hasta criminales, huir hacia las tinieblas rodeados de eternos espectros.

CANTO IX

El canto de los que se van por mar.

AIRE BRETON

¡Adios, patria!
El mar se alborota
¡Adios, patria!
   Azul!

¡Adios, casa y su horizonte!
¡Adios, flor y árbol del monte!

¡Adios, patria,
Cielo, bosque, prado!
¡Adios, patria
   Azul!

¡Adios, patria!
El mar se alborota
¡Adios, patria
   Azul!

¡Adios, novia casta y pura!
Hoy el cielo mal augura.

¡Adios, patria,
Ana, Inés, Maria!
¡Adios, patria
   Azul!

¡Adios, patria!
El mar se alborota
¡Adios, patria
   Azul!

Mientra otros miran las olas
Medito el destino á solas.

¡Adios, patria!
Por ti ruega mi alma
¡Adios, patria

Azul!

En el mar, lº de Agosto de 1852.

CANTO X

A uno que quiere separarse.

I

En la actualidad se está diciendo:

—El imperio está vacilante todavía; la victoria está poco segura.

Y procura escabullirse de una manera furtiva y retrocediendo.

¡Quédate ahí entre los escombros!

El techo creo que se me cae encima, dices con temor. Si me ven, no me dejarán salir.

Y no osando quedarte ni huir, permaneces mirando el techo despues de mirar la puerta.

Llevas tímida y cautelosamente la mano al cerrojo…

Permanece en el fúnebre asilo que te has escogido. ¡Quédate, digo! La ley que ellos han sepultado en un hoyo está allí en las tinieblas.

¡Quédate! Ahi está con el costado abierto por el cuchillo le los malditos que han puesto una guadaña encima de su ataud. ¡Ah! un paño de tu capa ha quedado prendido bajo tierra.

En tanto que en el Eliseo gozosos y festivos cantan todos y queman inciensos, riendo, gritando y olvidando, tú te pones pálido; y sientes el fantasma andar bajo tus piés.

¡No saldrás de su poder! pues que, ¿piensas por ventura dejar la casa y escapar de tu destino? te engañas. ¡Cómo! ¡quisieras vender hasta á la misma traicion indignada!

¡Cómo! ¿quieres hacer renegar á ese ladron de frente servil que te admira, gloría y aplaude? ¡Cómo! habiendo sido un Judas para Jesus, ¿quieres ser otra vez Judas para Barrabás?

¡Cómo! ¿no has sido tú el que aguantaba la escala á esos villanos con los cuales estabas en plena connivencia? ¿No fué cosido por ti mismo, responde, el saco de esos ladrones?

Las Mentiras y el Odio de lengua viperina, ponzoñosa y fria, habitan esa guarida. ¿Te vas? ¿con qué derecho? y ademas, ¿no eres peor vibora que ellos y mas zorro que todos?

II

Cuando Italia cubierta de luto enarboló desde el Tiber basta el Po su magnifica bandera; cuando aquel gran pueblo despues de haberse acostado rebaño se levantó república.

Cuando Roma lanzó con las pesadas cadenas el santo grito de libertad, tú, tú le cortaste las alas, tú la hiciste caer en noche tenebrosa ofuscando sn eterna faz.

Tú restauraste Montrouge y Saint-Acheul, escuelas degradadas donde se pone una mortaja encima del alma estremecida y una mordaza á las ideas.

Tú eres quien soñando sin duda en el progreso del hombre embrutecido, del hombre animal, entregaste el niño á los jesuitas lascivos, cautelosos y sombríos amantes del mal, secuaces descarados del crimen.

Pobres niños amados á quienes han nutrido esos malditos frailes con su jugo y a quienes nuestras esposas han mecido en la cuna, tales infames cazadores de aves han cogido en sus redes todas nuestras almas dulces y tiernas.

¡Ay de mi! esas tristes aves que se arrastran sin pluma, cubierto el cuerpo de asquerosa lepra que corroe su piel y su carne que se arrastra moribundo en su jaula de hierro es el porvenir de la humanidad.

Si les dejamos hacer dentro veinte años tendremos bajo los cielos que Dios cubre de oro, una Francia de ojos saltones, de mirada vacilante y tortuosa, que los cielos, la tierra y la aurora aborrecerán.

Esos negros brujos, esos juglares cautelosos como la serpiente, cuya norma es el fraude, cuya regla es el vicio, para hacer nacer el buho monstruoso han arrebatado los huevos que el águila iba á empollar.

III

Ahora bien, como los basquiros en París anonadado y como los croatos, productores de la nada, habeis triunfado con vuestros odios de beato que son los mas tenaces y terribles.

Y ahora estais gozosos y alegres, doctos forjadores de patrañas y preocupaciones sin cuento, que semejantes a las tinieblas arrojais sobre los vivos con urnas llenas de oscuridad y caos.

Correis desalados á saludar al enano Napoleón; bailais en la orgía. ¡Este gran siglo está manchado! era el panteon hoy es un estercolero.

Y aun osais decir:

—¡Bien está, muy bien!

¡Infames! consagrais en nombre de Roma al César que reina entre nosotros, al asesino que durante la noche salta al cuello del que está mas descuidado y con la rodilla en el pecho, lo estrangula enfurecido.

¡Desgraciados! ensalzad al César que hoy nos hace temblar, adorad su estrella que hoy brilla en su apogeo; olvidad que el Dios vivo selor de cielos y tierra puede hacer cambiar el mundo como las decoraciones de un teatro el tramoyista.

Puede durar algun tiempo, pero al fin caerá; Dios mismo será el vengador de su propia causa, porque la causa del pueblo es la causa de Dios. Las ciudades entonarán entonces himnos de alegría, los campos desiertos se convertirán en praderas brillantes como la rosa.

Algun tiempo mas y ya no sereis nada. Yo vengo á deciroslo: vosotros sois los malditos, los réprobos, nosotros somos los elegidos; mirad nuestra sonrisa y contemplad vuestros furores.

Bien lo sé yo a pesar de que vivo en la orilla del abismo amargo é insondable, y en las peñas seculares, a pesar de que paso los dias contemplando el mar preñado de sordos truenos y temblores.

IV

Tú, ¡su jefe sigue siendo su jefe! en ello está tu castigo, sigue siendo el hombre de las discordias; esos bellacos han sorprendido al género humano durmie ndo y lo han cargado de cuerdas y cadenas.

¡Oh! tú quisiste, infame sacerdote, deshacer las almas que Dios crea, consiguiendo tan solo el mas tremendo padron de ignominia para ti y para los tuyos. Pues bien, tiembla y llora, espera doblada la cerviz la hora que has precipitado con tus obras execrables.

Se ve, obcecado retórico de los viejos partidos vocingleros, que conduces y arrastras, colgando de tus sombrios y confusos discursos como de ensangrentados clavos y garfios, todas las grandiosas muertas.

La Justicia, la Fe, hermoso ángel abofeteado por la estola papal, la Verdad, cerrando los ojos, la Libertad pálida y desmelenada.

Y esas dos hermanas ¡ay de mi madres ambas de todos nosotros!, Roma cuyo nombre no puedo proferir sin palabras empapadas de lágrimas, y Francia en quien por un horrible refinamiento de maldad cae la sangre vertida en Roma.

¡Hombre fatal! la historia en su enseñanza te mostrará entre las tinieblas, como se muestra una fiera rodeada de huesos en una sombria colina.

Jersey, Enero de 1853.

CANTO XI

Paulina Roland.

I

No conocia el orgullo ni el odio; amaba; era pobre, sencilla, humilde y alegre; con frecuencia le faltaba el pan necesario para la vida.

Tenia tres hijos, lo cual no impedia que se creyese madre de todos los que sufrian ó lloraban.

Los terribles acontecimientos que se fraguan durante la noche ó en la oscuridad, el flujo y reflujo, los abismos abiertos y dispuestos á devorar, las manos que no pudiendo atacar de frente a los gigantes, avanzan por obra de zapa hácia ellos con planes siniestros subterráneos, y todos nuestros malhechores desconocidos ó famosos, no la infundian el menor temor, no la espantaban.

Detrás de su retiro veia á Dios costruyendo el porvenir.

En su alma sentia sin cesar reanimarse la fe; de la santa libertad a tizaba las llamas.

Los niños y las mujeres la veian siempre solicita y cuidadosa; y decia alargando la mano á los trabajadores:

—Esta vida es en verdad muy dura; pero esperad en la otra que será mejor.

—¡Avancemos!

Iba llevando del uno al otro la fe y la esperanza. Era una especie de apóstol que Dios en esta tierra donde todos lloramos, habia formado con el corazon de madre y de mujer para que fuese mas dulce.

El hombre mas feroz quedaba aplacado al timbre de su voz armoniosa y sincera.

Visitaba con ternura á los infelices que sufrian bajo el techo de su miseria, y á todos los que el hambre y el dolor abatia, los taciturnos enfermos yaciendo en su jergon, la boardilla en que languidece la indigencia morbosa.

Cuando por casualidad y siendo menos pobre tenia algo, lo repartia entre todos como una hermana cariñosa; cuando no tenia nada daba su corazon.

Tranquila y serena, amaba en la misma proporcion que el sol alumbra.

El linaje humano era para ella una sola familia, así como sus tres hijos eran la humanidad.

Ella gritaba:

—Progreso, amor, fraternidad.

Y abria á los ojos de los que sufrian sublimes horizontes.

II

Despues de haber cometido Paulina Roland todos los crímenes de que he hecho mérito, el salvador de la Iglesia y del órden la prendió y metió en la cárcel. Mas ella se sonrió tranquila, porque la esponja de hiel es grata á sus labios puros.

Por espacio de cinco meses sufrió el contacto de todas las manchas, el olvido, la risa desenfrenada y horrible del vicio, los verdugos y el negro pan que arrojan a través de los barrotes para que los presos no mueran de hambre. Y al contrario, su grandeza edificó al malvado acostumbrado al crímen, enseñó virtud á la ladrona y á la prostituta.

Transcurridos esos cinco meses, un soldado, un bandido cuyo nombre mancharia estas líneas, fué á decirle:

—Someteos al momento al reinado que comienza; renegad de vuestra fe; y sino no espereis clemencia, temed Lambesa. Elegid.

Ella por toda respuesta contestó:

—¡Lambesa!

Al dia siguiente, rechinó la reja, y se vió llegar un coche celular.

—¡Ah! ya estamos en Lambesa, dijo ella sin el menor asomo de cólera, sin el menor tinte de cobardia y tristeza.

Habia otras muchas que sufrian en la misma prision por haber defendido el derecho; y como el carruaje infame era demasiado estrecho para contenerlas estrechamente á todas, París vió atravesar muchas de sus calles por aquellas mujeres, dándose unas á otras el brazo, escoltadas por varios esbirros y alguaciles. Cual si fuesen ladrones ó asesinos, los esbirros las trataban con dureza y con palabras bruscas y descorteses.

Si algunos transeuntes sorprendidos veian llevar aquellas mujeres en tropel y se acercaban á ellas llevando la mano al sombrero para saludarlas y admirarlas, el alguacil les dirigia una mirada hosca y cenuda, ó burlesca, lo cual hacia huir á dichos transeuntes esclamando:

—¡Pardiez, son prostitutas!

Y Paulina Roland decia:

—¡Animo, hermanas mias!

El Océano se las llevó con sordo rumor, con amenazadora voz.

Durante la penosa travesía, el horizonte estaba sombrio, el aquilon azotaba los miembros ateridos.

Sin el amigo que sostiene en las desdichas, sin la voz que responde á sus sentimientos, temblaban, vacilaban… ¡pobres mujeres!

Por la noche llovia á cubierta donde ni siquiera tenian cama para acostarse ya que no para dormir, ni siquiera abrigo contra la borrasca. Pero Paulina Roland esclamaba siempre:

—¡Animo, hermanas mias!

Y los rudos marinos lloraban al verlas.

Llegaron a la costa procelosa del Africa, á los arenales, á los desiertos que abrasa un cielo de fuego.

Rocas sin ningun fresco manantial, sin raices que las peguen con el suelo, Africa, lugar de horror para los mas resueltos, tierra de estraña orilla donde nadie se siente mirado por los ojos de la cara patria.

Y Paulina Roland gritaba sonriendo y muriendo de congoja, y decia á sus amigas llorosas y afligidas:

—¡Valor! ¡ya estamos!

Mas cuando se hallaba sola lloraba amargamente por sus tres hijos alejados de su lado; ¡oh, cuán amarga angustia!

Cierto dia un carcelero dijo a la pobre madre en la *casba* de Bone de sofocantes y lúgubres mazmorras:

—¿Quereis ser libre y volver á ver vuestros hijos? Pedid gracia al principe.

Mas aquella mujer fuerte dijo:

—Iré á verlos cuando me hayan muerto los enemigos de la Justicia. Desde entonces agotaron contra la mártir de humilde, pero indomable corazon, todo el odio y la ferocidad que puede caber en los pechos malvados.

Presidios de Africa, infiernos que Ribeyrolles ha sondeado, ¡oh! la compasion solloza y carece de palabras para espresar lo que siente… una mujer, una madre, un alma fuerte, fué desterrada en vosotros enferma, anonadada y sola.

La cama de campaña, el frio y el calor, el hambre, de dia el sol ardoroso, de noche la miseria asquerosa, los cerrojos, el trabajo sin descanso, las afrentas, todo, en fin, fué impotente para domeñar su alma.

Siempre esclamaba cuando se la creia abatida:

—Suframos; suframos como Jesús; suframos como Sócrates.

Como cautiva la arrastraron hácia aquel árido é ingrato suelo, y cuando cansada, la hacian andar á pié; si, a pesar de que la aniquilaha un clima tórrido, la hacian andar como al mas vil presidario.

Consumiala la calentura, y triste, pálida, enflaquecida, caia por la noche sobre un haz de paja corrompida; y sometida con los hierros de la Francia murmuraba el dulce nombre de su patria.

Esa mujer fué arrojada en una mísera cabaña.

El mal acortaba su vida y engrandecia su alma.

Mas la infeliz esclamaba con acento tranquilo:

—Bueno es que una mujer muera por la justicia y por la libertad, cuando hay tantos que se someten á la esclavitud, cuando hay tanta cobardía.

Viendo que agonizaba y sabiendo que tendrian que dar estrecha cuenta de ella, los verdugos tuvieron miedo ya que vergüenza no podian, y el héroe del 2 de Diciembre, le abrevió el destierro:

—Ya que está a punto de morir, que la vuelvan á la patria, dijo el malvado.

Ella no sabia lo que iban a hacer de ella cuando la trasportaban.

Al llegar á Lyon se apoderó de ella la agonia.

Sus pupilas así como se oscurece una estancia donde va estinguiendo la luz que la alumbraba, se movian lentamente en su pálido rostro.

Su hijo, para recoger al menos en aquella hora suprema el postrer aliento y la mirada postrera corrió… pero ¡ay! ¡pobre madre! llegó demasiado tarde el fruto de tus entrañas. Habia muerto, muerto á fuerza de sufrimientos, muerto sin haber sabido que volvia á ver Francia y el dulce suelo natal de rayos vivificantes, muerta en medio del mas espantoso delirio y gritando á cada instante:

—¡Hijos mios!

Ni siquiera se ha osado llorar en obsequio suyo. Duerme bajo tierra.

Y ahora, obispos, ¡de pié! calaos la mitra en la sombra del santo recinto, y escupid vuestros *Te Deum* á la faz de Dios.

Jersey, Diciembre de 1852.

CANTO XII

No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague.

El mayor atentado que pueda perpetrar un hombre es el de atar Francia ó agarrotar Roma; es el crimen de arrancar el alma á cada uno y la libertad a todos sea cual fuere el lugar, el pais, la ciudad. Entrar con la espada en la curia augusta; asesinar la Ley en su propio templo, cargar de cadenas todo un pueblo, es un crimen odioso que Dios severo, recto y pensador no olvida jamás.

Cuando se ha cometido el horrible atentado, no hay perdon para nadie. La Pena desde el fondo de los cielos, lenta, pero nunca cansada, se pone en marcha y llega al fin. Su mirada es tranquila y serena: lleva bajo el brazo un látigo con clavos de hierro al extremo.

Jersey, Noviembre de 1852.

CANTO XIII

La expiación.

I

Nevaba. Un hombre habia sido vencido por su propia conquista, por primera vez bajaba el águila la cabeza. ¡Dias tristes y sombrios! El Emperador volvia lentamente dejando arder tras si Moscou…

Nevaba. El crudo invierno se mostraba en avalanchas de nieve; despues de una llanura blanca y resplandeciente seguia otra blanca y deslumbradora…

Nadie conocia á los jefes ni la bandera. Ayer era el grande ejército; hoy no es mas que un desbandado tropel. No se distinguian las alas ni el centro.

Nevaba. Los heridos se abrigaban al vientre de los caballos muertos.

Veíase al dintel de las tiendas desoladas á los cornetas helados en su lugar, de pié ó montados, silenciosos, blancos de escarcha, pegando su boca de piedra en las trompetas de metal.

Balas, bombas, obuses, metralla, mezclados con blancos copones que llovian.

Los granaderos sorprendidos de ver que temblaban, andaban cabizbajos y taciturnos con el cano bigote cubierto de hielo. Nevaba, nevaba sin cesar.

El helado aquilon soplaba con furioso impetu.

Y sobre la nieve, en lugares desconocidos, se carecia de pan y se iba con los pies descalzos.

Aquellos hombres no eran ya corazones vivos, hombres de guerra; eran un sueño yendo errante por entre la niebla, un misterio, una procesion de sombras bajo un cielo oscuro y bronceado.

La soledad vasta que infundia espanto al verla, aparecia por todas partes muda, amenazadora, vengativa.

El cielo fabricaba sin ruido con la densa nieve para aquel inmenso ejército, una inmensa mortaja; y cada cual se sentia morir y se veia solo, desamparado.

¿Saldrán jamás de aquel fúnebre imperio? Dos enemigos. El Czar, el Norte. El Norte es el peor.

Y se arrojaban los cañones para poder quemar las cureñas. Quien se acostaba moria de frio.

Formaban un grupo silencioso y confuso; y huian, mas al huir el desierto los devoraba.

Podíase ver bajo los repliegues de la nieve, que el viento levantaba los regimientos que allí se habian dormido para siempre.

¡Oh derrotas de Anibal! ¡oh pérdidas de Atila!

¡Fugitivos, heridos, moribundos, cajas, camas, angarillas! se aplastaban en los puentes para pasar los rios.

Dormíanse diez mil y despertaban ciento.

Ney á quien pocos momentos antes seguia obediente un ejército, huye ahora disputando su reloj á tres cosacos.

Todas las noches se oia el *¡quién vive! ¡alerta! ¡al asalto! ¡al ataque!*

Cien fantasmas salian de la sombra y les robaban los fusiles y luego los arrollaban y batian con gritos y alaridos horribles, tenebrosos, con gritos semejantes al graznido de los buitres. Eran espantosos escuadrones, torbellinos de hombres salvajes.

Así se perdia en una noche todo un ejército.

El Emperador estaba alli, altivo, impávido. Era como un árbol presa de la segur. Sobre aquel gigante cuya grandeza hasta entonces fuera respetada, se subió la desgracia cual siniestro leñador; y él, fortisima encina insultada por la segur, estremeciéndose de coraje bajo el espectro de lúgubres revanchas, miraba en torno suyo caer sus ramas: jefes, soldados, todos morian.

A todos les tocaba su turno en tanto que rodeando con amor la tienda de su jefe y viéndole ir y venir tras la tela, los que quedaban seguian creyendo en su estrella y acusando al destino de lesa majestad.

Mas de pronto sintió tambien él desmayar el alma; entró en su pecho el espanto. Estupefacto de semejante desastre y no sabiendo á que atribuirlo, el Emperador se volvió a Dios y el hombre glorioso temblo; Napoleón comprendió que expiaba algun atentado tal vez, y lívido, inquieto y ante sus legiones dispersas por la nieve esclamó:

—¿Es esto un castigo, Dios de las batallas? Entonces oyó que lo llamaban por su nombre y una voz invisible que decia:

—¡No, no!

Il

¡Waterloo, Waterloo, Waterloo! llanura triste y sombría como una ola que bulle en urna demasiado pequeña; en tú circo de bosques, valles y colinas, la pálida muerte mezclaba los silenciosos batallones.

Por un lado está la Europa entera; por otro la Francia… ¡choque sangriento!

Dios burlaba las esperanzas de los héroes. Tú, Victoria, desertabas: y tú, Fortuna, estabas cansada…

¡Oh Waterloo!… lloro y me detengo; ¡ay de mi! Porque aquellos últimos soldados de la última guerra fueron grandes; habian vencido toda la tierra, arrojado veinte reyes de sus tronos, pasado los Alpes y el Rhin, y su alma cantaba al oir los ecos del clarin.

Era al anochecer, cuando la lucha encarnizada y terrible. Él tenia la ofensiva y casi la victoria. Tenia á Wellington acorralado en un bosque. Con su lente observaba de vez en cuando el centro del combate, punto oscuro donde se agitaba el fuerte de la contienda horrible y viva confusion; y otras veces el horizonte sombrío como el mar. De pronto esclamó con júbilo:

—¡Viene Grouchy!

Era Blücher.

La esperanza cambio de campamento; el combate cambió de valor. La confusion creció como la llama… Las baterias inglesas destrozaron nuestros cañones. La llanura donde ondeaban las banderas desgarradas, no fué en adelante entre los gritos de los moribundos á quienes se degüella, mas que un abismo de fuego ardiendo como una inmensa fragua, abismo en que los regimientos como lienzos de muralla caian, ó se inclinaban, como en los campos las espigas maduras á la hoz del segador, los tambores mayores de enorme penacho.

En él no se entreveian mas que diformes heridas, horrible carniceria… ¡Momento fatal!

Aquel caudillo ilustre, conoció que la batalla se perdia por instantes.

Detrás de un mamelon estaba agrupada la guardia imperial, ¡la guardia, esperanza suprema y supremo pensamiento!

—¡Ea! que entre la guardia, esclamó Napoleón.

Y lanceros, granaderos de botines de terliz, dragones que Roma habria tomado por legionarios, coraceros, artilleros que despedian truenos, y que llevaban el negro colbac ó el casco bruñido; todos los de Friedland y todos los de Rivoli, comprendiendo que iban á morir en medio de la refriega, saludaron á su dios, de pié y en medio de la tempestad; su boca cual si fuera un solo órgano esclamó con un grito atronador:

—¡Viva el Emperador!

Y en seguida á paso lento con la música á la cabeza, sin furor, tranquila, sonriendo a la metralla inglesa, la guardia imperial entró en medio de aquella fragua.

Napoleón confiado tan solo en su guardia la miraba fijamente, y apenas desfilaron sus veteranos soldados por delante los cañones ingleses que no cesaban de vomitar azufre, veia hundirse uno en pos de otro en medio de aquel abismo de fuego, sus regimientos de acero y de granito cual cirio que se derrite al soplo de un brasero.

Los soldados entre tanto avanzaban arma al brazo, altiva la frente, graves, estóicos; ni uno solo retrocedió. ¡Dormid en paz, héroes franceses!…

El resto del ejército vacilaba sobre sí y desmayaba viendo morir la guardia del emperador.

Entonces es cuando elevando de repente su voz desesperada la derrota, gigante de faz espantada, que pálido, espantando a los mas bravos batallones, cambiando súbitamente las banderas en andrajos, y en ciertos momentos espectro formado de

humo, se levanta creciendo en medio de los ejércitos; la derrota, decimos, se aparece al soldado aterrorizado, el cual retorciéndose los brazos esclama:

—¡Sálvese el que pueda!

¡Sálvese el que pueda! ¡oprobio! ¡horror! gritaron enseguida todos huyendo campos a través, locos, aterrados feroces; como si hubiese pasado por ellos un viento que produgese el frenesi, el vértigo; por entre las pesadas cajas y los empolvados furgones, cayendo en los fosos, ocultándose en los centenales, arrojando los fusiles, los morriones, las mantas, arrojando las águilas sobre las armas prusianas…

Y los veteranos ¡oh dolor! temblaban, gritaban, lloraban, corrian. En un abrir y cerrar de ojos se desvaneció como una paja inflamada que arrastra el viento aquel estruendo que fué el Grande Ejército; y aquella llanura donde hoy el hombre pensador se detiene y medita, vió huir á los mismos ante quienes el universo habia huido.

Cuarenta años han pasado desde entonces, y aquel rincon de tierra llamado Waterloo, aquella estension fúnebre y solitaria, aquel campo siniestro donde Dios mezcló á tantos enanos, tiembla hoy aun de haber visto la fuga de aquellos gigantes.

Napoleón vió correr como un torrente hombres y caballos, tambores y banderas.

Y en medio de tan dura prueba sintiendo confusamente brotar de nuevo en su alma los remordimientos, alzó las manos al cielo esclamando:

—¡Mis soldados muertos! ¡Yo vencido! ¡Mi imperio roto como se rompe un vaso de cristal! ¡Severo Dios! ¿es esta vez la en que me haces sufrir el horrible castigo?

Y en medio de los clamores del estruendo del combate y del estampido del cañon oyó una voz que le repetia:

—No, no, no.

III

Quedó derrotado. Dios cambió las cadenas de la Europa.

En el fondo de los abismos que la niebla circunda se levanta una roca repugnante, despojo de los antiguos volcanes.

El destino tomó clavos, martillo y cadenas, cogió pálido y vivo á ese hombre capaz de luchar con el rayo, y gozoso se fué á clavarlo en un pico secular escitando con su risa infernal al buitre de Inglaterra para que le devorase el corazon.

¡Desvanecimiento de un inmenso esplendor! desde que el sol se levanta hasta que la noche tiende su negro manto, el aislamiento, el aislamiento siempre, el abandono, la cárcel con un soldado por centinela en el humbral de la puerta con un horizonte de olas enfurecidas, rocas escarpadas, bosques oscuros y sombríos, el fastidio, la

inmensidad del espacio, velas huyendo como la esperanza que rápidamente se aleja. ¡Siempre el mugido del mar! ¡siempre el ruido de los vientos!

Adios, tienda de púrpura y de penachos de múltiples colores; adios, caballo blanco que César espoleaba.

¡Ya no hay mas tambores batiendo en medio de los campamentos; ya no hay corona; ya no hay reyes prosternados y llenos de espanto y terror; ya no hay manto que pase por encima de ellos; ya no hay emperador! Napoleón volvió a ser Bonaparte.

Al igual de un romano herido por la flecha de los partos, sangriento y silencioso pensaba en Moscou ardiendo.

Un cabo inglés le decia:

—¡Alto ahí! Atrás.

Sus hijos en manos de los reyes, su mujer en los brazos de otro.

Su senado á quien él adoraba, ahora mas vil que el cerdo que se revuelve por el fango, le insulta con todo descaro.

A la orilla del mar, á la hora en que la brisa enmudece y á la cima de las escarpas contra quienes se estrellan las olas del mar, caminaba solo, pensativo, presa de sombrios presentimientos.

Y en los montes, en las olas y en los cielos contemplaba triste pero enérgico las grandes vicisitudes de la humanidad viéndolo todo con los ojos deslumbrados todavía por las batallas de ayer.

Su pensamiento recorria al azar todos los actos de su vida. ¡Grandeza, gloria, nada!… la tranquilidad de la naturaleza…

Las águilas que pasaban ya no le conocian.

Los reyes cual nuevos cancerberos, habian tomado un compas y le habian trazado un círculo inflexible en el cual debia encerrarse; pero su vida activa no podia acomodarse á semejante quietismo; y así espiraba por momentos.

La muerte mas y mas visible cada vez, se alzaba en medio de su noche, y cruzaba incesantemente a sus ojos, como la fria mañana de un dia misterioso.

Mas su alma palpitaba todavia á pesar de que casi le habia escapado.

Finalmente, un dia escondió la espada en su cama y se acostó á su lado diciendo.

—¡Hoy será!

Echóse encima de la cama el manto de Marengo; sus batallas del Nilo, del Danubio y el Tiber se atropellaron en su mente y obcecado por el vértigo esclamo:

—¡Ya soy libre! ¡soy vencedor! veo correr hacia mí las águilas invencibles.

Mas al volver la cabeza para morir vió en su desierta estancia un pié que iba hacia él; Hudson Lowe habia acechado por entre la puerta medio abierta.

Entonces cual gigante derrotado por la tirania de otros reyes gritó con frenético arranque:

—¡Señor, la medida está ya colmada! ¡Basta, basta, oh Dios á quien imploro! ¡mucho me habeis castigado!

—Pero la voz le respondió:
—No todavía.

IV

¡Oh! deplorables sucesos, corred á precipitaros en las tinieblas de la noche.

El emperador murió cayendo sobre su imperio destruido.

Napoleón fué a dormir el sueño eterno bajo los sauces; y los pueblos entonces desde el uno al otro polo olvidaron al tirano y admiraron al héroe.

Los poetas marcando en la frente a los reyes verdugos consolaron con sus ideas y pensamientos aquella gloria abatida.

Volvieron la estátua a la columna de la cual se habia arrancado; y cuando alzaban los ojos le veian de pié, sereno dominando á todo París, le admiraban de dia bajo el manto azul de los cielos y de noche en medio de las estrellas.

¡Oh panteon! su nombre fué gravado en tus angustas columnas. Nadie veia mas que una sola cara de los tiempos; nadie se acordaba mas que de los dias de esplendor y gloria; por su grandeza podemos decir que habia entusiasmado las páginas de la historia.

La justicia de mirada severa habia desaparecido bajo su esplendor, y —no se contemplaba mas que Eylau, Ulm, Arcola, Austerlitz.

Como en las tumbas de los antiguos romanos se pusieron todos á hojear los anales de sus grandes hazañas; y vosotras, naciones humilladas, aplaudiais cada vez que se sacaba de este suelo soberano ó el consúl de mármol ó el emperador de bronce.

V

El hombre se engrandece cuando la muerte le ha vencido.

Pero nunca se habia visto una cosa semejante de otro hombre de la tierra. El escuchaba desde su tumba la tierra entera que no hablaba de otra cosa mas que de él.

Sí, la tierra decia:

«La Victoria ha seguido á ese héroe a todas partes. Jamás viste, imparcial y verídica historia, un ser humano mas prodigioso.

¡Gloria al conquistador que duerme bajo tierra! ¡Gloria á ese hombre grande y audaz! Yo le he visto poner su pié soberbio en las primeras gradas del cielo.

Mandaba á luchar contra el destino tomando en medio de su entusiasmo y valor á Moscou y Madrid, todos los ensueños y caprichos de su fantasía.

A cada instante volvia á la liza proponiendo ese hombre de paso jigantesco algun grande capricho á Dios el cual á veces no los consentia.

Casi puedo decir que no era tan solo un hombre.
Decia grave y radiante y mirando fijamente a Roma.
—Ahora reino yo.

Queria, héroe y símbolo, pontífice y rey, faro y volcan, hacer del Louvre un Capitolio y de Saint Cloud un Vaticano.
Como César habria dicho á Pompeyo.
—Orgulloso puedes estar de ser mi segundo.
Veiase brillar su espada en el fondo de flamijeras nubes.

Queria en medio del frenesi de su vasta ambicion hacer postrar de hinojos a las naciones al menor de sus caprichos.

Asi como en una urna profunda mezclar las razas, las lenguas y los hombres, derramar París por toda la tierra ó encerrar todo el mundo en París.
Queria cual nuevo Ciro de Babilonia, hacer del mundo entero un solo trono, y del género humano un solo pueblo.

Y fabricar en fin á pesar de las gritas, un imperio tal de su nombre que Jehovah mismo tuviese envidia á Napoleón».

VI

Finalmente, la muerte fué para él un triunto; entonces vió la hora de su libertad, y el Océano devolvióle en el féretro á su pátria.

Aquel hombre descansaba en paz desde mas de doce años atrás, sagrado por el destierro y por la muerte, bajo la dorada cúpula.
Cuando alguno pasaba cerca de aquel fúnebre monumento se representaba al héroe con la frente coronada, con su manto sembrado de abejas de oro, silencioso y tendido bajo aquella bóveda donde nada se removia, á él, al hombre que encontraba demasiado estrecha la tierra, con el cetro en su mano izquierda y la espada en su derecha con la grande águila á sus piés, cerrando casi los ojos; y entonces el mortal esclamaba casi llorando:
—Aquí, aqui duerme César inmortal.

Si, dormia dejando confiada y tranquila avanzar la inmensa ciudad por entre raudales de luz.

VII

Cierta noche (siempre es noche dentro del sepulcro) aquel hombre despertó.

Luciendo como horrible antorcha herian su vista visiones estrañas; bajo la bóveda de piedra prorumpian desenfrenadas risas. Lívido de coraje se despertó; tomó mayores proporciones la vision y ¡oh terror! una voz que le era conocida le dijo:

—¡Despierta! Moscou, Waterloo, Santa Elena, el destierro, los reyes carceleros, la orgullosa Inglaterra apoyando los codos en tu lecho moribundo no son nada, señor.

Hé aqui tu verdadero castigo.

La voz entonces volvióse bronca, amarga, estridente, áspera como el negro sarcasmo ó la vengativa ironia; era la amarga sonrisa cebándose en un semidios.

¡Señor, te han retirado de tu panteon azul! ¡Señor, te han bajado de tu elevada columna!

Mira, ¿ves esos bandidos que parecen un torbellino de viles insectos, esos repugnantes gitanos, esos vencedores insolentes, que te tienen entre sus manos y te han hecho prisionero?

Su infame pata toca el dedo pulgar de tu pié. Te han cogido.

Tu espiraste como el astro que se pone.

Napoleón el grande, emperador, hoy renace siendo un Bonaparte, un escudero del círculo Beauharnais.

Héte ahí pues en sus filas; puesto que eres suyo te adornan como quieren y hacen de ti lo que quieren. En alta voz te llaman gran hombre y en voz baja te califican de zopo.

Arrastran por París que les contempla estupefacto al verles hacer tanto alarde, sables que en caso necesario sabrian engullir; y dicen á los transeuntes agrupados delante de sus viviendas, óyeles con atencion:

IMPERIO DE GRANDE ESPECTÁCULO.

El papa es uno de los actores de la compañía, que mejor trabajan: pero aun valen mas otros que toman parte á la funcion.

El Czar no es mas que un partiquino, y el papa no es mas que un comparsa al lado del verdadero Bonaparte de bronce. Ese es el sobrino de Napoleón el Grande.

Y Fould, Magnan, Rouher, Parieu-camaleon, hacen furor.

Y así van mostrando al senado los varios autómatas.

Han tomado paja del fondo de las casamatas para rellenar con ella tu águila imperial, vencedor de Jena…

Ahí está, muerta: ¡pobre águila que á tales alturas remontaste tu vuelo del campo de batalla, caes hoy al campo de los regalos y orgias!

Señor vuelven a coser el muaré de tu antiguo trono.

Despues de haber robado á la Francia, como el salteador que roba en el recodo de un bosque, tienen en sus girones manchas de sangre como ves, y en su acetre Sibour lava la ropa sucia.

Y tú, leon formas parte del espectáculo; tu amo es el mono.

Tu nombre de Napoleón primero le sirve de muleta, pues que todo el mundo ve un poco de tu gloria en Austerlitz.

Tu gloria es una gran tentacion para el que no tiene vergüenza.

Cartouche quiere probar fortuna y se mete tu levita gris.

Han puesto tu bandera por tapete en la mesa, y á esta mesa inmunda donde el estafador se hace rico, y se bebe, se juega y se brinda, con el aldeano.

Y tú, tocayo, te mezclas en esa horrible trifulga, y tu mano que enarbolaba la invencible bandera en Lodi, la mano que fulminaba rayos, hoy Bonaparte ayuda a tirar los dados y á cortar la baraja.

Te obligan á beber con ellos, y Carlier toca amistosamente á Vuestra Majestad con un codazo, y el señor Pietri os tutea en su caverna, y Maupas os da golpecitos familiares…

Falsarios, asesinos, estafadores, piratas, ladrones, saben que como tú, tendrán que sufrir el peso de las desdichas, pero entre tanto su sed vacia la copa llena.

¡A tu salud!

Poissy brinda por Santa Elena.

Mira no se ven mas que bailes, regocijos, fiestas mañana y tarde. La muchedumbre se agrupa para verlos al oir el ruido que hacen.

De pié sobre el trípode que rodea una turba bulliciosa, ríendo, bostezando, silbando, gritando, profiriendo mil tempestades; rodeado de pasquines agitando sus cascabeles.

¡Comenzar por Homero y acabar por Callot! ¡Epopea, epopea, qué capítulo final!

Cerca del payaso Tropblong y del juglar Baroche, delante de esa barraca, vil y abyecto bazar donde Mandrino mal lavado se disfraza de César riendo… ¡el infame bandido! y atusándose su espeso bigote.

Y tú, espectro imperial, es el que bates el tambor para atraer concurrentes.

Desvanecióse la horrible vision.

El emperador desesperado lanzó en su amargura un grito de horror bajando los ojos y alzando sus manos aterradas.

Las victorias de mármol esculpidas en la puerta, fantasmas blancos que velan la paz de los sepulcros indicábanse mútuamente con un signo y pegaban el oido á la pared para oir los gemidos del coloso que lloraba en medio de las tinieblas.

Y el infeliz esclamó:

—¿Quién eres, demonio de fúnebres visiones que por todas partes me sigues y que nunca veo en parte alguna?

—Soy tu crímen, contestó la voz.

Llenose entonces el sepulcro de estraño resplandor semejante á la luz de Dios cuando quiere vengarse; é imitando las palabras que Baltasar vió resplandecer y que tanto le aterraron dos palabras escritas en la sombra brillaban sobre César. Bonaparte temblando como el niño á quien arrebatan su madre, alzó su pálido rostro y leyó estas palabras:

¡DIEZ Y OCHO DE BRUMARIO!

Jersey, 30 de Noviembre de 1852.

LIBRO SEXTO

LA ESTABILIDAD ESTÁ ASEGURADA

CANTO I

Napoleón III.

Con qué es verdad, con qué es evidente que aun cuando debiese sonrojarse de vergüenza el cielo y la tierra, estás, enano inmundo agazapado debajo de ese nombre, con qué es verdad digo que aquella grande gloria es tu guarida, tu refugio, tu mansion.

A pesar de que nunca la fortuna suele ser constante, te ves por fin sentado encima de tan alta cumbre, y en el sombrero de Essling pones tu orgulloso plumero; y te calzas, pobre pigmeo, sus botas; tomas el nombre de Napoleón en las regiones de la corte, haciendo trabajar á tu tio y saltar como alegre cotorra el águila de Mondovi de percha en percha.

Thersite es el sobrino de Aquiles Peliade.

Para tí se ha hecho una Iliada tan memorable; para ti se trabaron combates tan inauditos; para tí aparecia terrible y dando fuertes latigazos á su ejército el famoso Murat en presencia de los absortos rusos; para ti avanzaban á paso lento y á través de las llamas y del humo los valientes granaderos del imperio; para ti derramaron su sangre en aquellas guerras épicas mi padre y mis tios; para ti hormiguearon los sables y las picas ante las cuales temblaba todo el continente bajo el poder de Atila; para tí se estremeció Londres; para ti ardió Moscou, para tus Deutz y para tu Mascarilles y para que pudieras beber en compañía de las bellas, y sentarte por la noche á la mesa en lugar apartado se hicieron tantas hazañas.

Para el señor Enano y para el señor Chancero cortaron el muslo de un balazo de Lannes y la espada hendió la frente de los soldados chorreando sangre bajo el morrion, el casco y el colback murieron en mitad de su carrera Lassalle en Wagram y Duroc en Reichenbach, y Caulincourt pereció en la gran contienda y murió en Waterloo la Guardia Veterana; para ti oye, al soplo de los vientos que agitan los pinos y arbustos, se descubren tantos cadáveres destrozados en tantas y tantas llanuras.

¡Miserable! Tú te has enriquecido cargando con el precioso botin, haciéndolo pasar del hombre del azar al hombre del destino: tu desvergonzado, te adornas con el mayor desenfado la frente con las coronas que no te pertenecen.

A cada momento oimos chasquear en tus manos jactanciosas aquel látigo prodigioso que sometia á tantos reyes; y sereno y tranquilo adornándote con el adjetivo tercero meditas sobre la significacion de los nombres de Austerlitz, Marengo, Rivoli, San Juan de Acre; y por los caballos del sol haces arrastrar tu fiacre.

Jersey, Diciembre de 1852.

CANTO II

Los mártires.

Aquellas mujeres que llevan á lejanas bastillas son, amigo pueblo, tus hermanas, tus madres y tus hijas.

Su crimen es el de haberte amado como debia.

París ensangrentado, sumiso, siniestro, inanimado, contempla tales horrores y guarda un silencio feroz.

Aquella á quien llevan con una mordaza en la boca gritó:

—¡Abajo la traicion!

Tal es su crimen.

Aquellas mujeres son la fé, la virtud, la razon, la equidad, el pudor, la dignidad, la justicia.

San Lázaro las encierra en su seno, las devora…

Será menester echar abajo este padron de ignominia, y algun dia no quedará de él piedra sobre piedra.

Y cuando les toca su vez, se abre el edificio maldito sacándolas para que luego las metan en coches asquerosos que se las llevan.

¿A dónde van?

El olvido lo sabe y la tumba lo dice á los cipreses y los refiere á los cuervos.

Una de ellas era una madre sagrada.

El dia que la arrastraron hacia el Africa execranda, sus hijos estaban alli para abrazarla antes de marchar; y se los arrojó como si fuesen inmundos reptiles.

La madre con el alma llena de amargura dijo al ver á sus hijos tristes y rechazados.

—¡Partamos!

El pueblo pedia con lágrimas en los ojos perdon para aquella madre, clemencia para aquellos hijos…

Mas el alguacil rabiante y acariciando sus gruesos bigotes hizo entrar a la madre por fuerza, y empujándola con sus innobles manos al coche que debia llevarla y cuya puerta era estrecha y baja, por la cual la pobre mujer á duras penas pudo pasar.

Asi las llevan a todas, enfermas, encerradas en el fatal carruaje de asquerosas celdas, en las cuales el cautivo sin aire, sin luz, sin lágrimas en los ojos, no es otra cosa que un cadáver vivo sentado en su sepulcro.

Durante el camino se oyen sus gritos desesperados.

El pueblo, embrutecido á fuerza de esclavizado mira con indiferencia pasar aquellas mártires.

En Tolon las deja el carruaje, y las toma el ponton, y en él, sin vestidos, sin pan y bajo el palo, pasan el mar, viudas, solas en el mundo, comiendo con los dedos en la inmunda gamella.

Bruselas, Julio de 1852.

CANTO III

Himno de los desterrados.

¡Roguemos, hermanos, sin enojos!

A Vos, Dios Eterno, se elevan los ojos
Y brazos de aquellos que ofrecen al par
El llanto y cadenas… los tristes despojos
Que su honra y nobleza han logrado alcanzar.

Si hoy por el crimen sufrimos,
Él tambien castigo habrá.
Aves á quien bendecimos,
Nuestras familias allá
Lloran… ¡Ah! ¿quién les dirá
El amor que á ellas sentimos?

Vos que leeis en el pensamiento,

Oid hoy la queja y amargo lamento
Del pobre proscrito que os ruega, gran Dios,
Que olviden los hombres su pena y tormento…
En cambio á la patria gran prez dadle Vos.

Si hoy por el crimen sufrimos,
Él tambien castigo habrá.
Aves a quien bendecimos,
Nuestras familias allá
Lloran… ¡Ah! ¿quién les dirá
El amor que á ellas sentimos?

Con sus rayos el sol nos ateza.

Despues de un trabajo de ruda dureza
Nos es imposible tranquilos dormir;
Atroz calentura nos da en la cabeza
El miasma que Vos veis del agua salir.

Si hoy por el crimen sufrimos,
Él tambien castigo habrá.
Aves á quien bendecimos,
Nuestras familias allá Lloran…

¡Ah! ¿quién les dirá
El amor que a ellas sentimos?

Sed tenemos y el agua es ardiente,

Y el pan que comemos mirad, Dios clemente,
Es negro y es duro; y la muerte precoz
Surgiendo incesante vereis de repente
Cogernos por turno con risa feroz.

Si hoy por el crimen sufrimos,
Él tambien castigo habrá.
Aves á quien bendecimos,
Nuestras familias allá
Lloran… ¡Ah! ¿quién les dirá
El amor que a ellas sentimos?

Mas ¡qué importa! no nos humillamos.

Tortura nos dan y contentos estamos
Y hasta en vosotros infunde placer
Que Dios en los tiempos que infames miramos
Nos haya querido en el luto escoger.

Si hoy por el crimen sufrimos,
Él tambien castigo habrá.
Aves á quien bendecimos,
Nuestras familias allá
Lloran… ¡Ah! quién les dirá
¿El amor que á ellas sentimos?

¡Oh! ¡viva la República, viva!

Paz, paz en la tumba ¡verdad positiva!
Y paz en los frios abismos del mal
Que mezclan del Africa lágrima altiva
Con queja y dolor de Cayena infernal.

Si hoy por el crimen sufrimos,
Él tambien castigo habrá.
Aves á quien bendecimos,
Nuestras familias allá
Lloran… ¡Ah! ¿quién les dirá
El amor que á ellas sentimos?

Jersey, Julio de 1853.

CANTO IV

Canción.

En Rogel Tower, cantar
Paseando cierto día,
Oímos cien voces al mar
Y que con voz muy sombría
Estas palabras decía:

«Salid, sublimes verdades,
Del letargo en que os hallais.
Si como en otras edades
Para ostentaros buscáis
Horizontes do brilláis.

«El mundo yace cautivo
A los pies del opresor.
Sin leyes, ni honor altivo,
Sin virtudes ni pudor.
Id al trono del Señor,

Y decidle que sois hijas
Del alma franca y leal
Que piensa; en ondas prolijas
Rosadas y de metal
Soplad del dia el fanal.

Y dejad pasar la nube
Que da el rayo aterrador,
Y el clamor que al cielo sube.
Arrostrad todo furor,
Como el proscrito el dolor.

Jersey, Octubre de 1852.

CANTO V

Deslumbramientos.

¡Oh! tiempos milagrosos, homéricas alegrías, risas de Europa y de ambas Américas, llagas que no quereis cerraros, dioses que nunca estais de acuerdo, vírgenes que mirais mal, fenómenos vivientes, cosas inauditas, candideces y enormidades propaladas á todas horas, alquitran declarado fétido por el cebo, Judas oliendo á Shylock y gritando:

—¡Es un judío!

El arsénico indignado denunciando la morfina, la banasta injuriando el mojon, Mesalina echando en cara á Gotona su descaro, y Dupin acusando de cobardia á Sauzee.

Sí, el merodeador insulta al capeador, Falstaff señala con el dedo el abdomen de Sileno, Lacenaire haciéndose el púdico y fingiéndose ruborizado, dice bajando los ojos:

—He visto pasar á Castaing.

Tengo el derecho de contemplar nuestros tiempos y los contemplo y los medito.

Siendo mi destino sufrir, el reir será mi recompensa.

No sé como se compondrá esa pobre Clio para salir del enredo en que se halla nietida.

Mis meditaciones penetran hasta el fondo de ese reinado cuando por la noche no pudiendo conciliar el sueño me asomo a la ventana pensativo y cuando allá bajo en medio de la sombra y a través de las olas veo brillar el faro cerca de San Malo.

¡Con que existe ese momento!… ¡ridículo estupor! Lo vemos, lo contemplamos en toda su realidad… Mas no es posible.

Ahí está el imperio reformado por algunos fanfarrones.

Bonaparte el Grande dormia ¡qué asechanza! dormia en su tumba absuelto por la patria, cuando de repente unos malvados hicieron horrible carnicería que duró todo un dia y desde la noche hasta la mañana siguiente, de la cual brotó Napoleón el Enano.

El destino, ministro implacable de la expiacion, tiñó su dedo siniestro en toda aquella sangre derramada para borronear como afrenta en la gloria hecha a pedazos dicha caricatura era un lado de aquella tumba.

¡Este mundo prospera, que prospera os digo! La desvergüenza está gordiflona… ¡Época estravagante!

Con la mano en el corazon dice:

—Yo miento, *ergo sum*, luego soy.

Los dias, los meses y los años pasan; ese flemático, ese oscuro sonámbulo bruscamente frenético á quien Schwelcher llama el presidente Obus[C6A], reina continuando en el abuso de los crímenes.

¡Oh espectáculo! en pleno dia anda y se pasea ese horrible sér que insulta la dignidad humana.

Ostenta todo su horror teniendo á su disposicion todo un rebaño de Suins y de Fortouls que, como parásitos, viven de su piel mostrando su desnudez, cinismo, infamia, indignidad, sin tapar siquiera con un pámpano á Baroche.

Con todo descaro enseña á Maquiavelo su palabra de honor muerta en infame desafío y tendida en elfsuelo, lo cual le causa infinita alegria.

Derrama el oro a manos llenas.

Venid, venid, que su prodigalidad es patente y notoria.

Magnan abre sus garras y Troplong alarga la pata.

Todo va bien. Los subbellacos ayudan al bellaco en jefe.

Todo es hermoso, todo es bueno y todo es justo.

En una palabra, la Iglesia lo sostiene, la Opera lo aplaude.

Puesto que robó, un *Te-Deum*; puesto que estranguló, CANTAD.

Leyes, costumbres, amo, criados, todo está á proporcion; es un bivaque de mendigos espléndido y brillante; el desprecio aplaude, admira y dice:

—¡Valor!

Esto es repugnante. Lo envuelto se parece á lo envolvente ¡qué coleccion! ¡qué eleccion! ¡qué Tragaluz! La una proviene de Loyola, la otra emana de Baboeuf.

Nunca han visto los venecianos, bergameses y romanos pasar tantas máscaras sobre tantos bofetones.

La sociedad sigue sin objeto, sin fin, sin luz, sin derecho, y el revés de la casaca ha venido á ser la cara. La inmundicia se corrompe en la cumbre del Estado. Los traperos van durante la noche husmeando su presa encorvados y alargando su gancho hacia el Senado. Mirad á ese pillo normando, corso y auvernés que habia sido creado para envejecer como un belitre y morir como un miserable. Miradle bien, hoy es un presidente, es un gobernador, es un ministro.

Ese truan que se llama católico, vivia en otro tiempo muy flaco; habitaba en el fondo de un chiribitil, donde no habia mas mueble que una cama hecha y deshecha por la pobre portera, y que desde el alba ostentaba los girones, esparciendo un olor acre repugnante, nauseabundo, exalando en su madriguera el olor de un perro sucio y mojado: ahora aconseja al Estado por veinte y cinco mil pesetas al año.

Aquel hombrecillo era tenedor de libros en un establecimiento de la rubia Marsella, en el pais del maestral; cometió algunos fraudes, y ahora le vemos procurador general.

Aquel que corria por las ferias con un mono al hombro, es diputado.

El otro, porque tenia muy poca ropa blanca, entraba de puntillas en las casas agenas ó entreabria algun armario de vastos cajones y se calaba la túnica del propietario ó rico ausente. Ningun mortal ha sentido jamás de una manera mas cinica el prurito de apoderarse de las camisas ajenas: ayer era caco, hoy es juez.

Aquellos otros, capellanes de pega, hacen poner cuando les acomoda, una encíclica al padre santo acurrucado. Son gacetilleros muy poderosos y encopetados, como que son los amigos particulares de Dios.

Sabed que esos beatos cuando hablan del templo como si fuera su propia casa, tienen mucha razon; y yo, por ejemplo, les aplaudo siempre que afectan tener mucha intimidad con los pobretes santos del cielo. Sin duda alguna Veuillot habria podido vivir con san Antonio.

Aquel otro es general, así como habria podido ser canónigo; porque en vez de una barba como todas las personas tiene tres eminencias carnosas en la cara, y está muy gordo.

El otro es un estafador.

El otro vió romper una veintena de palos á su espalda.

El otro es un admirable canalla que cuando el frio nos punza y martiriza en enero, llevaba para guardarse del frio á mas de unos zapatos oblicuos de dudosos tacones, dos pantalones cuyos agujeros no estaban por fortuna uno sobre otro: hoy en dia es senador que se ceba en el presupuesto del imperio. En verdad me pesa el tiempo que estaba en la abyeccion y miseria.

Aquel abdomen digno de Hautpoul; aquella nariz propia de un Argout; aquel sacerdote, en fin, es la desvergüenza elevada á su apogeo. Pasemos aprisa. La historia abrevia y describe á Royer de un latigazo, á Mongis de un puntapié, y se aparta enseguida.

Pero Royer se frota las manos y Mongis vuelve á sentarse tranquilo. No hay nada mas que decir. ¿Qué les importa la afrenta? el oprobio engorda.

En cuanto al amo que odia y detesta á los curiosos, la prensa, la tribuna, y no quiere para su brillante reinado ni miradas ni testigos, debe de estar contento; le ha salido mejor la cosa de lo que sin duda esperaba.

César delante de su corte, de su poder y de su cuádriga, de sus leyes y de sus servidores llenos de bordados y galones, quiere que todo el mundo cierre los ojos; pero las personas se tapan la nariz.

Tomad á ese Beauharnais como tomariais una loba, examinad, escudriñad, miradal hombre y todo lo que le atañe, y no encontrareis la menor sombra de un instinto bueno. Es vil y es feroz como el animal salvaje.

Y así en todos ellos el hombre no existe, y lo que sumerge el alma en un profundo estupor es la perfeccion de esos inmundos miserables.

A ese conjunto se une un cúmulo de horrorosos parásitos, un monton de Tribodets y Sancho Panzas. Han cobrado dinero de veinte gobiernos distintos. No falta ninguna indignidad á esa buena gente; Rufins asmáticos, Verres gotosos, Sejans achacosos y gastados, sillas de todos los tiranos, senadores ómnibus.

El que fué antiguamente asalariado ó el que tenia la dignidad de alcalde; el que mató a Luis XVI ó el que dió el voto como de Maistre; los que han tenido su butaca en todos los Luxemburgos y han visto a los Maurys, se han hecho amigos y secuaces de los Sibours.

Son muy alegres, y al referir sus antiguas francachelas se rascan la calabaza con estrepitosas carcajadas.

Habiendo sido en la época en que tenian algun pelo, cobardes para el tio, son ahora abyectos para el sobrino.

Como gruesos mandarines chinos que adoran el Tártaro, traen su corazon, su virtud, su catarro, y prosternan patizambos su bajeza degenerada en imbecilidad ante la majestad augusta del césar de nuevo cuño.

Esa banda se abraza y entrega a la mas grande alegria… ¡buena concordia puede reinar tratándose de una manada de buitres y gansos!

Emperadores romanos cuyas cenizas están hoy cerradas bajo las losas del sepulcro, que haciais discutir en el senado los rodaballos, y tú, última Lagida, reina de cuello de cisne, y tú, sacerdote Alejandro VI, que solo piensas en la viña del Señor, déspotas de Alemania encerrados en el Rømer, Nemrod, que aborreces al cielo, Jerjes, que azotas el mar, Caifás, que labraste la corona de espinas, Claudio, que despues de Mesalina desposaste á Agripina, Cayo, que fuiste nombrado césar, Comodo, que fuiste elevado al rango de los dioses, Iturbide, Rosas, Mazarino, Richelieu, frailes que arrojais al Dante y destruis á Galileo, Santo Oficio, Consejo de los Diez, Cámara Estrellada, parlamentos oscuros llenos de decretos y registros, y vosotros, sultanes, los Murads, los Achmets, los Selims, reyes que se enseñan á los niños en todos los silabarios, papas, duques, emperadores, principes, cúmulo de Tiberios, verdugos ensangrentados siempre, y siempre tambien divinizados, tiranos, enseñadme si los conoceis, enseñadme, digo, el lugar, el punto, el límite donde termina la cobardía pública y la bajeza humana.

Entre tanto el violin hace saltar todo eso.

¡Baile en las Casas consistoriales!

¡Gala en el Luxemburgo!

¡Ea, jueces, bailad la danza de la espada! Fould y Maupas: bailad una polka con vuestro cartelon.

Tú, Persil-guillotina de perfil de cuchillo, oso que Boustrapa enseña y tiene por la cincha, baila tambien; y vosotros, Billault, Parieu, Drouyn, Lebæuf, Delangle, bailad

un wals, ytú, Dupin, baila una danza grotesca ya que eres el horrible Bufon.

Hienas, lobos, chacales no definidos por Buffon, Leroy, ni Forey, asesinos que empleais el acero enmohecido, bailad; sí, bailad, Berger, Haudpoul y Murat.

Entre tanto hay hombres que agonizan en el destierro, en Cayena, en Blidah. Y en el *Duguesclin* y en el *Canadá* mueren consumidos por la calentura y la miseria niños de diez años, es decir, malvados que es preciso exterminar; y las madres, llorando bajo el hombre triunfante, no saben siquiera donde yace el cadáver de sus hijos.

Y el verdugo reaparece saliendo de su retiro; y por la noche se oyen execrables carretas que atraviesan la ciudad, y á las cuales siguen con paso lento, llevando en ellas miembros palpitantes que saltan todavía dentro de cestos ensangrentados…

¡Oh! ¡basta, basta! dejadme huir á la orilla; dejadme respirar el perfume de las olas salvajes.

Jersey, tierra libre que sonries en medio de los mares sombríos, donde florecen las retamas y pace el cordero los verdes prados; la espuma arroja sobre las rocas sus gasas blancas y trasparentes; y en ciertos momentos aparece en la cumbre de las colinas entregando sus crines despeinadas al viento jugueton, un caballo desbocado que relincha en los cielos.

Jersey, Mayo de 1853.

CANTO VI

A los que duermen.

Basta de abyeccion y oprobio, despertad, recoged pólvora, balas y fusiles; hora es ya de que suba la marea. ¡Basta de ignominia, ciudadanos!

Remangaos pues las blusas y recordad que los hombres del noventa y dos hicieron frente á veinte reyes combatientes.

Romped las cadenas, derribad las cárceles.

¡Cómo! ¿Teneis miedo á esos bribones? Vuestros padres desafiaban á los titanes.

Alzaos, fulminad vuestros rayos á la horda y á su jefe; en favor vuestro teneis á Dios, si en contra teneis al sacerdote.

Solo Dios es soberano.

Ante él nadie es fuerte; todos son perecederos.

El arroja como un perro el enorme tigre de los arenales y el dragon cruel de los mares.

Con solo soplar encima, como el pájaro que se posa en un árbol, puede hacer volar de su templo de mármol los ídolos de bronce.

¿Qué no estais armados?

¡Nada importa!

Toma tú la horquilla, toma tú el martillo, arranca el gozne de tu puerta, llena de piedras tus bolsillos; y lanzad el grito de esperanza.

Volved á ser la gran Francia.

Volved á ser el gran París.

Trémulos de coraje, libertad á vuestra patria de la esclavitud, libertad vuestra memoria del desprecio.

¡Pues qué! ¡será hasta menester citaros los realistas!

En los dias de la lucha suprema todos eran grandes.

¿Qué se veia entonces? El valor realzando á cada uno al doble de lo que era.

Lo mismo se observaba en ambos campamentos. ¿No es verdad, pais breton, pais de la Vendée?

Para vencer un baluarte, para romper una muralla, para tomar cien cañones que vomitaban metralla, bastó tan solo un palo.

Si permaneceis en esa abyeccion, si así seguís un dia tan solo, si así seguís una hora mas, rompo el clarin y el tambor, y desprecio á los pusilánimes.

¡Oh antiguo pueblo de los dias sublimes! gigantes con quienes os mezclabais, dejadles temblar en medio de su calentura, porque yo os declaro que esas liebres no

pueden ser vuestros hijos, porque vosotros erais valerosos leones.

Jersey, Setiembre de 1853.

CANTO VII

La luz.

Francia, por mas que te asombras
Te llamamos, los proscritos.
Oidos tienen las sombras,
Los abismos tienen gritos.

El despotismo, sin gloria,
Tras el pueblo acobardado
Cierra la reja de escoria
Del error mas obstinado.

Cerrado tiene el enjambre
De héroes y pensadores;
Mas la Idea es el alambre
Que rompe hierros mayores.

Como en el Noventa y Uno
Dará un vuelo soberano;
Que encerrar con bronce alguno
La Idea es empeño vano.

Cubre el mundo oscuridad;
Mas la Idea luce, brilla
É inunda de claridad
La noche á que hundiendo humilla.

Es solitario fanal
Que de los cielos desciende,
Es lámpara terrenal
Que el Eterno mismo enciende.

Del alma aplaca el dolor,
Calma en vida, hasta ser muerto;
Muestra á los malos su error,
Muestra á los buenos el puerto.

Al ver entre niebla oscura
A la Idea en majestuoso
Vuelo, siempre grande y pura,
Hácia el cénit misterioso,

Los odios y el fanatismo
Huyen, huyen con rubor,
Como el vil que por cinismo,
Por crímen, odia el fulgor.

Contemplad la Idea altiva,
Oh naciones; desde ahora
La luz que su frente aviva
Será la luz creadora.

Jersey, Julio de 1853.

CANTO VIII

A las mujeres.

Cuando todo se empequeñece, vosotras, mujeres, permaneceis grandes.

En vano, adornando con guirnaldas de flores las paredes manchadas de sangre, han abierto los salones de baile.

Vosotras, bellas hermanas, en presencia de tales malhechores convertidos en danzarines, encogeis vuestros hombros hechiceros.

¡Castigo a los malvados! Vuestra sonrisa divina es el esterminio de esos bribones.

En vano lucen su hermoso frac bordado; en vano se han puesto para agradaros, guantes que oculten sus garras, y en vano han dorado los alamares de su vil tricornio.

Vosotras escarneceis, haceis mofa de tales guantes, adornos y elegancias. Ese imperio tan reciente está ya lleno de moho para vosotras.

Dios os lo ha concedido todo, mujeres; ha querido que tan solo los alciones hiciesen frente a la borrasca y que siendo la hermosura fueseis tambien el valor.

Las mujeres aquí bajo y los abuelos allá arriba, son lo único nos queda. Que nos queda.

¡Abyèccion! nuestros ojos se sumergen en una noche mas tenebrosa y opaca siempre.

Si, el pueblo francés, sí, el pueblo mesias, sí, el gran forjador del derecho universal, cuyo yunque desde sesenta años a esta parte brilla y resuena bajo los cielos, cuyo hogar chispea incesantemente, y que hizo volar cual terrible esplosion las torres de la Bastilla, que destruyó con solo levantarse con impeta soberano, mil años de monarquía; sí, ese pueblo cuyo aliento asi como el humo, envolvia en torbellino los reyes y los ejércitos; y cuando se enojaba pulverizaba con su palo el gigante Robespierre y el coloso Danton; si, ese pueblo invencible, ese pueblo altivo tiembla hoy, palidece, se estremece como la yerba al soplo del viento, rechina los dientes, se oculta y no osa decir una palabra en presencia del zorro Magnan y del botarate Troplong.

Si, eso es lo que estamos viendo: sujetándonos con sus garras, y devorando los millones en presencia de las miserias los Fortoul, los Rouher, seres que sorprenden por su descaro y alardes. Todos callan ante ellos.

Nuestros amos rufianes juntan en Cayena, en el presidio, en el abismo de la agonía, el heroismo con la ignominia, y todos callan.

Los pontones oyen el estertor del moribundo, ¿y qué se replica? nada.

En Africa vemos presidarios niños ó mejor niños presidarios ¿y qué?

¡Cuidado con mostrar una lágrima! si quereis llorar, llorad en secreto.

El verdugo, siniestro segador, de pié en su carreta, vuelve de la siega con el cesto lleno. Nadie chista.

Ahí está ese Tiberio Ezzelin que se cree ser un escorpion no siendo mas que una miserable escolopendra, fusilando y manifestándose envidioso de Haynau que puede ahorcar, salpicado de sangre, aplaudido por la clerigalla; ahí está ese césar murciélago que dice á los reyes:

—Mirad mi cetro.

Yque dice á los malvados:

—Mirad mi crimen.

Ese vencedor que, bendecido, lavado, sagrado, sublime, revestido con doble púrpura, se sienta en la historia, llevando un globo en su mano y con una bomba á sus piés, nos escupe á la cara, es decir, reina; ¡y nadie se mueve!

Y en vosotras, mujeres, es solamente en quien se ve brotar el carmin de la vergüenza; vosotras sois las solas que os levantais demostrando vuestra indignacion.

Mujeres, con el seno henchido de amargura, y con los ojos preñados de lágrimas acriminais al tirano, vosotras consolais las tumbas, y el buitre tiembla bajo el pico de las palomas.

Y yo, proscrito pensativo, os digo:

—¡Gloria á vosotras!

Si, vosotras sois el sexo altivo y dulce, ferviente en la abnegacion y sacrificio, ferviente en los sufrimientos; dispuesto siempre á la lucha, en Betulia como en Francia, y cuya alma se remonta al igual de la de los héroes.

De allí donde se levanta Judit surge Carlotte.

Mezclais con el valor la melancolía. Sois Porcia, sois Cornelia, sois Arria que se desangra y sonrie.

Si, vosotras siempre teneis el mismo ánimo que realza y sostiene las naciones derribadas, que suscita la Judía y los siete Macabeos, que en ti, Juana de Arco, hace revivir á Amadis, y que en el camino de los tiranos malditos, para aterrorizarlos en medio de su gloria efímera, pone unas veces una vírgen, otras veces una madre.

Tanto es así, que en ciertos momentos cuando en nuestras visiones contemplamos en los cielos, sacudiendo su espada fulminante, la escelsa aparicion de una figura alada, San Miguel hollando con sus piés la hidra cubierta de escamas, decimos:

—Es la Gloria, es la Libertad.

Y creemos al ver tanta gracia y hermosura, cuando buscamos en la mente el nombre que debemos darle, que el arcángel es una mujer mas que un hombre.

Jersey, Mayo de 1853.

CANTO IX

Al pueblo.

Se te parece a ti; es terrible y es pacifico; está perfectamente al nivel del infinito, es el movimiento, es la inmensidad; apaciguado con un rayo, y con un ligero soplo vuelto á su agitacion. Unas veces lanza un canto de armonía, otras veces un ronco fragor.

Los monstruos se agitan cómodamente en las profundidades verdinegras del abismo, en el cual germina la tromba.

Tiene espacios desconocidos que aquellos que han querido esplorarlos, han perecido en ellos y no han vuelto de allá todavía, y bajo su enormidad el coloso zozobra ó se agita con vigoroso movimiento.

Como tú á los déspotas, destruye él los navios.

El faro es para él lo que para tí es el espíritu, la razon.

Unas veces aniquila, y otras acaricia sin que nadie mas que Dios sepa el porqué.

Sus olas que se dejan oir como el choque de las armas, llena las sombras de la noche de monstruosos rumores.

Y todos sabemos que esa gran mole que como tú, abismo humano, se ha ruborizado hoy, mañana devorará.

Su honda es una espada tan terrible como la maza.

Canta un himno inmenso a la salida del astro Venus.

Su formidable redondez, zafiro universal, admite á su espejo todos los astros del cielo.

Tiene fuerza enorme y gracia sublime; desarraiga un peñasco y respeta una hebra de menuda yerba.

Como ti, arroja la espuma á las cumbres mas altas.

¡Oh pueblo! pero el Océano no engaña nunca, cuando con la mirada fija y de pié sobre su sagrado arenal espera pensativo la hora de su marea.

A bordo del Océano, Julio de 1853.

CANTO X

Ignominia y afrenta.

Traed vuestros calderos, hechiceras de Shakspeare, hechiceras de Macbeth; tomad todo el imperio, es decir, el antiguo y el nuevo; poned al grueso Berger y al conde Frochot en un mismo caldero, y poned á Maupas con Real, á Hullin sobre Espinasse, el dia de san Napoleón con el de san Ignacio, á Fould y Mazet, á Fouche gastado y á Troplong podrido; retirad Austerlitz y añadid Sartory: inclinaos con las trenzas despeinadas, la mirada ardiente y la garganta descubierta; soplad con toda la fuerza de vuestros pulmones el fuego por medio de la retorta; procurad que lo pequeño se desprenda de lo grande, haced evaporar á Baroche y Talleyrand, el sobrino que baja mientras su tio sube.

¿Qué queda en el fondo del alambique?

El oprobio.

Jersy, Abril de 1853.

CANTO XI

El partido del crimen.

«Amigos y hermanos, en presencia de ese gobierno infame que es la negacion de toda moral y el obstáculo de todos los progresos sociales; en presencia de ese gobierno asesino del pueblo y violador de las leyes, de ese gobierno nacido de la fuerza y que por la fuerza ha de perecer, de ese gobierno elevado por el crimen y que ha de ser derrocado por el derecho, el francés digno del nombre de ciudadano, no sabe ni quiere saber si hay algo de apariencias de escrutinio, de comedias de sufragio universal y de parodias de llamamiento á la nacion; no se informa de si hay ó no hombres que votan y hombres que hacen votar, de si hay un rebaño que se llama el senado y delibera y otro rebaño que se llama pueblo y obedece; no se informa de si el papa va á consagrar en el altar mayor de Nuestra Señora al hombre que, no lo dudeis, porque es el porvenir inevitable, será infamado en el patibulo por el verdugo; en presencia del señor Bonaparte y de su gobierno, el ciudadano digno de tal nombre, no hace mas ni tiene que hacer mas que una cosa: cargar su fusil y esperar la hora».

«Jersey, 31 de Octubre de 1852».

Esa fué la declaracion de los proscritos republicanos de Jersey que á propósito del imperio publicó el MONITOR *francés, y firmaron por copia conforme los republicanos.*

VICTOR HUGO, FAURE, FOMBERTAUX.

«Censuramos con la energía mas vigorosa de nuestra alma los innobles y culpables manifiestos del PARTIDO DEL CRÍMEN».

RIANCEY. Periódico *La Union*, 22 de Diciembre.

«EL PARTIDO DEL CRÍMEN vuelve á levantar la cabeza».

Todos los periódicos elíseos en coro.

I

Así pues, ese gobierno cuyas uñas son garras, esa máscara imperial, ese Bonaparte apócrifo que sin duda alguna es un Beauharnais, ó tal vez un Verhuell, que para crucificarla entregó cual esbirro cruel, la Roma republicana á la Roma católica; ese hombre, el asesino de la cosa pública, ese medrado escogido ciegamente por el destino, ese gloton remedando al personaje ambicioso, esa alteza cualquiera, hábil y diestra en provocar las catástrofes, ese lobo á quien suelto una jauría de versos, ese asesinador de toros salvajes, ese desuella caballos, ha hecho de un dia de gloria y orgullo un dia de deshonra y afrenta, ha puesto sobre el esplendor un crimen manchando así la victoria…

¡¡¡El infame ha robado!!!

Austerlitz tiene su historia; y él, el bandido, para conquistar un trofeo, ha empuñado el puñal asesino; y ha destruido al propietario, al obrero, al campesino; ha hecho de infinitos cadáveres una horrible pirámide detrás de la cité Bergere; sable en mano ha luchado contra su propio juramento, asesinando las leyes y el gobierno, la justicia, el honor, todo, hasta la esperanza; se ha teñido todo de sangre, de tu pura sangre, Francia infeliz, así como todos nuestros rios, desde el Sena hasta el Var.

Ha conquistado el Louvre, cuando merecia la recompensa de que le diesen Clamar.

Y ahora reina, patria mia, poniendo su vil y fangoso tacon en tu boca ensangrentada.

Ved ahí lo que ha hecho; nada exagero.

Y cuando nosotros, indignados de ese galeote y de todos los satélites de esta dictadura, creyendo soñar una aventura þorrible, decimos llenos de repugnancia y horror:

—¡Marchemos, ciudadanos! ¡pueblo á las armas, á las barricadas! ¡abajo ese sable abyecto que ni siquiera merece el nombre de maza! ¡Vuelva á brillar la luz y osténtese otra vez el derecho!

Nosotros, nosotros los proscritos, somos llamados malvados y atrevidos; nosotros los asesinados, somos los bandidos; nosotros somos los que queremos el asesinato y las guerras civiles; nosotros los que pegamos fuego a los cuatro ángulos de las ciudades.

II

Asi pues, reinar por medio de la matanza, conculcar el derecho, ser falaz, impudente, cinico, atroz, malicioso; decir:

—Yo soy césar.

Y no ser mas que in bergante; ahogar el pensamiento, la vida, el corazon; obligar que retroceda el Ochenta y Nueve que avanza; suprimir las leyes, la tribuna y la prensa; poner un bozal á la gran nacion, cual si fuese indómita fiera; reinar por la

fuerza armada y desde el fondo de una alcoba; restaurar los abusos en provecho de los hombres sin conciencia; entregar ese pobre pueblo a los voraces Troplongs, so pretesto de que en otros tiempos fué devorado por las leyes y los señores feudales; hacer comer a los perros ese resto de leones; tomar sencillamente para sí los palacios y los millones; declararse bonitamente sátrapa y llevar con todo descaro una vida de orgia, crápula y libertinaje; torturar á los héroes en execrable mazmorra; desterrar á todos los que tienen firmeza y dignidad; vivir rodeado de rateros como vivia en otro tiempo el déspota de Bizancio; ser el brazo que asesina y la mano que baraja, eso es aquí la justicia y la virtud, pueblo infeliz.

Y confesar el derecho abatido hoy por el asesinato; confesarlo en el destierro a través del incienso y de la adulacion; decir á la faz de los tiranos, decir á la faz de los ejércitos:

—Vuestros nombres son la Violencia, la Injusticia y la Fuerza; vosotros sois los soldados, vosotros sois los cañones; la tierra está sometida a vuestros piés lo mismo que vuestro reino; vosotros sois el coloso, y nosotros somos el átomo.

Pues bien, luchemos, tal es nuestra voluntad; luchemos, vosotros por la opresion, nosotros por la libertad.

Mostrar los negros pontones, mostrar las catacumbas y esclamar de pié en las losas de los sepulcros:

—Franceses, temed el que algun dia podais arrepentiros de las lágrimas de los inocentes y de los huesos de los mártires.

O bien que digamos a nuestra patria:

—Querida Francia, resucita; destruye á ese hombre sepulcro; arranca de tu seno á ese Neron parásito; sal de la tierra, hermosa y ensangrentada, y álzate llevando en una mano la espada y en otra la ley.

Lanzar ese grito del fondo de su alma proscrita; atacar al pirata; desenmascarar al hipócrita para que hable el honor y porque es necesario, es un crimen.

Si, todo eso es el crimen.

Ya lo oyes, Dios eterno, ya oyes lo que dicen en tu presencia. Testigo siempre eterno á quien no escapa la menor sombra, he ahí lo que ostentan y publican á tu vista inmortal.

III

¡Cómo! la sangre chorrea todavia de las manos de todos esos criminales. ¡Cómo! los muertos, niños, vírgenes, ancianos, mujeres en cinta, han tenido apenas tiempo de descomponerse en la huesa. ¡Cómo! París mana sangre todavía. ¡Cómo! á los ojos de todos se ve el falso juramento que se cierne sobre los aires; y aun hablan de tal manera ese hato de seres inmundos… ¡qué cólera no ha de estallar viendo tan profundo sarcasmo!

IV

Y aun varios insolentes triunfantes y colorados por la crapula, se atréven á reponer:

—Ese ruido que se oye no me deja dormir. Callad, que todo va bien; los mercaderes triplican sus negocios y nuestras mujeres no son mas que flores, cintas y encajes.

—¿De qué se quejan, pues? esclama otro quidam. Paseándome por la acera y sin trabajar gano cada dia trescientos francos en la Bolsa. El oro corre hoy como el agua de las fuentes; los oficiales albañiles ganan un jornal de tres pesetas y media. ¡Esto es soberbio, magnífico! Parece que París se ha revuelto de arriba á bajo. ¿Quién no conoce que hemos arrojado á los demagogos? Y era lo que mejor podia hacerse. Hoy aplaudo los bailes y las églogas del principe á quien sin razon acusábamos antes. ¿Y qué se me importa á mí que hayan echado afuera á varios necios? En cuanto a los muertos, bien muertos están ¡paz á esos imbéciles! ¡vivan las personas de juicio! ¡vivan esos tiempos fáciles en que se puede tomar á eleccion el crédito mobiliario ó el crédito inmueble! La República roja ladra desde su cueva; eso es horrible; ¡la libertad, los derechos y el progreso son hojarascas! Ayer mismo no sacaba mas que un franco de ganancia; y no comprendo, lo confieso, debo ser franco, tales declamaciones que para mi son indiferentes; así como tampoco comprendo la baja del honor en el alza de los fondos.

V

¡Oh lenguaje indigno é infame! ¡Y hay personas que lo usan! ¡Y hay personas que lo oyen!

Pues bien, sabed, repletos de corazon alegre; permitid que os lo digamos de una vez para siempre: nosotros, los vagabundos, dispersos por los caminos errantes, sin pasaporte, sin nombre, familia ni hogar, nosotros los proscritos á quien nadie puede doblegar, nosotros no aceptamos el que un pueblo se embrutezca y que ademas no queremos á pesar de querer justicia, valernos de represalias ni de ningun cadalso; nosotros, digo, los vencidos sobre quien prevalece Mandrino, para que la libertad reviva, ¡y muera el oprobio!, para que en todas las frentes brille la pureza y nitidez del honor, para libertar á los romanos, lombardos, germanos y húngaros, para hacer irradiar el sol de todos los derechos, la República madre en el centro de la Europa, para reconciliar el palacio y la casucha, para hacer renacer la flor Fraternidad, para fundar del trabajo el derecho incontestable, para sacar á los mártires de las infames y lóbregas mazmorras, para volver á los hijos el padre y á las mujeres los maridos, para que, en fin, ese gran siglo y esa gran nacion se vean exentas de la abyeccion, es decir, de Bonaparte, para alcanzar ese noble fin á que aspira nuestra alma, nosotros nos

declaramos dispuestos, dispuestos ¿lo ois bien? El sacrificio lo es todo, el sufrimiento no es nada; dispuestos, y cuando Dios de la señal de que tengamos que hacer el sacrificio de nuestra vida, lo haremos sin vacilar; porque al ver lo que se ve, todos deseamos la muerte; y todos estamos mal bajo ese bribon descarado; nosotros viviendo sin patria; vosotros, sin libertad.

VI

Si, tenedlo bien entendido, vosotros á quien ese aire libre importuna y que fundais vuestra riqueza en ese inmundo estercolero, nunca permitiremos que el pueblo quede embrutecido; hasta nuestro postrer aliento llamaremos y escitaremos al socorro de la Francia, casi muerta bajo el peso de las cadenas, la insurreccion santa como nuestros abuelos; y hasta invitaremos a Dios mismo para que fulmine sus rayos contra tanta ignominia**[C6B]**.

Tal es nuestro pensamiento.

Una y mil veces preferimos, aun cuando la suerte debiese aplastarnos debajo de su rueda, ver correr nuestra sangre que encharcarnos en vuestro inmundo cenagal.

Jersey, Noviembre de 1852.

CANTO XII

Es cobardia

No falta quien dice:

—Sed prudentes.

O bien sale con este estribillo.

—«El que quiere herir á Neron se arrastra ó se desliza en la sombra sin publicar nada de lo que pretende. Acuérdate de Ettenheim y de las célebres asechanzas; espera el dia señalado, procura imitar á Chereas que sale de las tinieblas solo, mudo y enmascarado… La prudencia lleva hasta el fin cuando se la sigue. Anda, pues, envuelto en las sombras…

Bien está, dejo para los que quieren vivir mucho tiempo esa virtud tan cobarde.

Jersey, Agosto de 1853.

CANTO XII

A Juvenal.

I

Volvamos a la escuela, querido Juvenal. Hombre del marfil y del oro, baja del tribunal desde donde resuenan tus versos inimitables por espacio de veinte siglos.

Parece, escúchame bien, porque tengo que manifestarte cosas sorprendentes, pero que segun el señor Riancey, son la verdad pura; parece, digo, que cuando ha pasado un poco de tiempo por encima de la sangre, al cabo de un año ó dos… ¡es un descubrimiento magnífico! por mas que digan los muertos con su boca ennegrecida, el asesinato ya no es asesinato y el robo ya no es robo.

Así nos lo afirma tambien el famoso señor Veuillot que participa de la naturaleza de Ignacio de Loyola y de Auriol.

Cuando la hora ha dado la vuelta sobre la esfera del reloj (eso en verdad hace muy poco favor á nuestro entendimiento); con tal que en Nuestra Señora se queme incienso y que el suscritor tenga aficion á los periódicos *bien pensadores*, parece que saliendo de su horrible sudario, jovial y cambiando su huesa en panteon, ayudándole en dicha empresa el señor Fould, y siendo lavado por los jueces y acicalado por las bellas ¡oh prodigio! rodeado de creyentes y de apóstoles, á despecho de los ilusos soñadores y á despecho de nosotros, oscuros y pobres poetas que no comprendemos nada de ello, el mal toma de repente la forma y la figura del bien.

II

Él es, no cabe dudarlo, el apoyo del órden; es buen católico; firma con toda resolucion: *Prosperidad pública*.

La traicion se disfraza de general francés; el arzobispo, deslumbrado, bendice al dios Buen Éxito: ayer era el crimen; pero hoy es una hazaña.

Han vuelto un poco la manga de la Probidad, y punto concluido.

La virtud va cayendo en desuso; y el honor es un viejo loco á quien se debe atar en un oscuro calabozo.

Hagamos, ilustre pensador, que esa nueva moral penetre un poco en nuestros cerebros.

Cuando se tiene la conciencia de vender por veinte lo que se ha comprado por cinco, has de saber que una asechanza por medio de la cual triunfemos, es justa, honrada y signa; enteramente al revés de las mujeres, has de saber que el crimen se

vuelve hermoso á medida que envejece, y que, si al levantar el vuelo era un cuervo, al cernerse en el espacio se vuelve cisne.

Si, todo cadáver que es útil exhala un olor de ámbar.

¿Y á qué viene hablarnos de un crimen de Diciembre cuando estamos en Junio? La yerba ha crecido ya desde entonces.

Toda la cuestion se reduce á lo siguiente:

El hilo, la tela, el algodon y el azúcar en bruto prosperan; y el tiempo entretanto transcurre.

El disforme perjurio y la abyecta traicion tienen la propiedad, á medida que van entrando en años, de perder la abyeccion y la disformidad; y el asesinato siniestro y oscuro y enteramente manchado de lodo, cambia su rostro de espectro en hermosa cara de ángel.

III

Como quiera que al mismo tiempo se convierta en ese trabajo normal la virtud en vicio y el bien en mal, sabe que cuando Saturno ha llenado su mision, Neron es un salvador y Espartaco es un bergante.

En vano se obstina la razon en mover algazara; en vano se empeña la justicia que es hoy una pálida sombra, en murmurar como un soplo en todos los oidos, en medio del caos que nos circunda.

Se deja en su retiro refunfuñar á dichas dos herejes. Narciso gacetero apedrea á Escévola.

Acostumbremos nuestros ojos á semejantes luces, que hacen que todo lo veamos bajo nuevo aspecto y que veamos á Malesherbe mirando á Delangle.

Debemos procurar saber decir: Lebæuf es grande; Persil es bello, y dejemos el pudor en el fondo del aguamanil.

IV

Lo bueno, lo cierto y lo verdadero, es el oro de nuestra caja.

Es estravagante el hombre que cuando todo se desmorona es él solo en protestar en toda una nacion y manifestar á voz en grito el sentir de su alma indignada.

¡Qué demonio! es preciso vivir del aire de las calles y no obstinarse en las cosas que han dejado de ser.

¡Cómo! todo muere aquí bajo, lo mismo el águila que el gusano; el gorgojo perece bajo la nieve de invierno. ¡Cómo! el Puente Nuevo se doblega cuando la corriente ha engrosado mucho. ¡Cómo! los codos de mi levita están agujereados y mis zapatos echados á perder, y mi sombrero de fieltro era nuevo y luego se ha gastado; y quereis, señor mio, que la Verdad pueda abrigar la pretension rara y

estravagante de ser eterna, de no mojarse cuando llueve, de ser hermosa ahora y siempre, de ser reina no teniendo ni un céntimo, y de no morir cuando se le retuerce el pescuezo.

Vamos, dejémonos de bromas, ciudadanos; los hechos y no las teorias debemos creer.

V

Ademas los charlatanes predican á su auditorio de idiotas, soplones, parásitos, estafadores, infieles y de todas las personas sútiles é ingeniosas que saben limpiar el bolsillo á los tontos.

La Bolsa sonrie; el alza ofrece á los bodoques mil prismas ilusorios; la meliflua hipocresía prorumpe en aforismos.

¡Bien va, bien, magnífico! ahora ganamos mucho y estamos contentos, ¡bravo!

Estas son, querido Juvenal, las máximas del tiempo.

Algun subdiácono encerrado no sé en que tabuco se encontró, ¡no fué poca la ganga! con estas verdades barriendo en Montrouge; y tan bien han sabido aprovecharlas, que hoy siendo dueños orgullosos de los tiempos modernos, los señores camastrones, y los señores devotos, declaran alumbrándose con los pálidos fulgores de las velas de la sacristía, que Juana de Arco es una prostituta, y Mesalina una vírgen inocente.

VI

He ahí lo que los curas, obispos y talapuinos demuestran en tres puntos, en nombre del Dios vivo y lo que el ratero que limpia mi faltriquera prueba con A mas B, es decir, con Argout mas Baroche.

VII

Dime, ¿ves en todo eso, maestro, motivo suficiente para indignarnos? ¿de qué ha de servir el esclamarnos? ¿á qué conducirá el patalear de coraje?

Nosotros tenemos la costumbre, como pensadores que somos, de contemplar mucho menos que a los hombres grandes á los hombres enanos; lo mismo tú que eres satírico que yo que soy un amargo tribuno, miramos mas alto, por lo cual dice el propietario ó el hombre acomodado:

—En lo alto está nuestra enfermedad.

Esquivamos el encuentro con los necios y con los malos. Cuando Dombidau muestra su calva, y cuando Fould avanza su barba, prefiero ver á Jaime Cour, tú

prefieres ver á Caton.

La gloria de los héroes, y de los sabios que Dios produce, es nuestra vision eterna y sagrada.

Deslumbrados con los ojos bañados en los fulgores que refleja el zafiro, pasamos la vida mirando resplandecer en el éter puro á los gigantes, pensadores ó capitanes; miramos entre el ruido de los lejanos clarines y por encima de ese mundo en que reinan todavia las densas nieblas del caos, mezclando con los rayos sus vagos pretales de oro una infinidad de carros que vuelan en las nubes: del mismo modo que ofende nuestros ojos el enjambre de mendigos y prostitutas que revolotea en torno nuestro.

VIII

Bien está; pero reflexionemos; seamos menos esclusivos. Yo aborrezco los corazones abyectos, y tú no te fias de ellos; mas dejémoslos en paz, y á cada cual con su filosofia.

IX

¿Y ademas, hasta en lo que nada tiene que ver con lo que acabamos de indicar, se puede con justicia censurar el instinto y el temperamento? ¿No debemos acomodarnos a la naturaleza de los séres? El cieno tiene sus amantes y la basura sus sacerdotes. El vicio es ciudadano de la ciudad Lamedal.

Donde uno se encuentra mal, otro suele hallarse bien, diganlo sino Minos y Eaque. ¿Y no está acaso en el estercolero inmundo el paraiso del cerdo?

Vamos á ver, responde, genio áspero y sútil; dime, ¿en qué nos atañe é importa que el hombre del juramento chapotee en la sangre del asesinato, que el señor Beauharnais haga del poder una gamella, cuando hay un obispo que le aplaude y le canta el *Aleluya*, cuando Saint Arnaud bendice la mano que le paga, cuando tal ó cual propietario ensalza y celebra el crimen, cuando hay tantos estómagos de buitre que digieren el fango?

¡Cómo! cuando la Francia vacila al fuerte vendabal de las traiciones, ¿debemos nosotros, estupefactos y cándidos, sorprendernos de que Parieu vaya a comer bellotas bajo tan grande encina; hallamos estraño que el agua corra a desembocar en el Sena; nos parece maravilloso que Troplong sea Escapino; encontramos inaudito que Dupin sea Dupin?

X

Una antigua inclinacion humana conduce á la torpeza.

El oprobio es un lugar, un centro, una costumbre, un techo, una almohada, una cama tibia y muelle, una buena capa que abrigue cuando convenga; el oprobio es el medio en que respiran las almas repugnantes y asquerosas.

¡Cómo! ¿es posible que nos sorprendamos de oir en ambos mundos á los falaces formando coro con los foragidos y á los viles alabando con los necios semejante asechanza?

Tales son, empero, las leyes de la madre naturaleza; tal es el eterno derrotero del antiguo instinto: cada bestia se complace en las monstruosidades que prefiere el sentido que seduce sus apetitos predilectos.

¡Cómo! ¡ese crimen es horrible! ¡ese crimen es estúpido! ¿á qué viene sorprenderse de tal modo? ¿se ha hecho quizás el vacío? ¿no hay ya seres viles y rastreros? ¿acaso no hay ya chacales? ¿no hay ya tal vez víboras y serpientes?

¡Cómo! ¿los juramentos han tomado alas de repente y se han echado á volar por las bóvedas eternas? ¿ha desaparecido de la creacion el asno?

Cuando Ciro, Anibal y César, montaban en pelo ese espantoso caballo que se llama la gloria; cuando alados y espantados de victoria y de gozo, se paseaban radiantes por el fondo de los cielos enrojecidos, las águilas les gritaban:

—Vosotros sois nuestros semejantes.

Las águilas les repetian:

—Vosotros llevais el rayo.

Hoy los cuervos aclaman á Lacenaire. ¿Y qué? ¿no te parece bien que esto sea así?

Aplaudo á los cuervos y les doy mil gracias.

La necedad se mezcla en este concierto siniestro. ¡Tanto mejor!

En su gaceta, querido Juvenal, no falta algun pedante que declara con los señores de Arras y de Beauvais, que Mandrino es muy bondadoso y que el hombre honrado es un miserable; que pisotea á los héroes, y ensalza á los infames. Todo eso es muy sencillo, y francamente, seríamos muy pacatos de maravillarnos, cuando oimos que los Veuillots prefieren los cardos silvestres á los laureles.

XI

Dejemos, pues, que la conciencia humana vocinglere, como ladra el perro que se esfuerza en romper la cadena que le sujeta.

¡Guerra y esterminio á los justos proscritos! ¡Gloria y prez á los villanos festejados!

No hagamos mala cara á semejantes realidades. Aceptemos este imperio como único y verdadero: saludemos sin tropezar al condestable Trestaillon, al limosnero mayor Mingrat y al gran elector Bosco; y no nos enfademos porque suceda que un retórico, un hombre del senado, un hombre del conclave, un eunuco, un santurron, un

sofista, un esclavo, un espíritu saltarin que por trampolin toma la frase: despues de haber cantado al César lleno de grandeza y sus perfecciones y mansedumbres, insulte a los proscritos arrojados á las soledades, insulte a los bandidos que Tiberio Anfitrion venciera.

¿Comprendes, ilustre poeta, que todo eso es un timbre de gloria para el talento del histrion? Me dirás tal vez que no pega muy bien ese arte de adular á los próceres. Se halaga menos á Enrique VIII, el buen señor, alabando á Enrique VIII que zahiriendo á Morus.

Los dictadores de ingenio, saciados de alabanzas y elogios, suelen ser ávidos en medio de su gloria y de su arrogancia, de tales refinamientos y alabanzas indirectas. Así son los déspotas, amigo poeta.

El poder y los honores son mas dulces cuando tienen sobre el caldalso del justo abierta una ventana.

Los desterrados llorando junto á la orilla desierta del mar, los sabios torturados y los mártires muriendo á fuerza de sufrir, son el condimento mas sabroso de la felicidad de los tiranos.

Juvenal, Juvenal, altivo leon clásico, nuestro vino de Champañe, y tu vino de Másico, los festines, los palacios y el lujo desenfrenado, la adhesion del sacerdote y el amor de la cortesana Friné, los triunfos, el orgullo, los obsequios, los halagos, todas las voluptuosidades y embriagueces que saboreaba Sejan y con las cuales se regalaba Rufino, son mas dulces al paladar, tienen un gusto mas delicado en la copa en que ayer bebió Sócrates la cicuta, á no tener el exiguo cerebro de un nécio.

Jersey, Noviembre de 1852.

CANTO XIV

Floreal[74].

A la vuelta de los dias hermosos, en el verde floreal, época en que los Real mueren por la traicion de los Dantons, cuando el pesebre se agita en el fondo de la granja, cuando el manantial de agua se convierte en azofares brillantes á los rayos del sol, cuando la griseta sentada con la aguja en la mano suspira mirando de soslayo el camino por donde quisiera ir á coger flores en vez de coser, cuando los pajarillos cantan el amor en sus nidos, cuando el manzano se cubre de polvo para la primavera, asi como un marqués para el baile, cuando despertados por el mes de mayo Cárlos XII y Aníbal dicen:

—Ha llegado la hora.

Y hacen correr hacia los sangrientos tumultos el segundo las catapultas, y el primero los cañones, yo esclamo:

—¡Salve, salve, sol brillante!

Oigo entre las flores los alegres jilgueros y los mirlos canoros. El árbol canta. A ti vengo, oh primavera; tu perfume da doble vida; Galo arrastra al bosque á Licorys que se turba. Todo brilla, todo resplandece y el cielo cobijando al hombre absorto, no es mas que una gran mirada llena de serenidad.

Entonces la yerba me invita y el prado me convida; entonces absuelvo la suerte, y perdono la vida, diciendo:

¿Qué otra cosa puedo hacer sino amar?

Siento como en mí y fuera de mí se anima todo y digo a las aves:

—Pajarillos, no sois mas que nevatillas y jilgueros; ni siquiera me conoceis, volais al acaso en medio de los campos, de los bosques, praderas y sembrados, confundidos y mezclados los chorlitos con los gorriones y los aguzanieves, alzando vuestros copetes de oro y puliendo vuestras pintadas plumas; y aunque sois muy bellos, sois muy animales; vuestra ley, vuestro destino es ir errando; cantais en los aires sin saber porque cantais. Sin embargo, inundais mi alma de emociones sagradas; y cuando os oigo cantar en la enramada se tienden, lijeros pajarillos, mis alas, y el corazon, rejuvenecido, aspira en el amor sin fondo y se llena del infinito.

Y así me abandono á prolongados ensueños.

Hojas del árbol, olvido, bueyes mujidores, verdes prados… Mas en tales momentos bien sabes tú, Juvenal, que de mi faltriquera sale por casualidad un periódico y mis ojos distraidos que se ciernen en los cielos, ven de pronto uno de esos nombres que equivalen á Oprobio.

Entonces todo el horror se apodera de mi; me aparece Nemesis en medio de los verdes bosques y me enseña a través de las ramas y de las flores su garganta de furia.

Es porque vosotros, patria y deber, quereis todo el hombre; es porque cuando tu

costado mana sangre quieres, Francia mia, que la angustia nos atormente y haga herizar nuestros cabellos; que no miremos otra cosa mas en toda la tierra, y que nuestros ojos anegados en profunda compasion dejen de ver los cielos para no ver mas que tu sangre.

Y me levanto y todo se borra de mi mente y estremecido no veo ante mí mas que un pueblo entregado al tormento, mas que crimenes sin castigo, mas que agravios sin satisfaccion, los gigantes agarrotados y sujetos á los pigmeos, mujeres en lóbregas mazmorras, niños en execrables pontones, y presidios y senados y cadáveres y proscritos y gemonías.

Entonces hollando con mis piés todas las flores estrujadas ya y marchitadas por mi coraje, huyo y digo á este sol tan benigno:

—Quiero la sombra.

Y digo a las aves:

—¡Callad, callad!

Y lloro y el verso cerrado con mis labios, bate mi frente borrascosa con alas feroces.

¡Así pues, no hay primavera, no hay cielo azul!

¡Oh bandidos, y tú, hijo de Hortensia de Saint Leu, malditos seais! primero por ser lo que sois, y despues por causar obsesion á los poetas.

¡Malditos seais, Troplong, Fould, Magnan, Frustin segundo, por rodear al triste pensador de lúgubre cortejo que le sigue a todas partes, al desierto, á los campos, bajo los olmos, y que entremezclais en los bosques vuestros deformes rostros! ¡Malditos seais, verdugos que le ofuscais el dia por llenar de odio un corazon que rebosa de amor!

Jersey, Mayo de 1853.

CANTO XV

Stella.

Junto á la orilla del mar me habia dormido por la noche. Despertóme la fresca brisa; sali de mi ensueño; abrí los ojos y ví la estrella de la mañana.

Resplandecia en medio del cielo lejano con una blancura dulce, infinita y seductora.

El aquilon huia llevándose la tormenta.

El astro brillante cambiaba la nube en rocío.

Era una luz que pensaba, que vivia; aplacaba el escollo en que la ola revienta.

Creíase ver una alma a través de una perla.

Era de noche todavía: la sombra reinaba en vano, porque el cielo se iluminaba con una sonrisa divina.

La luz plateaba lo alto del mástil inclinado; el navío era negro mas la vela era blanca.

Varias gaviotas de pié en una escarpa contemplaban atentas y gravemente la estrella, como una ave celeste formada de una chispa.

El Océano, que se parece al pueblo, iba hacia ella y murmurando por lo bajo la mirada brillar, pareciendo que temia que pudiera hacerla volar con su voz.

Un amor inefable llenaba todos los ámbitos del espacio; la yerba se estremecia á mis piés, azotada por el viento; las aves se hablaban desde sus nidos.

Una flor que despertaba, me dijo:

—Esa estrella es mi hermana.

Y mientras que la sombra levantaba su manto de anchos repliegues oi una voz que venia de la estrella y decia:

—Yo soy el astro que sale primero. Yo soy la estrella á quien se cree en la tumba cuando aparece. He brillado sobre el Sinaí, y he brillado en el Taigeto. Yo soy la piedra de oro y de fuego que Dios tira como con una honda á la frente oscura de la noche. Yo soy la que renace cuando un mundo queda destruido. ¡Oh naciones! Yo soy la poesia ferviente y entusiasta. He brillado sobre Moisés, he brillado sobre Dante; el leon Océano está enamorado de mi. Llego pues. Alzaos, virtud, valor y fé. Pensadores, génios ilustres, trepad á la torre, cual centinelas. Abríos, párpados; pupilas, encendeos; Tierra, cava el surco; Vida, despierta el ruido. ¡De pié los que dormís! porque el que me sigue, porque el que me envia delante de todas, es el ángel de la Libertad, es el gigante de la Luz.

Jersey, Julio de 1853.

CANTO XVI

Aplauso.

¡Oh gran nacion! en la actualidad tienes, en tanto que abajo se sufre, se agoniza y se llora, un imperio que hace sonar sus espuelas, una corte en cuyo trono pudiera sentarse el rey de Tunez, una Bolsa en la cual se puede hacer una fortuna en ocho dias, y floristas que arrojan á los soldados ramos de flores. Tienes ademas una caterva de abates, jueces y lacayos que bailan encima de sacos de oro una danza infernal de muertos; la banca hincada de rodillas y arengando al sable, pirámides de balas dentro de los arsenales, un senado, los sermones reemplazando a los periódicos, generales dorados y galonados en todas las costuras, un París que se restaura y hace enteramente nuevo, coches tirados por ocho caballos que entran con estruendo en el Louvre, fiestas cada dia, baile todas las noches, iluminaciones, juegos y espectáculos. En suma, te has prostituido á ese hombre miserable.

Todas las famosas conquistas te han caido de las manos; se dice ya los antiguos franceses, lo mismo que se dice los antiguos romanos, y ese nombre da en que pensar á tus hijos de hoy llenos de vergüenza; el mundo admiraba tu gloria y hoy te pide cuenta de ella, porque él se despertaba al toque de tu clarin.

Contemplas con mirada vaga y embrutecida á tu Neron rodeado de Romieus disfrazados de Sénecas; te complaces en oir chillar ese cúmulo de obispos que al pie de la cruz donde pende el Dios de Belen, entonan su *Salvum fac imperatorem*, salva al emperador. En esa invocacion se habia de encontrar la palabra FAQUIN. (*fac in*).

Tu alma es como el perro bajo el pie que le aplasta; tu altivo Ochenta y Nueve recibe á cada instante latigazos que le cruzan la cara, por mano de un mendigo que aun ayer era, el escarnio y ludibrio de toda la Europa.

¡Insensata! tu misma apedreas tus propios recuerdos. La Marselesa ha muerto en tus estúpidos labios. Tu campo de Marte tiene que sufrir la presencia de esos vencedores repugnantes, de esos Maupas, de esos Fortouls, de esos Bertrands, de esos Magnans y de todos los asesinos que llevan el tricornio en forma de escuadra, y de esos Kortes, Carrelets y Canroberts Macaires.

Ya no eres nada, y ni siquiera sabes en medio de tu lúgubre olvido, cual es la nacion que derribó la Bastilla.

Cada domingo o dia festivo se le ve ir corriendo á la Courtille, riendo, saltando, bebiendo y sin instinto moral, como una bribona ébria en los brazos de un ranchero.

No es posible contar el número de los bofetones que te da, y á todo eso añádase que volviendo de ese bulevar sombrío donde el asesinato llenó tantos fúnebres carruajes, donde propietarios y transeuntes, niños, mujeres y ancianos, cayeron acometidos de un ataque repentino, cantas el Tiroriro y la Farándula.

Pero bien, por mas que te rebajes, yo me alegro; pues luego vendrá la revancha, porque tú, Francia, estás sujeta á la ley de dominar el espacio, porque serás tanto mas grande cuánto mas baja hayas sido. El porvenir tiene necesidad de un esfuerzo tuyo gigantesco.

Anda, arrastra el horrible carro de un sátrapa encenagado en la crápula y la orgia, arrastralo tú que has llevado las cuadrigas de la victoria, y yo te aplaudiré.

Estás condenada á obrar prodigios, y el mundo te verá salir bruscamente el dia señalado, para igualar la revancha con el envilecimiento.

Asi saldrás, patria mia, de ese oprobio enorme, cambiando repentinamente de forma por medio de un arranque estraordinario.

Si, nosotros veremos, porque tal es la ley del progreso humano, salir del vil y miserable hoy el altivo y poderoso mañana.

Entonces te resarcirás, sacerdotisa guerrera; por cada paso dado atrás avanzarás cien y cien el dia de tu progreso.

Retrocede, pues, desciende, cae; así me gusta, halaga los piés del amo y los pies del criado; mas bajo, besa á Troplong; mas bajo todavía, lame á Baroche.

Retrocede, porque se acerca el dia; baja, que ya se aproxima la hora.

Si, baja, gran pueblo hoy encorvado, porque vas a emprender una carrera veloz, y como el jaguar caido en un lazo, darás como medida tus de luchas ardorosas, la altura de los saltos igual a la profundidad de las caidas.

Si, me alegro; si, yo tengo fé, y sé que al fin será preciso que digas con firmeza:

—¡Basta ya!

Todo pasa a través de ti como a través de una criba; mas pronto te alzarás pálida y terrible volviendo de repente á ser lo que eras.

De ese imperio abyecto, cenagal, cloaca, charco, saldrás espléndido y tus alas brillantes, sacudiendo el lodo, deslumbrarán al mundo; y las diademas de oro se derretirán en las frentes de los reyes, y el papa arrancándose la tiara y arrojando la cruz, correrá tembloroso á ocultarse como un lobo bajo su cátedra, y la Temis de brazos ensangrentados, cual repugnante carnicera, irá á sepultarse en las tinieblas de la noche como viejo monstruo amedrentado; y todos los ojos humanos se llenarán de luz, y de uno á otro polo se batirán palmas, y todos los oprimidos irguiendo la cerviz, se sentirán vencedores, libres y vivos tan solo con que te vean sacudir a los cuatro vientos tu oprobio.

Jersey, Setiembre de 1853.

Canrobert.

LIBRO SÉPTIMO

LOS SALVADORES SE SALVARÁN

CANTO I

Al fin caerá.

Tocad, tocad siempre clarines del pensamiento.

Cuando Josué, pensativo, con la cabeza dirigida hacia el cielo, seguido de los suyos marchaba y como profeta irritado hacia sonar el clarin en todos los ángulos de su pueblo, al primer embate que dió el rey se echó á reir; al segundo embate sin dejar de seguir riendo le mandó á decir:

—¿Crees derribar mi ciudad con el aliento de los clarines?

A la tercera vez el arca iba adelante, enseguida seguian las trompetas, despues todo el ejército en marcha, y los muchachos corrian á escupir al arca, y soplando con su trompa imitaban el clarin.

A la cuarta vez desafiando a los hijos de Aaron, las mujeres se sentaban entre las viejas almenas tomadas de moho negruzco, y mientras hilaban el copo de lana, se burlaban de los hebreos y les arrojaban piedras.

A la quinta vez llegaron bajo aquellos mismos muros los ciegos y los cojos y con su algazara se mofaban de los clarines cuyo eco resonaba en las nubes.

A la sexta vez en aquella torre de granito tan alta que en ella hacia el águila sus nidos y tan dura que el rayo en vano la habria acometido subió el rey y riendo á carcajada suelta esclamó con tono de chunga:

—Vamos, los hebreos son escelentes músicos.

Y en torno del rey chancero, reian todos los ancianos que por la noche tomaban asiento en el templo y deliberaban.

A la séptima vez… las murallas vinieron con estruendo al suelo.

Jersey, Setiembre de 1853.

CANTO II

El retroceso.

I

Yo decia:

—Eslos soldados tienen la cabeza muy baja: sin duda les abrirá él nuevos caminos. Al pueblo le gusta la pólvora y cuando resuena el bélico clarin, Francia canta y bate las palmas. La guerra es una púrpura que encubre decentemente el asesinato. No hay duda que de un momento á otro esclamará *Quos ego?* ¿quién como yo?

Algun dia veremos salir de su crimen así como por escotillon un Marengo. Porque al fin y al cabo menester es que les eche un poco de gloria despues de haberlos cubierto de tanta vergüenza y horror. Tambien es preciso que volviendo vencedor, desfile con todo su pretorio en presencia del procurador Troplong, que procure ocultar su argolla á la historia, y que para dorarlo haga ajustar su banqueta de acusado al antiguo carro de la victoria en que subió el gran Emperador.

Querrá ser César, aniquilar, disolver los antiguos estados desquiciados, y mostrarse tranquilamente al universo, y llevar el rayo en las mismas manos que hicieran llaves falsas.

Hará estallar la máquina del mundo antiguo y querrá vencer y sobrenadar…

—¡Cuántas venganzas tiene que llevar a cabo! Hudson Lowe, Blucher, Wellington, Rostopschine, son otros tantos individuos á quienes debe castigar si le es posible.

En las circunstancias por que atravesamos abundan las ocasiones y él es bastante diestro para coger alguna por los cabellos.

Con quinientos mil hombres á su mando no se puede permanecer eternamente encenagado en el oprobio y la ignominia; no se les puede dejar humillados bajo su propia afrenta, es preciso proporcionarles aquellas grandes y brillantes hazañas; á la jauria guerrera le es indispensable una pitanza de laureles y boletas.

Esos soldados á quienes el Dos de Diciembre adorna como con un sarpullido no pueden, cual perros envilecidos, roer ahora y siempre el bulevar de Montmartre cuando sus padres tienen un Austerlitz.

II

Ahora bien; nada de eso se ve probable por ahora; yo soñaba. Se han desvanecido mis ilusiones.

La gloria es un sueño, un vapor, un nada.

¡Soldados! ¡qué despertamiento! el imperio es la fuga.

Soldados, el imperio es el miedo.

Ese Mandrino de la paz es un ente lleno de plácidos instintos; ese Schinderhannes teme los golpes.

¡Qué castigo! Vosotros fuisteis parricidas por él y para él, y él es un cobarde por vosotros y para vosotros. Vuestra gloria ha perecido bajo este incubo de manos de cieno y corazon de bronce.

¡Ah! temblad, el czar marcha sobre el Danubio, vosotros no marchais sobre el Rhin.

III

¡Pobres hijos nuestros, pobres soldados de nuestra Francia, pobre ejército de mirada vaga y apagada! ¡Adios, campamentos, adios, tiendas de campaña! murió toda esperanza, soldados; soldados, todo acabó.

No espereis lavar en medio de los combates el crimen con que os habeis manchado.

Dicho erimen fué para nosotros el lazo, y para vosotros es el abismo.

Cartouche reina: bastante es.

Si, el Dos de Diciembre os tiene sujetas para siempre, hordas enganadas; sí, vosotras sois el vil rebaño.

Si, guardad en vuestras manos, guardad en vuestras espadas, y cobijad ¡ay de mi! bajo vuestras banderas esas manchas que causan horror á vuestras familias y hacen sonreir á Dracon, y que ni aun quisiera tener en sus andrajos el desuellacaballos de Montfaucon.

Conservad el luto, conservad la sangre, conservad el lodo. Vuestro amo aborrece el peligro, y os hace retroceder.

Aguantad en vuestra mejilla el sangriento bofeton del estranjero.

Ese enano ha rebajado vuestra talla hasta su estatura. Solamente muestra audacia cuando se trata de robar.

¡Adios la gran guerra y las grandes batallas! ¡Adios Wagram! ¡adios Lodi! vuestras alas han sido prendidas en esa horrible liga.

Es preciso marchar detras de un crimen.

Se acabó.

De hoy en adelante no tendreis mas estandarte ni bandera que el delantal de ese cortador.

Renunciad á los combates; renunciad al nombre de Grande Ejército; renunciad al antiguo orgullo de la bandera tricolor; renunciad á la inmensa y soberbia humareda; renunciad á los ramos de flores que os arrojaban las mujeres, al incienso y á los

grandes arcos de triunfo bajo los cuales os saludaban las sombras de los antiguos héroes.

¡Ah! contentaos tan solo con los sacerdotes que cantan repetidas veces el *Te Deum* en el matadero.

Ya no conquistareis la palma expiatoria, la palma de nuevas proezas, como tampoco vereis dorar por la gloria las crines de vuestros caballos.

IV

Así pues, la epopea ha decaido aun antes de comenzar.

Aníbal ha tomado un calmante.

Europa admira y mezcla una inmensa burla á ese inmenso aborto.

Así pues, ese sobrino se va por la puerta bastarda; así pues, ese espadachin, ese perdonavidas, ese máscara bigotudo cuya boca jactanciosa se abria en toda su anchura, ese César á quien enjaeza, todas las mañanas un criado para ir a los combates, ese ogro galonado cuyo altivo penacho hacia olvidarla frente baja, el asesino que parecia el hombre á quien nada sorprende ni admira, que cantaba en *los hosannas*, enteramente salpicado de sangre del arroyo Tiquetonne, la gran pantomima de Jena; ese héroe á quien Dios hizo general de jesuitas, ese vencedor que se dice absuelto, muestra á Clio su nariz macerada por manzanas cocidas, su ojo de mirada torcida, magullado por monedas de cobre y nuestro ejército su cómplice y la víctima de su engaño, con la frente baja, lúgubre y castigada, ve huir en medio de los silbidos á ese escudero de Franconi por entre los bastidores.

Ese histrion a quien se cruza á fuertes correazos, tiene por único talento el arte del crimen.

Las noches de San Bartolomé le sientan mucho mejor que los Aboukir y los Friedland.

El cosaco estúpido arranca á ese soberbio su levita en forma de brandeburgo.

El asno astuto ha ramoneado ese Bonaparte de yerba.

Tocad, clarines; redoblad, tambores. Rompesquinas así como Basi lio tienen calentura; el cólico se ha apoderado de Agramante; bajo el cráneo del lobo se agitan lamentablemente las orejas de la liebre. Fierabras se esconde tembloroso y acurrucado en su manida; el gran sable tiene miedo de ostentarse á la luz; el fanfarron tartamudea y muere; la escuadra vuelve al puerto, y el águila al gallinero.

V

Y todos esos capitanes cuya charretera brilla en los Louvres y castillos dicen:

—Comámonos la Francia y el pueblo en familia. Señor, los cañones son muy brutos.

Al mismo tiempo Forcey va gritando:

—Cuidado, cuidado majestad. Y Reybell vocifera:

—¡Pardiez, voto á brios, por vida de… estemos quietos! El czar hace maniobrar su guardia: ¡voto á… no juguemos con armas de fuego!

Espinasse repone:

—César, guardad vuestra cámara; que esos calmucos no son mancos.

—Ceñid vuestras sienes, dice Leroy, con el laurel de Diciembre, principe y senior mio, y calentaos los piés.

Entre tanto Magnan no cesa de decir:

—Bebamos y hagamos el amor, señor. Las ilusiones se van rio abajo.

¡Oh dolor! mientras tanto oigo yo reir en su llanura sombría el negro leon de Waterloo.

Jersey, Julio de 1853.

CANTO III

El cazador negro

Di quién eres, osado viajero
¿No te arredra el oscuro sendero
   Do van en redor
Cuervos mil? —No, que soy el certero
   Negro cazador.

De los bosques las hojas se agitan
   Al soplo del viento;
Un congreso de brujas que gritan
   Parece que siento,
Y á la luna hoscas nubes luz quitan
   En el firmamento.

Caza pues, caza corzos y gamos;
Corre al bosque y al llano en que estamos,
   Y con vivo ardor.
Caza el Austria y después á mis amos,
   Negro cazador.

De los bosques las hojas se agitan
   Al soplo del viento;
Un congreso de brujas que gritan
   Parece que siento,
Y á la luna hoscas nubes luz quitan
   En el firmamento.

La bocina tocando, echa un bote
Del chacal en el tieso cogote,
   Y caza al azor
Caza al rey, caza al vil sacerdote,
   Negro cazador.

De los bosques las hojas se agitan
   Al soplo del viento;
Un congreso de brujas que gritan
   Parece que siento,
Y á la luna hoscas nubes luz quitan
   En el firmamento.

Llueve y truena con furia bravia,
Huye el zorro que en nadie confia:
   Mas hoy con valor
Cazar puedes al juez y al espia,
   Negro cazador.

De los bosques las hojas se agitan
   Al soplo del viento;
Un congreso de brujas que gritan
   Parece que siento,
Y á la luna hoscas nubes luz quitan
   En el firmamento.

Los hermanos del clérigo Antonio
Que fué santo, porque era bolonio,
   Se atracan… ¡dolor!…
Caza al cura y á todo demonio,
   Negro cazador

De los bosques las hojas se agitan
   Al soplo del viento;
Un congreso de brujas que gritan
   Parece que siento,
Y á la luna hoscas nubes luz quitan
   En el firmamento.

Caza al oso sino se te escapa,
Al feroz javalí coge, atrapa;
   Luego sin temor
Caza al César cual debes y al papa,
   Negro cazador.

De los bosques las hojas se agitan
   Al soplo del viento;
Un congreso de brujas que gritan
   Parece que siento,
Y á la luna hoscas nubes luz quitan
   En el firmamento.

Haz que el lobo de ti no se aparte.
Ni se escapo; tus perros, si parte.
   Suéltale y ¡valor!
Caza al vil, al ladrón Bonaparte,

Negro cazador.

De los bosques las hojas se agitan
Y caen al viento;
Un congreso de brujas que gritan
Que huyendo va siento
Y del gallo los cantos invitan
Del alba al concento.

Todo vuelve á su forma primera.
A ser vuelves mi Francia altanera
De su prez y honor,
El Arcángel que el mundo venera,
Negro cazador.

De los bosques las hojas se agitan
Y caen al viento;
Un congreso de brujas que gritan,
Que huyendo va siento
Y del gallo los cantos invitan
Del dia al contento.

Jersey, Setiembre de 1853

CANTO IV

La cloaca de Roma.

Aquí está el agujero; aqui teneis la escala. Bajad pues.

Mientras que en el cuerpo de guardia de enfrente se juega á los dados, riéndose en la casa de las matronas malhumoradas, dejad que el ronco vocinglero ensordeciendo á cuantos están en las calles atruene con sus gritos proclamando el numida ó el dacio, y, agrupados bajo el tejadillo de las tiendas portátiles de madera los chapuceros romanos y los vendedores de yerbas milagrosas, comenten los proverbios de la Minerva etrusca.

Bajad.

Ya estais en un lugar horrible y monstruoso, infierno de tinieblas y cieno con pórticos lóbregos y tortuosos, cuyas paredes tienen lepra, y donde en medio de las pústulas repugnantes se deslizan los escorpiones entremezclados con las tarántulas.

¡Abismo horroroso!

Encima de ese fondo cenagoso, en los cielos, en el circo inmenso y lleno de juegos, en los empedrados sabinos, compuestos de losas seculares, ruedan los carros, los ruidos, los vientos y retumban los truenos.

El pueblo murmura y rie en el foro sagrado.

El navío de Ostia está amarrado en el puerto.

El arco triunfal se muestra espléndido y magnífico.

Y en el límite agrario, maman, desnudos y divinos, Remo con su hermano Rómulo, lobeznos de la loba de bronce.

A poca distancia corre el rio Tiber, desarrollándose como ancha cinta de plata, donde va á beber la vaca de costados rubios, y los búfalos devuelven en hebras de plata cayendo de sus getas el agua que se beben.

El horrible subterráneo se extiende en todas direcciones, de vez en cuando abre en diversos parajes bajo los pies de los transeuntes, sus respiraderos infectos y husmeados por los inmundos cerdos.

Dicha cavidad se convierte en rio en la época de las lluvias.

A medio dia los duros barrotes de hierro entrecortan los rayos del sol, y las paredes parecen imitar el dorso de las zebras. Todo lo demas es miasmas, oscuridad, tinieblas.

En varios puntos el empedrado aparece como en casa de los cortadores, lleno de sangre; la piedra tiene horribles sudores.

Aquí el olvido, la peste y la noche haciendo sus obras.

El raton hurta persiguiendo al talpo.

Las culebras serpentean por las paredes como lúgubres rayos.

Los cascos de vasijas, los andrajos, los pilares de enmohecida y verde base, los reptiles dejando rastros de baba, las telarañas pendientes de los maderos, los charcos imitando horrorosos espejos donde nadan no sé que seres lentos y negros, forman un conjunto horrible y confuso en medio de aquellas tinieblas.

La antigua hidra del caos trepa por todos aquellos escombros donde se ven infinitos animales comiendo agazapados.

El moho rojo con escamas de plata hace brillar sus mosaicos en aquel lóbrego cenagal.

El repugnante olor de aquellos lugares haria tomar la fuga al mas estóico.

Todo el pavimento está lleno de grietas y rajas pestilentes; y los murciélagos vuelan en todas direcciones, como las palomas en medio de los campos de flores.

En medio de aquella neblina y de aquellas catacumbas se creeria oir refunfuñar á la furia Atropos.

El pié siente al andar en aquella noche la blanda espalda de los sapos.

El agua rezuma gota á gota, y en ciertos momentos se encuentra alguna lívida escalera que sumerge lúgubremente sus gradas en el vacio.

Todo es allí fétido, informe, abyecto, repugnante, espantoso; el osario, el matadero, el rayo, el lavadero, los viejos y rancios perfumes consumidos en las botellas persas, el aguamanil vaciado de las pálidas meretrices, el agua lustral arrojada á los piés de los dioses falsos, la Sangre de los confesores de Cristo y de los gladiadores de la palestra, los asesinatos, los festines, las lujurias mas asquerosas, el caldero vertido de las negras Canidias, lo que Trimalcion vomita en el camino, todos los vicios de Roma, cloaca del género humano, rezuman como en una criba a través de aquella bóveda encenagada, y el inmundo universo filtra alli gota á gota.

Allá se rie, se vive y se tiñen los labios de carmin; se lleva en la frente la pedra y en la mano la copa; el pueblo oculta bajo las flores su impura llaga y canta; y allí es donde la úlcera supura, allí donde la cloaca es mas horrible, vil y cuajada; y Roma entera con todo su pasado, gozosa, soberana, esclava, criminal, nada en aquella ciénaga sin fondo y de eterno lodo. Es el lóbrego recinto donde se reune la inmensa nada; toda inmundicia desemboca en aquel abismo siempre abierto: la vieja de paso vacilante que refunfuña y suspira va á vaciar su cesto allí, y el mundo el imperio.

El horror, informe vision, llena aquel antro y todas las impurezas de la creacion corren y van á precipitarse en su borde sombrío.

En su fondo se vislumbra en medio de una oscuridad que ningun rayo de luz desvanece ni agita el menor soplo de viento, un algo horrible que un tiempo fué un ser vivo: mandibulas, ojos, dientes, entrañas, esqueletos que manchan las paredes.

A medida que uno se acerca, fija largo tiempo la mirada en aquel cúmulo monstruoso hundido en el lodo y arrojado alli por una aberlura temida de los ebrios, sin poder distinguir si aquellos silenciosos cerroños tienen una forma visible aun en medio de sus destrozos ó si son perros corrompidos ó césares que han entrado en putrefaccion.

Jersey, Abril de 1853.

CANTO V

Bonaparte es la guillotina

Corria el mes de Junio; yo estaba en Bruselas, cuando me dijeron:

—¿Sabeis lo que está haciendo ahora este bandido?

Y me contaron el asesinato jurídico, diciéndome lo de Charlet muerto en la plaza pública y Cirass, Cuissinier y todos los desgraciados que ese hombre arrastró por sí mismo al suplicio y que con sus propias manos ató a la báscula.

¡Oh salvador! ¡oh héroe! ¡oh vencedor del crepúsculo! ¡oh César! Dios hace salir de la tierra las mieses, la vid, el agua corriente que nutre los zarzales, los frutos colorados, la rosa donde chupan las abejas, las encinas, los laureles; y tú, infame, haces brotar del suelo la ignominiosa guillotina.

Eres un príncipe que ninguno de los que te han dado el voto quisiera encontrarte á solas en el recodo de un bosque.

Mi frente se abrasaba, fuime en direccion a la ciudad dondo todo me parecia lleno de sombra y de guerra civil. Los transeuntes me parecian espectros horrorizados…

Volvime aterrado á los campos apacibles y dorados por las mieses.

¡Oh consecuencias del crimen en el fondo del alma humana, la naturaleza no pudo tranquilizarme! La pradera, las flores, el suave ambiente, todo me irritaba, todo me hacia estremecer en presencia de ese mundo en que sentia vivir ese malvado traidor.

Anduve mas de una hora sin poderme apaciguar.

La noche es triste y sombría; se remontaba hacia la bóveda azul, las tinieblas me iban invadiendo a todo mi rededor y de repente cerró la noche apareciendo la luna en los lindes del horizonte.

La luna pareció ensangrentada y en los cielos cubiertos de luto vi caer aquella cabeza separada de su tronco.

Jersey, Mayo de 1853.

CANTO VI

Cancion.

Su grandeza deslumbra la historia;
   Durante quince años
El Dios fué que arrastró la victoria;
   Y mil y mil daños
Toda Europa sufrió en la guerrera
   Ley que dió en su empeño.
Detrás suyo cual mona rastrera
   Marcha tú, Pequeño.

Bonaparte el Titan en batalla
   Sin hacer esconce
Guió siempre a través de metralla
   La águila de bronce;
Él entró en el puente de Arcola…
   Del campo fué dueño…
Mas tu, roba, devasta y asola,
   Pequeño, Pequeño.

Fueron Viena Berlin sus queridas
   A quienes forzaba,
Y las plazas de todos temidas
   Osado tomaba;
Sus glorias y hazañas mil guerreras
   Parecen un sueño.
Mas para ti alli vienen rameras,
   Pequeño, Pequeño.

Rios, montes pasaba sin sendas
   Llevando en la mano
El laurel y los rayos y riendas
   Del género humano.
Ebrio estaba de triunfos y gloria,
   Del orbe era dueño.—
Tú te nutres de sangre y escoria,
   Pequeño, Pequeño.

Al caer y salir de su mundo,
   El piélago inmenso
Entreabrió a su vuelvo profundo

Un abismo estenso;
Sumergióse en él grande y muy puro,
Sin fruncir el ceño.—
Mas morir debes tú en fango impuro,
Pequeño, Pequeño.

Jersey, Julio de 1853.

CANTO VII

La caravana.

I

En la tierra unas veces arenal, otras veces inmensa sábana, atados uno á otro en larga caravana y cambiando sus pensamientos en confusos rumores, y llevándose consigo las leyes, los hechos, las costumbres, los espíritus, viajeros eternos se han puesto en marcha.

El uno lleva la bandera, los otros llevan el arca.

Este santo viaje se llama el progreso.

De vez en cuando se detienen todos pensativos, atentos y fatigados. Luego vuelven á emprender la marcha. ¡Adelante!

Unos á otros se llaman, se ayudan y se animan; y siguiendo su camino trasponen horizonte tras horizonte, llanura tras llanura y montaña tras montaña.

Siempre avanzan, nunca llegan.

A cada etapa corre á su frente un nuevo guia; cuando desaparece Juan Huss, se presenta el pensativo Lutero; cuando Lutero se va, toma Voltaire la antorcha; cuando Voltaire se detiene, llega Mirabeau.

Llenos de esperanza sondean y esplorar una tierra desconocida.

A cada paso que dan van desvaneciéndose las tinieblas.

Marchan sin quitar un solo instante los ojos del término de su viaje y del asilo á que se encaminan, punto luminoso que se distingue en el fondo de una dilatadísima llanura, la Libertad sagrada esplendente en lontananza, la Paz en el trabajo, el universal himeneo, el ideal, esa gran aspiracion, esa Meca del género humano.

Cuanto mas adelantan tanto mas les impele y exalta la Fé.

Sin embargo, en ciertos momentos que hacen alto á causa de la fatiga y por palidecer la luz del dia, cuando en fin, despues de haber andado mucho necesitan descansar y dormir, son las ocasiones en que el mal tomando todas las formas, cual ave de mal agüero, ó reptil monstruoso de saltos fatidicos y enormes, quimera, preocupacion, mentira tenebrosa; es la hora en que el pasado que dejan ellos tras sí, viendo en cada uno de ellos una presa escapada, sorprende la caravana acampada y durmiendo, y saliendo de las sombras y de la nada profunda procura someter esos espíritus que se le van.

II

El dia va declinando; se llega á la cumbre de alguna árida montaña rodeada de inmensa soledad, feroz y salvaje y donde ni siquiera un árbol, ó una roca, ó un abrojo interrumpe la monotonia del lúgubre é invariable horizonte.

A la luz de las primeras estrellas clavan estacas en tierra y desenvuelven las tiendas. Enciéndense mil fuegos a la redonda del campamento.

Es de noche. Loado sea Dios. Cansados viajeros: dormid en paz.

Mas no, despertad porque todo despierta á vuestro alrededor, oid, escuchad, arriba, de pié, prestad oidos.

Ved á la luz del dia zodiacal el negro gavilan, el mono obsceno, el chacal, los ratones abyectos y negros, las comadrejas, las garduñas, nocturnos visitadores de las tiendas beduinas, la hiena de paso tortuoso que amenaza y huye á la par, el tigre de aplastado cráneo donde no brilla la menor luz de instinto bueno, y cuya ferocidad se parece á una alegría infernal. Todos los seres fatales, las aves de rapiña y los animales carniceros; hacia el fuego resplandeciente lanzando horribles alaridos se dirigen de todos los puntos tenebrosos.

En medio de la niebla y semejantes á los bandidos que merodean, esos ladrones de la naturaleza están allí dando vueltas.

Las llamas de las hogueras se reflejan en los ojos de los leopardos.

Terrible confusion en la cual se ve en todas partes pupilas encendidas como ascuas, errando por entre las tinieblas.

En el espacio resuenan gritos y alaridos fúnebres. De las piedras, de los fosos, de las tortuosas quebradas, de todas partes surge un ruido feroz y monstruoso.

Cuando un pié humano penetra en aquellas llanuras, siempre á la hora en que la noche tiende su negro manto, ó en que la creacion comienza su concierto, el espantoso y ronco pueblo de los desiertos, horrible y saltando hasta las pálidas nubes, acoge al hombre con gritos y rugidos.

Lúgubre ruido, caos de los fuertes y de los débiles buscando su presa con inmundo apetito, el uno chilla, el otro ruge, el otro maulla ó ladra ó gruñe.

El viajero invoca lleno de profundo horror ó su santo musulman ó su patron cristiano.

De repente cesa el ruido y reina un silencio sepulcral.

El espantoso tumulto deja de oirse; las quejas y estertores mueren como voces apagadas por la agonía, como si por milagro y por encantamiento se hubiese llevado Dios mismo bruscamente y en medio de la oscuridad, los zorros, monos, buitres, tigres, panteras, y todos los monstruos en fin que son en la tierra lo que los demonios en el mundo desconocido.

Todo calla.

El desierto es mudo, vasto y solitario. Nuestros ojos no ven bajo los cielos mas que la inmensidad del espacio.

De repente y en medio de aquel silencio solemne que crece mas y mas á cada momento se levanta un formidable y prolongado rugido.

Es el del leon.

III

Salta y surge de alli donde estais el rey salvaje de las profundas soledades.

Acaba de despertarse al cerrar la noche, no como el lobo taciturno al olor del ganado, no como el jaguar para ir a las ensenadas á husmear si la tempestad ha arrojado cadáveres, no como el chacal furtivo y aventurero para desenterrar durante la noche los muertos pareciendo horribles espectros, en algun campamento que dominan la guerra y sus desastres; sino para ir en la oscuridad al fulgor de las estrellas, porque al azul constelado agrada á sus ojos enrojecidos; porque Dios hace contemplar el sol al águila y hace mirar las estrellas al leon.

Viene atravesando las gasas del crepúsculo, medita y camina con paso silencioso, tranquilo y satisfecho bajo el esplendor de los cielos. Aspira el aire puro de que su antro carecia; y bate sus flancos á los golpes acompasados de su cola; y en la oscuridad que le siente acercarse, nada lo ve venir, nada lo oye andar.

Las palmeras temblando como matas de yerba menuda, se estremecen.

Así es como apacible, magnifico y soberbio llega siempre por el mismo camino como llegó ayer, como llegará mañana, a la hora en que el astro Venus declina á su occidente.

Cuando él se ha encontrado cerca la colina, marcando su ancha pata en la arena movediza, aún antes que la mirada de algun ser vivo haya podido ver bajo la eterna y misteriosa bóveda ponerse al horizonte su vago y negro fantasma, antes que haya avanzado en la llanura, todo ha callado dejando tan solo pasar su poderoso aliento, y este aliento ha bastado flotando al azar para hacer estremecer y temblar á toda la naturaleza y para hacer repentinamente callar en lo mas vivo del ruido todas aquellas voces sombrías que chillaban en medio de la noche.

IV

Así pues, cuando arrojando por fin la losa de tu antro, y cansado del prolongado sueño que pesa sobre tus párpados, abres, pueblo, tus ojos de donde sale vivisima luz,

te despertarás con toda tranquilidad, el dia en que nuestros ladrones ó tiranos sin número lleguen á comprender que alguno se mueve en medio de la oscuridad, y que eres tú ¡oh leon! aquel dia ese grupo vil en que Falstaff se junta con Loyola, todos esos mendigos ante quienes la probidad se encoleriza, esos que van con la sotana rozagante ó el sable á rastras, el general Soplon, el juez Barrabas, el jesuita de frente amarilla y de mirada feroz y abyecta, rezando un rosario cuyos granos son balas, los Mingrats bendiciendo á los Heliogabalos, los Veuillots que no hace mucho iban errantes sin fuego ni hogar, y que antes de tomar en su mano la causa del Dios verdadero, antes de ser santos, arrastraban en las orgías los andrajos de su estilo y los agujeros de sus botas, el arzobispo, ulema de Jesucristo ó de Mahoma mascando con la hostia un sangriento *Te Deum*, los Troplongs, los Rouher violadores de las constituciones, estafadores que tienen las leyes como tendrian los naipes los buenos fieles, y cuyas manos están manchadas de sangre por lo cual las cubren con guantes, esos devotos, esos regalones, esos bedeles, esos salteadores, desde los hombres viles hasta los hombres siniestros, todo ese conjunto monstruoso de bellacos y miserables, que rechinan los dientes con la mirada encendida y la geta ensangrentada en torno de la razon y de la verdad; todos desde el amo hasta el lacayo, desde el bandido hasta el ratero, pálidos y consternados, querido pueblo, callarán solamente con sentir pasar á lo lejos tu aliento, y todos desaparecerán súbitamente; ni el relámpago será mas rápido que ellos.

Ocultos, desmayados, acorralados en su tenebrosa soledad, huirán aun antes de que se haya oido en esas tinieblas donde los justos temblorosos están mezclados con los réprobos; y tu voz solemne y elocuente subirá á los cielos estrellados.

Jersey, Junio de 1853.

CANTO VIII

Dios aterra á los grandes y los pequeños.

Era de noche: llovia, la marea era alta, una niebla densa y fúnebre invadia toda la costa. Las rompientes ladraban como perros, las olas unian su triste sollozo al amargo llanto de los cielos; el infinito sacudia y mezclaba en su urna las sombras invasoras del abismo nocturno, y las bocas de la noche parecian rugir en el aire.

Entre tanto se oia el cañon de alarma en el mar.

Varios marinos que se veian en duro trance pedian socorro.

En la borrasca en que una fuerte ráfaga sucede á otras ráfagas, sin piloto, sin palos, sin áncora, sin abrigo, algun bajel perdido lanzaba su postrer grito.

Sali yo enseguida.

Una vieja pasando aterrorizada me dijo:

—Ha naufragado. Es un quechemarin.

Corri á la playa y no ví mas que una vela, neblina y oscuridad y el horror y yo solo; y la onda levantando su cabeza sobre el abismo se puso furiosa á mugir contra mí como para alejar un testigo de su crímen.

¿Quién eres pues, celoso Dios, Dios de tortura y terror, Dios de las ruinas, de los abismos y de las tempestades que no estás contento de tantos y tan grandes naufragios, que despues de haber sumergido tantos poderosos y tantos fuertes te queda todavía tiempo para sumergir á varios pequeños, que en las frentes menores se estampa tu huella y que despues de haber sepultado la Francia necesitas sepultar ese barco?

Jersey, Abril de 1853.

CANTO IX

El patibulo.

I

Seria un grande error el creer que todas estas cosas han de acabar con cantos y apoteosis; no hay duda, llegará la hora del rudo y fatal castigo; nunca retroceden ni mienten los decretos dados desde lo alto.

Aquellos dias horribles serán dias sublimes.

Tú, pueblo generoso, pueblo entusiasta, harás expiar á esos hombres sus crímenes horrorosos, sin cuchilla, sin verter una gota de sangre, por la ley, pero sin perdon, sin furor y sin arrebato.

No, no caiga ni un solo cabello de una cabeza, no se oiga el menor grito de una boca martirizada, no encuentre ningun malvado el menor asesino.

Los tiempos se han consumado; la ley de muerte ha muerto; hemos cerrado la puerta del antiguo matadero humano.

Todos esos hombres vivirán.

Todos, pueblo, hasta él.

Eso decíamos ayer; eso repetimos hoy, y mañana volveremos á repetirlo; nosotros que llevamos en la frente la aurora de los tiempos futuros, porque nuestras almas, tal vez para siempre, habitan las elevadas cumbres de la adversidad; nosotros los ausentes que vamos á donde el destierro nos envia; nosotros proscritos que sentimos llenos de gozo inefable en el brazo que nos castiga una mano que á la par nos bendice; nosotros los gérmenes del grande y espléndido porvenir que el Señor inclinado sobre la familia humana sembró en su surco de pena y miseria.

II

Esos miserables tiemblan bajo su nombre que anonada; tienen miedo ó aparentan tener miedo por su infame cabeza; pero, necios, ¿no veis que eso seria deshonrar el patíbulo? ¿remover la antigua cuchilla de las revoluciones para ellos?

¡Para ellos! ¿Es posible que tal piensen?

¡Deshonrar así el patibulo!

Pero, bribones, varios mártires que iban con la frente erguida; varios justos y héroes que se sonreian al borde del abismo han muerto encima de ese tablado haciéndolo sublime, pues que Carlota Corday y la Sra. de Roland han puesto su blanco cuello bajo esa terrible segur, ellas han enjugado con su rubia cabellera el

ensangrentado tajon, ¿y Magnan tendria la pretension de venir á mancharlo con su sangre inmunda?

Donde ruge el leon, ¿puede acaso gruñir el cerdo?

Para Rouher, Fould y Suin, esos despojos del arroyo, tendria que emplearse el patíbulo de los sublimes Camilos y Vergniauds.

¡Cómo, gran Dios! ¿Tendrias reservada para Troplong la muerte de Malesherbes? ¿tratariais al señor Delangle del mismo modo que al famoso Andrés Chenier? ¿arrojariais esas cabezas en el mismo cesto y en el último choque que confunde y aproxima? ¿hariais estremecer á Danton con el contacto de Baroche?

No; su reinado en el cual se mezcla lo atroz á lo burlesco es una mojiganga y no lo olvidemos. Mucho nos ha hecho llorar pero mas nos ha hecho reir.

So pretesto de que ha cometido muchos crímenes y de que es tan asesino como farsante, ¿subiria las gradas de esta escala horrible y sagrada, Payaso despues de Saint Just, Robespierre y Titan? ¿Despues de haber cortado la cabeza de Briare, cortaria esa cuchilla la garganta de Arlequin?

No, no, señor Rouher, sois un miserable; Fould vos sois un fátuo, y vos Suin un solemne bellaco.

El patibulo es un lugar de siniestro triunfo, el pedestal levantado sobre el lúgubre cadalso que hace caer la cabeza y levantar el nombre, es la cumbre encarnada desde donde toma el mártir su vuelo; es el hacha impotente para destruir la aureola; es la almena ensangrentada, estraña y temible desde donde el alma se inclina y vislumbra la eternidad.

Lo que es menester ¡oh Justicia! para esos criminales de dicha especie, es el gorro verde, es la casaca de paño burdo, es el poste, es Brest, es Clairvaux, es Talon, es la cadena arrastrando detras de su pierna, es el látigo, el palo y los hierros, duros compañeros, y los chanclos resonando sobre ellempedrado del presidio.

Vivan pues reunidos é infamados.

El patíbulo severo los rechaza.

Vivan pues, es preciso que vivan el uno con su cirio y el otro con su cimarra.

La muerte baja sus ojos de virgen á la presencia de esos miserables.

Jersey, Julio de 1853.

CANTO X

No hablará de ti la historia.

Cuando el eunuco reinaba al lado del césar, cuando Tiberio y Cayo y Neron con su carro abatian á Roma, mas muerta ¡ay de mi! que Babilonia, el poeta cogió á esos verdugos en su trono.

La musa con solo dos versos llenos de vida les escupió al rostro.

Tú, falso príncipe, primo de la débil Ortensia, hidalgo por tu mujer, almirante por tu madre, reinas por Diciembre y vives por Brumario.

Pero la musa te ha cogido; y ahora como es natural tiemblas á las manos del severo historiador.

Sin embargo aun que tiemblas bajo el látigo de la lira dices en tu orgullo:

—Quiero que la historia hable de mí.

No, miserable, no; el osario de los reyes no se ha hecho para tí; no, bandido, no; no entrarás en la historia; despojo humano, buho desplumado y animal muerto, serás arrojado en la basura detras de la puerta.

CANTO XI

PALABRAS DE UN CONSERVADOR

Á PROPÓSITO

DE UN PERTURBADOR.

¿Era un sueño? ¿estaba yo despierto? juzgadlo por lo que diré.

Un hombre (¿era griego, judío, turco, chino ó persa?) un miembro del partido de órden, verídico y grave me decia:

—La muerte jurídica que hiere á ese charlatan, á ese descarado anarquista, es justa; pues conviene y es preciso que se defienda el órden y la autoridad. ¿Se puede acaso sufrir que los discutan? Por otra parte, ahí están las leyes para que las ejecuten.

Existen verdades eternas que es preciso hacer prevalecer aun cuando fuese á costa del patíbulo.

Ese innovador predicaba una filosofia capaz de desquiciar la sociedad. Amor, progreso, palabras huecas de las que nadie debiera fiarse como yo no me fio.

Se reia de nuestro culto antiguo y venerado.

Ese hombre era uno de esos seres para quienes no hay nada sagrado, no respetaba nada de lo que se respeta.

Para inculcar sus doctrinas, iba recogiendo en los mas infames lugares, pescadores y hombres de mala vida, bribones atrabiliarios, inmundos descamisados que no tienen donde caerse muertos: y con semejante canalla celebraba sus conciliábulos.

No se dirigia al hombre inteligente, prudente, honrado, acaudalado, propietario.

No tenia consideraciones de ninguna especie, y estraviaba á las masas.

Levantando las manos en alto y haciendo algunas muecas, pretendia curar á los enfermos y heridos en contravencion con las leyes.

Mas no era bastante todo lo que acabo de indicar.

El impostor, mal que os cuadre, sacaba los muertos de los sepulcros; tomaba falsos nombres y virtudes y se queria hacer pasar por lo que no era.

Divagaba al azar diciendo a todas partes:

—Seguidme.

Y no reparaba lo mismo si se hallaba en el campo que en las ciudades.

¿No era eso escitar la guerra civil, el desprecio, el odio entre los ciudadanos?

Veianse acudir a él de todas partes horribles paganos que no tenian mas guarida que un agujero en los fosos y cloacas; el uno era cojo, el otro sordo, el otro tuerto, el otro rascaba su asquerosa úlcera con un viejo casco de vasija.

El hombre honrado se metia lleno de indignacion en su casa cuando veia pasar á ese juglar con su abominable séquito.

En cierto dia festivo, no sé cual, tomó ese hombre un látigo y empezando á gritar y declamar, arrojó de la manera mas brutal á los mercaderes autorizados para vender; el hecho es auténtico. Aquella honradísima gente tenia permiso, lo que á mi parecer basta, del clero que percibia su parte de la ganancia.

Llevaba consigo á una especie de hija; é iba perorando, destruyendo la familia, la religion y la sociedad, é iba socavando los cimientos de la propiedad y de la moral verdadera.

El pueblo le seguia dejando los campos sin cultivar, lo cual era muy pernicioso.

Atacaba a los ricos y adulaba á los pobres asegurando que aqui en la tierra los hombres son iguales y hermanos, que no hay grandes ni pequeños, amos ni esclavos, y que el fruto de la tierra era el de todos los mortales.

En cuanto a los sacerdotes solo diré que los desgarraba.

En una palabra, de su boca no salian mas que blasfemias.

Todo eso sucedia en público; y él referia todos aquellos horrores en presencia de los primeros mendigos que encontraba, prefiriendo á los que no tenian casa ni hogar.

Era preciso acabar con él, las leyes eran severas, el poder mandó crucificarlo.

Tales palabras dichas con acento melífluo llamaron mucho mi atencion y no pude menos de decirle:

—Pero ¿quién sois vos que así hablais?

—Indudablemente, me contestó, se necesitaba un ejemplar castigo.

Yo me llamo Elizal y soy escriba del templo.

—¿Y de quién hablais? le pregunté.

Con aire de sorpresa me contestó:

—¡Hombre! ¿De quién he de hablar sino de ese vagamundo que se llama Jesucristo?

Jersey, Noviembre de 1853.

CANTO XII

Fuerza de las cosas.

Que en presencia de los infames suspire el hombre honrado; que la historia sea repugnante é insulsa; que el imperio cojee con Talleyrand ó bizque con Parieu; que un golpe de mano de un estafador diestro se llame gracia de Dios; que el papa haya cambiado su cayado en maza; que en el Campo de Marte se vea piafar bajo la espuela al general Asesinato y al ayudante de campo Robo; que fuera del Eliseo un principe salteador, un filibustero saliendo de la isla de la Tortuga, asesine, estermine, degüelle, devaste y asole; que los boncios cristianos golpeando el *tam tam* vociferen en presencia de Soufflard: *Attollite portam*; que para aplaudirle tenga el crimen cien periódicos infames, los que en la casa del Oro garabatean los Romieux sentados en el regazo de las mujeres, con el vaso en la mano, y los que san Ignacio inspira á sórdidos bellacos; que en los viles tribunales donde la mirada de Moreau del Sena ofende á Moreau de la Meurthe, la justicia haya recibido puñetazos horribles; que en su lecho de muerte la ley sea violada por los centuriones y sufra el estertor de la agonía; que el sér privilegiado, creado por Dios para ser génio, el hombre, adore de rodillas al lobo hecho emperador; que una carcajada abreviada por el horror resuma todo lo que hoy vemos; que Hautpoul venda su espada y Cucheval su pluma; que todos los famosos bandidos copiados en pequeño vuelvan á vivir; que se llene un senado de estúpidos y medianías cuyo servilismo propio de negros y mamelucos hubiese disgustado al mismo Mahmoud y cansado á Soulouque; que el oro sea el único culto y que en ese tiempo venal en que la Caja es Dios sea cardenal el bolsillo; que la vieja Temis no sea mas que una ramera besando á Mandrino en la caverna donde Mongis chapurrea; que Montalembert suelte su baba apoyado de codos en el altar; que Veuillot por Sibour vacie el bolsillo de los fieles; que en los bailes de la córte se vean ostentarse tantas ganforras que ayer arrastraban sus andrajos por las aceras, beldades del sacanete con perfil de fullero; que Haynau sea en Brescia peor que Lautrec; que en todas partes, desde las Siete Torres hasta las columnas de Hércules, Napoleón con la mano en la cadera retroceda porque el águila es vieja, Essling encanece, Marengo tiene la gota y Austerlitz tiene reuma; que el czar de Rusia tenga tanto miedo como el nuestro; que el oso negro y el oso blanco tiemblen uno delante de otro; que montado en su gran caballo y llevando su enorme penacho reviente de gozo Saint Arnaud en presencia de Florival, fuerte en la pantomima y en los combates del baile pírrico; que Sodoma se ostente y París se oculte; que Escobar y Houdin vendan el mismo ungüento; que merced a todos esos mendigos á los cuales tocamos con el guante calzado, enteramente dorados por de fuera y negros y llenos de lepra en el interior, que recorren los bailes, frecuentan el juego y van á vísperas, que

merced á esos titiriteros mezclados con los bandidos, el san Bartolomé se acabe en el jueves lardero, no te importa nada á tí, profunda y tranquila naturaleza.

Naturaleza, Isis velada y sentada en el umbral de nuestra puerta, impenetrable abuela de miradas amorosas y tiernas, vieja como Cibeles y fresca como Iris, lo que se hace en la tierra se desvanece en presencia tuya, porque toda fealdad se disipa en presencia de tu esplendor; no te informas de quien es el bribon ó el tirano que se canoniza en San Juan de Letran.

El dos de Diciembre, con los soldados ébrios, las leyes falseadas y los cadáveres mezclados con las botellas rotas no te importan nada; sigues impasible tu flujo y reflujo.

Cuando el morador de los arrabales se duerme y no sabe meter en el fusil las balas de buen calibre; cuando el pueblo francés no es ya el pueblo libre; cuando mi mente fiel al objeto que se propuso aplica un verso cantárida á ese letargo, tú sueñas.

Muchas veces del fondo de lúgubres mazmorras sale como de un infierno el murmullo de las sombras que Baroche y Rouher guardan bajo llaves y cerrojos, porque ese monton de lacayos es un monton de verdugos, siendo corazones de barro son corazones de granito; mi estrofa entonces se endereza y para cinchar á Baroche corta una tira sangrienta de Rouher degollado. Tú no te conmueves: manantial sin cesar esparcido, la vida indiferente llena siempre tus urnas; dejas elevarse á los nocturnos atentados, á los crímenes y furores de Roma crucificada y de París aherrojado, á las asechanzas de los reyes, á los lazos, á los falsos juramentos, á las telarañas y al borrascoso clamor de las almas indignadas.

En esa tranquilidad en que siempre te has refugiado dejas fermentar la turbacion y el desórden en todas partes, y renacer un pasado del cual nos habíamos emancipado, y rejuvenecer su sangre los abusos cacoquimios, exalar su supremo suspiro la Francia cubierta de luto, cantar las prostituciones y esconderse en sus madrigueras los cobardes como el talpo en su escondrijo, y rugir los leones y rugir á los poetas. No es tu mision la de irritarte.

Verás sin temblar y sin sublevarte errar bajo tus flores, bajo tus pinos, bajo tus tejos ó tus arces al mas miserable de todos esos infames.

Cuando por la mañana abre Troplong sus legañosos ojos, Venus, esplendor sereno y deslumbrador de los cielos, Venus que deberia huir avergonzada y huraña no hace ademan de saber que la mira Troplong.

Dejarias coger una rosa á Dupin mientras que el pino cubriendo de terciopelo la escarpa coronada que se asoma y vigila á la Europa y truena mientras le hablan al oido Loyola por un lado y Trestaillon por el otro, tu mano entreabre en medio de la oscuridad el surco al grano de trigo.

En tanto que de los senados y de los cónclaves sale el horror, que los Estados Unidos tienen mercados de esclavos como los tuviera Roma antes de que Jesucristo viniese á la tierra, que el americano libre pone el basto al africano aherrojado, y que vende los hombres por algunas monedas, tú hinchas la mar, haces levantar los astros,

encorvas el arco iris, llenas de enjambres los matorrales, de perfumes los aires y de cantos los nidos, haces en el verde bosque el tocado de las rosas y haces concurrir lejos de los hombres morosos, por precios desconocidos por los ángeles, recogidos el candor de la virgen y la blancura del lirio.

Y cuando retorciéndose las manos ante las torpezas el pensador acongojado huye del bullicio y corre á la soledad, le dices:

—Ven, soy yo que nunca me corrompo, yo que te amo.

Y esparces en la sombra sobre su frente donde siente latir las ondas de su ardiente arteria la suave frescura de la yerba y del ramaje de los bosques.

Hay momentos en que al verte dirigir en medio de la traicion con toda tranquilidad los meses y las estaciones, al verte impasible y fria á todo lo que se hace, pareces para aquel que no ve mas allá de la superficie un ser helado, y causas bastante sorpresa.

Cuando los proscritos, mártires del pueblo, elegidos de Dios, éstóicos, se acuestan sin quejarse en el lecho de muerte, tú no aparentas tener otro pensamiento que el de dorar y pintar las alas del escarabajo que va errante sobre las tumbas.

Los reyes hacen cadalsos y tú haces guirnaldas.

Cobijas con el mismo cielo al justo que al injusto.

Ocupada en el insecto, en la piedra, en el arbusto, en los confusos movimientos del mundo inanimado, pareces ignorar el bien y el mal; dejas al hombre presa de su amarga miseria…

¿Qué te importa Sócrates? tú misma le preparas la cicuta.

Tú creaste la necesidad, el instinto y el apetito; el fuerte devora al flaco y el grande al pequeño; el oso se alimenta del raton y el buitre de la paloma.

¡Que importa! naced, hormiguead para llegar a la tumba, muchedumbres; vivid, matad, haced el amor, creced; la pradera reverdece, la noche sucede al dia, el asno rebuzna, el caballo relincha, el toro muge.

¡Oh rostro terrible! cualquiera te creeria ciego, lo bueno y lo malo se mezclan á tu paso.

En ese inmenso olvido ni siquiera ves á esos dos jigantes lejanos que se inclinan á tu abismo, Satanás padre del mal y Cain padre del crimen.

¡Error, error, error!

¡Oh jiganta de cien ojos, haces un trabajo grande, santo y misterioso! ¡Oh naturaleza, blasfeme de ti quien quiera, yo nunca blasfemaré!

Mientras que nuestra cadena nos aprieta la cintura y que la oscuridad se estiende a todas partes, los principios ocultos, los elementos dispersos, el rio, el volcan de boca de escarlata, el gas que se condensa en el aire y se dilata, los flúidos, el éter, el gérmen sordo y lento, son otros tantos obreros que trabajan silenciosa y ocultamente; obreros que no tienen sueño, que no se fatigan, que son innumerables.

Tú fomentas en medio de esa noche augusta libertadora, todo trabajo, el iman, el betun, el hierro, el carbon; para cambiar en eden nuestro infierno las fuerzas á tu voz

salen del fondo de los abismos.

Tú murmuras en voz baja:

—Raza de Adan que sufres, hombres esclavizados, pensadores adictos al mundo antiguo, cada una de mis leyes os liberta; elegid.

Y cada dia surge una nueva luz, y el pensador acecha y el azar revela.

Siempre el viento sembro, siempre el cálculo recogió.

Alli Fulton, aquí Galvani, mas acá Volta, están meditando en los profundos secretos que á cada instante nos revelas; y el hombre deslumbrado descifra en fin tu libro.

De hora en hora se descubre un poco mas de horizonte. Como un golpe de ariete dado a la pared de una cárcel, cada descubrimiento del género humano que busca, investiga y sondea, hace estremecer al mundo.

El himeneo de las naciones se lleva a efecto.

Pasiones, intereses, costumbres y leyes, las revoluciones por las cuales el corazon humano germina y cambia de formas, París, Londres, Nueva Yorck, los enormes continentes, tienen por lazo un alambre que tiembla en el fondo de los abismos del Océano.

Una fuerza desconocida, fuerza arrancada á los rayos, mezcla con la corriente de las aguas la corriente de las ideas.

La ciencia hinchiendo sus ondas desbordadas sumerge trono y cetro, ídolo y potentado; todo se mueve, se agita, piensa y acrece.

El aereóstato se eleva y desde lo alto de los cielos siembra los hombres, Canaan aparece; héle aquí, ya estamos en él.

El amor sucede á las lágrimas, el agua viva al agua muerta y la boca que canta á la boca que muerde.

La ciencia, semejante á los antiguos pontifices, unce á los carros atronadores hipogrifos espantosos, y el animal de bronce respira fuego por sus narices.

El globo esclavo cede al espíritu soberano.

Donde quiera que el terror reinase ó marchase el hombre triste y mas agobiado que la bestia de carga, arrastrando los hierros sangrientos que forjara el horror; donde quiera que saliesen argollas de las preocupaciones; donde quiera que los césares poniendo el pié sobre el alma ahogasen la luz, el pensamiento y la llama, donde quiera que el mal sombrío, estendiendo su vasta red hiciese crecer el gusano, tú haces nacer el ave.

Gradualmente y con lentitud se ve salir á tu aliento la libertad de la yerba de la pradera, de las piedras del camino, de las ramas de los bosques irradiando, convertir las leyes de la ciencia en decretos, destruir el carapacho del antiguo universo muerto, llenar el fuego que brilla, el agua que rebulle, el aire que pasa, rugir el trueno, errar los torrentes, ¡vivir! y tú haces el mundo imposible á los tiranos.

La materia, viva hoy, muerta antiguamente, aplastaba ayer el hombre, y ahora lo arrastra.

El bien germina á cada momento y el placer en todo lugar.

¡Oh! tu corazon puede estar orgulloso; tú que bajo la mirada de Dios nos prodigas los dones que tu misterio descubre, tú que miras, como se inclina una madre para ver nacer el fruto que su seno ha llevado, salir la humanidad de tu eterno seno.

Vida, idea que rebulles en todos los cerebros, el progreso aliando entre ellos sus conquistas gana un punto despues del otro y se esparrama como el contagio.

De ese oscuro conjunto de hechos prodigiosos que ninguna mirada abarca, ni palabra alguna nombra, naces mas firme que el águila, espiritu del hombre, reformando las costumbres, las ciudades, los códigos, la religion.

El pasado no es mas que el huevo de que sales, Legion Universal. Tal es, pródiga naturaleza, tu génesis sublime.

En la cima en que estamos permanecemos deslumbrados; el mundo reclamando el resorte que Dios le debe, vibra, y desde ahora, grave, atento, silencioso, inclinado hácia lo futuro, la creacion y las criaturas, brillando en su mirada un vago esplendor, el sabio, el pensador y el filósofo perciben del porvenir vivo ya en sus pupilas la palpitacion de infinitos millones de alas.

Jersey, mayo de 1853.

CANTO XIII

Cancion.

¿En qué piensa aquel proscrito?
En los campos que sembro,
En su carro, en su perrito
Y en la choza que dejó.

Los recuerdos le asesinan
Y mientra á Dupin se premia
Y á los suyos no eliminan,
Al proscrito el hambre apremia.

Sin pan vivir no se puede[C7A]
Sin patria á la muerte se cede.

Sueña el taller el obrero
Y la choza el labrador
El hermoso y gran florero
Y la imágen del Señor.

Lucia un fuego brillante
Cabe al lecho de la abuela
Al cual hacian radiante
Los embutidos de hojuela.

Sin pan vivir no se puede,
Sin patria a la muerte se cede.

Zumbaba en mayo la abeja,
Y entre los bosques volar
Se veia la corneja
Y entre las mieses cantar.

Se oian los gorriones
Que cual aves de rapiña
Nos robaban… ¡pillastrones!
Recorriendo la campiña.

Sin pan vivir no se puede,
Sin patria a la muerte se cede.

Con la lima ó la piqueta
Mantenia hijo y mujer,
Mi alegria era completa,
Mi trabajo era el placer.

¡Oh trabajo, luz y llama,
Del honrado digno fin!
Por él gozan noble fama
Los Jacquart, Watt y Papin.

Sin pan vivir no se puede,
Sin patria a la muerte se cede.

En las fiestas el obrero
Solia al campo salir,
Con los cantos de Febrero
Solia el alma esparcir.

Con su blusa, gorra atrás,
Y con su palo nudoso
Salia á… comer quizás
Algun conejo dudoso.

Sin pan vivir no se puede,
Sin patria á la muerte se cede.

Los domingos el labriego
Llamaba á Juana ó Justina
Y decia: «Ponte luego
Las faldas de muselina,

É iremos al pie del monte
Con los otros á bailar,
Ponte los zapatos, ponte,
Que el césped vas á pisar…

Sin pan vivir no se puede,
Sin patria á la muerte se cede.

Pensativo, el desterrado,
Se va lleno de dolor
Y el corazon desgarrado…
¡Deja sus prendas de amor!

Contempla el arce aflictivo
Que se eleva en la pendiente
O piensa en Polonia, altivo,
O en su patria inteligente.

Sin pan vivir no se puede,
Sin patria á la muerte se cede.

Un desterrado, sereno,
Mas cansado de sufrir
Y de mil angustias lleno
Queria, tenaz, morir.

«¿Por qué morir?» le pregunto
¿Por qué vivir? me responde,
«Adios; de Neron barrunto
«Que se libra el que se esconde».

Sin pan vivir no se puede,
Sin patria a la muerte se cede.

«Muero porque ver no puedo
»En mi patria el sol nacer,
»Ni escuchar el canto ledo
»Del ave al amanecer.

»Mi alma está donde me voy
»En cuatro tablas de pino,
»Encerradme, que no estoy
»Para sufrir á Escapino».

Sin pan vivir no se puede,
Sin patria a la muerte se cede.

Jersey, Abril de 1853.

CANTO XIV

Últimas palabras

La conciencia humana ha muerto. Él se ceba en ella en medio de la orgia; ese cadáver le gusta.

Varias veces, alegre, vencedor y con la pupila roja de sangre, se vuelve y da un bofeton á la muerta.

La prostitucion del juez es el recurso; los sacerdotes hacen temblar á los hombres honrados despavoridos.

De los campos del labriego desentierran ellos la bolsa, y Sibour revende á Jesucristo que Judas vendiera.

—César reina, dicen ellos; el Dios de los ejércitos le ha hecho su elegido. Obedece, pueblo, porque le debes obediencia.

Mientras ellos van cantando y llevando las manos cerradas, se ven brillar entre sus dedos los sequíes de oro que han robado.

¡Oh! mientras se vea triunfar á esos miserables, á ese principe bendecido por el papa, monarca malandrin que lleva en una mano el cetro y en la otra la palanqueta, á ese Carlomagno cortado por Satanas en Mandrino;

Mientras se cebe agitando sus mandibulas en el juramento y la virtud, el honor y la religion, ébrio, horrible, vomitando su vergüenza sobre nuestras glorias, mientras se vea todo eso bajo el manto de los cielos,

Aun cuando aumentase la abyeccion pública hasta el punto de adorar al execrable embustero; aun cuando Inglaterra y hasta la América dijesen al desterrado:

—Vete. Tenemos miedo;

Aun cuando fuésemos como la hoja muerta; aun cuando para agradar á César se nos negase todo; aun cuando el proscrito debiese ir de puerta en puerta desgarrado por los hombres como un andrajo por los clavos;

Aun cuando el desierto en que Dios protesta contra el hombre, desterrase á los desterrados, espulsase á los espulsados; aun cuando infame tambien y cobarde como lo demas, el sepulcro expeliese á los muertos,

No vacilaria; y sin salir de mis labios una queja, tranquilo y sereno con el luto en el corazon y despreciando al vil rebaño te abrazaria siempre en medio de mi fiero destierro, patria mia, idolo mio, libertad, mi bandera.

Nobles y altivos compañeros mios, sigo vuestro culto.
Ahí están desterrados la República que nos une.
Yo gloriaré siempre todo lo que se insulta y llenaré de oprobio todo lo que se bendice.

Yo seré bajo la cubierta de ceniza que me alienta la voz que dice:
—Ignominia.
La boca que dice:
—Nunca.
Y mientras tus criados te enseñen el Louvre, yo te enseñaré, oh César, tu choza.

En presencia de las traiciones y de las frentes viles y humilladas, yo me cruzaré de brazos indignado; pero sereno.

Sombria fidelidad á las cosas caidas, sé mi fuerza y mi alegría y mi columna de bronce.

Sí, mientras él esté allí tanto si se cede como si se persiste, Francia mia, Francia amada y llorada siempre, no volveré á pisar la tierra dulce y triste tumba de mis abuelos y nido de mis amores.

No volveré á ver la playa que nos besa. Querida Francia, escepto el deber lo olvidaré todo ¡ay de mí! Plantaré mi tienda en medio de los que sufren y permaneceré proscrito queriendo ser firme.

Acepto el duro destierro aun cuando no tenga fin ni término, sin querer saber ni considerar que alguno á quien se habria creido mas firme se ha doblegado y que algunos que deberian quedarse se van.

Si no somos mas que mil, no me importa; con ellos estaré.
Si no somos mas que ciento, desafiaré del mismo modo á Sila.
Si no se quedan mas que diez, yo seré el décimo.
Si no queda mas que uno solo, este seré yo.

Jersey, 2 de Diciembre de 1853.

LIBRO OCTAVO

CANTO I

Luz

I

¡Tiempos futuros, vision sublime! los pueblos han salido del abismo. El silencioso desierto es atravesado con rapidez.

Despues de los arenales suceden las llanuras tapizadas de césped; y la tierra es como una esposa y el hombre es como un desposado.

Desde ahora, la mirada que se eleva ve claramente ese hermoso ensueño que algun dia será la realidad, porque Dios romperá toda cadena, porque el pasado se llama odio y el porvenir se llama amor.

Desde ahora germina en nuestras miserias, germina el himeneo de los pueblos hermanos; volando en las sombrías enramadas como el pajarillo que la aurora despierta, el progreso, abeja tenebrosa, fabrica con nuestros males la felicidad.

¡Oh, mirad como se desvanece la noche!

En el mundo que se emancipa olvidando a los Césares y Capetos, y en las naciones núbiles se abren inmóviles en el azur las vastas alas de la paz.

¡Oh, por fin ha salido de su esclavitud libre la Francia!

¡Oh túnica blanca despues de la orgia! ¡oh triunfo despues de los dolores! el trabajo zumba en las fraguas, el cielo sonrie y los pitirojos cantan en los floridos pinos.

El moho corroe las alabardas; de vuestros cañones y bombardas no queda mas que un pedazo que sea bastante grande, capitana, para que pueda tomarse del pilon de una fuente, agua bastante para una bebida de pajarito.

Ya no existen los odios; todos los corazones, todos los pensamientos é ideas á los cuales anima el mismo designio, forman un solo haz; y Dios toma para ligar semejante haz, la vieja cuerda de la campana que tocaba arrebato.

En el manto de los cielos oscila un punto luminoso. Mirad, mirad como crece, como brilla, se acerca; es enorme y encarnado. ¡Oh República universal! no eres todavía mas que una chispa, mañana serás el sol.

II

Fiestas en los cielos, fiestas en los campos, los cielos no tienen ya mas infiernos, las leyes no tienen presidios.

¿Dónde está el patibulo? Ha desaparecido.

Todo renace, la felicidad de cada uno se aumenta con la felicidad de las naciones enteras.

Ya no hay soldados que empuñan siempre la espada, ya no hay fronteras, ni fisco, ni espada en forma de cruz.

La Europa sonrojándose todavía esclama a cada momento:

—¡Cómo! ¿yo tenia reyes?

Y del mismo modo la América dice:

—¡Cómo! ¿Yo tenia esclavos?

La ciencia, el arte y la poesia, han cortado las trabas de todo el humano linaje.

¿Qué se han hecho los males que se sufrian?…

Los piés libres del hombre han olvidado los hierros que los sujetaban.

Todo el universo no es mas que una familia amiga.

El santo trabajo de todos se confunde en una sola armonía; y la sociedad en la cual resuenan infinitos himnos, acoge con trasporte el esfuerzo del mas pequeño; la otra del mas humilde en el interior de su choza conmueve al inmenso pueblo feliz en medio de la luz; toda la humanidad en su espléndida grandeza siente el don que le hace el mas humilde trabajador, así como los verdes pinos vencedores de las avalanchas, las grandes encinas llenas de hojas y ramaje, los viejos cedros frondosos mas duros que el granito, cuando hace en mayo el nido la curruca en ellos, se estremecen en su fuerza y altura soberbia gozosos de que un ave les traiga una hebra de yerba.

Radiante porvenir, impulso universal, espansion del hombre bajo el cielo.

III

¡Oh proscritos, hombres de prueba compañeros mios! tan bravos como benévolos, muchas veces sentado á la orilla del rio he cantado ese canto entre vosotros.

Muchas veces mientras vosotros me escuchabais, varios me decian:

«Pierde toda esperanza; aun cuando fuésemos razas malditas el cielo no seria mas cruel.

»¿Qué quiere decir tanta inclemencia? ¡pues qué! ¿el justo ha de ser castigado? La virtud se sorprende y comienza a mirar fijamente á Dios.

»Dios se oculta y aparta de nuestra vista. ¡Cómo, pues! la iniquidad ha de prevalecer, el crimen viendo en donde hiere Dios, rie con carcajada impia é hipócrita.

»¿No comprendemos sus designios cómo hará brotar ese Dios de las naciones tanto gozo de tanta y tan grande desolacion?

»Sus designios nos parecen contrarios á la esperanza que brilla en tus ojos…»
—Pero ¿quién comprende, proscritos, hermanos mios, al gran misterioso?

¿Quién, pues, ha cruzado el espacio, la tierra, el agua, el aire, el fuego y la estension que sobrepuja á la mente? ¿quien, pues, puede decir?:
—Yo he visto á Dios.

»¡Yo he visto a Jeová! ¡Yo lo nombro! Ahora mismo me reanimaba. Yo sé como ha hecho al hombre y como ha hecho toda la creacion.

»Yo he visto esa mano desconocida al abrirse soltar el duro invierno y el trueno en medio de las nubes y las tempestades encima del mar,

»Tender y replegar la noche lívida, poner un alma en el embrion y apoyar en la sombra del vacío el polo del Septentrion;

»Llevar la hora en que todo sucede, hacer penetrar en el banquete del rey festejado la muerte, invitado sombrio que viene sin que nadie lo haya convidado;

»Crear la haraña y su tela, pintar la flor, sazonar el fruto y sin perder una sola estrella conducir todos los astros en medio de la noche;

»Detener las olas en la orilla, perfumar de rosas el verano, derramar el tiempo como un manantial de agua viva de las urnas de la eternidad;

»De un soplo hacer con su fuegos infinitos estremecer el firmamento sombrio en toda su extension y profundidad como la choza de un pastor;

»Adherir los globos á las esferas con mil lazos invisibles…
»Todas esas cosas son clarísimas y evidentes; yo sé como las hace; acabo de verlo.

¿Quién puede decir esto? Nadie.
¡La noche en nuestros corazones, la noche en nuestros ojos!
El hombre es un vano clarin que suena; solo Dios habla á los ejes de los cielos.

IV

¡No dudemos; tengamos fe! el fin es el misterio.

Esperemos. Dios sabe romper los dientes de los Nerones así como de las panteras. Dios nos pone á prueba, amigos mios.

Tengamos fé y serenos y tranquilos sigamos adelante.

¡Oh desierto! Dios hace crecer las palmas en tus ardientes arenales.

¿Desesperaríamos de él, del justo inmenso, porque no hace seguir á su obra, porque entrega Roma al sacerdote y Jesús al jesuita y los buenos al malvado?

No, no, solo él conoce la simiente que germina en su campo.

¿Acaso no posee él solo toda la certidumbre? ¿acaso no llena este mundo, nuestro estudio, desde el nadir al zénit?

Nuestra prudencia al lado de la suya es la locura.

¿No es acaso en él en quien comienza la luz y acaba la oscuridad?

¿No ve él retorcerse las hidras sobre su vientre? ¿no mira él hasta el fondo de los antros, desde el Atlas al Pelion? ¿no conoce él la hora en que emigra la cigüeña? ¿no sabe ¡oh tigre! tu entrada y tu salida? ¿no sabe, leon, tu caverna?

Responde, golondrina; responde águila de alas sonoras; hablad, ¿teneis nidos que Dios ignore?

¡Oh ciervo! ¿cuando has podido salir de su presencia? ¿No ves, zorro, sus miradas en medio de la maleza? cuando sientes ¡oh lobo! durante la noche una yerba que se estremece, ¿no dices acaso es él?

Puesto que sabe todo eso, puesto que todo lo puede, y que sus dedos hacen brotar el efecto de la causa como el hueso de una fruta, puesto que puede meter un gusano en las manzanas del árbol valiéndose del aire de la noche;

Puesto que azota el Océano mugiente como un toro bravio, puesto que él es el que ve y el hombre es el ciego, puesto que él es el medio, puesto que con su brazo nos lleva, y puesto que á su paso oscila el cometa así como tiembla una pluma echada al aire;

Puesto que la noche oscura le conoce; puesto que las tinieblas le ven, cuando le acomoda salvar la nave que zozobra ¿como dudaríamos nosotros, nosotros que firmes y puros, altivos en nuestra agonía, estamos de pié ante todas las tiranias y solamente nos arrodillamos en su presencia?

Además, pensemos. Nuestros dias son dias de amargura; pero cuando sentimos el brazo en esta niebla, sentimos tambien una mano; cuando caminamos inclinados en la

oscuridad del mártir, oimos á alguno que viene detras de nosotros: este es el camino.

¡Oh proscritos! el porvenir es de los pueblos.

La paz, la gloria, la libertad volverán en carrozas de victoria de fulminantes ejes; ese crímen que triunfa es humo y mentira; he ahi lo que yo puedo afirmar, yo que pienso y medito con la mirada fija en los cielos.

Los césares son mas fieros que las ondas del mar; pero Dios dice:

—Yo pondré una mordaza en su boca y un pesado anillo en su nariz y los arrastraré de grado ó por fuerza, con sus histriones, juglares y tañedores de flauta á las tinieblas en que descansan los muertos.

Dios dice y el granito que comprimia la simiente se desmorona, y ved como desaparecen en confusion y en medio de su prosperidad.

Aquilon, Aquilon que azotas nuestras puertas, dinos si eres tú ¡oh viento que los arrastras! ¿á dónde los has arrojado?

V

Desterrados, desterrados, desterrados, tal es el destino; lo que hoy trae el flujo será en el mismo dia vuelto a tomar por el reflujo.

Los dias malos huirán sin que se sepa su número, y los pueblos gozosos é inclinándose en la sombra, dirán:

—Ya no existe semejante calamidad.

Brillarán los dias felices no solamente para la Francia, sino también para todos.

Entonces se verá en medio de esta libertad funesta tan solo para el pasado, reir y cantar á la humanidad entera, cubierta de flores como un amo de casa que vuelve a ella estando desierta de la cual lo habian arrojado.

Los tiranos se apagarán como meteoros; y como si naciesen de la noche dos auroras en el mismo cielo azul, veremos salir del abismo en que estamos, mezclando vuestros dulces rayos, fraternidad de los hombres y paternidad de Dios.

Sí, os lo declaro, sí, os lo repito, porque el clarin repite lo que dice la trompeta, todo será paz; todo será luz.

Libertad, no mas siervos ni proletarios ¡oh sonrisa celestial, oh majestuoso amor del cielo á la tierra!

El árbol santo del progreso, quimérico en otros tiempos, crecerá cobijando la Europa, crecerá cobijando la América sobre un pasado destruido; y dejando al éter

puro brillar á través de sus ramas, aparecerá el dia inundado de blancas palomas y la noche tachonada de estrellas.

Y nosotros que habremos muerto, muerto tal vez en el destierro, mártires ensangrentados, mientras que los hombres vivirán sin amo mas altivos, mas bellos, bajo ese gran árbol, amor de los cielos a que se aproxima, nos despertaremos para besar su raiz en el seno de nuestros sepulcros.

Jersey, Setiembre de 1853.

CANTO II

EL FIN.

Jersey, 9 de Octubre de 1853.

Cuando iba á cerrar estas páginas inflexibles, sobre los tronos que se desmoronan, perdidos por su salvador, la guerra ha levantado la cabeza, y yo taciturno pensador, he visto pasar en un instante su faz de terribles clamores.

Y he visto estremecerse y temblar á ese gran salteador de caminos.

Tan súbito rayo deslumbra sus mejillas. Tiembla espantado delante los Dardanelos ¡cobarde!

Y mañana tal vez merced á los soldados hijos nuestros, valientes aunque infieles, mañana, digo, sobre esa frente vil, sobre esa abyecta cimera, como una águila que á veces se abate sobre inmundo estercolero, irá á posar sus alas alguna ciega victoria.

A pesar de tu cobardia y pusilanimidad no tienes mas remedio que combatir.

Ea, bandido, al combate; es duro, pero es preciso. Dios te castiga; ya que con la frente erguida te revolcaste por el fango del crímen, marcha ahora de retroceso al combate.

¿Que; ni aun arrastrándose como un perro que se abate, que; ni aun pidiendo perdon, ni aun invocando merced, ni aun lamiendo los piés de los cosacos del Don, no puede evitarse otro Austerlitz? No, Cartouche.

No hay medio alguno de salir de la piel del césar.

A la guerra, falso leon; la melena lo exige. Ahí tienes el Rhin, ahí tienes el Elster, ahí tienes el Adige, ahí tienes la fosa al lado del carro triunfal.

La guerra es el fin, es la última razon. A ella hemos llegado, pueblo soberano, para oirte tocar á mi torre, formidable angelus de esa gran aurora última hora de los reyes, hora primera de los hombres.

Derechos, progresos, á los cuales se os creia eclipsados para siempre, libertad a quien invocaban nuestras voces estenuadas, ahora surgis. He aquí que a través de las nubes reaparecen las cumbres de las mas elevadas montañas.

Hoy volvemos á ver las cimas de las revoluciones.

Viejo mundo del pasado, marcha; ea, no te detengas, porque es justo. El ángel de flamijera espada de pié detrás de ti, te pone la espada en los riñones y te empuja á los

abismos.

JESUCRISTO EN EL VATICANO

A pesar de todo su respeto hácia el Eterno Padre, Jesucristo cierto dia bostezaba en el cielo á riesgo de desencajarse las mandíbulas; se fastidiaba en aquella mansion de gloria.

Los oremus que antiguamente le cantaban seguian subiendo al paraiso; pero no iban dirigidos á él; ni siquiera se le celebraba la misa debidamente, la cual se abreviaba tanto como se podia cuando el oficiante debia ir á tomar parte en un buen almuerzo.

El Espiritu Santo y el Padre no tenian mejor racion.

—¿Qué es esto? dijo Jesús; ¿me habrian suprimido acaso los cristianos olvidadizos las oraciones y el incienso? Se dirigen mucho mas á la Virgen María; la muchedumbre corre á orar en las capillas de los santos como antiguamente corrian y oraban los paganos de los dioses de oro y de madera; pero para mí es cuestion muy diferente.

Sin embargo, tengo en Roma al Padre Santo que segun dicen es mi representante: él debiera sostener mi crédito entre los pueblos. ¿Me será acaso traidor? ¿habria absorbido el paganismo al viejo catolicismo?

Es menester que sin demora me vaya a Roma á examinar lo que se hace alli bajo y asegurarme de si el susodicho vicario cuida ó no cuida mis negocios, ó si se ha apropiado para él solo el culto que me estaba destinado.

Despojémonos de la divina naturaleza, porque es preciso, y tomemos el traje modesto y la humana figura que tenia en Judea cuando un gobernador tuvo la satisfaccion de prenderme; de otro modo podria suceder que no me conocieran.

Dicho y hecho; el divino maestro toma su vuelo y de un solo tiron llega hasta las puertas del Vaticano.

Pregunta en donde vive el papa y se figura que le quieren engañar cuando le indican el palacio.

—¡Ah, ah! dice, nunca habria creido cuando naci en un pesebre, que llegase á ver á mi representante en tan opulenta mansion.

Entra sin embargo, pero a los primeros pasos un suizo engalanado de oro con la alabarda en el brazo le grita:

—¡Alto! á ver la carta de audiencia; es indispensable para entrar en la papal morada; los duques mas encopetados que vienen a hacerle la corte necesitan un permiso firmado por el Padre Santo ó su secretario; y crees tú que un pobrete de tu calaña que no tiene un céntimo como me figuro, ¿puede entrar en este recinto? ¡Ea, vete! el siervo de los siervos de Dios no quiere recibir palurdos de tu clase.

Y esto diciendo le da con la puerta en los hocicos como suele decirse.

Atónito y estupefacto Jesucristo no pudiendo pensar que se le hiciese tan buena acogida, creyó haber comprendido mal, y se dijo que tal vez iba á renacer el tiempo de las persecuciones, y que un nuevo césar enemigo de los cristianos volvia á levantar los paganos altares.

De tal modo se esplicaba aquel misterio. Aquellos guapos suizos eran los carceleros del Padre Santo.

¡Qué candidez y qué corazon tan sencillo!… Solamente Dios podia cometer un error semejante.

—Hijo mio, yo soy Jesús, dijo éste al mercenario; vengo á ver á mi representante á quien sin duda el emperador, devoto de Júpiter, quiere martirizar y lo tiene en algun calabozo, como sucedió antiguamente á mis primeros apóstoles…

El suizo a todo evento decia el padre nuestro, aunque el aire humilde y pobre del Señor no le pareciese merecer honra tanta.

—Os engañais, Jesús; César es el Padre Santo; este palacio es su morada ordinaria; los suizos no guardan á nadie mas que á él; aqui nadie está encarcelado hoy mas que los que vuestro vicario segun le da la gana, encierra porque huelen á heregia; pero todo es para bien de ellos y honra del culto cristiano. Y hasta algunas veces ahorca; pero yo soy un buen suizo y quiero ayudaros: la escalera de servicio es la que está en frente de vos; subid al aposento del ayuda de cámara que anuncia las audiencias, y si vos sabeis rogarle bien tal vez podreis hablar al sumo Pontifice.

Jesús se imaginaba subir otra vez á casa de Caifás.

—¡Pardiez! murmuraba; habita un palacio de plata y oro y yo no sabia muchas noches donde reclinar la cabeza; aquí segun se ve el pobre es un verdadero disturbio á la fiesta, yo fuí pobre y prediqué la caridad, y no tuve ¡ay de mí! otros guardias que los infames que se jugaron mi túnica. Él manda al patibulo y yo fuí llevado. A fe mia se ha de convenir en que si con su pompa triunfal este fulano me representa, estoy por cierto muy mal representado.

Así hablando Jesús habia subido.

En una vasta meseta se abre una inmensa sala; el Señor cree entrar en un mercado, bazar de objetos sin número, encante fraudulento, donde el comprador puede estar seguro de ser engañado. Huesos carcomidos, medallas nuevas, ofenden el olfato ó brillan por do quiera. Muy numerosos dependientes, despabilados y con la vista á todas partes, atan paquetes y sirven á los parroquianos de quienes reciben muchos doblones; no cabe dudar, es una tienda. El empleado principal vestido enteramente de color de escarlata viendo entrar á un hombre tan miserable se arrebata y grita:

—¡Cómo! ¿qué es esto? ¿un inmundo vagabundo penetra sin ceremonias en casa del Señor del universo?… ¿cómo has venido? ¿quién te lleva aquí?… Mas tal vez esperando el perdon de alguna grave ofensa vienes á implorar al vicario de Jesucristo habiéndote disfrazado de mendigo por penitencia. Vamos, esto es, habla; ¿qué te falta? ¿Has asesinado á alguno y temeroso del peligro le has dado de puñaladas por

detrás? ¿has empuñado el arma con mano homicida asesinando á tu padre ó á tu madre? ¿has violado, como sagaz y entendido, á tu hija ó á tu hermana?

En Roma mediante cumquibus absolvemos de todas las debilidades humanas.

¿O bien quieres cruces, cirios, agnus, rosarios benditos, mucho mejor que si el mismo Jesucristo los hubiese consagrado?

¿O bien quieres comer de carne en cuaresma y en los viernes y sábados?

¿O bien quieres de todos los santos que están en el cielo, las mas preciosas reliquias á cual mas auténticas?

Di, abre la bolsa y vacia escudos: no se haria mas para el mismo emperador de Austria. Sino puedes pagar, vete aprisa, despeja; nos está mandado por la bula papal de no dar nada sin dinero. El rico venga á nosotros, el indigente váyase al demonio…

—Hé aquí, se dijo Jesús, un oficio magnifico. En verdad esa gente no tiene mas vergüenza que la que en los tiempos antiguos tenian los escribas y los fariseos. Aqui no son cristianos, no es posible creerlo; seria hacer demasiado ultraje á mi nombre el encubrir con él tan innoble tráfico, con el cual roban sin pudor á todo el mundo. Pero veamos hasta el fin su estraña conducta.

—Tengo poco tiempo que perder y quisiera hablar enseguida al padre de los cristianos, dijo al cardenal, vendedor de piadosos nadas…

—¡Hablar al papa! ¡no faltaba mas! ¡miren el perdido! Se estará burlando de mí. ¿Te has figurado, canalla, que te seria permitido besar de rodillas la babucha sagrada del sumo pontifice? Te engañas, bendito; no se calza el papa para tí. Y vamos, sal pronto de aquí si no quieres saborear al instante las dulzuras de una mazmorra.

—Quiero, sacerdote, disipar tu error. Bajo esos miserables vestidos, reconoce á tu amo y señor. Yo soy Cristo; ahora tal vez me será permitido ver á tu Padre Santo que de mi únicamente tiene su poder.

—¡Tú, Jesús! le interrumpió el cardenal; ¡tú, Jesús! me gusta la salida; permite que me ria. Pues qué, ¿el poderoso señor de los cielos tendria tu pobre figura y tu aspecto piadoso, y tus mugrientos andrajos, signos de la miseria, como únicamente se ven en el Transtevere? Cuéntaselo a tu tia, que a mi no me la pegas.

Además, aunque dijeses la verdad no llegarias hasta su santidad. *¡Per Bacco!* otros negocios tiene que hacer mucho mas importantes que pensar en Cristo, en el cielo y en el breviario. La Romania se agita, y las Legaciones se abandonan al viento de la revolucion: el poder temporal se nos escapa, y creo que vale este poder la preferencia á todo otro bien.

Y en fin, si es verdad que sois Jesús, no podeis acusar á nadie de recibir semejante negativa. ¿Por qué no apareciais en toda vuestra gloria y en todo vuestro esplendor? Entonces los hubiéramos recibido con agrado: habria sido una victoria grande contra todos nuestros enemigos. ¡Mas cómo lo habeis hecho ahora! Vestido de mendigo. El

papa se avergonzaria de reconocer a un Dios mal perjeñado de esa manera. Permitidme, pues, amigo, que os cierre la entrada…

El cardenal hablaba todavía cuando Jesucristo, como en el monte Tabor, se habia transfigurado. En su mirada austera se encendian los rayos de cólera santa que le animaban cuando en otro tiempo arrojó los mercaderes del templo santo.

Los publicanos, tan hinchados al principio de insolencia, esperaban ahora en cobarde silencio la tempestad que rugia en el alma del Señor, que estalló con acento terrible:

—¡Ay de vosotros, raza de víboras, abusadores desvergonzados de la fe de vuestros hermanos!… ¡Ay de vosotros! ¡ay de vosotros, sacerdotes fariseos, hipócritas adornados con el hermoso nombre de cristianos, que velais mis doctrinas con mil mentiras y sofismas y manchais mis altares con execrandas idolatrias! ¿será preciso recordaros lo que mi ley manda? Ciegos, conductores de ciegos, huid lejos de mí. ¿Será preciso recordaros que yo pasé la vida predicando la dulzura, el perdon, el amor, la esperanza en Dios y todas las virtudes de las que haceis tan poco caso? ¿Sufri yo nunca en mi humilde existencia que me saludasen con el nombre de Grandeza ó de Eminencia? ¿Me revesti yo alguna vez de oro y púrpura? ¿Aumenté yo mi tesoro con el sudor de los pobres? Jerusalen me vió montado en una burra, y el pueblo romano sin que esto le ofenda, contempla á vuestro jefe y no á su Santidad llevado en triunfo en hombros de otros iguales suyos. Me sorprende como su intrépido orgullo no les ha puesto todavía una silla de montar y un freno…

Ved ahí como se sigue mi ejemplo y mis leyes.

¿Quién de vosotros mostrándose humilde una sola vez ha dado su capa al que le tomaba la túnica? Para los tesoros mundanos que el ladron roba, dariais vosotros una y cien veces los tesoros del cielo… Vuestro corazon es el altar de la codicia; siempre están dispuestas vuestras manos á recibir donativos y dinero; y nunca del pobre las conmovedoras peticiones os han conmovido; menos sacerdotes que dependientes, menos pastores que carniceros, robais de vuestros rebaños la leche, la carne y la lana.

La Iglesia para vosotros no es mas que un dominio terrenal. La salvacion eterna y la gloria del cielo os importan muy poco y ni siquiera os interesan. Tan solo os importa é interesa el dinero… ¡Oro, venga el oro hácia nosotros! Tal es vuestra máxima. Ser pobre es para vosotros el mayor, el único crimen. Vuestros ojos son engañosos, vuestros labios destilan palabras de miel; vuestro rostro miente… vuestro corazon es de hiel.

Sois rigidos para los demás, y para vosotros muy indulgentes; nunca habeis sabido perdonar una ofensa… os gusta ser los primeros por doquiera.

El mayor de entre vosotros se titula siervo de mis siervos; miente como una bula… ¿Se besa acaso la babucha del siervo de todos?

Si algun desgraciado piensa diferente de vosotros, si quiere romper las cadenas con que oprimis, vuestra cólera y saña lo entrega á los verdugos invocando el nombre de justicia…

Yo he dicho: Misericordia y no sacrificio.

Yo he dicho: Dad gratis lo que os fué dado gratis.

Y sin embargo, al pueblo le exigis rescate y le vendeis el bautismo el dia que nace; vendeis al pecador la inútil indulgencia; vendeis á los amantes el derecho de casarse; vendeis á los moribundos el derecho de agonizar; vendeis á los difuntos la misa funeral; vendeis á sus parientes el oficio aniversario; y vendeis oraciones, misas, comuniones; vendeis rosarios, cruces, bendiciones. Nada es sagrado para vosotros; todo es mercancia, y no se puede dar un paso en vuestra iglesia sin pagar por entrar, sin pagar para sentarse, sin pagar para orar. El altar es una mesa para contar dinero. El papado del universo es el gran usurero. Mi casa de aquí bajo es mansion de oraciones y vosotros la habeis convertido en guarida de ladrones. En ella vendeis los favores de la Virgen María, lo mismo que en mas sucios lugares se vende el amor de las mujeres.

Todo refleja en vosotros la fealdad de vuestras almas, sepulcros blanqueados… Pero, escribas, vuestros antepasados eran menos perversos… vosotros ni siquiera sois sepulcros blanqueados.

Validos de actas falsas, de robos y estorsiones, de los Borgia, de la astucia y de la usurpacion, vuestras quintas, decís, forman el patrimonio de San Pedro: todo hombre debe obrar en él como fraile y no como ciudadano.

Pensar es un delito que vuestra ley condena, que vuestra ley castiga.

Aquí reinan con vosotros el orgullo y la avaricia; el hipócrita y el necio venden la justicia; aquí el único deber consiste en arrastrarse á vuestros piés; eso es lo que llamais el poder temporal, poder en que nunca soñó mi pobre Pedro.

Vosotros no invocais al cielo mas que para reinar en la tierra. Mas los tiempos han cambiado… Cansados del yugo clerical, vuestros Estados romperán el caduco cetro teocrático; ya la libertad sonrie en Romanía, y vuestros vasallos romanos a quienes la rebelion inspira, si Francia no hubiese restablecido sus tiranos, habriais sido espulsados desde hace muchos años.

Temblad, sacerdotes del papa, raza de viboras; los hijos completarán la obra comenzada por los padres.

Los dependientes tonsurados, consternados, aturdidos, temblaban todavía á la voz de Jesús, cuando él estaba de vuelta á su corte inmortal.

Aquel mismo dia se supo en Roma la noticia de que Bolonia, arrojando al legado cardenal, habia destituido á su rey pontifical, y de que adornando con nuevo lustre su antigua historia, acababa de elegir un poder provisional.

Londres, Enero de 1861.

LA VOZ

DEL

DESTERRADO EN GUERNESEY

Un Français c'est la France; un Romain contient Rome;
Et ce qui brise un peuple, avorte au pied d'un homme.

I

¿Cuántos eran aquellos jóvenes, hijos de Bruto, de Camilo, de Traseas? Cuatro mil.

¿Cuántos murieron? Seiscientos.

Seiscientos, contadlos, vedlos; una dispersion de miembros destrozados, brazos arrancados, ojos huecos y negros, vientres donde humean ahullando lobos salidos de los antros, carne ametrallada en medio de los matorrales. Eso es todo lo que queda despues de las traiciones, despues de la asechanza, despues de las redes infames; eso es todo lo que queda de aquellos grandes corazones, de aquellas grandes almas. Miradlos; a todos los han segado con un solo golpe de hoz.

¿Cuál era su crimen?

Querian Roma con sus arcos triunfales; defendian el honor y el derecho, esas dos quimeras.

Venid, venid, madres, y ved si conoceis á vuestros hijos muertos y cubiertos de sangre, porque para la que lo amamantó el hombre es siempre hijo. Mirad esa frente mustia al que una bala ha abierto y hendido; es la humilde cabeza rubia en que un dia, pobre mujer, veias irradiar la aurora y posarse el alma; esos labios cuya espuma habia manchado el césped, oh nodriza, tartamudeando en pos de ti la cancion que tú entonabas, esta mano fria junto a sus párpados cerrados, hizo saltar tu leche con sus deditos sonrosados: ahí tienes al primogénito; alli yace el último nacido. ¡Oh conjunto infortunado de esperanzas frustradas!

Lágrimas amargas, vivian y reclamaban su Tiber.

Ser jóven no es completo sin ser libre; querian ver el vuelo inmenso de su águila; querian emancipar, reparar, consolar. Cada uno de ellos llevaba en sí, ¡piadosa idolatría! el total de las afrentas que su patria habia sufrido. Sabian contarlo todo, todo menos á los enemigos.

Bellos, valientes, jóvenes… —¡Muertos!

¡Adios, caros amigos!

Han pasado las horas de luz y de amor, ya no vereis con vuestras futuras la humilde estrella de los prados que hrilla y florece…

¡Cuánta sangre derrama este sacerdote, señor nuestro Jesucristo!

Pontífice electo á quien el ángel tocó con la palma, á quien Dios mandó tener sereno y tranquilo el Evangelio abierto al mundo huérfano, oh hermano universal de túnica de lino, mitad en el mundo, mitad en la tumba, servidor del inmaculado Cordero, guardian de la paloma, que llevas en la mano el tembloroso lirio de los cielos, hombre cercano á tu fin, pues tu frente es blanca toda y el viento de los sepulcros se cierne en tu cabeza, Vicario de aquel que presentaba la otra mejilla, á estas horas, sembrador de perdones infinitos, lo que agrada á tu corazon y lo que bendices sobre nuestra tierra sombría en que lucha el alma humana, es un fusil que mata doce hombres en un minuto.

Julio II reaparece bajo su mitra de hierro; el papado feroz confiesa en fin que es el infierno.

Ciertamente ha cumplido su mision el instrumento de muerte…

¡Oh reyes!… vuestros rayos son traidores y vuestros truenos cobardes.

Haber sido demasiado grandes, es importuno, franceses. Antiguamente se luchaba uno contra diez; hoy luchais diez contra uno.

Francia, te deshonran, te infaman, te arrastran, te ligan, y te obligan á meter en la cárcel á la Italia. He aquí lo que te hacen, coloso presa de los enanos. Un arroyo humeante corre á los flancos de los Apeninos.

II

Viejo siniestro, tú eres responsable del buitre desenterrando un cráneo en la arena y del lúgubre graznido de los cuervos.

Llenad de hoy en adelante semejantes visiones, sepulcros, paisajes horribles donde se agitan infinitas alimañas, siluetas de aves colgadas en esqueletos, si se duerme, apareceos á él, campos lúgubres de batalla. Los cañones aun están calientes; han hecho su deber; la metralla invocada ha cumplido con su promesa…

Se acabó: los muertos muertos son. Ahora vete á decir misa. Toma con tus dedos la hostia, pero antes enjúgate un poco, porque no seria decente manchar a Dios de

sangre.

Ademas, todo va bien. Francia no es altiva ya; el rey de Prusia se ha echado á reir; el dinero de San Pedro prospera, y el irlandés suelta sus últimos cuartos; el pueblo cede y se hinca de rodillas; por temor de que lo sieguen, se doblega como si fuese yerba.

Vuelven á prender a Frosinone y encarcelan á Viterbo; el czar ha mandado celebrar un oficio divino.

Donde quiera que algun muerto se descompone en alguna torrentera, el raton gozoso lo roe temiendo que se mueva; aquí la tierra es negra; allá la llanura es roja.

Garibaldi no es mas que un vano nombre inmortal, como Leonidas, como Guillermo Tell.

El papa pone todos sus diamantes en la capilla Sixtina, en el Gesú, en las Carmelitas; y enternecido derrama lágrimas de alegría; ¡es tan benigno y dulce! Habla del buen éxito de sus armas, de la sangre vertida, de los buenos franceses, de las cantidades de plomo que arrojan las bombardas, pero con modestia, con los ojos bajos, tal como el poeta que se hace de rogar un poquito para recitar sus versos…

Los caminos están cubiertos de convoyes de heridos…

La victoria sonrie por todas partes.

¡Utilidad de los traidores! En las perlas, la seda y el oro, entre tus soldados á quienes ayer llevabas á los campos de muerte, papa, sentado en tu trono y subido en tu escabel, cubierta la cabeza con tu tiara de tres coronas, sacerdote, algun dia verás en el Vaticano tal vez entrar un hombre triste cubierto de andrajos, un pobre, un desconocido.

—¿Quién eres? le preguntarás; ¿quién eres, estranjero? ¿qué quieres de mí? ¿sales de alguna mazmorra? ¿Por qué se ven en tus hombros algunas hebras de lana?

—Ahora mismo llevaba en ellos un cordero, te contestará. Vengo de muy lejos. Yo soy Jesús.

III

Una cadena a los héroes, una cuerda a los apóstoles. John Brown, Garibaldi, pasan el uno en pos del otro.

¿Quién es este prisionero?

Es el libertador.

En la tierra, en todos los lugares y regiones, desde el polo al ecuador, prevalece la iniquidad y reina y triunfa y lleva por fuerza á cometer todas las cobardías a la conciencia humana.

¡Prodigios de vergüenza! ¡estraños descaros! Se acepta un bofeton por medio de embajadores. Se arroja á una cárcel y se carga de cadenas al que nos ha hecho

limosnas.

—Ya sabes tú, mucho te he censurado por haberle dado ese trono. Érase caballero y noble, se convierte en alguacil; deudor de un reino, se paga con el destierro.

¿Porque no? se es vil. Se recibe la orden de hacerlo. Subamos. Lamer al amo es mas seguro que morderle. Ademas es muy lógico y consiguiente todo. ¿Dónde está aquí la falta de sentido comun? La gloria tiene un calabozo y el crimen tiene el incienso.

¿De qué os quejais? Siendo augusto lo infame, lo verdadero ha de ser falso.

Al soldado se le dice *hiere* y debe herir: la muerte es la servidora fiel á las órdenes del mas fuerte; y luego, el águila puede muy bien ayudar a la cigüeña. Ametrallar es el dogma y creer es la consigna.

¿Qué es para nosotros el soldado? hierro sobre un criado.

El papa quiere tambien tener su Sadowa: que lo tenga.

¡Pues qué! ¿en el siglo en que estamos habíamos de poner en cuestion el antiguo derecho que tienen los hombres de obedecer á sus monarcas y matarse unos á otros?

¿Por qué queremos desvirtuarnos en un pretendido progreso, cuando el humilde populacho es en su mayor parte rutinario y vive del pasado? Las masas populares tienen mas calma teniendo menos conocimientos.

Todos los grandes intereses de los pueblos, el patibulo, la guerra, el presupuesto, la ignorancia necesaria corren menos peligro y están mas equilibrados cuando el hombre está mas agarrotado, mejor que cuando es libre.

El hombre libre se mueve y causa un terremoto.

Un Garibaldi puede destruirlo todo á cada momento; arrastra en pos de si la muchedumbre que despierta y pasa al ideal. Eso es grave.

Ciertamente se comprende que la sociedad sobre la cual velan las cortes de los soberanos, debe temblar, estremecerse y pedir socorro mientras un héroe está en el caso de poder hacer daño.

El faro á los ojos de la sombra es culpable de lucir.

IV

Vuestro Garibaldi no ha encontrado la horma de su zapato. ¿Acaso no es aquí bajo el objeto de todo hombre procurar ser engañado todo lo menos posible?

Gozar es bueno. La vida es un tiro al blanco. El escrúpulo tiembla vestido de andrajos; lo compadezco.

Nada es mas virtuoso que una caja bien repleta.

En el interés de todos está el tener príncipes que hagan refluir el oro en las provincias, por esa razon ha de ser rico un monarca; tener una lista civil enorme es su deber.

El papa á quien se quisiera confinar en los astros es un rey como otro cualquiera. Necesita muchas piastras; es menester dorar al papa para probar que hay Dios. No tener siquiera una piedra por almohada era bueno para Jesucristo; los andrajos deshonran.

Miremos la cuestion bajo su aspecto moral.

El objeto del coronel es el de llegar á general; el objeto del general es el de llegar a ser condestable. Ante todo venga la paga. Pongamos las cartas sobre la mesa.

Un renegado obra mal hasta tanto que llega á mufir. Entonces hace bien.

Hacer su agosto, enriquecerse. Todo está ahí.

Consideradlo bien; nosotros tomamos el Hannover, y en cuanto a esos bandidos que quieren permanecer pobres, son los enemigos públicos.

¡Sus, fuera la ley! que da muy mal ejemplo.

Encerradme á ese mendigo que habiendo sido dictador no ha sabido meterse nada en el bolsillo.

Se grita contra el badajo cuando se toca la campana, y cuando se toca al sacerdote se grita contra el soldado.

¡Pardiez! el papado no es un objeto de arte.

En España con el sable, en Prusia con las baquetas, en Francia con la censura se modera y coarta el exceso de las ideas y las tendencias al derecho.

El pueblo es para el monarca un zapato demasiado estrecho, es útil pues ensancharlo empleándolo en marchas militares.

Un pontifice en sus sermones austeros sabe reatar nuestras leyes al cielo, leyes que se llaman abusos, y el Knout se llama en latin *Syllabus*.

El órden es el todo.

El fusil chassepot es suave. El progreso está bendecido ¿en quién? en los zuavos; las balas están bendecidas en sus golpes; y el chacal está bendecido en su apetito si es pontificio.

En cuanto á nosotros encontramos escelente el que un papa se ria á las barbas de un siglo inepto, aplaste y asesine, y desde el momento en que se le quiera tomar su dinero se convierta bizarramente en recluta y sargento, declare la guerra y grite:

—Mueran todos los libres. Encontramos escelente que recomiende en el púlpito un obús de gran calibre y que al terminar sus oraciones diga:

—Degollad.

Encontramos tambien escelente que envie á los combatientes muchos furgones cargados, pólvora, plomo, hierro y avitualle á los esterminadores en los campos de batalla.

V

Siga pues, siga cumpliendo su mandato ese caballero errante de los pueblos, ese soldado, ese paladin, ese fraile del ideal; parta cuando quiera.

Nosotros los proscritos de Atenas abrimos la puerta á ese proscrito de Esparta; sea ahora nuestro huésped y que en nuestra casa triste entre radiando de gozo.

Si, ven; cada uno de nosotros, hermano de alma martirizada, quiere con su destierro hacerte una patria. Ven, siéntate entre los que ya no tienen hogar. Ven tú á quien no han podido vencer ni doblegar, buscaremos cual es el nombre de la esperanza y nosotros te diremos Italia y tú nos dirás Francia, y todos miraremos, pues la noche hace soñar, levantarse los astros mientras esperamos los derechos.

El amor del género humano se dobla con un odio igual al peso del yugo al cruel frio de la cadena, á las mentiras del sacerdote, á las crueldades del rey.

Nosotros somos terribles y estamos encarnados de rubor. ¿Por qué?

Porque amamos.

Nosotros queremos ver crecer todas esas cabezas humildes y somos fieras en la caverna y tenemos á los pueblos por pequeños.

Arrojados en un mismo escollo pero no sumergidos, nos diremos, hermano, nuestra historia el uno al otro.

Tú me referirás la batalla de Palermo y tu victoria, y yo te contaré la caida de París, sus desastres y nuestros sollozos; y juntos leeremos á Homero en la orilla del mar. Luego continuarás tu marcha árida y osada, y allá bajo se convertirá el fulgor en incendio.

VI

¡Ah raza italiana, él era tu apoyo!

¡Ah pueblos! por medio de él habriais obtenido á Roma; merced á su brazo guerrero, merced al corazon del profeta primero os la habria dado, enseguida os la habria reformado.

Si, sereno, teniendo en si magnanimidad bastante para aliarse sin rubor á los héroes que fueron, habria conquistado á Roma; habria mezclado el ejemplo del viejo sepulcro con el ejemplo del templo viejo; habrian mezclado á Turin, Pisa, Alba, Velletri, el Capitolio con el Vesubio, y amasado el alma de Juvenal con el alma del Dante; habria templado la fibra independiente de bronce; os habria mostrado el altive camino de los Titanes.

Llorad pueblos de Italia, sí, llorad; él os habria hecho romanos.

VII

El crimen ha sido consumado. ¿Quién lo ha cometido? ¿Ese Papa? no. ¿Ese rey? no; pues la espada se cae de sus débiles brazos.

¿Quién es entonces el culpable?

Él, el hombre oscuro, el que se puso en emboscada detrás de nuestra muralla; el hijo del Simon griego y del Judas bíblico; el que sonriendo cometió asechanza contra la república con el juramento en la frente y el puñal en la mano.

Reyes, grupo apenas humano, está en medio de vosotros un hombre á quien el rayo mira de vez en cuando irritado.

Ese condenado que triplica en torno suyo la guardia pierde su tranquilidad; la hora se le acerca. ¿Cuándo llegará? pronto.

Ved ahí porque se oyen rugidos en lo alto. La sombra se cierne en vuestros palacios, ¡oh reyes! La noche la lleva. Tal como el ejecutor llamando á vuestra puerta, el trueno pretende hablar á alguno, y sin embargo el hedor de los muertos, horrible perfume que se mezcla con el incienso de los soberbios *Te-Deum*, brota del fondo de los bosques, del fondo de las praderas llenas de yerba, de las estepas, de los lagos, de los valles, de todas partes.

Fatal y olvidadizo bulevar de París, en Méjico, en Polonia, en Creta donde cae la noche como si en este globo y bajo el firmamento, siendo en la época de espansion, vasto manzanillo de la tierra insensata, la ensangrentada carnicería abria su inmensa flor.

¡Por todas partes muertos, por todas partes asesinados! El cadáver está tendido en tierra y la idea está en pié; yacen tendidos en las agrestes llanuras; el llamamiento a las armas flota en los estremos de sus labios. Diríase que han sido sembrados; y lo han sido; el surco se Mama Libertad.

La muerte es el aquilon, y los muertos gloriosos son la sublime simiente que el dispersa á lo léjos en el porvenir, en el abismo.

Germinad, héroes; y vosotros, cadáveres, podríos; prosigue tu obra, misterio; dispersos, desnudos, horribles, con la boca abierta mostrando al cielo sus brazos cortados que cuelgan, no parece sino que esperan tales esterminados con la mayor inmovilidad.

Y en tanto que los reyes gozosos y desastrosos, celebran entre si una fiesta augusta y triunfal, en tanto que su Olimpo abunda, en el fondo de las nubes, con músicas, festines, alegría, gargantas descubiertas, rie, canta y muestra en nuestras frentes, á los hombres satisfechos y contentos una fraternidad de czares y sultanes, por su parte allá bajo en el desierto al soplo de la brisa y en la sombra, el buitre fraterniza con la muerte, y los animales del sepulcro tienen sus viles conciliábulos; la corneja, el fúnebre quebrantahuesos, la roja pigarga, el áspero azor, los milanos y las feroces golondrinas vuelven en derechura á las carnicerias, y todos á tiro de ala se precipitan sobre los muertos, y esas aves broncas se abaten unos mordiendo la carne,

otra los huesos, y gritando, llamándose, con las pupilas encendidas, van á beber la sangre que corre entre las piedras.

VIII

¡Oh pueblo, cruel durmiente! ¿cuando despertarás? Quedarse acostado está mal en el que fué abatido. Duermes, y con tu sangre en tus propias manos, y cual estigma que te ha dejado la abyecta y dura casamata, la huella de una cuerda alrededor de tus muñecas.

¿Qué has hecho del alma tú que tanto te indignabas en otros tiempos?

El imperio es una caverna y toda clase de noches te tienen preso entres sus densas nieblas.

Duermes olvidándolo todo, tu grandeza, su complot, la Libertad, el derecho, esas luces del cielo. Cierras los ojos pesado y tendido bajo horribles velos, sin cuidado por la afrenta que das á las estrellas. ¡Ea, levántate!, vuelve á colocarte en tu sitio, véase por fin manejar la maza al gigante. La prolongacion de este sueño es la ignominia. ¿Estás cansado? ¿eres sordo? ¿has muerto? Yo lo niego. ¿No tienes acaso conciencia en tu anonadamiento de que el oprobio aumenta á cada instante que pasa? ¿No sientes que marchan por sobre tu cabeza? Son los reyes; hacen mal; están de fiesta.

Tú duermes en tal estercolero, tú que fuiste ciudadano; ¡te has convertido en bestia de carga! Pero bien; el asno se levanta y rehuzne; el buey se levanta y muje: busca pues en medio de la noche, ya que te han hecho ciego.

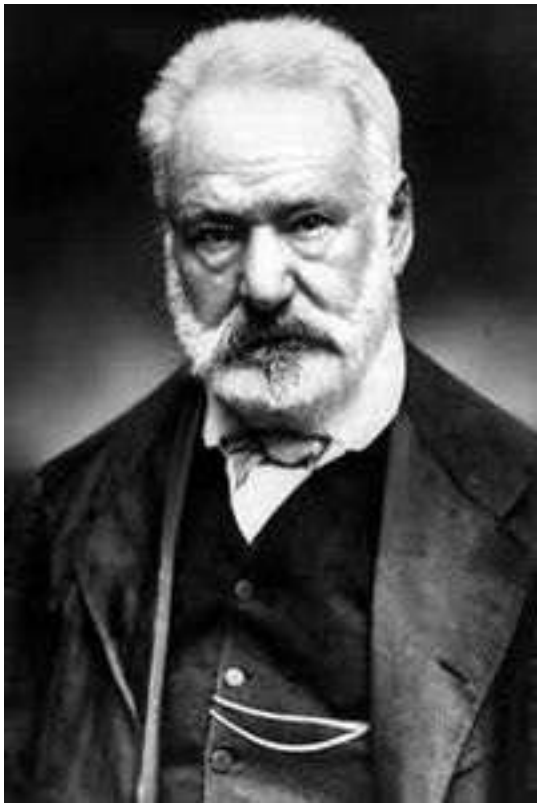
¡Oh, tú que fuiste grande! ¡de pié! porque es tarde.

En tal oscuridad se puede poner por casualidad la mano sobre la vergüenza ó sobre la gloria; estiende el brazo á lo largo del negro muro; lo inesperado en la sombra puede ocultarse aquí; tal vez conseguirás hallar, tocar, coger una espada y empuñarla en tus fúnebres brazos tanteando feroz en medio de las tinieblas.

VICTOR HUGO.

Hauteville-House, 6 de Noviembre de 1867.

FIN



VICTOR HUGO —inscripción completa en su acta de nacimiento: Victor Marie Hugo— (Besanzón, 26 de febrero de 1802 - París, 22 de mayo de 1885), fue un poeta, dramaturgo y escritor romántico francés, considerado como uno de los escritores más importantes en lengua francesa. También fue un político é intelectual comprometido é influyente en la historia de su país y de la literatura del siglo XIX.

Ocupa un puesto notable en la historia de las letras francesas del siglo XIX en una gran variedad de géneros y ámbitos. Fue un poeta lírico, con obras como *Odas y baladas* (1826), *Las hojas de otoño* (1832) o *Las contemplaciones* (1856), poeta comprometido contra Napoleón III en *Napoleón El Pequeño* y *Los castigos* (1852) y poeta épico en La leyenda de los siglos (1859 y 1877). Fue también un novelista popular y de gran éxito con obras como *Nuestra Señora de París* (1831) o *Los miserables* (1862). En teatro expuso su teoría del drama romántico en la introducción de *Cromwell* (1827), y la ilustra principalmente con *Hernani* (1830) y *Ruy Blas* (1838).

Su extensa obra incluye también discursos políticos en la Cámara de los Pares, en la Asamblea Constituyente y la Asamblea Legislativa —especialmente sobre temas como la pena de muerte, la educación o Europa—, crónicas de viajes —*El Rin* (1842) o *Cosas vistas*, (póstuma 1887 y 1890)—, así como una abundante correspondencia.

Contribuyó de forma notable a la renovación lírica y teatral de la época; fue admirado por sus contemporáneos y aún lo es en la actualidad, aunque ciertos autores modernos le consideren un escritor controvertido. Su implicación política, que le supuso una

condena al exilio durante los veinte años del Segundo Imperio francés (1852-1870), permitió a posteriores generaciones de escritores una reflexión sobre la implicación y el compromiso de los escritores en la vida política y social.

Sus opiniones, a la vez morales y políticas, y su obra excepcional, le convirtieron en un personaje emblemático a quien la Tercera República honró a su muerte con un funeral de Estado, celebrado el 1 de junio de 1885 y al que asistieron más de dos millones de personas, y con la inhumación de sus restos en el Panteón de París.

NOTAS LIBRO 2

(2A) No hemos podido menos de trasladar el discurso que Victor Hugo pronunció en las córtes francesas sobre la enseñanza, por ser uno de los mas elocuentes de dicho tribuno y por reunir en él lo mejor que puede decirse sobre el particular.

Señores: cuando se abre una discusion que atañe a lo que hay de mas grave en los destinos del pais, es preciso ir derechamente y sin vacilar al fondo de la cuestion. (*Movimiento de atención*).

Empezaré por decir lo que yo quiero, para pasar luego á manifestar lo que no quiero.

Señores, en mi sentir, el término difícil de alcanzar y lejano sin duda; pero al cual es preciso tender en esta grave cuestion de la enseñanza, es el siguiente: (*¡Mas alto, mas alto!) El orador continúa*.

Señores, toda cuestion tiene su ideal. Para mí el ideal de esta cuestion de la enseñanza, es la instruccion gratuita y obligatoria. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*).

Obligatoria en el primer grado, gratuita en todos los demás. (*Aplausos en la izquierda*).

La instruccion primaria obligatoria es el derecho del niño, que, no os engañeis en ello, es aun mas sagrado que el derecho del padre, y que se confunde con el derecho del Estado.

He ahí, pues, á mi entender, el ideal de la cuestion. La instruccion gratuita y obligatoria es la medida que acabo de indicar.

Una inmensa enseñanza pública dada y regulada por el Estado, partiendo de la escuela de aldea y subiendo por grados hasta el colegio de Francia, mas alto aun, hasta el Instituto de Francia; las puertas de las ciencias abiertas de par en par á todas las inteligencias; donde quiera que haya un campo, do quiera que haya un espíritu, que haya un libro: que todo pueblo tenga su escuela, toda ciudad su colegio, toda capital su facultad. (*Bravos prolongados*).

Un vasto conjunto, ó por mejor decir, una vasta red de talleres intelectuales, liceos, gimnasios, colegios, cátedras, bibliotecas, mezclando su irradiacion sobre la superficie del país, despertando en todas partes las aptitudes y calentando en todas partes las vocaciones; en una palabra, la escala del conocimiento humano, sostenida firmemente por la mano del Estado, descansando en la sombra de las masas mas humildes y oscuras, y conduciendo a la luz.

Ninguna solucion de continuidad; el corazon del pueblo puesto en comunicacion con el cerebro de la Francia. (*Inmensos aplausos*). Hé aquí como comprendo la educacion pública nacional.

Señores, al lado de esta magnífica instruccion gratuita que solicitan los espíritus de todas las clases, ofrecida por el Estado, que da á todos por nada los mejores

maestros y los mejores métodos, modelo de ciencia y de disciplina, normal, francesa, cristiana, liberal, que eleva sin duda ninguna el genio nacional á su mas alta suma de intensidad, colocaré sin vacilar la libertad de enseñanza, la libertad de enseñanza para los maestros privados, la libertad de enseñanza para las corporaciones religiosas, la libertad de enseñanza plena, entera, absoluta, sometida á las leyes generales como todas las demás libertades; y no tendré necesidad de darle el poder inquieto del estado para vigilarla, porque le daré la enseñanza gratuita del Estado por contrapeso. (*¡Bravo! ¡bravo!*).

Este, señores, repito, es para mí el ideal de la cuestion. No os asusteis: sé muy bien que no es fácil alcanzar prontamente ese ideal, porque la solucion del problema contiene una cuestion rentística considerable, como todos los problemas sociales de los tiempos presentes.

Señores, este ideal es necesario indicarlo, porque se debe tender siempre á él: ofrece numerosos puntos de vista, pero no ha llegado aun la hora de examinarlos y profundizarlos. Tengo que aprovechar los instantes que me concede la asamblea para abordar inmediatamente la cuestion en su realidad positiva actual. La tomaré en el punto en que se encuentra, en el relativo de madurez, á que los acontecimientos de una parte y la razon pública de otra, la han traido.

Bajo este punto de vista, restringido, pero práctico, de la situacion actual, quiero, y lo declaro así, la libertad de la enseñanza; pero yo quiero la vigilancia del Estado, vigilancia efectiva del estado seglar, puramente seglar, esclusivamente seglar. Porque el Estado no es ni puede ser otra cosa que seglar.

Digo, pues, que quiero la libertad de la enseñanza bajo la vigilancia del Estado, sin que admita para personificar al Estado en esa vigilancia tan delicada y tan difícil que exige el concurso de todas las fuerzas vivas del pais, mas que á los hombres que pertenezcan a las carreras mas graves, pero que no tengan ningun interés, sea de conciencia, sea de politica, distinto de la unidad nacional. (*¡Muy bien! en la izquierda*).

Quiero deciros que yo no introduciria en el consejo superior de vigilancia ni en los consejos secundarios, ni obispos ni delegados de obispos.

Creo que debe mantenerse y aun hacer mas profunda que nunca esa antigua y saludable separacion de la Iglesia y del Estado, que era la sabiduria de nuestros padres, y está tanto en el interés de la Iglesia como en el interés del Estado. (*Aplausos*).

Acabo de deciros lo que quiero; ahora voy á manifestaros lo que no quiero.

No quiero la ley que se os presenta.

¿Por qué? Señores, porque es una arma.

Una arma no es nada por sí sola, no existe mas que por la mano que se apodera de ella.

Ahora bien: ¿cuál es la mano que se apoderará de esa ley?

He ahí toda la cuestion. (*Conmocion*).

Señores, es la mano del partido clerical. (*Es cierto*).

Señores, temo esa mano, quiero romper el arma y rechazo el proyecto. (*¡Muy bien! ¡muy bien!*).

Dicho esto, entro en la discusion.

Voy a abordar desde luego y de frente una objecion que se ha hecho á los que se han colocado en mi punto de vista, la sola objecion que tiene alguna apariencia de gravedad.

Se nos dice: quereis escluir al clero del consejo de vigilancia del Estado, luego proscribis la enseñanza religiosa.

Señores, me esplicaré, para que nunca por mi falta se interprete de un modo siniestro lo que digo ni lo que pienso.

Léjos de proscribir la enseñanza religiosa, ¿lo comprendeis? creo que esta enseñanza es hoy mas necesaria que nunca. Cuanto mas crece el hombre, tanta mas necesidad tiene de creer; cuanto mas se acerca á Dios, tanto mejor debe verle. (*Conmocion*).

Hay una desgracia en nuestro tiempo, y casi estoy por decir que no hay mas que una desgracia, cual es una tendencia marcada á circunscribirlo todo en esta vida. (*Sensacion*). Al dar por fin al hombre la vida terrestre y material, se agravan todas las miserias por la negacion, que es su término; se añade al abatimiento el peso insoportable de la nada, y de lo que no era mas que el sufrimiento, es decir, la ley de Dios, se hace la desesperacion, es decir, la ley del infierno; (*Profunda conmocion*), de aqui provienen las profundas convulsiones sociales. (¡Sí! ¡Sí!).

Ciertamente yo soy de los que quieren (y nadie lo duda en este recinto) soy de los que quieren con un inesplicable ardor, y por todos los medios posibles, mejorar en esta vida la suerte material de los que sufren; pero la primera de las mejoras, es darles la esperanza. (*¡Bravo! en la derecha*). ¡Oh! y como se aminoran nuestras miserias finitas cuando se mezcla á ellas una esperanza infinita (*¡Muy bien! ¡muy bien!*).

Nuestro deber, cualesquiera que seamos, legisladores ú obispos, sacerdotes ó escritores, es esparcir, prodigar bajo todas fas formas, toda la energia social, para combatir y destruir la miseria (*Bravos en la izquierda*). Y al mismo tiempo hacer levantar todas las cabezas hacia el cielo, dirigir todas las almas, volver todas las esperanza hácia una vida ulterior donde se hará justicia á todos. Digámoslo de una vez: nadie habrá injusta é inútilmente sufrido. La muerte es una restitucion. (*¡Muy bien! Conmocion en la derecha*).

La ley del mundo material es el equilibrio; la ley del mundo moral es la equidad. Dios se halla al fin de todas las cosas; no lo olvidemos y enseñémoslo a todo el mundo: no habria ninguna dignidad en vivir, ni esto mereceria la pena, si debiera morir todo en nosotros; y lo que santifica la labor y aligera el trabajo, lo que hace al hombre fuerte, bueno, sabio, paciente, benévolo, justo, humilde y grande, á la par que digno de la inteligencia, digno de la libertad, es tener delante de si la perpétua vision

de un mundo mejor, irradiando a través de las tinieblas de esta vida. (*Marcada aprobacion*).

Por lo que á mi toca, ya que por casualidad hablo en este momento y salen tan graves palabras de labios tan poco autorizados como los mios, séame permitido decirlo aquí, declarándolo y proclamándolo desde lo alto de esta tribuna: yo creo profundamente en ese mundo mejor; mundo mil veces mas real á mis ojos que esta miserable quimera que devoramos y que llamamos vida; mundo que tengo sin cesar á mi vista, mundo en el cual creo con toda la fuerza de mi conviccion, y que tras largas luchas, afanosos estudios y fuertes pruebas, ha venido á ser á un tiempo mismo la certidumbre suprema de mi razon y el supremo consuelo de mi alma. (*Profunda sensacion*).

Yo quiero, pues, que haya enseñanza religiosa; pero no la enseñanza religiosa de un partido, sino la enseñanza religiosa de la Iglesia. La quiero sincera, que no hipócrita; (*¡Bravo! ¡bravo!*) la quiero teniendo por objeto el cielo, no la tierra. (*Muestras de aprobacion*). No quiero que una cátedra sea invadida por la otra: no quiero mezclar al sacerdote con el profesor, ó si consiento en esa mezcla, le vigilo, y hago que el ojo del Estado esté siempre fijo sobre los seminarios y congregaciones; del Estado, digo y repito, del Estado seglar, celoso únicamente de su grandeza y de su unidad. Hasta que llegue el dia por mí tan ardientemente deseado, en que pueda ser proclamada la libertad completa de enseñanza, bajo las condiciones que dije al empezar; hasta que llegue ese dia, repito, quiero la enseñanza de la Iglesia, pero la quiero dentro de la misma Iglesia y no fuera, considerando sobre todo como irrisoria burla eso de querer que la supervigilancia del Estado en la enseñanza del clero sea ejercida por el mismo clero. Para decirlo todo en una palabra, repito que solo quiero lo que querian nuestros padres; la Iglesia en su casa y el Estado en la suya. (*¡Muy bien!*).

Claramente ve ya la Asamblea por que me opongo al proyecto de ley; acabaré de esplicarme.

Señores, como os indicaba poco ha, este proyecto es algo mas, ó mejor diremos, algo peor que una ley política: es una ley estratégica. (*Murmullos*).

No es mi ánimo ciertamente dirigirme al venerable obispo de Langres, ni á ninguna otra persona de las que se hallan en este recinto; dirijome, si, al partido que cuando menos ha inspirado este proyecto de ley, si no lo ha redactado, á ese partido que no por irse estinguiendo deja de ser ardiente, al partido clerical. Ignoro si este partido se halla actualmente en el gobierno, ni sé tampoco si existe en esta Asamblea (*Conmocion*). Pero le siento en todas partes, y estoy seguro de que me oirá, porque es muy fino de oidos. (*Risas*). A él me dirijo, pues, y le digo: Oid, francamente os lo manifiesto, no me fio de vosotros. Instruir vale tanto como construir. (*Sensacion*). Y yo desconfio mucho de vuestras construcciones. (*¡Muy bien! ¡muy bien!*).

No quiero confiaros la enseñanza de la juventud, el alma de los niños, el desarrollo de la inteligencia virgen que nace á la vida, el espíritu de las nuevas

generaciones, ó para decirlo de una vez, la suerte futura de la Francia. Y no quiero confiaros la suerte futura de la Francia, porque tanto valdria entregarla sin defensa en vuestras manos. (*Conmocion*).

No basta, no, que las nuevas generaciones nos sucedan, es preciso que no continúen; y héos ahí porque no quiero para ellas que vuestra mano las conduzca ni que vuestro soplo las aliente; porque no quiero que la obra de nuestros padres sea demolida por vosotros. (*Muy bien*). Porque despues de aquella gloria no quiero pasar por esta ignominia. (*Conmocion profunda*).

Vuestra ley es una ley con máscara (¡*Bravo*!); ley que dice una cosa y en ejecucion seria otra muy distinta; ley que envuelve un pensamiento de esclavitud disfrazado con los arreos de la libertad; ley que socolor de donacion no es en realidad sino una confiscacion. No, no la quiero, la rechazo. (*Aplausos en la izquierda*).

Ya conocemos vuestros hábitos: cuando acabais de forjar una cadena venis á decirnos: ¡Aqui teneis una libertad! Cuando decretais una proscripcion: ¡Aqui teneis una amnistía! (*Nuevos aplausos*).

¡Ah! cierto, no os confundo con la Iglesia, como no confundo el hongo con el roble (¡*Muy bien*!) porque vosotros sois las plantas parásitas de la Iglesia, la peste de la Iglesia (*Risas*). Ignacio es enemigo de Jesus. (*Suma aprobacion de la izquierda*). Vosotros no sois los creyentes, sino los sectarios de una religion que no comprendeis; sois los histriones de la santidad.

No mezcleis á la Iglesia en vuestros negocios, en vuestras combinaciones, en vuestros planes estratégicos, en vuestros ambiciosos proyectos: no la llameis vuestra madre para convertirla en vuestra esclava; (*Profunda sensacion*). no la atormenteis bajo el pretexto de enseñarle la política; y sobre todo no la identifiqueis con vosotros mismos. ¡Mirad bien los gravísimos males que le causais! ¡Mirad como decae por culpa vuestra! Os haceis amar tan poco, que acabareis por infundir contra ella el aborrecimiento de los pueblos. En verdad os digo que puede ella pasarse muy bien sin vosotros: dejadla tranquila, que cuando ya no existais, todos la buscarán de nuevo; dejad á esa venerable Iglesia en su soledad, en su abnegacion, en su humildad, que todo ello compone su grandeza. Su soledad hará que vuelva á ella la multitud: su abnegacion es su poder, asi como en su humildad está su magestad. (*Grandes muestras de adhesion*).

Nos hablais de enseñanza religiosa. ¿Sabeis cual es la verdadera enseñanza religiosa, aquella ante la cual debemos prosternarnos, aquella que por nadie deberia ser turbada? Pues es la hermana de la caridad á la cabecera del moribundo: es el hermano de la Merced rescatando al cautivo: es Vicente de Paul recogiendo al niño expósito; es el obispo de Marsella en medio de los apestados; es el arzobispo de París adelantándose con la sonrisa en los labios hasta el formidable arrabal de San Antonio, levantando su crucifijo por encima de la guerra civil y no curándose de la muerte á trueque de conseguir la paz. (*¡Bravo!*) Esa es la verdadera enseñanza religiosa, la enseñanza religiosa real, profunda, eficaz y popular: la que felizmente para la religion

y para la humanidad conquista al cristianismo mas corazones que los que aleja de él vuestra conducta. (*Prolongados aplausos en la izquierda*).

¡Ah! ¡Ya os conocemos! ya conocemos al partido clerical, partido veterano que ya tiene hojas de servicios (*Risas*). Él es el que monta la guardia en la puerta de la ortodoxia (*Risas*); él, el que ha encontrado para la verdad esos dos cables, la ignorancia y el error; él, el que ha prohibido al génio y á la ciencia ir mas allá del misal, y el que quiere enclaustrar el pensamiento en el dogma.

Cuantos pasos ha dado la inteligencia europea, los ha dado á su pesar; su historia está escrita en la historia del progreso humano, pero escrita al revés (*Sensacion*); él se ha opuesto a todo (*Risas*).

Él es el que ha hecho azotar á Prineli por haber dicho que no caerian las estrellas; él, el que ha aplicado siete veces el tormento á Campanella por haber afirmado que el número de los mundos era infinito, entreviendo el secreto de la creacion: él el que ha perseguido á Herwey por haber probado que circulaba la sangre. Con el testimonio de Josué prendió á Galileo: con el de S. Pablo, aprisionó á Cristóbal Colon (*Sensacion*): descubrir la ley del cielo era una impiedad; encontrar un mundo, una herejía (*¡Muy bien! ¡muy bien!*) Él fué el que anatematizó á Pascal en nombre de la religion; á Montaigne en nombre de la moral; á Molière en el de la moral y de la religion. (*¡Muy bien! ¡muy bien!*) ¡Oh! sí, no hay que dudarlo, cualesquiera que seais, ya os llameis del partido católico, ya seais del partido clerical, os conocemos: ya hace mucho tiempo que la conciencia humana se rebela contra vosotros y os pregunta: ¿Qué quereis de mi? Ya hace mucho tiempo que procurais poner una mordaza al espíritu humano. (*Aclamaciones en la izquierda*).

¡Y vosotros quereis haceros dueños de la enseñanza! ¡Y no quereis aceptar ni á un solo poeta, ni á un escritor, ni á un filósofo, ni á un pensador, y rechazais cuanto se ha escrito, descubierto, pensado, deducido, iluminado, imaginado, inventado por los ingenios, el tesoro de la civilizacion, la herencia secular de las generaciones, el patrimonio comun de las inteligencias! Si el cerebro de la humanidad estuviese á vuestra disposicion como la página de un libro, lo llenariais de borrones (*Sí, sí*) teneis que convenir en esto. (*Movimiento prolongado*).

En fin, hay un libro que desde la primera letra hasta la última es una emanacion superior, un libro que es para el universo lo que el Koran para el islamismo, lo que los Vedas para la India; un libro que contiene toda la sabiduría humana iluminada por toda la sabiduría divina; un libro al cual la veneracion de los pueblos ha llamado el libro, la Biblia. ¡Pues bien, vuestra censura ha llegado hasta este libro! ¡Cosa inaudita! ¡Los papas han proscrito la Biblia! ¡Cómo deben admirarse los sabios, cómo deben espantarse los corazones sencillos al ver el indice de Roma sobre el libro de Dios! (*Grande aprobacion en la izquierda*).

¡Y con todo, reclamais la libertad de enseñanza! Seamos sinceros, entendámonos acerca del género de libertad que quereis: esta libertad es la de no enseñar. (*Aplausos en la izquierda. —Vivas reclamaciones en la derecha*).

¡Ah! ¡quereis que se os entreguen los pueblos para instruirlos! Está bien; pero veamos, veamos vuestros discípulos, veamos vuestros productos (*Risas*). ¿Qué habeis hecho de la Italia? ¿Qué habeis hecho de España? Diez siglos hay que teneis en vuestras manos, á vuestra direccion, en vuestra escuela, bajo vuestra férula á esas dos grandes naciones, ilustres entre las ilustres; pues bien, ¿qué habeis hecho de ellas? (*Conmocion*).

Voy a deciroslo. Merced á vuestro régimen, la Italia cuyo nombre nadie que piense puede pronunciar sin un inefable dolor filial, la Italia, esa madre de los ingénios y de las naciones, que ha esparcido por el universo las mas brillantes maravillas del arte y de la poesia, la Italia que ha enseñado á leer al género humano, hoy no sabe leer. (*Sensacion profunda*).

Sí, la Italia es de entre todos los estados de Europa, aquel en que existen menos naturales que sepan leer. (*Reclamaciones en la derėcha; gritos violentos*:)

La España magníficamente dotada, la España que habia recibido de los romanos su primera civilizacion, de los árabes su segunda, y de la Providencia, a pesar de vosotros, un mundo, la América, la España ha perdido merced á vosotros, merced á vuestro yugo de embrutecimiento, que es tambien yugo que degrada y que empequeñece. (*Aplausos en la izquierda*), la España, digo, ha perdido el secreto del poder que habia tomado de los romanos, el genio de las artes que le inspiraron los árabes, y el mundo que le habia regalado Dios, recibiendo la Inquisicion de vuestras manos á trueque de todo aquello que le habeis hecho perder. (*Conmocion*).

La Inquisicion, que ciertos hombres de partido procuran rehabilitar hoy con cierta timidez púdica que yo les aplaudo. (*Prolongadas risas en la izquierda. Reclamaciones en la derecha*). ¡La Inquisición que ha quemado á cinco millones de hombres! (*Denegaciones en la derecha*). Leed la historia: la Inquisicion que exhumaba los muertos para quemarlos como á herejes. (*Es cierto*): testigo de ello Urgel, Arnauld y el conde de Folcalquier: la Inquisicion que declaraba á los hijos de los herejes hasta la segunda generacion, infames é incapaces de honores públicos, esceptuando solo aquellos, tales son los términos de las sentencias, *que hubieran denunciado á sus padres. (Profunda sensacion)*; la Inquisicion que en este momento mismo tiene aun selladas con el sello del indice en la Biblioteca papal los manuscritos de Galileo. (*Agitacion*). Sin embargo, para consolar á la España de lo que le quitabais, ¡le regalais el sobrenombre de católica! (*Rumores en la derecha*).

¿Queréis saberlo? vosotros habeis arrancado á uno de sus mas grandes hombres ese doloroso grito, que es vuestra mayor acusacion: «Prefiero que sea la grande á que se llame la católica». (*Gritos en la derecha: interrupcion prolongada: varios miembros interrumpen violentamente al orador*).

Ahi teneis vuestras obras maestras: habeis apagado ese foco que se llama Italia; y habeis minado ese coloso que se llama España; cenizas es la una, la otra escombros. Ved lo que habeis hecho de estos dos grandes pueblos. Ahora bien, ¿qué es lo que quereis hacer de la Francia? (*Prolongada conmocion*).

Venis de Roma: os felicito por ello, pues alli habeis conseguido una gran victoria (*Risas y bravos en la izquierda*): venis de poner una mordaza al pueblo romano y quereis poner otra al pueblo francés. A la verdad que esta es mas gloriosa empresa; pero cuidado con lo que se hace; que el pueblo francés es un leon lleno de vida. (*Agitacion*).

¿Qué cosa quereis atacar, pues? Voy á deciroslo; la razon humana. ¿Por qué? Porque ella ilumina (*Si! Si! nó! nó!*).

Sí, ¿queréis que os diga lo que os importuna? Esa enorme cantidad de luz libre que la Francia despide hace tres siglos; luz hecha de razon; luz mas brillante hoy que nunca; luz que hace ser á la nacion francesa la nacion iluminadora, de tal suerte que se perciba la claridad de la Francia en la faz de todos los pueblos del universo. (*Sensacion*): pues bien, esta claridad de la Francia, esta luz libre, esta luz directa, esta luz que no viene de Roma, pero que viene de Dios, esta luz ¡es la luz que quereis estinguir! (*Es cierto*), y esta luz ¡es la que queremos conservar! (*¡Si! ¡Si! Bravos en la izquierda*).

Rechazo vuestra ley. La rechazo porque confisca la enseñanza primaria; porque degrada la enseñanza secundaria; porque rebaja el nivel de la ciencia; porque empequeñece á mi país (*Sensacion*).

La rechazo porque soy de aquellos a quienes se les oprime el corazon cada vez que la Francia sufre por cualquier motivo alguna disminucion, ya de territorio como por los tratados de 1815, ya de grandeza por vuestra ley. (*Vivos aplausos en la izquierda*).

Señores, permitidme que antes de concluir, desde lo alto de esta tribuna dirija al partido clerical, al partido que nos invade (¡*Atencion! ¡atencion*!) un serio consejo. (*Rumores en la derecha*).

No es habilidad lo que le falta: cuando le ayudan las circunstancias es fuerte, y conoce el arte de mantener á una nacion en un estado misto y lamentable que no es la muerte, pero que tampoco es la vida (*Eso es cierto*). A esto le llaman gobernar (*Risas*).

Este es el gobierno por medio del letargo (*Risas*): pero que se guarde; pues nada que se parezca á esto conviene á la Francia, y es un azar muy temible dejarle entrever solamente á esta Francia, un ideal como el siguiente: la sacristía soberana, la libertad vendida, la inteligencia vencida y encadenada, los libros desgarrados, el sermon en lugar de la prensa, la oscuridad en los espíritus producida por la sombra de las sotanas y los ingenios aporreados por los pertigueros. (*Aclamaciones en la izquierda*).

Evidentemente el partido clerical es hábil; pero esto no le impide que sea cándido (*Risas*). ¡Teme el socialismo! ¡Quiere atravesar la oleada y procura oponer á esa oleada que sube, que avanza, un obstáculo desportillado! ¡Quiere atravesar la oleada y se imagina poder salvar la sociedad combinando para defenderla las hipocresias sociales con las resistencias materiales, colocando un jesuita donde falte un gendarme! (*Risas y aplausos*). Da lástima.

Lo repito, guardese, porque el siglo décimo nono le es contrario: no se obstine y renuncie á dirigir esta grande época llena de instintos profundos y nuevos; pues de lo contrario solo conseguirá coronarla, desarrollar imprudentemente cierta faz temible de nuestro tiempo y hacer surgir terribles eventualidades. Si, con este sistema quiere hacer salir, insisto en ello, la educacion de la sacristía y el gobierno del confesionario.

(Larga interrupcion: gritos de: ¡al órden! Muchos miembros de la derecha se levantan. El presidente y Victor Hugo entablan un coloquio que no puede oirse en medio del violento tumulto: el orador continua).

Con esta doctrina que una lógica inflexible y fatal trae consigo, á pesar de los hombres mismos, haciéndola fecunda para el mal, con esas doctrinas que horrorizan cuando se las considera en la historia… (*Nuevos gritos de ¡al órden!*).

Si, con este sistema, con esta doctrina y con esa historia, sépalo el partido clerical, donde quiera que esté, engendrará revoluciones; donde quiera para evitar los Torquemada se caerá en los Robespierre. (*Sensacion*).

Hé aquí lo que hace del partido que se titula católico un grave peligro público. Y aquellos que como yo temen igualmente para las naciones así el trastorno anárquico, como el adormecimiento sacerdotal, lanzan el grito de alarma cuando es tiempo todavia: que se piense bien en esto. (*Rumores en la derecha*).

Me interrumpis: los gritos y murmullos ahogan mi voz.

Señores, os hablo, no como agitador, sino como un hombre honrado. (¡*Atencion! ¡atencion*!).

¡Ah! señores, ¿por ventura soy sospechoso para vosotros?

Gritos á la derecha: ¡Si, si!

Victor Hugo: ¿Con qué soy sospechoso y lo decís vosotros?

Gritos á la derecha: ¡Sí, sí!

Inesplicable tumulto; una parte de la derecha se levanta é interpela al orador impasible en la tribuna.

¡Pues bien! forzoso es esplicarnos sobre este punto: (*Se restablece el silencio*). Pues es en cierto modo un hecho personal, y creo que escuchareis una esplicacion provocada por vosotros mismos. ¡Ah! ¡con qué soy sospechoso para vosotros! y ¿de qué? soy sospechoso para vosotros; pero el año último defendia yo el orden amenazado como defenderia el orden mañana si el riesgo viniese por esta parte. (*Conmoción*).

Soy sospechoso para vosotros; pero lo era igualmente cuando cumplia mi mandato de representante de París, evitando la efusion de sangre en las barricadas de junio. (*Bravos en la izquierda: nuevos gritos á la derecha, comienza el tumulto*).

El orador continúa.

¡Conqué no quereis oir una voz que defiende resueltamente la libertad! Si soy sospechoso para vosotros, tambien lo sois para mí. El pais nos juzgará a todos. (*¡Muy bien! ¡muy bien!*).

Señores, la última palabra. Acaso soy uno de aquellos que han tenido la dicha de hacer á la causa del órden, en circunstancias dificiles y recientes, algunos oscuros servicios, habrán sido olvidados, no los recuerdo; pero en este momento tengo derecho a apoyarme en ellos. *¡No! ¡No! —¡Sí! ¡Sí!*

Yo soy uno de aquellos que quieren para este noble pais la libertad y no la compresion, el acrecentamiento continuo y no el aminoramiento, el poder y no la servidumbre, la grandeza y no la nada. (*Bravos en la izquierda*). Sin embargo, hé aquí las leyes que vosotros nos presentais. Vosotros gobernantes, vosotros legisladores, quereis detenernos. ¡Quereis detener la Francia! Vosotros quereis petrificar el pensamiento humano, ahogar la antorcha divina, materializar el espíritu. (*¡Si, Si! ¡No, No!*) Pero vosotros no veis los elementos de los tiempos en que vivís, ¡estais en vuestro siglo como estranjeros! (*Profunda sensacion*).

¡Cómo! en este siglo, en este gran siglo de las novedades, de los descubrimientos, de las conquistas, ¿vais á soñar con la inmovilidad? (¡*Muy bien*!) ¿En este siglo de esperanza proclamais la desesperacion? (*Bravo*). ¡Cómo! ¿echais por tierra á guisa de hombres fatigados, la gloria, el pensamiento, la inteligencia, el progreso, el porvenir y decís: Basta ya, no vayamos mas adelante, detengámonos? (*Negativas en la derecha*). Pero vosotros no veis que todavia, viene, se mueve, crece, se transforma y se renueva en torno de vosotros, sobre vosotros, y debajo de vosotros. (*Conmocion*).

¡Ah! ¡vosotros quereis deteneros y detenernos! pues bien, yo, os lo repito con profundo dolor, yo que odio las catástrofes y los trastornos, os advierto que llevais la muerte en el alma. (*Risas á la derecha*). Vosotros no quereis el progreso: tendreis las revoluciones. (*Profunda agitacion*). A los hombres que sean bastante insensatos para decir: la humanidad no caminará, responde Dios haciendo estremecer la tierra (*Grandes aplausos en la izquierda*). <<

(2B) En una correspondencia bonapartista se lee lo siguiente:

«La comision nombrada por los empleados de la inspeccion de policía, ha creido que el bronce no era digno de reproducir la imágen del principe presidente; y por lo tanto, será tallada en el mármol y sobre un pedestal de mármol será igualmente erigida.

«La siguiente inscripcion será incrustada con el lujo y la magnificencia necesarias en la piedra:

«RECUERDO DEL JURAMENTO DE FIDELIDAD AL PRÍNCIPE PRESIDENTE, DADO POR LOS EMPLEADOS DE LA INSPECCION DE VIGILANCIA EL 29 DE MAYO DE 1852 EN LAS MANOS DEL SEÑOR PIETRI, INSPECTOR GENERAL DE POLICÍA».

«Las suscriciones entre los empleados cuyo celo tocante al particular ha sido preciso moderar, serán repartidas de la manera siguiente:

Jefe de division	francos	10
Jefe de oficina	”	6
Empleado con 1,800 francos de sueldo	”	3
Empleado con 1,500 francos de sueldo	”	2,50
Empleado con 1,500 francos de sueldo	”	2

Se calcula que la suscricion total pasará de 6,000 francos. <<

NOTAS LIBRO 3

(3A) EL CRIMEN DEL 2 DE DICIEMBRE que han leido nuestros lectores es el estracto de un libro inédito titulado EL CRIMEN DEL DOS DE DICIEMBRE, por Victor Hugo.

Este libro segun promete el autor será publicado mas ó menos pronto, y entonces tendremos una narracion completa y verídica del infame acontecimiento de 1851 en Francia.

Casi todo el libro está escrito ya, pero el autor sigue recogiendo materiales para ampliarlo en todo lo posible.

Cree oportuno entrar desde ahora en algunos pormenores tocante á dicho trabajo, trabajo que se ha impuesto como un deber.

El autor se hace la justicia de que al escribir semejante relacion, austera ocupacion de su destierro, tiene siempre presente la mucha responsabilidad del historiador.

Cuando dicho libro salga á luz, su narracion escitará seguramente numerosas y violentas reclamaciones; el autor así lo cree; no se corta impunemente en la llaga de un crimen contemporáneo, y mucho menos cuando el crimen se ha elevado al apogeo del poder.

De todos modos, y sean cuales fueren las reclamaciones mas ó menos interesadas, y para que de antemano pueda juzgarse del mérito, el autor cree de su deber tener que esplicar aquí hasta que punto y con cuanto escrúpulo por la verdad habrá sido escrita dicha historia, ó por mejor decir, el proceso verbal que ha incoado tocante á dicho crímen.

Esa narracion del 2 de diciembre comprenderá además de los hechos generales que nadie ignora, un gran número de hechos ignorados que en ellos son dados á la luz pública por vez primera.

Varios de dichos hechos los ha visto, tocado, presenciado el autor; de los tales puede decir: *Quæque ipse vidi et quorum pars fui*[41].

Los miembros de la izquierda republicana del Congreso francés, cuya conducta fué tan intrépida, vieron lo mismo que él, los hechos que en dicho libro se relatan, y no le faltará por cierto el testimonio de ellos.

Por lo demas, el autor ha procedido á una verdadera informacion judicial; se ha constituido por decirlo así en juez de instruccion de la historia; cada actor del drama, cada combatiente, cada víctima, cada testigo, ha venido a su presencia á deponer la verdad de los hechos.

En cuanto a los hechos dudosos no se ha concretado á la declaracion de unos ú otros, sino que ha confrontado las relaciones y en caso necesario las personas.

Los historiadores en general hablan con los hechos muertos; los llaman de sus tumbas con la autoridad de jueces, y los mandan levantar para interrogarlos. Victor

Hugo habla con los hechos vivos, palpitantes.

Todos los detalles del 2 de diciembre han pasado de dicho modo ante sus ojos, todos los ha apuntado para examinarlos, comprobarlos y pesarlos; ninguno se ha escapado á dicho exámen escrupuloso. La historia podrá completar su narracion; pero no contradecirla.

Faltando á su deber los magistrados, ha querido él hacer las veces de magistrado.

Cuando los testigos directos y de viva voz le han dejado en dudas ó inseguridad, ha enviado á los mismos sitios donde se han verificado los hechos que narra, lo que podriamos llamar comisiones rogatorias. Hechos podria citar acerca de los cuales ha formado verdaderos interrogatorios á los que se le ha contestado minuciosamente.

Ha sometido, así lo repite Victor Hugo, el 2 de diciembre á un largo y severo proceso judicial Ha llevado la antorcha luminosa tan adelante como ha podido.

Merced á tales investigaciones, tiene en poder suyo cerca doscientos legajos con los cuales formará dicho libro.

No hay un solo hecho de dicha relacion, al pié del cual no pueda el autor poner un nombre; pero se abstendrá de ello probablemente, y se comprenderá por que motivo no pondrá dichos nombres, y que algunas veces sustituye á los nombres propios y hasta á ciertas indicaciones de lugares, designaciones lo menos trasparentes que se puedan; pues no quiere proporcionar á Luis Bonaparte una lista suplementaria de proscritos y desterrados ó prisioneros.

No cabe ninguna duda que el autor lo mismo en la relacion del 2 de diciembre que en este libro que ahora se publica, no es «imparcial» en el sentido que comunmente se dice cuando se quiere ensalzar á un historiador. La imparcialidad es la virtud que no tiene el eminente Tácito. ¡Oprobio al escritor que permaneciese imparcial ante las llagas sangrientas de la libertad!

En presencia del hecho de diciembre de 1851, el autor siente sublevarse en su alma toda su naturaleza, y no se oculta ese defecto si asi quiere llamársele, como se puede observar al leerle. Pero en él iguala su amor á la verdad á su pasion por el derecho. El hombre indignado no miente.

Dicha historia del 2 de diciembre será por lo tanto, así lo declara el autor al proponerse citar algunas páginas de ella, será, decimos, escrita como se ha visto ya, en las condiciones de la mas estricta verdad, de la realidad mas absoluta.

Hemos juzgado provechoso publicar una parte de él, que como esperamos producirá viva impresion en los ánimos, por cuanto da nueva luz sobre el éxito feliz de los planes liberticidas de Luis Bonaparte.

Merced á las reticencias de los historiógrafos oficiales del 2 de diciembre, no se sabe hasta que punto el golpe de Estado corrió inminente riesgo de frustrarse, y tambien se ignora completamente por que medio se salvó. Por eso hemos puesto a los ojos del lector ese hecho especial. <<

(3B) Nombróse el dia 2 de diciembre por la noche un comité de resistencia encargado de centralizar la accion y dirigir el combate, por los miembros de la izquierda reunidos en casa del diputado Lafont, malecon de Jemmapes, núm. 2. Ese comité que tuvo que mudar de asilo veinte y siete veces en cuatro dias y que dia y noche estaba en sesion permanente, no cesando un solo instante de obrar durante las diversas crisis del golpe de Estado, estaba compuesto de los diputados de la izquierda señores Carnot, de Flotte, Julio Javre, Madier de Monjau, Michel (de Bourges) Schoelcher y Victor Hugo. <<

(3C) Podemos nombrar al testigo de este hecho. Está proscrito. Es el representante del pueblo Versigny.

«Todavía veo, dice, á lo alto de la calle de Croissant, al desgraciado cafetero ambulante con su fuente de hoja de lata al hombro, vacilar, encogerse y caer muerto contra la delantera de una tienda. El solo y llevando por únicas armas su fuente y su campanilla, mereció los honores de un fuego de peloton».

El mismo testigo añade:

«Los soldados barrian á tiros calles que no tenian un solo adoquin fuera de su lugar, una sola piedra levantada, un solo combatiente». <<

NOTAS LIBRO 4

(4A) El empleado que ha formado dicho catálogo sabemos que es un estadístico tan exacto como entendido; ha formado dicho estado con entera buena fé; no dudamos de él. Ha hecho constar lo que le han mostrado y le han dejado ver; pero no ha podido hacer nada tocante á lo que le han ocultado. Queda, pues, el campo abierto a las conjeturas mas o menos acertadas. <<

(4B) El *Boletin de las Leyes* publicó el decreto siguiente en fecha 27 de marzo:

«Vista la ley del 10 de mayo de 1838, que clasifica los gastos ordinarios de las cárceles departamentales entre los que deben ser inscritos en los presupuestos departamentales;

»Considerando que el caracter de los gastos ocasionados por las prisiones que tuvieron lugar á consecuencia de los sucesos de Diciembre es muy diferente;

»Considerando que los hechos en razon de los cuales se multiplicaron dichas prisiones se referian á un *complot para la seguridad del Estado*, cuya represion importaba á la sociedad entera, y que por lo tanto es justo hacer pagar por el tesoro público el escedente de los gastos que resultó del aumento estraordinario de las personas encarceladas, vengo en decretar lo siguiente:

»Se abre al ministerio del interior sobre los fondos del ejercicio de 1851, un crédito extraordinario de doscientos cincuenta mil francos que deberá aplicarse al pago de los gastos que resulten de las prisiones verificadas a consecuencia de los acontecimientos de diciembre». <<

(4C) Digne 5 de enero de 1852.

«El coronel comandante del estado de sitio en el departamento de los Bajos Alpes

»Decreta:

»En el término de diez dias *serán secuestrados* los bienes de los culpables fugitivos, administrándolos el director de los dominios del departamento de los Bajos Alpes, conforme a las leyes civiles y militares, etc.

»FRIRION».

Podríamos citar diez decretos semejantes de los comandantes de estado de sitio. El primero de esos malhechores que cometió ese crimen de confiscacion de los bienes y que dió el ejemplo de ese género de decretos, se llama Eynard. Era general. Desde el diez y ocho de Diciembre ponia en secuestro los bienes de cierto número de ciudadanos de Moulins; «porque, dice con cinismo, la *instruccion comenzada no deja duda alguna* sobre la parte que tomaron *en la insurreccion* y en los robos del departamento de Alier». <<

(4D) El número de las *condenas* integramente mantenidas (se trata en la mayor parte de transportaciones) se hallaba en la data de las relaciones, distribuido de la manera siguiente:

Por Canrobert	3,876
Por Espinasse	3,625
Por Quintin Bauchart	1,634
Total	9,135

<<

(4E) He aqui tal como está en el *Monitor*, este odioso despacho:

«En París ha cesado por medio de una represion vigorosa toda insurreccion armada. Igual energia tendrá iguales efectos en todas para tes.

»Partidas armadas que llevaban por do quiera el robo, la violacion y el incendio, se han puesto fuera de la ley. Con ellas no se puede andar con parlamentos; se les ha de castigar sin intimacion: se les ataca y se les dispersa.

»Todo lo que resiste con las armas debe ser fusilado en nombre de la sociedad en legitima defensa. <<

(4F) Trasladamos el Original francés de esta cita para que puedan hacerse cargo los lectores que sepan el francés de una literatura tan original como desbaratada. Dice asi el original:

«Je n’oserais écrire ni raconter les horribles faits et inconvenables qu’ils faisaient aux dames. Mais entre les autres désordonnances et vilains faits, ils tuèrent un chevalier et le boutèrent en une broche, et le tournèrent au feu et le ròtirent devant la dame et ses enfants. Après ce que dix ou douze eurent la dame éfforcée et violée, ils les en voulurent faire nanger par force, et puis les tuèrent et firent mourir de male mort.

«Ces méchantes gens robaient et ardaient tout et tuaient et éfforçaient et violaient toutes dames et pucelles sans pitié et sans merci, ainsi comme des chiens enragés.

«Tout en semblable manière, si faites gens se maintenaient entre París et Noyon, et entre París et Soissons, et Ham en Wermandois par toute la terre de Coucy. Là étaient les grands violeurs et malfaiteurs; et excluèrent que entre la comté de Valois, que en l’évêché de Laon, de Soissons et de Noyon, plus de cent châteaux et de bonnes maisons de chevaliers et écuyers; et tuaient et robaient quant que ils trouvaient. Mais *Dieu* par sa gràce y mit tel remède, de quoi on le doit bien regracier». <<

NOTA LIBRO 7

(7A) El presidente del tribunal de comercio de Evreux se negó á prestar el juramento.

Dejemos hablar el *Monitor*:

«El señor Verney, antiguo presidente del tribunal de comercio de Evreux, en razon de los hechos que tuvieron lugar el 29 de abril próximo pasado en el recinto de la audiencia consular».

«Es acusado dicho señor Verney del delito de escitacion al odio y desprecio del gobierno francés».

Los jueces de primera instancia despiden al señor Verney y lo *censuran* por sentencia. Apelacion *á minima* del «procurador de la República».

Decreto del Tribunal de apelacion de Rouen:

«El Tribunal,

»Considerando que las pesquisas y persecuciones tienen por único objeto la represion del delito de escitacion al odio y al desprecio del gobierno;

»Considerando que dicho delito resulta segun la instruccion de la causa, del último párrafo de la carta escrita por Verney al procurador de la República en Evreux el 26 de abril próximo pasado, y que está concebido en los siguientes términos:

«Seria muy grave reclamar por mas tiempo lo que nosotros creemos ser el derecho. La magistratura misma nos agradecerá el no esponer la toga del magistrado juez á sucumbir bajo la fuerza que nos anuncia vuestro despacho».

»Considerando que *por muy censurable que fuese la conducta de Verney en este asunto*, el Tribunal no puede ver en los términos de dicha parte de su carta el delito de escitacion al odio y desprecio del gobierno, por cuanto la orden en virtud de la cual debia emplearse la fuerza para impedir que se sentaran en sus puestos los jueces que se hubiesen negado á prestar el juramento, no emanaba del gobierno;

»Considerando que por lo tanto no hay lugar á imponerle la aplicacion de la ley penal; por tales motivos,

»Confirma el juicio, de que se ha hecho apelacion, sin costas».

El Tribunal de apelacion de Rouen tenia por primer presidente al señor Franck Carré, antiguo procurador general en el tribunal de la Cámara de los pares en el proceso de Boloña, el mismo que dirigió a señor don Luis Bonaparte las siguientes palabras:

«Habeis hecho practicar ilegalmente el reclutamiento y distribuir dinero para comprar la traicion». <<

NOTA LIBRO 4
(Los Castigos)

(C4A)

El dia 17 de Julio de 1851 se debatia en la asamblea nacional francesa la revision de la Constitucion. Nos parece útil dirigir hoy una mirada retrospectiva á una lucha tan importante.

El autor de este libro permaneció cuatro horas en la tribuna: su discurso ocupó toda la sesion. Los lectores que gusten pueden leerlo por entero en la coleccion completa de sus discursos, publicada en dos volúmenes en Bruselas bajo este título *Obras oratorias de Victor Hugo*. Solo extraeremos aqui para la enseñanza y meditacion del lector lo poco que sigue:

* * *

Mas publicistas de otro color, periódicos de otro matiz, espresan incontestablemente el pensamiento del gobierno; porque se venden por las calles con privilegio y esclusion de todos los demás. Hé aquí lo que proclaman semejantes periódicos:

«Teneis razon, la legitimidad es imposible, la monarquia de derecho divino y de principio han muerto; pero la otra, la monarquía de gloria, el imperio, es no solamente posible sino tambien necesaria».

Ved ahí, señores diputados, el lenguaje que usan semejantes publicaciones.

Ese es el otro lado de la cuestion monárquica. Examinémoslo.

Y ante todo decidme ¿qué significa monarquia de gloria? ¿teneis acaso gloria vosotros? enseñádnosla (*Hilaridad*).

Me gustaria ver la gloria en un gobierno como este (*Risas y aplausos en la izquierda*); es decir, gloria que fuese vuestra.

Vamos á ver, ¿donde está vuestra gloria? yo la busco; yo miro á mi alrededor, y no la distingo. Decidme, pues, de que se compone.

EL SEÑOR LEPIC. Pregúntelo su señoria a su padre.

EL SEÑOR VICTOR HUGO. ¿Cuáles son sus elementos? ¿qué es lo que tengo ante mí? ¿qué es lo que tenemos a la vista? Todas nuestras libertades cogidas en horrible lazo y una en pos de otra agarrotadas; el sufragio universal vendido, mutilado, escarnecido; los programas socialistas terminando en una política jesuitica; por gobierno, una inmensa intriga (*Conmocion*), la historia dirá tal vez un complot (*Viva sensacion*); no sé que inaudito sobreentendido que da á la República el imperio por fin y objeto y que hace de quinientos mil empleados una especie de fracmasoneria bonapartista en medio de la nacion; toda reforma diferida ó escarnecida; los impuestos desproporcionados y onerosos para el pueblo, conservados ó restablecidos; el estado de sitio pesando sobre cinco departamentos; París y Lion vigilados sin

cesar; negada la amnistia; aumentada la trasportacion; votada la deportacion; gemidos en la casba[58] de Bone; torturas en Belle Isle; casamatas donde no se quiere dejar pudrir los colchones, pero se deja pudrir á los hombres (*Profunda sensacion*)… La prensa batida como una fiera; el jurado escogido y entresacado; poca justicia y mucha policía; la miseria abajo; la anarquía arriba; dentro la arbitrariedad, la compresion, la iniquidad; fuera el cadáver de la República romana (*Bravos á la izquierda*).

UNA VOZ DE LA DERECHA. Ese es el balance de la República.

EL SEÑOR PRESIDENTE. Dejadle decir, señores; no interrumpais. Eso prueba que la tribuna es libre. Continuad, señor diputado (¡*Muy bien, muy bien, en la izquierda*!).

EL SEÑOR CHARRAS. Es libre á pesar vuestro.

EL SEÑOR VICTOR HUGO… La potencia, es decir, el Austria (*Conmocion*), de pié en la Hungria, en la Lombardia, en Milan, en Venecia; la Sicilia entregada á los fusilamientos; la esperanza de las nacionalidades en la Francia, destruida; el lazo intimo de los pueblos roto, y en todas partes conculcado el derecho, en el Norte lo mismo que en el Mediodia, en Cassel lo mismo que en Palermo; una coalicion de reyes latente que solo está aguardando la ocasion; nuestra diplomacia silenciosa, no quiero decir cómplice; uno que es siempre cobarde delante de otro que es siempre insolente; la Turquía dejada sin apoyo contra el czar y precisada á soltar los proscritos; Kossuth agonizando en un calabozo del Asia menor: ved ahí como estamos. Francia baja la cabeza, Napoleón se estremece de rubor en su sepulcro, y cinco ó seis mil bribones van gritando ¡*Viva el emperador*!

¿Seria por casualidad todo eso lo que constituye vuestra gloria? (*Profunda agitacion*).

EL SEÑOR LADEVANSAYE. La República es quien nos ha dado todo eso.

EL SEÑOR PRESIDENTE. Todo eso se reprocha tambien al gobierno de la República.

EL SEÑOR VICTOR HUGO. Ahora, señores, hablemos un poco de vuestro imperio, porque es cosa chusca (*Risas en la izquierda*).

EL SEÑOR VIELLARD[59]. Bien sabeis que nadie piensa en tal cosa.

EL SEÑOR VICTOR HUGO. Señores, murmullos tantos como querais; pero equivocos no los admito. Se me dice que nadie piensa en el imperio. Señores diputados, yo tengo la costumbre de arrancar la máscara de quien quiera que la lleve.

¡Nadie piensa en el imperio, decís! ¿qué significan entonces los gritos pagados de *Viva el emperador*? Pero una sola pregunta bastará: ¿Quién los paga?

¡Nadie piensa en el imperio! ya lo habeis oido, señores diputados. ¿Qué significan entonces las palabras del general Changarnier, las alusiones á los pretorianos libertinos aplaudidas por vosotros? ¿Qué significan entonces las palabras de Mr. Thiers: *El imperio es cosa hecha*; palabras que tambien habeis aplaudido?

¿Qué significa la peticion ridícula y mendigada para la prolongacion de los poderes?

¿Y qué es esa prolongacion sino el consulado vivo? ¿A dónde conduce el consulado vivo? Al imperio.

Señores, en todo eso hay una intriga (*Murmullos en la derecha*). ¡Os digo que hay una intriga! Tengo el derecho de inspeccionarla, y la inspecciono. ¡Ea! hagamos luz, mucha luz en semejante oscuridad.

No conviene que Francia sea tomada por sorpresa y se encuentre cuando menos lo espere teniendo un emperador sin saber por qué. (*Aplausos*).

¡Un emperador! Discutamos un poco semejante pretension.

¡Pues qué! ¿porque ha habido un hombre que ganó la batalla de Marengo y fué rey, quereis tambien reinar los que no habeis ganado mas que la batalla de Sartory? (*Risas*).

EL SEÑOR FERNANDO BARROT[60]. Hace tres años que gana una batalla continua, la del órden contra la anarquia.

EL SEÑOR VICTOR HUGO. ¡Pues qué! ¿porque hace diez siglos que Carlomagno despues de cuarenta años de gloria dejó caer sobre la faz de la tierra un cetro y una espada de tal modo desmedidos que desde entonces nadie ha podido ni osado tocarlos? (y sin embargo en ese intérvalo han existido hombres que se han llamado Felipe Augusto, Francisco I, Enrique IV y Luis XIV). ¡Pues qué! ¿porque mil años despues, pues no necesita menos que una gestacion de mil años la humanidad para reproducir semejantes hombres, porque mil años despues, digo, ha surgido otro génio que ha recogido aquella espada y aquel cetro, que se ha levantado de pié sobre el continente, que ha hecho la historia gigantesca cuyo brillo deslumbrador dura todavía, que encadenó la revolucion en Francia y que la desencadenó en Europa, que dió a su nombre por sinónimos elocuentes, Rivoli, Yena, Ersling, Friedland, Montmirail? ¡Pues qué! ¿porque despues de diez años de inmensa gloria, gloria casi fabulosa á fuerza de grandeza, dejó a su vez caer de cansancio aquel cetro y aquella espada que habian llevado a cabo tantas cosas colosales, venis vosotros, vosotros, quereis vosotros, vosotros, recogerlos despues de él como los recogió él, Napoleón, despues de Carlomagno, y tomar entre vuestras pequeñas manos aquella espada de los titanes, aquel cetro de gigantes? ¿qué quereis hacer con ellos? (*Prolongados aplausos*).

¡Cómo! ¡despues de Augusto, Augústúlo! ¡Cómo! porque hemos tenido Napoleón el Grande, ¿hemos de tener un Napoleón el Pequeño?

(Prolongados aplausos en la izquierda, gritos y reclamaciones en la derecha, la sesion queda interrumpida por espacio de algunos minutos. Tumulto inesplicable).

UNA VOZ DE LA IZQUIERDA. Señor presidente, nosotros hemos escuchado al señor Berryer; la derecha debe escuchar al señor Victor Hugo. Haga su señoría callar á la mayoría.

EL SEÑOR SAVETIER LAROCHE. Se debe respetar á los grandes oradores. (*En la izquierda, ¡Muy bien!*).

EL SEÑOR DE LA MOSKOWA[61]. El señor presidente deberia hacer respetar el gobierno de la República en la persona del presidente de la República.

EL SEÑOR LEPIC[62]. Se deshonra la República.

EL SEÑOR DE LA MOSKOWA. Esos señores gritan *¡viva la República!* é insultan al presidente.

EL SEÑOR ERNESTO DE GIRARDIN. Napoleón Bonaparte tuvo seis millones de votos; insultais, pues, al elegido del pueblo. (*Viva agitacion en el banco de los ministros. El presidente procura en vano hacerse oir en medio del tumulto*).

EL SEÑOR DE LA MOSKOWA. ¡Y no estalla una sola palabra de indignacion en los bancos del ministerio al oir semejantes palabras!

EL SEÑOR BAROCHE, *ministro de negocios estranjeros*[63]. Discutid, pero no insulteis.

EL SEÑOR PRESIDENTE. Teneis el derecho de discutir la abrogacion del artículo 45 en términos del derecho; pero no teneis el derecho de insultar. (*Los aplausos del estremo de la izquierda redoblan y sofocan la voz del señor presidente*).

EL SEÑOR MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS. Discutís proyectos que no se han presentado é insultais. (*Los aplausos de la izquierda continuan*).

UN MIEMBRO DE LA ESTREMA IZQUIERDA. Ayer era menester defender la República cuando se la atacaba, y no ahora.

EL SEÑOR PRESIDENTE. La oposicion ha sofocado con aplausos la observacion que ha indicado el señor ministro de negocios estranjeros.

Decia al señor Victor Hugo, que tiene el derecho de discutir la conveniencia de pedir la revision del artículo 45 en los términos del derecho; pero que no tiene el de discutir bajo una forma insultante una candidatura personal que no está en juego…

UNA VOZ DE LA ESTREMA IZQUIERDA. Si, señor, en juego está.

EL SEÑOR CHARRAS. Bien lo vio V. mismo en Dijon, cara á cara.

EL SEÑOR PRESIDENTE. Aquí os llamo al órden porque soy presidente; en Dijon respetaba las conveniencias, y callé.

EL SEÑOR CHARRAS. No las han respetado con V.

EL SEÑOR VICTOR HUGO. Contesto al señor ministro de negocios estranjeros y al señor presidente, que me acusan de ofender al señor presidente de la República, que teniendo el derecho constitucional de acusar al presidente de la República, usaré del derecho de juzgarle siempre y cuando lo crea conveniente; pero no perderé el tiempo en ofenderlo; mas no es ofenderlo el decir que no es un gran hombre. (*Vivas reclamaciones en algunos bancos de la derecha*).

EL SEÑOR BRIFFAUT. Vuestros insultos no pueden llegar haşta él.

EL SEÑOR CAULAINCOURT. Hay injurias que no pueden alcanzarle, tenedlo entendido, señor diputado.

EL SEÑOR PRESIDENTE. Si despues de mi advertencia continuais, os llamaré al órden.

EL SEÑOR VICTOR HUGO. Hé aquí lo que tengo que añadir, y el señor presidente no me impedirá completar mi esplicacion. (*Viva agitacion*).

Lo que nosotros pedimos al señor presidente responsable de la República, lo que nosotros esperamos de él, lo que nosotros tenemos el derecho de esperar firmemente de él, es no que mantenga el poder como gran hombre, sino que lo deje como hombre honrado.

VOCES A LA IZQUIERDA. ¡Muy bien, muy bien!

EL SEÑOR CLARY[64]. Entre tanto no le calumnieis.

EL SEÑOR VICTOR HUGO. Los que le ofenden son los amigos suyos que le dejan oir que el segundo domingo de mayo no dejará el poder pura y sencillamente como debe, á menos de ser un sedicioso.

UNA VOZ Á LA IZQUIERDA. Y un perjuro.

EL SEÑOR VIELLARD[65]. Eso son calumnias; demasiado lo sabe el señor Victor Hugo.

EL SEÑOR VICTOR HUGO. Señores de la mayoría, habeis suprimido la libertad de imprenta: ¿quereis ahora suprimir la libertad de la tribuna? (*Conmocion*). No vengo a pedir favor; vengo a pedir franqueza. El soldado a quien se le impide cumplir con su deber rompe la espada. Si la libertad de la tribuna ha muerto, decídmelo, para que rompa aquí mismo mi mision. El dia en que la tribuna deje de ser libre, yo bajaré de ella para no volver á subir.

EN LA DERECHA, UNA VOZ. ¡Vaya una pérdida!

EL SEÑOR VICTOR HUGO. La tribuna sin libertad puede ser aceptada únicamente por el orador sin dignidad. (*Profunda sensación*).

Ahora bien, si la tribuna es respetada, voy á verlo. Continuo. No, despues de Napoleón el Grande, no quiero Napoleón el Pequeño.

Vamos, respetemos las cosas grandes. Demos tregua á las parodias. Para que se pueda poner una águila en la bandera francesa, es menester quetengamos primero una águila en las Tullerías. ¿En dónde está el águila? (*Prolongados aplausos*).

EL SEÑOR LEON FAUCHER. El orador insulta al presidente de la República francesa.

VOCES EN LA DERECHA: Si, sí.

EL SEÑOR PRESIDENTE. S. S. ofende al presidente de la República.

EN LA DERECHA VOCES: Si, si.

EL SEÑOR ABATTUCCI[66]. gesticula violentamente.

EL SEÑOR VICTOR HUGO. Prosigo, señores.

Diputados, como todo el mundo, como vosotros todos, he tenido en mis manos esos folletos, esos periódicos, esos escritos imperialistas ó cesaristas como ahora se dice. Una idea me ocurre y me es imposible dejar de comunicarla á la Asamblea. (*Inmensa agitacion, el orador continua*). Si, me es imposible dejar de desbordarla

ante esa ilustre asamblea: ¡Qué diria ese soldado, ese gran soldado de Francia que yace ahi en los Inválidos, y á cuya sombra se cobija alguno, y cuyo nombre invoca tan a menudo y de una manera tan estraña; qué diria, repito, ese Napoleón que en medio de tantos combates á cual mas prodigiosos fué á ochocientas leguas lejos de París á provocar la antigua barbarie moscovita á ese gran desafio de 1812; qué diria ese genio sublime que no entreveia mas que con horror la posibilidad de una Europa cosaca, y que, ciertamente, fuesen cuales fuesen sus instintos de autoridad, preferia la Europa republicana á la Europa rusa; qué diria, pues, si desde el fondo de su sepulcro pudiese ver que su imperio, su glorioso, y bélico imperio, tiene hoy por apologistas, tiene hoy por panegiristas, por teóricos y por reconstructores ¿quién diriais, señores diputados? hombres que en nuestra época libre y radiante se vuelven hacia el Norte con una desesperacion que seria risible si no fuese monstruosa; hombres que cada vez que nos oyen pronunciar las palabras democracia, libertad, humanidad, progreso, se acurrucan aterrados y pegan el oido á tierra para escuchar si oyen al fin venir el cañon ruso!

(Prolongados aplausos en la izquierda. Clamores en la derecha. Toda la derecha se levanta en masa y sofoca con sus gritos las últimas palabras del orador).

¡Orden, órden, órden!

(Varios ministros se levantan en sus bancos y protestan con vivacidad contra las palabras del orador. El tumulto va aumentando. Dirigense de todas partes de la mayoría violentos apóstrofes al orador).

Los Sres. Bineau[67], el general Gourgaud y varios otros diputados que toman asiento en los primeros bancos de la derecha se hacen notar por su animacion.

EL SEÑOR MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS[68]. Bien sabe su señoría que eso no es exacto. En nombre de Francia protestamos.

EL SEÑOR DE RANCÉ[69]. Pedimos el llamamiento al órden.

EL SEÑOR DE CROUSEILHES, *ministro de instruccion pública*[70]. Señor diputado, haga V. aplicacion personal de sus palabras. ¿A quién las aplica V., á quién, á quién? Nombre V., nombre V.

EL SEÑOR PRESIDENTE. Señor Victor Hugo, le llamo al órden, porque a pesar de mis advertencias no ha dejado V. de insultar.

VARIAS VOCES DE LA DERECHA. Es un insultador asalariado.

EL SEÑOR CHAPOT. Díganos el orador a quien se dirigen sus palabras.

EL SEÑOR DE STAPLANDE. Nombrad, señor orador, á los que acusais, si teneis valor para ello. (*Agitacion tumultuosa*).

DISTINTAS VOCES DE LA DERECHA. Sois un infame calumniador. Es una cobardia y una insolencia…

¡Órden, orden!

EL SEÑOR PRESIDENTE. Con el ruido que haceis, habeis impedido que se oyera el llamamiento al órden que he pronunciado.

EL SEÑOR VICTOR HUGO. Pido que se me deje esplicar. (*Murmullos ruidosos y prolongados*).

EL SEÑOR DE HEECKEREN[71]. Dejadle, señores, dejadle representar su comedia.

EL SEÑOR LEON FAUCHER, *ministro del interior*. El orador… (*Interrupcion en la izquierda*). El orador.

UNA VOZ DE LA IZQUIERDA Su señoría no tiene la palabra.

EL SEÑOR PRESIDENTE. Dejad al señor Victor Hugo que se esplique. Le he llamado al órden.

EL SEÑOR MINISTRO DEL INTERIOR. ¡Cómo!, señores podrá un orador insultar aqui al presidente de la República… (*Ruidosa interrupcion de la izquierda*).

EL SEÑOR VICTOR HUGO. Dejadme esplicar, señores. Yo no cedo la palabra á nadie.

EL SEÑOR PRESIDENTE. Su señoría no tiene la palabra. No les toca á VV. hacer el reglamento de la Asamblea. El señor Victor Hugo ha sido llamado al órden; pide que le dejen esplicar; le concedo la palabra, y harán imposible que se cumpla el reglamento si quieren usurparme las funciones que me competen.

EL SEÑOR VICTOR HUGO. Señores, van á ver VV. la inconveniencia de las interrupciones precipitadas.

VARIAS VOCES. ¡Mas alto, mas alto!

EL SEÑOR VICTOR HUGO. He sido llamado al orden y un señor diputado á quien no tengo la honra de conocer…

EL SEÑOR BOURBOUSSON. Soy yo, Bourbousson.

EL SEÑOR VICTOR HUGO. Dice que tendria que imponérseme la censura.

UNA VOZ DE LA DERECHA. Si, si.

EL SEÑOR VICTOR HUGO. ¿Por qué? Por haber calificado como está en mi derecho… (*Negaciones en la derecha*)… Por haber calificado á autores de folletos cesaristas. (*Reclamaciones en la derecha*).

(El orador se inclina hácia el estenógrafo del Monitor y le pide comunicacion inmediata de la frase de su discurso que ha provocado la conmocion de la Asamblea).

UNA VOZ DE LA DERECHA. El señor Victor Hugo no tiene el derecho de hacer cambiar la frase en el *Monitor*.

EL SEÑOR PRESIDENTE. La Asamblea se ha sublevado contra las palabras que han debido ser copiadas por el estenógrafo del *Monitor*. El llamamiento al órden se aplica á dichas palabras tal como su señoria las ha pronunciado y tal como quedarán seguramente. Ahora si al esplicarse las cambia, la Asamblea será juez.

EL SEÑOR VICTOR HUGO. Como el estenógrafo del *Monitor* las ha recogido de mi boca… (*Interrupciones diversas*).

VARIOS DIPUTADOS. Su señoría las ha cambiado, —ha hablado con el estenógrafo. (*Confusos rumores*).

EL SEÑOR DE PANAT Y OTROS DIPUTADOS. Nada teneis que temer. Las palabras aparecerán en el *Monitor* tal como han salido de los labios del orador.

EL SEÑOR VICTOR HUGO. Señores, mañana cuando leais el *Monitor*… *(Rumores en la derecha).* Cuando leais esta frase que habeis interrumpido y que no habeis comprendido, esta frase en la cual digo que Napoleón se asombraria, se indignaria de ver que su imperio, su glorioso imperio, tiene hoy por teóricos y por reconstructores ¿á quién diriais, señores diputados? á hombres que cada vez que nos oyen pronunciar las palabras *democracia, libertad, humanidad, progreso*, se acurrucan aterrados y pegan el oido á tierra para escuchar si oyen al fin venir el cañon ruso…

UNA VOZ DE LA DERECHA¿A quién aplicais estas palabras?

OTRA VOZ DE LA IZQUIERDA. ¡A Romieu! ¡*al espectro rojo*!

EL SEÑOR VICTOR HUGO. ¡He sido llamado al órden por estas palabras!

EL SEÑOR PRESIDENTE AL SEÑOR VICTOR HUGO. Su señoría no puede aislar una frase de su discurso integro. Y todo eso ha venido á consecuencia de una comparacion insultante entre el emperador que ya no existe y el presidente de la República que existe.

(Agitacion prolongada. Un gran número de diputados bajan al hemiciclo y solo si fuerza de gritos el señor presidente y los porteros hacen volver á sus asientos á dichos señores y establecen un poco el silencio).

EL SEÑOR VICTOR HUGO. Mañana conocereis, señores diputados, la verdad de mis palabras.

UNA VOZ DE LA DERECHA, Su señoria ha dicho *Vosotros*.

EL SEÑOR VICTOR HUGO. Nunca, lo digo y lo repito desde lo alto de esta tribuna, nunca ha entrado en mi ánimo ni por un solo instante la idea de dirigirlas á cualquiera de la Asamblea. (*Reclamaciones y risas ruidosas en la derecha*).

EL SEÑOR PRESIDENTE. Entonces el insulto queda por entero para el señor presidente de la República.

EL SEÑOR DE HEECKEREN[72]. Si no se trata de nosotros, ¿á qué viene decirnoslo y no guardarlo para el *Evenement*?

EL SEÑOR VICTOR HUGO *dirigiéndose al señor presidente del Congreso*. Ahora no se trata del presidente de la República.

EL SEÑOR PRESIDENTE. Su señoría lo ha rebajado tanto como le ha sido posible…

EL SEÑOR VICTOR HUGO No es esa la cuestion.

EL SEÑOR PRESIDENTE. Diga su señoria que no ha querido insultar al señor presidente de la República en el paralelo que acaba de hacer, y nos daremos por satisfechos.

(La agitacion continúa. Dirigense al orador y se cambian entre varios diputados de la derecha y de la izquierda apóstrofes de escesiva vehemencia).

(El señor Lafebvre Duruflé se acerca á la tribuna y entrega al orador una hoja de papel que le suplica leer).

EL SEÑOR VICTOR HUGO *despues de haberla leido*. Se me trasmite la observacion siguiente á la cual voy a dar inmediatamente satisfaccion:

«Lo que ha sublevado la Asamblea ha sido que su señoria ha dicho *vosotros*, y que no ha hablado indirectamente».

El autor de esta observacion reconocerá mañana cuando lea el *Monitor* que yo no he dicho *vosotros*, que he hablado indirectamente, que no me he dirigido a nadie directamente en la Asamblea, y repito que no me dirijo a nadie.

Hagamos que cese esa mala inteligencia.

UNA VOZ DE LA DERECHA. ¡Bien, bien! pasad por alto.

EL SEÑOR PRESIDENTE. Haga su señoría salir á la Asamblea del estado en que la ha puesto con sus palabras.

Señores tengan la bondad de guardar silencio.

EL SEÑOR VICTOR HUGO. Mañana, señores diputados, leereis en el *Monitor*, que las ha recogido, mis palabras tal como las he pronunciado, y sentireis haberos portado con tanta precipitacion. Nunca he pensado un solo instante en un solo miembro de este Congreso; lo declaro así y dejo mi llamamiento al órden a conciencia del señor presidente. (*Conmocion*. —¡Bien! ¡muy bien!).

Un instante mas y bajo de la tribuna.

(El silencio se restablece en todos los bancos. El orador se vuelve hacia la derecha).

¡Monarquía legitima, monarquía imperial! ¿qué quereis de nosotros? Nosotros somos hombres de otras edades. Para nosotros no hay flores de lis mas que en Fontenoy, y no hay águila mas que en Eylau y en Wagram.

Ya os lo he dicho, sois el pasado. ¿Con qué derecho poneis el presente en cuestion? ¿Qué hay de comun entre vosotros y él? ¿Contra quién y para quien os coaligais? Y además ¿qué significa esa coalicion? ¿qué alianza es esa? ¿qué es esa mano del imperio que veo en la mano de la legitimidad? ¡Legitimistas, el imperio mató al duque de Enghien! ¡Imperialistas, la legitimidad fusiló á Murat! (*Honda impresion*).

Os dais las manos: tened cuidado porque mezclais manchas de sangre. (*Sensacion*).

Además, ¿qué esperais? ¿qué os proponeis? ¿destruir la República? Es una tarea muy árdua y ruda. ¿Lo habeis pensado bien? Cuando un obrero ha trabajado diez y ocho horas, cuando un pueblo ha trabajado diez y ocho siglos, y uno y otro han percibido al fin su salario, procurad arrancar al obrero su dinero y al pueblo su República. (*Prolongados aplausos*).

¿Sabeis lo que hace fuerte la República? ¿sabeis lo que la hace invencible? ¿sabeis lo que la hace indestructible? Ya os lo he dicho al comenzar y al terminar os lo repito, es el que comprenda la suma del trabajo de las generaciones, es el que sea el

producto acumulado de todos los esfuerzos anteriores, es el que sea un resultado histórico tanto como un hecho político, es el que haya formado por decirlo así parte del clima actual de la civilizacion, es el que sea la forma absoluta, suprema, necesaria del tiempo en que vivimos, es el que sea el aire que respiramos, y el que una vez hayan respirado ese aire los pueblos, haced lo que querais, no pueden respirar otro ya. Sí, sabeis ¿por qué la República es imperecedera? Porque se identifica por un lado con el siglo y por el otro con el pueblo. Es la idea del uno y la corona del otro. (*¡Bravo, bravo!*).

Señores de la comision de revision, os he preguntado que queriais. Ahora voy a deciros lo que yo quiero. Toda mi política se encierra en dos palabras: conviene suprimir en el orden social cierto grado de miseria y en el orden politico cierta clase de ambicion. No quiero mas pauperismo ni mas realismo. Francia no estará tranquila hasta que, por el poder de las instituciones que den pan y trabajo á los unos y que quiten las esperanzas á los otros, hayamos visto desaparecer de entre nosotros todos los que alargan la mano, desde los mendigos hasta los pretendientes. (*Muchos y prolongados aplausos). (Gritos y rumores en la derecha*).<<

NOTAS LIBRO 6
(Los Castigos)

(C6A) El diputado Schoelcher, uno de los que mas contribuyeron á imprimir un carácter de heroismo á las luchas armadas de la izquierda en las calles de París contra el golpe de Estado del Dos de Diciembre, era, como se sabe, miembro del comité de los Siete, que por espacio de cuatro dias dirigió el combate.

El representante Schoelcher, ha proseguido en el destierro su intrépida y generosa guerra al crimen y á la usurpacion. Muy detalladamente refiere todas las maldades y traiciones del golpe de Estado y del gobierno engendrado por dicho golpe de Estado en sus dos escelentes obras tituladas: *Los crímenes del Dos de Diciembre*, Londres, 1852; y *El Gobierno del Dos de Diciembre*, Londres, 1853.<<

(C6B) Habiendo juzgado el señor Bonaparte útil para sus intereses el publicar en su *Monitor* la declaracion de los proscritos republicanos de Jersey con motivo de la votacion al imperio, le hacemos el servicio de reproducirla íntegra aqui:

«AL PUEBLO.

«CIUDADANOS:

»El imperio va á formarse. ¿Es necesario votar? ¿Debemos continuar en el retraimiento?

Tal es la cuestion que se nos propone.

»En el departamento del Sena, cierto número de republicanos de los que hasta hoy se han abstenido como debian de tomar parte bajo cualquier forma que fuese, en los actos del gobierno del señor Bonaparte, parecerian hoy poco lejos de pensar que con ocasion del imperio podria ser útil una manifestacion opositora de la ciudad de París por las vias del escrutinio y que además habria llegado tal vez el momento oportuno de intervenir en la votacion.

»Añaden que en todo caso la votacion podria ser un medio de empadronamiento ó censo para el partido republicano; pues merced á la votacion podríamos contarnos.

»Nos piden consejo.

»Nuestra respuesta será sencilla, y lo que diremos para la ciudad de París, puede decirse para todos los departamentos de Francia.

»No nos detendremos en hacer notar que el señor Bonaparte no ha querido decidirse á declararse emperador sin haber con antelacion fijado con sus cómplices el número de votos con que le convenia sobrepujar los siete millones quinientos mil de su Veinte de Diciembre. En la actualidad está dada la cifra, ocho millones, nueve millones, diez millones. El escrutinio no alterará en nada la cifra que se haya fijado.

»Tampoco nos tomaremos el trabajo de recordaros lo que es el sufragio universal del señor Bonaparte, lo que son los escrutinios del señor Bonaparte.

»¿Acaso es posible una manifestacion de la ciudad de París ó de la ciudad de Lion?

»¿Acaso es posible el empadronamiento ó censo del partido republicano?

»¿Dónde están las garantías del escrutinio? ¿dónde los comprobantes? ¿dónde los escrutadores? ¿dónde la libertad?

»Pensad en todas esas irrisiones.

»¿Qué es lo que sale de la urna?

»La voluntad del señor Bonaparte: nada mas.

»El señor Bonaparte tiene las llaves de las urnas en su mano, los SI y los NO en su mano, la votacion en su mano.

»Una vez terminado el trabajo de los gobernadores y alcaldes, ese gobernante de los caminos reales se encierra enfrente del escrutinio y lo despoja. Para él añadir ó quitar votos, alterar un proceso verbal, inventar una suma total, ó fabricar una cifra, no significa nada. Será todo lo mas una mentira, es decir: muy poca cosa; una falsificacion, es decir, nada.

»Ciudadanos: permanezcamos firmes en nuestros principios.

»He aquí ahora lo que tenemos que deciros:

»El señor Bonaparte considera que ha llegado el momento de apellidarse majestad. No habrá restaurado un papa para dejarlo sin hacer nada; quiere ser consagrado y coronado.

»Desde el Dos de Diciembre ha practicado el despotismo; ahora le falta solo la palabra, el imperio. Bien está.

»¿Cuál es ahora nuestra mision, republicanos? ¿cuál debe ser nuestra actitud?

»Ciudadanos, Luis Bonaparte está fuera de la ley; Luis Bonaparte está fuera de la humanidad. Desde diez meses en que está reinando este maihechor, el derecho de insurreccion está en permanencia y domina toda la situacion.

»En la actualidad se oye en el fondo de todas las conciencias un constante llamamiento a las armas.

»Pues bien, permanezcamos tranquilos, que lo que subleva todas las conciencias llega muy pronto á armar todos los brazos.

»Amigos y hermanos, en presencia de ese gobierno infame que es la negacion de toda moral, el obstáculo de todos los progresos sociales; en presencia de ese gobierno asesino del pueblo y violador de las leyes, de ese gobierno nacido, de la fuerza y que por la fuerza ha de perecer; de ese gobierno elevado por el crimen y que ha de ser derrocado por el derecho, el francés digno del nombre de ciudadano, no sabe ni quiere saber si hay algo de apariencias de escrutinio, de comedias de sufragio universal y de parodias de llamamiento a la nacion: no se informa de si hay ó no hombres que votan y hombres que hacen votar, de si hay un rebaño que se llama el senado y delibera, y otro rebaño que se llama el pueblo y obedece; no se informa de si el papa va á consagrar en el altar mayor de Nuestra Señora al hombre que, no lo dudeis, porque es el porvenir inevitable, será infamado en el patibulo por el verdugo; en presencia del señor Bonaparte y de su gobierno, el ciudadano digno de tal nombre, no hace mas ni tiene que hacer mas que una cosa: cargar su fusil y esperar la hora.

¡Viva la República!

Los proscritos demócratas socialistas de Francia, residentes en Jersey y congregados en reunion general el dia 31 de Octubre de 1852.

Por copia conforme:

La comision:

VICTOR HUGO, FOMBERTAUX, FELIPE FAURE.<<

NOTA LIBRO 7
(Los Castigos)

(C7A)

Sin pan vivir no se puede,
Sin patria a la muerte se cede.

Creemos útil reproducir aquí los dos discursos del autor de este libro en nombre de la proscripcion de Jersey, pronunciados ante el sepulcro de los dos últimos proscritos muertos en Jersey.

Escribimos esta nota el primero de Octubre de 1853.

He aquí ahora estos discursos:

I

(Pronunciado en 23 de Abril de 1853 en el cementerio de San Juan).

Ciudadanos:

El hombre á quien hemos venido á dar la suprema despedida, JUAN BOUSQUET (de Tarn y Garona) fué un enérgico soldado de la democracia.

Proscrito inflexible le hemos visto perecer dolorosamente en medio de nosotros. Echaba de menos su patria, y ese pesar le devoraba; sentíase lentamente envenenado por el recuerdo de todo lo que dejaba tras sí; podia volver á ver las personas ausentes, los lugares queridos, su ciudad, su morada; podia volver á ver la Francia, y para ello no tenia que decir mas que una palabra: la de humillacion execrable que el señor Bonaparte llama amnistia ó gracia, se le ofrecia pero él la ha rechazado dignamente y ha muerto.

Tenia treinta y cuatro años. Ahora miradle.

(El orador señala el sepulcro).

No añadiré un elogio a su vida sencilla, á su muerte sublime.

Descanse en paz en esta fosa oscura donde la tierra va á cubrirle y desde donde su alma ha volado al encuentro de las eternas esperanzas del sepulcro.

Duerma en paz este republicano, y sepa el pueblo que todavía hay corazones altivos y puros fieles a su causa. Sepa la República que todavía hay hombres que prefieren morir á desampararla. Sepa la Francia que todavía hay hombres que mueren de no poderla ver.

Duerma en paz este patriota en pais estranjero.

Y nosotros sus compañeros de lucha y de adversidad, nosotros que le hemos cerrado los ojos, responderemos á su ciudad natal, á su familia, á sus amigos, si nos preguntan á donde está:

—Muerto en el destierro.

Como los soldados respondian al nombre de Latour d'Auvergne:

—Muerto en el campo del honor.

Hoy, ciudadanos, las apostasías son de moda en Francia.

La antigua tierra del 14 de Julio y del 10 de Agosto presencia el repugnante contento de las traiciones y la marcha triunfal de los traidores.

No hay una indignidad que deje de recibir inmediatamente una escandalosa recompensa.

Aquel alcalde que ha violado la ley es nombrado gobernador; aquel soldado que ha deshonrado la bandera es promovido á general; aquel sacerdote que ha vendido la religion es ascendido á obispo; aquel que ha prostituido la justicia es hecho senador; aquel aventurero, aquel principe que ha cometido todos los crímenes, desde las bajezas ante las cuales retrocederia el borracho hasta los horrores ante los cuales retrocederia el asesino, pasa por emperador.

En torno de tales hombres todo es zambra, banquetes, bailes, arengas, aplausos y genuflexiones. Lo servil felicita á lo ignominioso.

Ciudadanos; tales hombres tienen sus fiestas; tambien nosotros tenemos las nuestras.

Cuando uno de nuestros compañeros de destierro devorado por la nostalgia, gastado por la lenta calentura de las costumbres destruidas y de las afecciones desgarradas, despues de haber apurado hasta las heces el amargo cáliz de la agonía del proscrito, sucumbe al fin y muere, nosotros seguimos su féretro cubierto con un paño negro, venimos al borde de la fosa, nos arrodillamos nosotros tambien, no delante del éxito feliz sino delante del sepulcro; nosotros nos inclinamos sobre nuestro hermano sepulto y le decimos:

—Amigo, te felicitamos de haber sido bravo y firme, te felicitamos de haber sido generoso é intrépido, te felicitamos de haber sido fiel, te felicitamos de haber dedicado á tu fé republicana hasta el último aliento de tus labios, hasta el último latido de tu corazon, te felicitamos de haber sufrido, te felicitamos de haber muerto.

Despues levantamos la cabeza y nos vamos con el corazon lleno de triste gozo… Tales son las fiestas del destierro.

Ese es el pensamiento austero y sereno que se agita en lo intimo de puestras almas.

Delante de este sepulcro, delante de este abismo en que el hombre parece que se sumerge, delante de esta siniestra apariencia de la nada, nos sentimos consolidados en nuestros principios y certidumbres; el hombre convencido nunca pone el pié mas firme que cuando pisa la tierra removida de la fosa; y la mirada fija en ese muerto, en

ese ser desvanecido, en esta sombra que ha pasado, nosotros como creyentes inquebrantables, glorificamos la que es inmortal y al que es eterno, la libertad y Dios.

Si, Dios; nunca debe cerrarse una tumba sin que esa palabra, sin que esa gran palabra, viva siempre, caiga en ella. Los muertos la reclaman, y no seremos nosotros los que se la nieguen.

Entiéndalo bien el pueblo religioso y libre en medio del cual vivimos; sepan los hombres del progreso, los hombres de la democracia, los hombres de la Revolucion, que el destino del alma es doble, y que la abnegacion que manifiestan en esta vida prueba cuan firmemente cuentan con la otra.

Su fé en ese grande y misterioso porvenir resiste hasta el espectáculo repugnante que nos da desde el Dos de Diciembre el clero católico esclavizado y envilecido.

En la actualidad el papismo romano espanta la conciencia humana.

¡Ah! lo diré y tengo el corazon lleno de amargura al pensar en tanta abyeccion y afrenta, los sacerdotes que por dinero, por palacios, por mitras y báculos, por amor á los bienes temporales ben dicen y glorifican el perjurio, el asesinato y la traicion, las iglesias en que se canta el *Te Deum* por el crimen coronado, sí, tales iglesias y tales sacerdotes bastarian para destruir las convicciones mas firmes en las almas mas inteligentes, si por sobre la iglesia no viésemos el cielo, si por sobre el sacerdote no contemplásemos á Dios.

Y ahora, ciudadanos, aquí en el umbral de una tumba abierta en medio de la muchedumbre recogida que rodea esta fosa, ha llegado el momento de sembrar una grave y solemne palabra para que germine en la conciencia de todos. Ciudadanos; en la hora en que estamos, hora fatal que será contada en los siglos, el principio absolutista, el viejo principio del pasado triunfa en toda Europa; y triunfa como le conviene triunfar, por medio del sable, de la segur, de la cuerda y del tajo; por medio de los asesinatos, de los fusilamientos, de las torturas y de los suplicios.

El despotismo, ese Moloc rodeado de cadáveres, celebra a la faz del orbe sus horribles misterios bajo el pontificado sangriento de los Haynau, de los Bonaparte y de los Radetzki.

Patibulos en Hungría, patibulos en Lombardia, patíbulos en Sicilia; en Francia la guillotina, la deportacion y el destierro.

Solamente en los Estados del papa, y cito al papa que se titula el rey de dulzura; solamente en los Estados del papa, digo, han muerto fusilados ó ahorcados en tres años mil seiscientos cuarenta y cuatro patriotas (la cifra es auténtica,) sin contar los innumerables muertos sepultados en vida en las mazmorras y en los *in pace*.

En el momento en que hablo el continente europeo está sembrado como en los peores tiempos de la historia, de cadalsos y cadáveres, y el dia en que la Revolucion quisiera hacer una bandera con las mortajas de todas las víctimas, la sombra de esa bandera negra ofuscaria toda la Europa.

Esa sangre, toda esa sangre que corre por todas partes á torrentes y á mares, es la vuestra, defensores de la democracia.

Ahora bien, ciudadanos, en presencia de semejante saturnal de muertes y asesinatos, en presencia de los infames tribunales donde se sientan los asesinos en traje de magistrados, én presencia de todos esos cadáveres sagrados y queridos, en presencia de la lúgubre y feroz victoria de las reacciones, declaro solemnemente en nombre de los proscritos de Jersey que me han dado tal cometido, y en nombre tambien de todos los proscritos republicanos, pues ni una sola voz de verdadero republicano que tenga alguna autoridad osará desmentirme, declaro ante ese féretro de un proscrito, el segundo que bajamos á la fosa en dos dias, nosotros los desterrados, nosotros las víctimas, abjuramos en el dia inevitable y próximo del gran desenlace revolucionario, abjuramos toda voluntad, todo resentimiento, toda idea de sangrientas represalias.

Los culpables serán indudablemente castigados.

Todos los culpables serán juzgados con severidad, es preciso; pero ni una sola cabeza caerá; ni una sola gota de sangre, ni una sola salpicadura de cadalso manchará la túnica inmaculada de la República de Febrero.

Hasta la cabeza misma del bandido de Diciembre será respetada con horror por el progreso. La Revolucion hará de ese hombre el mas ejemplar castigo trocándole la púrpura de emperador con la chaqueta del presidario.

No, no replicaremos al patíbulo con el patibulo, nosotros repudiamos la caduca é injusta ley del talion, porque el talion lo mismo que la monarquía forma parte del pasado, y nosotros repudiamos el pasado.

La pena de muerte gloriosamente abolida por la República de 1848, y odiosamente restablecida por Luis Bonaparte, queda abolida por nosotros, abolida para siempre.

Nosotros hemos llevado en el destierro el depósito sagrado del progreso, y lo volveremos fielmente a Francia cuando volvamos.

Lo que nosotros pedimos al porvenir, y lo que de él queremos, es la justicia, no la venganza.

Ademas, así como para sentir aversion y repugnancia á las orgías les bastaba á los espartanos ver esclavos ébrios de vino, á nosotros los republicanos nos basta ver á los reyes ébrios de sangre para sentir para siempre horror a los patibulos. 7.

Si, lo declaramos y ponemos por testigos á este mar que une á Jersey con Francia, á estos campos, esta tranquila naturaleza que nos rodea, esta libre Inglaterra que nos escucha, los hombres de la Revolucion á pesar de cuanto digan las abominables calumnias Bonapartistas, volverán á Francia no como esterminadores sino como hermanos.

Ponemos por testigo de nuestras palabras este cielo sagrado que brilla sobre nuestras cabezas y que vierte en nuestras almas pensamientos únicamente de paz y concordia. Ponemos por testigo á este muerto que está dentro de esta fosa y que mientras hablo murmura en voz baja envuelto en su sudario:

—Si, hermanos, rechazad la muerte, yo la he aceptado para mi, mas no la quiero para los otros.

La República es la union, la unidad, la armonía, la luz, el trabajo creador del bienestar, la supresion de los conflictos de hombre á hombre y de nacion á nacion, el fin de las esplotaciones inhumanas, la abolicion de la ley de muerte, y el establecimiento de la ley de vida.

Ciudadanos; ese pensamiento que acabo de espresar está en vuestra mente, y yo no soy mas que el intérprete.

Ha pasado ya el tiempo de las sangrientas y terribles necesidades revolucionarias. Para lo que falta hacer basta la indomable ley del progreso.

Por otra parte, tranquilicémonos de todo combate con nosotros en las grandes batallas que aun nos faltan por librar, batallas cuya evidente necesidad no altera la serenidad de los pensadores; batallas en las cuales la energía revolucionaria igualará al, encarnizamiento monárquico; batallas en las cuales la fuerza unida con el derecho derrocará la violencia aliada con la usurpacion; batallas soberbias, gloriosas, entusiastas, decisivas, y cuyo resultado no es dudoso, y que constituirán los Tolbiac, los Hastings y los Austerlitz de la democracia.

Ciudadanos; ha llegado la época de la disolucion del viejo mundo. Los antiguos despotismos están condenados por la ley providencial; el tiempo, ese sepulturero encorvado en la oscuridad los sepulta en su vasta fosa; cada dia que pasa los sumerge mas y mas en la nada.

Dios echa los años á los tronos, como nosotros las paletadas de tierra á los féretros, y ahora, hermanos, en el momento de separarnos, lancemos el grito de triunfo, lancemos el grito de alarma; ante las tumbas es donde importa hablar de resurreccion.

No hay duda, el porvenir, porvenir próximo, lo repito, nos promete en Francia la victoria de la idea democrática, el porvenir nos promete la victoria de la idea social; y aun nos promete mas todavia, nos promete en todos los climas, en todos los paises, en todos los continentes, en América lo mismo que en Europa, el fin de todas las opresiones y de todas las esclavitudes.

Despues de las duras pruebas por que pasamos, lo que nos queda que hacer no es solamente la emancipacion de tal o cual clase que ha sufrido durante mucho tiempo, la abolicion de tal ó cual privilegio, la consagracion de tal ó cual derecho. Todo eso lo tendremos; pero no nos basta lo que nos falta lo que obtendremos no lo dudeis, lo que por mi parte desde el fondo de la sombría noche del destierro contemplo de ante nano con la espansion de un gozo supremo, es, ciudadanos, la libertad de todos los pueblos, es la emancipacion de todos los hombres.

Amigos mios; nuestros sufrimientos hacen que Dios esté de nuestra parte; y nos debe de ellos la recompensa. Es un deudor fiel que pagará cumplidamente.

Tengamos pues una fé varonil y hagamos con entusiasmo nuestro sacrificio.

Oprimidos de todas las naciones, ofreced vuestras úlceras; polacos, ofreced vuestras miserias; húngaros, ofreced vuestros cadalsos; italianos, ofreced yuestra cruz; heroicos deportados de Cayena y de Africa, hermanos nuestros, ofreced vuestra cadena; proscritos, ofreced vuestra proscripcion; y tú, mártir, ofrece tu muerte á la libertad del género humano.

Viva la República Universal.

II

(Discurso pronunciado el veinte y seis de julio de 1853 en el cementerio de San Juan).

Ciudadanos:

Tres féretros en cuatro meses.

La muerte se apresura y Dios nos liberta uno a uno.

No te acusamos sino que te damos las gracias, Dios poderoso, que nos abres á nosotros, los desterrados, las puertas de la patria eterna.

El sér inanimado y querido que hoy llevamos al sepulcro es una mujer.

El veinte y uno de Enero próximo pasado fué presa en su casa una mujer por el señor Boudrot, comisario de policía en París.

Dicha mujer, jóven todavía, pues no contaba mas que treinta y cinco años, pero estropeada y enferma, fué llevada a la prefectura y encerrada en la celda número uno, llamada *celda de prueba*.

Dicha celda, especie de jaula de siete á ocho piés cuadrados próximamente, sin aire y sin luz, ha sido descrita con una palabra por la infortunada presa: *celda-sepulcro*, ella dice: citaré sus propias palabras:

«En aquella celda-sepulcro fué donde estropeada y enferma pasé veinte y un dias pegando de vez en cuando mis labios á la reja para aspirar un poco de aire vital y no morir asfixiada[75]».

Al cabo de dichos veinte y un dias, el catorce de Febrero, el gobierno de Diciembre sacó de la cárcel á esa mujer y la espulsó.

La arrojó al mismo tiempo de la cárcel y de la patria.

La proscrita salia del calabozo provisional con los gérmenes de la tisis.

Dejó Francia y pasó á Bélgica.

La abnegacion la obligó á viajar tosiendo, esputando sangre, con los pulmones enfermos, en el corazon del invierno, en los climas del Norte, bajo la lluvia y la nieve, en los horribles wagones descubiertos que deshonran a las poderosas empresas de Ferro-carriles.

Llegó á Ostende; Francia la habia espulsado; Bélgica debia espulsarla. Pasó á Inglaterra.

Apenas desembarcó en Londres cuando tuvo que ponerse en cama. La enfermedad contraida en el calabozo, agravada por el viaje forzado del destierro, se habia declarado inminente. La proscrita (mejor diria la condenada á muerte) permaneció en cama dos meses y medio. Confiando empero en la primavera y en el sol, vino á Jersey.

Todos recordamos todavía haberla visto llegar una mañana fria y lluviosa a través de las nieblas del mar, temblando y agonizando bajo su pobre vestido de percal enteramente mojado.

Pocos dias despues de haber llegado, se acostó para no volver á levantarse.

Hace tres dias que ha muerto.

Me preguntareis ¿quién era esta mujer y qué habia hecho para tratarla de este modo? Voy a deciroslo.

Esta mujer habia hecho célebre con sus cantos patrióticos, con sus simpáticas y cordiales palabras, con sus buenas y cívicas acciones, en los arrabales de París el nombre de Luisa Julien bajo el cual el pueblo la conocia y saludaba.

Siendo obrera habia mantenido á su pobre madre enferma; la habia cuidado y sostenido durante diez años.

En los dias de guerra civil, hacia hilas, y arrastrándose y sufriendo el dolor de las piernas que la hacian cojear, recorria las ambulancias y socorria á los heridos de todos los partidos.

Esta mujer del pueblo era poetisa, esta mujer del pueblo era un talento; cantaba la República y amaba la libertad. Invocaba con ardor el porvenir fraternal de todos los hombres y de todas las naciones.

Creia en Dios, en el progreso, en el pueblo, en Francia; vertia en torno suyo, como un vaso, en los ánimos de los proletarios su gran corazon lleno de amor y fé.

Hé ahi lo que hacia esta mujer.

El señor Bonaparte la ha matado.

¡Ah! su tumba no será muda; su tumba está henchida de sollozos, de gemidos y clamores.

Ciudadanos, los pueblos en el legitimo orgullo de su omnipotencia y de su derecho, construyen con el granito y el mármol edificios sonoros, recintos majestuosos, estrados sublimes desde lo alto de los cuales habla el genio, desde lo alto de los cuales se esparce á torrentes en las almas las elocuencias santas del patriotismo, del progreso y de la libertad.

Los pueblos imaginándose que basta ser soberanos para ser invencibles, creen inaccesibles é inabordables tales fortalezas de la palabra, tales ciudadelas sagradas de la inteligencia humana y de la civilizacion.

—La tribuna es indestructible, dicen.

Se engañan; esas tribunas pueden verse derribadas.

Llega un traidor, llegan varios soldados, se pone de acuerdo una banda de foragidos, se arrancan la máscara, hacen fuego é invaden el santuario, y el mármol y

el granito quedan dispersos; y el palacio, el templo desde donde la gran nacion hablaba al mundo se hunde, y el inmundo tirano vencedor se aplaude, bate las palmas y dice:

—Se acabó: no hablará nadie mas. Ni una sola voz se alzará. Ya reina el silencio.

Ciudadanos; tambien se engaña el tirano. Dios no quiere que reine el silencio; Dios no quiere que la libertad, que es su palabra, enmudezca, no, ciudadanos, Dios no lo quiere.

En el momento en que los déspotas triunfantes creen haberla quitado para siempre, Dios devuelve la palabra á las ideas.

Dios reconstruye la tribuna desplomada; no en medio de la plaza pública, no con el granito y el mármol; no es necesario para él. La reconstruye en la soledad; la reconstruye con la yerba del cementerio, con la sombra de los cipreses, con el montículo siniestro que hacen los féretros ocultos bajo tierra; y de esa soledad, de esa yerba, de esos cipreses, de esos féretros sepultos ¿sabeis lo que sale, ciudadanos?

Sale el grito desgarrador de la humanidad, sale la denuncia y el testimonio, sale la acusacion inexorable que hace palidecer al reo coronado, sale la formidable protesta de los muertos, sale la voz vengadora, la voz inextinguible, la voz que no se puede apagar, la voz que no se puede amordazar.

¡Ah! el señor Bonaparte ha hecho callar la tribuna; pues bien, que venga y haga callar el sepulcro.

El y sus seides no habrán hecho nada mientras se oiga salir un suspiro de una tumba, ni mientras se vea caer una lágrima de los ojos augustos de la Piedad.

¡Piedad! esa palabra que acabo de pronunciar ha brotado de lo mas recóndito de mi corazon en presencia de este ataud, el ataud de una mujer, el ataud de una hermana, el ataud de una mártir.

Paulina Roland en Africa, Luisa Julien en Jersey, Francisca Maderspach en Temeswar, Blanca Teleki en Pesth y tantas otras como Rolasia Gobert, Eugenia Guillemot, Agustina Pean, Blanca Clouart, Josefina Prabeil, Elisabet Parles, Maria Reviel, Claudina Hibruit, Ana Sangla, la viuda Combescure, Armantina Huet, y otras muchas hermanas, madres, hijas, esposas, proscritas, desterradas, trasportadas, torturadas, crucificadas y entregadas á todos los suplicios… ¡pobres mujeres!

¡Qué motivo de profundas lágrimas é inesplicables pesares!

Débiles, enfermas, abatidas, arrancadas de su familia, de sus maridos, de sus padres, de sus apoyos, viejas á veces y agobiadas por el peso de los años, todas han sido admirables, algunas han llegado hasta el heroismo.

¡Oh! en este instante mi pensamiento se precipita á este sepulcro y besa los piés frios del cadáver que yace en este féretro.

No es una mujer la que yo venero en Luisa Julien, es la mujer; la mujer de nuestros dias, la mujer digna de ser ciudadana; la mujer tal como nosotros la vemos a nuestro alrededor en toda su abnegacion, en toda su dulzura, en todo su sacrificio, en toda su majestad.

Amigos mios, en los tiempos venideros será grande en la hermosa, apacible, tierna y fraternal República social del porvenir el papel que desempeñe la mujer; pero ¡qué magnífico preludio de ese papel, qué martirios tan valerosamente sufridos!

Hombres y ciudadanos, mas de una vez hemos dicho en nuestro orgullo:

—El siglo décimo octavo ha proclamarlo el derecho del hombre; el siglo décimo nono ploclamará el derecho de la mujer.

Pero es preciso confesar, ciudadanos, que no nos hemos dado mucha prisa; muchas consideraciones que eran graves, lo concedo, y que querian ser examinadas con detencion, nos han detenido; y al instante en que hablo, al punto mismo en que ha llegado el progreso, entre los mejores republicanos, entre los demócratas mas verdaderos y puros muchas inteligencias ilustres dudan todavia en admitir en el hombre y la mujer la igualdad del alma humana y por consiguiente la asimilacion sino la identidad completa de los derechos cívicos.

Digámoslo muy alto, ciudadanos, mientras duró la prosperidad, mientras estuvo en pié la República, las mujeres olvidadas por nosotros se olvidaron á sí mismas, limitándose á brillar como la luz, á fomentar el fuego de los ánimos, á despertar el entusiasmo, á señalar con la mano a todos los hombres lo bueno, lo justo, lo grande y lo verdadero. No han ambicionado nada mas.

Las mujeres que en ciertos momentos son la imágen viva de la patria, las mujeres que podian ser el alma de la ciudad, han sido solamente el alma de la familia.

En los momentos de adversidad su actitud ha cambiado; han dejado de ser modestas: en la hora de la adversidad nos han dicho:

—Ignoramos si tenemos ó no derecho a vuestro poder, á vuestra libertad, á vuestra grandeza, pero lo que sabemos es que tenemos derecho a vuestra miseria. Compartir vuestros sufrimientos, vuestras penas, vuestras miserias, vuestro luto, vuestros destierros, vuestro abandono si careceis de asilo y vuestra hambre si no teneis pan, es el derecho de la mujer y lo reclamamos.

¡Oh hermanos mios! vedlas como nos siguen en el combate, conio nos acompañan en la proscripcion, como nos adelantan en la tumba.

Ciudadanos; puesto que aun esta vez habeis querido que hablase en vuestro nombre, puesto que vuestro mandato da á mi voz la autoridad que faltaria á una palabra aislada, ante la tumba de Luisa Julien como tres meses atrás anto la tumba de Juan Bousquet, el último grito que voy a dar es el grito de valor, de insurreccion y de esperanza.

Si, féretros como el de esta noble mujer que está aqui, significan y predicen la próxima caida de los verdugos, el inevitable desmoronamiento de los despotismos y de los déspotas.

Los proscritos mueren uno en pos de otro; el tirano cava su fosa; pero cuando llega el dia, ciudadanos, la fosa arrebata y traga de repente al enterrador.

Muertos que me rodeais y ois, caiga la maldicion sobre Luis Bonaparte.

¡Oh muertos! caiga la execracion universal sobre ese hombre.

Nada de patibulos cuando llegue la victoria; solo merece ese miserable una prolongada é infamante expiacion.

Maldicion bajo todos los climas en Francia, en Austria, en Lombardia, en Sicilia, en Roma, en Polonia, en Hungria, maldicion, digo, á los violadores del derecho humano y de la ley divina.

Maldicion a los que establecen pontones, erigen cadalsos, destruyen familias y torturan á los pueblos.

Maldicion a los que proscriben á los padres, las madres y los hijos.

Maldicion a los que azotan las mujeres.

Proscritos, seamos implacables en esas solemnes y religiosas reclamaciones del derecho y de la humanidad.

El género humano necesita de esos grilos terribles; la conciencia universal tiene necesidad de estas santas indignaciones de la piedad.

Execrar á los verdugos, es consolar a las víctimas.

Maldecir á los tiranos, es bendecir las naciones.

¡Viva la República Universal! <<

Notas

[1] ¡Muy bien! ¡muy bien! (*Monitor*). <<

[2] Especie de sombrerito aplanado. <<

[3] *Cámara de los Pares*. Atentado del 6 de agosto de 1840, pagina 140, testigo Geoffroy, granadero. <<

[4] Gran mercado donde se compra y vende de lance. <<

[5] Col-Puygellier, porque le dijo: «Sois un traidor y un conspirador». <<

[6] *Cámara de los Pares*. Testigo Adan, alcalde primero de Boloña. <<

[7] Muestras de adhesión (*Monitor*). <<

[8] Nuevas muestras de aprobacion (*Monitor*). <<

[9] El primer informe dirigido al señor Bonaparte, y en el cual se califica al señor Bonaparte de *Monseñor*, está firmado por un tal FORTOUL. <<

[10] Fragmentos históricos. <<

[11] Cámara de los Pares. *Declaraciones de testigos*, pág. 94. <<

[12] Cámara de los Pares. *Declaraciones de testigos*, pág. 75, 81, 88 á 94. <<

[13] Cámara de los Pares. *Interrogatorio de los acusados*, pág. 13. <<

[14] Cámara de los Pares. *Declaraciones de los testigos*, pág. 103, 185, etc. <<

[15] El presidente: —¿Esos hombres que gritaban no son los 300 *vocingleros* que pedia V. en una carta? (Proceso de Estrasburgo). <<

[16] Cámara de los Pares. *Declaraciones de los testigos*, pág. 143, 155, 156 y 158. <<

[17] Cámara de los Pares. *Declaraciones de los testigos*. Testigo Febvrè, tirador, pág. 142. <<

[18] Thibaudeau: Historia del Consulado y del Imperio. <<

[19] «Todos los hombres ilustres del país». LUIS BONAPARTE en su *llamamiento al pueblo* el 2 de Diciembre de 1851. <<

[20] «El senado es muy defectuoso. En Francia no agrada ver á unos hombres muy bien pagados para no hacer otra cosa que algunas malas elecciones». Palabras de Napoleón, *Memorial de Sta. Elena*. <<

[21] *Esposicion de la comision del presupuesto del cuerpo legislativo*, junio de 1852. <<

[22] *Preámbulo de la Constitucion*. <<

[23] Literalmente. Véase *Maulerias de Escapino*. <<

[24] Estincion del pauperismo, pág. 10. <<

[25] La mente mueve la materia. (Nota del Editor Digital). <<

[26] Libro VII, cap. 31. <<

[27] De Republica. Libro 1, cap. 40. <<

[28] Epístola 108. <<

[29] Libro III, cap. 5. <<

[30] *Venerado como un dios.* <<

[31] *La salud pública debe ser la ley suprema*. <<

[32] Libro VI, cap 1. <<

[33] Austria feliz, da una esposa. (Version del traductor). <<

[34] Porque me llamo leon. Alude á la fábula del leon cuando hace el reparto quedándose casi con todo. (N. del T.) <<

[35] Esos tres coroneles son Cailhassou, Dubarry y Polysarpe. <<

[36] *Gazmoño*. Alude á la comédia de Molière, *el Tartufo ó Hipócrita*. (N. del T.) <<

[37] Nadie se atreva a comer mas que dos platos de legumbres. <<

[38] Tu eres Pietri y sobre esta piedra edificaré mi ESTÁtua. Alude al texto evangélico *Tu es Petrus et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam*. Tu eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. (N. del T.) <<

[39] El capitan Mauduit. *Revolucion militar del 2 de Diciembre*, pág. 217. <<

[40] El testigo quiere decir *incalculables*. No hemos querido cambiar nada del texto. (N. del A.) <<

[41] Cosas que yo mismo ví y en las cuales tomé parte. <<

[42] Sitio público donde se esponen los cadáveres encontrados por la justicia. (N. del T.) <<

[43] Sentimos no poder trasladar el estilo de ese autor francés tal como está en el original. Sin embargo procuraremos dar á nuestros lectores una idea de él lo mas exacta que podamos, y no se sorprendan de las faltas de varias clases que contenga. (N. del T.) <<

[44] Apenas han visto al varon fuerte, callan. <<

[45] *Misceláneas literarias y filosóficas. 1830*. <<

[46] Palillo con que se trazaban los caracteres en la antigüedad. <<

[47] ¡Señor, señor! ¿por qué me has desamparado? <<

[48] Juntemos las diestras, reunamos la espada á la espada. <<

[49] Soy ciudadano romano. <<

[50] Saco de Brescia. Véanse *las Memorias del general Pepe*. <<

[51] Edicto soberano de Rusia. (N. del T.) <<

[52] Este es el padre. <<

[53] Aleacion metálica en que está mezclado el zinc y el cobre, imitando el oro. <<

[54] Alabamos al demonio. <<

[55] Décimos, novenos y terceros meses del año del calendario republicano-francés. <<

[56] Animalillos pertenecientes al género de los infusorios. <<

[57] Pablo Maurice, Augusto Vacquerie, Carlos Hugo y Francisco V. Hugo, redactores del *Evénement*. <<

[58] Fortaleza ó ciudadela de poblacion en Argel. <<

[59] Hoy es senador. 30,000 francos anuales. <<

[60] Hoy es senador. 30,000 francos anuales. <<

[61] Hoy es senador. 30,000 francos anuales. <<

[62] Hoy ayudante del emperador. <<

[63] Hoy presidente del consejo de Estado del imperio. 150,000 francos anuales. <<

[64] Hoy senador. 30,000 francos anuales. <<

[65] Hoy senador. 30,000 francos anuales. <<

[66] Hoy ministro de justicia del imperio. 120,000 francos anuales. <<

[67] Hoy senador. 30,000 francos anuales, y ministro de negocios del imperio. 120,000 francos anuales, Total 150,000 francos anuales. <<

[68] El mismo Baroche. <<

[69] Hoy comisario general de policia. 40,000 francos anuales. <<

[70] Hoy senador. 30,000 francos anuales. <<

[71] Hoy senador. 30,000 francos anuales. <<

[72] Senador. <<

[73] Cementerio de París donde se entierran los muertos de un hospital y los ajusticiados. (N. del T.) <<

[74] Octavo mes del calendario republicano francés, contándose desde el 20 de Abril hasta el 19 de Mayo. <<

[75] Véase *Presidios de África y trasportacion de Diciembre*, por C. Ribeyroles, pág. 199. <<